

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOSOFÍA



TESIS DOCTORAL

**Mientras caemos. Fundamentos para una crítica
interseccional del capitalismo a partir de sus límites como
sistema civilizado**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Clara Navarro Ruiz

Director

Pablo López Álvarez

Madrid

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOSOFÍA

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA Y SOCIEDAD



TESIS DOCTORAL

**Mientras caemos. Fundamentos para una crítica interseccional
del capitalismo a partir de sus límites como sistema civilizatorio**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTORA
PRESENTADA POR**

Clara Navarro Ruiz

Director

Prof. Dr. Pablo López Álvarez

Madrid, 2019



U N I V E R S I D A D
COMPLUTENSE
M A D R I D

**DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LA TESIS
PRESENTADA PARA OBTENER EL TÍTULO DE DOCTOR**

D./Dña. _____,
estudiante en el Programa de Doctorado _____,
de la Facultad de _____ de la Universidad Complutense de
Madrid, como autor/a de la tesis presentada para la obtención del título de Doctor y
titulada:

y dirigida por: _____

DECLARO QUE:

La tesis es una obra original que no infringe los derechos de propiedad intelectual ni los derechos de propiedad industrial u otros, de acuerdo con el ordenamiento jurídico vigente, en particular, la Ley de Propiedad Intelectual (R.D. legislativo 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el texto refundido de la Ley de Propiedad Intelectual, modificado por la Ley 2/2019, de 1 de marzo, regularizando, aclarando y armonizando las disposiciones legales vigentes sobre la materia), en particular, las disposiciones referidas al derecho de cita.

Del mismo modo, asumo frente a la Universidad cualquier responsabilidad que pudiera derivarse de la autoría o falta de originalidad del contenido de la tesis presentada de conformidad con el ordenamiento jurídico vigente.

En Madrid, a ____ de _____ de 20____

**NAVARRO
RUIZ CLARA
- 51477936A**

Firmado digitalmente
por NAVARRO RUIZ
CLARA - 51477936A
Fecha: 2019.07.07
16:09:14 +02'00'

Fdo.: _____

Esta DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD debe ser insertada en
la primera página de la tesis presentada para la obtención del título de Doctor.

Agradecimientos

El camino que ha culminado en la redacción de esta tesis doctoral, financiada gracias a una beca predoctoral UCM, tuvo su inicio en torno a finales de 2013, cuando comencé a introducirme en la teoría de la *Wertabspaltungskritik*. En todo este tiempo he conocido a muchas personas que, advertida o inadvertidamente, me han ayudado en la confección de este trabajo. Tantas, que resulta difícil resistirse a llenar páginas con todos sus nombres. Espero que la concisión a la que me debo no se convierta en omisión.

En primer lugar, a mi director de tesis, Pablo López Álvarez. A él le debo un apoyo inquebrantable y sostenido, incluso cuando ni yo misma tenía muy clara la dirección que había de seguir. Para mí es un ejemplo de honestidad intelectual y lucidez teórica, y mi único deseo es poder continuar disfrutando de su compañía en el futuro.

En segundo lugar, al director del departamento de Filosofía y Sociedad, José Luis Villacañas Berlanga, por la confianza demostrada y por haber hecho que me sienta parte de un grupo de becarios predoctorales cohesionado, reconocido y muy activo.

A los profesores de la Facultad de Filosofía de la UCM que forjaron mi forma de leer y pensar filosóficamente desde muy diversas perspectivas, como María José Callejo, Rodrigo Castro, Juan Bautista Fuentes, Francisco Robles o Montserrat Galcerán. A Jacobo Muñoz, en el recuerdo, le debo que me indicara a hombros de qué gigantes debía subirme para hacer filosofía. Su figura aglutina a pensadores/as y académicos/as cuyas referencias y modos de hacer constituye el grupo al que me siento perteneciente, y su enseñanza me influyó mucho más de lo que jamás llegué a poder expresarle.

A todas las personas que me han apoyado en mi investigación desde sus inicios. A Eduardo Maura le debo que me hablara de la crítica del valor-escisión y que me invitara a los seminarios de la Sociedad de Estudios de Teoría Crítica, donde pude conocer a José Antonio Zamora y a Jordi Maiso. La influencia de su labor puede leerse en muchas de estas páginas. A Nuria Sánchez Madrid, que tiene una admirable capacidad para reunir espíritus afines, le debo haber hecho posible muchas de las satisfacciones intelectuales que he atesorado durante este tiempo. Estas son tanto más de agradecer en el contexto de la academia contemporánea, sometida a los riesgos de la productividad sin fin alguno. Su saber hacer muestra que siempre es posible actuar de otro modo.

A todos mis compañeros/as de fatigas predoctorales durante estos años les debo haber

hecho compatibles con la *vida buena* los agobios, *deadlines* y obligaciones propias del trabajo de investigación. Su ayuda ha sido providencial en muchas ocasiones, su presencia, siempre, ha hecho lo cotidiano mucho más alegre.

A toda la gente que, consciente de los límites económicos que tiene el saber, ha contribuido a la difusión del conocimiento en plataformas virtuales. Mi bibliografía sería mucho más exigua si no fuera por ellos/as. Agradezco especialmente la labor de Traficantes de Sueños, cuyos integrantes me han demostrado fehacientemente que sus principios tienen continuidad hasta en el más sencillo gesto.

A Adara Cifre, José Rubio y Valle Lázaro, por haberme acompañado tantos años. A Marina Sánchez, porque tras cada reencuentro, hemos encontrado indefectiblemente algún motivo para reírnos juntas. A Paula Sánchez, porque fue una de las mejores cosas que me pasó en 2015 y, año tras año, ha seguido siéndolo. Son admirables su labor teórica y compromiso político, sobre todo, por todo lo bello y bueno que dicen de ella como persona.

Por último, a mi familia: por estricto orden alfabético, a Gonzalo, a Isabel, a Juan, a Leo y a Paula. Sin ellos esta tesis no habría tenido lugar. Sus cuidados, comprensión y afecto son la raíz que ha hecho posible surgir todas y cada una de estas páginas. Es algo que siempre tengo presente y que, sin duda, ha constituido mi manera de abordar la realidad. Por todo, este trabajo también les pertenece.

Índice

RESUMEN	1
SUMMARY	5

ELEMENTOS INTRODUCTORIOS

1. Prefacio	9
1.1. Cuestiones materiales (civilizatorias y personales)	9
1.2. Cuestiones formales (o desarrollo y logística de los argumentos)	12
2. Indicaciones preliminares para el abordaje de la crítica del capitalismo desde una perspectiva marxista	15
2.1. La distinción entre “marxismo tradicional” y “teoría marxista”	15
2.2. Las características de los manuscritos económicos de Marx	18
2.3. La figura de Marx a la luz de sus escritos y visto como figura histórica	21

LÍMITES Y POSIBILIDADES DE LA TEORÍA MARXISTA.

LA CRÍTICA DEL VALOR-ESCISIÓN Y LA DISPUTA HEINRICH-KURZ

Capítulo 1. La crítica del valor-escisión como diagnóstico del capitalismo	23
1.1. Orígenes y líneas generales de la crítica de la escisión del valor (<i>Wertabspaltungskritik</i>)	23
1.2. La posición ante el marxismo tradicional	34
1.3. El “doble” Marx	42
1.4. La escisión de género y el pensamiento de la diferencia en Roswitha Scholz	46
1.5. Un balance crítico del pensamiento de la diferencia de Roswitha Scholz	60
<i>Interludio. Respuesta a la pregunta: ¿Por qué es importante dedicar nuestro tiempo a la discusión Heinrich- Kurz? Breve explicación de sus beneficios.</i>	73

Capítulo 2. Algunas cuestiones preliminares acerca de <i>Geld ohne Wert</i>:	75
objetivo y conceptos fundamentales	
2.1. Individualismo metodológico, la lógica, la historia, el valor	75
2.2. El poder y el fetiche	84
2.3. Acerca de la “Economía Política de las armas de fuego”: la génesis del capital	92
2.4. ¿Tráfico o transformación? (Acerca de la circulación)	105
 Capítulo 3. Kurz ad Heinrich: los límites del estudio filológico	111
3.1. Introducción	111
3.2. El acto de intercambio y su relación con la forma de valor	112
3.2.1. El problema del trabajo abstracto	114
3.2.2. La noción de magnitud de valor	124
3.2.3. La distinción entre carácter “concreto” y “abstracto” del trabajo	133
3.3. El concepto de dinero	139
3.3.1. La teoría de Marx frente a la tradición	140
3.3.2. Los “desdoblamientos” del dinero: <i>differentia specifica</i> de la mercancía reina	146
3.3.3. Dinero y fetiche: el dinero en conexión con la masa global de capital	149
3.3.4. Recapitulación sobre la teoría clásica y neoclásica. La crítica a Heinrich	153
3.4. La teoría de la crisis	159
3.4.1. Tesis kurzeanas. Contradicción entre materia y forma, límite interno	161
3.4.2. La tesis heinrichiana o “solo un dios puede salvarnos” (su nombre, plusvalor relativo)	176
3.4.3. Las imágenes en la pared. Origen y desarrollo de la crisis de valor en el siglo XX	193
3.4.4. Un ejemplo concreto: la desconexión del dólar del patrón oro	200
 Capítulo 4. Kurz y Heinrich: balance de dos perspectivas. Discurso marxista y el análisis de la Modernidad	223
4.1. Balance general sobre la perspectiva heinrichiana	223
4.2. Reconsideración de la teoría kurzeana: algunos aspectos problemáticos	232
4.2.1. Una solución <i>ad interim</i> . La noción de sociedad civil	238

4.3. La Modernidad reconsiderada (I): emancipación, regulación y formas estructurales del poder en el capitalismo	244
4.4. La Modernidad reconsiderada (II): la dominación de la alargada sombra del sujeto moderno	266
4.5. La Modernidad reconsiderada (III). Límites y virtudes del marxismo kurzeano: compendio general de críticas	277
4.6. <i>Addenda</i> . Cantos de sirena. Cuarta revolución industrial, peligros de la tecnofilia y <i>lex mercatoria</i>	295
4.6.1. Jeremy Rifkin y Paul Mason, dos profetas de la era tecnológica	297
4.6.2. Guía de supervivencia capitalista. <i>Lex mercatoria</i> y Tratados de Comercio e Inversión (TCI)	306
 PENSAR EL PRESENTE CON Y MÁS ALLÁ DE MARX	
<i>Algunas palabras introductorias</i>	311
 Capítulo 5. Líneas de intersección entre género y capital: trabajo de reproducción, cuidados e interdependencia	313
5.1. Breves consideraciones sobre Marx y el papel de las mujeres en el capitalismo	313
5.2. Género y capital. Un camino para la teoría marxista: la teoría de la reproducción social (SRT)	319
5.3. Un ejemplo práctico: el trabajo doméstico y de cuidados en el contexto del capitalismo neoliberal	336
5.4. La crítica de los fundamentos: autonomía, interdependencia, vulnerabilidad, precariedad	343
 Capítulo 6. Respuesta a Parménides: pensar el deshecho. El capital ante la destrucción medioambiental	357
6.1. ¿Marx como “estrábico productivista”? Kohei Saito y el ecosocialismo marxista	358
6.2. “Naturaleza” y capital. (Otras) estructuras trinitarias: relaciones de	366

producción, colonialismo y ciencia	
6.3. Riesgos del presente y algunas propuestas de transformación. La perspectiva del <i>Sumak Kawsay</i>	381
Capítulo 7. Vidas paralelas, pertenencias entrecruzadas. “Raza”, capital y relato histórico	389
7.1. <i>Vulgata</i> M-L: el departamento de “Asuntos Espirituales” de la Unión Soviética y el modo de producción asiático	390
7.2. Colonialidad del poder o la íntima relación entre beneficio, violencia y raza	397
7.3. Peligros de la exotización de la diferencia. Vivek Chibber y los <i>Estudios de la Subalternidad</i>	407
7.4. Historia teleológica y genealogía del Capital. Desmentir la excepcionalidad de Occidente	414
<i>Post Scriptum</i>. Cuando caer es un lugar desde el que mirar	423
Conclusiones	431
Conclusions	445
Bibliografía	457

RESUMEN

La tesis doctoral “Mientras caemos. Fundamentos para una crítica interseccional del capitalismo a partir de sus límites como sistema civilizatorio” se constituye como una exploración de las posibilidades y límites de la realización de un análisis del presente a partir de un enfoque de raigambre marxista. Dicho objetivo se encuentra dinamizado por una específica conciencia crítica, que lee el capitalismo contemporáneo a través de la clave de lectura constituida por la noción de “crisis”, fundamentalmente civilizatoria. La corriente usada como instrumento para la consecución de este objetivo es la crítica del valor-escisión [*Wertabspaltungskritik*]. Esta línea de investigación del marxismo contemporáneo alemán se basa en una comprensión del sistema capitalista como un modo de civilización, cuyos conceptos fundamentales jerarquizan, vertebran y sistematizan toda relación de poder existente. La incidencia de esta aproximación teórica en la importancia del estudio de los fenómenos sociales y su alejamiento del marxismo de carácter filológico-erudito, la sitúan en una posición privilegiada para el cumplimiento de los intereses mencionados.

Comenzamos este escrito con una exposición sistemática de los argumentos y problemas más característicos de esta corriente, centrándonos principalmente en las tesis de Robert Kurz y Roswitha Scholz. A continuación, exponemos detalladamente la discusión existente entre las teorías marxistas de Robert Kurz y Michael Heinrich. La descripción comparativa de ambas teorías responde, principalmente, a la justa reivindicación de la crítica del valor-escisión, que revelamos en su profundidad y solidez.

No obstante, inmediatamente a continuación de esta explicación, presentamos algunos de los defectos argumentativos de esta corriente. Dado que el interés fundamental de este escrito se sitúa en la posibilidad de construcción de un análisis del presente, asumimos como axioma que la teoría que lo sostenga ha de ser capaz de operar en términos concretos, y estar abierta a la consideración de diversidad de elementos en interrelación. La crítica del valor-escisión, que trabaja con nociones situadas en un excesivo nivel de generalidad, no puede cumplir con estas exigencias. Tras comprobar que esta deficiencia no puede ser solventada a través de la sola introducción de consideraciones históricas en el análisis, como la noción histórico-conceptual de la “sociedad civil”, concluimos necesario que es la propia estructura teórica la que ha de ser diferente.

Dicha constatación se sigue de la exposición de la teoría de la génesis de la

Modernidad y teoría social de Boaventura de Sousa Santos. En nuestra exposición realzamos las que se consideran virtudes fundamentales de su perspectiva: la consideración de múltiples factores en interrelación y su consideración compleja de la noción de poder, cuyas peculiaridades y legaliformidad específica vincula a los diferentes espacios sociales estructurales existentes. La explicación de los términos fundamentales del autor portugués se utiliza para formular la crítica a Kurz en términos rigurosamente concretos. Esta revela, en última instancia, que la *Wertabspaltungskritik* es una teoría de transición, situada a medio camino entre los defectos del llamado “marxismo tradicional” y las virtudes de nuevas propuestas que, bien partiendo de la consideración de un eje de opresión específico (“raza”, género, etc.), bien asumiendo el reto de enfrentarse a nuestros retos civilizatorios (destrucción medioambiental) están elaborando los discursos críticos con el sistema capitalista más informados.

El resto de este trabajo está dedicado a explicar algunas de estas propuestas, que organizamos temáticamente en tres asuntos: la consideración de la relación entre capital y, respectivamente, género, naturaleza y “raza”. En cada uno de ellos se realiza una doble labor. En primer lugar, se examinan brevemente las aportaciones de los estudios dedicados a la exégesis de Marx que contribuyen a modificar la imagen tradicional de este autor respecto de cada uno de los temas mencionados. En segundo lugar, se examinan las propuestas que, con o sin perspectiva marxista, están liderando la discusión contemporánea acerca de la mutua influencia de cada uno de los elementos con el sistema capitalista. Se reserva un espacio para la explicación de las alternativas y las transformaciones que todas ellas han generado, que van desde el plano de la historia de las ideas (filosofía, historia, sociología) al plano de lo concreto (economía, legislación).

En términos teóricos, hay dos hilos conductores transversales a esta segunda sección. En primer lugar, hacemos ver, allí donde es posible, cómo el carácter de transición de la *Wertabspaltungskritik* puede ser modificado positivamente para que esta pueda seguir sirviendo como un instrumento de reflexión útil. En segundo lugar, se muestra que la mutua vertebración de diversos factores tiene consecuencias tanto para el plano conceptual, histórico y analítico. Esta última desemboca en una tarea doble. Una, que tiene lugar en la construcción analítico-conceptual y otra, en la impugnación de las perspectivas que, a causa de sus limitaciones, invisibilizan sistemáticamente términos fundamentales para la comprensión del presente.

En consonancia con el desarrollo de nuestro razonamiento, los resultados obtenidos por esta investigación tienen tanto carácter expositivo como argumentativo. La gran novedad de este trabajo es la contribución a la difusión, sistematización y descripción de la teoría de la *Wertabspaltungskritik*.

Adicionalmente, la crítica ejercida en contra de los fundamentos de dicha corriente constituye una aportación significativa para la tradición marxista. Nuestra investigación muestra algunos de los términos que las teorías centradas en el estudio de la dinámica socio-económica capitalista deben atender para no invisibilizar, mediante las categorías heredadas de una tradición anterior, los aspectos de verdadera relevancia para el análisis del presente. En relación con lo mencionado en último lugar, la presente tesis señala de igual modo de qué modo se configuran estructuralmente las investigaciones que, impulsadas por una determinada clave de lectura, deben remitirse a diferentes disciplinas y seleccionar sus elementos relevantes. Nuestra propuesta sostiene que es necesario asumir la parcialidad ínsita de la investigación y exponer con claridad el impulso dinamizador que la conforma.

SUMMARY

The doctoral thesis “Mientras caemos. Fundamentos para una crítica interseccional del capitalismo a partir de sus límites como sistema civilizatorio” constitutes itself as an examination of the possibilities and limits within the elaboration of an analysis of the present based on a Marxian point of view. Such aim is invigorated by a specific critical consciousness, which believes contemporary capitalism is best grasped by means of the interpretive key of the crisis of civilization. The theory used as instrument for the successful consecution of the mentioned objective is the critique of the splitting-value [*Wertabspaltungskritik*]. This Marxist, contemporary line of interpretation is based on a certain conception of capitalism as a mode of civilization, whose fundamental concepts hierarchize, articulate, and systematize each existing relation of power. The importance given to the study of social phenomena and, also, its rejection of all philological-erudite approaches to Marx, sets this theory in a privileged position to fully meet the end established.

We begin with a systematic exposition of the most characteristic arguments and problems of this stream of thought, focusing principally on Robert Kurz and Roswitha Scholz. Following to that, we explain in great detail the existing discussion between the Marxist theories of Robert Kurz and Michael Heinrich. The comparative description of both approaches seeks to defend the critique of the splitting-value, which we reveal as a profound and solid theoretical intervention.

Nevertheless, immediately following that discussion, we expose some of the argumentative defects of this line of thought. For our fundamental interest is placed in the possibility of developing an analysis of the present, we set as an axiom that the theory which lays its foundation must be able to work with concrete terms, and show a disposition of openness to consider a myriad of interrelated elements. The critique of the splitting-value, using highly abstract concepts, cannot fulfill these demands. After proving that these deficiencies cannot be solved by means of the mere introduction of historic considerations in the analysis, such as the historical-conceptual notion of “civil society”, we conclude as necessary that the theoretical structure itself must be different.

This assertion is inferred from the exposition of Boaventura de Sousa Santos, whose social theory offers an all-encompassing approach that includes the origins of the modern era. In our account we highlight the main virtues of his perspective: the consideration of multiple

interrelated factors and his complex conception of power, whose peculiarities and specific inner form are linked to the different existing social structural spaces.

The explanation of the basic terms of the Portuguese author is later used to formulate, in rigorously concrete terms, our critique of the Kurzean doctrine. This reveals that, ultimately, the *Wertabspaltungskritik* is a transitional theory. It is situated on the way between the flaws of the “traditional Marxism” and the virtues of new approaches. These last, either working from the consideration of a specific axe of oppression (“race”, gender, etc.), or responding to our challenges as civilization (environmental destruction) are producing the most informed critical discourses concerning capitalism.

The rest of this doctoral thesis is dedicated to explain some of these approaches, which we organized thematically in three issues: the consideration of the relation between capital and, correspondingly, gender, nature, and “race”. In all these chapters, we perform a double task. First, we examine briefly the contributions of Marxist exegesis which contribute to modify the traditional image of this philosopher with respect to each mentioned question. In the second place, we examine the proposal which, with or without a Marxist perspective, are leading the contemporary discussion about the mutual influence of each one of the elements with the capitalist system. We make room to explain the alternatives and transformations that all of them have generated, ranging from the history of ideas (philosophy, history, sociology) to the most concrete elements of reality (economy, legislation).

In concrete terms, there are two unifying threads in this second section. First, we evince, where possible, how the transitional character of the *Wertabspaltungskritik* can be favorably modified so this theory can still serve as a useful analytical tool. In the second place, it is proved that the mutual articulation of diverse factors has consequences for the conceptual, historic, and analytical levels. The latter leads into a twofold task, one that is fulfilled within analytical and conceptual construction; the other, in the refutation of those approaches which, due to their limitations, systematically conceal fundamental terms for a precise understanding of the present.

In accordance with the own progression of our reasoning, the results obtained by this academic research work have both expositive and argumentative character. The most important element of originality of this work is its contribution to the dissemination, systematization and full description of the theory of the critique of splitting-value.

Additionally, the critique of the fundamentals of this line of thought constitutes a significant benefit for the Marxist tradition. Research conducted presents some crucial notions for theories focused upon the study of the social-economical capitalist dynamics. In concrete terms, those they must take into consideration, in order not to conceal, by means of the inherited categories of a past tradition, the truly relevant aspects for the analysis of the present. With respect to the last mentioned question, this doctoral thesis indicates likewise the structure of those approaches which, triggered by a certain interpretive key, must work with different disciplines and select their significant elements. We uphold that is necessary to accept the inherent partiality of research and clearly expose its invigorating thrust.

ELEMENTOS INTRODUCTORIOS

1. Prefacio

1.1. Cuestiones materiales (civilizatorias y personales)

Espero que se me permita comenzar con una pequeña anécdota personal. Realizar una investigación doctoral es, como se sabe, una tarea ardua que suele llevarse a cabo en varios años. Por ello, una de las preguntas más recurrentes que tiene que responder un doctorando/a es, precisamente, sobre qué trata su tesis¹. A lo largo de estos años, he oscilado, principalmente, entre dos respuestas. Una de ellas menta a la crítica del valor-escisión, que fue por donde comenzó esta investigación. Esta rezaba, según mi ánimo, el de mi interlocutor/a y mis presuposiciones acerca de su posible interés por la especificidad en mi respuesta, más o menos así: “un grupo de marxistas alemanes, que están sin traducir”. La otra respuesta, que comencé a formular probablemente algo más tarde, cuando había avanzado el trabajo de lectura y ampliado los horizontes de lo que pretendía hacer y que dije en muchas menos ocasiones que la anterior era, más o menos, así: “Pues...básicamente, que el capitalismo no da para más, que es racista y machista. Vamos, lo que ya sabemos todos, pero explicado”.

Independientemente de mi capacidad para explicar a lo que me dedico sin perder demasiado rigor por el camino, me interesa sobre todo la última parte de la oración. Aunque tengo que reconocer que esta respuesta solía ofrecerla a interlocutores que suponía en cierto modo críticos con el estado actual de la sociedad (¿cuántas veces me habré equivocado en mis juicios?), creo que no yerro al decir que con esto último apelaba a una cierta conciencia de catástrofe que está presente hoy en el mundo. Efectivamente, hay una cierta sensación epocal de que nuestro actual modo de vida —tal como yo misma he dicho tantas veces— “no da para más”, ni en lo económico, ni en lo político. No queremos dar cuenta de sus diferentes problemas con demasiada concreción, puesto que los vamos a comentar extensamente a lo largo de estas líneas, pero sí cabe lanzar dos pinceladas.

¹ Esta pregunta no suele causar animadversión entre los/las doctorandos/as, que pueden no obstante sentirse incomodados/as cuando se ven obligados a responder a cuestiones como “¿Cuándo vas a terminar la tesis?” o “¿Qué vas a hacer después?”

En lo económico, la sensación de colapso viene dada por una situación en la que las nuevas generaciones de trabajadores que se introducen en los maltrechos mercados de trabajo, lo hacen, en su mayoría, con peores condiciones de salario y acompañados de una creciente erosión de sus derechos colectivos. Esto se une a una fuerte competencia global, en la que únicamente parecen ganar las multinacionales y donde la imposición de una fiscalidad más progresiva es una meta inalcanzable. El aumento de guerras y procesos migratorios como consecuencia de este contexto únicamente favorece, tal como parece, al auge de las propuestas más escoradas al flanco conservador. Mientras tanto, las instituciones del liberalismo tradicional buscan restablecer a toda costa unas mayorías que hace tiempo perdieron, algo a lo que ha contribuido el descrédito de la política institucionalizada por los numerosos casos de corrupción —que, desgraciadamente, no son una característica exclusivamente patria— y por el manifiesto cinismo de organismos supranacionales como la UE en materia fronteriza.

Esta situación, en cualquier caso, no es nueva. Cuanto menos, tiene alrededor de unos 11 años, cuando el mundo se enfrentó a una gran crisis económica que llegó de la mano de la explosión de la burbuja inmobiliaria estadounidense. Su desarrollo es bien conocido, como conocidas son las consecuencias inmediatas que tuvo a nivel internacional. El gobierno español de entonces —que negó en un primer momento la existencia de crisis alguna— se vio obligado a la implementación de fuertes medidas de austeridad, entre las que se encontraba el recorte del salario de los funcionarios o la congelación de las pensiones. Estas medidas fueron posteriormente agravadas por la introducción de una legislación más laxa en lo laboral y más represora en materia de derechos ciudadanos, la última, por supuesto, apoyada en la excusa de la seguridad. A pesar de las numerosas declaraciones que afirman la existencia de “brotes verdes” en la economía, el actual *bussiness as usual* político-económico puede entenderse únicamente vinculado a esa ruptura de la aparente prosperidad de la que se disfrutó hasta entonces. Aquella quiebra de las expectativas supuso la contestación definitiva al “dinero fácil” de las finanzas, que inundó al mundo especialmente a partir de la época de los 80. Y, desde entonces, no se ha hecho demasiado por revertir la dinámica de comportamiento que nos llevará necesariamente a tropezar con las mismas piedras del pasado.

Hemos recordado aquí estos acontecimientos históricos para mostrar el contexto que impulsó el desarrollo de ese trabajo, hace ya más de cinco años. Y es que, ante la sensación

de incertidumbre que parecía respirarse en el ambiente, resultaba natural para quien escribe estas líneas intentar profundizar filosóficamente en el motivo de la *crisis*, buscando en ella un índice y/o señal de transformaciones más profundas. No estoy afirmando que tuviera clara conciencia ya entonces de que bajo dicha crisis se podía esconder un problema más grave, pues poseía tan solo el deseo de ahondar en esta cuestión.

Bajo estas condiciones, la crítica del valor-escisión compareció en aquel entonces como la teoría perfecta para satisfacer este tipo de inquietudes. La mencionada línea de pensamiento, apoyándose en el marxismo, concibe al sistema capitalista como un sistema civilizatorio, combinando radicalidad (en sentido etimológico), discusión conceptual e ironía en justa medida. Textos como *Schwarzbuch Kapitalismus* o *Das Weltkapital* ayudan enormemente a adquirir un posicionamiento crítico frente a la interpretación habitual de la historia del desarrollo occidental y sus fuertes intereses asociados. Sus rendimientos teóricos, según a qué autor se lea, pueden ser tal vez más o menos desiguales. En cualquier caso, suponen un punto de partida excepcional para contemplar críticamente la vinculación de nuestro sistema político con la interpretación ortodoxa de la disciplina de la Economía Política. En las presentes líneas esperamos tener ocasión de mostrarlo.

No obstante, como también mostraremos, esta teoría no ha sido suficiente para satisfacer el ímpetu teórico que daba vida a nuestro trabajo de investigación. Por ese motivo, la crítica del valor-escisión, aunque presente a lo largo de todo este trabajo, dejará espacio a otras perspectivas a medida que desarrollemos el argumento. El objetivo último que perseguimos es mostrar la numerosa cantidad de respuestas que se están ofreciendo a la patente situación de parálisis del discurso oficial de la esfera pública, tanto en materia de análisis como de propuesta alternativa.

Queda como ejercicio dirigido al fuero interno averiguar si el afán por mostrar alternativas satisface únicamente al deseo individual de autoprotección —que se ve satisfecho ante la constatación de las posibilidades presentes en el horizonte— o incluye, además, un deseo expreso de contribución al saber colectivo, por humilde y consciente de sus parcialidades que sea (y es) nuestra aportación. Nos inclinamos más bien por lo primero, pero, mientras tenga algún efecto colateral que pueda favorecer a lo segundo, el ejercicio aquí realizado no habrá sido en vano.

1.2. Cuestiones formales (o desarrollo y logística de los argumentos)

Este trabajo presenta la corriente de la crítica de la escisión-valor en su contexto, problematizando algunas de sus tesis y vinculando su reflexión a un plano de debate, más general, de las posibilidades en el presente de la crítica filosófica de tradición marxista. Dicho objetivo se realiza a tres niveles: una discusión de las tesis de la crítica del valor-escisión respecto a la interpretación del sentido de los textos marxianos, una explicación del lugar de esta corriente dentro del contexto marxista alemán y, por último, una consideración de la posición de esta teoría frente a los desafíos teóricos del presente. Formalmente, se trata de un trabajo de objetivos tanto expositivos como argumentativos, cuyas particularidades y orden dentro de nuestro texto pasamos a describir brevemente.

La crítica de la escisión-valor es una línea de pensamiento de raigambre marxista relativamente desconocida en España, dada la dificultad de acceso a sus textos, en su mayoría todavía sin traducir del original alemán. Según creemos, este es el primer trabajo doctoral conformado íntegramente a partir de sus reflexiones. Sin que este hecho agote esta tesis en una mera exposición exegetica de sus características, en estas líneas contribuimos a su recepción en la academia española —y por extensión, hispanohablante— mediante una presentación sucinta, pero rigurosa, de los principios y autores que componen esta corriente crítica. A ello dedicamos el primer capítulo. A tenor de la tradición marxista en que se inscribe, hemos antepuesto a este capítulo un breve escrito con consideraciones preliminares que consideramos fundamentales para abordar con rigor la reflexión que trata con los textos y la figura de Marx.

El núcleo fundamental del presente trabajo se encuentra inmediatamente después, en la presentación de la discusión entre las tesis de Robert Kurz, exponente por antonomasia de la teoría de la crítica del valor-escisión y Michael Heinrich, célebre marxólogo y máximo representante de la escuela de la “Nueva Lectura de Marx”. La oposición de sus argumentos como forma de exposición sirve a un doble objetivo. Por un lado, nos permitirá mostrar la profundidad y rigor de las tesis kurzeanas, a menudo descalificadas por la supuesta carencia de ambas características. La contraposición con Michael Heinrich, que es un respetado académico a nivel internacional, cuyas teorías, además, han gozado de una gran difusión en España gracias a la labor de César Ruiz Sanjuán y Clara Ramas San Miguel, satisface con creces nuestros fines. Por otro lado, dado que contraponer a ambos autores exige ir a la raíz

de ambas teorías, el ejercicio de comparación posibilita la consideración crítica de las tesis de Kurz. Esto último abre las puertas a los razonamientos que ocupan el resto del trabajo.

La presentación de las deficiencias de la tesis de Kurz conducirá, como haremos ver, a la necesidad de reconsiderar la estructura teórica del marxismo kurzeano y, como consecuencia de ello, a la búsqueda de otras propuestas más adecuadas para la realización de pensamiento crítico dedicado al análisis de las contradicciones de la época Moderna —léase: sistema capitalista como sistema civilizatorio—. La teoría de Boaventura de Sousa Santos es, en este sentido, nuestra propuesta. Presentaremos su concepción de la Modernidad en líneas generales, realzando las virtudes que contiene. Con su exposición concluiremos la segunda sección de este trabajo.

La tercera y última sección de esta tesis la dedicamos a mostrar las posibilidades de ejercicio de pensamiento crítico de raigambre marxiana respecto del presente. Aquí nos ocuparemos de la exposición y explicación de las propuestas que, sin perder pie en la tradición que las precede, está analizando en profundidad los retos teóricos y prácticos que más parecen amenazar nuestro *status quo*. Estas se ordenan temáticamente en tres grupos, que corresponden al estudio de la relación entre capital y género, “naturaleza” y “raza”. Tras ello, y antes de pasar a las conclusiones que clausuran toda tesis doctoral, recapitularemos brevemente los resultados de estas reflexiones en vinculación con el trabajo anteriormente realizado.

2. Indicaciones preliminares para el abordaje de la crítica del capitalismo desde una perspectiva marxista

A la hora de abordar la explicación de una teoría que se asuma enraizada en la perspectiva marxista, como ocurre en el caso de la crítica del valor-escisión [*Wertabspaltungskritik*] hemos de tener en cuenta una serie de factores que han influido profundamente la recepción histórica, académica y cultural de este autor. Podemos reunir estos en torno a tres problemas principales, que hacen referencia al canon interpretativo de los escritos de Karl Marx, a los propios escritos económicos de este y a su biografía personal.

2.1. La distinción entre “marxismo tradicional” y “teoría marxista”

Aunque en la literatura especializada esta distinción entre “marxismo tradicional” y “teoría marxista” parezca haya sido abordada en multitud de ocasiones, los prejuicios con que todavía alguien se pudiera acercar a la lectura de *El Capital* denotan cómo sigue siendo necesario incidir en distinguir bien al pensador de la historia de su recepción histórica. Esto es particularmente importante desde el momento en que los escritos de Karl Marx, por encima de cualquier otro en la historia de la filosofía occidental, han influido decisivamente en la configuración política mundial, al menos durante el pasado siglo.

De manera general, podemos denominar como “marxismo tradicional” el resultado de una lectura sesgada que parte fundamentalmente de algunos de los escritos de Engels, siendo particularmente importante su texto “Anti-Dühring”. Como es conocido, este fue definido por Lenin como “el manual de todo trabajador con conciencia de clase” (Lenin 1965: 4, en Elbe 2008: 2) Esta lectura parte de paradigmas tradicionales en el campo de la economía, la política y la filosofía, lo que tiene como resultado un determinado enfoque de la dinámica capitalista que alimenta visiones mitificadas de su funcionamiento. Términos como “materialismo dialéctico” [*DiaMat*], “determinación económica” o contraposiciones como “estructura/superestructura” tienen su lugar aquí.

Más concretamente, los rasgos fundamentales de esta teoría (Elbe 2008: 3-6) son la imposición de un cierto determinismo ontológico en la historia a partir de las leyes económicas; así como una aproximación historicista al método de génesis de las formas capitalistas. De este modo, el mundo se concebía determinado por las relaciones económicas

de los hombres, en un enfoque que reposaba sobre la falsa analogía entre procesos socio-históricos y naturales. Era necesario desenmascarar las determinaciones económicas de la sociedad y erradicar la dominación que sometía a los hombres. Esta tarea se elevó a misión civilizatoria del proletariado concienciado —con la Unión Soviética como punta de lanza— una vez la intervención de Abram Deborin y Stalin conformaron la aproximación marxista-leninista (ML). Con ello, se erigió como doctrina de Estado una visión errónea que ya había sido cultivada por Lenin; convirtiendo así al materialismo histórico en el “departamento de Historia” de un sistema de cosmovisión que analiza la sociedad utilizando y extendiendo ciertos axiomas ontológicos. En el plano teórico, dicha tesis se constituye sobre la base del naturalismo socioteórico y el esencialismo epistemológico.

Con todo ello, puede decirse que el marxismo tradicional del que aquí estamos hablando, es tan sólo “la postura oficial dogmática de diversos partidos políticos” (Ramas 2018: 43) que sistematiza ciertos contenidos de la obra de Marx a partir de la particular y poco ponderada recepción de algunos de sus primeros lectores.

Frente a esta línea de recepción de Marx, podemos hablar ahora de diversas lecturas que agruparemos, según el término clásico de Perry Anderson (1987 [1979]), como “marxismo occidental”. Su aproximación al corpus textual del pensador alemán permiten hablar de “teoría marxista” sin temor a asumir una parcialidad no deseada. Con este término apelamos a un universo de lecturas que, sin presuponer acuerdo o uniformidad en los resultados, buscan una lectura que no oculte las propias intenciones teóricas; al tiempo que no obliteran las inconsistencias y/o contradicciones del propio Marx.

Además, todas ellas, (aun teniendo en cuenta sus posibles acentos e intereses diferenciales) aprovechan los distintos descubrimientos filológicos que la investigación marxista está haciendo posible. Esto último es especialmente importante teniendo en cuenta el proyecto de edición de las obras completas de Marx y Engels MEGA², cuyo principio filológico consiste en la “edición crítico-histórica completa de las publicaciones, los escritos póstumos (bosquejos) y el intercambio epistolar de Marx y Engels”². Dicho proyecto inició su andadura en 1960 y su primer tomo apareció en 1975. El hecho de que sea una edición crítica (Heinrich 2016: 93-95) no ha de pasarse por alto. Con ello se indica que los manuscritos se publican sin intervención alguna por parte de los editores, lo que, teniendo en cuenta las notables modificaciones que Engels realizó del texto de Marx en el segundo y

2 La cita proviene de la información textual que ofrece la Academia de las Ciencias de Berlín-Brandenburgo acerca de la edición crítica de los MEGA en su página web, en la siguiente URL: [<http://mega.bbaw.de/>]

tercer tomo de *El capital*, resulta un avance importante para los/as estudiantes de la obra del pensador alemán³.

Este conjunto de lecturas, en que podemos encuadrar (de manera quizá algo impropia, véase para mayor exactitud Heinrich 1999a) a autores tan dispares como Althusser, Benjamin, Kurz o Gramsci, se caracterizan principalmente por un especial interés en la crítica de la conciencia fetichista y el análisis de la “segunda naturaleza” conformada por las leyes de producción económica capitalista (Elbe 2008: 7). Ambas líneas de investigación constituyen el corpus de problemas que han dado vida a las polémicas teóricas desde que los pioneros György Lukács y Karl Korsch comenzaran con esta aproximación a la obra marxista tras la constatación del fracaso del socialismo después de la Primera Guerra Mundial.

En el presente escrito basamos nuestro enfoque de lectura de la crítica de la economía política en la tradición alemana occidental de recepción filológica, particularmente, en las lecturas de la *Wertabspaltungskritik* y, en mucha menor medida, la tradición de la *Neue Marx-Lektüre* continuada en la figura de Michael Heinrich. Aunque ambas corrientes sostienen un enfrentamiento crítico mutuo que, como se verá más adelante, ha dado lugar a agrios comentarios, puede decirse que ambas se entienden en la estela de la tradición de Th. W. Adorno.

Si bien la vinculación de este autor, Adorno, con Marx no fuera excesivamente prolija, —cuanto menos, explícita (Braunstein 2013)—, permitió a través de H. Reichelt y H.-G. Backhaus, en el caso de las *Neue Marx-Lektüre*, una continuación de su perspectiva aplicada al estudio del corpus marxiano. Si nos referimos, por su parte, a la *Wertabspaltungskritik*, debe afirmarse que ha sido la figura de Roswitha Scholz la que, con mayor énfasis, ha querido hacer ver una vinculación del pensamiento de esta corriente con el autor frankfurtiano. Esto ha llevado, incluso, a la necesidad de aclarar que ciertos conceptos propios no son mera asimilación implícita de categorías adornianas, como ocurre con su concepto de lo “escindido” [*Das Abgespaltene*] y el concepto de lo “no idéntico” [*Das Nicht-*

3 Esto no excluye la posible utilización de la edición clásica de los textos comenzadas por David Riazánov, los *Marx-Engels Werke* [MEW]. Dicha edición se sigue utilizando habitualmente y que supuso la base para la que es, en la actualidad, la traducción más completa de *El Capital* al castellano, la realizada por Pedro Scaron para Siglo XXI. La presente tesis doctoral se apoya fundamentalmente en los MEW, consultando otros fragmentos sólo cuando lo hemos considerado necesario —gracias a las indicaciones que nos han ofrecido la lectura de especialistas en el autor— para comprender mejor alguna cuestión concreta. Sea como fuere, no quisiéramos hacer ver que minusvaloramos aquí el trabajo de Riazánov. Nos parece aquí, que su labor teórica ha de ser sin duda honrada, tanto más, teniendo en cuenta su fusilamiento en 1938 a causa de su carácter contestatario en medio de los años más cruentos de la represión estalinista. Que su labor se convierta, pues, en homenaje póstumo.

Identische] presente en la obra del autor de *Dialéctica Negativa* (Scholz 2009, 2012).

2.2. Las características de los manuscritos económicos de Marx

La historia de génesis y redacción de los textos económicos de Marx también merece ser comentada, a pesar de que resulte algo enrevesada. No obstante, cuando a una historia de recepción bibliográfica como la referenciada se une la cuasi sacralización de un texto filosófico, es necesario contextualizar históricamente cada escrito, para así ponderar su justa importancia en nuestra propia interpretación. En el caso que nos ocupa, esto es de particular importancia, puesto que el proyecto de redacción de una *Crítica de la Economía Política* cambió varias veces a lo largo del tiempo. De la manera más esquemáticamente posible, podemos distinguir en la producción de Marx (1844-1881) los siguientes periodos (Heinrich 2009a, 2016: 119-123, 2018) teniendo en cuenta los distintos proyectos a que se consagró en cada uno de ellos:

-Primer periodo (1844-1849). En este podemos incluir texto como los *Manuscritos Económico-Filosóficos* de 1844, las *Tesis sobre Feuerbach*, *La ideología alemana* o *El manifiesto comunista*. En esta primera fase, la economía política de Ricardo es considerada un referente teórico en el que apoyarse y el conocimiento sobre la disciplina de la Economía Política es todavía superficial.

-Segundo periodo (1850-1863): Marx se traslada a Londres, donde tiene acceso a la vasta biblioteca del Museo Británico. En este periodo se elaboran, de 1850 a 1853, los “Cuadernos de Londres”. En lo teórico se observa una crítica creciente de Ricardo y un conocimiento algo más amplio de la Economía Política. De este periodo es también la célebre “Introducción” (MEW 42: 15-46, MEGA II/ 1.1), asimilada habitualmente como una pieza preparada para los *Grundrisse* (MEW 42: 47-767, MEGA II 1.1-1.2) redactados entre 1857-1858. Esta asunción es no obstante cuestionable (Heinrich 2016: 98), dado su propio contenido.

Los *Grundrisse*, a pesar de su importancia histórica para la lectura occidental de Marx, son un escrito conformado en el proceso de formación del primer proyecto de *Crítica de la Economía Política* de Marx, concebido en 6 tomos. La correspondencia nos da ciertos detalles de su concepción, en sendas cartas a

Engels y Lasalle. Finalmente, emerge un esquema de redacción en que el primero de los seis tomos se dedicaría al capital en general, y el segundo, a la propiedad de la tierra; siendo que la primera mitad de la obra se cerraría con un tercer tomo sobre el trabajo asalariado. El cuarto tomo correspondería por su parte al Estado, y el quinto, al comercio extranjero. Por último, el sexto tomo se dedicaría al mercado mundial. En 1859 se publica el primer tomo del plan de 6 libros, titulado *Zur Kritik der politischen Ökonomie. Erstes Heft* (MEW 13, MEGA II/2). Un año antes se da la edición de un texto importante, el *Urtext zur Kritik der politischen Ökonomie* (MEGA II/2).

En el periodo comprendido entre 1861 y 1863 aparece otro texto, también llamado *Zur Kritik der politischen Ökonomie* (MEW 43 [sólo la primera parte], MEGA II 3.1/3.6). Asimismo, se escriben en esta época una serie de textos de carácter teórico e históricos que se han publicado como *Theorien über den Mehrwert* (MEW 26.1-26.3, MEGA II 3.2-3.4). Que se los haya denominado en la tradición intelectual marxista como el “cuarto tomo de *El Capital*” resulta —cuanto menos— irónico teniendo en cuenta que fueron redactados mucho antes de que la obra magna de Marx fuera tan siquiera concebida como proyecto.

-Tercer periodo (1863-1881): Durante el proceso de redacción del segundo *Zur Kritik...* y las *Theorien der Mehrwert*, Marx rompe con el proyecto de crítica de la Economía Política en seis tomos y decide realizar un trabajo autónomo en tres volúmenes de teoría político-económica, al que habría de seguir un cuarto volumen dedicado, más bien, a historia de la teoría económica. Este último proyecto se titula, ahora sí, *Das Kapital*. Durante los años 1864-1865 realiza un primer manuscrito de este proyecto. De esta primera redacción permanece hoy un capítulo de cierre que se descartó para en la edición del primer tomo publicado en 1867, el denominado como “Resultate des unmittelbaren Produktionsprozesses” (MEGA II/4.1). Los manuscritos completos para el primer y segundo tomo de aquella edición pueden encontrarse, por su parte, en MEGA II 4.1 y MEGA II 4.2 respectivamente. Explicada la génesis de los distintos proyectos de Marx, y habiendo explicado los rudimentos de redacción de *El Capital*, es ahora cuando, propiamente, podemos hacernos cargo de las distintas fases de redacción de esta

obra. En mor de la simplicidad, pasamos a comentar los detalles tomo a tomo (Heinrich 2009: 82-88):

1. Primer tomo: Marx únicamente publicó este. En 1867 tuvo lugar la primera edición y en 1872 la segunda (MEGA II/5 y MEGA II/6 respectivamente). En los trabajos de preparación para la segunda edición escribió, entre 1871 y 1872, un texto que luego no recogería la publicación final, pero que es importante para la consideración del valor en Marx. Estos son los “Ergänzungen und Veränderungen zum I. Band des Kapitals” (MEGA II/6, pp. 1-55). Por su parte, la tercera (1883, MEGA II/8) y cuarta (1890, MEW 23, MEGA II/10) ediciones del primer tomo de *El Capital* fueron publicados y editados por Friedrich Engels. Realizó ciertos cambios, puesto que tomó una parte de las modificaciones que Marx introdujo en la edición francesa (1875).
2. Segundo tomo: Engels realizó la edición del segundo tomo de *El Capital* a partir de la unión de siete manuscritos de Marx, redactados entre 1868 y 1881.
3. Tercer tomo: Engels asumió de nuevo el rol de editor. Para esta publicación se apoyó en el manuscrito que había realizado Marx entre 1864 y 1865. Las modificaciones textuales son considerables, pues Engels le da una composición distinta a la original y añade subtítulos. A cambio de una mayor coherencia, se llega a cambiar el sentido de algunos textos.

Si tenemos en cuenta los vericuetos de la redacción de los escritos económicos de Marx, no nos queda más que sentenciar la necesidad de contextualizar cada obra de este autor (al menos, de manera mínima) antes de elevar nuestra opinión acerca del carácter último de su significado. De hecho, quizá sea más provechoso desacralizar definitivamente sus publicaciones. La actitud de cautela ante el significado último de un texto u otro, no obstante, tampoco ha de conducirnos a la hiperespecialización textual: no es necesario alcanzar la erudición para elaborar un pensamiento crítico de raigambre marxista. Es suficiente con ser mínimamente conscientes de la historia de redacción de estos escritos y consultar, allí donde nos resulte necesario por nuestro propio interés argumentativo, lo que los estudiosos han afirmado sobre el tema, profundizando hasta donde consideremos necesario. Por último, en ningún caso estas prevenciones no han de hacernos descartar la edición clásica de los textos

completos de Marx (MEW). Siguen siendo la edición más fácilmente accesible, y son perfectamente válidos para conocer el pensamiento de este autor.

2.3. La figura de Marx a la luz de sus escritos y visto como figura histórica

Por último, (Navarro Ruiz 2018c) es necesario tener en cuenta una precaución que es imprescindible para el análisis de la obra de cualquier autor, pero que, dado el uso histórico de la figura de Marx es necesario poner de manifiesto aquí. Estamos hablando de la necesidad de separar el análisis de la crítica de la Economía Política de Marx de su propia figura de histórica, y, especialmente, tener en cuenta su evolución teórica allende sus textos más conocidos. Dichas precauciones son relevantes al ocuparnos de asuntos de género y raza en el capitalismo. Aunque más adelante comentaremos estos aspectos con mucho mayor detalle, describimos aquí dos rasgos de carácter general.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que Marx —por muy revolucionario que fuera su planteamiento teórico y, por muy finos que resulten algunas de sus predicciones económicas sobre el desarrollo del sistema capitalista— no dejaba de ser un individuo educado en la cultura de su tiempo. Por tanto, como tal, estaba anclado a ciertos prejuicios que, a los ojos del lector de hoy, resultan afirmaciones fruto de un pensamiento patriarcal (Brown 2012, Federici 2018). Lejos de tener que lamentarse porque no tuviera una mentalidad tan avanzada como su teoría, ha de invitarnos a ver la Crítica de la Economía Política como un trabajo todavía en construcción que ha de renovarse a la altura de los tiempos presentes. Es tarea de les investigadores de las actuales generaciones evaluar en qué sentido sus afirmaciones han de ser descartadas como el producto de un cierto momento histórico. Ante todo, (Heinrich 2009a: 96) se trata de concebir la crítica marxista como un proyecto abierto, en construcción: incluso las categorías mismas que Marx utiliza pueden ser objeto de discusión. La apertura del proyecto de crítica no ha de ser, por su parte, óbice alguno para la arbitrariedad interpretativa. Contamos con suficiente evidencia textual como para descartar lecturas que no guarden un nivel de coherencia suficiente con el legado marxiano.

También pueden encontrarse ciertas afirmaciones de Marx con contenido antisemita (no ha de olvidarse su texto de juventud *La cuestión judía*) y ciertas afirmaciones que podríamos denominar como eurocentristas, estas últimas, presentes en algunos textos periodísticos. Lo primero ha sido comentado en numerosas ocasiones y ha de entenderse en el

contexto de discusión con Bruno Bauer (Bauer, Marx 2009: 4-44). Lo segundo (Anderson 2010) merece, como veremos más adelante, que tengamos en cuenta la evolución y cambio del pensamiento de Marx. De momento, cabe afirmar que los textos a los que se refiere tal afirmación —los textos sobre India de 1857— pueden asumirse como fundamentados, efectivamente, en un pensamiento de raigambre ilustrada de progreso lineal, que une “desarrollo de las fuerzas productivas” al “desarrollo de la razón misma”. Sin entrar por ahora en más detalles, tan sólo cabe mencionar que, desde luego, esta no es la última palabra de Marx por lo que respecta a este universo de problemas. Para una visión de conjunto completa, han de tenerse en cuenta especialmente los textos de sus últimos años de vida, que muestran un viraje de este autor a posiciones más temperadas.

Hasta aquí las tres precauciones fundamentales que conviene tener presentes en el estudio de Marx. Esperamos que no resulten excesivas y provoquen el efecto contrario al buscado: atreverse, sin miedo ni prejuicio, a la lectura de Marx, al pensamiento con Marx. Tal como ha hecho la crítica del valor-escisión, desde una perspectiva muy original. Lo comprobamos en el primer capítulo, inmediatamente a continuación.

LÍMITES Y POSIBILIDADES DE LA TEORÍA MARXISTA. LA CRÍTICA DEL VALOR- ESCISIÓN Y LA DISPUTA HEINRICH-KURZ

Capítulo 1. La crítica del valor-escisión como diagnóstico del capitalismo

1.1. Orígenes y líneas generales de la crítica de la escisión del valor

(Wertabspaltungskritik)

La crítica de la escisión del valor es una corriente de pensamiento crítico alemán de raigambre marxista. Su origen puede cifrarse en la década de los años 80, cuando comenzó a circular a través de la publicación *Marxistische Kritik*, que más tarde pasaría a denominarse *Krisis*. En su origen, se autodenominaba, de manera más general, *Wertkritik* (crítica del valor) y conformaba un grupo heterogéneo en calidades, cuyos representantes más importantes fueron Robert Kurz, Roswitha Scholz, Ernst Lohoff, Norbert Trenkle, Anselm Jappe y Claus Peter Ortlieb. Dentro del mapa de los marxismos alemanes comentado anteriormente, la *Wertabspaltungskritik* comparte con el resto de las aportaciones un cierto aire de familia, que haría fácil a una lectura despistada la identificación de similitudes. Lo que la diferencia, en tono y formas, otorgándole un matiz propio, es su carácter extraacadémico: puesto que únicamente tuvo difusión por medio de publicaciones autogestionadas y vinculada a círculos de pensamiento activista, esta teoría se aleja enormemente de las perspectivas filológicas que son moneda común en la Universidad occidental (Maiso y Maura 2014, Leslie 2014). Sin embargo, esta circunstancia no es motivo para la pérdida de rigor. De hecho, gana, en el mismo movimiento, una cierta libertad expresiva, que se encarna en un tono ácido que es (ocasionalmente) algo socarrón.

Puesto que, en el pensamiento emancipador del lado más *sinistro* del tablero político, el matiz es motivo para la pérdida de alianzas, es muy importante aquí que distingamos bien entre los dos grupos que hemos mencionado hasta ahora: *Wertkritik* (crítica del valor) y *Wertabspaltungskritik*. (crítica del valor-escisión). La diferencia entre las dos, siendo ambas corrientes que continúan su reflexión hasta nuestros días, tiene que ver fundamentalmente con la división de ambos grupos acaecida en 2005. Esta, además de los posibles motivos

personales que —con alto índice de probabilidad— podrían haber suscitado la separación, tiene que ver con un motivo teórico: la aceptación de la tesis de Roswitha Scholz acerca de la escisión de género.

De manera muy general, esta implica (se trata de algo que explicaremos con mayor detalle más adelante) considerar como factor teóricamente relevante la cuestión de género en el análisis del sistema capitalista. Si bien dicha tesis fuera formulada ya en 1992, fue en 2005 cuando tuvo lugar la separación definitiva de las dos corrientes que compartían una misma redacción. La posición contrapuesta de ambos grupos se materializó en la fundación de una nueva revista, *EXIT!*, bajo cuyo paraguas siguieron publicando Kurz, Scholz y Jappe, y que todavía, a día de hoy, sigue viva. Mientras, autores como Lohoff y Trenkle, junto a otros, continuaron con la edición de la revista original del grupo, *Krisis*. Las posiciones teóricas de ambos grupos se encuentran hoy fuertemente diferenciadas, difundiéndose mediante publicaciones diversas (Lewed, Lohoff, Trenkle, Wölflingseder 2004, Lohoff, Trenkle 2011) y marcando sus diferencias mutuas, no siempre de manera elegante (Kurz 2008)⁴.

En el presente texto nos referimos únicamente a la *Wertabspaltungskritik*, sin menospreciar posibles aportaciones de la *Wertkritik* de carácter aislado. Dentro del primero, además, nos centramos casi en exclusiva en el pensamiento de Robert Kurz y Roswitha Scholz. Ambos teóricos —particularmente Kurz— son las figuras que soportan el peso creativo original fundamental de las aportaciones de esta línea y sus textos son, fuera de toda duda, los de mayor profundidad argumentativa. No obstante, antes de comenzar con la exposición propiamente dicha, no podemos dejar de hacer mención a las destacadas aportaciones que otros autores de quizá, menor proyección, han realizado en el marco de esta corriente. Nos referimos a Anselm Jappe, Claus Peter Ortlieb y Tomasz Koniecz.

El primero de los autores tiene la virtud de haber ayudado a difundir en el territorio español muchas de las tesis de la crítica de la escisión del valor. Ello, gracias al texto colectivo junto con Ortlieb y Kurz (Jappe, Kurz, Ortlieb 2014), contribuciones nacidas de los encuentros con el autor (Jappe, Maiso, Rojo 2015) y la reciente traducción de *Las aventuras de la mercancía* [*Die Abenteuer der Ware*] (Jappe 2005, [2016]) que sigue resultando una excelente manera de introducirse en el pensamiento de la crítica de la escisión del valor.

4 Para saber más sobre la historia interna de la crítica de la escisión del valor, puede consultarse el documento realizado por Ulrich Leicht (Leicht 2005), en cinco partes. A pesar de la cantidad de información que este documento ofrece y, desde luego, el meritorio esfuerzo que ha de reconocérsele al autor, expresamos por nuestra parte el deseo de que se asuma la tarea de realizar un informe histórico de esta corriente en otros términos. Creemos que es todavía una tarea necesaria.

También han de valorarse la novedosa publicación *La sociedad autófaga* (Jappe 2019) y el algo más antiguo *Crédito a muerte* (Jappe 2011). Anselm Jappe, no obstante, era conocido ya en el entorno intelectual del territorio antes de la publicación de estas obras. Esto se debe a sus aportaciones a la estética y, especialmente, en virtud de su texto dedicado a Guy Debord (Jappe 2006). No en vano, la estética es la disciplina, precisamente, a la que ha dedicado gran parte de sus contribuciones a esta corriente⁵.

Por su parte, Claus Peter Ortlieb ha incidido de manera especial en la crítica de la objetividad de la economía y de la ciencia (Ortlieb 2006), probablemente a causa de su formación matemática, que como comprobaremos, también le sirve para demostrar matemáticamente los indicios de la posibilidad de un límite interno a la valorización del valor (Ortlieb 2008, 2009). Ha de mencionarse, no obstante, que su particular interés en ciertos asuntos no le ha impedido ocuparse de problemas más propios del núcleo argumentativo de la crítica del valor-escisión. De esta manera, entre sus contribuciones también se cuentan reflexiones acerca de la Ilustración y la ética del trabajo en el capitalismo (Ortlieb 2002, Ortlieb 2012).

Por último, cabe referirse a Tomasz Koniecz. Este periodista analiza problemas y asuntos de actualidad diversa, desde la realidad del supuesto “comercio justo”, la posición de poder de China y Rusia o la actual política de endeudamiento a nivel mundial desde una perspectiva muy atenta a las reflexiones de Kurz y Adorno (Koniecz 2014a, 2015, 2016, 2017b)⁶. Además, su difusión ha sido posible en el territorio español gracias a la iniciativa editorial que ha reunido algunos de sus textos (Koniecz 2017a) en una edición en castellano. Para dar muestra al tono de sus análisis, las siguientes palabras acerca del Estado Islámico

5 Mención aparte merece la discusión que tiene lugar entre Robert Kurz y Anselm Jappe en torno a la cuestión de la crítica de la Ilustración y sus contenidos. A raíz de un artículo de Jappe (2003) en que este se mostraba crítico con las tesis de Kurz en el texto, primero publicado en *Krisis*, “Blutige Vernunft”, el autor de *Geld ohne Wert* (2004a: 99 ss.) le reprocha a Jappe exagerar sus tesis, haciendo absoluto el impulso de Kurz de querer realizar una ruptura ontológica profunda respecto a la historia anterior. Además, expone el posible riesgo de Jappe de caer en una romantización del pasado en algunos momentos de su argumentación (2004a:124-126). Por otro lado, que Jappe se haya dedicado de manera predominante a la cuestión de la estética, no quiere decir que el propio Kurz no haya realizado alguna intervención de importancia al respecto. Precisamente, ha dedicado uno de sus grandes textos (Kurz 2012b) a comprender, a la altura del siglo presente, el concepto de industria cultura proveniente de Adorno y Horkheimer (una reflexión más pormenorizada sobre este asunto puede encontrarse en Maiso 2018a). Asimismo, aprovechamos esta ocasión para mencionar de manera breve que Anselm Jappe ha permitido la difusión de las ideas de Kurz con gran intensidad en el territorio europeo, gracias a contribuciones editoriales con Robert Kurz (Jappe y Kurz 2003) o bajo la forma de artículos (Jappe 2014).

6 Además de la selección de textos de este autor que se encuentra disponible en [www.exit-online.org], el autor dispone de una página personal donde pueden consultarse sus artículos. Véase la siguiente URL: [http://www.koniecz.info].

pueden servir para dar idea del tono adquieren sus reflexiones:

La diferencia más importante entre la empresa que actúa globalmente y el Estado Islámico consiste en que, para las empresas transnacionales, la acumulación de capital constituye el fin en sí mismo de su entera actividad. Todas las devastaciones y destrucciones que el capitalismo tardío hace al hombre y al medio ambiente, constituyen solo los productos secundarios de la ambición ciega y desmesurada por la valorización del capital en que, simple y llanamente, consiste el núcleo irracional del modo de producción capitalista. Para el Estado Islámico [ES] la acumulación de capital, por el contrario, solo representa un medio para un otro fin irracional, que consiste en un trabajo de aniquilación y destrucción lo más eficiente posible. [...] La tendencia implícita a la autodestrucción que habita dentro del capitalismo aparece de este modo de manera abierta en el ES, se hace explícita. El Estado Islámico utiliza así las formas de organización más efectivas y los métodos más racionales que ha generado el capitalismo tardío, sumido en [la] crisis, para perseguir un fin maniaco y demente: la extinción literal de todos los infieles. En último término, se hace obvio un paralelismo entre la ruptura de la civilización más grande dada hasta ahora, el trabajo de aniquilación del nacionalsocialismo alemán. (Konicz 2014b).

Nuestra introducción a la crítica del valor-escisión no estaría completa si no mencionáramos, bien sea de manera somera, a otro autor de perspectiva análoga a la de esta línea de pensamiento: Moishe Postone. Este autor, recientemente fallecido, ha llevado a cabo en *Tiempo, trabajo y dominación social* (Postone 2003) el desarrollo de una crítica del valor con raíces en la teoría crítica clásica adorniana que comparte muchas similitudes —y notables diferencias— con la perspectiva kurzeana. Aunque a lo largo de estas líneas se hará alguna referencia a su perspectiva, consideramos más pertinente excluir una descripción más detallada de sus tesis para mantener nuestra exposición dentro de unos límites razonablemente adecuados⁷.

Una vez se ha situado geográficamente y emocionalmente a la crítica de la escisión del

⁷ La perspectiva de Moishe Postone se encuentra explicitada, como ya se ha comentado, en Postone 2003. También pueden consultarse, en castellano y en inglés, Postone 2007 y la entrevista de Hamza & Ruda (2016) y la de Silvia L. López (2012), así como Navarro Ruiz 2019a. Además del análisis económico-político, este autor también resulta interesante por sus reflexiones en torno al antisemitismo (Postone 1986), que Scholz ha analizado de manera crítica (se verá líneas más abajo) y que, de manera adicional, siguen sirviendo en la actualidad para la producción de pensamiento (Maiso 2018b). En otro orden de cuestiones, se debe tener presente que otro autor que podría haber sido mencionado en estas líneas es H.J. Krahel, cuya temprana muerte impidió el despliegue completo de su pensamiento, pero cuyas reflexiones apuntaban a consideraciones parecidas a las aquí presentadas. Para introducirse en los pensamientos de este autor puede consultarse Krahel 2008 así como Maiso 2019.

valor, es momento de ocuparnos de sus tesis fundamentales (Navarro Ruiz 2015b, 2016a). Puede decirse que la reflexión de Kurz parte de la consideración de las consecuencias de dos tesis, como ya puede vislumbrarse en su texto “Die Krise des Tauschwerts” (Kurz 1986): en primer lugar, la constatación de la crisis definitiva de la “sociedad del trabajo” a partir de la tercera revolución industrial o microelectrónica, que confirmaría que hemos llegado al “límite interno del capital”. En segundo lugar, una específica lectura de Marx que nos permite encontrar en este apuntes para una crítica en profundidad del sistema productor de mercancías.

¿En qué se materializan ambos puntos? En una crítica de carácter radical, que comprende la época Moderna y el sistema capitalista como un sistema civilizatorio. Esto implica tres puntos de importancia. En primer lugar, la perspectiva desde la que van a ser analizados los temas, cuya formulación está determinada hasta cierto punto por el enfoque escogido.

Los autores de la crítica del valor-escisión parten de una base esencial: en la Modernidad, una cierta *organización específica* de las relaciones económicas⁸ —entendidas estas, de entrada, en sentido muy laxo— son las que organizan, estructuran, vertebran y precisan las relaciones de poder existentes. Por supuesto, la aparición de la disciplina de la Economía Política es crucial en este asunto, si bien ha de entenderse que bajo la locución “relaciones de poder” se incluyen también las desigualdades en ejes diferentes al económico, como el género, o la raza⁹, lo que nos lleva algo más allá del ámbito particular de este saber. Es aquí donde podemos inscribir la importancia de la tesis de la escisión de género de Roswitha Scholz, que ocupará una subsección específica unas líneas más abajo.

Esta comprensión del capitalismo ha llevado a Robert Kurz (también a Roswitha Scholz, en la denuncia de aspectos androcéntricos) a la redacción de una serie de planteamientos que denuncian el carácter violento e imperialista de la civilización occidental. En términos generales, estos autores encuentran en la Ilustración, el Estado¹⁰, el concepto de

8 Esta comprensión en sentido laxo de las relaciones económicas, que nos permite entenderlas como relaciones de intercambio de energías con el mundo externo, que, a su vez, pueden dividirse en relaciones de producción y distribución de enseres y productos producidos, es ya una determinada comprensión la actividad humana indesligable del sistema de reproducción social capitalista. No se trata de una definición neutra, algo que podrá entenderse líneas más abajo del presente trabajo.

9 Este asunto es un debate transversal al conjunto de este trabajo, que abordaremos en diferentes ocasiones.

10 La noción de Estado en Robert Kurz ha sido minuciosamente analizada en el texto, en dos partes “Es rettet euch kein Leviathan” (Kurz 2010, 2011), aunque también han de tenerse muy presentes sus reflexiones en *Das Weltkapital* (Kurz 2005b: 36 ss.). Aquí se investiga la específica naturaleza del Estado moderno, y se explica su evolución. Resulta particularmente interesante su discusión con la teoría anarquista (Kurz 2011: 111 ss.) así como su noción de “síntesis social” (Kurz 2011: 129 ss.) con la que se intenta explicar la matriz

democracia liberal y la filosofía occidental clásica con sus respectivos valores (“igualdad”, “libertad”) la otra cara de la medalla de la sociedad del fetiche del valor (Kurz 1999a, 2003b, 2004a, 2013a). El objetivo último en esta consideración es ilustrar cómo la moderna sociedad capitalista impone un modelo de sujeto aparentemente neutro que es estructuralmente varón, blanco y occidental: algo particularmente presente en el texto “Blutige Vernunft“ (Kurz 2004a: 15-52) y en todo el libro de idéntico título (Kurz 2004a), donde también se consideran críticamente las figuras de Adorno y Horkheimer¹¹.

Al mismo propósito se unen algunos escritos de Kurz que han tratado sobre aspectos más subjetivos de la constitución del sujeto en el capitalismo (1998b, 2002a, 2004b: 109-110, 2006c, 2018). En estos, ha intentado reflexionar acerca de la vinculación fundamental existente entre el surgimiento del capitalismo y la forma sujeto. Según el autor alemán, la conexión que hay entre el fin en sí mismo de la valorización del valor —que no tiene más que un contenido abstracto, el aumento incesante de la riqueza en términos capitalistas— y el sujeto, conlleva a que los individuos acaben por asumir una identidad en consonancia con el principio estructural de su sociedad, es decir: nula, vacía, abstracta. Como consecuencia del nihilismo imperante, puede explicarse tanto la indiferencia que ejercen las personas entre sí, como la incansable insistencia de la izquierda posmoderna en el discurso de las identidades

de praxis social del sistema de reproducción social capitalista.

- 11 Para comprender mejor cuál es el ímpetu de la invectiva kurzeana, un buen ejemplo de su denuncia a la Ilustración puede encontrarse en las siguientes palabras dedicadas al concepto de “reconocimiento”, al que tantas páginas se dedican hoy desde la filosofía social de, entre otros, Axel Honneth o Nancy Fraser: “Puesto que no hay escapatoria del fundamento de la socialización del valor, el reconocimiento y, con ello, el proceso de selección está también reñido ya de manera “subjetiva”. La competencia universal como parte integrante inseparable del universalismo del derecho se da entonces, como lucha por la capacidad de establecerse en el mercado [*Marktfähigkeit*], también como una lucha por la capacidad de reconocimiento, porque todos saben, que no hay suficiente para todos. Esto no tiene nada que ver con la capacidad de los recursos sensitivo-materiales, sino con la escasa capacidad de admisión de la forma de reproducción social, que es el fundamento y presuposición del universalismo del derecho abstracto y, con ello, la condición de su propia lógica. Bajo esta condición debe surgir la tendencia immanente a confiar la universalidad del derecho, en su función como mecanismo de selección, no únicamente a a las leyes ciegas previas de la valorización, sino en cierto modo, como un seguro extra, en procesos de reconocimiento profundamente vergonzosos, añadirles criterios nacionales, racistas, etc. En este sentido, la existencia de la (vieja y nueva) esclavitud en EE. UU., no es en ningún caso una inconsecuencia del pensamiento, cuando se pueden encontrar en las declaraciones de casi completamente todos los héroes intelectuales [*Geistesheroen*] de la ideología de la Ilustración multitud de ataques racistas y antisemitas. [...] Ya la misma forma derecho como tal, ya solo la “necesidad” de un estatus especial expresa ya que no se trata de ninguna presuposición ni algo que se da por sí mismo [*Selbstverständlichkeit*], sino que se trata de un resultado, que siempre debe ser decidido, y que encierra la posibilidad, o bien la realidad en masa, de lo contrario. La otra cara del reconocimiento es siempre la exclusión. [...] Resumen: La Ilustración no tiene nada que pueda ser rescatado ni tampoco hay que rescatarla a esta. La ideología de la Ilustración, junto con la constitución social que le subyace, solo puede ser rechazada desde sus fundamentos”. (Kurz 2004a: 67-68). En cuanto a la crítica de Adorno y Horkheimer puede consultarse Kurz 2004a: 39 ss., 88, 147-150, 166-168. Cabe adelantar que volveremos a este texto en posteriores secciones, en las que explicaremos exhaustivamente el texto “Subjektlose Herrschaft”.

cambiantes, híbridas o líquidas. El comportamiento del ser humano, denuncia Kurz, no es más que un reflejo de lo que se realiza a nivel general de la sociedad. A este nihilismo se unen, por añadidura, algunos factores objetivos que contribuyen a aumentar la indiferencia y falta de empatía. Y es que, una vez el avance de las fuerzas productivas ha hecho que el trabajo abstracto humano sea eliminado, en tal cantidad, que los beneficios arrojados por el plusvalor relativo no son capaces de compensar las pérdidas, hay quien *sobra*, literalmente. Entre ellos, todos los trabajadores que están detrás de un puesto de trabajo destruido, sin previsiones de volver a incorporarse al mercado laboral. Por eso Kurz habla en sus escritos de “hombres no rentables”, de población superflua, aquellas condenadas por principio a la exclusión por indiferencia, si no a la aniquilación misma¹².

Para analizar la segunda de las consecuencias de la perspectiva de la crítica de la escisión del valor, hemos de comenzar recordando la intervención principal de Karl Marx en el ámbito de la economía política. Como es conocido, uno de los mayores tesoros que, en su opinión, albergaba su teoría, es la introducción de la noción “trabajo abstracto”. Este concepto viene a sustituir, como elemento conformante de valor, al concepto ricardiano de mero tiempo de trabajo. Más adelante se observarán las consecuencias de este movimiento, pero, de momento, sólo nos interesa poner de manifiesto un pequeño detalle: con el término “trabajo abstracto” se incide en la extraña manera que adquiere la relación entre individuos productores de riqueza en el capitalismo. Como sabemos, la creación de riqueza, en dicho sistema, se realiza de manera necesaria a través de productores privados. Su producto tiene además un carácter *fetichista*¹³, se trata, pues, de una mercancía. Esta última, en el capitalismo

...refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades naturales de dichas cosas, y, por ende [...] la *relación social* que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los *objetos*, existente al margen de los productores (Marx, MEW 23: 88 [90], subrayado nuestro)¹⁴.

12 Tendremos ocasión de analizar las consecuencias de este fenómeno con mayor profundidad posteriormente. Por el momento, cabe mencionar que la actual política de fronteras imperante en los países de los centros capitalistas (UE, EE. UU.) pueden ilustrar claramente su materialización en la realidad.

13 En la sección 1.5. se realiza una exposición detallada de esta noción.

14 Siempre que citemos algún texto de Marx, utilizaremos la edición de los textos de Marx y Engels canónica hasta la aparición del proyecto MEGA, los *Marx-Engels-Werke*, que siguen siendo la edición más difundida y accesible. Entre corchetes indicamos la página de la traducción al castellano realizada por Pedro Scaron en la Editorial Siglo XXI, que resulta la más completa, accesible y habitual. Esta advertencia se mantendrá vigente para el escrito al completo.

Es decir, que en el sistema capitalista nos encontramos ante una determinada dinámica de producción de carácter social que obliga a que las relaciones de producción y distribución se realicen, necesariamente, a través de productores privados. Además, estas relaciones, a pesar de su origen y sustancia social, adquieren la forma de relaciones entre objetos, se cosifican. Con esto, puede decirse que el núcleo fundamental de nuestra praxis y/o dinámica socioeconómica se materializa en relaciones de producción de productores privados, enfrentados en relaciones de competencia entre sí, que además, en tanto asumen un carácter reificado, adquieren un carácter aparentemente inocente.

Como consecuencia directa de lo anteriormente argumentado, puede decirse que la dinámica social y productiva capitalista consiste en privilegiar, extender y universalizar la propiedad privada en régimen “exclusivo y excluyente” (Domènech 2009). Se ha dicho “modo de producción capitalista” y no “capitalismo”, puesto que se habla de una dinámica, de un proceso y, por tanto, no de algo sustancial. La utilización del vocablo “capitalismo” es perfectamente legítima, eso sí, una vez la dinámica descrita se encuentre legitimada, institucionalizada y asentada en una sociedad determinada. Es decir, cuando pase a ser el elemento vertebrador de las relaciones de poder existentes y se instituya en el mismo movimiento como un sistema civilizatorio, tal y como se ha explicado al comienzo¹⁵. En el marco de la tarea de legitimación de esta dinámica, debe mencionarse nuevamente a la disciplina de la Economía Política, cuya rama ortodoxa jugó un papel fundamental. Los autores clásicos de esta disciplina coadyuvaron en la naturalización de los conceptos fundamentales de esta rama de pensamiento y, en un *quid pro quo*, habrían tomado el modo de producción específico del capitalismo como el “modo natural” de la forma de la economía, dotando a esta de un carácter ahistórico y transhistórico que dificulta su crítica¹⁶.

15 Hasta qué punto esta tesis se encuentra perfecta y claramente formulada en Kurz (con todas las consecuencias que comporta) es algo que habrá de discutirse mediante las reflexiones contenidas en el libro *Geld ohne Wert*.

16 Aunque, lejano en sus posiciones a la crítica de la escisión del valor, Michael Heinrich ha dedicado gran parte de su texto *Die Wissenschaft vom Wert* al estudio de las diferencias que pueden encontrarse entre el discurso de Marx y la Economía Política clásica, en un ejercicio que puede resultar útil a cualquier interesado en la teoría marxista. De esta manera, comenta cómo esta permaneció, a pesar de sus esfuerzos, atrapada en las apariencias de un mundo “encantado”, las cuales conformaron los elementos de su campo teórico. Tal como nos explica Heinrich mediante una enumeración, en esta “-En tanto las relaciones de producción social aparecen como características naturales de las cosas, parece que sean, en sí mismas, [características] naturales. El modo de producción capitalista no se presenta entonces como un modo de producción históricamente específico, sino como la manera y modo naturales de producir (*Ahistoricismo*). -Sucede del mismo modo con los hombres en el marco de este modo de producción, es decir, los poseedores de mercancías. Parece que con ellos no se trate de una individualidad y subjetividad que se haya producido históricamente, [sino que] el “individuo aislado” aparece más bien como un prototipo “del” hombre

Ante este panorama teórico, el interés fundamental de la *Wertabspaltungskritik*, es poner en el centro de la reflexión una crítica radical a conceptos como “mercado”, “riqueza” o “trabajo”, entendiendo que en Marx existen los materiales para tal crítica radical. Para ellos, todos estos conceptos conforman una *matriz fetichista* de praxis social que ha de ser desvelada y, en último término, abolida. Las formas más elementales de la socialización capitalista han de ponerse en el centro, mientras que los agentes sociales únicamente se pueden definir, de manera concreta, “ante lo que quieren impedir: la destrucción de la reproducción social a través de la falsa objetividad de las formas coactivas capitalistas” (Kurz 2003). La afirmación de que la sociedad capitalista posee una matriz fetichista le permite a la crítica de la escisión del valor afirmar una continuidad histórica entre las formaciones pre-capitalistas y capitalista. Todas ellas, si bien ancladas en principios diferentes, serían diferentes paradas en la larga historia de las relaciones fetichistas ancladas a los diferentes modos de reproducción social¹⁷.

Con lo expuesto, queda claro que el objetivo último de la *Wert-Abspaltungskritik* es acabar con el fin de la sociedad moderna capitalista en tanto sistema civilizatorio, en que todo metabolismo con el mundo se orienta únicamente al aumento incesante de la riqueza abstracta, materializado en la valorización del valor. Sea como fuere, no conviene que pasemos por alto uno de los catalizadores del pensamiento kurzeano y crítico de la escisión, ya mencionado: el cambio que ha producido la tercera revolución industrial o microelectrónica. Según la crítica del valor-escisión, esta ha provocado una transformación de tal calado que ha llevado al capitalismo a su “límite interno absoluto” (Kurz 2012c: 29), tanto en sentido económico-político, como respecto a las formas de pensamiento que ha legitimado y fundamentado nuestro sistema de reproducción social. La tesis del “límite interno absoluto del capital” es una de las más polémicas de la crítica de la escisión del valor. Si bien desarrollaremos en la sección posterior su explicación completa, es necesario marcar algunas de sus características de manera introductoria.

(*Antropologismo*). -Las relaciones sociales en las que los hombres se constituyen se les aparecen como fundamentos activos de su acción, con lo que, aparentemente, son los hombres lo que constituyen de manera inmediata el conjunto social (*Individualismo*). -Y por último[,] las relaciones de producción cosificadas, aparecen no solo como características naturales de las cosas, sino que como tales características naturales también están dadas de manera inmediata, pueden ser percibidas de manera inmediata. (*Empirismo*). Marx, a través de una revolución científica, no sólo ha *roto* con el campo teórico de la economía política, en el marco de su economía política[,] también puede ser mostrado cómo se *producen* las determinaciones de este campo como “formas de pensamiento objetivas” (Heinrich 1999b: 310).

17 El tratamiento y discusión de este asunto es central para la argumentación de *Geld ohne Wert*, por lo que nos expresaremos de manera más detallada en la siguiente sección.

Esta tesis está fundamentalmente relacionada con el desarrollo de las fuerzas productivas: como hemos puesto de manifiesto al hablar de la creciente masa de trabajadores superfluos, existe un momento en que la constante eliminación de trabajo abstracto a causa de la mejora en la eficiencia de los procesos del trabajo no puede ser compensada por los mecanismos de compensación del plusvalor relativo. El trabajo abstracto, no obstante, es la sustancia que conforma el valor y, por tanto, el elemento que permite la pervivencia de dicho sistema. De esta manera, este argumento intenta iluminar el momento en que

la producción de mercancías, [a causa de] una escasa fuerza de trabajo y una [escasa] capacidad de financiación, se pone fuera de servicio de manera amplia, pero con ello no se supera conscientemente como forma de reproducción, en lugar de eso, la reproducción de la vida social, junto con su misma forma negativa, se paraliza. La miseria de la paralización no es momento alguno del funcionamiento del capital, sino su propia miseria, porque, según su propia esencia, jamás debe detenerse, y la sociedad debe reproducirse a través de la sumisión bajo su incesante rueda infernal. Precisamente por eso, la autodestrucción del capitalismo no es algo idéntico a la emancipación. (Kurz 2013b: 82).

Con este apunte, introducimos dos elementos de importancia. De entrada, la crítica de la escisión del valor se desvela como algo más que una línea de análisis crítico y se convierte en un diagnóstico del presente, algo que acentúa de manera más intensa su carácter no simplemente teórico, como se indicó al principio¹⁸. En segundo lugar, atendiendo a la última de las oraciones citadas, comprendemos que esta tesis no implica automatismo alguno:

18 El hecho de que la crítica de la escisión del valor no pueda asimilarse con una posición de carácter académico no la convierte en mero activismo ni, tampoco, en mero criticismo. Esta teoría se posiciona a favor de una crítica fundamentada en los contenidos concretos de la teoría. A este último respecto se ha pronunciado Kurz de manera transparente: “Antes de que el librepensador [*Selbstdenker*] [...] se convierta en un disidente perezoso, exige en primer lugar la libertad misma de poder decir ya algo en voz alta, lo que pudiera ocurrírsele en su ejercicio de pensamiento libre [*Selberdenken*]. [...] Pero eso no es en absoluto algo con lo que se fundamente realmente una crítica, se formule y se impongá, o, en general, [algo que fundamente] una posición distintiva del pensamiento filosófico o político (dicho en términos convencionales) que haya existido nunca. La teoría crítica marxista no fue fruto alguno de la exigencia de la libertad de pensamiento. Tampoco la antigua crítica del valor [*Wertkritik*] surgió a partir de la libertad de la crítica frente al marxismo anterior, y mucho menos, surgió la teoría crítica del valor-escisión a partir de la reclamación de la libertad de opinión en el marco de la anterior crítica del valor. Más bien, por un lado, fueron experiencias socio-históricas concretas, y [ciertos] desarrollos, por otro lado, la discusión con posiciones teóricas deficientes o reconocidas como algo obsoleto, lo que provocó una reelaboración de los contenidos. Al comienzo de toda verdadera crítica está su *contenido* concreto, no su *forma* abstracta como crítica en general o como virtualidad vacía de una crítica irreal, todavía indeterminada, que quizá no llegue a ser tal, pero que tiene que ser exigida en este vacío a pesar de y prescindiendo de todo contenido. En el fondo, la exigencia de la libertad de crítica sin contenido alguno, del pensamiento, de la opinión *in abstracto* es un poco confusa. Algo ahí no funciona en absoluto”. (Kurz 2017: 76, subrayado del autor).

lejos de poder asimilarse con ciertas teorías aceleracionistas en boga hoy día, para la crítica de la escisión del valor la deseada ruptura con la matriz fundamental del capitalismo (1988: 86), sólo puede ser de carácter consciente¹⁹. A pesar de que, como se verá, el propio desarrollo de la dinámica productiva capitalista pueda hacer más difícil la pervivencia de este modo civilizatorio en sus términos propios (proliferación de crisis financieras y de acumulación, aumento de la conflictividad social, etc.) la matriz de praxis social puede permanecer incólume, puesto que no depende de la legaliformidad interna capitalista, sino de las formas sociales de acción constituidas que delimitan el espacio de lo políticamente posible.

Sin duda alguna, se comprueba por lo expresado que la línea de pensamiento crítico analizada añade ciertos elementos al discurso crítico que resultan novedosos frente a planteamientos anteriores. Tanto es así, que la necesidad de distinguirse respecto de otros autores es una constante de aparición intermitente en los escritos de esta línea, especialmente en Scholz. Pese a sus indudables elementos de originalidad, no cabe duda de que también se entiende dentro de ciertas tradiciones; y entre ellas, hemos nombrado ya la teoría crítica

19 Como tendremos ocasión de ver en una cita de Heinrich más adelante en este trabajo, la crítica de la escisión ha sido acusada con cierta frecuencia de ser una teoría determinista, algo que se desmiente a través de una lectura atenta a su tesis del límite interno y, en general, de su teoría. No obstante, para contribuir a solventar las sospechas que pudiera haber, lo más útil es transcribir unas palabras de Kurz en que este autor se ha significado de manera directa: “Parece como si la crítica radical no fuera un resultado libre y no determinado de la conciencia, sino un mecanismo causalmente determinado, como el tiempo o la digestión. El resultado de la conciencia consistiría entonces únicamente en ejecutar de manera consciente la causalidad propia. Precisamente eso es la determinación fetichista del pensamiento y la acción en el espacio del capital. Cuando la emancipación qua sujeto debería ponerse en funcionamiento de manera ciertamente consciente, pero no obstante, del mismo modo, como un proceso natural o maquínico, entonces eso sería justo lo contrario de su propia esencia [*ihrer selbst*]. Se pueden determinar objetivamente los mecanismos ciegos del capital, pero no la liberación de esta objetividad falsa, que por su parte, en sí misma no puede ser objetiva. La liberación es un hecho histórico y por eso no se puede “deducir” teóricamente, como la caída tendencial de la tasa de plusvalor. [...] No hay ningún grupo social en el capitalismo que tenga una predeterminación trascendente de carácter ontológico. Todos los grupos sociales están preformados a través del valor y por ello constituidos de manera capitalista. Cuando se habla de “intereses”, ahí se debe hacer una diferencia. Por un lado, están los *intereses vitales* con contenido, materiales, sociales y culturales, que son idénticos con sus intereses históricos. Este contenido está no obstante vinculado, por otro lado, a la forma capitalista. El contenido real de las necesidades aparece entonces como algo secundario; que se percibe de manera inmediata como el interés constituido de forma capitalista bajo la forma del dinero (salario y beneficio). Naturalmente, es inevitable que las verdaderas necesidades o los intereses vitales se intenten hacer válidos primero en la forma dominante capitalista. Cuando sin embargo no se vea ya la diferencia entre forma y contenido, dicho interés repercute en contra de sus portadores: entonces hacen dependientes sus necesidades, para bien o para mal, a que funcione la valorización del capital. Se reducen así a sí mismos a un “sujeto objetivo” que entregan su vida a las leyes del capital y tienen esta sumisión por algo normal. Por el contrario, todo depende de declarar el verdadero contenido de estas necesidades como algo absolutamente innegociable. Solo ahí se da la posibilidad de aumentar la tensión entre la forma capitalista y este contenido, hasta llegar a la crítica que trascienda más allá del capital. Esto no es un acto de un “sujeto objetivo” sino de personas, que ya no quieren ser [tal sujeto objetivo, CNR]. Un movimiento emancipador no tiene ningún fundamento ontológico que se sepa de antemano, sino que se debe constituir a sí mismo “sin red de seguridad”. (Kurz 2013c: 25-26, subrayado del autor).

clásica y el marxismo. En lo que respecta a este último —como en cierto modo no podía ser de otra manera, claro— es necesario ahora que dediquemos algún espacio a comprender rigurosamente posición teórica que poseen frente a ella. Le dedicamos, por ello, la siguiente subsección.

1.2. La posición ante el marxismo tradicional

Examinemos qué posición tiene exactamente la *Wertabspaltungskritik* ante el constructo que antes hemos llamado marxismo tradicional. Cabe decir, en primer lugar, que la postura de Robert Kurz y Roswitha Scholz no es excesivamente rigurosa al respecto, es decir, no delimitan claramente lo que entienden bajo este concepto. Si bien podríamos asimilar su concepción a la nuestra, presentada en las advertencias preliminares, su noción es mucho más lábil y abarca autores que hemos incluido bajo la denominación “marxismo occidental” (Anderson 1987).

Para ellos, se trata de un discurso que ha esquivado la reflexión sobre las categorías fundamentales del capitalismo y se ha centrado en el concepto de “plusvalor”, lo que lleva consigo el esquema tradicional de la lucha de clases. Los autores adscritos a esta corriente parten de una simplificación de carácter sociológico, que lleva a que la historia del capital sea comprendida como el resultado de “relaciones de poder” de los diferentes sujetos en liza dentro de la forma valor (Kurz 1988: 17-18). Desde su punto de vista, el marxismo tradicional se sitúa como una variante de la ilusión de raigambre burguesa y liberal, que adscribe al sujeto social abstracto del capitalismo (en realidad predeterminado a priori por las formas capitalistas) una noción de libertad metafísica. Pese a que con esta visión se ignoren las determinaciones que siempre constriñen al sujeto constituido dentro de las relaciones fetichistas del capital, el marxismo tradicional oblitera estos problemas. De esta manera, sólo restan dos asuntos fundamentales a tratar: la explotación de la fuerza de trabajo y la apropiación de la plusvalía.

Estas dos problemáticas, no obstante, no tienen un carácter inocente. Según Kurz (1995a, 2000, 2003, 2005) ambos asuntos pertenecen a un nivel de problematización que no alcanza a criticar el nivel fundamental de la forma de reproducción social capitalista. Tal y como nos explica, se trata de asuntos que tienen que ver exclusivamente con la distribución de los beneficios arrojados por el capital, no con el sistema de producción en sí mismo: son de carácter inmanente a las relaciones de producción existentes. Por tanto, si aceptamos que

estos son los asuntos fundamentales de nuestra reflexión, asumimos, de manera implícita, los conceptos inherentes a cada uno de ellos, y así, entre otras, las nociones burguesas de “trabajo”, “riqueza” y “progreso”. Las consecuencias de la asunción del carácter aporreado de dichos conceptos desemboca *de facto*, en su ontologización, o sea, su aprehensión como nociones estáticas y sin historia. Confinadas más allá del ámbito por excelencia de la acción humana contingente, la posibilidad de cuestionarlos teóricamente es absolutamente imposible. Siendo esto así, es aún menos imaginable alcanzar la posibilidad de la crítica de las formas fundamentales del capitalismo: forma mercancía, trabajo abstracto, etc.

Establecidos de este modo los términos del análisis, el plusvalor y el trabajo asalariado no son para el marxismo tradicional formas fenoménicas de la estructura fundamental del valor. Puesto que se han asumido tácitamente las interpretaciones burguesas, la forma de valor se acepta como algo que es en sí mismo natural, haciendo así que el plusvalor sea concebido como una forma de “robo” por parte de la clase capitalista, una clase que, por cierto, se entiende en términos estrictamente sociológicos. Es evidente que los créditos teóricos que este tipo de análisis pueden ofrecer no alcanzan para superar la forma mercancía o, más generalmente, la estructura social capitalista (Kurz 1988: 15-16), dado que “en lugar de un concepto de la forma del sistema productor de mercancías” se ha introducido en el discurso un concepto determinado de lucha de clases “como el supuesto fundamento último de la socialización”.

De este modo, lo que para Kurz es *constitutum* del análisis teórico, resulta para el marxismo su *constituens* (Kurz 1991: 65). Todo lo que puede hacerse para esta teoría es deshacerse de la tiranía que supone el capital dinerario en posesión de la burguesía y, tras ello, hacer que sea el proletariado consciente el que asuma su administración, tras una intervención política de carácter revolucionario. No otro ha sido el interés de gran parte del marxismo tradicional durante mucho tiempo, en opinión de la crítica de la escisión del valor-escisión, un objetivo que convertido prácticamente en eslogan a través de la exigencia de la expropiación de los medios de producción²⁰.

20 La siguiente cita puede ayudar a redondear la concepción kurzeana del marxismo tradicional, por lo que se refiere a la relación del capital y la lucha de clases: “Para el marxismo del movimiento obrero la relación de capital se había reducido a la relación de clase inmanente, de manera conforme a su lucha por el reconocimiento burgués en la historia de ascenso de este modo de producción, mientras que el contexto social general formal y funcional y la conceptualización marxiana vinculada a ella, [sencillamente], no les entró en la cabeza. [...] El marxismo del movimiento obrero, en su recepción corta de miras, recortada a la medida de sus necesidades de [obtención de] reconocimiento de carácter inmanente, minusvaloró

Como puede verse, la posición general de la crítica de la escisión del valor ante el marxismo tradicional asume su identidad inmediata con ciertas corrientes de carácter filosoviético que abundaron, quizá menos tiempo del que suele considerarse, en los circuitos intelectuales europeos. En el caso específico de Kurz, esta postura quedó delimitada de manera clara en su primer gran libro, *Der Kollaps der Modernisierung* (Kurz 1991). El autor alemán, tomando pie en la reciente caída del socialismo que había podido presenciar, aprovechó este texto para reflexionar sobre la situación epocal, marcando en su análisis algunos de los rasgos de su teoría que permanecerían presentes hasta sus últimos días. El resultado le permitió alcanzar cierta notoriedad mediática en el entorno germanoparlante, algo que puede resultar sorprendente visto desde los parámetros actuales.

Puede afirmarse que la tesis principal de este texto, de alguna manera, ya ha sido explicitada al referirnos a los argumentos principales de la crítica de la escisión del valor. Al fin y al cabo, este libro tiene como objetivo fundamental poner de relieve el carácter capitalista de la modernidad, que se califica como sistema civilizatorio mediado por el trabajo abstracto, dando cuenta, al tiempo, de la crisis que había alcanzado a la altura de la tercera revolución industrial. Dentro de esta crítica, se incluyen también los instrumentos políticos de que se ha servido esta (Estado, aparatos de legitimación teóricos y científicos), así como sus aparentes contrincantes (marxismo obrerista y Estado Soviético). Respecto a este último, teniendo en cuenta que se refiere al contexto histórico de principios de los años noventa, realiza unas observaciones muy certeras:

¿En qué ha consistido exactamente aquella diferencia [entre, CNR] sistema[s], que ahora parece que comienza a diluirse? El socialismo real no podía, desde el principio, superar la sociedad capitalista de la Modernidad. Pertenece él mismo al sistema productor de mercancías burgués y no reemplaza esta forma de socialización histórica a través de otra, sino que representa meramente un nivel de desarrollo diferente dentro de una y la misma formación epocal. Lo que traía la promesa de una sociedad del futuro postburguesa, se desenmascara como algo que permaneció como un régimen de transición a la Modernidad, de carácter preburgués, que permaneció como un régimen de transición a la modernidad, como un fósil jurásico proveniente del pasado heroico del capital. (Kurz 1991: 41).

sistemáticamente y desplazó estos conceptos marxianos [fin en sí mismo de la valorización del valor, sujeto automático del capital, etc.] para la explicación de la relación de capital, [conceptos que] en ningún caso son meramente “metáforas” o “lemas” insustanciales; y es casi divertido ver ahora, como el “punto de vista del objeto” ahora se defiende en contra de su ‘revalorización’”. (Kurz 2013b: 83-84).

La matriz fetichista fundamental de la estructura del capitalismo alcanza, como puede comprobarse, también al sistema del socialismo real. En los términos de la crítica de la escisión del valor, este puede entenderse como un régimen capitalista que actúa mediante una intensa centralización de los recursos por parte del Estado, que administra estos, así como las diferentes estructuras productivas pertenecientes a un territorio, a través de un aparato burocrático fuertemente reglado. Cualquier discurso teórico que se apoye en este, está condenado de antemano al fracaso, si lo que busca es la emancipación y la transformación de las estructuras sociales.

Por si hubiera surgido alguna duda, ha de dejarse claro que Kurz valora positivamente las luchas inmanentes a las categorías capitalistas. Comprende estas en su contexto histórico, como pugnas por la mejora de las condiciones de vida de los que están inmersos en ellas. A pesar de que tengan un cierto carácter inevitable —el deseo de prosperidad puede asumirse, sin demasiadas reticencias, como una constante antropológica— no puede dejar de advertirse que este tipo de confrontaciones obturan la posibilidad real de la posible abolición del sistema capitalista. Si, como se propone en estas, toda solución a los problemas se encuentra en la expropiación de los medios de producción, parece improbable que se busque lo que en realidad ha de anhelarse, la búsqueda de otro modo radicalmente diferente de producir y, en definitiva, de reproducir la vida humana en el mundo. En consonancia con las líneas fundamentales de la crítica de la escisión del valor, sólo cabe la ruptura fundamental, lo que, de otra parte, muestra como una alternativa inútil una superación de las formas capitalistas de carácter progresivo.

El pilar fundamental de la tarea crítica que ha guiar la subsiguiente producción teórica, al tiempo que el error de base de la concepción teórica del marxismo tradicional, reposa sobre un único concepto, ya mencionado: la noción de “trabajo” y “trabajo abstracto”²¹. Como ya dijimos, esta noción ha de entenderse como uno de los conceptos fundamentales pertenecientes a la matriz de praxis social del capitalismo, es el elemento que permite su pervivencia. Como sustancia del valor, y con ello, también de la riqueza abstracta,

21 La centralidad del concepto de “trabajo” y “trabajo abstracto” es meridianamente clara asimismo para la crítica de la escisión del valor más allá de Kurz y puede decirse que es el punto común que lo une de manera firme al grupo original de la crítica del valor. Justamente (Krisis 1999) fue el “Manifiesto en contra del trabajo” lo que dotó de unidad y celebridad a este grupo. Este escrito, elaborado de manera sarcástica y polémica como una reelaboración del *Manifiesto Comunista*, es una visión crítica del trabajo como forma de dominación social, al tiempo que un examen crítico de su disolución fáctica por medio del desarrollo de las fuerzas productivas. Con ello, se marca, en una posición muy cercana a la de Kurz, la importancia de la tercera revolución industrial para la concepción de un marxismo crítico a la altura de los tiempos.

este (Kurz 1991: 31-32) ha de entenderse necesariamente en conexión con el fin en sí mismo de la valorización del valor: este concepto es un término histórico y específico de la sociedad capitalista, algo que debe mostrar el análisis teórico. El marxismo tradicional, desconectándolo del proceso real de producción capitalista, llevó al trabajo más allá de una concepción transhistórica y lo convirtió en la “esencia del hombre”, instituyendo bajo el término de “materialismo histórico” una metafísica que ontologizó de manera absoluta este término (Kurz 2007a). De este modo (Kurz 2004b: 58), este concepto transformó su carácter crítico, convirtiéndose en la sola expresión positiva de un estado de cosas objetivo, el representado en la abstracción mental de las características concretas de cada trabajo particular: el solo gasto “energía humana”, de “músculo, cerebro, nervio” (Marx, MEW 23: 58 [54]). Frente a esta noción de carácter metafísico, neutral y transhistórico, la crítica del valor-escisión propone desconectar esta noción del proceso de retroalimentación tautológico del valor, la mercancía y el dinero, lo que implicaría, entre otras cosas, eliminar la separación funcional existente entre las dicotomías tiempo de trabajo/ocio o tiempo disponible/cultura.

Sea como fuere, la crítica de la noción de trabajo es una constante en la elaboración teórica de Kurz hasta su periodo de madurez intelectual. En sus primeros escritos la intención polémica está fundamentalmente dirigida al marxismo obrerista tradicional, algo que se transforma, con el paso de los años, en una crítica más específica con dos vertientes. La primera es la vertiente civilizatoria, que muestra la vinculación del trabajo abstracto con las características de la reproducción social y política occidentales, visible particularmente en su contribución a *Feierabend!* (Kurz, Lohoff, Trenkle 1999), en el texto “Marx 2000” (Kurz 1999b) y, de manera particularmente cristalina, en *Geld ohne Wert* (Kurz 2012). La segunda vertiente es la crítica teórica. Hace ver las inconsistencias de teóricos marxistas clásicos (Rubin, Wolf, Sohn-Rettel) y contemporáneos (Lohoff, Negri, Postone), tarea que Kurz realiza en artículos e intervenciones de diversa índole, como “Der Unwert des Unwissens” (Kurz 2008), “Die Substanz des Kapitals” (Kurz 2004b, 2005a) o “Grau ist des Lebens goldner Baum und grün die Theorie” (Kurz 2007b), entre otros.

Como corolario a la consideración teórica del marxismo tradicional por parte de la crítica de la escisión del valor, (Navarro Ruiz 2018a), el siguiente texto de Roswitha Scholz puede servirnos para comprender las diferencias en sus justos quicios. Además, nos permite comprobar cuán homogénea son las contribuciones de Kurz y Scholz:

Frente a esto, la posición que aquí se defiende [la posición de la crítica del valor-

escisión], parte de que, en primera instancia, no es la apropiación del plusvalor, como en el marxismo tradicional, el que representa el punto de crítica central, sino la forma valor como tal, es decir, el “trabajo abstracto”; así, en la moderna sociedad mundial, se pone totalmente en cuestión la forma mercancía como forma de socialización [*Vergesellschaftung*]. Pues el plusvalor, como lógica de la valorización sin fin, no debe comprenderse solo a partir de su mera distribución “desigual” a causa de relaciones de propiedad de carácter jurídico, es decir, de manera acortada en términos sociológicos; sino de manera fundamental como un principio formal en sí mismo, es decir, una crítica del plusvalor/de la lógica de valorización solo es posible como *crítica del valor, o de la forma mercancía de manera general*. Solo sobre una sociedad en la que se impone el plusvalor, [este] se presenta como un sistema general de producción de mercancías. En contra de su propia consideración, el marxismo tradicional no criticó el plusvalor como principio de producción, sino solo la distribución sobre la base del plusvalor, mientras que la forma de la valorización como tal se siguió presuponiendo. (Scholz, 2005: 6, subrayado nuestro).

Se encuentran resumidos aquí muchos de los puntos que hemos venido cuestionando, como la crítica al plusvalor en términos sociológicos, que lo reduce a la discusión sobre la distribución, así como la necesidad de elevar esta crítica a un nivel más general, el de la sociedad productora de mercancías considerada como un todo.

Antes de terminar con esta sección, dado el ímpetu de la crítica de la escisión del valor (que ya se ha dicho, va más allá del solo impulso teórico) es necesario decir unas pocas palabras acerca de qué consecuencias tiene la visión del marxismo tradicional en términos de análisis crítico-social del presente. Ya hemos visto cómo el marxismo tradicional más clásico, a causa de sus presupuestos teóricos, pierde de vista la historicidad y especificidad inherente a las categorías propias de la economía política. Consecuentemente, esto es algo que ocurre también en el plano de la praxis política real, que, hoy día, este marxismo es incapaz de comprender y movilizar. No hace falta demostrarlo: a ojos vista, la antigua lucha de clases representada por el obrero fabril y su confrontación con el capitalista²² ya no tiene un efecto

22 Esta contraposición entre obrero y capitalista tiene lugar en la etapa de “dominación formal” del capitalismo, según la terminología de Corsino Vela (2015, 2018). Con este término se hace referencia a aquella etapa en que tanto la idea como la posibilidad de transformación efectiva de las relaciones sociopolíticas en el capitalismo se dan en términos inmanentes a las categorías del mismo, es decir, permanecen vinculados al sistema del fetichismo del valor. De este modo, las diferentes alternativas permanecen en una oposición de carácter meramente ideológico, suponen su negación formal, pero no real. En este sentido, Vela mantiene una posición muy similar a la que la crítica del valor-escisión en torno al marxismo correspondiente a esta época, perfectamente expresada en las siguientes palabras: “[e]l ideal revolucionario, la idea de revolución asociada a la clase obrera industrial de la fase expansiva del capital, consistía fundamentalmente en la (re)apropiación del capital, es decir, en la superación formal de la relación social capitalista, mediante la sustitución de la burguesía como clase dirigente, y la reapropiación formal de la materialidad del mundo

de convocatoria tan mayoritario como en la época de conflictividad de la segunda mitad del siglo XX (1968-1978). Los sindicatos son actores sociales con cada vez menor incidencia en la confrontación y contestación social —en el plano institucional y legislativo, a causa de la herencia proveniente de pasados mejores, habrían de hacerse diagnósticos diferentes— y las últimas manifestaciones sociales de importancia no han tenido que ver con asuntos relacionados con el trabajo asalariado. La perspectiva analítica que puede ofrecernos el marxismo tradicional, entendido en los términos delimitados por esta corriente, sencillamente, no es de utilidad alguna.

Según la crítica del valor-escisión, la situación actual ante la que nos encontramos ha sido provocada a consecuencia de la transformación de la dinámica del capitalismo a nivel general, manifestada en fenómenos como la globalización (Kurz 2005b). Ante la confusión y la falta de alternativas, la perspectiva teórica que pretenda ofrecernos algo de luz para orientarnos, no debe anclarnos de antemano a aquello de lo que pretendemos liberarnos. Algo que hace el marxismo tradicional, que, sin cuestionar el trasfondo fetichista de la sociedad capitalista, legitima las categorías y modos de comportamiento, haciendo posible su pervivencia. Su gran problema proviene de la falta de consideración de la relación de la matriz fetichista y los sujetos sociales. En palabras de Kurz,

...[l]o que siempre ha faltado al pensamiento de la izquierda acrítica respecto al valor, que se mueve de manera meramente categorial dentro del sistema productor de mercancías, es la relación de las formas fetichistas del capital y los sujetos sociales que actúan. La dialéctica de esta relación o bien se disolvió en un crudo objetivismo, o bien en una —asimismo cruda— apelación a diversos sujetos sociales. Por un lado se conjuró positivamente la férrea “legaliformidad” de la economía por antonomasia, que todavía debía ser ampliada como supuestas “leyes económicas del socialismo” y creía tener a sus espaldas la fuerza [*Macht*] de la historia como ejecutor de las “tendencias objetivas”. Por otro, precisamente esta pétrea objetividad se disolvía ya [en realidad, CNR] en una “voluntad” subjetiva social. Este es en general el dilema del pensamiento burgués de la Ilustración, cuya “voluntad libre” se pone en evidencia a través de su propia forma social (Kurz 2000a).

convertido en mercancía por las organizaciones obreras. [...] El “comunismo” de los programas revolucionarios no era más que la inversión popularizada del capitalismo, de sus formas y principios [...]. Se trata de propuestas de justicia social distributiva que en ningún caso significan una superación /supresión del valor como categoría fetichista articulada sobre la doble vertiente del valor de uso y el valor de cambio. En la medida que no rompen con la lógica del valor, permanecen realmente atrapadas en la mentalidad capitalista, aunque formalmente, ideológicamente, expresen su rechazo”. (Vela 2015: 30-31).

Se podría argumentar con fundamento textual que el enemigo al que apela la crítica de la escisión del valor existe ahora únicamente de manera residual dentro de los planteamientos teóricos actuales. Además, tras la primera irrupción de Kurz en el panorama teórico con el libro *Die Kollaps der Modernisierung*, es cierto que, quizá de nuevo hasta *Geld ohne Wert*, no realiza una discusión sistemática con un planteamiento teórico al que se declara contrapuesto, como se verá más adelante con Michael Heinrich. Manteniendo esto presente, lo dicho no significa que no existan otros interlocutores en sus escritos. Kurz critica con razón (y argumentos) planteamientos como el althusseriano²³ y, los discursos que, à la Negri y Hardt (Negri & Hardt 2005: 311 ss., Kurz 2003b: 240-271, 2007b: 87-99) apelarían a una multitud capaz de enfrentarse al “Imperio”, invocando para ello a nociones (trabajo “inmaterial”) con escaso contenido crítico y teórico. Bien es cierto que la conexión de tales posicionamientos con el marxismo tradicional al que Kurz apela —y, por extensión, la crítica

23 En opinión de Kurz (2007b: 66-72) Althusser hipostasía la esfera de la circulación del capitalismo a una estructura que genera una serie de posiciones sociales de carácter automático que impiden una intervención teórica de carácter transformador. El pensador argelino, apoyado en la teoría estructuralista, realiza una lectura de Marx que lo aleja de concepciones de raigambre humanista y explica el capitalismo como “un proceso sin sujeto”. A pesar de que tal formulación nos podría recordar al “sujeto automático” de Marx, hemos de comprender que en él se pierde toda especificidad histórica del modo de producción capitalista, pues se habla de dicho proceso como un “movimiento eterno”. Eso, unido al hecho de que, como es sabido —aunque la anécdota no pueda elevarse a principio argumentativo— recomendara saltarse los primeros capítulos de *El capital* (que incluyen toda la problemática del carácter fetichista de la matriz de praxis social del capitalismo) nos hacen tener que rechazar, desde un punto de vista kurzeano, la lectura de Althusser. En Kurz 2012b encontramos unas palabras que sirven bien al objetivo de comprender la postura kurzeana en torno al discurso teórico de izquierdas de manera general. En el fragmento que se va a citar, Kurz repasa la evolución de este tipo de discursos respecto a la comprensión de la estructura capitalista y el discurso marxista que la analiza. Así: “Primero se niveló la dialéctica sujeto-objeto más allá de la tendencia correspondiente al “marxismo occidental” y el movimiento del 68 y se redujo de manera más o menos clara, pero en conjunto de manera predominante, al nivel subjetivo, que teoriza la acción (o incluso “praxeológico”). En ello no se trataba ya de la comprensión empática de un sujeto pensante y de acción autónomo, que debía llegar a la autoconciencia, sino de un concepto de sujeto “estructural” que inmovilizaba a los actores [*Handlungsträger*] en una aglomeración eternamente cambiante de “correlaciones de fuerza” sociales y estructuras de poder. Este pensamiento se vinculó principalmente a la metamorfosis de “concentraciones” [*Verdichtungen*] institucionales del paralelogramo de fuerzas sociales en relaciones internas capitalistas, que permanecieron sin mediar con el nivel categorial de las condiciones de existencia capitalistas. En segundo lugar, las categorías político-económicas experimentaron, en diferentes dimensiones, pero de manera claramente reconocible de manera transversal al espectro de izquierdas, una connotación culturalista y estetizante; cada vez se trataba más precisamente de la “quietud” [*Stille*] de la reproducción, que verdaderamente ya no se encontraba en una relación sistemática respecto a las determinaciones categoriales de la teoría marxista, aun imprecisas y tematizadas de manera marginal. En tercer lugar, para este pensamiento, la relación de capital se disolvió, de manera positivista en las “singularidades y conjuntos” (Foucault) de particulares movimientos de poder y, de como consecuencia de ello, la crítica del capitalismo también se disolvió en “críticas locales” asimismo particulares (Foucault) [...]. En tanto el discurso de izquierdas no se evaporó al completo en la ontología de poder foucaultiana con sus referencias a Nietzsche y Heidegger, la caída de las determinaciones categoriales marxianas se hizo notar precisamente en las corrientes, que deformaron lo que quedaba de su diluida vinculación al paradigma subyacente del marxismo tradicional no superado, la mayoría de las veces a través del pensamiento posmoderno. Esto es así, especialmente en el caso del así llamado postoperaísmo de relieve negrista, que a día de hoy es influyente en los movimientos críticos con la globalización”. (2012c: 41).

del valor-escisión— habría de ser fundamentado más específicamente, en lugar de sentenciar a las teorías a una condena sin ambages que no permite entrever sus diferencias. Este tipo de inconsistencias tiene que ver, creemos, con el carácter extraacadémico del discurso de esta corriente, que le ofrece la oportunidad de emitir juicios a veces excesivamente gruesos. Esta actitud se repite también, hasta cierto punto, en el tratamiento de la figura de Marx, que esta corriente considera que hay que entender de manera doble, poseyendo cierta bicefalia. Por la importancia argumentativa que esta tesis tiene para Kurz, es preciso que le dediquemos aquí una subsección.

1.3. El “doble” Marx

El marxismo tradicional, a pesar de todas las inconsistencias teóricas que contiene y que se han mencionado tanto en esta como en secciones anteriores, no hace reposar sus argumentos enteramente en el vacío. Efectivamente, hay una cierta lectura de Marx que permite apoyar las afirmaciones que realiza esta lectura.

Tanto es así que, según Robert Kurz y la *Wertabspaltungskritik*, puede hablarse de dos figuras teóricas diferenciadas en el pensador alemán, un Marx “exotérico” y otro “esotérico”. En los escritos del primero de ellos, “exotérico”, es donde puede encontrarse una justificación parcial para los argumentos del marxismo tradicional. Según comenta Kurz (1988: 87) en un texto temprano ya citado²⁴, el origen de las inconsistencias de la obra marxiana puede cifrarse en un hecho histórico. Ha de tenerse en cuenta que Marx realizó muchos de sus pronósticos en un tiempo en que la misión civilizatoria del capital no estaba todavía concluida, es decir, una época en la que el capitalismo todavía provocaría ciertos acontecimientos denominables como “beneficiosos” para ciertas mayorías sociales, aumentando del bienestar general. Dicho elemento histórico, completamente perdido en el tiempo de la *Wertabspaltungskritik* y para nosotros, ciertamente todavía jugaba un cierto rol.

De manera más concreta y partiendo de esta base (Kurz 1998), se puede afirmar que el

24 No es casualidad que marquemos el carácter temprano de este texto. Aunque es cierto que el argumento a que nos referimos es mencionado aquí casi de pasada y no supone un tema de discusión en las subsiguientes intervenciones kurzeanas, hay motivos de importancia para considerar que Kurz, de releer críticamente este texto, tacharía la noción de “carácter” o “misión” civilizatoria del capital. Cuesta creer que alguien que, en el desarrollo de su labor teórica, marca con intensidad creciente el carácter destructor de la forma de civilización capitalista pudiera, en alguna de sus intervenciones, siquiera otorgarle de pasada un cierto “carácter civilizatorio”, si bien, ha de admitirse, ese argumento se refiera más bien a Marx. Por nuestra parte y con fundamento en lo argumentado en las notas preliminares incluidas en la introducción de este trabajo académico, creemos que el desarrollo teórico de la propia obra de Marx desmiente el argumento kurzeano, que parece demostrar, más bien, que al menos en la época de redacción de este escrito, Kurz no había entrado en contacto con lecturas que cuestionen los paradigmas de lectura tradicional ilustrada de Marx.

Marx “exotérico” correspondería de manera general a los escritos de intervención política de este autor. Parece, según estos, que el autor de *El Capital* nunca habría querido otra cosa más que justicia redistributiva, un “salario adecuado para una jornada de trabajo adecuada”. Este Marx asumiría un punto de vista ontológico respecto a la noción de trabajo —sin entrar, por tanto, a su crítica radical, tal y como hemos visto defiende esta corriente— y buscaría sustituir la propiedad privada de los medios de producción por medio de un Estado fuerte. Asimismo y, de manera idéntica a la visión recibida de manera general respecto al marxismo tradicional, encontraríamos un cierto determinismo histórico gobernado por la contraposición eterna, cuasi metafísica, entre trabajo y capital: así, lo que movería a la historia, según este Marx, sería la lucha de clases y sus diferentes intereses contrapuestos.

Frente a esta figura de Marx que, sin duda, ha moldeado muchas de las visiones recibidas de este autor, el Marx “esotérico” se referiría al autor crítico con el fetichismo social, el crítico radical del “trabajo abstracto” y su ética represiva. Esta segunda figura no dirige sus invectivas en contra de los intereses sociales inmanentes, se posiciona en contra del carácter del sistema en su conjunto, en el que el problema fundamental que hay que solucionar se encuentra de la forma de valor, aquella forma fetichista que determina de antemano la contraposición de intereses de los actores sociales, conformando el único y “automático” sujeto de la sociedad capitalista.

Cabe destacar que esta distinción no puede resolverse apelando a la sola evolución y/o desarrollo, temprano o maduro, de la obra de este autor. Según Kurz, pueden encontrarse textos de diferentes épocas asimilables a una y otra época. Sea como fuere, para demostrar la existencia de dicha posibilidad de leer “esotéricamente” a Marx, Kurz realizó una compilación de los textos de Marx que muestran las reflexiones más radicales de este autor. Esto es algo que puede encontrarse en el libro *Marx Lesen!* (Kurz 2000b). De dicho libro son las palabras que vamos a citar a continuación, que muestran bien qué tipo de concepciones han de entenderse bajo ambas lecturas de Marx. La primera de ellas corresponde a la lectura del marxismo tradicional, la segunda de ellas, al crítico del fetichismo. De esta manera, ante las brutales manifestaciones del capitalismo tardío que sufrimos actualmente, Kurz afirma que, de tener que elegir entre el concepto de capital del Marx exotérico o el concepto de capital del esotérico, parece claro que

...[l]a sistemática desintegración entre el fin de la producción y la satisfacción de las

necesidades, que empuja a esta grotesca gerencia errática de los recursos, no se puede superar a través de un mero cambio de poder y forma dentro de las categorías capitalistas, y [tampoco] a través de un mero cambio de propiedad jurídica bajo las clases sociales y sujetos funcionales de este sistema, sino solo a través de la superación [*Aufhebung*] del sujeto automático irracional mismo y sus leyes de movimiento, que se han convertido en una segunda naturaleza. Después de que el marxismo exotérico ha agotado el viejo movimiento obrero [...] a principios del siglo XXI, el concepto de capitalismo acortado en términos sociológicos ya no sirve. Ahora solo puede estar a la orden del día el otro concepto de capital del Marx esotérico, el que tiene a la vista la dominación cosificada [*dinglich*] del sujeto automático —como forma teórica de un movimiento social de carácter práctico—, desde el que la forma común de la competencia anónima ya no esté en disputa, sino que se critique y se supere. (Kurz 2000b: 59).

Una vez explicadas las características fundamentales de la perspectiva de la crítica de la escisión del valor acerca de la figura marxiana, es pertinente destacar un hecho que no le agradaría leer a ninguno de los autores de esta corriente. Creemos que, a pesar de los intentos y declaraciones explícitas de demarcación de esta corriente respecto a otras lecturas alemanas del pensador de *El Capital*, lo cierto es que en este preciso punto parecen más evidentes las similitudes. Por ejemplo, entre esta y la “Nueva lectura de Marx” (Backhaus, Reichelt, Heinrich). Al fin y al cabo, estos autores también parten de una lectura de Marx que se interesa principalmente por el análisis del carácter fetichista de la sociedad capitalista, algo que, en sí mismo, ya los diferencia de manera radical respecto a otra gran cantidad de lecturas marxistas. Desde luego, en el caso de Backhaus, Reichelt o Heinrich, la vis e intención teórica es muy diferente, con un marcado carácter académico y con un interés por aumentar el conocimiento filológico riguroso de la obra de Marx. Asimismo, su tono argumentativo no tiene el carácter algo agrio de Kurz y se muestran más preocupados por diferenciarse de otras líneas igualmente académicas, como las teorías de valor de carácter cuantitativo (Sraffa). En orden a poner negro sobre blanco las similitudes de carácter general existentes en ambos grupos de teorías, las siguientes palabras del especialista Ruiz Sanjuán en un texto dedicado a la “Nueva lectura de Marx” sirven perfectamente a nuestro propósito. Ahí se nos explica cómo este grupo de autores

...abordan en profundidad la teoría del valor de Marx desde un punto de vista cualitativo, considerando que Marx no expone simplemente una teoría dirigida a cuantificar el valor en

términos de trabajo, sino que más bien trata de analizar las condiciones y la lógica de un contexto social en el que los individuos se ven obligados estructuralmente a intercambiar los productos del trabajo como mercancías para que su trabajo valga como social, y se constituya así en la sustancia del valor en tanto que trabajo abstractamente humano. En este proceso de mediación material de las relaciones sociales se generan ineludiblemente toda una serie de representaciones invertidas y de mistificaciones a las que queda sometida la conciencia de todos los agentes, independientemente de su posición social. No se considera ya la crítica marxiana de la economía política como una teoría realizada desde el punto de vista de la clase trabajadora, tal y como había sido usual en el marxismo tradicional y en buena parte del marxismo occidental, *sino como un análisis y crítica de la conciencia fetichista a la que sucumben todos los individuos integrados en las relaciones sociales capitalistas*, independientemente de la clase a la que pertenezcan. (Ruiz Sanjuán 2014: 155, subrayado nuestro)

Si bien ha de esperarse a *Geld ohne Wert* para observar de manera rigurosa el posible diálogo que mantendría Kurz con estas teorías —que como veremos más adelante, no es ni mucho menos de carácter afable— a ojos del lector no inmiscuido de manera directa en las cuitas teóricas que separan a estos autores, aquellas tesis que los separan adquieren el carácter de matiz, antes que la diferencia irresoluble: la crítica del fetichismo, en ambas teorías, supone el pilar fundamental desde el que se construye la argumentación: las dos líneas ven ahí una estructura social de carácter general que convierte (Ramas 2018: 45) a la teoría del valor en una exposición “de un modo específico de constitución de sociedad que t[iene] lugar mediante una serie de “inversiones” [*Verkehrungen*] y cosificaciones”²⁵.

A decir verdad, es probable que ninguno de los autores de ambas corrientes vería con buenos ojos las afirmaciones que se acaban de realizar, teniendo en cuenta el tono que adquieren sus disputas teóricas (algo que tendremos ocasión de ver brevemente posteriormente). En nuestra defensa, solo puede aducirse nuestro carácter extranjero, que implica una distancia que facilita un posicionamiento más calmado, y también, la formulación de ciertos imposibles. En este último sentido, sería deseable hacer que ambas líneas teóricas se atuvieran a una discusión sin prejuicios previos. Si lo consiguiéramos, resultaría extremadamente interesante comprobar qué opinión merece a gente como Heinrich o Reichelt la tesis de la crítica del valor-escisión que se va a reseñar a continuación, aquella que la convierte en una específica corriente autónoma: la escisión de género de Roswitha

25 Las palabras citadas de Ramas también se refieren a la lectura marxiana de Reichelt y Backhaus pero creemos evidente que pueden ser aplicadas a ambas corrientes de pensamiento.

Scholz.

1.4. La escisión de género y el pensamiento de la diferencia en Roswitha Scholz

Ya se dijo que la tesis de la escisión de género supuso el punto de ruptura que tuvo como resultado la escisión de la originaria corriente *Wertkritik*, reunida en torno a la redacción de la revista *Krisis*, en *Wertkritik* (crítica del valor) —a cuya cabeza quedarían Ernst Lohoff y Norbert Trenkle como representantes principales— y *Wertabspaltungskritik* (crítica del valor-escisión), siendo sus adalides principales Robert Kurz y Roswitha Scholz.

Esta tesis fue originariamente formulada en un texto de 1992, “Der Wert ist der Mann” (“El valor es el hombre”). Este escrito (Navarro Ruiz 2019a), que resulta un híbrido entre manifiesto, escrito de denuncia y análisis teórico, no debe tomarse como la palabra fundamental de Roswitha Scholz en torno a este asunto. Ella misma ha afirmado, tanto de viva voz, como por escrito (Scholz 2017a), que se trata de una primera formulación que contiene ciertas inconsistencias teóricas, fundamentalmente, en lo que respecta a la concepción de las esferas pública y privada, que aparece conceptualizado como algo neutral. A pesar de estos problemas, en este texto es posible encontrar una primera exposición que sirve bien el objetivo de situar, preliminarmente, en qué consiste esta tesis. En palabras de Scholz:

Mi tesis central [...] es la siguiente: la contradicción fundamental de la socialización del valor, entre materia (contenido, naturaleza) y forma (trabajo abstracto) está determinada por el género de manera específica. Todo contenido sensible que no se puede elevar a la forma de valor abstracta, pero que sin embargo permanece como una presuposición de la reproducción social, se delega a la mujer [...]. Desde luego, esta conexión se tematiza hace mucho [...] pero en mi opinión, en ningún lado vinculada a la constitución negativa de la socialización del valor, en el sentido de una crítica del trabajo y el valor. [...] ...la escisión específica de género no se puede deducir de manera inmediata de la misma forma valor. En lugar de eso, es en cierto modo la sombra que arroja el valor, pero que no puede ser conceptualizada a través del instrumental conceptual marxista. [...] ...la escisión pertenece necesariamente al valor [...] sería necesaria una nueva comprensión de la socialización que tuviera en cuenta justamente los mecanismos de escisión patriarcales: y precisamente, no en el sentido de un añadido externo, sino en el de una transformación cualitativa de la propia teoría (que entonces sería crítica-patriarcal) del valor. (Scholz 1992, punto 3)²⁶.

26 Hasta que la traducción al castellano de la revista *Sociología Histórica* aparezca definitivamente publicada, no podemos indicar aquí, desgraciadamente, una paginación exacta. Por ello, las indicaciones bibliográficas

Como puede verse, Scholz plantea que hay una contradicción fundamental en la dinámica capitalista, que, determinada por la cuestión de género, genera una escisión. Esta no se trata de un “añadido externo”, sino que se encuentra vinculada “a la constitución negativa de la socialización del valor” y, nótese, a la manera de una cierta “sombra”. Si traducimos este argumento a términos de uso más corriente, puede decirse que de lo que se trata con este argumento es de comprender que la división sexual y de género es un fenómeno co-originario e inherente a la imposición de la lógica del valor. ¿En qué se materializa dicha división o escisión? De manera general, en la minusvaloración y ocultamiento de las actividades que, laxamente, pueden denominarse de “cuidados”, así como las emociones, características y lógicas temporales que se consignan a estas. Todas ellas son asignadas, como puede imaginarse, al grupo social de las “mujeres”. Con la tesis de la escisión de género se trata, pues, de comprender que hay un patriarcado *específico* a la sociedad productora de mercancías, y que la unión de ambos nos permite entender este conjunto como un *sistema civilizatorio*, que vertebra las relaciones de poder a escala mundial.

Como se ha comentado, la reflexión de 1992 tiene un carácter algo tentativo. Por ello, la formulación de este núcleo de reflexión originario se ha visto enriquecido en matices en virtud de las posteriores intervenciones de Scholz, que tienen lugar, en su expresión más amplia, en los libros *Das Geschlecht des Kapitalismus* (Scholz 2000) y *Krise der Differenzen-Differenzen der Krise*, (Scholz 2005), amén de diferentes artículos publicados en *EXIT!* (Scholz 2009, 2010, 2011, 2012, 2013b, 2013d).

En *Das Geschlecht des Kapitalismus* encontramos la explicación más reflexionada y amplia de su teoría de la escisión del valor. En este ensayo se realiza un análisis y crítica de distintas teorías feministas (de radio de influencia germánico) que han problematizado el carácter del trabajo asignado a las mujeres, discutiendo así con autoras como Becker-Schmidt o Frigga Haug. Además, el libro se cierra a partir de su segunda edición (2010) con un epílogo en el que se da cuenta de los cambios que ha producido los estudios de género con la introducción de los *queer studies* en el panorama feminista y la influencia de Judith Butler, que valora de manera muy crítica. La evolución del pensamiento de Scholz se hace patente en este escrito: aquí determina diferentes niveles de problematización que ha de tener en cuenta su teoría y se observa, asimismo, un cierto cuestionamiento del sujeto masculino. Ambas cosas se demuestran claramente en las siguientes palabras:

se remiten a la división por puntos que realiza la propia autora.

La escisión es el valor y el valor es la escisión. Ambos están incluidos en el otro, sin ser por ello en cada caso idénticos [con el otro]. [...]...aquello que no puede ser apresado por el valor, esto es, que se escinde, desmiente la exigencia de totalidad de la forma valor, representa lo silenciado de la teoría misma [...]. En la Modernidad patriarcal no sólo se delegan determinadas actividades, sino también sentimientos y características [...] a “la mujer”, o sea, se le asignan y se proyectan en ella. El sujeto de la Ilustración masculino, que representa la capacidad de imponerse [...] el intelecto [...] la fuerza de carácter [...] y que [...] aún constituía en parte (de manera inconsciente) al preciso mecánico masculino de la fase fordista en la fábrica, está en sí mismo esencialmente estructurado a través de esta “escisión”. En este sentido[,], el valor-escisión también tiene un lado cultural-simbólico y una dimensión sociopsicológica, a las que en mi opinión sólo podemos aproximarnos con instrumental psicoanalítico. (Scholz 2000: 21-22).

Precisamente como resultado de la evolución de su pensamiento, en los últimos 10 años encontramos que esta autora se ha introducido paulatinamente (pero de manera creciente) en la discusión de las teorías interseccionales y algo que —de manera amplia— podemos llamar *cultural studies*, una circunstancia que no podemos pasar por alto en estas líneas. La más célebre elaboración de esta cuestión, se encuentra en su segunda gran publicación, ya mencionada, *Krise der Differenzen- Differenzen der Krise*.

Este texto parte de la constatación del cambio de preocupaciones teóricas en la filosofía y discurso crítico a partir de los años 80. Como la propia Roswitha Scholz expone, en este se observa una tendencia general a insistir en el análisis de lo que, de manera laxa, podemos denominar como “discurso de las diferencias”, algo que por su parte también ha criticado Kurz en otros escritos. En el contexto de un capitalismo globalizado y que es operativo a escala mundial, parece natural que así sea. No obstante, en opinión de Scholz, el cariz teórico que este discurso ha asumido en las corrientes teóricas de mayor éxito (postmodernidad y postestructuralismo) conduce al análisis al alejamiento de una conciencia crítica de la totalidad fetichista del capital, requisito indispensable si queremos estar en condiciones de transformar el actual estado de cosas.

En términos generales, Scholz cree que el planteamiento postmoderno y postestructuralista se encuentra hechizado por una fetichización teórica de las particularidades. Estas le llevan, en el plano práctico, a promover políticas de coalición que obliteran de manera abierta la estructura fetichista del valor-escisión, algo que resulta

peligroso en tanto puede desembocar en una política de la identidad.

Ahora bien, que nuestra autora asuma una posición crítica respecto a estos planteamientos, no quiere decir que crea que los diferentes asuntos tratados por estas teorías (cuestiones que tienen que ver con la raza, antisemitismo, las desigualdades económicas y, por descontado, con todos los sistemas de opresión que podamos pensar) sean cuestiones irrelevantes para la teoría del valor-escisión. Si (Scholz 2004: 29) el principio de la escisión del valor afecta a todas las sociedades en tanto conforman parte del capital mundial, las diferentes especificidades de todas y cada una de ellas también habrán de tenerse en cuenta.

Una atención que, además, ha de imponerse en un sentido fundamental, en torno a los pilares del discurso crítico. Veamos por qué. Si bien el discurso de la crítica de la escisión del valor nace de la atención a la estructura fetichista capitalista y, por ende, mediante el análisis de lo que podría llamarse “estructura económico-social”; aquello que convierte a la “crítica del valor” en “crítica del valor-escisión” es precisamente la conciencia férrea de que la estructura económica no puede establecerse como un principio a partir del cual se deducen el resto de particularidades. Esto es algo que según Scholz, sucede en el marxismo, donde la contraposición base/superestructura implica una contraposición esencia/apariencia de carácter economicista que alcanza a todas las diferencias específicas de carácter social. Acerca de estas cuestiones se ha referido nuestra autora en un artículo de *EXIT!* (Scholz 2004) que resume los puntos más importantes del texto *Krise der Differenzen*, donde afirma lo siguiente:

Formulado de otro modo: no solo la dimensión económica, incluso cuando no se entiende de manera tradicional al modo sociologista de la clase, es determinante para el acceso analítico de la crítica de la escisión del valor, para después “deducir” [de este] el racismo y el antisemitismo o, simplemente, añadirlos de manera externa a este como “dimensiones de discriminación adicionales” junto a la relación de género jerárquica, sino que se trata de esquivar los modelos de pensamiento racistas y antisemitas ya en sus supuestos fundamentales. (Scholz 2004: 22)

Teniendo en cuenta este contexto de discusión (Navarro Ruiz 2019b), puede decirse que el texto de 2005 se vertebra en torno a una serie de críticas a diferentes teorías que han abordado de manera diversa asuntos relacionados con la desigualdad social, el antisemitismo o el racismo; y analiza, asimismo, ciertos ejemplos de teorías interseccionales y referidas a la

globalización. En el desarrollo de esta discusión, se comprueba que una gran parte de sus críticas están dedicadas a realzar el carácter tradicional del marxismo que defienden autores como Hirsch, Wallerstein, Negri o Postone²⁷ (Scholz 2005: 85 ss.). Estas, en opinión de nuestra autora, no habrían analizado el papel que juegan las mujeres en el capitalismo y, en general, serían ciegos al carácter fetichista del trabajo y del valor.

En el caso de los autores de *Imperio*, las críticas adquieren una particular profundidad y, en estas secciones, se señalan de manera clara los peligros inherentes a una posición como la suya. Scholz (2005: 257), argumentando de manera idéntica a Kurz, comenta cómo estos autores operan con conceptos extremadamente lábiles y, además, parecen acabar defendiendo un carácter afirmativo de las nuevas subjetividades “flexibles” y “líquidas” surgidas en los últimos tiempos, denominados comúnmente como “posmodernas”. En opinión de Scholz, no debemos dejarnos llevar a engaño con estas famosas nuevas identidades. Estas, lejos de suponer una promesa de emancipación, han aprehenderse en conexión, por el contrario, con un capitalismo que actualmente se encontraría en declive: no se trata de una liberación alguna del individuo ni, de hecho, otra forma de socialización que haya partido del deseo voluntario del sujeto. Parten, más bien, como una estrategia de supervivencia del “objeto capital”. Este, sumido en la desorientación (causada, evidentemente, a través de la cada vez mayor intermitencia de las crisis capitalistas de diversa índole) e incapaz de fijar objetivos a largo plazo, habría comenzado a demandar vidas y personas “más flexibles” para cumplir los cada vez más ignotas y cambiantes exigencias de la competencia mercantil capitalista. No hemos ganado en libertad, antes bien, hemos perdido en autonomía: con las identidades flexibles se trata de ajustarse (de manera cada vez más rápida, más eficiente) a unos dictados que, por su parte, son cada vez más erráticos²⁸.

Otro conjunto de críticas que encontramos en el libro que estamos comentando están dirigidas a los autores que han discutido asuntos de opresión cultural. En este grupo, autores alemanes como Lenz, Soine, Viehmann o Eichhorn (Scholz 2005: 188 ss.) son criticados alternativamente o bien por establecer una jerarquía de opresiones, o bien, por privilegiar un eje de opresión y/o punto de vista (aquel del “más oprimido”) por encima de otros. Sencillamente, no vinculan las diferencias que observan al nivel metateórico que sería

27 Una discusión detallada con la figura de Moishe Postone puede verse en Scholz 2013, así como en Scholz 2017.

28 Para una consideración de los cambios de la subjetividad en el capitalismo tardío en la línea de la crítica de la escisión del valor o, cuanto menos, desde el punto de vista de una perspectiva análoga, puede consultarse Becker, Franze, Hayner y Kellermann 2016, particularmente, los textos de Kellermann y Maiso que se encuentran compilados en dicho volumen.

necesario, el de la matriz capitalista y fetichista que propone como principio fundamental la crítica del valor-escisión (Scholz 2005: 211). La necesidad de remisión de las diferencias a dicho principio fundamental, en opinión de nuestra autora, no tiene que ver con la evidente preferencia que pueda sentir hacia su propia teoría. El problema central subyacente en esta perspectiva para Scholz es que, *en ausencia de un nivel metateórico de carácter general* al que se vinculen todos y cada uno de los niveles de problematización, las diferencias solo pueden entenderse en un nivel sociológico. La teoría que operara de manera conforme a esta conceptualización de la diversidad, obraría de manera análoga a aquellas que utilizan el concepto de “clase” tal y como fue defendido por el marxismo tradicional, algo inaceptable para nuestra autora.

Como ya sabemos, frente a todas las teorías que, por unos u otros motivos, son rechazables, Scholz propone la teoría del valor-escisión para comprender el conjunto de ejes de opresión en relación con el principio fundamental del valor. Partiendo desde su concepción de la escisión de género, intenta asumir teóricamente la comprensión del resto de ejes de opresión en sus diferentes dimensiones. Para ello, la dimensión del valor —o sea, el capitalismo, entendido como un sistema fetichista— permanece como el marco general de análisis. Los diferentes ejes coexisten con dicha dimensión en una relación dialéctica, de los que se intenta dar cuenta de “manera orgánica” con respecto a la totalidad (Scholz 2005: 31-32). En este conjunto, tanto la escisión, [*Abspaltung*] como el valor, son de carácter co-originario y se determinan mutuamente de manera recíproca en cada nivel de análisis. Por ello, no es posible subsumir o incorporar los diferentes ejes de manera deductiva y monista, tal y como hubiese querido el marxismo tradicional. Para ayudar a comprender su posición, pueden ser útiles las siguientes palabras. En esta cita se refiere de manera explícita únicamente a la relación de género, pero bien pueden servirnos para comprender también el resto de ejes de opresión posibles:

No se trata exactamente de que, por ejemplo, las posiciones sociales podrían ser deducidas a partir de un esquema monista, económico, que sólo se aplica al movimiento del valor (de la valorización), mientras que la relación de género y el momento socio-psíquico y cultural-simbólico conectado con él formaría una mera “superestructura” (ideológica o cultural). Más bien, las posiciones sociales están, del mismo modo, estructuradas a lo largo de la escisión y [a lo largo] de sus dimensiones tanto socio-psíquicas, como cultural-simbólicas. (Scholz 2005: 166).

Llegados a este punto, para comprender de manera clara las novedades que introduce la teoría de Scholz y tener presentes sus consecuencias, quizá sea útil recapitular sus bases fundamentales. Puede decirse (Navarro Ruiz 2015c) que la intervención teórica de Scholz supone una complejización de la estructura teórica que asume el grupo reunido en torno a la redacción de la revista *Krisis*. Esta modificación tiene su origen en el establecimiento, siempre al mismo nivel, de las relaciones de género y los diferentes ejes de opresión por un lado, y por otro, de los elementos que conforman la matriz de praxis social del capitalismo.

Este movimiento tiene consecuencias de importancia para la teoría misma. Dada la lógica propia de todos estos niveles, que nunca puede subsumirse o incorporarse bajo un principio general, la teoría fundamental misma ha de ser pensada de manera procesual, dado que ha de encontrarse permanente abierta a las modificaciones. Asimismo, puesto que la lógica propia de cada uno de los niveles no puede ser anticipada de antemano, puede suceder que alguna legaliformidad específica de alguno de los planos de diferencias entre en contradicción con lo teorizado por la crítica de la escisión-valor hasta ese momento. Esto no es un problema para la teoría, que, según Scholz, ha de estar dispuesta, incluso, a pensar contra sí misma. Esto da lugar a que la totalidad teórica que toma forma a partir de la teoría scholziana sea una totalidad *quebrada*. ¿En qué sentido?

Para entenderlo bien hemos de tener muy presentes todos los pasos teóricos que ha realizado Scholz en su análisis. Explicado en los términos más sencillos posibles, hemos podido comprobar que esta autora, en primer lugar, ha introducido como parte necesaria del análisis del marco general del fetichismo capitalista la toma en consideración de todo aquello que conforma la “cara oculta del valor”, todo eso que se define siempre como lo “no subsumible” por este. En segundo lugar, se ha visto cómo esta reflexión sobre lo escindido se ha de hacer respetando la lógica propia de los otros niveles de consideración, y, en consonancia con la herencia adorniana de esta teoría, teniendo en cuenta el núcleo temporal de la práctica teórica. Si la sociedad es algo más que un conjunto económico (Scholz 2009: 57), pensar sus particularidades implica ir más allá de la totalidad abstracta que conforma el análisis del valor. A partir de ahora se ha de asumir el análisis de una totalidad que, como consecuencia de lo dicho, únicamente puede ser ya de carácter *concreto*.

Una vez tenemos claros estos fundamentos, ha de aprehenderse correctamente qué significa, en términos teóricos, trabajar con una noción de *totalidad concreta*. En un texto

dedicado de manera específica a esta noción (Scholz 2009) puede leerse que el acercamiento a una *totalidad concreta* implica para el teórico que asume pensarla realizar un doble ejercicio (Scholz 2009: 74-75). En primer lugar, implica señalar la ligazón fundamental que existe entre valor, escisión y los diversos ejes de opresión/desigualdad. Se han de relacionar con la matriz fetichista que conforma la sociedad capitalista, haciendo así, pues, que “por un lado, se haga visible la relación fundamental dialéctica del valor-escisión” (Scholz 2009: 74). En segundo lugar, en respecto a la lógica autónoma de las diferentes dimensiones, niveles y esferas de lo escindido, implica señalar, asimismo, la múltiple estratificación que este conjunto total despliega en su desarrollo, que tiene lugar en un escalonamiento no jerárquico y que se da de manera simultánea en varias dimensiones, y así, tanto “en la economía y la política, en la división funcional de actividades, pero también en el nivel sociocultural-simbólico y psicoanalítico”. Este interés diferencia a la posición de Scholz de una aproximación que, al modo veteromarxista, tan sólo tuviera en cuenta, de manera arrogante “el valor como forma fundamental única” (Scholz 2009: 74).

Este duplo movimiento teórico es que el explica que, la totalidad a que se apela con la teoría del valor-escisión, no es únicamente concreta, sino también *quebrada*. Este término se encuentra en relación con el acercamiento teórico utilizado para el análisis. Una totalidad unitaria y sin quebraduras corresponde al análisis propio de cualquier pensamiento unilateral, monista y reduccionista, ese que permite al teórico agotar la explicación de su objeto social por medio de una explicación de causalidad única. Dicho tipo de pensamiento, ya casi desde Adorno, cae del lado del pensamiento del valor que se liga a las lógicas de la identidad. Por contraposición a este tipo de enfoques, para nuestra autora sólo cabe pensar desde el dinamismo y la multiplicidad de diversos niveles de complejidad y análisis teórico-social, de modo que “se deba luchar siempre por la adecuación de las categorías abstractas generales y las relaciones sociales concreto-empíricas” (Scholz 2009: 95).

En definitiva, puede decirse que para la autora alemana hay que mantener como principio fundamental del análisis teórico la asunción del “mal mayor” que es inmediatamente idéntico a la totalidad social capitalista —conformada por su praxis social fetichista— pero de un modo tal que no se establezca a este como algo absoluto. No podemos convertir la totalidad fetichista en una instancia originaria a partir de la cual puedan deducirse cualesquiera particularidades. Han de tenerse siempre presentes nuestros límites históricos, así como la correlación entre las categorías abstractas generales y las relaciones empíricas

concretas.

El conjunto de factores reunidos en nuestra explicación tiene como resultado que podamos describir la posición teórica de Scholz, en sus propios términos, como una forma de “dialéctica realista”. Esta, en oposición a la antigua dialéctica hegeliana, no tiene un carácter formal ni abstracto, sino que es interna a su propio objeto. Veamos cómo la define la propia autora:

Sería necesario el redescubrimiento de una dialéctica que no puede formalizar o bien esquematizar y que, por ello, no permanece externa a su objeto, un proceso [*Vorgehen*] que siempre se intente de nuevo [...]. [Esta] [s]e trata por tanto de una dialéctica, que no se deja fundamentar *a priori* de manera abstracta [y] “metodológica” [...] sino solo a través de la relación de la determinación formal social de carácter crítico y el análisis crítico de las relaciones sociales (mundiales) y su nueva cualidad, donde la contraposición de estructura y dimensión de acción ha de comprenderse como una paradoja real de la constitución fetichista y que no puede ser disuelta inmanentemente de manera unilateral. Esta paradoja real solo se puede disolver por medio de la superación de la sociedad de la escisión-valor que le subyace, no sobre sus propios fundamentos. La comprensión dialéctica que aquí debería anunciarse [...] se demuestra solo en la ejecución del análisis y únicamente en vinculación con y sobre la base del contenido. De esta manera se hace referencia, de manera más intensa que en otras líneas de pensamiento marxista, a la dialéctica negativa de Adorno, que hoy de nuevo, bajo condiciones modificadas, debe ser relativizada y corregida. [...] Justo hoy, cuando a diferencia de en una fase anterior del desarrollo capitalista, las mismas clases medias se hunden, debe destaparse su trasfondo ideológico. Ha de temerse si, incluso, el nuevo interés en la propia dialéctica y en la crítica material acaso se entienda [asimismo] en este contexto. (Scholz 2009: 95-96).

Como puede verse, el planteamiento general de Scholz se sitúa en un plano de gran abstracción y su reflexión. A pesar de reclamarse sumamente atenta a la consideración de las diferencias, se agota, la mayoría de las veces, en la explicación metateórica de los fundamentos de su perspectiva. Su insistencia sobre los mismos se explica, creemos, por el intento de revitalización de una línea crítica de pensamiento que intuye no está suficientemente desarrollada. Este es un impulso teórico perfectamente comprensible y válido pero, desde nuestra posición y, teniendo en cuenta lo que ella misma comenta, lo cierto es que podría ser más provechoso analizar *in actu* en qué tipo de análisis se materializa su

perspectiva. Si bien también es autora de ciertas intervenciones de carácter más empírico de sumo interés —en que analiza, por ejemplo, la figura del gitano como el nuevo *homo sacer* de la Modernidad actual (Scholz 2007), tiene en cuenta las diferentes teorías de la colonización en el presente (Scholz 2016a) o analiza algunos de los rasgos del sujeto posmoderno (Scholz 2006)— en estos no se realiza una consideración sistemática del lugar que estos análisis ocupan con respecto a las características de su propia teoría. En la siguiente sección realizaremos una consideración crítica de su planteamiento general, por el momento, es suficiente con señalar este punto. Todavía resta exponer una característica más del enfoque scholziano.

Scholz, frente a Kurz o el resto de autores de la crítica del valor-escisión, es la que, sin duda alguna, más ha reiterado la necesidad de insistir en la clásica diferencia entre esencia y apariencia para el análisis teórico. De este modo, en opinión de la pensadora alemana, las distintas transformaciones que se puedan dar en la sociedad han de ser siempre la primera palabra de la investigación, pero esta no se puede agotar en la mera empiria. Así, los objetos que Scholz analiza se convierten, à la Marx, en jeroglífico social que sólo puede ser descifrado a través del esfuerzo teórico.

Es necesario ver cómo esto se materializa de manera concreta, por ejemplo, en lo que respecta a la relación de género (Scholz 2000: 60-62). Aquí, la tensión que existe entre “esencia” y “apariencia” es la que existe entre el principio estructural que conforma el nivel del valor-escisión (esencia) y los diferentes cambios de la realidad social (apariencia) que, una vez parecen otorgar a las mujeres más libertades, derechos reconocidos o igualdad, otrora parecen arrancárselos, de manera arbitraria y por la mera voluntad de los gobernantes a diferentes niveles. En el marco de la crítica del valor-escisión, las dificultades que podamos tener para el análisis correcto de los diferentes fenómenos, tienen que solventarse mediante la asunción constante en nuestros análisis del principio patriarcal, es decir, teniendo muy presente que este es el fundamento de la realidad que el teórico observa. Actuando de este modo, el teórico del valor-escisión puede estar seguro de que estará desarrollando una teoría capaz de leer con precisión fenómenos de largo alcance, comprender sus líneas de continuidad, a pesar de que en la superficie social haya habido cambios aparentes. Así, si el teórico observa que, en el marco de una sociedad determinada, las diferentes ocupaciones laborales comienzan a llevarse a cabo de manera indistinta tanto por hombres como por mujeres, deberemos, en primera instancia, detener el deseo de emitir un juicio inmediato.

Solo una vez se hayan observado más factores en correlación, tanto intraeconómicos como extraeconómicos, podremos definir si los cambios aparentes que se han observado suponen una transformación de carácter emancipatorio o si, antes bien, no han modificado en absoluto las bases patriarcales de la sociedad capitalista. Un análisis de este tipo únicamente puede tener un carácter macrosocial y macroeconómico: es decir, como ya ha apuntado Scholz, solo cabe realizarse desde la conciencia global de los diferentes fenómenos y diferencias, en lugar de entenderlos aisladamente.

Antes de concluir de manera definitiva esta subsección resulta pertinente explicar el origen teórico de la perspectiva de esta autora. Es evidente que esta plantea un pensamiento de las diferencias, pero desde coordenadas completamente diferentes a las que pueden verse, todavía hoy, en planteamientos crítico-sociales de raigambre marxista y/o postestructuralistas. La génesis de esta diferencia fundamental, a nuestro parecer, puede explicarse si reparamos en el autor de referencia que se invoca, en una y otras lecturas, para hacer parte integrante del análisis crítico todo aquello que no cae bajo el principio del valor.

Las teorías postestructuralistas y/o postmodernas, según la lectura que parece realizar Scholz, hunden sus raíces teóricas —de manera sumamente laxa y general— en la reconsideración de los avances teóricos realizados por autores como Derrida, Lyotard, Butler, Laclau, (y sus correspondientes lecturas feministas, como Irigaray); así como una lectura crítica de la herencia hegeliana y nietzscheana. Por su parte, la pensadora alemana fundadora de la teoría del valor-escisión toma su punto de partida del pensamiento adorniano. A pesar de su longitud, conviene aquí citar unas palabras de una entrevista reciente (Scholz 2017b) que expresan por qué motivos y en qué sentido se acercó a Adorno. Asimismo, explica el ambiente intelectual que le empujó a acercarse a su consideración. Así:

En la segunda mitad de los 80 comenzó el discurso sobre las diferencias entre las mujeres. [...] Este discurso se solapaba con otro que partía de la pluralización de los modos de vida y las tendencias a la progresiva individualización en los países occidentales industrializados a partir de las seguridades del Estado social. El punto de partida era que no existía “la mujer” (ni tampoco el hombre), sino que cada una de ellas contenía una multiplicidad. [...] ...Marx se convirtió en algo del pasado, también en el feminismo. Surgió un deconstructivismo al estilo de Judith Butler y se convirtió en la teoría dominante dentro del feminismo. La teoría materialista estaba completamente pasada de moda, mientras que la teoría culturalista y postestructuralista era lo más de lo más. [...] Así cobraron peso teorías basadas en el relativismo cultural. Las relaciones de género variaban de unas culturas a otras,

adoptar una perspectiva universalista era un tabú. [...] En lugar de ello, la crítica del valor intentó explicar el colapso del bloque soviético con categorías marxistas, pero más allá de los planteamientos del viejo movimiento obrero. [...] Para entonces ya hacía tiempo que me había incorporado a la crítica del valor como feminista [...] cuando entre finales de los 80 y comienzos de los 90, al ocuparme de teoría feminista [...] me vino a la mente la idea de que “el valor es el hombre”. Y en este contexto me di cuenta de que era ineludible establecer una relación con la Dialéctica de la Ilustración. Y es que la teoría de la escisión del valor ofrecía un modo de entender el nexo que une dominio de la naturaleza, opresión de la mujer, antisemitismo y racismo. Por lo que se refiere a las diferencias —no solo entre las mujeres— la crítica de Adorno a la lógica de la identidad fue muy clarificadora para mí. A diferencia de los planteamientos postmodernos y post-estructuralistas, para él no se trataba de hipostasiar la diferencia, sino de respetar y analizar cada objeto único y particular. Había que mediar eso con la teoría de la escisión del valor. No se trataba de que el movimiento feminista de los años setenta y ochenta hubiera sido completamente ciego frente a otras formas de desigualdad, como las de “raza”/etnia o las de clase, ni de que se hubiera ocupado únicamente de la emancipación de la mujer, como se afirmaba a menudo en los años noventa. Lo que ocurre es que entonces no se hipostasiaban las diferencias desde el trasfondo de perspectivas culturalistas y post-estructuralistas. Esta perspectiva, que era ante todo un relativismo cultural, tenía como consecuencia que las características comunes de la represión de las mujeres ya no se podían tematizar. De modo que no he tomado el pensamiento de las diferencias de un feminismo post-estructuralista, sino que dicho pensamiento ya estaba ahí antes. (Scholz 2017: 488-489).

En estas líneas, Scholz identifica de manera clara los problemas de las diferentes teorías de análisis crítico habituales desde los años 80 (en el entorno occidental) que resultan más problemáticas para la crítica del valor-escisión: en primer lugar, una interpretación cultural de tendencia relativista de las categorías económico-políticas que hasta entonces habían constituido la moneda de cambio habitual (si bien tal vez únicamente bajo una comprensión veteromarxista), llevando a los discursos críticos a la hipóstasis de las diferencias; y, en segundo lugar, un parcelamiento de la discusión en compartimentos estancos, que impiden que pueda realizarse una teoría de carácter general. Enfrentada a tal panorama, Scholz, que explica que ya en aquella época se confesaba feminista, recurrió a la crítica de la identidad de raigambre adorniana.

Los beneficios que obtuvo de la lectura del teórico de la primera generación de la Escuela de Frankfurt son patentes, en primer lugar, en que la posición teórica de Scholz busca

respetar y analizar las diferencias, sin que por ello renunciemos al carácter general de la teoría: hacerlo, como ya se advirtió anteriormente, sería condenarla a quedarse en un plano únicamente sociológico. El ejercicio a realizar a partir del momento en que se ha asumido esta perspectiva (Scholz 2005: 182-183), ha de intentar poner en relación, bajo la forma de un proceso histórico, las *diferencias empíricas* existentes analizadas de manera crítica —es decir, los diversos ejes de opresión, desigualdades económicas y situaciones particulares escindidas— con una *metalógica general* que constituye de manera esencial la totalidad social —la matriz fetichista de las formas fundamentales del capitalismo—.

En segundo lugar y, en consonancia con la herencia teórica adorniana, la identidad y la diferencia ha de pensarse en conjunto, por muy contradictorio que esto pueda parecer. Así, el despliegue concreto del análisis implica siempre la mediación con lo “Otro escindido”, sea cual sea el nivel de análisis que estemos realizando. Este planteamiento se materializa *in concreto* (Scholz 2009: 74-75) en la necesidad de que se satisfagan las exigencias de lo particular y lo no-idéntico, en orden a no subsumir la totalidad social únicamente bajo el principio del capital y el valor. En este preciso sentido, la teoría del valor-escisión no puede establecerse de manera absoluta, tal como se dijo anteriormente. Por expresarnos en los términos adornianos: con la teoría del valor-escisión de Scholz se trata de intentar alcanzar un *pensamiento en constelaciones* que, por un lado, no obture la dimensión del valor pero que, simultáneamente, tampoco la hipostasie deductivamente con respecto al resto de elementos que determina.

En tercer lugar, es necesario poner de manifiesto algo más que los elementos heredados de la teoría de Adorno y tener en cuenta, asimismo, las posibles diferencias. A este respecto, resulta altamente probable que, dada la intensa relación de Adorno y Scholz y, ante la aparente similitud que albergan el concepto scholziano de “escindido” y el adorniano “no-idéntico”, algún lector que se acercara de manera apresurada a estas líneas cometiera el error de asimilar su significado, aprehendiéndolos como algo idéntico.

La aparición de dicha inferencia es comprensible, pero no es correcta. En el extracto de la entrevista que se ha transcrito líneas más arriba, la propia autora ha explicado que aquello que ha tomado de Adorno es fundamentalmente la crítica de la lógica de la identidad. Con este término (Scholz 2012: 200) se hace referencia al principio que dinamiza un tipo de pensamiento de carácter principalmente deductivo, que pretende subordinar lo particular, lo contingente y diferente a una lógica unidimensional. Según la interpretación scholziana,

Adorno comprende exclusivamente bajo este término el principio de intercambio que rige las sociedades capitalistas, una lectura coherente con la kurzeana, que ya había denunciado la ontologización de este principio en los escritos del frankfurtiano (Kurz 2004a): lo “no idéntico” podría, pues, concebirse como todo lo que no se subsume bajo el mencionado principio de intercambio, bien todo lo que no se subsume bajo el principio del valor.

En el caso de la crítica del valor-escisión, la crítica del pensamiento que asume la lógica de la identidad se utiliza para ayudar a captar algo que va más allá de lo que no está recogido por el valor. En este caso, también quiere incluirse ahí el ámbito de lo “escindido” en términos de género, por lo que se trata de un término más específico que el adorniano. El plano de lo escindido, como se mostró anteriormente, también incluye una serie de disposiciones emocionales y lógicas temporales específicas, con lo que todo aquello “diferente”, “particular” ha de buscarse en planos en que, probablemente, Adorno no habría pensado de manera inmediata.

En cualquier caso, siendo esto así (Scholz 2017b: 491- 492), el fenómeno de lo escindido ya no puede coincidir con el concepto de lo “no idéntico” en Adorno. El objeto particular que constituye la relación de género se ha elevado a relación social fundamental mediante el concepto de “escisión”. A pesar de que se incluya al nivel de los principios fundantes, el ámbito de lo escindido necesita, por su especificidad, de un concepto a nivel teórico fundamental. No se puede hablar únicamente en términos de “idéntico”/ “no idéntico”, porque sencillamente “[s]ería absurdo afirmar que la mitad de la humanidad se considera no-idéntica” (Scholz 2017b: 491). En resumen, la teoría de la escisión-valor implica que la lógica de la identidad se comprende, de manera más amplia que en Adorno, como el contexto fundamental que constituye en general las relaciones sociales, no únicamente como algo que se relaciona con el valor y/o del intercambio.

Hasta aquí las características más generales del planteamiento scholziano. Esta autora asume una perspectiva sumamente original que le pertenece únicamente a ella misma²⁹, lo que en cualquier caso, no puede constituir un motivo para su exclusión de esta exposición de

29 Si bien los escritos de Robert Kurz asumen la escisión de género como principio fundamental del capitalismo y, además, llega a defender de manera vehemente las consecuencias que dicha perspectiva implica (Kurz 2007b: 16-17) puede decirse que es únicamente Scholz quien se ha dedicado a desarrollar los fundamentos teóricos del pensamiento de la diferencia desde la perspectiva de la crítica de la escisión del valor. Tanto es así que, como se verá más adelante, puede decirse que, en última instancia, Kurz puede ser criticado por no asumir de manera íntegra las implicaciones de la reflexión sobre otros sistemas de poder coexistentes con el capitalismo. Sea como fuere, que la manera correcta de asumir el pensamiento del valor sea la que propone Scholz es algo que todavía tenemos que examinar.

carácter general de la crítica del valor-escisión. De igual modo, que el presente escrito asuma muchas de las reflexiones producidas por esta línea de reflexión, no significa que no podamos señalar sus defectos. Haciendo honor a esta salvedad, en la siguiente subsección, con la que cerramos este punto, nos disponemos a realizar una valoración de la perspectiva scholziana en la que intentaremos resaltar sus aspectos problemáticos.

1.5. Un balance crítico del pensamiento de la diferencia de Roswitha Scholz

Comencemos por valorar positivamente la teoría de esta autora. Desde luego, cabe decir que los esfuerzos de Scholz por plantear una teoría que, con raíces en la dialéctica negativa y la crítica de la lógica de la identidad de Adorno, se muestre no obstante atenta a las distintas transformaciones de la sociedad, resultan meritorios. Además, tiene la virtud de retrotraerse a las bases filosóficas de su perspectiva, algo que en el contexto académico actual no resulta habitual. En ello, demuestra un conocimiento sólido de los fundamentos que sostienen su perspectiva.

Ahora bien, cabe preguntarse si su ejercicio resulta fructífero para una crítica radical de la sociedad, tal como pretende realizar la crítica del valor-escisión. Ha de entenderse que el impulso de la teoría crítica radical, en los términos planteados, es el de la crítica de las estructuras sociales, con el objetivo ulterior de su transformación. Esto no quiere decir que el ejercicio teórico haya de convertirse en un panfleto político ni, mucho menos, ofrecer vías de solución programáticas a cualesquiera agentes políticos.

Respecto a este último asunto, en un escrito que Robert Kurz ha dedicado a la consideración específica de la teoría (Kurz 2007b: 16 ss.), se explica cómo la propia crítica de la escisión del valor también se ha visto empujada, desde quienes la han criticado, a la “exigencia de praxis”. Esta suele provenir, tal y como nos muestra este autor, de una comprensión corta de miras, propia del marxismo tradicional, que intenta vincular la validez de la reflexión teórica a la posibilidad de su puesta en acción, o bien a una praxis ya dada de antemano, a la que debería amoldarse (Kurz 2007b: 18). En opinión de Kurz, tal y como está constituida la totalidad capitalista —que implica una relación entre ambos términos que lleva, según Adorno, a una “dialéctica desesperada” (Adorno 2009: 678-679)— la deseada unidad entre teoría y praxis, también en la crítica del valor-escisión, no puede ser una presuposición, sino únicamente un *telos* de la crítica categorial que la constituye. Actuar de otro modo sería inaceptable. La mayor forma de arrogancia posible que puede ejercer la teoría crítica (Kurz

2007b: 103 ss.) es el atrevimiento de querer deducir teóricamente de algún modo la superación del capitalismo: este ejercicio empujaría al discurso analítico a una forma de objetividad de carácter estructural, que permanecería en el campo inmanente del capitalismo. La única manera de luchar contra esta situación, en opinión de Kurz, es dejar que la reflexión teórica siga su curso, que se critique libremente y sin paliativos, sin dejarse alterar por las diferentes alternativas posibles y las diferentes llamadas a la praxis.

Con todo, que el ejercicio de la reflexión teórica haya de llevarse a cabo sin tener en cuenta las posibles demandas de la praxis, no quiere decir que no haya de atender a las exigencias de otras de sus características. En una corriente que, como la de Scholz, se reclama de procedencia adorniana y con ello asume que su teoría tiene un íntimo “núcleo temporal”, una de estas exigencias es que la posición analítica desarrollada se encuentre en condiciones de dar cuenta de los fenómenos de su tiempo de manera clara, precisa y fecunda, algo que también afirma Kurz (2012: 302 ss.) en su texto *Geld ohne Wert*, como tendremos ocasión de ver. Precisamente en este punto es donde cabe preguntarse si el planteamiento scholziano ofrece realmente lo que parece prometer, algo que desde nuestro punto de vista resulta más que cuestionable y por varios motivos.

De entrada, es patente la confusión que conlleva la manera propia de expresarse de Scholz. Aunque tal característica no puede hacernos juzgar su teoría, dificulta su comprensión y exposición. Este aspecto no se habría mencionado aquí si no creyéramos, a un tiempo, que la oscuridad en el lenguaje buscar esconder también ciertas inconsistencias conceptuales.

La confusión explicativa resulta especialmente cuestionable en uno de sus conceptos centrales, en el que vamos a centrarnos en estas líneas: su concepción del carácter fetichista de la sociedad. Aunque Scholz está en lo correcto en realzarlo y dar cuenta de la mismo, no ofrece al lector ninguna pista de lo que ella entiende bajo tal concepto. Si atendemos a algunos de los diferentes escritos tempranos de Kurz (Kurz 1987, Kurz 1999b), tampoco es posible encontrar una formulación completamente rigurosa de este concepto³⁰, sino tan solo la

30 Algunos de los escritos de Kurz pertenecientes a su etapa de madurez intelectual (Kurz 2006a, 2006b, 2007a, 2012a, 2012c) implican una reflexión que, en conexión con su noción de “metafísica real”, concepto ya presente en “Die Substanz des Kapitals” (Kurz 2004b, 2005a) entre otros textos, nos tendrían que hacer reformular, creemos, la concepción kurzeana de fetichismo o, al menos, intentar analizarlo desde otra perspectiva. A pesar de que podríamos incluir, ya en esta sección, dicha explicación, creemos que es más pertinente aguardar a la exposición sistemática que vamos a realizar de *Geld ohne Wert* (2012a) para comprenderla de manera rigurosa. Nuestra decisión no hace inválidos los argumentos que vamos a utilizar para criticar a Scholz. Aunque es de suponerse que Scholz conocía y conoce la teoría kurzeana al completo, y que, por tanto, podríamos suscribirla en cierto modo como propia, no podemos presuponer que

advertencia de que se trata de noción referida a una práctica social de carácter colectivo e inconsciente (Kurz 1987: 100 ss.); relacionada a su vez con la ontología social negativa de la sociedad capitalista, es decir, con la matriz de praxis social que conforma el sistema capitalista (Kurz 2004b: 82-83).

Dadas estas dificultades, es necesario que aquí nos paremos a explicitar de manera más clara qué significa este concepto, aunque pueda ocuparnos algo más de espacio del que pudiéramos considerar deseable. Para ello, atenderemos a los textos de dos especialistas (Ruiz Sanjuán 2011a, Ramas 2018) que, si bien están escritos en la estela de la recepción teórica de la “Nueva Lectura de Marx” nos pueden servir para comprender mejor qué se entiende bajo este concepto. Cabe destacar, asimismo, que restringiremos nuestra exposición al fetichismo de la mercancía (dejando a un lado el fetichismo del capital [Ramas 2018: 93-115]) y que no realizaremos una exposición diferenciada del fetichismo en contraposición con otros fenómenos análogos, como la mistificación (Ramas 2018: 117 ss.).

El fetichismo es un fenómeno relacionado con las características específicas del proceso capitalista que vincula socialmente el resultado del trabajo privado. En este (Ruiz Sanjuán 2011a: 199), ciertas relaciones *sociales* aparecen como relaciones entre cosas, circunstancia que da lugar a una cosificación de las relaciones sociales. Su motivo fundamental se encuentra en el hecho de que las relaciones que constituyen el sistema capitalista, en su forma fenoménica, no son visibles como tales. Es decir, estas no son directamente aprehensibles o comprensibles bajo la forma que se presenta a la conciencia espontánea de los individuos de la sociedad. Como sabemos por lo que se ha argumentado anteriormente, el saber que la economía capitalista ha desarrollado sobre sí mismo, la economía política ortodoxa (Smith, Ricardo), tampoco resulta una ayuda en este sentido. Este es un saber de la mera apariencia, pues se constituye conceptualmente de manera directa a través de la interpretación de las meras formas fenoménicas que, en realidad, no expresan la esencia de la estructura capitalista.

Veamos, en términos más concretos, en qué se sustancia el fenómeno fetichista. Ya

introduzca en su reflexión todos los elementos que cumplen un papel en esta. Nuestras herramientas para el análisis solo pueden ser los textos y argumentos de ambos autores, no lo que nosotros imaginemos que piensan, argumentan o leen. Además, de haber asumido y suscrito las reflexiones kurzeanas sobre el fetichismo de esta última etapa, habría utilizado los términos kurzeanos en su teoría. Cuanto menos, habría hecho alguna referencia a estos, algo que no ocurre en sus últimos textos (Scholz 2013a, 2013b, 2013c, 2013d) en lo que respecta, específicamente, al asunto del fetichismo, cuando, por otro lado, sí que declara asumir nuevas reflexiones presentes en *Geld ohne Wert*, como la posible noción de “fetichismo del capital” o la crítica al individualismo metodológico (Scholz 2013c: 142 ss., 2017b: 493-494).

hemos hablado de que el capitalismo es aquel sistema civilizatorio cuyas relaciones económico-sociales de producción y distribución se llevan a cabo a partir de la acción de productores privados enfrentados entre sí, en relaciones de competencia que se enmarcan en un contexto de intercambio generalizado. Ahora bien, que esto sea así, no significa que el resultado inmediato del trabajo privado de estos productores del trabajo sea directamente social. Para que (Ruiz Sanjuán 2011a: 193 ss.) el producto de estos adquiera una expresión objetiva y devengan, con ello, algo social, los diferentes resultados de su trabajo privado han de vincularse en el proceso de intercambio. Esta vinculación hace adoptar a estos productos una forma de valor y los convierte, de pleno derecho, en mercancías³¹. A la mercancía, átomo fundamental del sistema capitalista, le es inherente una relación social, la del valor, que expresa la relación de los diferentes resultados del trabajo entre sí. Relacionándose estas, no obstante, a través del mero intercambio, la propiedad social del valor aparece como la propiedad natural de una cosa.

Dicho en términos más sencillos: la mercancía es resultado de un trabajo determinado cuyo resultado, en vinculación con otros productos de trabajo, entra en una relación de validez social determinada, estos “valen” de cierto modo, expresan diferentes relaciones sociales. Ahora bien, puesto que la vinculación entre esos trabajos se da a través del intercambio de mercancías, no parece que lo que haga “valer” a estas es el trabajo, sino que “valgan” las cosas mismas, “como si tuvieran dicha propiedad social por naturaleza, del mismo modo que son de un determinado tamaño o de un determinado peso” (Ruiz Sanjuán 2011a: 194).

Es importante tener en cuenta que el fetichismo es un fenómeno que se da de manera necesaria, es decir, que no puede ser achacado a errores o faltas de conocimiento de los productores. Las relaciones sociales en el capitalismo se median *de facto* a través de las cosas mismas, puesto que toda relación social que vincula los productos del trabajo se encuentra entreverada por el intercambio de mercancías. De esta manera, parece normal que las relaciones sociales que posibilitan la reproducción social se asuman como relaciones entre cosas y, por ende, como algo que escapa al control consciente de los individuos que actúan en la sociedad capitalista.

Con ello (Ruiz Sanjuán 2011a: 195), puede decirse que el fetichismo de la mercancía es la

³¹ Esta explicación del fetichismo pretende aclarar, de manera general, algunas de sus características fundamentales. Como veremos más adelante, en el contexto de un sistema capitalista plenamente desarrollado, la estructura que aquí explicamos ha de ser modificada, particularmente en lo que respecta a la noción de “objetividad de valor” y “magnitud de valor” que explicaremos posteriormente.

señal en la conciencia de los hombres de una determinada estructura social objetiva, la del capitalismo, en que el mercado es la instancia que establece nuestro modo de reproducción social: esta es la institución en que los productos del trabajo se relacionan y la que determina, además, qué parte del trabajo realizado “vale” efectivamente como “trabajo social”, es decir, qué mercancías son las que han alcanzado el objetivo de apropiarse una fracción del plusvalor social producido a escala global.

A raíz de lo argumentado, se infiere fácilmente que el fetichismo de la mercancía es la consecuencia del modo de funcionamiento de nuestra sociedad capitalista, un modo de ser específico y exclusivamente atribuible a esta formación histórica. En el mundo del capital el trabajo privado objetivado en mercancías es sustancia del valor, cuya medida se da en el resultado de la reducción de los diferentes trabajos en la relación de intercambio. Estos productos, en la mencionada relación de intercambio, se transforman en mercancías, que contienen una propiedad social (puesto que ponen en relación los diferentes productos de trabajo humano) que, no obstante, no puede despegarse de los cuerpos de las cosas concretas.

De esta forma, las mercancías, que a simple vista son *meros objetos*, en realidad están preñadas de la relación social que constituye su condición de posibilidad y adquieren por su específica forma de mediación. Al mismo tiempo, las relaciones sociales que determinan las relaciones de valor de los trabajos, aparecen como relaciones entre objetos, escapando, de manera aparente, al control consciente. Puesto que “en el valor de las mercancías[,] las relaciones de los hombres se present[an] “bajo envoltura cósmica”, [esta circunstancia, CNR] hace que dichas relaciones permanezcan ocultas a los individuos que forman parte de ese sistema” (Ruiz Sanjuán 2011a: 196). Como consecuencia de este hecho, las personas atribuyen a las cosas un poder al que, al mismo tiempo, se someten, pues pareciera que las cosas se comportan conforme a las leyes inherentes a ellas. Por todo ello, en el fetichismo de la mercancía, dos son las palabras clave: cosificación y carácter anónimo. En resumen,

El fetichismo no es una ilusión o un delirio. [...] El proceso efectivo y fáctico por el cual un valor de uso cualquiera llega a ser, además, mercancía, es y no puede ser otro que aquel por el cual ciertas relaciones sociales llegan a adquirir una forma cosificada. [...] No basta con pensar los trabajos individuales como meros agregados que, yuxtapuestos, constituirían un todo, sino que aquí preguntamos: ¿cómo se convierten esos trabajos privados en miembros *efectivos*, y no solo pensados, de ese todo de trabajo social? [...] Esto es lo específico, precisamente, del modo de producción capitalista. Los productores permanecen

aislados unos de otros si no acuden al mercado para poner en contacto sus productos para intercambiarlos. Mientras no realicen este intercambio, sus productos no alcanzan un más allá de la esfera de su propio productor, y por tanto los trabajos que los han producido pueden caracterizarse como privados. En el modo de producción capitalista, es el intercambio entre los productos, es decir, una relación de cosas, lo que posibilita establecer una relación social entre personas. Es de hecho mediada por cosas el modo en que la actividad del trabajo bajo condiciones capitalistas adquiere su carácter social. [...] Se comprende ya la conexión: el intercambio o establecimiento de relación entre cosas es lo que establece una relación entre personas con carácter social. Y esta es la explicación del fetichismo. (Ramas 2018: 76-77).

Si ahora ponemos en conexión lo explicado con el hecho de que para Kurz el fetichismo ha de comprenderse como una práctica social de carácter colectivo, podemos decir (Navarro Ruiz 2016b, 2017a, 2017b) que la estructura social fetichista que tiene lugar en el sistema capitalista puede entenderse en el marco de un proceso histórico; en la práctica de una repetición reiterada de determinado comportamiento respecto a las relaciones de producción, distribución y mecanismos de cambio de energías con la naturaleza. Esta práctica tiene dos características específicas, una formal y otra material.

Por lo que respecta a la peculiaridad formal, ha de decirse que la práctica social fetichista posee la cualidad de la *iterabilidad* (Jagose 1993: 86 ss.). Que un desarrollo sea de carácter iterativo quiere decir tres cosas:

1. que se trata de un proceso normado, regular y obligado que no inventa unilateralmente cada sujeto individual, sino que se trata de algo colectivo, social;
2. que además, este —en su propio despliegue— constituye la *conditio essendi* y conforma a los objetos y/o sujetos que están inmersos en él: así, las mercancías son tales porque se constituyen en el contexto de ciertas relaciones sociales que son parte integrante de una estructura social;
3. que, de manera adicional, con este término se pone en cuestión el status que tienen el “sujeto” y el “objeto” de las prácticas, no pudiendo delimitarse de manera estricta los roles que la “actividad” y la “pasividad” juegan en este proceso³².

En lo que se refiere a su consideración material, el fetichismo ha de ser comprendido como un proceso a través de la cual se invisibilizan de manera sistemática las condiciones de

32 La iterabilidad como característica de la estructura fetichista es una noción que se ha desprendido del trabajo comparativo que se ha realizado analizando los posibles rendimientos teóricos de la teoría butleriana en torno a la distinción y relación género-sexo y su posible aplicación para la teoría del valor. Para una observación más detallada de este trabajo puede consultarse Navarro Ruiz 2016c, 2016d, 2018b, 2018d.

producción de mercancías. Los mecanismos de la competencia mercantil —teniendo en cuenta que el capitalismo está basado en la creación de riqueza social única y exclusivamente a través de productores privados— privilegian de manera sistemática a aquellos que acceden al mercado con mayores recursos productivos. De manera ulterior, estas mismas estructuras crean una determinada dinámica social. Esta es especialmente peligrosa, pues empuja a los agentes en competencia a aumentar de manera continua (y de modo exponencialmente creciente) el *output* de mercancías a que dan lugar por una unidad de tiempo determinado. Esta mecánica productiva, generada por la práctica social reiterada de carácter iterativo que antes hemos mencionado, escapa al control consciente de los agentes. Esto convierte a la estructura social del capitalismo en una forma de reproducción social que aparece como una forma de *dominación abstracta y anónima*.

Bien, solo ahora contamos con todos los materiales necesarios para trabajar con la noción del fetichismo de la mercancía. Si hemos realizado este paréntesis en la argumentación de Scholz, es porque queríamos mostrar que esta noción, a pesar de su carácter anónimo, abstracto e inconsciente (elementos que suele poner de manifiesto nuestra autora) es explicable en términos de práctica social y tiene cierto contenido material. La realización de un ejercicio de este tipo, sin perjuicio de que pueda haber muchas otras maneras de efectuarlo, es esencial en el contexto de su teoría, que busca poner de manifiesto la relación de las diferentes estructuras de poder con el principio fundamental fetichista de la sociedad.

Como hemos comentado al comienzo de esta sección, la crítica del valor-escisión se caracteriza por concebir el capitalismo como un sistema civilizatorio, es decir, como aquel sistema de reproducción social de una sociedad que entrevera, jerarquiza y organiza las diferentes estructuras y relaciones de poder de una sociedad. Siendo esto así, en el análisis de su mutua interrelación, es absolutamente necesario que quede rigurosamente claro en qué consiste el principio fundamental de la estructura a la que se vinculan el resto de las instancias de poder —algo que no ocurre en Scholz— así como la legaliformidad peculiar, también, de los diferentes sistemas, instancias y relaciones de poder que interfieren y se organizan respecto a ese principio fundamental. Justamente respecto a esto, una de las preguntas acuciantes que asaltan al lector durante la lectura de Scholz tiene que ver con la estructura propia de estos otros niveles y sistemas de diferencias: ¿considera acaso que el patriarcado, el racismo o el antisemitismo tienen también una estructura en cierto modo

fetichista, puesto que se relacionan con la estructura capitalista, o es de otro tipo? Si son de otro tipo, ¿cuál? ¿en qué sentido se relacionan con la matriz fetichista de la sociedad capitalista? Las palabras de Scholz que vamos a citar a continuación se refieren de manera explícita a esta cuestión. Veamos cuál es la respuesta que ofrece la autora:

Una nueva exposición de la contradicción en proceso desde el punto de vista de la crítica del valor-escisión tampoco debe permanecer limitada a la unión de un nivel micro y meso-sociológico con un nivel económico, en el sentido de los fenómenos sociales superficiales, sino que tiene que apuntar a la totalidad. Una determinación marxiana de la contradicción en proceso no se debe ampliar sencillamente a la dimensión de la escisión, sino que debería, respecto a sí misma, ser llevada a una cualidad completamente nueva [...]. La totalidad social no se deja dividir en una parte capitalista y otra patriarcal. Ambas pertenecen la una a otra, sin ser por ello idénticas. Por ello se tiene que partir de una lógica del valor-escisión comprendida de manera DIALÉCTICA, que por su parte condicione la contradicción proceso. (Scholz 2013a: 60-61, subrayado de la autora).

Un poco más adelante todavía se refiere a esta cuestión con los siguientes términos:

Para concluir, todavía debería tratarse aquí, que la crítica del valor-escisión como principio fundamental social todavía no obstante se refiere a “otros campos” que aparentemente no tienen nada que ver con la dimensión “de género”, puesto que, en tanto ella pone en cuestión el universalismo androcéntrico, tampoco puede en sí misma establecerse de manera absoluta. Así, está obligada a relativizarse, para poder insistir en sí misma, es decir, que la crítica de la escisión del valor también ve sus propios límites y desde su propia esencia, también debe hacer espacio todavía a “otros Otros” (crítica del racismo, antisemitismo, antigitanismo, homofobia y hostilidad en contra de los transexuales, etc.) si no quiere comportarse de manera universalista. [...] En este contexto, hay que manifestar respeto a la lógica propia de los diferentes sectores, esferas y niveles, dado que la crítica de la escisión del valor siempre parte de una totalidad fragmentada, también en la forma de identidades híbridas, cuya lógica propia no obstante no puede permanecer como tal sencillamente en sí misma, sino que siempre debe establecerse en relación del mismo modo con una totalidad determinada de tal manera” (Scholz 2013a: 61).

Como puede verse de manera clara por sus propias palabras, Scholz no establece de manera en qué consiste la nueva cualidad de la totalidad a que hace referencia. Tampoco

determina en qué consiste la lógica propia de cada una de las esferas, ni cómo se relacionan con el plano global, vinculación que para ella es indispensable para un correcto análisis de la nueva situación social. Nuestra hipótesis de lectura al respecto cree encontrar las raíces de su falta de precisión en la base teórica que elige para fundamentar su teoría: la crítica de la lógica de la identidad adorniana.

Esta, que parte de una crítica a la metafísica, supone un acercamiento filosófico interesante para vincular el pensamiento teórico con el análisis social. Sin embargo (cuanto menos, tal y como se desprende de lo analizado) se trata de una aproximación que no resulta muy fructífera para el análisis de fenómenos sociales concretos, sobre todo si, como único resultado de la explicación metateórica, obtenemos la simple resolución de tener que “respetar la lógica propia de los diferentes sectores” de cuyas especificidades nada se nos dice; o bien obtenemos el mandato de “apuntar a la totalidad”, de la cual sabemos únicamente que tiene un carácter “fragmentado”, sin comprender realmente qué pueda significar tal término. A pesar de las buenas intenciones que pueda tener la teoría de Scholz, que pretende realizar una teoría crítica atenta a la multitud de factores que juegan un papel determinante en el presente, “confusión” e “indeterminación” son los dos apelativos que mejor parecen adecuarse a su teoría. Con su insistencia en la tradición adorniana, a lo máximo que llega es a la discusión con diferentes nociones de dialéctica (Hegel, Lukács) sin que, por otro lado, la conversación con estos autores vaya más allá de la mera referencia. Su teoría demuestra de manera fehaciente que las aproximaciones de carácter filosófico y metafísico en que se mueven estos autores están situadas en un nivel de abstracción extremadamente alto que hacen muy difícil aterrizar la teoría en términos concretos, algo que viene exigido por la naturaleza empírica, social e individual de los elementos que Scholz pretende introducir en su teoría.

También hay que tener en cuenta que la elección de esta aproximación en los términos desarrollados, hace a su vez que la exigencia de defender un “núcleo temporal” para la teoría solo pueda darse en unos términos que vayan en contra del estatus ontológico de la teoría misma, es decir, haciendo que este “piense contra sí misma”, o bien “se relativice”, si no quiere “comportarse de manera universalista”, tal como afirma en el fragmento transcrito. No obstante, en nuestra opinión, esto no tiene por qué ser necesariamente así: la totalidad no tiene por qué pensarse en “contra de sí misma”, sino que se puede concebir, sencillamente, *abierto a la pluralidad de lo contingente*, algo que aleja las afirmaciones del espacio de

jurisdicción del solo principio de contradicción, y que, por otro lado, no vemos en qué sentido podría afectar a su sentido “fundamental” o “general” como principio social estructurante.

Por su parte, la afirmación de Scholz contiene, a nuestro modo de ver, algo más de lo que afirma por sí misma. En nuestra opinión, el hecho de que la teoría misma haya de definirse en términos autocontradictorios implica, precisamente, que se pretende universalista, omnicomprensiva y omniexplicativa, en sentido único. Una posible solución al aparente callejón sin salida en el que se introduce la autora sería aceptar, con todas sus consecuencias, la “lógica propia” de cada una de las diferentes esferas que la crítica del valor-escisión pretende abarcar (esfera del género, raza, antisemitismo, antigitanismo, desigualdades económicos, etc.), también en su dimensión histórica. Con ello, habría de asumirse que cada una de las esferas tiene una génesis y realidad propias independiente a la estructura que conforma junto a la matriz fetichista del capitalismo, algo que no implica que no asuman una cualidad diferente bajo la influencia del principio estructural de la matriz fetichista del capitalismo. Habría una historia propia y una historia en conjunto. Las posibles contradicciones que pudieran darse en el marco del análisis concreto no implicarían la necesidad de poner en cuestión la validez del enfoque, sino que, más bien, nos hablarían de la simultaneidad en el tiempo de dos estructuras de poder con principios estructurantes diferenciados, a pesar de su mutua correlación³³.

Este posible enfoque que estamos proponiendo, de manera análoga con la posición de

33 Desde luego, esto es algo que se entiende mucho mejor en el plano de lo concreto. Un caso concreto en que puede apreciarse de manera clara la cooperación entre distintos sistemas de poder coexistentes, a pesar de su posible contradicción en ciertos momentos puntuales, es la propia legislación fiscal o de pensiones en el Estado español a día de hoy. En términos generales, es evidente que género y sistema capitalista, en el territorio español, son dos sistemas o estructuras de poder que se correlacionan, habitualmente, para beneficio del último: las desigualdades de género, de este modo, se utilizan con fines que buscan el beneficio económico. Un ejemplo claro de esto es el actual sistema fiscal de tributación conjunta (Pazos 2013: 132 ss.), que refuerza de manera indirecta el rol cuidador de la mujer, pues castiga duramente a aquel cónyuge dependiente que, anhelando volver al mercado de trabajo, intentara hacerse con algo más que un trabajo de unas pocas horas, imposibilitando su promoción y coartando su vuelta a la vida profesional. A quien argumentara que el sistema fiscal no tiene “género” y que, por tanto, estamos realizando inferencias que no son correctamente válidas, tan sólo hay que indicarle los datos estadísticos sobre la expresión conyugal mayoritaria en la población para demostrar que, si no universal, nuestro argumento es *razonablemente válido*. Pues bien, aunque en el caso descrito género y capitalismo se encuentren en una simbiosis beneficiosa, esto no quiere decir que el Estado español, además de capitalista, no sea también patriarcal; y que, de hecho, esta característica suya no pueda ir en detrimento de la racionalidad económica que el capitalismo, en términos puros, encontraría máximamente deseable. Esto se puede ver, por su parte, en el sistema de pensiones (Pazos 2018: 103 ss.), que sigue otorgando pensiones de viudedad vitalicia (algo que solo se puede comprender como resultado del modelo “hombre como ganador del pan” frente a una mujer incapaz de hacerse con sus recursos) mientras que sigue sin reconocer el trabajo de cuidados llevado a cabo por una gran mayoría de mujeres hoy y a lo largo de mucho tiempo, condenando a muchas otras pensionistas a vivir con una pensión mínima a causa de su “nula contribución a la riqueza” en términos capitalistas. Para profundizar más sobre esta cuestión, pueden verse las obras mencionadas de Pazos (2013, 2018).

Scholz, implicaría asumir esa misma característica a la que Scholz parece apuntar con la noción de la “fragmentación”: esta aproximación habría de asumir, de igual modo, que el principio fundamental del capitalismo siempre está “fragmentado” en el sentido de que este nunca puede abarcar la totalidad de la realidad social ni, en general, la totalidad de “el mundo de la vida”. Es algo que cae por su propio peso. El capitalismo, aunque tenga carácter totalizador, sistémico, omniabarcante, nunca alcanza a dominar de manera completa cada espacio de la vida social, hecho que lleva, precisamente, a que el análisis de este sistema civilizatorio tenga que atender a lo que Scholz llama “otros Otros”. En cualquier caso, no queremos hacer de la exposición de posible solución un ensayo de lo que podría fundamentar nuestra posición propia, dado que no es esa nuestra intención en estas líneas. Tan sólo queremos mostrar que hay algún modo de pensar en los términos scholzianos sin tener por qué caer en sus mismas inconsistencias.

Esperamos haber dejado claro que el hecho de que la apariencia de dominación en el capitalismo es de carácter fetichista, no implica que este no pueda ser entendido, al menos hasta cierto punto, desde la superficie de la práctica social. Esto tampoco significa de manera inmediata que podamos explicar el fetichismo como la mera adición de prácticas particulares: la repetición reiterada de carácter iterativo de ciertas formas de comportamiento respecto a la reproducción social que implica el capitalismo constituye un *todo* cualitativo. Este se diferencia de las decisiones unilaterales e individuales de cada individuo inmerso en esa estructura, dado su carácter anónimo y colectivo, coercitivo y, abierto, al mismo tiempo, a ciertas modificaciones. A pesar de que la relación entre el nivel universal/global y el individual/particular no sea sencillo y se encuentre sujeto a más de una contradicción, tenemos que poder ser capaces de realizar algunas transiciones entre ambos niveles. Únicamente de esta manera podremos conectar de manera efectiva aquellos análisis que abordan las relaciones sociales entre particulares (como discursos sobre el racismo, el género, etc.) y aquellos que explican prácticas de carácter más general (aquellas perspectivas que se relacionan con el nivel del capitalismo más abstracto, aquellas que hablan únicamente de relaciones económicas). Este es un punto esencial, puesto que ahí yace la posibilidad de comprender de manera exitosa el capitalismo como un modo de civilización, más específicamente, la civilización del sujeto blanco, hombre, occidental, adulto, etc. En otras palabras: el dinero y la dinámica capitalista no tiene nombre y los agentes económicos que

actúan cada día en el mercado lo hacen coercionados por las necesidades y las exigencias de los mecanismos de competencia. Ahora bien, estas decisiones lo son de gente real, que actúa sobre la base de sociedades con una determinada historia tras de ellos³⁴: por ejemplo, la historia que puede ser la un territorio colonizado o colonizador, con todo lo que eso significa para las dinámicas de raza y género³⁵.

En ningún caso consideramos que con lo dicho se haya cerrado este asunto. Sin embargo, para seguir reflexionando sobre esta cuestión, necesitamos una comprensión más detallada de la estructura capitalista. Lo que sí puede afirmarse ya es que, a pesar de nuestra afinidad teórica con esta autora, no habremos de contar con los textos de Roswitha Scholz para apoyar nuestra argumentación.

Pasamos ahora a la discusión existente entre Heinrich y Kurz, que, por su importancia, merece que le dediquemos algunas palabras introductorias.

34 Más adelante, en el análisis que realizaremos sobre la discusión existente entre Kurz y Heinrich, podremos ver de manera más específica el asunto de las posibilidades y el margen de acción de los diferentes sujetos a través de la discusión de lo que Kurz llama “campos históricos” (Kurz 2005).

35 No quisiéramos cerrar esta sección sin hacer referencia a alguna otra teoría que, desde una posición análoga a la teoría de Scholz, también se ha enfrentado a la misma problemática que nuestra autora, es decir, a la compleja interrelación existente en el capitalismo entre, por un lado, las cuestiones culturales, simbólicas y de identidad; y por otro, los asuntos de desigualdad económica y de distribución de recursos. Nos referimos, a la célebre discusión que a principios de los años 90, tuvo lugar entre Nancy Fraser y Judith Butler, materializados en los textos “¿De la redistribución al reconocimiento?” (Fraser 2000a), la réplica butleriana que se encuentra en “El marxismo y lo meramente cultural” (Butler 2000b) y la contraréplica fraseriana en “Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo”. Aunque son bien distintas, podríamos decir que la postura de Fraser, una feminista socialista, supone la más cercana a la consideración de Scholz. Sus textos, los cuales ambos se desarrollan de manera más rigurosa que la posición scholziana, muestran que se trata de un asunto complejo y que no se puede resolver con un solo movimiento. De esta manera, con Fraser puede verse que la diferenciación, si bien sea meramente analítica, entre un plano simbólico o cultural que implica diferencias que exigen “reconocimiento” y otro “económico” que reclamaría por su parte una solución “redistributiva” es altamente problemática. En la realidad social ambos sectores están entremezclados: incluso, como la propia Fraser confiesa, el género y la raza serían realidades que, respecto a esta diferenciación, se comportan de manera bivalente, es decir, que no pueden ser considerados de manera unilateral. Butler, por su parte, señala en su texto algunas realidades (como por ejemplo, el caso de la familia monógama nuclear) que apuntan a esta dificultad de diferenciación. Para una consideración más exhaustiva, pueden verse los textos mencionados, así como la introducción de Galcerán (Galcerán 2017) en la edición que reúne todos los escritos mencionados (Fraser y Butler 2017). Desde una óptica aparentemente algo alejada de esta problemática, pero con reflexiones vinculadas a este universo, también puede resultar útil acercarse al problema de la unidad del sujeto en el feminismo. Este asunto tiene uno de sus momentos más célebres en la discusión acaecida entre las filósofas Judith Butler y Seyla Benhabib, cuya discusión se recoge y explica, de manera rigurosa, en Ferreiro 2018.

Interludio. Respuesta a la pregunta: ¿Por qué es importante dedicar nuestro tiempo a la discusión Heinrich- Kurz? Breve explicación de sus beneficios.

En los siguientes capítulos nos vamos a ocupar de las críticas que Robert Kurz realiza con las tesis de Michael Heinrich. Para ello, nos serviremos fundamentalmente de su texto *Geld ohne Wert* (Kurz 2012a) así como de su artículo, en dos partes, “Die Substanz des Kapitals” (Kurz 2004b, Kurz 2005a), y a algunas referencias a “Geschichte als Aporie” (2006a, 2006b, 2007a) . En vistas a realizar una exposición lo más rigurosa posible, citaremos con profusión algunas partes de dicha intervención, incluso cuando esto haga la lectura algo menos vivaz. Además, dada la imposibilidad de acceso al argumento de este autor en lengua castellana, esta decisión se eleva a exigencia.

Esta discusión, aparentemente erudita, nos es útil aquí por dos motivos, que constituyen al tiempo los objetivos que pretendemos alcanzar con el desarrollo que aquí se va a exponer. En primer lugar, porque la exposición de los argumentos nos va a permitir mostrar simultáneamente los fundamentos de la postura kurzeana en torno a la crítica del capitalismo, es decir, lo que podría denominarse su específica teoría crítica del sistema capitalista. En segundo lugar, afirmamos que dicha discusión es aquí útil porque, como se verá en las conclusiones, las cuestiones que enfrentan los análisis de Kurz y Heinrich nos acercan al núcleo de las contradicciones fundamentales de todo pensamiento que esté dedicado a analizar la constitución social de individuos, estructuras e ideas en el sistema capitalista.

Puesto que el argumento a desarrollar es extenso, vamos a dividirlo en diferentes capítulos. La estructura será como sigue: comenzaremos por una serie de consideraciones preliminares acerca de la postura de Kurz en *Geld ohne Wert* que consideramos útiles para la comprensión posterior, que unificaremos en un mismo capítulo. En algún caso, repetiremos algunas nociones ya desarrolladas en la anterior sección. En segundo lugar, nos ocuparemos, propiamente, de la discusión entre Heinrich y Kurz, que dividiremos en varios capítulos y secciones. Comenzaremos analizando cuestiones fundamentales concernientes al nivel fundamental del valor, pasando tras ello a la noción de dinero y, por último, nos referiremos a la teoría de las crisis. En estos pasajes iremos intercalando, de manera continua, la teoría kurzeana y heinrichiana, al ritmo de la propia argumentación, que nos obligará, en ocasiones, a ir repitiendo ciertos puntos transversales a la entera confrontación de estos autores. En el

último de los capítulos, a modo de conclusión, realizaremos un pequeño balance de ambas posturas, valorándolas críticamente. Con ello daremos transición a la segunda gran sección de este trabajo.

No nos gustaría dejar de comentar que nuestra vocación no es de completud filológica, sino de incidencia argumentativa. Esto quiere decir que nos centramos exclusivamente en aquellos problemas que resultan más relevantes para alcanzar los objetivos ya mencionados. Por ello, habrá ciertos asuntos tratados en *Geld ohne Wert* que no tendrán cabida en nuestra exposición.

Capítulo 2. Algunas cuestiones preliminares acerca de *Geld ohne Wert*: objetivo y conceptos fundamentales

Geld ohne Wert es el último libro que Robert Kurz tuvo posibilidad de ver publicado, por lo que, en cierto modo, puede ser considerado como su testamento filosófico. Además, el hecho de que en este texto se realice la exposición más sistemática de los fundamentos de su teoría del valor y el capital, nos conduce, con mayor motivo, a considerarlo de este modo. A continuación vamos a tratar, de manera concisa pero nítida, algunas de las nociones que consideramos imprescindibles para la comprensión correcta de su pensamiento económico-crítico. Algunas de las peculiaridades propias de la teoría de la escisión del valor ya comentadas en la introducción, especialmente, su carácter de teoría híbrida, a medio camino entre el pensamiento teórico y la crítica social, se reflejarán aquí en el hecho de que tendremos que tratar ciertos asuntos aparentemente muy alejados de la disciplina de la Economía Política.

2.1. Individualismo metodológico, la lógica, la historia, el valor

Para comenzar a introducirnos en la serie de problemas que queremos tratar, es útil plantear, de manera general, algunos de los problemas que se presentan en *Geld ohne Wert*. Como ya sabemos, la postura de Kurz se sustenta en mantener una perspectiva siempre enfocada desde el punto de vista de la totalidad de la sociedad capitalista, macrosocial y macroeconómica. En el caso de la contribución que nos ocupa, el foco está fundamentalmente puesto sobre la diferencia entre sociedades precapitalistas y capitalistas, asunto que a su parecer, no ha sido suficientemente tratado por la ortodoxia marxista.

Sobre tal fundamento, en primer lugar, ha de mencionarse que en este texto la postura que se intenta rebatir es la denominada como “individualismo metodológico”. Dicha concepción se define en lo esencial como “presentar y querer explicar una lógica general, que determina un todo, a partir del caso individual aislado, que aparece entonces como un “modelo” (Kurz 2012a: 60). Ya se indicó, de manera indirecta, que esta concepción se ve representada de manera canónica en la economía ortodoxa, particularmente a partir del surgimiento y triunfo de la perspectiva neoclásica, que solo ve en la sociedad individuos que buscarían maximizar su propio beneficio y que entienden el mercado fundamentado en una

relación bilateral entre oferta y demanda. El carácter canónico con que se realiza la defensa de esta perspectiva en la economía ortodoxa no ha de engañarnos, puesto que también está presente en los análisis marxistas, como se comprobará.

Esta postura se encuentra en contraposición con la concepción dialéctica, que el pensador de la *Wertabspaltungskritik* asume como propia. Lo esencial en esta concepción es el convencimiento de que la totalidad capitalista tiene un carácter propio, cualitativamente diferente a la mera suma de sus componentes. Así, la sociedad capitalista no se puede analizar a partir de un caso paradigmático que sirva como modelo, ha de luchar contra cualquier concepción que vaya, de una manera u otra, en esta dirección. Precisamente,

...[l]a invectiva del individualismo metodológico en contra del pensamiento de la totalidad dialéctica no se dirige en ningún caso en contra de la agregación de casos individuales como tal [...] sino contra la concepción de que la totalidad [*das Ganze*] sea otra cosa que esta suma externa de acciones individuales, y que, por el contrario, esta conforme de antemano, a partir de su propia lógica, los “casos” individuales o acciones. Una crítica dialéctica del individualismo metodológico debe oponerse así contra el procedimiento de una mera agregación (incluso cuando aún en Marx se encuentren momentos que remitan a dicho procedimiento). (Kurz 2012a: 66).

En segundo lugar, el hilo rojo conceptual que utiliza Kurz para desarrollar su argumento es el concepto de “dinero”. Kurz despliega un análisis comparativo de su papel en las sociedades precapitalistas y capitalistas. Dicho análisis, que no tiene pretensión de agotar el problema en toda su extensión³⁶, busca hacer ver, en primera instancia, que el dinero es un elemento que permite diferenciar de manera clara la naturaleza del poder de ambos períodos.

36 Aunque lo veremos más adelante, cabe decir, de manera introductoria, que Kurz juega con una noción lábil y simple de sociedad pre- y capitalista, que arroja una visión excesivamente unidimensional de la diversidad presente en ambas. Por lo que se desprende de su lectura, parece que el concepto que tenga en mente alude a la realidad histórica de las sociedades euro-occidentales, conjunto que, por sí solo, ya es excesivamente general. En estas líneas, a pesar de que ello haga de nuestra argumentación ligeramente más endeble, seguiremos su terminología. También ha de observarse que Kurz tampoco asume como un problema propio la posible simultaneidad de diversos tiempos históricos en el presente (es decir, la posibilidad de que haya habido —si bien quizá no en el presente, aunque sería discutible, sí en cualquier caso hasta épocas no muy remotas en el tiempo pretérito— una efectiva coexistencia de sociedades no mediadas por la lógica del modo de producción capitalista, con todas las consecuencias que ello tiene para la dinámica y constitución social. Esta es una posibilidad que sí han estudiado autores como Boaventura de Sousa Santos (Santos 2006, 2014b). Ambos inconvenientes surgen, en nuestra opinión, de que el texto que estamos tratando aquí no está adherido al rigor y especificidad que exigirían los cánones académicos, una característica kurzeana que ya se ha resaltado con anterioridad. De este modo, *Geld ohne Wert*, se entiende, más propiamente, como un texto de crítica y discusión marxista que busca llegar a audiencias más allá de la universidad, allí donde el solo interés por la transformación social sea el motor para abordar una lectura que, en cualquier caso, es intelectualmente muy exigente.

Como va a verse líneas más abajo, una está anclada en principios de carácter transcendente, mientras que la otra lo está sobre principios inmanentes (Kurz 2012a: 147). En un segundo momento, Kurz mostrará que el dinero cumple un rol central en la materialización, dinamización y jerarquía de las relaciones de poder capitalistas.

En tercer lugar, como cualquier otro texto de carácter polémico, *Geld ohne Wert* define de manera clara los contendientes contra los que dirige sus críticas. De esta manera, sus líneas contienen una célebre discusión con Polanyi y su concepto de “economía incrustada” —antes bien, la ausencia de incrustación de la misma— (Kurz 2012a: 112-134), así como diálogos con historiadores del dinero como Le Goff (Kurz 2012a: 86-111). La importancia de dichas discusiones, no obstante, no supera al diálogo que mantiene con las dos principales líneas de lectura marxista alemanas contemporáneas. Nos referimos, por un lado, a la “Nueva ortodoxia” [*Neue Orthodoxie*] a cuya cabeza se encuentra W. F. Haug y, por otro, a la ya mencionada “Nueva lectura de Marx” [*Neue Marxlektüre*] cuyo principal representante es Michael Heinrich (Heinrich 1999b, 2008).

Sus contendientes se clasifican según tengan una u otra concepción de la relación existente entre el par lógica/historia en la comprensión de las categorías capitalistas. Este es un problema clásico en la teoría marxista que se relaciona con las dificultades de la exposición realizada en los primeros capítulos de *El Capital* (I-III), algo que vamos a explicar con mayor detalle.

Como bien es sabido, en los primeros capítulos de la obra cumbre de Marx se realiza un análisis de la mercancía. La consecuencia principal de dicho estudio es la deducción lógica del equivalente general de la forma dineraria, cuya emergencia histórica se habría hecho necesaria a partir del intercambio de mercancías. Marx, que es el primer economista que asume la tarea de realizar tal ejercicio, nos hace ver que se trata de algo completamente novedoso en el campo de la Economía Política:

No hay quien no sepa, aunque su conocimiento se reduzca a eso, que las mercancías poseen una forma común de valor que se contrasta, de manera superlativa, con las abigarradas formas naturales propias de sus valores de uso: la forma de dinero. De lo que aquí se trata, sin embargo, es de llevar a cabo una tarea que la economía burguesa ni siquiera intentó, a saber, la de dilucidar la génesis de esa forma dineraria, siguiendo, para ello, el desarrollo de la expresión de valor contenida en la relación de valor existente entre las mercancías: desde su forma más simple y opaca hasta la deslumbrante forma de dinero. Con

lo cual, al mismo tiempo, el enigma del dinero se desvanece. (Marx, MEW 23: 62 [59]).

A pesar de que es evidente que tanto “mercancía” como “dinero” son realidades que han de comprenderse dentro del análisis del sistema capitalista, existe una diferencia crucial entre ellas: el momento de su irrupción en la historia. El dinero tiene, con toda seguridad, una existencia mucho anterior a la Edad Moderna, y por ende, al capitalismo como forma histórica. Se ha integrado en épocas pretéritas a otros sistemas de poder diferentes al objeto de crítica de Marx. Por el contrario, no es este el caso de la mercancía. Puede discutirse si esta es un objeto propio y específico del capitalismo como forma desarrollada o no; y existe fundamentación argumentativa para la defensa de ambas alternativas.

A la luz de esta diferencia, ¿cómo cabe entender las palabras de Marx citadas, en que se está afirmando una vertebración íntima entre ambas realidades? Y lo que es más, ¿cómo entender, en general, la naturaleza propia de los elementos discutidos en los primeros capítulos de *El Capital*? Las consecuencias de nuestras respuestas no son en absoluto baladíes. De las distintas soluciones que se ofrezcan para acabar con esta discusión depende nuestra postura acerca de la posible génesis histórica del sistema capitalista, así como el origen y formación del propio capital, si entendemos este último como una realidad aislada.

Teniendo en cuenta este panorama, muy pronto comenzó la disputa entre los teóricos y estudiosos de Marx. El problema central es patente: hay que decidir si las nociones “mercancía” y “dinero” son formas históricas que tienen cabida en todo sistema civilizatorio o, antes bien, son nociones específicas del sistema capitalista. En el primer caso, haríamos de los criterios cuantitativos de la extensión y la proliferación el criterio por el cual resolveríamos su conversión a dispositivos propios del capitalismo y haríamos de la historia un cierto *continuum* sin rupturas. Es decir, ambas realidades se encontrarían presentes en sociedades precapitalistas, bien de manera embrionaria, bien en una extensión tal que no sería capaz de incidir en el proceso de reproducción de la sociedad habitual en una sociedad dada.

En el segundo caso, si afirmáramos que ambas nociones son única y exclusivamente algo propio de la forma específica del poder en la Modernidad capitalista, tendríamos que marcar alguna ruptura cualitativa entre este sistema civilizatorio y las sociedades anteriores que lo precedieron. A su vez, esta concepción implica que, cuanto menos, habríamos de tener nociones específicas del significado tanto de “mercancía” como de “dinero”. Su particularidad y características no podría fundamentarse en criterios históricos, sino que

habría de venir marcada por la lógica propia inherente al sistema productor de mercancías. Quizá en consonancia con lo que nos hubiese gustado, se debe tener presente que la decisión por una u otra alternativa no puede ser resuelta apelando al texto de Marx: el pensador no ofrece una respuesta unívoca en torno a esta discusión. A esto se añade que nunca corrigiera la interpretación histórico-genética de Engels en torno a este asunto, esto es, la famosa tesis acerca de la “circulación simple” (Kurz 2012a: 40-41).

Una vez planteado el marco de problemas, podemos distinguir a los contendientes de Kurz según su inclinación a una u otra alternativa. De un lado, la Nueva Ortodoxia (Kurz 2012a: 26, 43), se habría decantado por una interpretación que defendería la unidad de la lógica interna del sistema capitalista y su historia. Su lectura se nutre de la tradición hegeliana y su tesis sobre la identidad entre ontología y proceso histórico (que más tarde, en cierto modo, seguiría Engels). Siguiendo estas ideas, Haug busca realizar una reconstrucción genética del surgimiento de un conjunto, el sistema capitalista. Si bien la discusión con esta corriente marxista tiene un interés académico indiscutible, no va a ser objeto de consideración de estas líneas.

De otro lado, la Nueva lectura de Marx, en completa contraposición a la visión de la Nueva Ortodoxia, deshace la unidad que esta primera había defendido. De este modo, Helmut Reichelt afirma en *Zur logischen Struktur des Kapitalbegriffs* (Reichelt 2001) que la forma de la exposición de Marx en *El Capital* en ningún caso puede ser defendida como reflejo de su génesis histórica. Bajo su punto de vista, objeto de Marx habría sido únicamente la determinación conceptual del conjunto formal elemental que conforma “mercancía” y “dinero”. Esto es, únicamente el desarrollo conceptual de la relación de capital, cuyas etapas comienzan sin duda alguna con las formas elementales de la mercancía y el dinero, pero que incluso entonces se encuentran constituidas como específicamente capitalistas. Esta visión se culmina en la lectura de Heinrich, que afirma en su *Wissenschaft vom Wert* (Heinrich 1999b: 178) que la investigación marxiana está dirigida a la estudio del desarrollo conceptual de las categorías del Capital entendidas estas “en su media ideal”. Invoca para ello el tercer tomo del capital (MEW 25: 839 [1057]).

Esta diferenciación entre ambas teorías ha dado lugar, también, a una distinta teoría del valor. En el caso de la Nueva Ortodoxia, la unidad de lógica e historia daría lugar a una lectura del valor de carácter premonetario. Una teoría del valor premonetaria entiende que el conjunto del trabajo abstracto y la objetividad de valor [*Wertgegenständlichkeit*] se habría

constituido ya en sus rasgos fundamentales como una lógica económica específica antes de la irrupción histórica del dinero.

Por su parte, la Nueva lectura de Marx, de nuevo enfrentada a la Nueva Ortodoxia, propondría una lectura monetaria del valor, en que el dinero es *conditio genesis* del valor. Tal y como defienden, la propia reconstrucción conceptual del capital nos empuja a la exposición de esa conclusión, aunque puedan encontrarse pasajes en algunos de los autores de esta corriente en que parecen no asumir de manera completa las consecuencias de dicha afirmación (Kurz 2012a: 50-56). Sea como fuere, Heinrich es explícito en su defensa. Según comenta en su *Crítica de la economía política* (Heinrich 2008: 72 ss.), Marx ha dejado claro en *El Capital* que su interés se centra en analizar la mercancía en el capitalismo, no en sociedades anteriores. Esto implicaría que su explicación en ningún caso se referiría a una génesis histórica, sino a la demostración de su necesidad: esto nos sitúa en el ámbito de la reconstrucción conceptual, es decir, el plano de la lógica. En este, el problema a resolver se reduce a la decisión sobre la alternativa teórica de dilucidar si el dinero es un medio auxiliar práctico en el capitalismo (algo que se defiende habitualmente entre los economistas ortodoxos) o si, por el contrario, se trata de algo necesario, inherente a la sociedad productora de mercancías capitalista. Heinrich explica entonces los pasos en que consiste el análisis del dinero en Marx. El pensador alemán, explica Heinrich, analizó primero las determinaciones formales, y solo después toma en consideración las acciones de los poseedores de las mercancías. Tras este proceso, pasa al estudio de las funciones del dinero. El resultado que arrojan los dos primeros puntos resuelve el estatus del dinero en el capitalismo. Y así, como él mismo explica,

...[e]l análisis de la mercancía había mostrado la necesidad de la *forma* general de equivalente. Para comportarse hacia las cosas efectivamente como *mercancías*, es decir, para referir las cosas unas a otras como valores, los poseedores de mercancías tienen que referir sus mercancías a un equivalente general. Por lo tanto, su “acción social” tiene que convertir una mercancía en equivalente general y de este modo en “dinero” real. [...] El dinero real es ciertamente el resultado de la actuación de los poseedores de mercancías, pero no se basa de ningún modo en un contrato tácito [...]. El dinero no se introduce en un momento dado a través de una deliberación consciente, como suponen aquellos economistas que sostienen que el dinero se utiliza para simplificar el intercambio. [...] Así pues, el dinero no es un simple medio auxiliar de cambio a nivel práctico, ni un mero apéndice de la teoría del valor a nivel teórico. La teoría del valor en Marx es más bien una *teoría monetaria del valor*: sin la forma

de valor no pueden referirse las mercancías unas a otras, y solo en la forma de dinero es la forma de valor adecuada para el valor.” (Heinrich 2008: 78-79, subrayado del autor).

Cabe preguntarse ahora cómo se sitúa Kurz ante una u otra perspectiva, si propone alguna teoría del valor propia. En cuanto a esto último, han de mencionarse sus consideraciones en “Abstrakte Arbeit und Sozialismus” (Kurz 1987). Puede decirse que en este texto se encuentran los fundamentos de una teoría del valor kurzeana en sentido tradicional, que desde aquí ya se han tratado con detenimiento en textos anteriores. (Navarro Ruiz 2017a, 2019c).

El argumento, en líneas muy generales, se dirige a sacar a la luz la cualidad específica que conforma el concepto del valor. Una vez pone negro sobre blanco los límites que cartografían su propia concepción —discutiendo para ello con autores clásicos como Bailey, pero también considerando a Backhaus, autor contemporáneo— establece que el problema principal que ha de abordarse para una correcta determinación cualitativa del concepto de valor es el de la objetualización [*Vergegenständlichung*] del trabajo. Esto abarca una comprensión sistemática y orgánica de las transformaciones efectivas que el capitalismo ha ejercido sobre el proceso de trabajo vivo, imponiéndose a un tiempo como central el análisis del “trabajo abstracto” (Kurz 1987: 67 ss.). Nuestro autor elige este concepto puesto que en él se ven vertebradas las contradicciones centrales del concepto de valor (ser “contenido” en relación con el valor de cambio, ser “forma” frente al contenido de trabajo vivo). Tras su análisis minucioso, Kurz establece que el valor ha de determinarse como una “pura abstracción formal de carácter social” (Kurz 1987: 96).

Dos son las consideraciones que hemos de realizar respecto a este texto. En primer lugar, el sentido general del escrito —cuya argumentación puede resultar en ocasiones algo farragosa— puede aclararse si comprendemos que la intención de nuestro autor es hacer inherente la conceptualización del valor y su determinación cualitativa al estudio del proceso de transformación del trabajo. En segundo lugar, desde aquí nos resistimos con vigor a pensar que Kurz, una vez pasado el tiempo, evaluara como válida la aproximación que se realiza en esta intervención. No volvió a mencionar este texto una vez escrito, ni a utilizarlo como recurso de apoyo para argumentaciones posteriores, como sí ha ocurrido con otros textos también tempranos³⁷. Además, aunque muchas nociones contenidas en “Abstrakte Arbeit und

37 El caso de “Die Himmelfahrt des Geldes” (Kurz 1995) ofrece un ejemplo perfecto, puesto que es utilizado como recurso bibliográfico en *Geld ohne Wert*.

Sozialismus” se encuentren en el pensamiento del Kurz maduro, creemos que su manera de acercarse a los problemas se vuelve, con los años, mucho más holística. Esto es patente en *Geld ohne Wert*, por cuanto ya se ha mencionado que una de las líneas rectoras del escrito es la discusión con el individualismo metodológico. Por todos estos motivos, vamos a dejar a un lado aquí las posibles diferencias argumentativas que implicarían hacerse cargo de esta intervención. En su lugar, vamos a asumir como única fuente la postura de Kurz en el texto de 2012.

Volviendo entonces a la discusión en torno a las teorías premonetarias y monetarias, puede decirse que Kurz adelanta su posición —que en realidad, se desprende del conjunto de su libro— a través de la crítica a ambas posturas y las consecuencias que de ella se desprenden. Centrémonos exclusivamente en la crítica a la Nueva Lectura de Marx. Según Kurz, en la última línea del texto de Heinrich que se ha citado más arriba, hay un cierto engaño (Kurz 2012a: 51), una asunción tácita. Aunque este autor afirma enfocar su teoría centrándose únicamente en el plano conceptual, en la frase “sin la forma de valor no pueden referirse las mercancías unas a otras, y solo en la forma de dinero es la forma de valor adecuada para el valor” el dinero tiene que entenderse, a la fuerza, como un presupuesto, un *a priori*, tanto lógicamente, como de manera histórica. No cabe pensarlo de otro modo, puesto que se le ha otorgado un estatus de necesidad absoluta. De manera velada, el dinero se ha convertido en el *prius* absoluto, algo de lo que Heinrich no asume las consecuencias. Su asunción, de haber sido explicitada, habría de haberlo llevado a explicar el problema de la relación entre condiciones históricas de aparición y la deducción lógica de la forma de dinero; algo que no se puede solventar con la justificación (frecuentemente utilizada) de que habría una serie de necesidades inherentes a la forma de exposición en *El Capital* marxiano. Por todo lo dicho, para Kurz,

...[u]na cosa es negar la génesis histórica precapitalista del dinero y, en la sola lógica de la exposición, aludir únicamente a la génesis teórico-conceptual del contexto formal [*Formzusammenhang*], asumido [este] como enteramente capitalista. Esto es válido [*gilt*] para la forma simple de valor. No obstante, es una cosa muy distinta establecer el dinero al comienzo [al principio, CNR] también en el orden lógico de las categorías. Entonces ya no estamos ocupándonos de la crítica de una falsa concepción transhistórica de las categorías, sino de una revisión de la deducción lógica marxiana de las categorías, es decir, algo en completa contradicción con el propio análisis lógico de la forma valor marxiano [...]. Con

esto [la Nueva Lectura de Marx, CNR] abandona también su propia posición anterior, que consistía únicamente en enfatizar el enfoque de lectura de la exposición lógica, en contra del falso enfoque histórico. Este salto de nivel tiene lugar sin una fundamentación suficiente. Pues que el dinero, en el capitalismo, se encuentre siempre presupuesto en ámbito práctico, no impide que en términos únicamente lógicos, por su parte, la condición de su generalización sea el valor. (Kurz 2012: 51-52).

Definitivamente, no se pueden confundir ambos planos, el de la lógica y la historia. La afirmación de Heinrich supone para Kurz una oposición de raíz a la forma de exposición que Marx utiliza en el *Capital*, pero el editor de los MEGA no parece asumir las consecuencias de su discurso. Como ya se ha dicho, si verdaderamente se establece el dinero como *prius* absoluto, también en el plano lógico de la explicación, esto significaría que, no ya el valor, sino la materialización efectiva de su dinámica, el *capital*, habría tenido que aparecer de manera previa al dinero (lo cual, evidentemente, es imposible).

Aunque podríamos seguir discutiendo los diferentes subproblemas a que esta discusión puede llevar, perdiéndonos en el detalle, inconsistencias como esta lo dejan meridianamente claro: la reducción del problema de la génesis histórico-lógica del sistema de producción capitalista —y por extensión— el sistema capitalista, al plano de la mera contraposición de los planos de la lógica y la historia, no es útil. Aceptar este planteamiento implica oscurecer el proceso de la constitución del Capital y la historia que lo hizo posible, lo que, en términos kurzeanos, no resulta aceptable. El único modo que habría para hacer válida la teoría monetaria del valor de Heinrich sería vincularla, única y exclusivamente, a la relación de capital ya plenamente constituida y en funcionamiento³⁸. En ningún caso esto debe impedir que la reconstrucción teórica de su surgimiento, que se centra únicamente en los aspectos lógicos de la teoría del valor, asuma otro orden.

Sea como fuere, en la discusión que enfrenta a teóricos del valor premonetarios y monetarios, se hace visible una relación de contradicción que ninguno de las posturas en liza es capaz de resolver (Kurz 2012: 53-56): la existente entre lógica e historia. Esto se debe a que ambas tienen un enfoque unilateral de la relación entre ambos planos. En el caso de la

³⁸ Aunque la explicación de esta pequeña controversia entre Kurz y Heinrich resulta interesante para nuestro desarrollo expositivo, cabe decir, en favor de Heinrich, que él mismo asume esta posible solución que el autor de la *Wertabsplaltungskritik* le ofrece. Al fin y al cabo, ¿acaso Heinrich no trabaja ya en el plano de la “relación capitalista constituida” en tanto afirma que *El Capital* de Marx trabaja la dinámica capitalista “en su media ideal”? Otra cosa es que no se acepte trabajar en términos exclusivamente “logicistas”, pero este argumento de Kurz, simple y llanamente, no termina de apuntar certeramente.

Nueva Ortodoxia, es cierto que la relación entre lógica e historia se encuentra mediada de manera compleja, pero la relación que las vincula es de carácter ontológico, asumiendo así una unidad entre lógica e historia de raigambre hegeliana que ha de ser falsa. En el caso de la Nueva Lectura de Marx, no existe tal falsa conexión, pero la deducción de las categorías que realizan se centra únicamente en el aspecto lógico, lo que tampoco corresponde con el espíritu marxiano.

Ante tal contradicción, la postura de Kurz es tajante: hay que ver en su dimensión histórica la lógica interna del capital, incluso cuando esto ponga en peligro la unidad de su coherencia conceptual. Esto tan solo se puede hacer a través del análisis de las formas precapitalistas y atendiendo a la constitución histórica del capital en la época temprana de la Modernidad. Así estaremos en condiciones de comprender la ruptura histórica que supuso.

2.2. El poder y el fetiche

Para abordar de manera rigurosa el planteamiento kurzeano acerca de las formas precapitalistas, hemos de tener muy presente la relación que hay entre las nociones de “fetiche” y “poder” en el pensamiento del escritor alemán. Tal y como se ha argumentado anteriormente, la reflexión de la *Wertabspaltungskritik*, que se da a un nivel muy fundamental y general, le lleva a poder considerar la sociedad moderna dentro de la historia, todavía no superada, de las relaciones fetichistas ancladas a los diferentes sistemas de reproducción social. Solo una crítica categorial de los conceptos fundamentales (“valor”, “trabajo” “mercado”, etc.) está en condiciones de hacer ver la matriz de praxis social en que se encuentra la sociedad moderna, en la que todas las instancias de poder se ven vertebradas, jerarquizadas y subordinadas al principio de la valorización del valor.

El modo en que el concepto de relación fetichista vincula a las diferentes formaciones históricas no expresa una peculiaridad común de estas de carácter arbitrario, antes bien (Kurz 2006b), expresa una metacualidad esencial de estas formaciones sociales que solo puede ser adquirido con una mirada retrospectiva. Hace referencia a un nivel de alta abstracción, en el que la construcción de una historia a escala global (a la que podría asignársele un sentido linealmente “progresivo”) puede aparecer como algo radicalmente contingente, desmintiendo así la necesidad con que se ha dado la narración de la historia en algunas de las tradiciones procedentes de la Ilustración. Con este concepto se trata de analizar qué tienen en común el sistema capitalista y las formaciones históricas que le precedieron, llevando la discusión más

allá de la tradicional oposición entre religión y laicismo.

Pues bien, puede decirse que lo que ambas formaciones tienen en común es una determinada matriz *a priori* que determina, de cierta manera, la estructuración de las relaciones de los hombres en el proceso de los cambios de energía con la naturaleza, es decir, en el modo de su reproducción social. Esta se regula, en todas las formaciones mencionadas, a través de “un *medio constituido metafísicamente*, que contiene una *lógica propia*, con lo que los hombres no pueden decidir en común de manera “directa” la aplicación de sus capacidades y recursos” (Kurz 2006b, subrayado del autor), sino que esta ha de amoldarse, necesariamente, a la legaliformidad de dicha metafísica.

Esta estructura, como es evidente, no es producto de la acción creativa del pensamiento de los hombres, sino que es el resultado histórico y ciego de los diferentes procesos de acción que tienen lugar para hacer posible la reproducción social de un grupo determinado. En las palabras citadas encontramos un detalle que es necesario que retengamos para la explicación posterior: la utilización de la palabra “metafísica”. Hay que decir que este término, para Kurz (2007a) determina una reflexión de carácter filosófico-conceptual vinculado al contexto de la reproducción social de una comunidad determinada. Por eso encontramos su uso en algunos lugares que pueden resultar poco habituales desde una formación filosófica clásica. Aclarada esta última cuestión terminológica, es momento de indicar cómo la estructura que hemos mencionado tiene determinadas consecuencias para la posible adscripción de la responsabilidad de los seres humanos en torno a diferentes acciones históricas. Este es un aspecto de la relación fetichista que Kurz remarca especialmente en la segunda parte del texto “Die Substanz des Kapitals” (Kurz 2005a: 206).

Para entender de manera rigurosa las características de la matriz fetichista, Kurz comienza por explicar algunas notas características de todo proceso histórico-político. Hablando en términos generales, nos explica que cualquier proceso histórico es siempre, por su propia naturaleza, un proceso abierto e indeterminado, por encontrarse conformado por acciones humanas, radicalmente contingentes. Sin embargo, sigue argumentando Kurz, es necesario distinguir algunas peculiaridades dentro de este gran espacio de contingencia. Ha de tenerse presente que las diferentes acciones se diferencian según su distinto grado de alcance, haciendo así que cada una de ellas obtenga efectos de mayor o menor extensión en el tiempo. Por último, nos recuerda cómo muchas veces se observa que gran parte de las acciones se encuentran agrupadas en cadenas causales: mientras que las de corto alcance

pueden resultar insignificantes en términos generales, una acción con gran alcance (pongamos por caso, una ley estatal) puede tener como consecuencia una concatenación de distintas maniobras que tienen la apariencia de “inevitables”.

Bien, pues precisamente, es una gran parte de esas cadenas de acción lo que, en el contexto de una sociedad fetichista, caracterizada por la ausencia de autoconciencia sobre su acción social, se transforma en una *segunda naturaleza*, y así, en parte integrante de la *matriz de constitución fetichista*. Cuando las acciones se encuentran bajo esta forma, se crean modelos de conducta ciega, donde las acciones y sus consecuencias se encuentran en una unidad indivisible. La constitución social se independiza frente a los individuos y aparece como algo externo.

Una vez se han expuesto algunas de las características generales de estas relaciones fetichistas, podemos introducirnos, directamente, en la exposición que se ofrece en *Geld ohne Wert* (Kurz 2012a: 70-75), en la que podremos ver de manera más concreta lo que se acaba de indicar. Aquí, la explicación comienza por atender a la analogía marxiana entre el mundo religioso y la forma de valor presente en “El fetichismo de la mercancía y su secreto” del primer capítulo de *El Capital*, que antes hemos pasado por alto. Como es bien conocido, en este texto se realza la similitud existente entre las formas religiosas y la forma de valor. Se nos explica que lo fantasmagórico es el fetichismo en sí, es decir, que las relaciones entre los hombres aparezcan como una relación entre cosas, y se habla de la necesidad de la autoconciencia como condición para la libertad en todas las sociedades:

Lo que aquí [en el capitalismo, CNR] adopta, para los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre cosas, es solo la relación social determinada entre aquellos. De ahí que para hallar una analogía pertinente debamos buscar amparo en las neblinosas comarcas del mundo religioso. En este los productos de la mente humana parecen figuras autónomas, dotadas de vida propia, en relación unas con otras y con los hombres. (Marx, MEW 23: 86 [89]).

El *reflejo religioso* del mundo real únicamente podrá desvanecerse cuando las circunstancias de la vida práctica, cotidiana, representen para los hombres, día a día, relaciones diáfananamente racionales, entre ellos y con la naturaleza. La figura del proceso social de vida, esto es, del proceso material de producción, solo perderá su místico velo neblinoso cuando, como producto de hombres libremente asociados, estos la hayan sometido a su control planificado y consciente. Para ello, sin embargo, se requiere una base material de

la sociedad o una serie de condiciones materiales de existencia, que son a su vez, ellas mismas, el producto natural de una prolongada y penosa historia evolutiva (Marx, MEW 23: 94 [97]).

Para Kurz, la analogía entre la forma de fetiche religioso y la forma de valor reposa, fundamentalmente, en que ambas comparten una objetivación [*Verselbständigung*] de ciertas formas de pensar y actuar, algo que podemos ver bien en los textos citados. En el primero de ellos se muestra que ambos tienen un origen social (se habla de “productos de la mente humana”); y en el segundo, que se han constituido y se reproducen de manera inconsciente por los sujetos inmersos en ellas (no nos libraremos de reflejos religiosos hasta que hayamos sometido el proceso social de vida al “control planificado y consciente”). En las sociedades en que rigen estas formas, las fetichistas, la constitución social por la que nos gobernamos es previa al pensamiento consciente, —estando este último determinado, más bien, por el primero—.

Además, la analogía que usa Marx se torna aún más certera si tenemos en cuenta que la religión, tanto en la época de la Antigüedad, así como en la Edad Media, era algo más que una cuestión espiritual. Constituía el nexo que hacía de la reproducción material de las comunidades y sus relaciones sociales un conjunto unitario y con sentido, era la determinación esencial que hacía posible la praxis social y material. Es decir, cumplía un papel análogo al que la valorización del valor, y con ello, el fetiche de la mercancía, el dinero y el capital, cumple en las sociedades capitalistas desarrolladas. Ya se adelantó (Kurz 2012a: 72), que las formaciones precapitalistas y el capitalismo pueden ser comprendidos como parte de una larga “prehistoria” de la especie humana en que, como denuncia Marx, nuestras formas de reproducción siguen dotadas de un “místico velo neblinoso”.

A pesar de las numerosas analogías, existe una diferencia fundamental entre ambos tipos de sociedades. En el caso de las sociedades precapitalistas, el anclaje que fija, mantiene y hace perdurar las relaciones fetichistas es de carácter transcendente: se encuentra más allá del mundo empírico y se da bajo la forma de la divinidad (sea cual sea el nombre que esta adquiera). En el caso del capitalismo el principio sobre el que se sustentan las relaciones fetichistas es el valor, que, a pesar de su intangibilidad, es de carácter material. Vamos a citar y comentar muy brevemente algunos fragmentos de *Die Substanz des Kapitals* que pueden ser útiles para comprender de manera más específica este punto:

De determinada manera, puede quizá decirse que todas las constituciones fetichistas sociales, también las premodernas, representan [*darstellen*] una especie de metafísica real, en tanto la metafísica correspondiente [a cada sociedad] nunca se agota en meras ideas o representaciones, sino que además de eso, al mismo tiempo, regulan la reproducción social real, las relaciones sociales y el “proceso de intercambio de materia con la naturaleza”. Pero la metafísica real social premoderna de las relaciones sociales, relaciones de producción y estructuras de poder está, en cierto modo, “determinada por un más allá” [*jenseitsbestimmte*], mediada por la proyección de una sustancia absoluta totalmente transcendente, una esencia divina absoluta fuera del mundo, que se representa de manera personalizada-mitológicamente o bien de manera religiosa. (Kurz 2004b: 51).

Al contrario por comparación en la metafísica real de la modernidad. Aquí se ha superado, en cierto modo, la transcendencia; la sustancia fetichista proyectada o la esencia como algo absoluta se ha convertido en algo [que ahora se encuentra, CNR] bajo la forma de la valorización del valor, inmediatamente terrenal y social (y solo en este sentido se da de manera “directa”, no como algo que está determinado en el más allá, es decir, que ya no se deduce en un principio extramundano). Sí que se mantiene el momento de transcendencia, puesto que en la forma esencial fetichista “valor” no se trata de una esencia directamente física o social, sino a una abstracción social que no es posible apresar con la mano, que en cierto modo se ha encarnado de manera paradójica en el “proceso de intercambio de manera con la naturaleza” y con las relaciones sociales. (Kurz 2004b: 52).

Comencemos por otra aclaración terminológica, pues en el primer texto vemos mencionada la palabra “metafísica”, pero aquí, acompañada del epíteto “real”. Con este término compuesto, Kurz se refiere (Kurz 2007a) a los diferentes momentos co-origenarios de la reproducción social, en toda su extensión, más allá de los estrictamente relacionados con la forma correspondiente de intercambio de energías humanas con la naturaleza: formas de carácter simbólico, cultural, formas de reflexión, etc., que son de carácter irreductible y forman parte de la totalidad de la formación histórica. De esta manera, la “metafísica real” de la Modernidad incluye, en primer lugar, la metafísica de la abstracción del valor, es decir, todo lo relacionado con las relaciones de intercambio de energías con el mundo de manera aislada. En segundo lugar, incluye asimismo, también su sublimación filosófica. Esta se da, principalmente, en la forma la metafísica de la razón moderna, que siempre se acompaña de una materialización ética bajo la forma de derecho y que, a su vez, está dinamizada por una determinada metafísica de la historia ejemplificada en el concepto de “progreso”. No han de

olvidarse, por último, formas culturales, como las relaciones de género vertebradas al modo particular exigido por el principio del valor.

Visto esto, en el texto se nos explica que el principio en torno al que gira la sociedad moderna capitalista es la valorización del valor, que se opone, por su carácter inmanente, a la sociedad premoderna, pero sin perder por ello su carácter transcendente. Efectivamente, la relación de reproducción social capitalista hace inmanente ese “primer principio” o “causa”, en tanto se vertebra según las especificidades propias del capital, la incesante necesidad de valorizar el valor. Esto se materializa en su propia dinámica socio-productiva, protagonizada por el “sujeto automático”, que adopta la forma de un constante proceso.

Kurz nos advierte que, no obstante, se mantiene la trascendencia: el valor, en cualquier caso, es algo suprasensible e inaccesible con los sentidos, a pesar de que se “represente” en el mundo a través del valor de cambio de las mercancías. Este tipo de representación inmanente no se trata de un fenómeno sin consecuencias, pues el cambio a la forma mercancía degrada a los objetos del mundo, que, bajo su forma mercantil, no son más que meras apariencias de sí mismos. Se convierten en la “ocasión” o “medio” para la representación del principio transcendente absoluto del valor. Por tanto, ya no pueden aparecer como sustancias en sí mismas, su esencia radica en su vinculación al principio absoluto de valor, deviniendo así meros contenedores de trabajo abstracto (Kurz 2007a).

La diferencia existente entre las formas de vinculación al “primer principio” de los dos tipos de sociedades (es decir, en el caso de la sociedad precapitalista, conexión transcendente con una esfera divina de carácter suprasensible y extramundano, frente a la capitalista, donde hay una transcendencia de carácter inmanente) implica que la última de ellas ha de ser denominada de manera diferente. Más específicamente, con Kant, de trascendental. Como Kurz afirma acerca de la sociedad capitalista y su estructura:

Se podría denominar a la relación fetichista [...] como “trascendental” (a diferencia de “transcendente”). [...]. El principio transcendental o a priori permanece como algo metafísico según su esencia, pero se transforma en algo que es real de otro modo, más exactamente como una apariencia [*Erscheinung*] de carácter cósmico [...]. Esta esencia, que ahora es inmediatamente de carácter terrenal [y] realmetafísica (trascendental), también debe ser también favorecida o agraciada (señales del mercado, etc.) a través de una permanente adecuación del comportamiento, pero, evidentemente, de manera completamente distinta que [respecto a, CNR] al ente divino superior. [...]. Se trata de una “trascendencia

inmanente” de carácter paradójico, un principio real-metafísico que aparece como algo empírico y sensorial, [un principio, CNR] abstracto que actúa independientemente, que ya no necesita ninguna “realización” [*Umsetzung*] particular, sino que la proporciona por sí misma a través de su aparición efectiva (Kurz 2012a: 74-75).

Con esto queda comprendido, entonces, la distinta naturaleza de la estructura del poder en sociedades precapitalistas y capitalistas, sin haber entrado aún a fondo en el contenido de las relaciones de estas últimas. Pero según Kurz (2012a: 77 ss.), en la argumentación marxiana del apéndice al análisis de la mercancía, todavía aparece una distinción importante entre las sociedades pre- y capitalistas. Esta se refiere a la apropiación del plusproducto: en el caso de las sociedades precapitalistas, se indica cómo la apropiación se habría llevado a cabo por una clase dominante efectiva y presente, que efectúa una demostración desnuda de su poder. No así en las sociedades capitalistas, donde la misma acción se vería oscurecida en su naturaleza, es decir, no aparecería como tal apropiación, dada la inversión [*Verkehrung*] y ocultación de las relaciones sociales, que aparecen como una relación social que tienen las cosas entre sí en virtud de la cosificación de las relaciones sociales provocadas por el fetichismo. De este modo, la dominación ejercida por la clase dominante se ve oscurecida, sin por ello dejar de darse como tal: se trata, por decirlo de algún modo, de un cambio de apariencia en el ejercicio del poder, no un cambio en su naturaleza o esencia. En opinión de Kurz, esta argumentación de Marx es errónea, pero se trata de un fallo argumentativo que ha sido asumido por la tradición marxista posterior.

Se trata de un error porque, de manera implícita, en esta argumentación la relación capitalista se reduce a un fin subjetivo de acumulación de riqueza, que no obstante se habría visto “ocultado” por la forma fetichista. Sin embargo, la persistencia marxiana en el interés subjetivo de las clases dominantes entra en contradicción con la descripción marxiana del Capital como un principio que empieza, acaba y remite a sí mismo, consistente en la eterna valorización del valor. En otras palabras: entra en contradicción con la afirmación de que en el capitalismo, el único sujeto, en sentido propio, es la dinámica socio-productiva de incesante acumulación de riqueza abstracta, el “sujeto automático”.

Pues bien, aun si aceptáramos que el ejercicio del poder en las sociedades capitalistas no puede reducirse a la suma de intereses particulares de una clase determinada, ¿podemos decir verdaderamente que en las sociedades precapitalistas esta reducción es válida, o sea, que en estas sí es legítima tal reducción? En opinión de Kurz, no. Ni el fetiche del capital, ni

la relación social precapitalista pueden reducirse al producto de los posibles beneficios de un determinado grupo, por lo que la distinción establecida por Marx en el apéndice del análisis de la mercancía es errónea para ambas formaciones.

La tesis de Kurz al respecto puede comprenderse mejor si concretamos el modo en que se constituían las relaciones de dependencia personales en el mundo precapitalista, regido por la matriz de praxis social anclada en lo religioso. Estas, a pesar del carácter trascendente del pilar que vertebraba sus relaciones de sumisión, o sea, aunque sus vinculaciones sociales se fundaran sobre una “esencia divina absoluta” situada más allá de los confines del mundo material de los hombres, ofrecían un aspecto muy diferente en la vida diaria. En la cotidianidad del día a día se encontraban *personificadas* en ciertos “representantes de Dios” en la tierra. Esta representación carnal era necesaria: con ella se otorgaba una legaliformidad interna a las relaciones de poder, salvándolas de la arbitrariedad. No obstante, esta personificación conllevaba, a su vez, la *sacralización* de los representantes que cumplían ese papel. Una transgresión de las normas establecidas, o bien, la amenaza de utilizar en beneficio propio el poder vicario, eran acciones que se consideraban un sacrilegio. La necesaria personificación es el motivo por el que puede decirse que las relaciones de poder en el mundo precapitalista tenían un carácter personal. El principio de encarnación, no obstante, no es razón para afirmar su exclusiva sujeción a la voluntad arbitraria e individual de los eventuales vicarios, pues tenían que atenerse a los límites establecidos por su particular rol.

Por su parte, el principio de la personificación es lo que se transforma radicalmente a partir de la Modernidad capitalista (Kurz 2012a: 402-405). En este momento histórico hace irrupción un ente inerte, el dinero, que se convirtió en la exclusiva cara visible (despersonificada y abstracta) de la estructura fundamental de la matriz social del capitalismo. Como se mostrará, el dinero, poco a poco, fue ordenando y estructurando la reproducción social de algunas comunidades humanas bajo sus dictados particulares, haciendo surgir un sistema civilizatorio específicamente histórico. De este modo, puede decirse que “el capitalismo no es una religión” (Kurz 2012a: 404), sino la disolución de esta en un movimiento objetivado y terrenal, el fetiche del capital.

Esta última distinción mencionada nos da ocasión para enunciar una característica importante de la caracterización del poder y la dominación en Kurz. Con fundamento en lo argumentado, queda claro que la dominación o el poder son realidades que nunca se sostienen por sí solas, es decir, que nunca pueden comprenderse bajo la forma de una pura y desnuda

correlación de fuerzas. Son siempre expresión, apariencia o resultado de una relación fetichista más general, antepuesta a la voluntad de los sujetos ejecutores particulares. Esta circunstancia hace que las clases dominantes hayan de legitimarse en base al sistema de reglas establecido de manera general a nivel social global (Kurz 2012a: 83), respetando su legaliformidad propia.

Por último, ha de tenerse en cuenta que las relaciones de obligatoriedad y coacción que se establecen en las sociedades precapitalistas no tienen la misma naturaleza que las relaciones de sanción y castigo contenidas en los conceptos jurídicos modernos (Kurz 2012a: 84). Según nuestro autor, las relaciones jurídicas modernas se fundamentan en un sistema general, abstracto y cosificado, respecto del que los individuos actúan como meros “ejecutores” de unos principios externos a su voluntad individual. En el caso de las relaciones de poder precapitalistas, la estructura relacional está vinculada a las personas y/o instituciones en su singularidad, es decir, se llevan a cabo por determinadas personas (o bien grupos, templos, reyes, etc.). No había aparecido todavía una estructura universal que regulara las relaciones jurídicas, que, en su alumbramiento, también introduce en el mundo la individualidad abstracta: toda estructura de poder exige un sujeto sobre el que aplicarse.

2.3. Acerca de la “Economía Política de las armas de fuego”: la génesis del capital

Una vez se ha ganado lucidez respecto a la específica naturaleza del poder en Kurz, ya podemos pasar definitivamente a su explicación del origen del capital. Recordemos brevemente por qué habíamos llegado a la necesidad de dar cuenta de su genealogía histórica. Líneas más atrás, vimos que el análisis genético-histórico del Capital es la única forma de sortear el callejón sin salida al que nos llevan las teorías “premonetarias” y “monetarias” del valor. Estas corrientes, situadas en una perspectiva que presenta la estructura capitalista a través de la contraposición dicotómica entre plano histórico y lógico, nos obligaban a decidir, disyuntivamente, sobre una prevalencia del plano histórico sobre el lógico (Nueva Ortodoxia) o viceversa (Nueva lectura de Marx). Asimismo, habíamos expresado, de manera breve, que la solución kurzeana apostaba por analizar rigurosamente los aspectos más históricos de la génesis y estructura interna del capital.

Con su decisión, nos sitúa en un ámbito en que ya no ha de decidirse, de manera alternativa, sobre la preponderancia de uno u otro aspecto analítico, pero plantea una dificultad de importancia: entrecruzar conceptualmente los planos lógico e histórico. ¿Qué

significa esto en términos concretos? Que la posición kurzeana en torno al origen y constitución del capital está obligada, necesariamente, a indicar un acontecimiento histórico efectivo de algún tipo, cuyo análisis, empero, arroje señales o indicios de una efectiva constitución social específicamente capitalista.

E s evidente que dicho acontecimiento histórico habrá de indicar un distinto tratamiento y/o función de las realidades económicas cuya continuidad se encuentra en discusión (“dinero”, “mercancía” o “valor”). Se ha de demostrar que no se ha adscrito falsamente un carácter transhistórico y ontológico a ninguna categoría; y vincularse funcionalmente con la estructura fetichista de la sociedad capitalista. Ha de exhibirse de qué modo o manera, en ese acontecimiento histórico, conceptos tales como “dinero”, “mercancía” o “valor” están comenzando a jugar un papel vertebrador y jerarquizante de las relaciones de poder. Tiene que señalarse, en otras palabras, que

...[n]o hay una continuidad transhistórica de el “trabajo abstracto” y la forma valor, sino que estas categorías son resultado en primera instancia de la constitución capitalista. Entre medias se da una transformación histórica que desprendió el dinero de la matriz las relaciones de obligatoriedad individuales a través del intercambio y que fueron transformadas en la matriz del “trabajo abstracto” y el valor del fetiche del capital (Kurz 2012a: 111).

Pues bien, el acontecimiento histórico que permite marcar una diferencia entre las sociedades precapitalistas y capitalistas es, según Kurz, la revolución armamentística que tuvo lugar en el siglo XIV³⁹, que introdujo a los estados *in nuce* en una dinámica competitiva para la obtención de la equipación militar. Ha de remarcarse que este es un argumento no es exclusivo de este libro, sino que aparece, con cierta asiduidad, a lo largo de la obra de Kurz

39 Desde luego, aquí solo nos estamos atañendo al argumento kurzeano, por lo que dejamos otros aspectos que, en nuestra opinión, habrían de ser tomados en consideración para realizar un análisis de las transformaciones que produjo el proceso de modernización en Europa Occidental, que veremos en la segunda gran sección de este trabajo. Adelantamos en cualquier caso que, más allá de lo que cuenta Marx en el capítulo dedicado a la “acumulación originaria” (los procesos de cercamiento de tierras comunales en la Inglaterra del siglo XV, un acontecimiento posterior a lo explicado por Kurz), creemos que es necesario contar también con las transformaciones que sufrió el rol y estatus de la mujer, así como la importancia del proceso de colonización de América Latina. En cuanto al primer punto, algunas características de tal transformación pueden ser leídas en “Der Wert ist der Mann” (Scholz 1992) y en el célebre libro de Federici (2004) *Calibán y la bruja*. En cuanto al segundo punto, deberían tenerse en cuenta, entre muchas otras que pudieran nombrarse, las intervenciones de Quijano (2000, 2014), Dussel (2008) y otros autores críticos con el eurocentrismo (Aráujo y Rodríguez 2015). Sea como fuere y sin querer justificar a Kurz, debe mencionarse que en otros textos referentes a este asunto general (Kurz 1997, 1999a, 2002b), sí se refiere, entre otros fenómenos a la cuestión colonial. Resulta asimismo más transparente respecto a sus fuentes de referencia para la formulación de esta tesis, entre quienes se encuentran autores como Werner Sombart, Nibert Elias o Geoffrey Parker.

(1999a). Tampoco es exclusivo de este autor. La revolución militar europea también ha sido objeto de consideración por sus implicaciones para el desarrollo de la ciencia moderna en la lectura de raigambre foucaultiana de Campillo (Campillo 1985).

En cualquier caso, dicho evento supuso para el autor alemán una ruptura cualitativa y ontológica⁴⁰ (Kurz 2012a: 117 ss.). Nunca antes en la historia la realización y puesta en marcha de un aparato militar provocó una transformación tan radical de las formas de reproducción social, a causa de sus particulares condiciones materiales. Efectivamente, la revolución militar llevó a la necesidad de una movilización de recursos cuya estructuración puede ser entendida en el marco prototípico de la economía moderna, lo que dio lugar a la transformación del rol del dinero.

Para Kurz⁴¹, en las sociedades precapitalistas, el dinero, (o mejor, la moneda) tiene que ser comprendida realzando la importancia de la matriz religiosa para su estructura social. La moneda era marca de una relación simbólica con la divinidad, jugaba un papel determinado en las relaciones de sacrificio que se llevaban a cabo para complacerla: representaba a la víctima sacrificial, era su objetivación (Kurz 2012a: 100 ss.), pudiendo sustituirla. Así, puede decirse que este era un “dinero sin valor”, no es —como ocurre en Marx— “objetivación de valor”, cuya sustancia es el “trabajo abstracto”. Se encuentra exclusivamente ligada a las relaciones de obligatoriedad religiosas.

No obstante, con la llegada de la revolución militar, este dispositivo monetario resultó determinante. En virtud de su carácter relativamente sagrado se encontraba relativamente desligada de las funciones y tareas de la reproducción diaria, pero eso no impedía su utilización para la movilización de recursos. El flujo de recursos materiales que se hizo necesario para adelantarse en la carrera entre Estados por el equipamiento armamentístico ofrecía la ocasión perfecta para que la moneda fuera un dispositivo mediador. Efectivamente, poco a poco se monetizaron todas las relaciones de obligatoriedad jerárquicas, los tributos, rendimientos y regalos de todo tipo.

Eso, por el lado de la economía. En opinión de Kurz, esta unificación tuvo asimismo consecuencias para las estructuras políticas. La unificación de las relaciones de

40 La noción de “ruptura ontológica” hace referencia en Kurz a la necesidad de quiebre de la matriz de praxis social inconsciente de la sociedad, que ya vimos en el capítulo anterior que está conformada por los conceptos fundamentales del capitalismo. Para un tratamiento específico de esta noción puede consultarse Kurz 2005c.

41 En torno al rol y papel del dinero en las sociedades precapitalistas, un contrapunto interesante a la postura kurzeana puede leerse en la obra de Türcke (Türcke 2015), que realiza una historia de las diferentes transformaciones atravesadas por el dinero hasta su forma actual capitalista.

obligatoriedad en la forma monetaria trajo consigo, de manera adicional, una centralización y una concentración del poder que ayuda a explicar el posterior surgimiento del Estado de carácter absoluto. La transformación alcanzó, de manera preeminente, a la estructura de la reproducción material de las comunidades, siendo un momento esencial en el surgimiento de la disciplina de la “Economía Política”⁴².

En este contexto, y dadas las necesidades específicas del complejo militar, este conjunto se contrapuso paulatinamente al sistema de reproducción de las necesidades materiales anterior, que era de carácter mayoritariamente agrario. Asimismo, se comenzó a objetivar la lógica del dinero (Kurz 2012a: 127-128), cuyo control se comenzó a canalizar por la estructura estatal naciente.

Como consecuencia de esta transformación, y teniendo en cuenta el contexto competitivo en que se encontraba las relaciones entre los estados, para Kurz, en esta época, el dinero contiene ya algunas señales de algo similar a lo que más tarde emergería bajo el nombre de “capital”. De manera indiciaria, ha comenzado a devenir en un fin en sí mismo de carácter terrenal, que remite a sí mismo, en una lógica de crecimiento y acumulación exponencial: la lógica de obtener dinero, para obtener más dinero⁴³. Por tanto, frente a las

42 Como indica Antoni Domènech en un texto anteriormente nombrado (Domènech 2009), la categoría de la “economía política” nace como un oxímoron en el siglo XVII y es oficialmente puesta en circulación por los teóricos fisiócratas. Son cinco las características que la economía política como disciplina pone en circulación para el campo político: i) en primer lugar, permite introducir conceptualmente en la política aquel conjunto de individuos en cuyo trabajo descansa la reproducción de la vida social, es decir, a los dominados, al tiempo que, gracias a ella, se puede ii) categorizar como propiamente políticas (y no domésticas) las relaciones entre propietarios privados y desposeídos. Esta categoría, asimismo iii) ilumina la raíz económica de los conflictos políticos entre clases poseedoras y quienes vivían de propiedades fundamentadas en el trabajo personal, y ulteriormente iv) permite categorizar de un modo político las relaciones sociales *domésticas* (esclavitud, prácticas empresariales, violación dentro del matrimonio, etc.). Por último, v) si bien la economía política está ligada a a distintos tipos de propiedad privada exclusiva y excluyente, no puede dejar de considerar otras formas de riqueza —*commons*— que influyen en las relaciones económico-políticas que conforman su objeto de estudio (Navarro Ruiz 2016e).

43 Para comprender de manera más precisa en qué sentido se dio esta transformación, resulta útil leer la explicación específica que realiza Kurz acerca de la transformación de la economía en Kurz 1997 y 1999a (el pasaje, junto con otros, se repiten de manera idéntica en ambos textos): “La industria armamentística, la competencia armamentística y el mantenimiento de ejércitos permanentemente organizados, separados de la sociedad burguesa y, al mismo tiempo, ampliados fuertemente llevaron a un cambio radical de la economía. El gran complejo militar originado a partir de la sociedad exigía una “permanente economía de guerra”. Esta nueva economía de la muerte se dispuso como una mortaja sobre las estructuras económicas integradas en la naturaleza [*naturalwirtschaftlichen*] de las antiguas sociedades agrarias. Puesto que el armamento y el ejército ya no podían apoyarse en la reproducción agraria local, sino que debían ser provistas con recursos por áreas y a través de relaciones anónimas, estaban obligadas a mediar a través del dinero. La producción de mercancías y la economía monetaria, como elementos fundamentales del capitalismo, obtuvieron su impulso decisivo al comienzo del tiempo nuevo a través del desencadenamiento de la economía del ejército y el armamento. Este desarrollo creó y benefició la subjetividad capitalista y su mentalidad de “obtención de ganancia” [*Plusmachens*] abstracta. La necesidad financiera permanente de la economía de guerra condujo en la sociedad civil al ascenso de capitalistas monetarios y comerciales, de grandes acumuladores de dinero y financiadores de guerras. Pero la nueva organización de los ejércitos, en sí misma, también originó consigo

lecturas que habrían querido ver en la extensión cuantitativa de ciertas formas de intercambio, cuyos apoyos teóricos se encontrarían en teorías como la de la Nueva Ortodoxia, tenemos aquí que el capital, el movimiento de valorización (Kurz 2012a: 135), surge a raíz de una transformación del dinero. Esta metamorfosis, por medio de la dinámica competitiva consecuencia de la competencia militar, habría convertido primero a la moneda, y después al dinero, en un fin en sí mismo de carácter económico y social.

La explicación kurzeana del origen de la Economía Política y la transformación del dinero inherente a ella puede parecer algo débil. Desde luego, su visión sobre la transición a la Modernidad capitalista resulta algo unilateral y escasa en matices. No obstante, la virtud de su argumento no se encuentra en el plano de lo histórico-fáctico o de la profusión de datos históricos en que se apoye. El hallazgo teórico reposa en la localización de un acontecimiento histórico relevante que permite explicar, situándose en el terreno de la transformación social, los cambios de ciertas comunidades humanas en el plano de la reproducción material de sus necesidades, y con ello, mostrar los indicios del saber particular de la “Economía Política”. Se respeta así la simultánea apelación a los planos de la lógica y la historia, algo que líneas más arriba se había exigido como condición para superar las posiciones argumentativas con las que está discutiendo.

Los beneficios de su razonamiento se evidencian tan pronto como comienza a poner en práctica sus tesis por medio de la confrontación con Heinrich (Kurz 2012a: 136 ss.). Si bien es algo que vamos a tratar detalladamente en el tercer capítulo, podemos ir adelantando alguna de las críticas que realiza. Una de las invectivas de Kurz está dirigida a denunciar las inconsistencias de un fragmento heinrichiano (2008: 159)⁴⁴ en que este último comenta que

la mentalidad capitalista. Los antiguos guerreros agrarios se convirtieron en “soldados” [*Soldaten*], es decir, en recibidores de “salarios” [*Sold*]. Fueron los primeros “trabajadores asalariados” modernos, que debían reproducir su vida completamente a través del ingreso de dinero y el consumo de mercancías. Y por eso ya no luchaban por fines idealizados, sino solo por dinero. A ellos les daba igual a quién mataban, siempre que “fuera correcto” [*stimmte*] el salario; y así, se convirtieron en los primeros representantes del “trabajo abstracto” (Marx) para el sistema productor de mercancías. Los hombres principales y dirigentes de los “soldados” dependían de obtener un buen botín a través de saqueo y transformar estos en dinero. En estos, el *output* del botín debía ser más grande que el *input* de los costes de guerra. Este fue el nacimiento de la racionalidad económica moderna. La mayoría de los generales y dirigentes de soldados del comienzo del tiempo nuevo pusieron su el dinero de los botines a aumentar sus beneficios y se convirtieron en accionistas del capital monetario y comercial. No fueron el vendedor pacífico, el ahorrador aplicado y el productor lleno de ideas los que estuvieron al comienzo del capitalismo, sino más bien al contrario: del mismo modo que los “soldados”, como trabajadores manuales ensangrentados de las armas de guerra, fueron el prototipo del trabajador asalariado moderno, los jefes del ejército y *condottieri* fueron el prototipo del empresariado moderno y su “capacidad para asumir riesgos”.

⁴⁴ El fragmento al que se refiere Kurz es el siguiente, citado más ampliamente: “Es probable que desde que existe el dinero se haya prestado también a cambio de un interés. El capital que devenga interés existía ya mucho antes de que el conjunto de la economía se organizase de forma capitalista lo encontramos en las

las relaciones de crédito son bastante antiguas, puesto que ya en épocas anteriores al capitalismo estas podrían haber ayudado a salir de problemas de reproducción material. El representante de la corriente de la *Wertabspaltungskritik* comenta que, con estas afirmaciones, corremos el riesgo de transponer erróneamente los diferentes conceptos económicos a otras épocas de la historia, las cuales poseen una estructura de poder diferente a la capitalista. Actuando de este modo, los conceptos “dinero”, “crédito” e “interés” emergerían como categorías de carácter transhistórico, adscribibles indistintamente a cualquier formación sociohistórica.

Además, no asumir esta asignación de conceptos como algo potencialmente problemático conlleva un problema añadido. Pues esta argumentación ha de aceptar, si quiere mantenerse en sus propios términos, la existencia de una cierta estructura capitalista “simple” o “básica”, que podría atravesar a diversas estructuras de reproducción social diferente. Si no fuera así, no podría afirmarse el hecho de que las relaciones de crédito, ya en el pasado, habrían ayudado a salir de ciertas crisis de reproducción, puesto que (aunque fuera posible que existieran ciertos instrumentos crediticios) en ningún caso deben poder entenderse de manera conforme a los mismos esquemas de interpretación vigentes para el capitalismo.

A juicio de Kurz, esta última asunción implícita, además, es necesariamente inherente a una concepción tradicional, *more* engelsiano, en lo que respecta a la relación entre el plano lógico e histórico del capital: no en vano, la necesidad de asumir cierta estructura “básica” recuerda vivamente a la noción de “circulación simple”. Es muy probable que todas estas

formaciones sociales más diversas, tanto en la antigua sociedad esclavista como en la sociedad feudal medieval. En las sociedades preburguesas se endeudaban, por un lado, los príncipes y los reyes, para financiar su consumo suntuario o para financiar las guerras; las deudas y los intereses eran reembolsados por medio de los impuestos y las conquistas. Por otro lado, se endeudaban los campesinos y los artesanos que se encontraban en situaciones de necesidad; tenían que reembolsar las deudas por medio de los rendimientos de su trabajo, algo que con frecuencia —dada su miseria y los tipos de interés del veinte o del treinta por ciento, y en ocasiones aún más altos— no les era posible de ningún modo, por lo que a menudo perdían todas sus propiedades, incluida su casa. La expropiación por parte de los “usureros” era un fenómeno común. El prestamista aparecía como una “sanguijuela” y de esta situación solo podía resultar el odio al usurero.” (Heinrich 2008: 159). Aunque aquí explicamos la crítica kurzeana por intereses argumentativos, puesto que sus consecuencias son interesantes y merecen ser explicadas, creemos que su crítica, sencillamente, no apela estrictamente a Heinrich, por cuanto la siguiente oración heinrichiana, inmediatamente posterior al texto comentado por Kurz, reza lo siguiente: “En condiciones capitalistas, es decir, cuando también la producción está organizada de forma capitalista, el préstamo de dinero *tiene lugar en una situación completamente distinta*. Sobre la base de la producción capitalista, una suma de dinero se puede transformar en capital y se puede esperar que este capital rinda el beneficio medio. El dinero no es solo, como en la circulación simple, expresión autónoma del valor y por ello intercambiable por cualquier mercancía.” (Heinrich 2008: 159, subrayado nuestro). Es decir, que Heinrich es plenamente consciente de que no se puede adscribir, de manera transhistórica, los términos “crédito” o “préstamo” a cualesquiera formaciones históricas pasadas, al menos, no en los términos que afirma Kurz. La argumentación kurzeana no elimina con esto su interés, solo que habría de dirigirse contra otro contendiente que no fuera Heinrich.

presuposiciones y asunciones argumentativas pasen desapercibidas para Heinrich y que no considere su posición cercana a la engelsiana, sobre todo teniendo en cuenta que él mismo asume que las relaciones crediticias asumen un carácter específico en el capitalismo a causa de su posible conversión en capital. Sin embargo, a menos que se explique en términos algo menos laxos, esto es lo que, según Kurz, se desprende de sus afirmaciones, desembocando en el hecho de que, finalmente, su “teoría monetaria del valor”, si fuera estrictamente coherente, también tuviera que ser considerada válida y vigente para sociedades anteriores a la capitalista. De seguir hasta el final el razonamiento ínsito en sus afirmaciones, lo único que diferenciaría a Heinrich de la postura de la Nueva Ortodoxia es que la realidad establecida como punto primigenio de la dinámica capitalista sería el dinero, no la mercancía.

Por tanto, siguiendo el razonamiento de la asunción de una cierta “estructura básica” capitalista existente ya en formaciones históricas anteriores a su surgimiento, Kurz afirma que ambas lecturas, tanto la “Nueva Ortodoxia” como la “Nueva Lectura de Marx”, apelarían —advertida o inintencionadamente— a la existencia de una cierta esfera de la circulación precapitalista, si comprendemos y aceptamos las consecuencias de ambas reflexiones.

Esto nos introduce, pues, en el asunto de la génesis de la “esfera de circulación”. Recordemos que la concepción kurzeana habrá de desprenderse de ese momento histórico de irrupción de la “economía política de las armas de fuego”, si el autor quiere mantener la coherencia. Así hace, puesto que este teórico afirma que la constitución de la esfera de circulación de capital es inherente o bien, se dio como resultado, de la revolución militar. Más concretamente, de la lógica de acumulación dineraria que se dio como resultado de la “fiebre expansiva” que acompañaba a la fuerte competencia militar. Se fue conformando una dinámica que convirtió el impulso por la acumulación en condición necesaria de su perpetuación. De este modo,

...[1]a categoría que más tarde se determinaría como “plusvalor” no contenía al principio más que la permanente explotación del dinero, provocada por una circulación fundada coactivamente por esta “hambre del dinero” [...] [;] [circulación, CNR] de un dinero que, de esta manera, se economizaba por vez primera, [así como de, CNR] una transformación de los productos en mercancías. El fin y la lógica de la forma mercancía y la circulación del dinero no consistía en modo alguno en proporcionar [...] valores de uso (un concepto que, de nuevo, surgió a partir de esta base) o productos materiales para la satisfacción de necesidades. Más bien, los productos adquirieron estas formas exclusivamente

a causa del rodeo a través de dicha mediación, puesto que se trataba de explotar lo que, de esta manera, [ya] se había transformado en una reproducción bajo la forma dineraria. [...]. En tanto la expansión de este nuevo conjunto formal obtuvo una dinámica que se sostenía a sí misma, la protomercancía dinero se convirtió en la expresión o el equivalente material de —no ya la masa de recursos movilizada militarmente— sino en [expresión, CNR] de la reproducción social y sus objetos en general. (Kurz 2012a: 142).

Del texto que se acaba de citar, ha de retenerse sobre todo el hecho de que los propios conceptos que están surgiendo (“plusvalor”, “valor de uso”) adquieren su específica cualidad *in actu*, es decir, en la propia reiteración de la dinámica febril originada por la revolución militar. Se trata de un cambio gradual, formalmente de carácter iterativo: las características de los objetivos específicamente capitalistas se adquieren en el marco de una repetición reiterada que, a medida en que se va estableciendo de manera sólida, impone su legaliformidad de manera crecientemente coactiva.

Saquemos ahora las consecuencias que este autor saca de este proceso (Kurz 2012a: 145-147). El carácter crecientemente sistemático del dinero, adquirido como resultado de la reiteración misma de esta dinámica, establece para Kurz, en último término, la noción fundamental del capitalismo: el *valor*. Además, como *precondición necesaria* del conjunto al completo. Desde el momento en que el antiguo dinero comenzó a perder todas las connotaciones que lo anclaban al sistema de relaciones sacrificiales del sistema anterior y adquiriendo sus nuevas características, fue convirtiéndose en la sola expresión de una objetivación de valor [*Wertgegenständlichkeit*] y sentando los fundamentos para una producción de mercancías en sentido propio. Desde luego, esto es algo que no se puede afirmar sin justificación alguna. Veamos sobre qué términos se sustenta.

El valor, para Kurz, surgió como precondición fundamental de la nueva estructura de reproducción social por las transformaciones sufridas en dos elementos: el instrumento dinerario y la producción.

En cuanto al dinero, ya se mostró que este era en las sociedades precapitalistas una forma de representación objetualizada de la víctima en las relaciones sacrificiales que vinculaban a las comunidades con la divinidad. Las monedas, entonces, en tanto sustituían el pago sacrificial personificado, tenían asignado un cierto concepto de “valor” puesto que eran consideradas “útiles”⁴⁵ de algún modo. El vago recuerdo de dicho carácter valioso indujo a su

45 Con esta afirmación no pretendemos dar la razón a la teoría del valor neoclásica, que asume que este último se conforma a través de la percepción subjetiva de la necesidad que los consumidores perciben en un bien

uso indiscriminado en la época de génesis del capital. Tal como vimos, en esta época irrumpió la necesidad de efectuar, lo más rápida y eficientemente posible, una movilización de recursos centralizada: había que estar en condiciones de competir de manera efectiva en la carrera por el armamento que habían instituido los gobernantes de los estados nacientes. Poco a poco, se centralizaron y unificaron los tributos y diferentes transferencias de recursos asociadas a las relaciones de obligatoriedad de las antiguas sociedades agrarias⁴⁶.

En este conjunto, por el carácter de “valor” que se asociaba a la moneda, su carácter abstracto y la facilidad para transportarlas y guardarlas, era lógico que las monedas fueran un recurso utilizado cada vez más predominantemente. Ahora bien, el fundamento que determinaba su valor ya no podía reposar en la antigua estructura de la estructura religiosa vinculada a las relaciones sacrificiales: el dinero ya no podía ser representación de lo que era anteriormente. La sustancia social que se fue perfilando como nuevo fundamento, como supimos mucho después por Marx, era el “trabajo abstracto”. Es coherente que así fuera, en tanto que lo que finalmente se acabaría imponiendo tras este cambio histórico sería la “riqueza abstracta”, como un fin en sí mismo. Si la estructura de poder de la sociedad comenzaba a vertebrarse por tal fin, de carácter material, su fundamento ya no podía ser simbólico, sino de su misma propiedad.

Es importante retener que, como en el caso de la transformación general de la estructura social, no podemos comprender la transición del fundamento del dinero como resultado de una decisión consciente. Solo se puede pensar como consecuencia de una dinámica expansiva que, de manera inadvertida, estaba transformando la estructura social inherente a las comunidades euro-occidentales. Tanto es así, que muy pronto esta rebasó la

determinado, puesto que estamos hablando desde un plano más general y en el contexto de una estructura social anterior a la capitalista.

46 Para ofrecer todavía algo más de luz acerca de lo que supuso esta revolución militar, que quizá resulte algo críptica en la sola explicación ofrecida en *Geld ohne Wert*, pueden servir las siguientes palabras de Kurz: “Sin embargo, los “revólveres” ya no se encontraban en las manos de marginados. Pues tan pronto como se perfilaron las posibilidades de la nueva técnica armamentística, ya no hubo forma de parar. A causa del temor por la pérdida de terreno, los pequeños y grandes gobernantes se lanzaron enloquecidamente a las maravillosas armas explosivas. Ahí no habría ayudado ya concilio alguno. El *know how* de las nuevas máquinas de aniquilación corrió como un reguero de pólvora. La tecnología avanzó más rápidamente que en ningún otro lado especialmente en los estados noritalianos renacentistas, que poseían una destreza artesanal relativamente desarrollada. Todos los resultados y descubrimientos en esta época de nacimiento del mundo moderno fueron superpuestos por el arte de construir y poner en funcionamiento cañones. A comienzos del siglo XVI el teórico noritaliano Antonio Cornazano describe todo este rol decisivo de las armas de fuego, canta justo a los cañones y los describe, de manera verdaderamente personal[,] como “Madama la bombardas, que tiene como hijo el fusil. Este arte diabólico ha eliminado todos los demás y abre a los enemigos los estados fortificados, y hace temblar a ejércitos enteros con su retumbo” (Kurz 2002b, cita en Zur Lippe 1988: 37).

esfera de la inestable circulación y comenzó a abarcar el origen de los objetos intercambiados, lo que (para evitar las suspicacias con respecto al uso impropio y transhistórico de las categorías)⁴⁷ llamaremos, de manera algo tentativa, *producción*. Solo con su plena constitución como un ámbito por derecho propio y las diferentes transformaciones que implica, podemos comprender verdaderamente el cambio de fundamento subyacente al dinero.

Según Kurz, la producción se vio afectada de dos maneras. En primer lugar, se comenzó a dar una indiferencia frente al contenido material y concreto de lo que se elaboraba. La causa era el propio fin que la sociedad había establecido como principio rector, la multiplicación y aumento dinerario por mor de sí mismo, en orden a financiar los costes de la competición en curso. En segundo lugar, a pesar de esta indiferencia respecto a lo producido, este proceso de gasto *en sí mismo* se hizo necesario en virtud del fin irracional establecido. En otras palabras: daba igual qué fuera aquello que se produjera, con tal de que se produjera *algo* que constituía algún tipo de *beneficio en términos aislados*, o sea, con tal de que se produjera “riqueza”. Con ello, comenzó a abrirse paso la abstracción de los contenidos concretos de la producción misma, pero sin perder en el proceso de dicha abstracción su carácter material. ¿Cómo fue esto posible?

La explicación es sencilla. Puesto que se abstraía del contenido concreto de lo elaborado, pero no del proceso mismo de su producción —eso que puede denominarse indiciariamente “trabajo vivo”— la producción comenzó a vincularse exclusivamente en referencia al proceso de producción misma, a la “materia social”. Nos encontramos ante el verdadero lugar de nacimiento del “trabajo abstracto”, sustancia social del valor que vertebra el conjunto completo. En términos metafísicos (entendida esta palabra en términos kurzeanos), esta circunstancia implica la implementación de un principio regulador del sistema de reproducción social que ya no se asemeja a los antiguas estructuras trascendentes

47 Uno de los puntos débiles de la argumentación de Kurz es sin duda el poco cuidado que a veces parece tener él mismo en ocasiones para utilizar los conceptos “producción”, “circulación” y “reproducción” cuando se refiere a la sociedad precapitalista en transición. Bajo nuestro punto de vista, es en cierto modo inevitable caer en algún error de denominación, y esto debido a dos factores: en primer lugar, porque estamos tratando con una sociedad en trance de transformación, lo que sin duda hace difícil, en ocasiones, decidir de qué lado cae una u otra denominación. En segundo lugar, por el nivel, abstracto y algo lábil en que se mueve la argumentación de Kurz, algo ya denunciado. Muchas de las dificultades de comprensión del texto se disolverían si lograra concretar históricamente más específicamente los procesos que está relatando. Evidentemente, eso impediría que su tesis tuviera la rotundidad y generalidad que asume aquí, y haría su impulso teórico —realizar un estudio de la génesis del capitalismo centrándose exclusivamente en sus conceptos nucleares— absolutamente imposible. Es probable que entonces abarcara varios tomos, no ya algo más de 400 páginas y, las afirmaciones habrían de ser, asimismo, algo más prudentes.

de las divinidades extramundanas. El trabajo abstracto es el principio inmanente y trascendente, *transcendental*, adecuado a la nueva sociedad capitalista. Una sustancia metafísica cuyo contenido es “materia abstracta que se ha reducido de manera fisicalista-mecanicista” (Kurz 2004b: 55), es decir, con Marx, mero gasto de “cerebro, músculo, nervio” (Marx, MEW 23: 58 [54])⁴⁸.

Adicionalmente, se impone mencionar que este momento es también el lugar surgimiento de la noción de “objetividad de valor” [*Wertgegenständlichkeit*], como es evidente. La objetividad de valor es el *nexus rerum* fundamental de las mercancías, aquello que las vincula entre sí y con el dinero como entidades conmensurables dada su identidad cualitativa. Una definición en términos generales permite comprenderla como aquella *forma social general de los productos*, obtenida como resultado de la producción ligada a la dinámica febril competitiva. Como acabamos de comentar, esta hace que se abstraigan de las características concretas de los mismos, pero sin desprendernos por ello —esto es lo verdaderamente importante— de la *materialidad* propia que implica su ser mercancía. Esta noción, que ahora nos puede resultar algo oscura, es uno de los temas centrales de discusión existentes entre Heinrich y Kurz, por lo que volveremos a mencionarla posteriormente.

Bien, las transformaciones comentadas suponen un punto de inflexión cualitativo y decisivo en la transición a la nueva forma estructural de la sociedad capitalista. Se trata del momento histórico en que la abstracción real de los contenidos concretos de lo producido, que se ha constituido por la dinámica del sistema productivo en ciernes, se efectúa más allá de la circulación. Se está comenzando a establecer como principio de la producción. La dinámica social generada se está asumiendo como un principio *integrador* e inherente al proceso de reproducción social general de la sociedad. A partir de este momento, dicho

48 Para que no perdamos pie respecto a la relación del surgimiento del “trabajo abstracto” con la revolución militar acaecida a comienzos de la Modernidad, nos apoyamos de nuevo en Kurz, si bien la cita indicada a pie de página (nota nº46) anteriormente también pudiera servir para comprender mejor este punto. En cualquier caso: “La puesta en marcha de los mosquetes y los cañones fue en cierto modo la forma temprana del “trabajo abstracto”. Ante tal expresión la mayoría de las personas se sorprende, aunque no sea difícil de entender lo que quiere decir. “Trabajo abstracto” es una actividad que se efectúa a cambio de dinero y en la que el interés monetario es decisivo, o sea, en el que el contenido se ha convertido en algo relativamente indiferente. En la forma originaria de la subjetividad dineraria [*Geldsubjektivität*] moderna, esta indiferencia fue inmediatamente a la destrucción, en lo que se aceptó también la destrucción propia. La objetivización del mundo en pro de una indiferente [a todo contenido] obtención de ganancia [*Plusmacherei*] incluía la objetivación de sí mismo a través del riesgo a morir. El sujeto-objeto idéntico de la historia fueron prototípicamente de igual modo los empresarios y los trabajadores de la muerte, [es decir], los jefes del ejército alias *managers*, del mismo modo que los soldados alias trabajadores asalariados. Resulta indiferente, quien contra quién o por qué motivo se realiza una guerra, en qué rama de la producción se invierte, qué tipo de trabajo se efectúa, lo único importante es que la pasta sea correcta [*stimmt*], [aunque] en el proceso pueda irse a pique uno u otro mundo” (Kurz 2002b).

principio poseerá una predominancia que podrá aumentar o disminuir, pero que ya no puede ser eliminado del horizonte.

Hasta ahora solo hemos tratado los cambios cualitativos, pero es necesario también que mencionemos a la cuantificación, su necesaria contraparte. Esta necesita de un criterio externo y abstracto que permita comprobar el éxito o fracaso en todo proceso competitivo, con lo que, como imaginamos, el problema de la medida se convirtió rápidamente en una cuestión a resolver. La noción del tiempo fue la solución. No en vano, es en este periodo histórico donde comienza a perfilarse la emergencia del concepto de tiempo abstracto (Postone 2003: 186-225). Si bien volveremos sobre este asunto, conviene indicar que un aspecto importante de la validez social de este criterio es que no es inmediato, es decir, no puede cuantificarse individualmente con un mero reloj. Su vigencia está mediada siempre por la competencia existente en el mercado, así como por la propia realización de las mercancías, si bien este último factor, en el contexto de surgimiento del capital, no tuviera el mismo significado que alcanza hoy⁴⁹.

La unión de estos dos factores, unidos a lo que podríamos denominar, más allá de Kurz, como una creciente importancia del estado en los procesos de disciplinamiento de las poblaciones (Foucault 1978, 2008, 2009) fue lo que comenzó a conformar la llamada “dictadura del trabajo abstracto” (Kurz 2012a: 149). Esta puede definirse como la generalización y extensión del sistema productivo del trabajo abstracto como condición de posibilidad de reproducción material de las sociedades y por ello, como su principio

49 El hecho de que la sustancia material de trabajo abstracto solo pueda medirse en tiempo ha llevado a cabo a autores como Moishe Postone (2003) a confundir (cuanto menos, a dejar en penumbra una cierta intercambialidad conceptual) el tiempo de trabajo con la sustancia misma del valor. En torno a esto, y también en torno a la noción de la realización o no de las mercancías, volveremos a hablar. Sea como fuere, aprovechamos esta nota a pie de página para reivindicar el excelente trabajo de investigación que Postone realiza en su texto acerca del surgimiento del trabajo abstracto. En su texto, esta categoría adquiere una centralidad que le permite explicar, de otro modo, la dinámica competitiva capitalista cuya génesis estamos explicando. Para dar muestra de su perspectiva y en orden a que, de manera introductoria, puedan aclararse algunos de las peculiaridades de la cuantificación capitalista, quizá valgan las siguientes palabras: “La determinación de la magnitud del valor en términos de tiempo de trabajo socialmente necesario o promedio, indica que el punto de referencia es la sociedad como un todo. [...] El tipo de de necesidad que se expresa con el término “tiempo de trabajo socialmente necesario” es una función de esta mediación reflexiva, general. Solo a primera vista parece que es simplemente una afirmación descriptiva de la cantidad promedio de tiempo que se requiere para producir una mercancía particular. Una consideración más detenida, no obstante, revela que la categoría es una determinación ulterior de la sociedad de dominación social constituida por el trabajo determinado por la mercancía [...]. Como una categoría de la totalidad, el trabajo socialmente necesario expresa una necesidad social cuasi objetiva ante la que los productores están confrontados. Es la dimensión temporal de la dominación abstracta lo que caracteriza las estructuras de las relaciones sociales alienadas en el capitalismo. La totalidad social constituida por el trabajo como una mediación general objetiva tiene un carácter temporal, en la que el tiempo se convierte en necesidad.” (Postone 2003: 190-191).

estructural.

Puestas así las cosas, parece claro que la génesis del capital no es un proceso constituido *ex novo*, sino que tiene origen como resultado. En todo caso, no debe olvidarse, e insistimos en su extrema importancia, que una vez que la relación de capital se encuentra instituida y extendida, la dinámica que permite su repetición, reproducción y pervivencia adquiere otro cariz. El “trabajo abstracto” (sustancia material y abstracta de carácter social que conforma el valor), la “objetividad de valor” [*Wertgegenständlichkeit*] de la mercancía, así como la dinámica inherente a la escisión de género, ya no son resultado de una determinada forma de actuación, sino que se convierten en *precondición* necesaria y *principio* que hace posible la perpetuación de la dinámica (Kurz 2012a: 151, Scholz 2000).

Recapitulemos los resultados. Como acabamos de ver, Kurz ha logrado mostrar teóricamente que la génesis histórica del capitalismo fue *consecuencia* de una determinada dinámica sociohistórica, una determinada actividad: el comportamiento competitivo de los gobernantes de la primera época de la Modernidad en pro de la victoria en la carrera armamentística. Asimismo, ha mostrado que este acontecimiento tiene unas particulares características, pues implica cambios estructurales en el sentido y fundamento de instrumentos como el dinero; así como transformaciones en el carácter de las relaciones de obligación de las antiguas sociedades agrarias y el surgimiento de conceptos cualitativamente nuevos, como el trabajo (abstracto) o la objetividad de valor. Por último, ha indicado cómo esta génesis tiene sobre todo, una particular dinámica: una que arroja las transformaciones, primero, como *resultado*, y que luego, asume como *precondición*. Esta es también imprescindible para explicar el origen y propiedades de los diferentes elementos en juego. Por todo ello, puede decirse que Kurz ha cumplido el objetivo que se había propuesto: no desligar los planos de la historia y lo lógico-conceptual para explicar el origen del capital. De esta manera, frente al resto de lecturas marxistas que Kurz tiene en cuenta, nos hemos situado en un tercer camino frente a la disyunción que antes parecía inevitable.

Sin embargo, su solución no implica el final de la indagación iniciada. Puesto que el énfasis de la argumentación se pone en Kurz en el cambio cualitativo que supone la extensión de la circulación del dinero a la esfera de la producción, cabe preguntarse por la propia existencia de una esfera de circulación autónoma como tal. ¿Acaso, en realidad, no habría sido esta desde el principio, una esfera de “realización”, más que de “circulación”? ¿Circuló algo en algún momento? Como ya suponemos, la respuesta no se resuelve con un aislado sí o

no, particularmente si queremos comprender bien el argumento. Vamos por tanto a explicarlo, anunciando al tiempo que con la explicación de este punto habremos terminado la exposición rigurosa de los fundamentos de su teoría del capital, que completaremos en subsiguientes capítulos al calor de la discusión con Heinrich.

2. 4. ¿Tráfico o transformación? (Acerca de la circulación)

No se ha perdido de vista que nuestro objetivo es exponer de manera clara las críticas que Kurz lanza a Heinrich. No obstante, el extremo desequilibrio que existe entre la difusión de una y otra teoría (Heinrich dispone de una excelente traducción de dos de sus trabajos extensos al castellano y su posición académica le permite disfrutar de frecuentes oportunidades para la exposición de sus tesis) nos obliga a ser cuidadosos con la exposición de las tesis kurzeanas. Se impone, pues, como exigencia aclarar todo pequeño atisbo de oscuridad que pudiera haber; y sin duda, una de ellas tiene que ver con el estatus de la circulación en su teoría. Vayamos a su exposición.

Kurz ha realizado extraordinariamente los cambios estructurales de carácter social que muy pronto tuvieron lugar a partir de la irrupción de la dinámica competitiva capitalista. Para no entremezclar diferentes teorías, lo más sencillo para tener claro el estatus de la circulación es analizarla con el bagaje de lo aprendido y estudiar su subsiguiente conversión a capital, atendiendo a como Marx expresa este proceso en su obra magna.

Es célebre el modo en que el pensador de Tréveris estudió la circulación capitalista. Fue a través de los conocidos esquemas D-M-D (dinero-mercancía-dinero) y su conversión a la dinámica capitalista, D-M-D¹, (dinero-mercancía-dinero aumentado [plusvalor]). La diferencia entre un esquema y otro es evidente. Dado que el mercado capitalista no es un lugar para el trueque, sino para la obtención de plusvalor, esto implica obtener un beneficio, una prima. En términos marxianos, se trata de la diferencia de la *compra para la venta*, en lugar de la *venta para la compra*:

La reiteración o renovación del acto de *vender para comprar* encuentra su medida y su meta, como ese proceso mismo, en un objetivo final ubicado fuera de este: el consumo, la satisfacción de determinadas necesidades. Por el contrario, en la *compra para la venta*, el principio y el fin son la misma cosa, *dinero*, valor de cambio, y ya por eso mismo el proceso resulta carente de término. (Marx, MEW 23: 166 [185]).

Marx expresa en esas líneas de manera clara que el acto de comprar para vender en que consiste la dinámica capitalista está vinculado con el fin en sí mismo de la valorización del valor. Como él mismo afirma, este “proceso resulta carente de término”. Pero a pesar de que la autotelia del fin de la valorización del valor pueda resultar cristalina, en cualquier caso, cabe preguntarse por la realidad del esquema anterior al del capital, el de la “venta para la compra” que Marx utiliza en un momento anterior del capítulo (Marx, MEW 23:161-191 [179-214]) para llegar a la conclusión arriba expuesta. Ha de decidirse si es un constructo conceptual o, más bien, una realidad histórica efectivamente acaecida. Con la respuesta a esta pregunta resolveremos, de manera definitiva, los detalles relativos a la génesis del capital.

La tesis de Kurz al respecto (Kurz 2012a: 161-162) reza que el momento o esquema de la “venta para la compra” ha de concebirse como una *abstracción analítica* que solo tiene sentido en el contexto de la argumentación. D-M-D ha de convertirse en D-M-D¹ para que tanto “dinero” como “mercancía” sean verdaderamente tales —puesto ambas realidades están estructuralmente ligadas a la vigencia de la relación capitalista, o sea, son inherentes a ella—. Lo único susceptible de “circular” es el capital. No obstante, ¿se puede hablar realmente de “circulación” o acaso deberíamos utilizar otro término?

Si atendemos al plano de la historia efectivamente ocurrida, según nuestro autor, hablar de un concepto de “circulación”, o de la realidad de una “circulación”, solo puede ser hecho a costa de trasladar, de manera retrospectiva, una proyección de nociones capitalistas a una etapa anterior a dicho sistema. Esto implica un uso transhistórico de las categorías que resulta falso e inaceptable. No obstante, en la lógica de la exposición de las categorías del capital, de manera aislada, tal y como la realizó Marx, la circulación en sentido “simple” era algo inevitable. Realizar una reconstrucción analítica de los elementos estructurales del capital implicaba partir para él, necesariamente, de formas “simples”, a pesar de las dificultades que ello podía conllevar⁵⁰.

50 En este sentido, es interesante tener en cuenta el comentario que Marx realiza al texto de un coetáneo suyo, Wagner, sobre el estatuto de las realidades que conforman su objeto de estudio en *El Capital*. En él se nos comenta que su análisis comienza por la mercancía por ser esta una forma social simple en la que se representa el valor. Marx dice lo siguiente: “De *prime abord* [de entrada, CNR], yo no parto de “conceptos”, tampoco del “concepto de valor” y por tanto no tengo que “clasificar” este en modo alguno. De lo que yo parto es la manera social más simple en que el producto de trabajo se representa en la sociedad actual, y este es “la mercancía”. Es esta la que analizo, y ciertamente, en primer lugar, en la manera en que aparece [*erscheint*]” (Marx, MEW 19: 368-369, v. Ramas 2018: 82). Puede decirse que esta afirmación de Marx es el perfecto exponente de por qué hubo de tener tantos problemas con la exposición de su objeto de estudio. Parte, por un lado, de la realidad social misma. Teniendo en cuenta la naturaleza del capital, esto lo obligaba al uso de categorías vertebradas en una visión total de la sociedad, como global y total es el movimiento del capital. Pero parte, al mismo tiempo, de una realidad individual, la mercancía. Esto lo atrapa en la necesidad de realizar una mediación entre el plano individual y global, algo extraordinariamente exigente en términos

Por su parte, en Kurz no se afirma con rotundidad la existencia fáctica de algo parecido a un proceso o esfera de “circulación” en el proceso de constitución de capital y su redacción resulta algo dubitativa. Lo más que llega a afirmar es que esta habría tenido lugar de manera transitoria, como mero impulso. Es algo coherente con su propia tesis. Si atendemos a las consecuencias implícitas en su concepción teórica, la relación capitalista vigente tiene como fundamento para su funcionamiento, en realidad, el movimiento de *realización* de capital, que es algo distinto a la sola circulación de dinero.

De manera algo imprecisa, pero para que se comprenda esta noción de manera provisional, puede decirse que la realización hace referencia al momento de efectiva valorización del capital invertido en una acción productiva. Esta, que tiene como resultado la puesta en el mercado de determinadas mercancías, se *realiza* en el momento en que, una vez hemos vendido estas últimas, se obtiene una determinada suma de dinero mayor que la invertida inicialmente: cuando se obtiene un plusvalor determinado. De esta manera, la realización del capital es un término que implica las transformaciones de la producción comentadas anteriormente y que posee como condición de posibilidad la sustancia social del trabajo abstracto. Por su parte, el concepto de circulación expresa únicamente la apariencia empírica de las transacciones de dinero y mercancías, lo que resulta insuficiente para comprender la relación capitalista. De esta manera, finalmente, extendiendo este argumento a la globalidad del capital, casi podría decirse que:

...[e]s mucho más preciso, cuando Marx elige como encabezado de la primera sección del segundo tomo el título “La metamorfosis del Capital y su circulación”, donde “circulación” significa algo muy distinto y mucho más abarcante que la “circulación en el mercado”. El tercer tomo de *El Capital* tiene [...] el título “El proceso global de la producción capitalista”. Aquí no se está hablando ya de una “circulación de capital” y es patente que el concepto de la cosa misma denomina un proceso de reproducción en toda su extensión, en el que el mercado universal solo constituye un momento [...]. Este “proceso global” es la condición real de todos sus momentos, mientras que en la exposición teórica este aparece solo como resultado. Las metamorfosis del capital consisten en adquirir, una tras otra, las formas de aparición [*Erscheinungsformen*] del capital dinerario, del capital productivo (capital físico [*Sachkapital*] y fuerza de trabajo), del capital de mercancías y finalmente de nuevo capital dinerario. El carácter cualitativamente tautológico de estas metamorfosis [...] se explica, según Marx, únicamente a partir de su transformación cuantitativa. En el proceso

teóricos.

de producción[,] se transforma un valor bajo la forma de una suma de capital dinerario en plusvalor bajo la forma de una suma mayor de capital dinerario (D-M-D¹), que no obstante, solo se “realiza” a través de la venta de capital de mercancías, lo que quiere decir que ha de ser transformada de nuevo en su forma originaria (aumentada). Este fin en sí mismo de carácter fetichista del plusvalor y la repetición incesante de este proceso de valorización son precisamente los que convierten al capital en “sujeto automático” de la sociedad. *Se puede hablar de “circulación” solo en el sentido en que el capital, para satisfacer su propio fin en sí mismo, siempre tiene que “atravesar” el orden de estas metamorfosis; pero no “circula” como tal en el mercado, sino que este constituye únicamente la esfera de la “realización” como término del movimiento de valorización;* [que] es en sí mismo solo un momento de cada ciclo [de acumulación, CNR], mientras que el concepto de circulación solo percibe el movimiento dentro de esta estación de manera superficial, o sea, como cambio de manos de dinero y mercancías, lo que no obstante es una mera apariencia. (Kurz 2012a: 161-162, subrayado nuestro).

En el presente fragmento se explica el concepto de realización de manera más clara y, contiene, además, una advertencia de importancia: según Kurz, al analizar el sistema de producción capitalista, lo único que ha de mantenerse en el horizonte teórico, como guía y seña, es el proceso global de su reproducción. Efectivamente, visto desde ese ángulo, el ámbito del mercado es tan solo una mera estación en el proceso de reproducción de lo siempre igual, la valorización del valor. El movimiento que este conforma constituye el “sujeto automático” de la sociedad y supone la determinación esencial del sistema de reproducción social en el que se anclan y vertebran las relaciones de poder de la Modernidad capitalista.

En lo referente a la tradición de lectura de raigambre marxista, para nuestro autor (Kurz 2012a: 168 ss.), la causa principal que ha originado los mayores problemas de exposición de la dinámica capitalista tiene que ver con la persistencia analítica en un enfoque individual, que atiende únicamente a la mercancía aislada: se trata del individualismo metodológico que el propio Marx también padecía. Partir de la mercancía y el análisis individual no nos deja ver el movimiento de conjunto, puesto que, con tal punto de vista, se pretende razonar desde unas realidades que, en sí mismas, ya están determinadas de manera esencial por la totalidad. Por otra parte, la perspectiva filológica, apegada únicamente a la exégesis de los textos, no deja ver este movimiento de conjunto: este también es patente en el presente que ha de diseccionarse críticamente. La única manera de hacer visible la capacidad

estructurante del capitalismo a nivel social es a través de la vertebración de la lógica y la historia, o sea, iluminando la realidad efectiva de las categorías capitalistas a lo largo de la modernidad. Precisamente por esto realzábamos, líneas más arriba, la importancia de la revolución militar como un hallazgo argumentativo, por su capacidad heurística, más allá de los beneficios particulares que rinde a Kurz.

Llegados a este punto, estamos ya en condiciones de asumir rigurosamente la crítica de la perspectiva filológicamente más exhaustiva hasta la fecha, la de Michael Heinrich. Las críticas de Kurz, que exponemos a continuación, nos van a dejar ver si el fundamento teórico basado en una potente exégesis soporta la crítica del discurso híbrido, sin duda aparentemente más lábil, de Kurz.

Capítulo 3. Kurz ad Heinrich: los límites del estudio filológico

3.1. Introducción

Ya hemos tenido ocasión de comentar que Heinrich posee una teoría monetaria del valor y que, de manera velada, impone al dinero como el *prius* absoluto de la forma valor, en sentido histórico y lógico. Asimismo, hemos mostrado cuán importante es la vertebración del plano lógico-conceptual y el plano histórico para Kurz. En este sentido, se ha indicado cómo la implementación de la dinámica capitalista parte de la irrupción histórica de la carrera armamentística y tecnológica entre estados euro-occidentales en la época de la premodernidad. A raíz de su constatación, hemos sido capaces de localizar el momento histórico en que las distintas sociedades inmersas en dicha revolución social comenzaron a estructurar el conjunto de la reproducción social global en fundamentos cualitativamente diferentes a los anteriores, específicamente capitalistas.

Por último, vimos que, en Kurz, la radical metamorfosis histórica acaecida en la Modernidad también tiene importancia para el conjunto categorial con que analizamos la dinámica capitalista: ciertas realidades conceptuales que se generadas como *consecuencia* del cambio en las estructuras sociales, se convierten en *precondición* de la perpetuación y pervivencia de este sistema. Nociones como “trabajo abstracto” o la consideración de una esfera separada de “producción”, originadas en primera instancia al ritmo de la “fiebre” o “hambre” del dinero (en tanto este es un dispositivo privilegiado para la movilización de recursos), devinieron condición de posibilidad para la reproducción social: una reproducción en que hemos de entender que la “circulación de capital” ha de declinarse preferentemente como *realización* del capital, en un movimiento infinito que remite constantemente a sí mismo.

Esta específica relación entre las dinámicas pertenecientes al orden categorial de la génesis del capital y el orden categorial del capital en funcionamiento [*Gang in sich*] es aquí de extrema importancia. En última instancia, las críticas de Kurz a Heinrich se dejan explicar precisamente por dicho esquema, bajo la consideración de la importancia otorgada al dinero y al momento del acto de intercambio por el autor de *Die Wissenschaft vom Wert*: Heinrich, con sus tesis, denota una implícita confusión entre ambos niveles, lo que tiene consecuencias teóricas inesperadas.

En orden a explicar de manera lo más clara posible las distintas críticas, vamos a dividir este apartado en distintas subsecciones. Comenzaremos explicando las críticas referidas a la concepción del trabajo abstracto, la objetividad de valor [*Wertgegenständlichkeit*] y magnitud de valor [*Wertgrösse*], pasando después a la concepción del dinero. Nos ocuparemos, por último, de sus concepciones de la crisis, que darán pie, en el siguiente capítulo, a una consideración más general de ambas teorías.

3.2. El acto de intercambio y su relación con la forma de valor

Las críticas de Kurz a Heinrich abarcan diferentes planos de su teoría, desde la concepción del dinero hasta la teoría de la crisis. Para comprender todas ellas hay que partir de la diferente visión que tienen del acto de intercambio y la circulación como posible clave de bóveda para la estructuración de la forma de valor. Esta, la forma valor, constituye el nivel más abstracto y fundamental de explicación de la dinámica capitalista. Su consideración es insoslayable si, como aquí queremos, pretendemos estar en condiciones de discernir de manera rigurosa los actos de constitución y realización de la dinámica capitalista.

De manera general, si leyéramos de manera despreocupada los principales textos de ambos autores que estamos tratando aquí (Kurz 2012a: 170-171), es probable que nos pareciera que la distinta posición de Kurz y Heinrich en torno al valor y el trabajo abstracto se resume en haber otorgado un distinto énfasis a los momentos de producción y circulación de la mercancía individual. Asumiríamos, por una parte, que la crítica del valor-escisión parecería haber atendido más al momento de “producción” que es necesario para que tengan lugar el valor y las mercancías. Con ello, comprenderíamos que los autores de esta corriente habrían realizado el “contenido sustancial” del valor, que se inyecta en la mercancía a través del gasto de “cerebro, músculo, nervio”. Por su parte, nos parecería que la Nueva Lectura de Marx de Heinrich habría insistido en mantener una mirada más atenta al momento de la circulación de la mercancía. Esta impresión se proporciona en virtud del acento que otorgan al acto de intercambio y al papel del dinero.

Las apariencias, aunque engañosas, suelen remitir de manera vaga a la realidad. Efectivamente, Heinrich posee una concepción que otorga profunda centralidad al momento del acto de intercambio: para él, las nociones de trabajo abstracto, objetividad de valor [*Wertgegenständlichkeit*] y magnitud de valor son realidades que se verifican y tienen lugar en dicho momento, en este acto.

Para Kurz, la tesis heinrichiana adolece de graves problemas, algo que quizá no resulta tan inmediatamente claro para el lector lego. En términos abstractos, los problemas de Heinrich son dos: una noción global del sistema capitalista anclada al individualismo metodológico y una insuficiente comprensión de la relación entre la mercancía individual y la totalidad de la dinámica productiva capitalista. Ambas son muy graves para Kurz y aunque vamos a ver ambos problemas materializados en diferentes conceptos, es conveniente que realicemos una primera aproximación en términos generales para mejorar la posterior comprensión.

En primer lugar, cuando el acto de intercambio es la instancia en que tiene lugar y se verifican diferentes elementos fundamentales de la estructura capitalista, estamos utilizando como modelo explicativo un hecho particular, individual. No obstante, dichos elementos (las nociones de trabajo abstracto, objetividad de valor y, en general, valor), han de conceptualizarse para Kurz única y exclusivamente en términos globales. Esto es algo que este autor ha dejado claro resaltando la centralidad de la noción de “realización”. La conclusión se sigue con facilidad. El individualismo metodológico, como ya se indicó, expresa aquel comportamiento teórico por cual se pretende explicar una lógica global a partir de un caso individual aislado, el cual se presenta como modelo o paradigma (Kurz 2012a: 60). Si en Heinrich el valor, el trabajo abstracto o la objetividad de valor se explican a partir de un hecho particular, en su caso, cada acto de intercambio, no parece que quepa otra denominación para él más que la de “individualista metodológico”.

El segundo de los problemas, la insuficiente comprensión de la relación mercancía individual-totalidad capitalista, se vincula de igual modo con la centralidad otorgada al acto de intercambio. Cuando asumimos este como la instancia fundamental que permite el funcionamiento de la dinámica capitalista, la relación entre los dos términos mencionados desaparece del marco analítico, puesto que la atención ya no se enfoca a los procesos globales. Desde el punto de vista de una teoría como la kurzeana, dirigida a la comprensión de la específica imbricación de la dinámica capitalista con la estructura social a la que determina y modifica, este asunto no puede ser soslayable. Este último problema puede que no resulte tan inmediatamente evidente como el anterior, pero esperamos poder aclararlo a medida que vayamos avanzando en la argumentación.

Pues bien, una vez tenemos claro el núcleo problemático fundamental que hemos de asumir, necesitamos concretarlo en conceptos concretos. Para cumplir tal objetivo, la noción

por la que debemos comenzar, por su importancia, es la del trabajo abstracto, en torno a cuya sustancialidad Kurz y Heinrich mantienen una agria disputa. Vayamos a su consideración.

3.2.1. El problema del trabajo abstracto

Como ya hemos anunciado, en esta sección vamos a ocuparnos del problema de la sustancialidad del trabajo abstracto. Para no distraernos en más introducciones, comenzamos *ex abrupto* con la descripción que de él da Heinrich. El fragmento que sigue a continuación de estas líneas es uno de los lugares en que este autor ha explicado su postura de manera directa. Veamos:

En el cambio se hace abstracción del valor de uso de las mercancías. Estas se igualan *como* valores (el comprador individual compra si está interesado en el valor de uso de la mercancía, o bien se abstiene del cambio si no quiere este valor de uso; pero si realiza el cambio, entonces se igualan las mercancías como valores). En tanto que se igualan las mercancías como valores, se abstrae *fácticamente* de la particularidad del trabajo que las produce, y este tan solo vale ahora como trabajo “abstracto” que genera valor. Por lo tanto, la abstracción tiene lugar *realmente*, con independencia de lo que piensen al respecto los poseedores de mercancías implicados. Este punto no siempre fue explicado por Marx con suficiente claridad. De hecho, habla también del trabajo abstracto como “gasto de fuerza de trabajo humana en sentido fisiológico” (Marx MEW 23: 61 [57]). La reducción de los distintos trabajos a trabajo en sentido fisiológico es precisamente una abstracción mental, en la que por lo demás se puede subsumir cualquier trabajo, independientemente de que produzca mercancías o no. Además, con esta formulación se sugiere que el trabajo abstracto tiene un fundamento completamente independiente de lo social, un fundamento, por así decir, natural, lo que provoca entonces las correspondientes interpretaciones “naturalistas” del trabajo abstracto. En otros pasajes, sin embargo, Marx se expresó de manera completamente inequívoca sobre el fundamento no-naturalista del trabajo abstracto. En el manuscrito de revisión a la primera edición de *El Capital* se dice: “La reducción de los distintos trabajos privados concretos a esta abstracción del trabajo humano igual se realiza solo a través del intercambio, que iguala, de hecho, los productos de los distintos trabajos” (MEGA II. 6: 41). Por consiguiente, es solo en el cambio donde se realiza la abstracción que está a la base del trabajo abstracto (con independencia de que las personas que intercambian sean o no conscientes de esta abstracción). [...] El trabajo abstracto es una *relación de validez* constituida en el cambio: el trabajo concreto *vale* en el cambio como una determinada cantidad de trabajo abstracto, y por eso vale también como parte integrante del trabajo social

global (Heinrich 2008: 66-67, subrayado del autor) .

Tras estas palabras, Heinrich procede en el texto a enumerar las condiciones por las cuales el trabajo privado concreto gastado tiene validez como una determinada cantidad de trabajo abstracto que genera valor, a las que regresaremos más tarde. Por el momento, detengámonos en el análisis textual. En primer lugar, se nos dice que el intercambio abstrae del valor de uso de la mercancía, igualando a las mercancías como valores. Al realizar este paso, también se abstrae de la particularidad del trabajo que las ha producido, es decir, el “trabajo concreto” por el que se han elaborado. Esta abstracción, puesto que tiene lugar independientemente de que los actores del intercambio piensen o no en ello, es una abstracción “real”, que tiene lugar como actividad. Es entonces cuando Heinrich señala una posible dificultad. Nos dice que Marx también determinó que el trabajo abstracto podía entenderse como “gasto de fuerza humana en sentido fisiológico”, lo que nos acercaría a una concepción sustancial del trabajo abstracto y parecería desmentir la tesis que se está defendiendo. Heinrich advierte: la abstracción de la que aquí habla Marx no es una abstracción real, sino únicamente mental, y además, esta concepción nos acerca a las concepciones “naturalistas” del trabajo abstracto.

Es importante detenerse en esta última noción mencionada, la “concepción naturalista”, puesto que no queda claro a qué se refiere el autor con este calificativo. La solución la encontramos en *Die Wissenschaft vom Wert*. En este texto, la discusión sobre el trabajo abstracto (Heinrich 1999b: 206-208) comienza explicando la diferencia de Marx respecto a los anteriores teóricos de la economía política en lo referente al proceso de trabajo.

Heinrich nos muestra cómo los últimos habrían concebido el trabajo como un proceso de carácter individual entre el hombre y la naturaleza, perspectiva que impedía que la forma social específica del trabajo que produce mercancías apareciera como un problema. Para la Economía Política clásica, parecería que una determinada cantidad de trabajo abstracto llevado a cabo de manera individual estaría fijada sin más en las mercancías individuales, por lo que no se cuestionaban este hecho. Por ello, la discusión se agotaba en la determinación cuantitativa del valor de las mercancías y, en este sentido, una de las más finas interpretaciones —a pesar de los evidentes límites teóricos— fue la de Ricardo, que propuso el tiempo de trabajo como criterio. Marx fue quien amplió, por primera vez, el horizonte del campo teórico más allá del asunto de la cuantificación. El giro decisivo fue comenzar a

preguntar por el *criterio* de la cuantificación posible, es decir, por aceptar la *conmensurabilidad* misma como un problema propio de la Economía Política. El punto de partida que le permitió resolverlo fue asumir el intercambio de mercancías como expresión de una forma específica del trabajo social, una perspectiva que alumbró como solución la noción de trabajo abstracto.

Ahora bien, si volvemos al texto que hemos citado líneas más arriba, puede verse que Heinrich nos avisa de una dificultad adicional. Se trata del hecho de que el trabajo abstracto aluda no a una característica natural, sino *social*: algo que no aparece del todo claro en todos los pasajes de Marx (“[e]ste punto no siempre fue explicado por Marx con suficiente claridad...” [Heinrich 2008: 66]). Heinrich explica que el gran filósofo alemán llega a definir este término, en realidad contra su propia teoría, como algo “fisiológico”.

Aparentemente, la contradicción en el texto marxiano resulta difícilmente solventable. Sin embargo, el editor de los MEGA nos ofrece una posible solución. Para comprender los motivos de esta doble consideración marxiana, que tiene la apariencia de contradictoria, se ha de tener presente lo siguiente (Heinrich 1999b: 211-212): según Heinrich, el autor de *El Capital* entendía su propia teoría no solo como una crítica de la economía política. También lo consideraba como un trabajo de concreción dentro de los límites de la disciplina, o sea, que dicha obra ha de entenderse —esta es la tesis central de *Die Wissenschaft vom Wert*— como una intervención categorial simultáneamente revolucionaria y conservadora, que mantiene conceptos centrales de la tradición teórica precedente en la misma medida que los elimina.

Siguiendo este razonamiento, la descripción “fisiológica” del trabajo abstracto ha de entenderse como un momento “conservador”, como una “precisión” de la Economía Política clásica que no abandona su terreno conceptual. El momento revolucionario irrumpe una vez que Marx describe que el trabajo abstracto tiene un fundamento de naturaleza “no-sustancialista”, que ha concebirse como una determinada “relación de validez” constituida en el acto de intercambio.

Aclarado este punto, se impone preguntarse por algunos otros aspectos de la teoría heinrichiana. Habiendo explicado a Kurz, donde el trabajo abstracto conforma aquella “sustancia del valor” que constituye la objetividad de valor [*Wertgegenständlichkeit*] de las mercancías, parece prudente que sepamos qué concepción tiene Heinrich respecto de esta última. Ya hemos mencionado que la objetividad de valor de las mercancías es el *nexus rerum* fundamental de las mismas, aquello que las vincula entre sí y con el dinero como

entidades conmensurables. Asimismo, en términos algo generales y conforme a la teoría kurzeana, lo definimos anteriormente como aquella forma social de los productos resultado de su vinculación a la dinámica capitalista, que abstrae de sus características concretas, sin desprendernos por ello de la materialidad de su ser mercancía. Algo muy alejado de la postura de Heinrich, que se expresa de manera manifiesta en la siguiente cita:

Tal y como el trabajo abstracto no es en absoluto una característica natural del trabajo, sino una determinación social del trabajo, tampoco la objetividad del valor es una objetividad que corresponda al producto individual, sino una objetividad que corresponde a los productos del trabajo solo *globalmente*: el “tercero común” lo poseen las mercancías solo [...] cuando se vinculan unas a otras en el intercambio [...]. La objetividad de valor, por el contrario, le corresponde al cuerpo de la mercancía solo bajo determinadas relaciones sociales (de la producción de mercancías) y por tanto es una característica *social*, que aparece sin embargo como una característica del objeto, lo que constituye el carácter fetichista de la mercancía. [...] Contemplada por sí sola, fuera del intercambio, el cuerpo de la mercancía no es mercancía, sino mero producto. Por ello, en la relación de intercambio, tiene una característica objetual que no posee fuera de esta relación. La objetividad de valor es completamente diferente de cualquier otra objetividad física. (Heinrich 1999b: 215-216).

Parece, por tanto, que Heinrich concibe la objetividad de valor del mismo modo que en el caso del “trabajo abstracto”, como una característica social que se da únicamente en el acto de intercambio, convirtiéndolo, de nuevo, en lo que parece ser una mera “relación de validez”. Ahora bien, esto no significa de manera inmediata que haya rechazado de plano toda posible sustancialidad del valor y se haya convertido, así, en algo relacionado con la sola “vigencia” o “validez”. Queriendo especificar cada detalle, nos podemos preguntar por la determinación particular de la objetividad de valor, es decir, en qué se sustancia, en qué consiste. Afortunadamente, en Heinrich encontramos algún fragmento al respecto. Tal vez ahí podríamos encontrar la referencia a algún elemento fundante de carácter sustancial. Así pues, ¿cuál es la esencia de la objetividad de valor? Veamos:

La objetividad de valor [*Wertgegenständlichkeit*] se sustrae a ambos conceptos: frente a una atribución solo subjetiva se muestra como algo objetivo-cosificado [*sachlich*], pero sin que esta objetividad incluya ninguna magnitud física. En la objetividad de valor se trata de una objetividad específicamente social: no solo que está determinada de manera

social, existe también solo en la relación social del intercambio. El mundo de una objetividad tal se diferencia de hecho del mundo de la objetividad física. (Heinrich 1999b: 217).

Aun sin entrar en las propias críticas de Kurz, lo cierto es que ha de confesarse que en esta definición no se ha determinado conceptualmente, en rigor, ninguna determinación. La objetividad de valor parece agotarse en su carácter y determinación de carácter social, que como ya sabemos, se da en el intercambio. Esta, por algún motivo que no nos es especificado, aparece como algo objetivo-cosificado frente a los individuos, sin incluir por ello magnitud física alguna. En base a qué fundamento o con arreglo a qué característica se da esta última circunstancia, no se dice nada: permanecemos tan ignorantes como éramos antes de preguntar. La indeterminación raya *de facto* en la pura confusión.

En orden a introducir algo de claridad, veamos, ahora sí, qué hace y dice Robert Kurz en torno a la interpretación heinrichiana. De entrada (2012a: 154-155) Kurz comenta cómo parece claro que en Heinrich hay una distancia insondable entre el concepto marxiano de trabajo abstracto y la objetividad de valor. Puesto que el primero se ha definido como una mera “relación de validez”, carece de sustancia alguna y, por este motivo, ha de concebirse como algo únicamente mental —por mucho que este autor intente, en apariencia, alejarse de esa tesis—. A causa de este motivo, la objetividad de valor, que debiera ser fundamentada por el trabajo abstracto, aparece como algo indeterminado: algo que hemos podido comprobar en la última cita de Heinrich que se ha transcrito.

Por si esto fuera poco, parece que la “abstracción real”, que en Kurz habíamos situado en el plano de la producción misma, adquiere en Heinrich un status prácticamente funcional del acto de intercambio, y su realidad parece estar únicamente vinculada al hecho de que “se da realmente” y que no “se piensa”, en virtud de lo que hemos visto en el primer fragmento de Heinrich. Recordemos que aquí había afirmado que una de las cosas que Marx no había explicado con suficiente claridad era que “la abstracción tiene lugar *realmente*, con independencia de lo que piensen al respecto los poseedores de mercancías implicados” (Heinrich 2008: 66), una afirmación sumamente sugerente, pero inducente a confusión, si no ve acompañada de una fundamentación clara. Este conjunto de factores, según Kurz, sitúan la teoría heinrichiana dentro de los contornos de una teoría de la circulación del valor, es decir, una teoría que no puede entender el valor más allá de los términos de esta estricta esfera. Su teoría, al menos por lo que hemos visto hasta ahora, no parece capaz de incluir ni integrar

otros momentos de la dinámica de la valorización del valor, resultando bastante insatisfactoria.

Otra de las críticas fundamentales de Kurz a Heinrich está relacionada con los contendientes que este último ha elegido para la formulación de sus tesis. Como ocurre en cualquier autor respetable, la teoría de Heinrich no surge ni de la arbitrariedad ni el capricho. Como se ha revelado más arriba, tiene en el punto de mira la específica concepción “naturalista” del trabajo abstracto, cuyo origen ha localizado en la Economía Política clásica. El error básico que Heinrich detecta en ellos es su concepción individual del valor. A tenor de esta, el valor comparece como algo independiente de la específica forma social del trabajo en el capitalismo, o sea, como algo ajeno a la forma mercancía mediada necesariamente por el acto de intercambio. Cada mercancía poseería por sí sola una magnitud de valor determinada, de manera previa al acto de intercambio, determinada por la cantidad de trabajo individual que ha sido gastada para su producción. Algo que, como sabemos desde Marx, es erróneo: no hay una relación lineal entre la cantidad de trabajo individual y el valor de la mercancía individual.

Pues bien, criticar este punto, tal y como nos dice Kurz, es perfectamente legítimo y correcto. Ahora bien, no lo es tanto la conclusión que Heinrich saca de dicha crítica, puesto que (Kurz 2012a: 192) la comprensión de que, efectivamente, no hay una relación lineal entre la cantidad de trabajo individual y la magnitud de valor de la mercancía individual⁵¹, no le lleva a investigar la relación que media producción, sustancia de valor y precio, que es lo que hubiera tenido que hacer.

Al contrario, Heinrich cree solucionar el problema a través de un error fundamental que impide cualquier salida al mismo: hace pasar, de manera equivocada, “la falta de una determinación individual inmediata de la magnitud de valor”, fenómeno inevitable por la específica forma de mediación de la dinámica del capital y que tiene lugar en su plano empírico [*Erscheinungsebene*]; por el “el concepto de sustancia marxiano” (Kurz 2012a: 192). Cree, pues, que la falta de determinación inmediata de una lleva, también, a la indeterminación y/o inexistencia de la otra. En otras palabras, Heinrich ha confundido el problema de la *constitución* y la *fundamentación* del valor en el núcleo esencial de la matriz

⁵¹ Esta es una concepción que fue asumida, en cierto modo, también por ciertos discursos marxistas en la reaparición de este problema fundamental bajo la forma del problema de la conversión cuantitativa de los “precios” en valores, que, con la identificación del problema como un asunto de naturaleza cuantitativa en el estudio marxológico, ha hecho correr ríos de tinta a autores como Bortkiewicz o Sraffa. (V. Kurz 2012a: 181-182, Bellofiore 2010).

de la praxis fetichista del capital con el problema de la *cuantificación* del valor en relación con el plano empírico y superficial del capitalismo; y su solución ha sido negar, justamente, el principio o sustancia de fundamentación del entero sistema de producción capitalista.

Efectivamente, Heinrich ha determinado que tras “trabajo abstracto” no hay ninguna sustancia de fuerza de trabajo abstracta que podamos determinar materialmente, a pesar de que el concepto de valor y en última instancia, los precios, deban remitirse a ella. Lo único “real” que posee la abstracción para Heinrich es el propio acto de intercambio en que tiene lugar; otras posibles determinaciones de trabajo abstracto existentes en la obra de Marx, como la determinación fisiológica, han de dejarse de lado, puesto que provendrían de la concepción clásica que ya se ha demostrado errónea.

Son muchos los asuntos presentados en estas afirmaciones que exigen una respuesta de Kurz. El autor de la crítica del valor-escisión comienza por alertarnos de que —por la propia estructura de las teorías de Smith y Ricardo— la tesis de que Marx habría realizado respecto a ellos una “mera precisión” en torno a la concepción de ciertos aspectos del trabajo abstracto es contrafáctica⁵². Asimismo menciona que, que la abstracción haya de entenderse como algo alejado de sustrato material alguno, es un hecho correcto solo y únicamente de manera condicionada, válido exclusivamente en consideración de cada abstracción individual. Veamos todo esto de manera más específica.

Para el autor de *Geld ohne Wert*, (2012a: 194 ss.) la “abstracción real” que está bajo el concepto de trabajo abstracto ha de entenderse como una actividad, como la ejecución de una determinada acción de abstracción. Esta se lleva a cabo no solo en el acto de intercambio, tal como afirma Heinrich, sino que también tiene lugar en la producción: ya ahí se aíslan las cualidades concretas del procedimiento productivo. Analizamos estas cuestiones líneas más arriba, al hablar de “la indiferencia frente a lo producido” originado por la dinámica de competencia capitalista. Ahí se expuso asimismo que, una vez que esta determinada manera de producir se ha convertido en *conditio sine qua non* de la pervivencia del sistema capitalista como modo de reproducción social general de una particular comunidad histórica, dicha abstracción de las cualidades concretas se da ya como un *a priori*, un presupuesto transcendental de la entera producción.

⁵² Según Kurz, Smith y Ricardo no conocen en absoluto el concepto de trabajo abstracto, ni aluden al gasto abstracto de trabajo humano o energía. Ellos vinculan la mera abstracción nominal del “trabajo concreto” de manera inmediata a la magnitud de valor: de este modo, presuponen de manera ciega la propia forma mercancía, error que, precisamente, el concepto de “trabajo abstracto” viene a solucionar. Este movimiento conceptual, por su parte, no supone desmentir el concepto de “abstracción” fisiológica por motivo alguno, tal como quiere hacernos ver Heinrich. (Kurz 2012a: 193).

Aquellas constataciones nos llevaron entonces a la conclusión de que, para comprender enteramente la noción kurzeana de “objetividad de valor” y “valor”, ha de partirse del momento de producción capitalista, en cuyas peculiaridades cabe profundizar algo más. En la producción capitalista, la abstracción de las peculiaridades concretas deja en pie una sola cosa: el *gasto real de energía abstracta humana llevado a cabo*. Sin embargo, este no desaparece una vez ha terminado el proceso productivo. Según Kurz, aparece de nuevo en el intercambio, pero ahora, atención, bajo la forma de *objetividad de valor* de toda mercancía, como una señal *cualitativa* de su ser mercancía. Esto implica que la objetividad de valor, en cierto modo, se ha convertido en un principio constitutivo de estas.

Ahora bien, ¿por qué decimos que se trata de una marca únicamente cualitativa? Por una sencilla razón: el gasto de energía que fundamenta la objetividad de las mercancías y con ello, *la objetividad de valor*, no es algo individual, sino que *tiene carácter social*, apela a la *globalidad de las mercancías*. El procedimiento que “individualiza” a cada una de las mercancías es la cuantificación, que se da posteriormente en el mercado mediante los mecanismos de la competencia. De manera previa a dicho acto, no puede determinarse ninguna magnitud. En otras palabras, la mercancía individual, por sí misma, no tiene determinación cuantitativa alguna. Esto algo que se adquiere únicamente en la relación misma de la mercancía con la totalidad de la producción capitalista, un vínculo cuyo escenario es, exclusivamente, el espacio de la competencia mercantil. Una pista en torno a este asunto debería habérnoslo dado el mero hecho de que Marx distinga con toda claridad la noción de “objetividad de valor” respecto de “magnitud de valor”. Dejando a un lado este último asunto, que vamos a retomar próximamente, sí que puede afirmarse con seguridad que, en la teoría kurzeana, la objetividad de valor tiene un estatus claro y fuera de toda duda. No como ocurría, a su pesar, en Heinrich. En palabras de Kurz,

...[c]uando la forma de valor es una determinación *a priori* de carácter previo y constitutiva a la producción y al mercado, la “objetividad de valor” [*Wertgegenständlichkeit*] le corresponde perfectamente al producto individual, como forma de mercancía, porque ya es parte *a priori* de una totalidad común, social. Y precisamente porque [...] [Heinrich] *no puede separar la determinación a priori cualitativa de la objetividad de valor de su determinación cuantitativa, a través del proceso de mediación de la competencia*[,] permanece [...] en el propio plano cuantitativo, atrapado en el concepto de un “valor individual”; solo que con una perspectiva invertida, en tanto este [...] valor individual parece ahora que debiera ser

determinado por el intercambio. (Kurz 2012a: 190, subrayado nuestro).

Volveremos a esta cita un poco más adelante. Por el momento, y desde un punto de vista meramente superficial (lo que, en cierta medida, otorga un momento de verdad a la teoría de Heinrich) sí que ha de aclararse una cuestión respecto al plano fenoménico del acto de intercambio. En este⁵³, es cierto que el valor aparece como un objeto mental y aparentemente nominal, puesto que el gasto de energía que ha sido necesario para la producción de la mercancía ya ha tenido lugar y no puede aprehenderse sensiblemente en modo alguno. Además, (Kurz 2012a: 201) esta objetividad de valor no se diferencia de la corporalidad de las mercancías en tanto producto: la objetividad de valor no se ve, no se toca, ni puede distinguirse en un análisis de la propiedad del cuerpo de la mercancía.

De igual modo, la objetividad de valor puede tildarse de “fantasmagórica” porque expresa su validez social de carácter objetivo no en tanto que producto (concreto e individual), sino en tanto objeto que representa un *quantum* indeterminado de “trabajo abstracto” que ha tenido lugar. En cierto modo, es signo de una promesa, “valer” en determinada cantidad, sin que pueda afirmar cuánto.

La única señal de la objetividad de valor que puede encontrarse en la mercancía es su sola “determinación de validez” [*Geltungsbestimmung*], el hecho de que la mercancía sea tal mercancía, algo que no remite a nada más allá de sí misma. A pesar de esto, puesto la propia condición de aparición de las mercancías implica *per se* el propio gasto de trabajo o energía humana, el valor que las fundamenta es una abstracción de carácter real: abstracción real que tiene un momento *mental* (es decir, no material), porque no puede aparecer separada de su forma concreta que es el trabajo abstracto; pero que, simultáneamente, es *material* en tanto le es inherente un cierto gasto de energía real ya pasado.

En Heinrich, la diferencia existente entre la abstracción real y la abstracción nominal de las peculiaridades concretas de los trabajos que han dado lugar a las mercancías consiste únicamente en su carácter consciente o inconsciente. Como se vio al comentar las inconsistencias que este encuentra en Marx (Heinrich 2008: 66), la abstracción es real dada su autonomía respecto de los pensamientos de los poseedores de mercancías implicados en el

53 Acto de intercambio que recordemos, en realidad, como insiste Kurz, ha de entenderse como una estación en la “realización”. Resulta hasta cierto punto iluminador el hecho de que el propio modo de expresarse sea significativo respecto a la distinta concepción de uno y otro. En tanto Kurz habla únicamente de la “realización del capital”, es patente para él, de manera inmediata, que “realizarse” solo puede hacerlo algo que está presente ya en el contexto.

acto de intercambio. Esto, que puede resultar plausible, esconde un razonamiento bastante cuestionable. Detengámonos un momento a considerarlo. Si el criterio para otorgarle “realidad” a la abstracción tiene que ver con la indiferencia ante los estados mentales de los sujetos que intercambian, efectivamente, la consciencia se ha convertido en el criterio de diferenciación entre la abstracción real y la mental: no hay ningún fundamento sustancial, al contrario que en Kurz.

Las consecuencias de su punto de vista son graves, pues con ella la cuantificación en sus distintas formas (en la forma valor [magnitud de valor], forma de precio y forma de dinero) pierden el apoyo que la posibilita. Además, toda mediación entre plano individual y global parece reducirse al fáctico acto de intercambio. Tal y como aventura Kurz de manera maliciosa, Heinrich parece consciente en su *Crítica de la economía política* (Heinrich 2008: 70) de que su teoría podría ser leída por algunos como una teoría del valor de carácter circulatorio⁵⁴ —como se ha dicho, aquella que asumiría que el surgimiento del valor se daría únicamente en la esfera de la circulación—. Para expiar el peligro de tal acusación, Heinrich nos invita a leer *Die Wissenschaft vom Wert*, donde en diferentes fragmentos (Heinrich 1999b: 232-233) se expresa lo que el siguiente fragmento viene a expresar igualmente:

La objetividad del valor es, en un sentido totalmente literal, una objetividad “espectral”. Una gran parte del marxismo tradicional se ha dejado engañar también por esta apariencia de que la objetividad del valor es una propiedad de la mercancía considerada aisladamente. La sustancia del valor se entendió de manera “sustancialista” [...]. Por eso se consideró también la magnitud de valor como una propiedad de la mercancía aislada, que es independiente del cambio y está determinada solo por la cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario gastado en la *producción* de la mercancía. A las interpretaciones que, por el contrario, destacaban la importancia del cambio, se les reprochaba sostener una “teoría de la circulación del valor” [...]. Pero ya la misma pregunta acerca de si el valor y la magnitud del valor se determinan en la esfera de la producción “o” en la esfera de la circulación (es decir, en la esfera de la compra y la venta) se debe a una funesta simplificación. El valor no “surge” en alguna parte y entonces está “ahí”. [...] La relación social que se expresa en el valor y en la magnitud del valor constituye precisamente en la

54 El pasaje al que se refiere a Kurz es una nota a pie que se encuentra en Heinrich 2008: 70, un pasaje que citamos en el cuerpo de texto. Esta nota a pie de página dice lo siguiente: “Este reproche me lo hizo a mí también Norbert Trenkle, uno de los más destacados representantes, junto a Robert Kurz, del grupo “Krisis” [...]. Esto es tanto más notable por cuanto que el grupo “Krisis” se presenta como crítico de lo que denomina “el marxismo del movimiento obrero” (con lo que se hace referencia a algo parecido al marxismo ideológico anteriormente esbozado). Sin embargo, no es este el único lugar en el que permanecen presos del “marxismo del movimiento obrero” que critican [...]”. (Heinrich 2008: 70).

producción “y” en la circulación [...]. Ciertamente, la *magnitud del valor* todavía no está determinada antes del cambio, pero no surge de manera contingente en el cambio. [...] La magnitud de valor de una mercancía no es simplemente una relación entre el trabajo *individual* del productor y el producto (a esto va a parar, en última instancia, la concepción “sustancialista” del valor), sino una relación entre el trabajo *individual* del productor y el *trabajo social global*. El cambio no produce el valor, sino que hace de mediación en esta relación. En una sociedad que se basa en la producción privada, esta mediación *solo* puede tener lugar *en el cambio* y en ninguna otra parte. Antes del cambio, las magnitudes del valor pueden calcularse mejor o peor. [...] Pero el cálculo de valor de una mercancía no es ni mucho menos idéntico a la existencia de ese valor [...]. (Heinrich 2008: 70-71, subrayado del autor).

La solución a la que aquí apela Heinrich supone, sencillamente, un remedio que es peor que la enfermedad. Para defender su teoría de la no-sustancialidad del trabajo abstracto y la objetividad de valor [*Wertgegenständlichkeit*] confunde de manera explícita la distinción entre “magnitud de valor” y “objetividad de valor”, saltando de una noción a otra sin explicar su relación. Esto supone un error analítico de mucho calado que requiere ser examinado minuciosamente. Por su parte, dado que la dilucidación de estos problemas van a llevarnos a ocuparnos de manera específica con una noción que podemos diferenciar del concepto de trabajo abstracto y la objetividad de valor, vamos a dedicarle una subsección específica. En términos argumentativos, no obstante, la continuidad es total.

3. 2. 2. La noción de magnitud de valor

Hemos terminado la anterior subsección con una cita de Heinrich en que hemos constatado una solución al problema del trabajo abstracto de consecuencias catastróficas, las cuales queremos pasar a mostrar. No obstante, antes de ello, es necesario que comencemos por analizar algunos otros de los aspectos incluidos en dicha cita. Particularmente, hemos de mostrar qué teoría atribuye Heinrich al supuesto “marxismo sustancialista” al que apela (“[u]na gran parte del marxismo tradicional se ha dejado engañar también por esta apariencia de que la objetividad del valor es una propiedad de la mercancía considerada aisladamente. La sustancia del valor se entendió de manera ‘sustancialista’.” [Heinrich 2008: 70]). Lo creemos necesario, precisamente, porque bajo este concepto, Heinrich incluye la posición de Robert Kurz, aunque no se le mencione directamente en el cuerpo de texto.

Según Heinrich, la tesis sustancialista del concepto de la objetividad de valor —que

implicaría, como ya hemos visto, asumir dicha sustancialidad también para el concepto de trabajo abstracto— presupone no solo que esta es una propiedad de la mercancía considerada de manera aislada, sino que también la magnitud de valor es una propiedad individual de las mercancías, tal como pensaban algunos pensadores de la Economía Política clásica. No obstante, tal como indica Heinrich al lector, la magnitud de valor es un concepto que no puede determinarse antes de que la mercancía salga al mercado. Efectivamente, hemos de otorgarle la razón al autor en este punto, puesto que esto último es correcto. Sin embargo, se hace necesario analizar en qué sentido, puesto que implica tener en cuenta varias nociones. La explicación que vamos a ofrecer a continuación se va a basar en la concepción kurzeana (Kurz 2012a: 202 ss.) y repetiremos algunas de las nociones que ya hemos explicado, particularmente, en lo referente a la noción de la objetividad de valor. Con esta aclaración, esperamos analizar los errores de Heinrich y, simultáneamente, desmentir la falsa concepción que posee de la posición del valor-escisión.

Vamos a comenzar replicando algunas nociones ya explicadas ampliándolas ligeramente. Como adelantamos, la magnitud de valor es una noción que vincula a la mercancía individual con el trabajo social global de la sociedad capitalista. Este trabajo social global constituye la masa total de valor [*Gesamtwertmasse*] válida (“válida” en tanto este valor *es* fehacientemente trabajo socialmente necesario) producida en un ciclo global de valorización de valor. Todo producto o mercancía individual, en tanto sale al mercado, aspira a representar de manera “socialmente válida” una fracción de dicha masa total de valor global.

A causa de esta pretensión, todo producto o mercancía es ya *cualitativamente* un objeto que representa esta sustancia total de valor, y poseen, todas ellas, objetividad de valor [*Wertgegenständlichkeit*]. Por tanto, *la objetividad de valor es una cualidad social que determina a la mercancía individual en el proceso productivo, ya que ha sido elaborada, producida, bajo condiciones capitalistas*. En otras palabras y reiterando lo expresado, la objetividad de valor es una determinación *cualitativa* ya perteneciente a la mercancía individual, en tanto representante de cierta sustancia real-abstracta, valor. Puesto que el trabajo que ha sido necesario para producirla ha sido ya llevado a cabo antes de salir al mercado, puede decirse que el “trabajo abstracto” que la conforma es plenamente sustancial.

Ahora bien, que la mercancía individual esté, antes de salir al mercado, *cualitativamente* determinada y posea con ello objetividad de valor, no quiere decir que

esté *cuantitativamente* determinada. A esta cuantificación es a lo que apela el concepto “magnitud de valor” [*Wertgrösse*]. La magnitud de valor de una mercancía indica qué cantidad de dicha masa total de valor global expresa, de manera “socialmente válida”, una mercancía determinada.

Muy importante es tener presente que esto no ocurre de manera inmediata. La energía de trabajo socialmente válida en la mercancía individual no fluye de manera directa a esta, verificando su magnitud de modo inmediato, sino que se agrega, por así decirlo, a un “fondo común” de capital global. La agregación, por supuesto, tampoco tiene lugar de manera directa, sino que ocurre a espaldas de los productores: dicha masa total global de valor no es aprehensible empíricamente. ¿Cómo se hace, entonces, visible? A través de la realización global de los capitales individuales, sin ser por ello la mera suma de todos ellos: esta última conforma una totalidad cualitativamente diferente a la sola adición. Podríamos preguntarnos, entonces, cómo es posible que sepamos de su existencia, si no es aprehensible directamente. Tal como se imagina, es algo que se induce a partir de la realidad. La masa de valor global constituye el fundamento de determinación de las magnitudes que sí aparecen en el plano de la superficie empírica, como los precios, los salarios y los beneficios.

Establecido esto, para aclarar cualquier posible percepción errónea y desmentir la falsa concepción que posee Heinrich acerca de Kurz, es necesario añadir al conjunto una característica adicional. Se trata de la forma de mediación en la relación capital/mercancía individual-masa global: la competencia. Es muy importante tener presente que el resultado de la competencia no es una magnitud de valor individual. Antes bien, el resultado que arroja es *un precio realizado como quantum* o fracción de la masa global de valor, que, nótese bien, es algo diferente de la fracción individual en el plano del valor. *Precio realizado y magnitud de valor de la mercancía individual no coinciden*. Dada esta última característica, no podemos hablar de una correspondencia inmediata entre valores y precios, sino más bien de una *congruencia* entre los mismos, puesto que pueden darse ciertas excepciones en la relación entre trabajo y valor (algo que comentaremos más adelante).

Una vez están claras estas nociones, es preciso regresar al texto de Heinrich. Queda claro, en primer lugar, que sus críticas no apelan a la línea kurzeana, puesto que el propio autor critica las tesis que Heinrich quisiera asignarle como propias: Kurz desmiente de manera clara que la mercancía, considerada aisladamente, tenga una magnitud de valor en correspondencia directa con el trabajo social global. En segundo lugar, a pesar de afirmar,

correctamente, que la magnitud de valor es una relación entre la mercancía individual con el trabajo social global, no dice en qué consiste dicha relación. Se limita a decir que tiene “lugar en el cambio y en ninguna otra parte” (Heinrich 2008: 71) y que su no contingencia se debe a que “tiene lugar en la producción “y” en la circulación” (Heinrich 2008: 71). No explica en absoluto qué fundamento y/o principio dota al acto de intercambio de cierta estructura o legaliformidad y, particularmente, cuál es el fundamento para la cuantificación.

Kurz, tras un análisis minucioso en que comenta el fragmento que hemos citado, afirma que Heinrich, con su posición, habría ido a parar en una concepción del valor de carácter individual. Esta afirmación es muy grave. Con ello se estaría asimilando la teoría de Heinrich con las posturas de la economía ortodoxa neoclásicas, que fundan sus teorías económicas sobre la sola superficie empírica del capitalismo y en base a planteamientos subjetivos: precisamente todo aquello de lo que se quiere alejar una teoría que se reclame marxista. Aunque no quisiéramos ir tan lejos como Robert Kurz, es cierto que, cuanto menos, la teoría heinrichiana resulta algo endeble y confusa. Heinrich se limita a afirmar, de manera indeterminada, que la magnitud de valor encuentra su fundamento en una relación particular (la relación entre el trabajo individual del productor y el trabajo social global) pero no nos explica el carácter de dicha relación, ni cómo funciona. Además, la única determinación que nos ofrece es el sitio en que tiene lugar, el acto de intercambio.

Como acabamos de ver con Kurz, este último movimiento heinrichiano no es aceptable bajo ningún término. El acto de intercambio no es una instancia que se pueda invocar sin más, esperando que los posibles lectores entiendan con su nombramiento algo inmediatamente claro y concreto. Kurz, que comprende bien esta circunstancia, explica que el acto de intercambio tiene que explicarse junto con su particular forma de mediación, el mecanismo de la *competencia*. La introducción de este factor en la explicación cambia de manera considerable las coordenadas argumentativas, puesto que, con la noción de competencia nos remitimos tanto a la esfera de la producción, como a la circulación, algo que con la explicación heinrichiana no se hace.

Pero, ¿de qué modo se efectúa esta vinculación a la producción? Veamos. Que la realización de las mercancías se lleva a cabo por los mecanismos de la competencia, quiere decir que sus resultados, o bien, el efectivo grado de su realización, es algo que solo puede valorarse de manera *retrospectiva*, es decir, una vez se ha llevado a cabo la puesta en el mercado de determinado objeto/recurso/oferta de prestación de servicio, es decir, de una

mercancía.

La producción, por su parte, no permanece impasible ante tal tipo de mediación. Los mecanismos competenciales se manifiestan en la esfera productiva en el hecho de que el propio momento de gasto de trabajo individual del/la productor/a se vea *determinado*, ya en su producción/concepción. Esta determinación se da en virtud del hecho de que la obtención de beneficio personal está *constituida* por un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas, así como de un determinado grado de explotación de recursos naturales y humanos, que se ha de tener en cuenta, aunque tan solo se disponga de indicios al respecto (por el carácter retrospectivo de la valoración de los resultados que acaba de mencionarse). De este modo, la imposibilidad de una *cuantificación* inmediata transforma *cualitativamente* todo el proceso, puesto que la única certeza del/la productor individual es que el resto, como él/ella, se encuentran en una misma dinámica competencial.

No obstante, que la cuantificación directa y completa sea una tarea imposible (incluso de manera retrospectiva, puesto que depende de multitud de estrategias individuales que pueden pasar incluso por la venta a pérdida) no quiere decir que no sea *el fundamento de determinación del conjunto*. De hecho, así es: solo en la medida en que un grupo de productores/as individuales haya logrado apropiarse en cantidad suficiente y correspondientemente de una fracción de la masa de valor global de un determinado ciclo de reproducción del capital, en un nivel apto como para permitir la obtención de plusvalía (trabajo impagado) respecto de los costes previos anteriormente puestos en funcionamiento, hablaremos de una efectiva valorización del valor⁵⁵. Visto desde otro ángulo, este proceso no es más que la efectiva realización de una cantidad de mercancías determinada. La multitud de transacciones individuales necesario para esto, así como todos aquellos factores concomitantes (dependientes tanto de todos los actores en liza como del entorno natural, histórico, social, político, etc.) excluye la posibilidad de una cuantificación directa. Sin embargo, lo que aquí nos importa es la descripción de las características específicas de una determinada dinámica relacional entre los seres humanos con su entorno, su legaliformidad y condiciones de pervivencia. Encontramos mucho menos significativo qué detalles particulares lo pueden hacer funcionar más o menos óptimamente en sentido interno.

⁵⁵ La determinación de qué constituya un nivel “suficiente” o “apto” no puede ser cuantificada, por la específica mediación capitalista. En cualquier caso, somos conscientes de que este argumento es problemático, puesto que la valorización del valor, en realidad, no depende del esfuerzo de los productores, como parece que estamos haciendo ver aquí, sino de la masa global de plusvalor. Si esta no es suficientemente grande como para compensar los posibles costes de los productores, se producirá una crisis. Hablaremos de ello más adelante.

Teniendo esto en cuenta, es evidente, de manera adicional, que nos vemos en la obligación de modificar *sustancialmente* (y dicha palabra se utiliza aquí en sentido pleno) la noción de trabajo abstracto y objetividad de valor que Heinrich está manejando, resolviendo la disputa en torno a su concepción. El fragmento de Kurz citado en la sección precedente explica los motivos de esa necesidad: si no podemos separar las determinaciones *cualitativas* de las *cuantitativas* (“[y] precisamente porque [...] [Heinrich] no puede separar la determinación a priori cualitativa de la objetividad de valor de su determinación cuantitativa, a través del proceso de mediación de la competencia...”, Kurz 2012a: 190), es decir, si objetividad de valor, trabajo abstracto y magnitud de valor tienen lugar todas ellas en el acto de intercambio, tal y como desea Heinrich, eliminamos del análisis la diferencia crucial que implica la mediación competencial, quedando atrapados en las contradicciones a que da lugar la perspectiva de la mercancía individual. Ya hemos dicho antes que la competencia tiene como resultado no una magnitud de valor individual, sino un *precio realizado*. Y esto implica mucho más que la exclusiva “relación entre el trabajo individual del productor y el trabajo social global” (Heinrich 2008: 71). Tal y como explica Kurz en las líneas siguientes,

...[n]o hay ninguna magnitud de valor de la mercancía individual, sino solo una magnitud de precios [*Preisgrösse*]. Esta magnitud de precios (realizada) por su parte no estriba en absoluto en el trabajo individual de un productor [...] que, meramente, haya sido establecido en diferentes relaciones (algunas correctas, otras incorrectas), sino que se establece a través [de la relación, CNR] entre la *fracción mediada por la competencia de una mercancía y la masa global social del valor*. El trabajo individual es desde luego de hecho una fracción de este trabajo global, en tanto contribuye al mismo, pero no es ningún fundamento de determinación para la magnitud de valor (en realidad, magnitud de precio) de la mercancía producida por este. (Kurz 2012a: 190-191, subrayado nuestro).

Con ocasión de estas palabras, podemos recapitular algunas cuestiones. Para situar la discusión, recordemos que al comienzo de esta sección, habíamos dicho que los problemas de Heinrich, en abstracto, eran dos: una noción del sistema capitalista anclada al individualismo metodológico y una concepción que hace imposible considerar la relación analítica existente entre la mercancía individual y el plano social global de la dinámica capitalista. Ambos asuntos se han visto reflejados en la argumentación heinrichiana. Por nuestra parte y con fundamento en Kurz, hemos demostrado las siguientes cuestiones.

De entrada —aunque este asunto nos ha ocupado en último lugar—, se ha visto que,

dada su específica mediación, para poder distinguir correctamente entre el plano de los capitales individuales y la masa global social de valor, o sea, entre lo particular y lo universal dentro del sistema de producción capitalista, es necesario que tengamos nociones diferentes correspondientes a los distintos momentos que los elementos atraviesan, antes y después de su realización. Las nociones que utilicemos para aquel momento en que las mercancías individuales todavía no se han realizado, han de vincular igualmente de manera general a los ejemplares particulares con esta totalidad, puesto que estas se encuentran determinadas y constituidas por esta *antes de realizarse* como momento integrante de dicha totalidad. En otras palabras: las mercancías *son* mercancías antes de ser “mercancías realizadas”⁵⁶, su cualidad específica “ser mercancía” constituye *per se* una totalidad de carácter general, *a priori* o previa a su realización (Kurz 2012a: 203). La integración orgánica de los distintos momentos de la reproducción del capital (producción, circulación), su interdependencia y características acusan bien esta situación. Por todo ello, para analizar rigurosamente el capitalismo, necesitamos conceptos como “objetividad de valor”, que subrayan los aspectos

56 Hay que conceder, por supuesto, que Heinrich se apoya generosamente en Marx para apoyar sus afirmaciones, algo que se ha podido ver en alguno de los fragmentos que se han citado aquí. Asimismo, por ejemplo, también en Heinrich 2008: 71, en una nota a pie de página, donde cita las siguientes palabras de Marx: “*Solo en el intercambio* reciben los productos del trabajo una objetividad de valor socialmente igual, separada de su objetividad de uso materialmente diversa” (Marx, MEW 23: 87 [89], subr. M. Heinrich). Kurz (2012a: 210) da buena cuenta de estas palabras del autor de *El Capital* y afirma que, del mismo modo que afirma eso, también Marx nos dice que el valor de cambio es una forma de aparición [*Erscheinungsform*]. ¿Cómo interpreta pues Kurz este fragmento? Nos dice que, efectivamente, lo que dice Marx es correcto, porque en el acto de intercambio solo puede aparecer lo que *las mercancías son en sentido cualitativo respecto al valor*, es decir, *solo pueden aparecer como objetividad de valor* [*Wertgegenständlichkeit*]. Al mismo tiempo, esto es algo que todavía no pueden expresar en su individualidad, es decir, por sí mismas, porque la “exteriorización” necesaria para que esto ocurra (su realización) no encuentra todavía correspondencia alguna. Solo pueden llevar “en la frente” una expresión de sí en forma de precio ideal, todavía no realizado. Es decir: la objetividad de valor aparece primero de manera “fantasmagórica”, de manera virtual en la etiqueta del precio y, aparecer como algo “real” solo puede hacerlo en el acto de la compra, una vez se ha transformado en dinero y se ha verificado con ello como un *quantum* determinado en el movimiento de realización social global del capital. Ocurre algo parecido con la noción de trabajo abstracto. En una nota a pie de página correspondiente a Heinrich 2008: 67-68, el editor de los *MEGA* apela a la siguiente cita de Marx perteneciente a un manuscrito de revisión de la primera edición de *El Capital*: “La reducción de los distintos trabajos privados concretos a esta abstracción de trabajo humano igual se realiza solo a través del intercambio, que iguala, de hecho, los productos de los distintos trabajos” (MEGA II. 6: 41). Para dar mayor énfasis y apoyo a su postura, se nos indica que tal oración también fue recogida en la traducción francesa (MEGA II.7: 55). Esta afirmación parecería otorgar la razón a Heinrich, haciendo que la concepción kurziana se tambalee. No obstante, de nuevo, no hemos de confundir el plano empírico-práctico, con el plano lógico. Efectivamente, nos diría Kurz, la reducción, en un sentido práctico, inmediato y empírico, se realiza en el intercambio. Pero esto no quiere decir que la dinámica social instituida por la sociedad productora de mercancías se agote en el mero intercambio y que por tanto, sea algo aislado respecto de la producción, que es a lo que Heinrich, en opinión de Kurz, querría ir a parar. En cualquier caso y teniendo en cuenta la tesis de la crítica de la escisión del valor en torno al “doble Marx” explicada en la primera sección, hay que tener en cuenta que Kurz no tiene interés en demostrar todas y cada una de sus tesis en base al apoyo filológico en textos de Marx, puesto que él mismo consideraba que las percepciones del padre de la teoría no eran siempre correctas.

cualitativos, que sean diferentes a aquellos referidos a la distinta aportación de cada elemento; es decir, los que realzan los aspectos *cuantitativos*, como “magnitud de valor”. No pensar hasta el final sus particularidades desactiva el potencial explicativo que pudieran tener, algo a que contribuye la perspectiva heinrichiana.

En segundo lugar, en la concepción kurzeana la totalidad es algo más que la mera suma de sus partes, por dos motivos: en primer lugar, por su insistencia en la particular mediación de la totalidad a través de la competencia, que se lleva a cabo a través de productores privados entre sí, y, en segundo lugar, por la atención que el autor de *Geld ohne Wert* pone en no caer en el individualismo metodológico. Esta perspectiva kurzeana respecto a la totalidad tiene una consecuencia de importancia, concretamente, que el momento de *constitución* y *realización* de las distintas realidades de valor no pueden ser lo mismo, ni pueden coincidir. El capital es, en definitiva, una totalidad de esencia *transcendental*, en el sentido que explicábamos en el capítulo anterior. Toda metamorfosis es siempre transformación de esta totalidad social, a pesar de que su forma de mediación proporcione un reflejo trastocado. La distinción entre “precio realizado” y “magnitud de valor” refleja las consecuencias de esta inversión: puesto que la mediación entre el plano de lo particular y el plano global no es inmediata ni directa, hemos de distinguir analíticamente entre dos conceptos de carácter cuantitativo que den cuenta de su distinto estatus antes y tras la emergencia y/o verificación fáctica del grado de competencia.

En tercer lugar, ante estas distinciones analíticas, constatamos ahora algo que ya sabíamos: con el capitalismo estamos ante un sistema inherentemente contradictorio. Pero que su núcleo interno tenga esta característica no lo hace por ello un sistema arbitrario, algo ya señalado anteriormente. El fundamento de su sistematicidad ha de encontrarse en una sustancia común que integre esta totalidad contradictoria, que no puede ser otra que “el trabajo abstracto”, fundamento del valor. La producción (entendida en sentido lato), en sí misma, ya supone la *unidad* de dos principios contrapuestos: la de de trabajo “concreto” y “abstracto”, la integración entre producto material y objetividad de valor. Estos son dos aspectos de la misma lógica que se repite en todas las esferas, no son —como “constitución” y “realización”— momentos desintegrados. No obstante, el único aspecto *válido*, y en el que por tanto conforma la sustancia fundamental del sistema en su conjunto, es el trabajo es su cara “abstracta” como gasto de energía humana.

Heinrich ignora el papel central que cumple el trabajo abstracto. De manera coherente

con un enfoque obturado por el individualismo metodológico, remite la especificación y contenido de todos estos elementos a su sola localización fáctica en el acto de intercambio. Esto, como se ha visto, deja indeterminado en qué sentido la totalidad determina y/o constituye a los particulares ya en el momento de la producción, lo que impide la consideración de las mercancías particulares en relación conjunta con el capital global. Lo que es más grave: esta maniobra elimina el fundamento del trabajo abstracto, motivo por el cual quizá es incapaz de ver su rol fundamental. A este último respecto, no es suficiente con determinar que se trata de una “relación de validez”. Según dice Kurz (2012a: 200), una relación de validez no expresa ni representa cualidad objetiva cuantificable alguna, a no ser que se aclaren en qué consisten *materialmente* ambos extremos de la relación. Por tanto, únicamente cabe aclarar qué es ese *tercero común* que vincula a las mercancías, el trabajo abstracto, puesto que este otorga una cualidad específica a los elementos en que media.

Por último y de nuevo coherentemente con el individualismo metodológico, Heinrich también parece reducir la totalidad a la mera suma de las partes: es decir, que ciertamente, hemos de conceder a Kurz que este tiene, en cierto modo, una noción individual del valor. Al fin y al cabo, el único fundamento de determinación al que puede apelarse para comprender su tesis general nos remite, una y otra vez, al acto de intercambio. Si, siguiendo la lógica de su propio razonamiento, quisiéramos pensar en qué consistiría una determinación del valor general, lo cierto es que la única salida plausible es concebirlo como una suma de todos los actos de intercambio de mercancías individuales dados en un período.

Ahora bien, ni siquiera tenemos claro si tal razonamiento es sostenible de acuerdo a su teoría, es decir, si Heinrich es coherente consigo mismo. Es Kurz quien nos advierte de esta posible dificultad. Nos avisa el concepto de valor individual en Heinrich adquiere una “perspectiva invertida”, es decir, que es el “acto de intercambio” el que media para que la mercancía se dote de una cierta magnitud y objetividad de valor: pensar la magnitud de valor y la objetividad de valor como suma de actos de intercambio presupone tener conceptos previos de ambos, algo que no es posible si es el acto de intercambio el que se impone como principio, creemos. Sea como fuere, no queremos hacer filosofía-ficción, por lo que más vale atenernos a los fragmentos de Heinrich que hemos analizado. Respecto a estos últimos y en relación al fundamento del valor, nos resta una conclusión clara: que, por mucho que el autor de *Die Wissenschaft vom Wert* insista de manera continuada en que el intercambio “no produce” el valor, realmente, desde nuestra humilde perspectiva, no podemos comprender

sobre qué fundamento se apoya tal relación, ni en qué sentido pueda constituir por ello una vinculación que como él mismo dice, no es de “carácter contingente”. Al fin y al cabo, ha dinamitado todas las posibles vías para fundamentarlo de alguna manera.

Resumidas algunas de las cuestiones analizadas, estamos en condiciones de confirmar otro error de base en Heinrich, que provoca muchos de los errores de los que estamos dando cuenta. Ya lo hemos nombrado anteriormente. Se trata de la confusión constante entre el nivel empírico-fáctico del sistema capitalista (en que se da la competencia de los capitales individuales, donde se da el acto de intercambio que tanto menciona) y su nivel esencial. Este error se acompaña de una confusión entre el orden categorial del capital desde el punto de vista de su génesis y del capital desde el punto de vista de su funcionamiento. Uno y otro problema son, al fin y al cabo, las dos caras de la misma moneda.

3.2.3. La distinción entre carácter “concreto” y “abstracto” del trabajo

Aunque ya hemos tenido ocasión de analizar los errores y críticas fundamentales de la perspectiva heinrichiana, no queremos dar todavía por cerrada la discusión, puesto que nos gustaría dar cuenta de otro problema de que adolece su teoría. Tiene que ver con la distinción entre trabajo concreto y abstracto, del que ya hemos mencionado muchas características y visto mencionado en fragmentos de ambos autores.

Comencemos recabando algunas notas definitorias sobre el trabajo abstracto que son necesarias para la consideración que ahora vamos a realizar. Primeramente, hemos señalado repetidamente que Heinrich concibe la noción de trabajo abstracto como una relación de validez que tiene lugar en el acto de intercambio. Hemos indicado, de igual modo, que Heinrich contempla que hay una serie de condiciones para considerar que un trabajo privado pueda ser considerado *válido* como trabajo abstracto, pero sin mencionarlas. Estas son las siguientes: en primer lugar, que se reduzca a tiempo socialmente necesario, en segundo lugar, que sea necesario para la satisfacción de la demanda social solvente, (lo que depende de la magnitud de la demanda y del volumen de producción de los otros productores); y, en tercer lugar, que se reduzca a trabajo medio simple, es decir, el “gasto de fuerza de trabajo simple que posee, por término medio, todo hombre corriente” (Marx, MEW 23: 59 [54]) (Heinrich 2008: 67-68). Por último, cuando hemos transcrito la concepción heinrichiana de la objetividad de valor, hemos leído que “contemplada por sí sola, fuera del intercambio, el cuerpo de la mercancía no es mercancía, sino mero producto” (Heinrich 1999b: 216).

Sin perder de vista estas consideraciones, hemos de añadir a esta discusión un último fragmento textual de relevancia. En él Heinrich nos explica que la medición del trabajo abstracto, siendo como es una sola relación social, no puede sino medirse en trabajo concreto. El trabajo abstracto, indica, no puede siquiera ser gastado *per se*. Veamos:

Cuando el “tiempo de trabajo socialmente necesario” solo se determina de manera puramente tecnológica, se trata de una determinación del trabajo *concreto*. Por consiguiente, si la “sustancia que conforma valor”, el trabajo abstracto, se mide a través de tiempo de trabajo socialmente necesario, el trabajo abstracto se medirá, finalmente, en trabajo concreto. [...]... si el trabajo abstracto se concibe como una determinada relación de carácter social de los trabajos privados entre sí, es imposible explicar la duración del gasto de la fuerza de trabajo sin más como medida de la cantidad de trabajo abstracto. El trabajo abstracto como relación social no puede “ser gastado”. (Heinrich 1999b: 218-219).

Antes de seguir, consideremos las consecuencias de las afirmaciones transcritas, partiendo de lo que ya sabemos. En tanto Heinrich se ha comprometido con una noción de trabajo abstracto como mera relación de validez y la ha anclado de manera exclusiva a la esfera de la circulación (Kurz 2005a: 221 ss.), la específica forma de producción capitalista se reduce, en cierto modo, a dicha esfera. Con ello, la producción aparece como algo puramente concreto, algo completamente diferente a su proceso de “adquisición de validez” que se obtiene y determina en el acto de intercambio. En otras palabras, en virtud de su concepción, el momento de producción de mercancías y su posterior circulación (y realización) se encuentran absolutamente desvinculados, algo que desvincula, a un tiempo, el carácter concreto y abstracto del trabajo que produce las mercancías. Desde luego, esta concepción es absolutamente incompatible con la interpretación kurzeana. Ya se ha examinado en qué medida el momento de la producción constituye un momento cualitativo determinante para la comprensión de la dinámica capitalista: el capitalismo es para Kurz una “forma de producción destructiva *qua* racionalidad económica, y la circulación es un momento secundario de esta socialización negativa específica, no la determinación formal específica-capitalista” (2005a: 221).

Las tesis de estos dos autores las imaginábamos ya diametralmente opuestas, pero, siguiendo a Kurz, puede resultar cuestionable, incluso, que la línea heinrichiana resulte conciliable con la propuesta de Marx. Al fin y al cabo, en este autor (Marx, MEW 23: 56

[51]) se habla del “carácter doble del trabajo representado en mercancías”, es decir, que en su explicación se muestra que se trata de dos aspectos del mismo trabajo, no de dos realidades contrapuestas. Mas si esto es así, si se trata de dos aspectos de la misma actividad, ha de concederse que la específica relación social que hace del trabajo algo “abstracto” tiene que aparecer ya en la producción capitalista —como vimos más arriba— a partir de la transformación originada en el proceso productivo a causa de una *cierta indiferencia* frente a lo producido.

Se examinó anteriormente que la contrarréplica de Heinrich a estas críticas de incoherencia en y con Marx consiste en subrayar el momento “aún clásico” de ciertos fragmentos de la teoría del pensador de Tréveris. Según Heinrich, este habría realizado en ocasiones meras “especificaciones” de la teoría clásica de la Economía Política que estudiaba. Kurz duda en general de esta tesis, pero justamente aquí, con mayor motivo. El fundador de *EXIT!* nos advierte de que la ruptura fundamental de Marx respecto de la tradición se encuentra en este exacto punto argumentativo: en haber explicado el carácter histórico y específico del capitalismo como una forma de producción a partir del carácter doble del trabajo que produce mercancías. Con ese movimiento, Marx rompe la interna integración que la categoría “trabajo” parecía poseer, de manera lógica y práctica: contempla dos “aspectos” del mismo gasto de fuerza de trabajo, lo que hace que supere, simultáneamente, la dicotomía entre “producción” y “circulación” (Kurz 2005a: 228). La tesis de Heinrich parece que no se sostiene. De esta manera y resumiendo lo argumentado,

El trabajo concreto no es inocente, sino que en tanto solo es la forma de aparición concreta de la abstracción real para el fin en sí mismo de la valorización de valor, asimila desde el comienzo, en tanto “forma determinada a un fin particular” la indiferencia frente a las necesidades y frente al mundo material-sensitivo en general, no solo en su contenido inmediato [...] sino también en la distribución de los elementos de producción, en la degradación de los productores, en la indiferencia frente a los fundamentos de la vida naturales, etc. (Kurz 2005a: 223)

Dado el plano sumamente abstracto en que nos movemos, quizá no seamos capaces de comprender los réditos de la tesis de Kurz frente a la de Heinrich, algo que podemos solucionar hablando en términos más concretos. Así pues, para ejemplificar estas palabras y, con ello, comprender el carácter no inocente del trabajo concreto y su interna contradictoria

unidad con el trabajo abstracto, quizá pueda valernos un ejemplo muy pedestre, pero esperamos que iluminador.

Pensemos en una mercancía concreta, individual: un producto de alimentación ultraprocesado, por ejemplo, una pieza de bollería industrial. Puede decirse que esta mercancía está diseñada para favorecer al máximo su aspecto “económicamente rentable”, es decir, su aspecto cualitativo como *objetividad de valor* (que apela, como sabemos, a la sustancia de trabajo abstracto como su fundamento). La pieza de bollería es un producto concebido específicamente para que posea una alta palatabilidad, elaborado a partir de materias primas altamente disponibles y accesibles en el mercado (cuyo precio [realizado] permite, por tanto, gran rentabilidad). Además, teniendo en cuenta la escasa capacidad saciante de la pieza de repostería y su extrema accesibilidad por el precio (ideal, no realizado) de venta al público, se induce a un consumo compulsivo de dicho producto.

A pesar de que estas características nos inclinan a categorizarlo como algo que en ningún caso se parece a un alimento, no puede dejar de afirmarse que una pieza de bollería industrial aporta una cierta cantidad de energía a quien lo consume, independientemente de que tenga un escaso valor nutricional. Es decir, *el aspecto cualitativo de su ser mercancía* (aquello que hemos venido nombrando con el término “objetividad de valor”, que en este caso se hace presente en el diseño y producción de esta pieza de bollería está dirigido, de manera explícita, a la realización lo más rápidamente posible de esta mercancía en el mercado, para optar así a representar una “fracción válida” de trabajo total social) *es inseparable del cuerpo físico de la misma*: no se puede negar que una palmera de chocolate tiene ciertas propiedades físico-sensitivas y organolépticas. Pero nadie duda de que una pieza de bollería industrial no puede entenderse como un mero alimento. Es, antes bien, “una mercancía alimenticia”, se realice esta o no en el mercado.

Este tipo de cuestiones son las que nos escapan desde la teoría heinrichiana. Este autor, localizando de manera exclusiva en la esfera de la circulación su “aspecto de mercancía” y desvinculando los momentos de producción y circulación, no consigue aprehender la integración contradictoria que se da *de facto* en nuestro ejemplo. El hecho de que una pieza de bollería que no logre venderse se ha de denominar antes como “fracaso mercantil” que como “desperdicio alimentario”. La realidad nos da la razón donde toda racionalidad parece haberse perdido: efectivamente, si este tipo de mercancías no consiguen realizarse, no se reparten con criterio caritativo a quien está hambriento, algo que denuncian,

entre otros, el movimiento frigano⁵⁷.

Desde luego, nuestro ejemplo es tan solo parcialmente válido como tal, puesto que hemos descrito la particularidad de la cara de “trabajo abstracto” de una mercancía individual a partir de ciertas características que podríamos considerar compatibles con una concepción subjetiva del valor. No obstante, tan solo queríamos hacer ver lo extremadamente complicado que es separar, de manera concreta, los dos aspectos del trabajo en una mercancía determinada⁵⁸.

57 Movimiento anticonsumista que tiene entre sus prácticas la recolección de alimentos de la basura de supermercados y restaurantes. Sus seguidores denuncian que muchos productos se rechazan por defectos meramente estéticos, a pesar de encontrarse en un estado apto para el consumo o, bien, por haber pasado las fechas de caducidad establecidas por los fabricantes, que en muchos casos abarcan un periodo menos extenso que el de la salubridad o nocividad de los productos alimenticios. Consúltase: <https://es.wikipedia.org/wiki/Friganismo>. Por cierto, es evidente que la confusión entre el aspecto abstracto y concreto de la mercancía también puede encontrarse en ocasiones en algunos fragmentos del propio Marx. Así, en el primer tomo de *El Capital*, podemos verlo afirmar: “Una cosa puede ser valor de uso y no ser valor. [...] Quien, con su producto, satisface su propia necesidad, indudablemente crea un *valor de uso*, pero no una *mercancía*. Para producir una mercancía, no solo debe producir valor de uso, sino valores de uso para otros, valores de uso sociales” (MEW 23: 55 [50]). Es evidente que Marx, aquí, está utilizando de manera incorrecta el concepto de “valor de uso”, que parece de carácter ontológico e independiente al proceso de producción capitalista (Marx habría debido decir “un bien/objeto/servicio capaz de satisfacer una necesidad concreta” no es necesariamente una mercancía).

58 Yendo un poco más allá de lo estrictamente argumentado, nos atrevemos a aventurar que los contraejemplos que podrían aducirse a nuestro ejemplo vendrían, quizá, del lado de la mercancía particular que es la fuerza de trabajo y su disposición a otros o al servicio de algo, lo que comúnmente se denomina prestación de *servicios*. Como sabemos, aquí resulta difícil marcar los límites, las fronteras son menos nítidas y las correspondencias mucho más complicadas. En cualquier caso, como demostración del carácter más dificultoso y lábil del tratamiento de la mercancía “fuerza de trabajo”, hay que resaltar la existencia de ciertos organismos como la OIT, que intenta, mediante convenios, marcar ciertos límites fácticos a la explotación de esta mercancía, delimitando los contornos del “trabajo” y por ende también de su prestación mercantilizada en el ofrecimiento de un servicio determinado. Desde luego, el hecho de que la vinculación a esta organización sea de carácter voluntario y que, dentro de esta voluntariedad, también lo sea la propia vinculación a ciertos convenios y regulaciones, da buena cuenta de las dificultades de poner límites a la explotación, algo que se hace patente especialmente en aquellos sectores que, por uno u otros motivos, resultan difíciles de conceptualizar. Sin ir más lejos, en España se ha anunciado, tan solo hace unos meses (Junio 2018), la intención expresa de ratificar el Convenio 189 de la OIT, referente a los derechos de las empleadas y trabajadoras del hogar y en servicios de cuidado, si bien no todos los derechos que dicho convenio recoge *se materialicen en legislación* (V. Otxoa, Isabel, “Con o sin convenio 189, todos los derechos para las trabajadoras de hogar”, publicado en *eldiario.es* el 27/06/2018. (Disponible en la siguiente URL: https://www.eldiario.es/tribunaabierta/Convenio-OIT-derechos-trabajadoras-hogar_6_786781338.html). La prestación de cuidados y trabajo doméstico es, a ojos vista, una de las ocupaciones laborales que se encuentran en una zona “gris” respecto a la protección legislativa. Otra es el trabajo sexual, pues en su discusión se entremezcla la necesidad de legislación laboral con el estigma social. Este es a día de hoy un elemento de debate en el movimiento feminista español (V. Sánchez Perera 2019a, 2019b) y que, no en vano, también ha sido objeto de estudio en la propia OIT: puede verse, por ejemplo, su informe de 1998 sobre la situación en el Sur de Asia “The Sex Sector: The economic and social bases of prostitution in Southeast Asia”, dirigido por Lin Lean Lim (Nota de prensa disponible en URL: https://www.ilo.org/global/about-the-ilo/newsroom/news/WCMS_008503/lang-es/index.htm). Sin duda alguna, las especificidades propias de estos sectores laborales exigen una intervención por parte de los poderes públicos. Que así será, resulta cuestionable si se tiene en cuenta su cinismo respecto a este tipo de trabajos en zonas grises y, sobre todo, a otras actividades en zonas incluso más oscuras. Respecto a esto, cabe destacar que los reglamentos de la Comisión Europea (Sistema Europeo de Cuentas Nacionales y Regionales de 2010, SEC 2010) obligan, desde Septiembre de 2014, a incluir en el cálculo del producto

Tras este ejemplo, es momento de volver al fragmento de Heinrich citado, en el que hemos leído que el trabajo abstracto no puede ser “gastado”. Esta afirmación es falsa según los parámetros kurzeanos, algo que se explica por dos motivos (Kurz 2005a: 224).

En primer lugar, hemos de entender que el trabajo abstracto es la abstracción del trabajo concreto mismo, del trabajo concreto en sí. Lo único que le ha ocurrido es que ha sido abstraído en sus *determinaciones concreto-técnicas*, por lo que, igual que el concreto, el trabajo abstracto puede ser gastado. En segundo lugar, se ha de recordar que la abstracción de las determinaciones concretas es un aspecto de *uno y el mismo proceso de producción*. Es decir, es el mismo proceso el que hace comparecer el aspecto del trabajo como “mero gasto de trabajo abstracto humano” y el “gasto de trabajo concreto”. Teniendo en cuenta estas cuestiones, podemos decir sin duda que Heinrich está equivocado. Por si no estuviéramos suficientemente convencidos, tan solo es necesario recordar que es precisamente ese efectivo gasto de trabajo abstracto lo que permite considerar a las mercancías *de manera conjunta en su aspecto cualitativo* como objetividad de valor. Ya hemos explicado, por supuesto, que este trabajo abstracto es también *cuantificable*, si bien solo de manera posterior mediante la competencia.

Cabe señalar, en último lugar, las tres condiciones por las cuales Heinrich considera que el trabajo aparece como “trabajo abstracto”⁵⁹, las cuales cabe recordar de nuevo: en

interior bruto (PIB) las actividades ilegales (tráfico de drogas) y legales (trabajo sexual), véase Sérvulo González, J., “El PIB subirá hasta un 4,5% al sumar prostitución, drogas y otros cambios”, en *El País*, 12/06/2014 (Disponible en URL: https://elpais.com/economia/2014/06/12/actualidad/1402564871_895351.html). (Todos los enlaces consultados el 03/01/2019). En definitiva: el capitalismo sí, tiene una cierta legaliformidad interna que lo dota de una cierta sistematicidad, pero con muchos límites y excepciones, particularmente allí donde pudiera ser interesante por sus consecuencias económicas.

59 Es necesario destacar que los mismos argumentos que sirven a Kurz para rebatir las tesis de Heinrich proporcionan asimismo la clave crítica para discernir los errores de la postura de Moishe Postone (2003). Este autor ha hecho que la noción del tiempo abstracto se constituya como el criterio fundamental para dar cuenta del valor y su objetividad. Le da, en cierto sentido, un aspecto sustancial. Ante esta postura Kurz es muy claro: el tiempo es tan solo una unidad de medida de cierta sustancia, no la sustancia misma. Veamos sus palabras exactas: “Pues el tiempo de trabajo es tiempo de “algo”, no *quanta* de tiempo per se. El tiempo se hace abstracto no en la objetividad de valor mismo, sino en la medida de esta objetividad de valor. Una medida sin algo que medir sería como la sonrisa del gato sin el gato. El tiempo abstracto es la medida, pero el objeto de esta medida es el gasto abstracto de energía humana. La sustancia no es la medida, sino lo que se mide, energía abstracta física gastada en unidades de tiempo. Sin esta base física del trabajo abstracto [no es posible, CNR] ningún *quantum* de tiempo de este “trabajo solidificado” social y fantasmagóricamente [...] Y quien niega esta sustancia física (energética) debe, de manera consecuente, aceptar los argumentos centrales de la doctrina subjetiva del valor. El proceso de abstracción decisivo tiene lugar en el gasto de fuerza de trabajo mismo, y ha de criticarse como reducción al naturalismo de la teoría clásica burguesa, que no examinan [*durchschauen*] el carácter doble del trabajo mismo. El resto son solo opiniones sin fundamento de orientación en la esfera de la circulación, que no tienen nada que oponer a la doctrina del valor subjetiva”. (Kurz 2005a: 230). Quizá no haya que expresarse de manera tan vehemente como Kurz, pero recordar que el tiempo es *única y exclusivamente una unidad de medida*, puede ser útil para poner en sus justos quicios la

primer lugar, su reducción a tiempo socialmente necesario, en segundo, su carácter necesario para la satisfacción de la demanda; y en tercer lugar, su reducción a trabajo medio simple. Independientemente de que la segunda de las condiciones podría empujarnos de nuevo a caer en una teoría subjetivista del valor —puesto que aquí es la sola respuesta del mercado la que constituye la “validez” del trabajo abstracto— hay una cosa muy clara: ninguna de estas tres condiciones tiene lugar, de manera inmediata, en el acto de intercambio, sino que integran los diferentes momentos de realización del capital y la dinámica de acumulación de plusvalor. De nuevo, la teoría heinrichiana se ve desmentida.

Aquí concluye la exposición de la discusión de Heinrich y Kurz en el nivel más abstracto y fundamental del análisis marxiano del capitalismo, el nivel del valor. No hace falta anunciar que se trata únicamente del comienzo, pero tal como nos recuerda Max Horkheimer en uno de los aforismos pertenecientes a *Ocaso*, todos suelen entrañar una particular dificultad. En lo que toca a esta, esperamos que la creciente concreción de los subsiguientes asuntos que tenemos que tratar haga más fácil la comprensión, que, en ningún caso, se encuentra en correspondencia con los objetos que vamos a analizar: todos ellos son “objetos metafísicos” de alta sutileza. El más brillante entre ellos, sin duda alguna, es el dinero. Este es, precisamente, el que vamos a tratar a continuación.

3.3. El concepto de dinero

En la sección anterior se ha hablado de la realización y constitución del valor sin apelar al concepto de dinero. No obstante, es evidente que el conjunto analizado es incomprensible sin esta figura. Como es bien conocido, el valor se divide en dos: mercancía y dinero. Ambas representan valor, pero el dinero es la directa representación cosificada de la riqueza abstracta, básicamente, es valor que puede agarrarse con nuestras manos, una abstracción fáctica del fin en sí mismo de la sociedad que cabe entre los dedos. Su rol es esencial para la pervivencia del sistema capitalista.

En el presente punto, vamos a centrarnos de manera más exhaustiva sobre la teoría de Kurz, dejando algo de lado la discusión comparativa con Heinrich. Como veremos, la teoría heinrichiana puede leerse como una consecuencia coherente de su posición en torno a los

consideración de ciertas posturas que, en la actualidad, están intentando hacer del tiempo un criterio por el cual comprender el grado de explotación a que nos somete el sistema capitalista. Desde luego, dichas teorías tienen un momento de verdad incuestionable, en tanto se hacen cargo de la experiencia subjetiva de los sujetos. Pero este análisis no debiera extrapolarse a las consideraciones teóricas generales sobre el sistema capitalista en su generalidad.

conceptos nucleares que conforman su teoría del valor. Lo más importante aquí son las consecuencias teóricas que tiene una y otra línea de pensamiento, particularmente en lo relativo a la concepción y comprensión de las crisis capitalistas, que es algo que se tratará ulteriormente. Allí, volveremos a focalizar nuestra atención sobre la discusión comparativa para entender las diferencias entre ambos pensadores. De manera adicional, resulta importante retener que la teoría heinrichiana del dinero corrige en puntos fundamentales la concepción de Marx. Es Kurz quien elabora el ejercicio teórico de aislar lo fundamental de la teoría marxiana e intenta desarrollarla de manera coherente, conformando una postura que puede considerarse una *rara avis* dentro de las lecturas contemporáneas del marxismo (Bellofiore 2009, 2016a, 2016b). Se impone por ello como tarea ineludible intentar explicar su teoría lo más específicamente posible.

3.3.1. La teoría de Marx frente a la tradición

En *Geld ohne Wert*, Kurz comienza su exposición (Kurz 2012a: 206) dando cuenta del carácter contradictorio que ha tenido la concepción del dinero desde la tradición clásica. Los teóricos defendían, al mismo tiempo, dos posiciones completamente contrapuestas y, hasta cierto punto, incompatibles.

Por un lado, los estudiosos de la Economía Política consideraban que el dinero había de ser una mercancía. Esto era algo que estimaban evidente por sí mismo, no necesitaba fundamentación alguna. Puede que resulte algo sorprendente, porque ya por aquel entonces existían otros representantes dinerarios diferentes del dinero canónico, bajo la forma de dinero en papel o en depósitos. Sin embargo, todas estas formas se concebían como representaciones o sustitutos del dinero en sentido propio, que era o bien oro, o plata.

Por otro lado, al mismo tiempo, los pensadores no podían dejar de advertir el hecho de que el dinero, en su carácter de mercancía, parecía algo un tanto insignificante frente al resto de mercancías, que eran objetos concretos capaces de satisfacer necesidades determinadas. En este último sentido, para Ricardo, el dinero no era más que el “velo” que cubre la relación de producción e intercambio mediada por el valor. En él, de acuerdo con su posición, el dinero constituía un “instrumento de información” acerca de las relaciones de valor realmente efectivas. No concebía nada parecido a que el dinero pudiese constituir la otra cara del desdoblamiento del valor, la que tiene la mercancía como contraparte.

Las consecuencias de la contraposición de estas dos líneas siempre presentes en la

discusión académica son conocidas, dado que forman parte de la historia económica. Si leemos esta, a primer golpe de vista, nos parecerá que la tradición ortodoxa se ha decantado por la segunda línea de concepción del dinero, aquella que lo concibe como un instrumento informativo. Los hechos parecen darnos la razón, pues, con el desarrollo de la economía capitalista, el dinero parece haberse transformado en la realidad empírica en un mero recurso funcional que permite el intercambio de las mercancías, valiendo para ello cualquiera de sus representantes: en billetes, monedas o dinero en depósitos.

Las vicisitudes discusión académica, tal y como nos advierte Kurz (2012a: 209 ss.) no pueden confundirnos acerca lo ocurrido realmente. El despliegue histórico de la noción del dinero esconde dos cuestiones que hay que diferenciar, que van mucho más allá de la sola imposición de un mero “punto de vista” o de la victoria de una comprensión determinada sobre otra. Ambas consecuencias tienen que ver con la concepción teórica de tal instrumento que posee la Economía Política. Así, en primer lugar, la reducción del dinero a su faceta funcional evidencia un alejamiento, y posterior rechazo, de la determinación sustancial de la mercancía. Este desembocó en una determinación funcional del valor de carácter subjetivo e individual, teoría predominante a día de hoy en la economía ortodoxa⁶⁰.

No obstante, y he aquí la segunda de las consecuencias, esta circunstancia ha de separarse estrictamente de la pregunta por el carácter de mercancía del dinero. Este supuso un tema de discusión propio por bastante tiempo. Lo fue, de hecho, hasta que las consecuencias del primer punto que hemos nombrado se impusieron de manera definitiva, o sea, una vez se desarrolló y difundió plenamente la teoría neoclásica. En concordancia con la falta de una determinación sustancial de la mercancía, esta teoría comenzó a poner encima de la mesa una definición del valor, como ya se ha comentado, en términos funcionales. Esta situación tuvo como consecuencia que la pregunta misma acerca del carácter de mercancía del dinero dejara de tener sentido y desapareciera del horizonte teórico. Al fin y al cabo, a una determinación funcional del valor de la mercancía le es connatural un dinero considerado de igual modo, como mero instrumento funcional.

De esta manera, aun cuando en la génesis de la Economía Política se partió de una noción híbrida del dinero, que lo consideraba simultáneamente como una mercancía entre otras al tiempo que algo únicamente simbólico, se pasó al reconocimiento exclusivo de su

⁶⁰ Ya se mencionó brevemente que para la teoría económica ortodoxa actual, el valor de las mercancías se determina en función de las percepciones subjetivas de los consumidores acerca de su “carácter valioso”. A pesar de que ha recibido numerosas críticas (provenientes no exclusivamente de círculos afines a Marx, como Mario Bunge) sigue considerándose válida.

carácter de signo. Un signo que, por su parte, está ligado a una “relación de validez” general, puesto que permite el intercambio de mercancías en distintas proporciones y que, por último, se apoya en la fuerza de un estado determinado (porque todo oro lo es siempre de un Estado).

Veamos, pues, cuál son los elementos que conforman el mapa del dinero y su relación con el valor en el pensamiento burgués neoclásico. Podemos decir que este, anclado en el individualismo metodológico, desarrolla nociones acordes y coherentes con su planteamiento. Por una parte, la mercancía va a relacionarse con una noción ligada a la “valoración individual”, dado que su valor se constituye a través de la relación de intercambio fáctica, basada en los cálculos de coste, beneficio, oferta, demanda, etc. de los actores en liza. Por otra parte, el dinero va a ser entendido como aquel dispositivo necesario para el funcionamiento sin fricciones de las operaciones mercantiles, y así, como una universalidad demarcada a nivel estatal y de carácter político y subjetivo, es decir: como si los propios estados delimitaran a voluntad los límites de la intercambiabilidad y cuantificación a través de las políticas pecuniarias.

Ante tal panorama (si bien su desarrollo pleno es posterior a su muerte), Marx, según Kurz, fue el primer teórico que desarrolló una teoría del dinero coherente y explícita. Su concepción permite que el dinero no pierda su especificidad en la generalidad del mundo de las mercancías y ello, sin reducirlo a un mero símbolo. Su tesis se opone del mismo modo a la tradición clásica y a las teorías relativistas y subjetivistas que surgieron detrás de su intervención teórica. Veamos en qué consiste.

La teoría del dinero de Marx (Navarro Ruiz 2019c) puede explicarse de manera introductoria si atendemos a la estructura del III capítulo de *El Capital*. Aquí puede observarse que la exposición del dinero se desdobra en tres partes, considerándose así como a) medida de los valores, b) medio de circulación y c) dinero propiamente dicho. El dinero es pues, al mismo tiempo, i) aquello que permite la realización del precio de una mercancía en el mercado (y no meramente la sola entrada al mismo, como ya se ha explicado, el precio se encuentra primero en un status *ideal* que ha de ser confrontado con la dinámica competencial), lo que proviene, si se quisiera relacionar, de su característica de ser medio de circulación y ii) nos va a dar la medida de la cantidad de valor *realizada*, algo que nunca puede ser determinado exactamente para la mercancía individual en cada transacción ni corresponde de manera directa con la magnitud de valor individual de cada mercancía. Esta función proviene del hecho de que el dinero sea medida de los valores. La venta de una

mercancía supone, pues, “su salto mortale” (MEW 23: 120 [129]), la realización del valor, en definitiva, que es lo que permite la reproducción efectiva del sistema capitalista.

Hay, pues, dos diferencias fundamentales que hacen de la teoría de Marx algo completamente diferente a su tradición previa y posterior (Kurz 2012a: 211). En primer lugar, la fusión de la teoría del dinero con la determinación del trabajo abstracto como sustancia del valor. El dinero se concibe en Marx como la universalidad abstracta de carácter social directamente aprehensible, como representante cósmico de “riqueza abstracta”, cuya sustancia es justamente el trabajo abstracto. Con ello quedan relacionados ambos conceptos. Esta concepción de Marx se trasluce especialmente en su consideración del rol del dinero como “medida de los valores”, puesto que este es el ámbito que vincula de manera más intensa la relación que une al trabajo abstracto en tanto sustancia del valor, las mercancías en que se encuentra solidificado y el dinero como su representación directa. Es preciso que se aprecie que con este paso teórico se acentúa fuertemente el carácter de mercancía del dinero, de manera mucho más intensa que las teorías clásicas burguesas: se convierte en una característica inherente al conjunto capitalista que lo dota de cierta organicidad. Asimismo, se excluye, por descontado, una concepción del dinero como un instrumento puramente funcional.

En segundo lugar, y como consecuencia de la primera característica, el dinero en Marx no se entiende como una sola mercancía entre otras, sino que tiene un carácter específico. No se trata de un medio auxiliar pasivo, no es un simple instrumento de información para los actores en el mercado, sino que se trata de “la forma de aparición general del fin en sí mismo capitalista de carácter irracional y, justo por eso, no únicamente una mercancía general, sino la ‘mercancía reina’” (Kurz 2012a: 211). Como tal, debe adquirir un significado central frente al “populacho de mercancías” (*Warenpöbel*) y determinar el comportamiento de los participantes en el mercado (y no al revés, como comúnmente se ha pensado).

Estas características tienen consecuencias de importancia para la relación entre el nivel de constitución y génesis histórica del capital y la exposición teórico-lógica del mismo. Volvemos al mismo problema que habíamos expuesto ya en el capítulo anterior, que Kurz resuelve a través de su teoría genético-conceptual de la constitución del capital. El problema, recordemos, era el siguiente: la exposición marxiana deduce la forma dineraria a partir de la mercancía, algo que, como vimos en las propias palabras de Marx, lo enorgullecía

enormemente. Al mismo tiempo, sabemos por los testimonios históricos que el dinero apareció en primer lugar. ¿Cómo podemos conciliar estos dos hechos aparentemente contradictorios en relación a la teoría del dinero en Marx? Aunque seamos conscientes ya de que ambos planos de análisis no deben mezclarse y que, sencillamente, siguen lógicas distintas, no está de más tener en consideración las siguientes palabras de Kurz al respecto:

La crítica de Marx dice de manera implícita que el dinero, que si bien ha de ser deducido a partir de la forma mercancía “por la lógica de la exposición” [*darstellungslogisch*], sin embargo constituye realmente el verdadero presupuesto de la forma mercancía general [...]. O dicho de otro modo: la forma mercancía de los productos no es, en última instancia, la razón del dinero, sino que el dinero, en tanto que forma de aparición central del capital y su “proceso global” general es el fundamento al tiempo que la expresión de la forma de mercancía general de los productos. Por tanto, es imposible degradar el dinero y, simultáneamente, mantener de algún modo la forma mercancía (y sea esto bajo la forma de una supuesto valor del trabajo “directo” o un “cálculo de rendimiento” [*Leistungsverrechnung*]). [...] La aparente contradicción argumentativa se resuelve en la autocreación histórica del capital, que sin embargo no fue conceptualizada ni analizada por Marx, el proceso de constitución originario, en el que presupuesto y resultado atraviesan un orden inverso al del el fáctico “funcionamiento en sí” [*Gang in sich*]. De este modo, el dinero es necesariamente la “mercancía expulsada”, pero no como consecuencia de la transformación de un universo de la mercancía que existía con anterioridad, sino que esta expulsión constitutiva de la mercancía dinero va a la par con la formación de la propia forma general de la mercancía o, la transformación del dinero en mercancía, como origen del capital, transforma los productos en general en mercancías secundarias. (Kurz 2012a: 211-212).

Por las palabras de Kurz, parece claro que, a pesar de la aparente contradicción que encontramos en el discurso marxiano, el dinero tiene que ser concebido como el presupuesto esencial de la forma mercancía. Este es la “forma de aparición central del capital” así como la expresión del “proceso global” general que fundamenta la forma mercancía de los productos. Como consecuencia de esto, parece claro que no se puede desmentir el carácter de “mercancía reina” del dinero sin, a su vez, modificar los fundamentos que posibilitan la estructura capitalista: ambas cosas están inextricablemente unidas.

La operación teórica que permite realizar esta inferencia reposa sobre el proceso de constitución de capital, ya explicado. Tal y como hemos insistido repetidamente, en este es

preciso considerar dos lógicas diferentes, correlativas a los momentos de constitución y funcionamiento del capital. Lo que en el momento de constitución histórica del capital es *resultado* (como resultado es, de hecho, que la explosión de la competencia febril y la predominancia del dinero conformara una dinámica que tendría como resultado la forma mercancía) se convierte en *presupuesto y condición de posibilidad* en la lógica de funcionamiento fáctico de capital (y por ello, en la lógica de la exposición, ha de considerarse que la forma mercancía es fundamento y condición de posibilidad del dinero). Esta particularidad explica que la expulsión del dinero del “populacho de las mercancías”—circunstancia que, como Marx explica en *El Capital*, es necesaria para explicar la constitución del dinero como representante cósmico inmediato del valor— ha de comprenderse como un fenómeno coetáneo a la conformación de la forma mercancía en general.

Una vez aclarado este punto, vemos que gracias a la teoría de Marx, que marca el particular carácter doble del dinero (objetivación cosificada directa del valor/mercancía expulsada) es posible fundamentar el desdoblamiento de la objetividad de valor que es la mercancía en su materialización real, bajo la doble forma de mercancía y dinero. En otras palabras, solo la teoría de Marx permite comprender la vinculación de las mercancías entre sí como objetividades de valor y su correlación simultánea con la forma de dinero.

Este avance nos obliga a abandonar definitivamente todas aquellas teorías que conciben el dinero como una convención o acuerdo de carácter político-estatal. El dinero, bajo esta perspectiva, solo puede ser la objetivación cósmica de la permanente transformación y realización de la valorización del valor, que para tener lugar ha de transformarse sucesivamente en las manifestaciones complementarias del dinero y la mercancía⁶¹.

En este preciso lugar (Kurz 2012a: 214 ss.) se localiza un problema de comprensión habitual entre los marxistas. Puesto que su exposición nos va a llevar un poco más allá de la relación con Marx con la tradición que lo precedió, vamos a considerarlo a continuación en

61 Es en *Das Weltkapital* donde Kurz marca con mayor intensidad esta conexión existente entre la específica consideración del dinero y la dinámica capitalista: “Bajo la forma de *Capital* el dinero debe tener ahora decididamente un valor propio, o dicho de otra manera: porque el valor económico abstracto se ha convertido en sustancia y síntesis totalitaria de la sociedad, al carácter del dinero como medio depositario de los valores [*Wertaufbewahrungsmittel*] le corresponde un significado central; y no puede nunca reivindicar su validez como mero símbolo, precisamente porque no simboliza ya los bienes de uso entre los que hay que mediar, y en estos (según una expresión de Marx) “desaparece”, sino que es en sí mismo la “sustancia final” [*Zwecksubstanz*]: la autopresentación [*Selbstdarstellung*] del valor como fin en sí, que precisamente se ha de mantener como tal, a través de todas sus exteriorizaciones en los profanos cuerpos de las mercancías, para poder volver a sí mismo en su forma pura (como Hegel ha formulado en camuflaje filosófico). En cierta medida, los bienes de uso “se extinguen” en el dinero, que ejecuta de manera cíclica el movimiento de valorización realmetafísico de la sociedad, para nuevamente ponerlo en marcha”. (Kurz, 2005b: 117, v. Navarro Ruiz 2016b).

una subsección aparte.

3.3.2. Los “desdoblamientos” del dinero: *differentia specifica* de la mercancía reina

Acabamos de mostrar que, con la teoría de Marx, se hace necesario abandonar definitivamente todas aquellas teorías monetarias que, de una u otra manera, comprenden el dinero como un tipo de convención. En Marx el dinero es, antes bien, la objetivación cósmica del movimiento de valorización del valor, algo que no siempre se ha comprendido correctamente desde la tradición marxista. El problema fundamental de las teorías marxistas puede reducirse a un error que tiene un carácter análogo al que ya se ha examinado en el nivel del análisis de la forma y constitución de valor, que examinamos apelando a la teoría heinrichana. Básicamente, está relacionado con la insuficiente comprensión de la importancia del “proceso global” capitalista y su carácter determinante para todos los elementos que constituyen el conjunto.

En la sección anterior se ha podido mostrar cómo Heinrich confundía los planos de constitución y cuantificación de la mercancía y, mediante malabarismos conceptuales, obliteraba el estudio de la relación entre la mercancía individual y el nivel social global capitalista, que quedaba absolutamente indeterminado. Aunque parezcan ámbitos alejados, en la explicación del dinero, hemos de tener la precaución de no cometer el mismo error. El carácter del dinero capitalista no se diferencia del precapitalista únicamente en virtud de su conexión con el solo sistema de producción de mercancías, sino que ha de comprenderse en conexión con el proceso global de reproducción capitalista. Siendo conscientes de los peligros del enfoque del individualismo metodológico, hemos de alejarnos de todo punto de vista que pretenda, explícita o inadvertidamente, vincular el dinero al exclusivo ejemplar individual mercantil entendido como modelo arquetípico.

De sostener una teoría de este tipo, que también puede encontrarse en ciertos pasajes de Marx⁶², mercancía y dinero se concebirían como las dos caras del desdoblamiento del valor en el plano del ejemplar particular. Por tanto, según tal análisis, el valor de la mercancía individual, determinado por una cantidad de trabajo determinada, encontraría una correspondencia inmediata y correlativa en la forma de mercancía dineraria. En términos sencillos, puede decirse que el dinero le “prestaría” a la mercancía individual una forma de

⁶² Tal y como Kurz nos muestra (2012a: 214-215), por ejemplo, en el capítulo dedicado al dinero de los *Grundrisse* (MEW 42: 119 ss.).

valor de carácter abstracto y general. Puestas así las cosas, partiendo de una congruencia general entre la forma dinero y la forma mercancía ya en el nivel de la mercancía individual, el proceso posterior que transforma “precios ideales” a “precios realizados” casi parecería innecesario, puesto que no vendría sino a suponer alguna modificación respecto de lo ya establecido.

En términos algo más concretos, este enfoque analítico constituye una interpretación *cuantitativa* del doble estatus de la mercancía de dinero. Se entiende que la mercancía dinero, como “mercancía entre mercancías”, establece una correlación 1:1 con los ejemplares mercantiles individuales, al tiempo que, funcionando como “dinero” en sentido general, permite la conversión de los valores en precios. Así pues, esta interpretación entiende la determinación del dinero a partir de dos elementos: en virtud de la relación con la mercancía individual y, asimismo, a partir de la correspondencia correlativa de esta última bajo la forma de dinero. Entendemos que, actuando de este modo, el dinero se da “dos veces”: primero, como correlación de la mercancía individual y, segundo, como correlación a nivel social global. Ya advertimos que desde la perspectiva kurzeana (2012a: 218 ss.) esta postura solo puede ser otra forma de individualismo metodológico, y así es.

Como ocurrió en el plano fundamental de la forma valor, este error analítico, también en este caso, oscurece hasta el punto de hacer desaparecer las particularidades específicas que implica que el capitalismo tenga como mecanismo mediador la competencia. Como ya tuvimos ocasión de explicar, la competencia implica ciertas peculiaridades que se deben tomar en consideración para el análisis. Sin duda, una de las de mayor importancia es la imposibilidad de determinar una congruencia entre sustancia de valor [*Wertsubstanz*] y magnitud de precios [*Preisgrösse*], algo directamente relacionado con la noción que estamos tratando aquí. Dada esta falta de correlación, ha de admitirse que el dinero que tiene lugar en el acto de compra no expresa el valor individual de la mercancía, como pretenden este tipo de teorías. Expresa su *precio empírico*, que, este sí, está conectado con la parte de la masa de valor global social que se ha obtenido en la competencia.

Una vez hemos expuesto esta cuestión, puede ser un buen momento para aclarar, asimismo, algunas diferencias específicas del dinero respecto al resto de mercancías, que pueden dividirse en dos.

En primer lugar, una característica relacionada con su valor de uso. Porque, aunque no podamos decir que el dinero “se da dos veces”, ¿hay acaso algún tipo de desdoblamiento que

haya de tenerse en consideración en la noción de dinero? Según Kurz (2012a: 218 ss.), sí. Existe un desdoblamiento específico de la mercancía dinero, pero únicamente en sentido *cualitativo*: como el resto de mercancías, también puede considerarse que tenga un determinado valor de uso.

Como bien es sabido, el valor de uso de la mercancía dinero consiste en *representar* o expresar de manera real el *valor abstracto* del resto de las mercancías. Este valor de uso es, en primer lugar y a diferencia del resto de mercancías, algo que no desaparece en su consumo (ya sea de manera de parcial o total) sino un valor de uso inmediato y puramente social. Precisamente en virtud de esta característica, el dinero no es un valor de uso en el sentido de la “utilidad” que consideramos normalmente, vinculada a nociones concretas y materiales. Ha sido su propia “expulsión” de la plebe mercantil lo que ha hecho de la objetividad de valor de la mercancía dinero un valor de uso a nivel social, es decir, es el propio movimiento de la totalidad capitalista lo que la ha hecho “reina”: motivo de más para comprenderlo solo a partir del movimiento global del mismo. De esta manera, el valor de la mercancía dinero consiste en su propio valor de uso de carácter fetichista. Esto solo es posible, como hemos dicho, por haber sido expulsada del universo de las mercancías, que provoca que el cuerpo de la mercancía, como tal individualidad, valga de manera directa como valor.

En segundo lugar, la mercancía dineraria se distingue del resto de mercancías también por una diferente relación entre la forma de valor [*Wertform*] y la magnitud de valor [*Wertgrösse*] (Kurz 2012a: 218-219). Veamos cómo, adelantando que vamos a jugar con ciertos conceptos que ya hemos explicado anteriormente, si bien aplicados a la forma dineraria.

Partamos de un hecho incontestable: tanto la mercancía como el dinero son forma de valor, puesto que ambas constituyen un momento determinado en el movimiento incesante de la valorización del valor en el capital. Sin embargo, tal como mostramos, la magnitud de valor de la mercancía en general se encuentra indeterminada. Esta, la magnitud de valor, o sea, la fracción de valor que posee respecto de la masa global de valor, se da únicamente bajo la forma de *precio realizado*. Esto significa que su magnitud de valor se fija a través de la competencia en el mercado; no tiene correlación con el gasto de trabajo individual que ha sido realizado para la elaboración de la mercancía. Dicho de otro modo, no hay algo así como “un valor individual” anclado, fundido con la corporalidad de la mercancía individual.

No obstante, ocurre exactamente al contrario en la mercancía “reina” dinero. Dado

que el dinero constituye el valor en general, el dinero debe representar valor también de manera individual, y así, la *forma de valor*, una determinación únicamente cualitativa en el caso de las mercancías en general, *coincide* en este caso con la determinación cuantitativa de la *magnitud de valor*. Encontramos de nuevo una coincidencia de dos términos que, en el resto de mercancías, se encuentran desintegradas, análoga a la que acaba de mencionarse en el caso del valor de uso y la objetividad de valor.

En resumen, las mercancías, en términos cuantitativos, solo tienen un precio individual, que antes de ser realizado, únicamente tienen un carácter *ideal*. Estos deben expresar valor real, es decir, aquella parte de valor global social a la que opta en el momento de su venta. El dinero, puesto que es aquello que permite realizar y representar los precios, debe ser valor individual de manera inmediata o directa, además de una mercancía. Esta es una condición que no ha de cumplirse en todas y cada una de las transacciones que tienen lugar en el mercado, sino que se trata de un *principio general*, aquel que, en términos internos, permite la pervivencia y funcionamiento del capitalismo de acuerdo a su específica legaliformidad. El hecho de que, en la mayoría de transacciones de nuestro día a día, sea posible sustituir este dinero real por distintos sucedáneos de distinto tipo, no debe suscitar dudas: la condición de posibilidad de la validez de los diferentes sustitutos se encuentra en la provisión [*Deckung*] del dinero en tanto que directo valor individual⁶³.

3.3.3. Dinero y fetiche: el dinero en conexión con la masa global de capital

Todavía es necesario tener presente una cuestión en nuestra argumentación sobre el dinero: la necesidad de la mercancía dineraria está relacionada de manera directa con el fetiche del capital, que, como sabemos, tiene un carácter internamente contradictorio. Para comprender bien en qué sentido, hemos de situarnos, primeramente, en el nivel de la totalidad capitalista.

Este es aquel nivel que tiene en cuenta la totalidad de transacciones y relaciones económicas dadas en un período de valorización del valor a escala global, que como es natural, dan lugar a una *masa global social de valor*. Dicha masa, de un lado, está representada en la masa total de mercancías. No obstante, esta masa de mercancías expresa

⁶³ La estructura interna del capitalismo no exige un cumplimiento riguroso de todos sus principios, sino que permite una cierta flexibilidad en su cumplimiento. Esto es, en cierto modo, connatural al propio hecho económico, que pone en relación ámbitos y sectores atados a multitud de diferencias y factores (distintos tiempos de producción y circulación de capital, factores concomitantes inesperados, etc.). No obstante, como tendremos oportunidad de ver con la teoría de la crisis, esta cierta permisividad no es irrestricta.

exclusivamente un momento *transitorio* en el movimiento del capital, pues este último ha de *realizarse* de manera continua. La realización tiene lugar siempre mediante el mecanismo de la competencia, que reparte, de manera desigual, la masa global de valor en la masa de mercancías.

Pero para que dicha realización pueda tener lugar, es necesario que la masa de valor global de las mercancías se desdoble, por su parte, en una masa global de dinero. Sabemos ya que la riqueza abstracta de las mercancías se expresa solo de forma *cualitativa* como objetividad de valor. Esta es una característica que está fundida con el cuerpo de las mercancías y que se constituye en el proceso de producción de la mercancía. En sentido *cuantitativo*, por contra, esta riqueza abstracta no puede aparecer ni expresarse por sí sola de manera directa: la masa global de valor de todas las mercancías es algo inaprehensible empíricamente de manera objetiva⁶⁴.

Puestas estas condiciones, es necesario que el valor abstracto como algo objetivo (el dinero) emerja, en primer lugar, como algo separado de los cuerpos de las mercancías, pasando a ser algo así como un “elemento de verificación” o “validación” *no directamente correlativo*. En segundo lugar, este, no puede dejar de ser, *cualitativamente*, una objetividad de valor.

De estas dos condiciones necesarias, lo más importante que hemos mencionado es precisamente ese carácter de “no correlatividad” directa que posee el dinero. Además, por dos motivos. Primeramente, por las posibles faltas de correspondencia que pueden darse entre trabajo y valor, porque, “que no hay regla sin excepción” es una máxima que también sigue el capitalismo. De esta manera, en este sistema es perfectamente posible (Kurz 2012a: 220) que una mercancía individual se produzca sin un solo *quantum* de energía de trabajo y, a pesar de ello, alcance un *precio realizado* en el mercado, adquiriendo una fracción de la masa global social. Esta peculiar característica, tan sumamente contrafáctica, no es aplicable, por el contrario, en el caso del dinero. Esto es algo que puede demostrarse ya en el propio plano del análisis simple de la mercancía. Veamos cómo.

Marx, en el primer tomo de *El Capital* hace ver (Marx, MEW 23: 62-85 [58-86]),

⁶⁴ De nuevo, esto es algo que está relacionado con la forma de mediación social de la producción en el capitalismo, que tiene lugar por la competencia de productores privados enfrentados entre sí. Si los elementos y agentes productivos son agentes “ciegos” entre sí, la verificación de la validez social del valor constituido solo puede darse *ex post*, con carácter retroactivo. Es algo que se agrava una vez que la “ceguera” no es el único elemento en juego: la competencia implica una actitud de rivalidad que tiende, en su reiteración, a la sobreexplotación y por ello a una cada vez mayor posibilidad de surgimiento de crisis de desvalorización, como examinaremos más adelante.

que la forma del equivalente general del dinero proviene del desarrollo de “una forma relativa”. En esta “forma relativa” —un paso intermedio de carácter analítico necesario para la explicación— se hace posible el intercambio entre una cantidad determinada de mercancías pertenecientes al “populacho”, y este, en virtud de su fundamento común: una determinada cantidad de trabajo abstracto (por ende, en una determinada cantidad de sustancia de valor). Si esta forma de intercambio relativa está ya fundamentada sobre la base del trabajo abstracto, carecería de sentido que su forma desarrollada (la del dinero como equivalente general) no lo estuviera. Lo lógico es que el dinero se fundamente sobre la misma base que su forma precedente, es decir, sobre la sustancia de trabajo abstracto. Además, ha de tenerse en cuenta que toda expresión de valor, que se representa en la forma de una relación entre dos ítems, exige necesariamente como fundamento el *tercero* común a ambas, o sea, que ambas partes sean distintas caras de expresión del valor. Que aquel elemento que cumple el papel de cuantificador en esta relación carezca de sustancia común resulta un imposible.

En segundo lugar, la falta de una correlación directa entre mercancía y dinero también tiene implicaciones directas con la posibilidad de fricciones en la conversión de una a otra. Esto es importante señalarlo aquí, pero tendremos ocasión de verlo con exactitud solo una vez nos ocupemos, en la siguiente sección, de la teoría de la crisis.

A nivel social global, la equivalencia en el capitalismo solo puede consistir en la correspondencia más aproximada posible entre la masa de precios [*Preismasse*] y la masa de valor. La masa de valor, por su parte, se expresa solo de manera directa y objetiva en la forma de dinero. Siendo esto así, la relación de equivalencia tiene que tener lugar entre i) la masa de valor, que está representada por la masa total de las mercancías y ii) la cantidad de dinero (dinero como directo o inmediato valor de carácter sustancial, no sustitutos o sucedáneos del mismo). Ahora bien, “masa” o “cantidad” no han de entenderse al modo de la tradición. Su concepción específica tiene como resultado una visión muy diferente del conjunto capitalista:

El concepto de “masa” o “cantidad” no se relaciona aquí sin más con la cantidad o suma de piezas individuales (como en la así llamada “teoría de la cantidad” del dinero burguesa), sino que se relaciona con la doble magnitud de sustancia de valor en energía de trabajo humano-abstracto, que tiene que ser congruente socialmente, sea como sea que se divida en las mercancías individuales y “piezas de dinero” o unidades de dinero en la mediación a través de la competencia. Por ello no se contraponen, de manera externa, “montañas de mercancías” y “montañas de dinero”, como [ocurre] [...] en la teoría

cuantitativa, originariamente puramente numérica y de carácter formal, sino dos formas de aparición del valor, que son igualmente sustanciales. La energía de trabajo global “válida” en términos capitalistas debe dividirse de manera congruente en el desdoblamiento, por un lado en el “populacho de mercancías” y por otro en la mercancía “reina” dineraria. Se entiende por sí mismo que ya solo aquí yace la potencia de enormes fricciones [en el] movimiento de mediación. (Kurz 2012a: 221).

Con estas palabras, Kurz insiste nuevamente en la necesidad de no concebir de manera directamente correlativa la correspondencia existente entre la masa de mercancías y la masa de precios, entendiéndolas en sentido empírico como montañas de mercancías y dinero respectivamente. Nos invita, por el contrario, a pensarlo en relación a lo que tienen en común: su sustancia de valor, bajo la forma de energía abstracta humana, la cual “tiene que ser congruente socialmente”. Verdaderamente, nos encontramos ante uno de los pasajes más crípticos de Kurz en el texto de *Geld ohne Wert* y, a decir verdad, no podemos estar plenamente seguros de su interpretación. No obstante, la invocación de la necesidad a la “congruencia social” y la apelación a su comprensión conjunta con la sustancia de valor, que también se encuentra presente en el trabajo abstracto, nos conduce a pensarla en relación con la posibilidad de perpetuación del entero sistema de reproducción social.

Vista desde esta perspectiva, la correspondencia entre ambas magnitudes no tiene un carácter aritmético, sino, más bien, relacionado con la posibilidad de mantener la valorización del valor junto a unos estándares suficientes de bienestar y ocupación de las poblaciones sometidas a dicha estructura social. Para que esto último tenga lugar, es necesario que la correspondencia de ambas magnitudes fluya de manera suficientemente eficiente, de modo que permita su pervivencia sin fricciones. Aunque sabemos que dicha explicación puede resultar poco satisfactoria a quien esperara comprender de manera transparente lo que aquí está en juego, esta se hará completamente nítida una vez la materialicemos en el plano concreto de la crisis y, de manera ulterior, en el análisis crítico del presente. Por otro lado, ambos asuntos solo se pueden entender de manera completa si tenemos en cuenta sus principios fundamentales, así que (nos guste más o menos personalmente) estos momentos de abstracción son insoslayables.

Por otra parte, con la formulación de estas dos características nos hemos alejado definitivamente de la concepción de la economía clásica y neoclásica que, cada vez con mayores motivos, corrobora su carácter erróneo. A pesar de sus evidentes fallos, se debe

admitir que dicha concepción no nace de la arbitrariedad. Hay fenómenos que permiten explicar su aparición, que ayudan a entender qué momento de verdad contienen. Para hacer honor a tal momento, en la siguiente y última subsección vamos a intentar dar cuenta de ellos. De manera adicional, dada la relación de las teorías clásica y neoclásica con la perspectiva heinrichiana, al hilo de lo explicado, aprovecharemos igualmente para formular algunas de las características de su propia concepción.

3.3.4. Recapitulación sobre la teoría clásica y neoclásica. La crítica a Heinrich

Al comienzo de este capítulo, habíamos visto como la tradición de la Economía Política, partiendo de una concepción híbrida del dinero, parecía haberse decantado por su interpretación como mero recurso funcional para el intercambio, es decir, por una descripción del dinero como “mero signo”. Kurz, tras el camino argumentativo recorrido, explica en su texto que hay dos fenómenos que pueden ayudarnos a comprender el surgimiento de esta concepción (Kurz 2012a: 222-225).

Por un lado, la multitud de transacciones, recorridos y cambio de manos que se dan en la relación entre mercancía y dinero (o sus sucedáneos). Estos pueden parecer al observador manifestaciones fácticas de una efectiva circulación mercantil, pero en realidad, no representan nada significativo con respecto a las metamorfosis del capital y su proceso de realización. La equivalencia global social en que se ha insistido aquí consiste en que, en el intervalo de un determinado lapso temporal, tiene que darse la *realización* de la masa de mercancías en la masa de *dinero*. Esto no es algo que pueda esquivarse, pero dentro del mencionado lapso temporal, la mercancía dinero puede atravesar diferentes movimientos de realización, así como diversas representaciones de distintas objetividades de valor (mercancía/dinero), sin que por ello las dos masas globales (valor/dinero) tengan que ser idénticas o igualmente grandes. De manera añadida, la velocidad de las transacciones juega un papel catalizador en la posibilidad de reiteración de tal dinámica. Cuanto mayor es la velocidad de las transacciones, menor debe ser la masa de valor global sustancial del valor que puede representar el valor y plusvalor objetivado del mundo de la mercancía en su conjunto⁶⁵.

65 El motivo de este papel catalizador de la velocidad de las transacciones tiene que ver con el específico rol que adquiere el dinero como medio de pago y su correlación con el surgimiento del dinero crediticio. Es algo que explica el propio Marx en el tercer capítulo de *El Capital* justo antes de la explicación de la crisis dineraria: “En todo lapso determinado del proceso de circulación, las obligaciones vencidas representan la *suma de los precios* de las mercancías cuya venta las hizo surgir. La masa de dinero necesaria para la *realización* de esa suma de precios depende, en primer término, de la *velocidad con que recorren su curso*

Aunque ambos fenómenos empíricos hayan logrado confundir a la teoría clásica, ninguna de las dos cambia en un ápice la estructura fundamental del capitalismo, que reposa en el dinero como “provisión” y cobertura del sistema. Tampoco modifica el carácter propio del movimiento de acumulación. Este último exige ineluctablemente un aumento exponencial de plusvalor y por ende, un aumento exponencial de plustrabajo. Aunque esto se hace patente únicamente en las crisis, la existencia de estas últimas viene a mostrar la vigencia de este principio aún en épocas prósperas.

El segundo factor que permite explicar el surgimiento de la teoría del dinero como mero signo tiene que ver con la capacidad de sustitución del dinero. Como sabemos por nuestra realidad inmediata, el dinero puede ser reemplazado a través de diferentes sustitutos en el día a día de las transacciones económicas cotidianas. Aunque en el funcionamiento habitual del capitalismo pueden utilizarse diferentes “símbolos” que actúan como representantes directos de la mercancía dinero, esta es la única que, en última instancia, es válida. Nuevamente, esto es algo que se pone de manifiesto de manera especialmente trágica en las crisis. En estas, el dinero irrumpe violentamente en la sociedad en su rol de depósito de valores, algo que en épocas de bonanza económica se encuentra exclusivamente implícito. Todo lo que no sea mercancía áurea pierde toda validez en la crisis dineraria, algo que explica de manera magistral Marx en el tercer capítulo de *El Capital*:

La misma [la crisis, CNR] solo se produce allí donde la cadena consecutiva de pagos y un sistema artificial de compensación han alcanzado su pleno desarrollo. Al suscitarse perturbaciones más generales de ese mecanismo, procedan de donde procedan, el dinero pasa, de manera súbita y no mediada, de la figura puramente ideal del dinero de cuenta a la del

los medios de pago. Esta depende de dos circunstancias: la *concatenación* de las relaciones entre acreedores y deudores, de tal modo que A, que recibe dinero de su deudor B, se lo paga a su acreedor C, etcétera, y el *lapso* que media entre los diversos plazos de pago. La cadena consecutiva de pagos, o de primeras metamorfosis efectuadas a posteriori, se distingue esencialmente del entrelazamiento, antes considerado, de las series de metamorfosis. La conexión entre vendedores y compradores no solo se *expresa* en el curso del medio de circulación: la conexión misma surge en el curso del dinero y con él. En cambio, el movimiento del medio de pago expresa una conexión social preexistente. La simultaneidad y yuxtaposición de las ventas limitan el reemplazo de la masa de moneda resultante de la velocidad de su curso. Constituyen, por el contrario, una nueva palanca en la economía de los medios de pago. Con la concentración de los pagos en el mismo lugar se desarrollan, de manera espontánea, institutos y métodos para compensarlos. [...] La función del dinero como medio de pago trae consigo una contradicción no mediada. En la medida en que se compensan los pagos, el dinero funciona solo *idealmente como dinero de cuenta* o medida de los valores. En la medida en que los pagos se efectúan realmente, el dinero ya no entra en escena como medio de circulación, como forma puramente evanescente y mediadora del metabolismo, sino como la encarnación individual del trabajo social, como la existencia autónoma del valor de cambio, como mercancía absoluta”. (Marx, MEW 23: 151-152 [167-168]).

dinero contante y sonante. Las mercancías profanas ya no pueden sustituirlo. [...] Hacía apenas una instante que el burgués, ebrio de prosperidad, había proclamado con sabihonda jactancia que el dinero era una ilusión huera. Solo la mercancía es dinero. ¡Solo el dinero es mercancía!, es el clamor que ahora resuena en el mercado mundial. Como el ciervo brama por agua clara, el alma del burgués clama por dinero, la única riqueza. (Marx, MEW 23: 152 [168-169]).

Lo que aquí Marx explica, tal y como comenta Kurz, es la demostración violenta de que los signos sustitutivos del valor no son dinero real. A la vista de tales acontecimientos históricos, no deja de resultar cuanto menos curioso que, en la teoría económica ortodoxa, sea precisamente la concepción sustancial del dinero como una “mercancía expulsada” lo que llevara a la mayoría de intérpretes a concebir la teoría de Marx como algo anticuado y de escasa capacidad explicativa⁶⁶, cuando la realidad le ha dado la razón en más de una ocasión. Sin embargo, tal acusación no es exclusiva de la teoría clásica, neoclásica o marginalista. También es posible encontrarla en el propio campo del marxismo: Michael Heinrich no constituye una excepción, situación que queremos utilizar como ocasión para hacernos cargo de algunas especificidades de su teoría.

Así, Heinrich, en los capítulos dedicados al dinero en su *Crítica de la economía política* (Heinrich 2008: 77 ss.) comienza con una exposición sencilla de los distintos roles que el dinero juega en el sistema capitalista, siguiendo para ello el esquema de Marx en el tercer capítulo de *El Capital*. Después de la exposición, comenta lo siguiente:

Marx parte en *El Capital* de que el dinero siempre tiene que estar vinculado a una determinada mercancía. En su época el oro representaba este papel de “mercancía dineraria”. [...] Ciertamente, apenas circulaba ya oro, pero el papel moneda circulante era solo el representante del oro. [...] ...Marx no podía imaginarse un sistema monetario capitalista sin mercancía dineraria. Sin embargo, esto no se deriva en absoluto de su análisis de la mercancía y del dinero. En el marco del análisis de la forma de valor, Marx había desarrollado las *determinaciones formales* del equivalente general, y el análisis del proceso de intercambio dio como resultado que los poseedores de mercancías tenían que referir sus mercancías a un equivalente general. Pero el hecho de que este equivalente general tuviera

66 En la intervención Navarro Ruiz 2019c, anteriormente citada, hemos defendido una posición crítica con la concepción kurzeana del dinero. En la presente argumentación tan solo estamos intentando exponer de manera exhaustiva la posición del teórico de la escisión del valor. Aunque asumimos la necesidad renovada de posicionarnos, es algo que realizaremos más adelante, una vez contemos con todos los elementos necesarios para nuestra reflexión.

que ser necesariamente una mercancía no es algo que Marx haya demostrado, sino que lo supuso. Lo que sirve como equivalente general (que se trate de una mercancía o meramente de papel moneda) no puede determinarse al nivel de la circulación simple. (Heinrich 2008: 83-84).

Como vemos, Heinrich defiende aquí que la tesis marxiana del carácter de mercancía del dinero es una presuposición de Marx, que en absoluto es necesaria para defender su posición. La tesis no puede encontrarse más diametralmente opuesta a la posición de Kurz. En aquellas secciones que el editor de *EXIT!* dedica a tratar la tesis heinrichiana del dinero (Kurz 2012a: 228 ss.) explica que, en este caso, la posición de su contendiente teórico se trata únicamente de un paso argumentativo coherente. La falta de sustancialidad del valor que implica la teoría heinrichiana lleva a este autor a ignorar la necesidad de comprender el dinero como mercancía. Por su parte, la borradura del carácter constitutivo de esta concepción del dinero implica, simultáneamente, que se oblitere la revolución teórica que posibilitó Marx con su teoría, lo que indica bien la misma posición heinrichiana.

Sea como fuere, a decir verdad, Kurz no dedica demasiado espacio a criticar a Heinrich, por considerarlo, tal vez, un ejercicio ya implícito en su anterior crítica a la concepción de la forma valor. Desde nuestra perspectiva, no obstante, este ejercicio puede resultar interesante. Merece la pena que nos remitamos nuevamente a *Die Wissenschaft vom Wert*, (Heinrich 1999b: 233 ss.) donde este autor da cuenta de su posición con algo más de concreción.

Allí nos explica que, aparentemente, parece natural asumir la concepción marxiana tal y como el pensador alemán la explica en *El Capital*: es decir, considerando que el equivalente general de las mercancías es, asimismo, una de ellas. No obstante, nos comenta, tal inferencia no es obligatoria. ¿Por qué? Porque *no estamos ante el mismo tipo de abstracción*. El equivalente general no vale, como el resto de las mercancías, simplemente como objeto de valor [*Wertgegenstand*], sino que, con el dinero, estamos ante la figura de valor [*Wertgestalt*] exclusiva y de carácter inmediato. Así pues, en tanto que expresión de “riqueza abstracta”, con el equivalente general estamos ante una forma particular de abstracción.

Expliquemos esto aún de manera más concreta. Cuando estamos ante ejemplares de mercancías al uso, podemos decir que estas son “objetos de valor” [*Wertgegenstände*] en tanto abstraemos de su valor de uso específico y las remitimos a su objetividad de valor como especie común de ambas. No es esto lo que ocurre con el dinero. Este vale como

materialización del carácter abstracto de esa especie común de ambas mercancías⁶⁷, es decir, que, en este caso, es la propia *especie común* la que se ha elevado a la *existencia real*. Cuando esto es así, es decir, cuando la especie común de un conjunto de individuos aparece junto a estos bajo la forma de una existencia independiente, esta circunstancia no tiene por qué materializarse *necesariamente* bajo la forma común de especie e individuos (en este caso, bajo la forma de una mercancía entre otras). En otros términos: puesto que estamos ante una abstracción de diferente carácter, ante una abstracción individual de un género específico, esta no ha por qué materializarse en los términos de las diferentes subespecies que dicho género acoge.

Aunque esta argumentación nos pueda parecer plausible, lo cierto es que no se trata más que una mera suposición de Heinrich, que no está fundamentada *per se*: ¿bajo qué principio o fundamento puede afirmarse que la materialización de un género no tiene por qué ser el mismo de sus respectivas subespecies, si, justamente, su vinculación común nos invita a pensar lo contrario? No negamos que Heinrich pueda estar en lo correcto, pero hace falta algún tipo de explicación o fundamento. Precisamente es eso lo que Kurz le reclama al editor de los MEGA respecto a su teoría del dinero⁶⁸.

Pero incluso aun cuando quisiéramos dejar espacio a la posibilidad de que la teoría heinrichiana del dinero fuera correcta, lo cierto es que tal juicio no resiste el análisis de sus tesis. Unas líneas más abajo en *Die Wissenschaft vom Wert* del fragmento que hemos citado más arriba, encontramos un fragmento con el que descubrimos que es la ausencia de una noción de valor sustancial lo que origina su concepción. De manera inesperada, nos vemos obligados a otorgarle la razón a Kurz. Veamos en que términos se expresa Heinrich:

Las mercancías reales son siempre unidad de valor y valor de uso, “cosas

67 Heinrich recurre en este momento del texto, de manera muy pertinente, a un fragmento del propio Marx. El dinero expresa una abstracción que pudiera ser comparable a la que tendría lugar si fuera posible, en la realidad, la materialización efectiva de la categoría abstracta “animal”, que es un concepto que en la realidad solo puede existir en la forma de sus diferentes especies concretas. Tal y como él mismo explica en la primera edición de *El Capital*: “Es como si al lado y además de leones, tigres, liebres y todo el resto de animales reales, que agrupadas conforman los distintos géneros, especies, subespecie, familias, etc., del mundo animal, todavía existiera *el animal*, la encarnación individual del entero reino animal” (MEGA II.5: 37).

68 A Kurz le parece completamente inaceptable que Heinrich se apoye en la fáctica desvinculación del dinero respecto de su patrón oro (acontecimiento histórico acaecido en 1973 y del que daremos cuenta más abajo), y crea así fundamentar o, cuanto menos, reforzar su perspectiva acerca del dinero (Kurz 2012a: 232, Heinrich 2008: 84). Sea como fuere, ha de decirse que, por lo menos en el caso de la teoría del dinero, debe admitirse que la posición kurzeana no puede ser acusada de falta de fundamentación. Su concepción del dinero se remite y vincula a la sustancialidad común de las dos caras de mercancía y dinero y, además, explica su mutua interrelación.

sensorialmente suprasensibles” (Marx, MEW 23: 85 [87]). Lo “suprasensible” en la mercancía no es el *contenido* de la determinación de valor, sino la *forma valor*, la específica *objetividad* del valor. Esta parte *suprasensible* de la mercancía adquiere en el dinero una existencia *sensitiva*. Lo suprasensible no puede en absoluto existir de manera sensitiva, solo puede ser *señalado* a través de un objeto sensitivo. La existencia inmediata del valor, *valor como tal* es una abstracción, un objeto real solo puede *representar* esta abstracción. [...] Como dinero también el oro es *signo*, pero no simplemente de valor, sino de *valor como tal*. En este sentido es *cada* dinero un *signo de valor*, incluso cuando posea un valor propio. (Heinrich 1999b: 235).

Ante esta cita, es necesario que, en primer lugar, recordemos ciertas cosas que vimos en la sección anterior. Allí tuvimos ocasión de explicar que, en este autor, los conceptos relacionados con la forma valor se vinculan en última instancia únicamente a la “relación de validez” que constituye el trabajo abstracto en el acto de intercambio. Vimos que con esta perspectiva quedaba, cuanto menos, indeterminado en qué consisten realmente cada uno de estos términos. Lo único que podíamos saber de términos como “objetividad de valor”, por ejemplo, era que posee una objetividad social, completamente diferente a una “objetividad material”, pero sin decirnos qué significan dichos términos.

Una vez tenemos presente esto, sabemos que “aquello suprasensible” de la forma valor que, Heinrich nos indica “solo puede ser señalado” por el dinero⁶⁹, no tiene, en términos teóricos, un fundamento sólido al que anclarse. Siendo esto así, es natural que Heinrich apueste por una concepción del dinero que parece acercarlo muy peligrosamente a las posturas neoclásicas, algo que Kurz afirma sin reserva alguna⁷⁰ (Kurz 2012a: 232).

69 Curiosamente, Heinrich afirma en el mismo fragmento que, por su parte, esta parte suprasensible adquiere en el dinero una experiencia “sensitiva”: aunque no lo hayamos pensado hasta sus últimas consecuencias, tenemos dudas respecto a que la teoría, en términos internos, sea coherente consigo misma.

70 Esta posible lectura de su concepción es algo que parece sospechar el propio Heinrich, cuando en su texto siente la necesidad de separarse de las teorías nominalistas. En Heinrich 1999b explica: “La concepción de que el dinero siempre es solo señal de dinero como tal, no se dejar entender simplemente como un nominalismo de la teoría del dinero. En el nominalismo [...] el dinero es meramente el portador de una unidad de cuenta [...] sin vinculación a teoría del valor alguna. Aquí, por el contrario, la teoría del dinero se entrecruza de manera inseparable con la teoría del valor, el dinero no es simplemente una unidad de cuenta sino representante de *valor como tal*, expresión autónoma e inmediata de valor. Que, de manera lógica, el dinero no esté vinculado a una mercancía dineraria, tampoco significa en ningún caso, que el análisis de la forma mercancía fuera superflua, como *análisis formal* [*Formanalyse*] desarrolla precisamente la determinación formal decisiva del dinero: la *forma* de equivalente general”. (Heinrich 1999b: 236-237). Honestamente, desde aquí no terminamos de comprender cómo hacer compatible este fragmento con la argumentación anteriormente expuesta, en que la “abstracción” específica que constituye el dinero implica que el resultado mismo de la deducción del equivalente general en Marx, (que pasa por “expulsar” una mercancía del intercambio y convertirla en “reina”) se había obliterado para hacer sitio a la posibilidad de que el dinero no fuera una mercancía. Con Kurz, no puede dejar de admitirse que “cómo sea una “forma independiente del valor” sin una sustancia [de valor, se refiere al trabajo abstracto, CNR] independiente es,

Aunque no quisiéramos realizar un juicio tan severo como el kurzeano, lo cierto es que hemos encontrado ya numerosas inconsistencias en la teoría heinrichiana, de las que cabe preguntarse si tienen una raíz común. Según Kurz (2012a: 231), así es. Muchos de los problemas que podemos localizar en este autor reposan sobre un único pilar: su noción de “validez” que oscila, de manera difusa y alternativa, entre la noción de una validez objetiva, en el sentido de la relación fetichista objetivada y cosificada; y una validez [*Gültigkeit*] como vigencia [*Geltung*] de carácter subjetivo (en el sentido de la representación burguesa como contrato, convención o decreto). Su tesis respecto al dinero es un buen exponente. Determinar el dinero como forma autónoma de valor, sin fundamentar expresamente en qué consiste su carácter real y su vinculación a la forma del valor (más cuando la consecuencia expresa de la vinculación a la forma de valor sería considerar al dinero como mercancía), no es suficiente para distinguirlo nítidamente de las teorías burguesas.

Tras esta argumentación, no cabe sino otorgar la razón al argumento kurzeano y admitir que la materialización efectiva de una forma general objetiva, el dinero, solo puede darse bajo la forma de la mercancía. Que una teoría tal sea más o menos operativa o que, quizá, no consiga en apariencia aprehender los fenómenos empíricos actuales, es algo que para Kurz no habla en demérito de su enfoque: al contrario, habla en demérito de la salud de la realidad capitalista que pretende explicar.

Con esto puede darse por concluida la exposición de los rasgos generales de la mercancía dinero. A continuación, comprobaremos su importancia a la hora de comprender la teoría de la crisis. Hemos visto que la relativa flexibilidad del dinero, cuya ejecución funcional dentro del capitalismo se puede realizar a través de sustitutos o representantes ideales, tiene sin embargo un fundamento sustancial que no ha de pasarse por alto. Precisamente, este fundamento sustancial es el que precisamente se pone de manifiesto en la crisis.

3.4. La teoría de la crisis

La diferente comprensión que Heinrich y Kurz tienen de la noción de crisis en el capitalismo es el punto que más tinta ha hecho correr en las discusiones de la recepción marxiana en el contexto germanoparlante. No en vano, la teoría del “límite interno” del capitalismo es una de las tesis más controvertidas de la *Wertabspaltungskritik*, que ha

de nuevo, un secreto de Heinrich” (2012a: 231).

levantado ampollas ya desde la publicación de los escritos más tempranos de esta teoría, como “Die Krise des Tauschwerts” (Kurz 1986, Ortlieb 2009). A decir verdad, no resulta sorprendente. El argumento crítico consiste en la determinación de un límite objetivo, interno y definitivo de la posibilidad de valorización del valor, y con ello, del entero sistema capitalista. Para los teóricos marxistas ajenos al enclave crítico del valor-escisión, dicha afirmación recuerda en exceso a ciertos aparentes determinismos del marxismo temprano que llamarían a la inacción, puesto que, si el capitalismo habría de derrumbarse por sí solo, no se vería por qué habría de hacerse nada para contribuir a ello. Más allá de ciertas calificaciones poco respetuosas⁷¹, lo cierto es que acercarse a este asunto es de utilidad para comprender gran parte de las afirmaciones teóricas de esta línea. Por lo que respecta a la discusión más agria (aunque nos ocuparemos de ello en las conclusiones) cabe decir de entrada que la teoría de la crisis kurzeana no implica un determinismo teórico (Kurz 2012b, 2013b).

En la siguiente sección, como en la anterior, comenzaremos por exponer lo más claramente posible la teoría de Kurz y, más tarde, pasaremos a la explicación de las diferencias de su tesis con la postura de Heinrich, intentando ver ambas líneas de reflexión en planos más allá del exclusivamente conceptual. Terminaremos con la exposición y problematización de un acontecimiento histórico: la pérdida del patrón oro como garante y seguro de las divisas, que dará paso a una reconsideración general de ambas posturas que se explicará en el siguiente capítulo.

Cabe mencionar, que en contra de lo que sería esperable, no nos ocuparemos aquí de manera detallada del problema de la caída tendencial de la tasa de beneficio, asunto clásico en la discusión marxista. Si bien ambos autores dedican espacio a su reflexión, esta es una cuestión que ha de considerarse, según la teoría kurzeana, de segundo orden con respecto a la teoría de la crisis y la noción de “límite interno del capital” vinculada a ella. Por este motivo y, para poder centrar nuestra argumentación en lo más relevante, hemos decidido relegar esta

71 Dicho tono puede verse perfectamente ejemplificado en la reseña que Ingo Stützle hizo de la obra *Marx lesen!*, de Kurz: “Respecto a la pregunta de por qué precisamente las tesis de Kurz encuentran tanta aceptación, uno se topa inevitablemente con la cuestión de que Kurz constituye una buena parte de la mala conciencia burguesa que se despierta ante la notoria maldad del mundo. El capitalismo realmente existente, según Kurz, tiene tendencias “cínicas”, “desvergonzadas” y “de mal gusto”. La fuente de la que Kurz alimenta su crítica es un modelo normativo que se aplica a la realidad social y se opone al capitalismo la discrepancia entre “ser” y “deber-ser”, [*sollen*] como un requerimiento. Los fenómenos denunciados por Kurz como pobreza, hambre y destrucción de la naturaleza no son otra cosa que una expresión de la dinámica del modo de producción capitalista. Robert Kurz está atrapado en una autocerteza [*Selbstvergewisserung*] burguesa entendida de modo idealista, que pretende poder transformar las realidades sociales con un ideal normativo. Justo aquí se puede ver la conexión de Kurz con la burguesía, pues se ha liberado de una espina revolucionaria. Renuncia completamente a una autocomprensión revolucionaria y de teoría de clase.” (Stützle 2001).

cuestión a los márgenes de nuestro texto.

3.4.1. Tesis kurzeanas. Contradicción entre materia y forma, límite interno

Realizadas estas cuestiones introductorias, conviene comenzar por recordar algunas nociones de importancia que ya se han explicado. En el capítulo dedicado al dinero, expusimos la relación directa que existe entre la mercancía dineraria con el carácter contradictorio del fetiche del capital. Tal como dijimos, la masa global social de valor se representa, por una parte, en la masa total de mercancías, pero estas no representan sino un momento transitorio del capital que ha de *realizarse* por medio de los mecanismos competenciales. Por este motivo, representan riqueza abstracta únicamente en sentido *cualitativo* y de manera tentativa, en tanto son objetividades de valor [*Wertgegenständlichkeiten*]. Su determinación cuantitativa es resultado de su realización y se expresa en la masa global de *dinero*, que es la otra cara del desdoblamiento de la masa global de valor [*Gesamtwertmasse*].

Ahora bien, como sabemos, las imperfecciones propias del sistema de mediación por la competencia (que permiten, como ya se ha dicho, ciertas excepciones) tienen algunas consecuencias de importancia. En primer lugar, que no podamos considerar al dinero como un elemento directamente correlativo con el supuesto valor incluido en la mercancía individual. De hecho, si pensamos hasta el final las consecuencias teóricas de la necesidad de realización de las mercancías, la propia noción de magnitud de valor individual de la mercancía solo puede considerarse como un elemento determinable de *manera retroactiva* (y únicamente de manera indiciaria) a la realización de un ciclo de valorización del capital, nunca de manera previa a su propia realización, *ex ante*. En segundo lugar, ha de recordarse de nuevo que, a nivel social global, la equivalencia de las dos caras del desdoblamiento de la masa global de valor (masa global de mercancías y masa global de dinero), solo puede consistir en una *correspondencia aproximada* con la masa de precios realizados. De esta manera —teniendo presente que la representación objetiva, empírica y directa de esta masa de valor la constituye la masa global de dinero— tenemos que la validación de la energía de trabajo humana se divide necesariamente, por una parte, en una magnitud determinada y cuantificable de dinero, y por otra, en una masa de mercancías cuyo carácter cuantitativo está *indeterminado* a expensas de los movimientos competitivos. Es en esta última consecuencia que se ha reiterado donde puede observarse la posibilidad de una crisis capitalista.

Observemos más de cerca qué tenemos entre manos.

La masa global de valor se desdobra de manera necesaria, en sendas masas de dinero y mercancías. Una de ellas es representante objetivo y directamente cuantificable de la riqueza abstracta: el dinero. Cada uno de los ejemplares de la masa global de mercancías, por su parte, ha de esperar a su realización en el mercado para poder verificarse como poseedora de una determinada fracción de la masa global de valor, es decir, para verificarse, asimismo, como representante de *riqueza abstracta*, en un determinado grado cuantitativo. Por otro lado, el único fin del capitalismo, su fin en sí, es el aumento de la riqueza abstracta o “valorización del valor”: en virtud de ello, las mercancías *valen*, en términos capitalistas, si (y solo si) consiguen realizarse. Pero hay un aspecto que es inseparable, asimismo, de las mercancías: su aspecto material. A pesar de que, como se haya argumentado antes, las mercancías son siempre, *en términos cualitativos*, “objetividad de valor”, no podemos pasar por alto que constituyen también una cierta materialidad, tal como veíamos en el ejemplo de la pieza de bollería.

Ante la consideración de lo expuesto, puede determinarse que la causa última de las crisis en el capitalismo, y lo que nos aproxima a la determinación teórica de un límite interno objetivo al mismo, es la contradicción entre sustancia material [*stofflichen*] y sustancia de valor, es decir, entre riqueza concreta y abstracta⁷². Evidentemente esta afirmación no dice mucho por sí misma, y por ello, vamos a explicar su sentido a continuación.

Para comenzar a hacernos cargo de este asunto, lo más útil es partir de la explicación kurzeana en *Geld ohne Wert* (Navarro Ruiz 2016b, Kurz 2012a: 246 ss.). En este texto se comienza por exponer el fragmento de Marx donde se explica de manera clara la posibilidad de un fundamento común a todas las crisis⁷³. Dicho fragmento se encuentra en el tercer tomo

72 Para comprender esta cuestión de manera más específica, puede remitirse al texto de Ortlieb (2009) presente en la revista *EXIT!*, si bien ha de advertirse al posible interesado que las tesis que ahí se defienden no son completamente compatibles con la argumentación kurzeana, al menos bajo la consideración de los fines argumentativos que persiguen estas secciones de *Geld ohne Wert*. El lugar donde esto se expresa de manera más evidente se encuentra en su consideración detallada de los términos “riqueza concreta” y “abstracta”, donde se asume acríticamente la caracterización de Moishe Postone (Postone 2003, Ortlieb 2009: 26 ss.). ¿Qué tiene esto de problemático? Que Postone, a pesar de que comprenda (del mismo modo que Kurz) que la riqueza material no constituye el “lado bueno” de la forma valor, sí que considera que puede darse una caracterización “más general” de la riqueza material en la que incluyamos tanto bienes no mercantilizados (el aire que respiramos) como aquellos que no aspiran a la realización mercantil como tal (como el saber o la información, si bien pudiera argumentarse que dichos bienes sí coadyuvan en la realización de la mercancía “fuerza de trabajo” de quienes los posee). En la argumentación de *Geld ohne Wert* nos parece que se abstrae de esta representación más general de este concepto, por lo que, con ánimo de no confundir al lector, hemos decidido prescindir de ella en el cuerpo de este escrito.

73 A lo largo del libro III de *El Capital*, que, como se ha mencionado ya, es un texto que se escribió en una etapa anterior al libro I y cuya edición fue póstuma (con todas las modificaciones a que ello dio lugar) Marx

de *El Capital* y reza como sigue:

La razón última de todas las crisis reales siempre sigue siendo la pobreza y la restricción del consumo de las masas en contraste con la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si solamente la capacidad absoluta de consumo de la sociedad constituyese ese límite (Marx, MEW 25: 501; [623]).

Podría pensarse, en primera instancia, que el problema a que aquí se refiere Marx es de un problema de distribución de recursos. Pero en realidad, Marx “lanza aquí la pregunta acerca de en qué relación se encuentran, por una parte, el momento material (el llamado “valor de uso”) y por otro, el momento del valor, a ambos lados de la masa [total] de las mercancías y la masa [total] de dinero” (Kurz, 2012a: 247). En otras palabras, Marx se está refiriendo aquí al problema que hemos mencionado anteriormente con respecto a la masa total de valor e intenta observar sus peculiaridades desde una perspectiva atenta al momento material, y así, a la “riqueza concreta”. Tal como tuvimos ocasión de examinar, en la bicefalia de la masa global de valor, la mercancía posee un desdoblamiento inherente propio, aquel que lo desdobra en valor y valor de uso, o lo que es lo mismo: en un momento *abstracto* y otro *concreto*.

En la cita de Marx, según Kurz, la masa de mercancías producida, la oferta, se está comprendiendo implícitamente en su faceta material. Esta hace referencia al valor de uso, es decir, esta magnitud está siendo considerada como una determinada masa de bienes materiales que crece al ritmo del desarrollo de las fuerzas productivas. Cuanto más se desarrollan las fuerzas productivas, en cada nuevo estándar de productividad a nivel social, aumenta el *output* o unidades de mercancías individuales que puede darse en una determinada fracción de tiempo. A esta oferta se contrapone la demanda o “capacidad de consumo” que no se entiende, por su parte, como la sola capacidad de consumo de los productos materiales. El texto marxiano dice exclusivamente que el desarrollo de las fuerzas productivas se despliega *como si* la demanda estuviera únicamente determinada por ese límite. Ahora bien, nos advierte asimismo de que ese desarrollo choca con una cierta “restricción del consumo de las masas”. ¿En qué sentido es posible esa restricción? La respuesta es evidente: en sentido

comenta diferentes posibles motivos de crisis capitalista, mezclando diferentes motivos: subconsumo, sobreacumulación, sobreproducción, etc. No todos ellos son óbice para la determinación de un límite interno del capital, algo que ha de achacarse a las dificultades propias de la redacción del tercer tomo (su carácter fragmentario y tentativo) así como a las dificultades de exposición inherentes a la crítica de la economía política.

dinerario, es decir, por falta de demanda solvente. Esta posible restricción constituye otro de los límites a que ha de enfrentarse la producción.

Siendo esto así, puede observarse que oferta y demanda en la sociedad capitalista mantienen una relación muy particular: la “oferta” puede *cuantificarse* de dos maneras, sea esta considerada bien en i) su aspecto de valor (como mercancía que tiene un valor de cambio determinado), o bien en ii) su aspecto material (como un bien de uso). Por su parte, la “demanda” solo puede cuantificarse como demanda capaz de pago, como “capacidad de compra” y con ello *como valor* y como forma dineraria, como “dinero”. No es cuantificable en su aspecto material: a lo sumo, puede comprenderse *cualitativamente* como capacidad de consumo en un sentido cultural, pero esto solo es cuantificable en cuanto conjunto de la expresión de deseos y necesidades. Como vemos, la contradicción que se está expresando aquí, como ya hemos adelantado, es la que se encuentra entre “riqueza concreta” y “riqueza abstracta. En palabras del propio Kurz:

La contradicción apresada por Marx en este pasaje consiste así en realidad en uno entre, por una parte, la capacidad productiva material, o sea, la masa de productos “natural”; y por otra, una insuficiente renta dineraria entendida esta como forma de valor general, bajo la forma de la demanda. La teoría de la crisis del Marx “esotérico” se vincula esencialmente a esta contradicción fundamental en la base de la producción capitalista [...]. Es una contradicción entre sustancia material y sustancia de valor, entre riqueza concreta y abstracta. Una mesa, [...] una prenda [...] son formas de aparición inmediatas de la forma general del objeto de necesidades [*Bedürfnisgegenständlichkeit*] concreto, de manera completamente independiente, a si, o en qué medida, pueden representar energía de trabajo social abstracto-humano. Por el contrario, como objetividades de valor [*Wertgegenständlichkeiten*] (y por tanto, como integrantes de capital), solo “valen”, en tanto y en la medida en que precisamente representan esta energía de trabajo social abstracto-humano. Si no pueden representarlo, tampoco valen “nada”, porque caen fuera de las metamorfosis del fin en sí mismo capitalista. Entonces se niega su forma general de producto [*Produktgegenständlichkeit*], y [son, CNR] destruidos, antes que suministrados a la [satisfacción de, CNR] necesidades correspondiente. (Kurz, 2012a: 248).

Aunque quizá algo crípticamente expresado en el texto de Kurz, la esencia de esta contradicción se comprende claramente: consiste en el hecho de que toda nuestra producción

material ha de pasar necesariamente por el “ojo de aguja” de la valorización del valor⁷⁴. Esta, enfocada desde la perspectiva de la consideración de sus aspectos materiales en correlación con la riqueza abstracta, implica que pongamos en el centro de la discusión un problema de importancia creciente: el hecho de que los productos concretos, con el desarrollo de las fuerzas productivas, representen cada vez más difícilmente sustancia de valor, lo que impide su conversión en dinero (Kurz 2012a: 249). Este hecho está en relación con su progresiva desvalorización, es decir “una falta de producción de valor en general” (Kurz 2012a: 259). Veamos cómo.

Como es bien conocido, el mecanismo de la competencia capitalista, única forma de mediación posible para la realización de las mercancías, empuja al conjunto de los capitales individuales al desarrollo de las fuerzas productivas. Cada uno de los agentes en el mercado busca maximizar su beneficio en el mayor grado posible y, para ello, optimiza las condiciones de su producción individual. Con ello busca mejorar sus posibilidades de adquirir una fracción de la masa global social de valor, lo que, desde el punto de vista de la totalidad capitalista, determinamos como proceso de realización de las mercancías. Esta búsqueda de optimización y su efectuación exitosa es lo que provoca el desarrollo de las fuerzas productivas, noción que está íntimamente vinculada con el “estándar de productividad” de una sociedad determinada. Esta última noción expresa, respecto del *nivel general* de la sociedad, la relación existente entre la cantidad de mercancías y/o prestación de servicios y los recursos utilizados para su realización o elaboración.

En torno a esto último, es importante subrayar que un estándar de productividad determinado no se crea como resultado de una simple *media* de las distintos índices de eficiencia de los capitales individuales, sino a partir de aquella optimización exitosa en el ciclo de producción anterior. Esta pasa, mediante su generalización, al saber específico de una sociedad. A pesar de que en Marx haya ciertos conceptos o pasajes que nos puedan

74 Efectivamente, podríamos pensar aquí quizá que el texto de Kurz se centra de manera exclusiva en las mercancías “objeto” o “materiales”, no atendiendo al hecho de que, en las sociedades capitalistas desarrolladas, la prestación de servicios es también algo mercantilizado. Desde nuestro punto de vista, el argumento desarrollado por Kurz en este punto sí que adolece de los posibles efectos que podría tener introducir tal problemática. Sin embargo, eso no nos impide poder hacer compatible la argumentación aquí expuesta con ese otro tipo de bienes mercantilizados aunque sea aplicando algo de imaginación teórica. Efectivamente, si entendemos que la prestación de un servicio se entiende como una de las diferentes posibles modalidades de la mercancía “fuerza de trabajo” (que se ofrece en el mercado con diferentes prestaciones) podemos entender fácilmente que la “falta de realización” de esta pasa aquí, sencillamente, por la ausencia de ocupación. De este modo, podría leerse el “paro” como la particular “falta de realización” de una mercancía. Téngase en consideración que prescindimos aquí de otras posibles consideraciones acerca de la prestación de servicios, como aquella que la presenta como algo subsidiario del capital industrial y por tanto como “trabajo improductivo” (en cierto modo, la postura de Kurz).

inducir a pensar de otro modo⁷⁵, esto es patente en el caso de una crisis capitalista cualquiera, no necesariamente a gran escala. Cuando, como resultado de una crisis, se han destruido multitud de capitales individuales, esto no implica que en el siguiente ciclo de valorización del valor la acumulación de capital vaya a tener lugar en un estándar de productividad menos exigente a causa de la desintegración de posibles competidores (Kurz 2012a: 257-258). La crisis provoca la desvalorización masiva del capital, no la eliminación del desarrollo productivo alcanzado por una sociedad determinada.

Esto último significa que el nuevo proceso de valorización del valor que tenga lugar subsiguientemente tendrá como fundamento la fuerza productiva científico-técnica ya adquirida, la que se mantiene en el corpus de saber social, respecto de la que nunca es posible la vuelta atrás. Esta característica es una constante del capitalismo: este nunca comienza *ex novo*, sino a la altura de sí mismo, determinando con ello sus subsiguientes posibilidades de éxito. En palabras más técnicas: el desarrollo de las fuerzas productivas establece un estándar de productividad determinado, que, simultáneamente, dictamina las condiciones de posibilidad de la valorización del valor. Veamos unas palabras de Kurz en una entrevista que pueden ayudarnos a comprender más claramente el significado de esta particularidad:

75 Por ejemplo, en la consideración del “trabajo socialmente necesario” que se encuentra en el primer libro de *El Capital*: “El conjunto de la fuerza de trabajo o de la sociedad, representado en los valores del mundo de las mercancías, hace aquí las veces de una y la misma fuerza humana de trabajo, por más que se componga de innumerables fuerzas de trabajo individuales. Cada una de esas fuerzas de trabajo individuales es la misma fuerza de trabajo humana que las demás, en cuanto posee el carácter de fuerza de trabajo social media, es decir, en cuanto, en la producción de una mercancía, solo utiliza el tiempo de trabajo promedialmente necesario, o tiempo de trabajo socialmente necesario. El tiempo de trabajo socialmente necesario es el requerido para producir un valor de uso cualquiera, en las condiciones normales de producción vigentes en una sociedad y con el grado social medio de destreza e intensidad del trabajo. Tras la adopción en Inglaterra del telar de vapor, por ejemplo, bastó más o menos la mitad de trabajo que antes para convertir en tela determinada cantidad de hilo. Para efectuar esa conversión, el tejedor manual inglés necesitaba emplear ahora exactamente el mismo tiempo de trabajo que antes, pero el producto de su hora individual de trabajo representaba únicamente *media* hora de trabajo social, y su valor disminuyó, por consiguiente, a la mitad del que antes tenía” (Marx, MEW 23: 53 [48]). El uso de expresiones como “condiciones normales de producción vigentes” o “grado social medio de destreza” parece acercarnos del lado de la interpretación de este concepto de “trabajo socialmente necesario” como una “media” de las distintas fuerzas de trabajo. No obstante, el ejemplo con el que Marx ilustra su explicación inclina la balanza a nuestro favor: el avance técnico de la máquina de vapor, una vez se hubo incorporado al corpus de saber social adquirido, puso las condiciones de valorización para el subsiguiente proceso de producción, haciendo que los productores instalados en regímenes de productividad anteriores a la introducción técnica encontraran que su trabajo, de pronto, pasaba a valer “la mitad”. Este fragmento de Marx y la interpretación que aquí apoyamos se encuentra explicada de manera minuciosa en Postone 2003, esp.: 287-289. Si vamos más allá del primer libro de *El Capital*, en el tercero encontramos, asimismo, ciertos conceptos como “tasa media de ganancia”, que, de nuevo, parecerían empujarnos a una interpretación diferente a la esgrimida en el cuerpo del texto. Esos conceptos, no obstante, son resultado de la integración global de los diversos capitales por sectores y no afecta en absoluto a la validez de lo expresado arriba.

Productividad creciente significa que cada vez menos energía humana se producen más productos materiales. Por eso, la productividad nunca aumenta el valor, sino que más bien lo disminuye, tal como muestra Marx ya en el primer tomo de *El Capital*. Quien afirme lo contrario, confunde el plano social con el empresarial o el capital global con el capital individual. El capital individual, que en primera instancia, de manera aislada, aumenta su productividad, obtiene una ventaja en la competencia. Ofrece las mercancías individuales más baratas, de este modo puede vender más mercancías y, justo por eso, realizar para sí [obtener] una parte mayor de la masa de valor social. Lo que, en términos empresariales aparece como beneficio creciente y con ello como creciente “creación de valor”, contribuye sin embargo a la desvalorización del valor, y ciertamente a costa de otros capitales individuales. Cuando se generaliza la mayor productividad, el capital individual que ha innovado pierde su ventaja en la competencia. Esto no es en ningún caso una vuelta a un punto cero o a un punto de partida más temprano. Más bien, la productividad aumentada se convierte en un nuevo estándar general. [...]. Cuando, en una crisis, se desvaloriza y se aniquila capital, permanece sin embargo el mismo estándar de productividad una vez alcanzado, porque este se ha inscrito en el agregado del saber y del *know how*. [...]. Un nuevo aumento del valor se hace cada vez más difícil, si este debe tener lugar sobre un nivel de productividad siempre creciente y con ello, [bajo condiciones, CNR] de disminución de la sustancia de trabajo abstracto. (Kurz 2013c: 23-24).

Una vez tenemos claro en qué sentido se desarrollan las fuerzas productivas, conviene acercarse ahora al aspecto de la progresiva desvalorización a que conduce el desarrollo de las mismas, algo en cierto modo adelantado por las palabras de Kurz. A lo largo de las anteriores secciones se mencionó que el fundamento sustancial del conjunto de la valorización del valor y por ende, la condición de posibilidad de la realización del capital, se encuentra en el “trabajo abstracto”, que conforma la sustancia del valor. Esto es lo que hace que la fuerza de trabajo sea una mercancía muy preciada, como explica Marx en el *Capital* en el capítulo dedicado a la compra y venta de la fuerza de trabajo. Solo esta, la fuerza de trabajo, es aquella “cuyo valor de uso” posee “la peculiar propiedad de ser *fuerza de valor*, cuyo consumo efectivo” es “*objetivación de trabajo*, y por tanto creación de valor” (Marx, MEW 23: 181 [203]). Gracias a esta propiedad, ser aquella mercancía que crea valor, se hace posible la efectiva implementación del esquema de la dinámica capitalista, D-M-D^I, haciendo así que el *plusvalor* sea siempre simultáneamente *plustrabajo*. Esto es evidente, aunque es conveniente aclararlo.

Como se ha argumentado, la dinámica capitalista consiste en ligar la reproducción

social de una sociedad al fin en sí mismo de la valorización del valor. Por su parte, esta consiste en atravesar, una y vez, los distintos ciclos de metamorfosis de las diferentes formas de capital (dinerario-productivo-mercantil-dinerario [aumentado]). El elemento que fundamenta esta estructura es el trabajo abstracto, la energía humana abstracta de carácter social, que es la sustancia del valor y con ello, sustancia de todas sus representaciones posibles (dinero-mercancía). Por ello, el aumento de plusvalor habrá de significar siempre, necesariamente, también un aumento de *energía abstracta* (o sea, trabajo abstracto-plustrabajo). Este aumento puede realizarse de diversos modos que analizaremos en breve al hablar de plusvalor absoluto y relativo, pero en cualquier caso y por el momento, ha de dejarse claro que la valorización reposa sobre este fundamento constitutivo.

Cabe preguntarse ahora si puede encontrarse en Marx algún fragmento que relacione ambas nociones (trabajo y desarrollo de las fuerzas productivas) en una dirección que pudiera señalar el camino a una posible crisis. Dada su celebridad, la respuesta se da por sí sola: se trata del “fragmento de las máquinas” (Marx, MEW 42: 590-605). Aquí se pone de manifiesto que el desarrollo de la eficiencia de las fuerzas productivas hace cada vez más superfluo el trabajo abstracto, que tiende a ser reemplazado por agencias técnicas y el uso tecnológico de la ciencia. Se trata del bien conocido fenómeno de la “racionalización”. Veamos únicamente cómo da comienzo este famoso fragmento de los *Grundrisse*:

El intercambio de trabajo vivo por trabajo objetivado [...] es el último desarrollo de la relación de valor y de la producción fundada en el valor. El supuesto de esta producción es, y sigue siendo, la magnitud de tiempo inmediato de trabajo, el *quantum* de trabajo empleado como el factor decisivo de la producción de la riqueza. En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del *quantum* de trabajo empleados, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez [...] no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción. [...]. El trabajo ya no aparece tanto como recluido en el proceso de producción, sino que más bien el hombre se comporta como supervisor y regulador con respecto al proceso de producción mismo. (Marx, MEW 42: 592 [Vol. II: 227-228]).

La progresiva racionalización del trabajo y la creciente implementación del uso de la

ciencia es el fin expreso del desarrollo científico y técnico, pero con ello (Kurz 2012a: 259-260) se hace patente una contradicción evidente. Por un lado, como ya hemos dicho, el fin en sí mismo del capitalismo solo puede consistir en el aumento del gasto de energía de trabajo humana. Simultáneamente, no obstante, el propio crecimiento y desarrollo de las fuerzas productivas elimina precisamente dicha sustancia, desvalorizando con ello las mercancías y el dinero. Este proceso es algo inevitable, puesto que, tal y como dice Marx,

...el modo capitalista de producción implica una tendencia al desarrollo absoluto de las fuerzas productivas, con prescindencia del valor y del plusvalor encerrado en él, y [...] las relaciones sociales dentro de las cuales se efectúa la producción capitalista; mientras que, por otra parte, tiene como finalidad la conservación del valor de capital existente y su valorización en medida extrema (es decir, el acrecimiento constantemente acelerado de ese valor). (Marx, MEW 25: 259 [320]).

Solo cabe leer la dinámica capitalista como una contradicción procesual que trabaja por su misma disolución, estableciendo como fundamentos, simultáneamente, el tiempo de trabajo como fuente de la riqueza y una forma de mediación competitiva que trabaja proactivamente en diluirla (Marx, MEW 42: 593 [V. II: 227-228]). Esta característica es un elemento determinante de la producción capitalista *a nivel global* y no puede ser evitada de ninguna manera: nos acercamos, pues, a la posibilidad de determinación de un límite interno del capitalismo como modo de producción.

La constatación que acaba de exponerse acarrea determinados asuntos que no pueden pasarse por alto. En primer lugar (Kurz 2012a: 265-266), implica que debemos tener presente la diferenciación entre la *esencia* (correspondiente al nivel del capital social global) y la *apariencia* (capitales individuales), que ya vimos en acción en la teoría fundamental del valor, cuando nos enfrentamos a la explicación de las crisis.

En relación a esto, se ha comentado ya que en el tercer tomo de *El Capital* se explican diversas posibles causas de crisis en el capitalismo, como, por ejemplo, la desproporción entre diferentes ramas de la producción, problemas de sobreproducción y sobreacumulación, etc. Pues bien, de acuerdo a la diferenciación esencia/apariencia, todas ellas han de considerarse *formas de aparición* de la *causa esencial* y fundamental de la crisis del capitalismo: la disminución de la masa de valor y plusvalor real. Una circunstancia que se da primero de manera periódica —y finalmente, de manera absoluta— a causa del desarrollo de

las fuerzas productivas más allá de las constricciones de la forma valor, tal y como explicaba Marx en el fragmento inmediatamente anterior.

En segundo lugar, también hemos de responder a dos preguntas (Navarro Ruiz 2016b: 16 ss.). La primera de ellas pasa por plantearse cómo es posible que los mismos propietarios de los medios de producción trabajen en la disolución del sistema de producción capitalista: puede decirse que, en virtud de sus actos, aceleran la disolución de aquel sistema que les da cobijo y razón de existencia. Esto se explica al observar que en el nivel de la mera competencia de los sujetos mercantiles entre sí, ámbito en que están situados los capitalistas individuales, el triunfo y supervivencia de los actores en juego pasa por cualesquiera medidas dirigidas al éxito en las relaciones de competencia. Por ello, la consecuencia generalizada del comportamiento competitivo es la eficiencia en términos empresariales, es decir, ser capaz de mover cada vez más material con cada vez menos fuerza de trabajo. Así, solo la progresiva racionalización de los procesos de trabajo, a pesar de su reverso perverso a nivel sistémico, es garantía de éxito.

La segunda de las preguntas que cabe hacerse tiene que ver con la posibilidad de pervivencia a largo plazo de dicho sistema, a la vista de la contradicción fundamental en que se asienta. Si todo lo que hemos comentado es cierto, ¿cómo es posible que el capitalismo haya sobrevivido tanto tiempo? La respuesta es sencilla y está relacionada con los mecanismos de *compensación* del capital. Expliquemos en qué consisten.

Los mecanismos de compensación del capital son inherentes al propio sistema y señalan distintas maneras de aumentar la masa de plusvalor. Estos se distinguen, en primer lugar, en si afectan directamente al propio proceso de valorización o por el contrario, tan solo suponen la aplicación del mismo en conjuntos/ámbitos/comunidades libres del mismo. Este último grupo, por su parte, se divide en los mecanismos compensatorios de i) expansión externa del capital (espacial, geográfica) y ii) expansión intensivo-extensiva del capital (proliferación y extensión de la variedad de mercancías).

Entre los mecanismos de compensación que sí inciden de manera directa en el proceso de valorización, han de distinguirse entre aquellos que están relacionados con i) el plusvalor absoluto y aquellos que lo están con el ii) plusvalor relativo. Para comprender correctamente la diferencia entre estas dos nociones, es pertinente, a su vez, discernir nítidamente la diferencia establecida entre capital *constante* y *variable*. Comencemos por la explicación de esta última dicotomía.

De manera general, la diferencia entre ambos términos está relacionada con la capacidad de creación de plusvalor de los diferentes elementos que integran el proceso productivo. Si diferenciamos sus elementos respecto a este criterio, hemos de discriminar entre a) el capital *constante*, o cóstico (no exclusivamente “maquinario”, pues bajo este han de entenderse máquinas, pero también edificios, materias primas, etc.). Este tipo de elementos tan solo *trasladan* o suman su valor a los productos. De otra parte, el capital constante está acompañado por b) el capital *variable* o fuerza de trabajo: este el único a través del cual, como ya se ha dicho, se *crea* nuevo valor. El valor de la mercancía “fuerza de trabajo” ha de ser dividido por su parte en b1) costes de reproducción de la fuerza de trabajo y b2) plusvalor.

Explicado esto, puede entreverse ya que hay dos métodos posibles para aumentar de plusvalor. Primeramente, el método del plusvalor absoluto, que consiste en la intensificación del propio trabajo. Quizá sea el primero que se nos viene a la mente y, de hecho, se utilizó predominantemente durante las primeras etapas de desarrollo capitalista en los enclaves europeos. No obstante, ya aquí fue donde chocó rápidamente con su límite histórico, dados los límites naturales tanto del cuerpo humano, así como del propio proceso de producción⁷⁶.

Quedó así abierto el camino abierto para el plusvalor relativo, que consiste en el aumento de la proporción de la parte del plusvalor que un capital individual obtiene del

76 Que chocara rápidamente con sus límites históricos, no quiere decir que se abandonara, puesto que se ha seguido utilizando sin interrupción, más o menos intensamente, hasta el día de hoy: por eso hemos remarcado que “chocó con sus límites históricos” en los enclaves europeos, siguiendo de manera laxa la exposición que Marx realiza de este concepto en el primer tomo de *El Capital*. En cualquier caso, en la actualidad es uno de los mecanismos que se están utilizando con mayor éxito, y también en los centros capitalistas plenamente desarrollados, donde supuestamente existe el trabajo más protegido y humanizado: un rápido vistazo a las noticias nos informa de que las cosas ya no son lo que eran. Además, se debe tener en cuenta que este éxito del plusvalor absoluto se ve coadyuvado por multitud de factores. En el territorio español, entre otras cosas, por la falta de inspectores laborales (en 2018 en España existen únicamente 944 inspectores, es decir, uno por cada 17.000 trabajadores) o el aumento de los accidentes laborales (que en el 2018 subieron en la Comunidad de Madrid un 5%). También, incluso, por la posible puesta en funcionamiento de mecanismos gubernamentales, tal y como reflejan algunos de nuestros socios europeos. En este último sentido, puede ser interesante mencionar aquí la llamada “Ley de Esclavitud” húngara, una ley de liberarización del mercado laboral aprobada a mitad de Diciembre de 2018 por el partido en el gobierno, Fidesz. La medida, que ha trascendido al plano internacional, contempla la posibilidad de que los trabajadores húngaros hagan hasta 400 horas extra al año (frente a las 250 que se permitían hasta ahora) y otorga la autorización a las empresas para poder pagar esas horas hasta 36 meses (¡4 años!) después de haber sido realizadas. (V., en torno al primer asunto, “La plantilla de inspectores de trabajo sigue disminuyendo a pesar del repunte de los accidentes laborales”, noticia redactada por Flotats, Anna, en *Público* el 16/04/2018 [<https://www.publico.es/economia/plantilla-inspectores-sigue-disminuyendo-pesar-repunte-accidentes-laborales.html>], así como “Los accidentes laborales crecieron en un 5% en 2018”, en *El País*, 15/01/2019 [https://elpais.com/ccaa/2019/01/14/madrid/1547489456_519359.html]; en torno al segundo, “‘La ley de la esclavitud’ enfurece a los húngaros”, noticia redactada por Szado Bernadett, en *Euronews* el 18/12/2018 [<https://es.euronews.com/2018/12/13/la-ley-de-la-esclavitud-enfurece-a-los-hungaros>]). Estas noticias pueden resultar sorprendentes. Lo más indignante es que ni siquiera ha de hacerse una investigación muy minuciosa al respecto para encontrar más ejemplos, que se encuentran por decenas en las páginas de los noticiarios.

conjunto total del valor nuevo creado en un ciclo productivo determinado. Esto puede hacerse principalmente de dos maneras, bien i) a través del aumento de la productividad a partir de la introducción de maquinaria; o bien ii) implementando nuevas formas de logística dentro del proceso productivo⁷⁷.

En definitiva, la diferencia entre ambas formas de plusvalor consiste en o bien utilizar más intensivamente los recursos humanos disponibles para un capital individual (plusvalor absoluto), o bien realizar mejoras en aquellas las condiciones determinantes para la apropiación del plusvalor (plusvalor relativo). Las consecuencias correspondientes a sendos caminos son bien diferentes. De acuerdo a estas, podemos considerar que el plusvalor absoluto solo tiene consecuencias individuales, mientras que el desarrollo de plusvalor relativo implica cambios al nivel de la totalidad.

En qué sentido es así se entiende fácilmente: el plusvalor absoluto se preocupa solo por intensificar el rendimiento de cada trabajador individual, cuya fuerza de trabajo es inseparable de su cuerpo y por ende, una característica que no puede extenderse más allá de sí mismo. El plusvalor relativo, en tanto se ocupa de modificar los condicionantes en toda su diversidad, afecta al sistema de reproducción global. ¿Cómo? De entrada, como ya sabemos, en virtud de la generalización de las transformaciones implementadas, que determina un nuevo estándar de productividad. De manera adicional, incluso, es capaz de abaratar los costes de reproducción de la fuerza de trabajo en virtud del abaratamiento masivo de los productos de consumo que se produce gracias a la racionalización empresarial. Además, dicho abaratamiento es capaz de incrementar aún más los ya pingües beneficios del capital si, gracias a este proceso, este se posibilita un acceso masivo a ciertos productos antes

77 Desde luego, la explicación que aquí se ha ofrecido en ningún caso es completa, ni tiene en cuenta las etapas de transformación de los mecanismos de compensación del plusvalor relativo. Su historia de transformación, al menos en lo que respecta al siglo XX habría de dividirse, necesariamente, en tres momentos: en primer lugar, las transformaciones producidas a través de las innovaciones en el proceso de producción orquestadas por Taylor y Ford, que tuvieron como resultado, entre otros, la simplificación de las tareas en movimientos mecánicos, la automatización de ciertos procesos y la implementación de la cadena de montaje. Un segundo momento a ser mencionado habría de ser el *toyotismo*, implementado tras la crisis del petróleo de los 70, cuyos grandes hitos (posteriormente imitados) fueron la flexibilización y el sistema *just in time*. Esta consideración habría de ser suplementada por el análisis, algo más general, del surgimiento de la logística como factor de transformación, con nuevos ámbitos de actuación de mejora bajo el rótulo del *supply chain management* (SCM). Un tercer momento, cuyas consecuencias quizá aguardan aún un análisis con mayor profundidad (dado que muchos de los fenómenos en que se basa están teniendo lugar en nuestro presente), podría establecerse en la extensión del modelo del *teletrabajo* y la propagación, vinculada a este (no exclusivamente) de la figura jurídica del trabajador autónomo. Para una explicación más profunda de todos estos procesos puede consultarse Coriat 2000, Boltanski y Chiapello 2002 y Bologna 2006. Desde la perspectiva de la crítica de la escisión del valor, puede consultarse Kurz 2009b. Hay que decir, asimismo, que Kurz no olvida mencionar la importancia de la específica escisión de género al hablar de los mecanismos de compensación del capital (Kurz 2012a: 287).

reservados a unas pocas élites. Más allá de estos detalles, podemos fijar definitivamente la diferencia entre uno y otro tipo de plusvalor a través de las palabras de Kurz:

[En el plusvalor relativo, a diferencia del plusvalor absoluto, CNR] no se trata ya de la extensión del gasto de energía de trabajo, sino del aumento de la parte relativa de plusvalor en la nueva creación de valor global [...]. La competencia obliga a los capitales individuales a la bajada de costes a través de la introducción de maquinaria científicamente sofisticada. [...] ...este proceso hace superflua la sucesiva fuerza de trabajo ([primero, CNR] de manera relativa y finalmente, absoluta) [...]. La bajada de costes o aumento del *output* material por unidad de coste a través del aumento de la fuerza productiva del capital individual tiene, de manera agregada, (puesto que todos están obligados a llevarla a cabo) un doble efecto colateral en el plano del valor. Por un lado, provoca aquel lento socavamiento de la sustancia de valor en general; por otro lado, este aumento de la fuerza productiva —en tanto cubre la totalidad [del proceso global, CNR] e incluye todas las ramas de la producción— conduce a que los bienes de consumo [*Lebensmittel*], en sentido amplio, se abaraten [...]. En tanto estos bienes de consumo abaratados entran en la reproducción de la masa fuerza de trabajo a nivel global social, disminuyen su valor. En condiciones que por lo demás se mantengan iguales, aumenta con ello la parte relativa de plusvalor en el nuevo valor global, puesto que disminuye la parte de valor correspondiente al capital variable. [...] Que el aumento de las fuerzas productivas tenga como efecto colateral el aumento del plusvalor relativo, solo se puede explicar cuando se entiende el plano del valor exclusivamente como aquel del “proceso global”. (Kurz 2012a: 279-280).

En las palabras citadas no hay ningún concepto que no hayamos explicado ya: la correlación del plusvalor relativo con la progresiva desvalorización del valor, el abaratamiento de los bienes de consumo, etc. En cualquier caso, mediante estas palabras y lo argumentado con anterioridad, también es patente que los mecanismos de compensación equilibran y hacen inocuas, hasta cierto punto, las consecuencias negativas de los procesos de racionalización en el trabajo, consecuencias siempre invisibles desde el punto de vista de los capitales individuales. No obstante, a pesar de lo que quisieran algunos, estos mecanismos también tienen límites. De hecho, los mecanismos de compensación no funcionan bajo condiciones de desvalorización masiva del valor, algo fácilmente discernible.

En última instancia, el mecanismo del plusvalor relativo conduce a la disminución del valor y al aumento del plusvalor en cada fuerza de trabajo individual, lo que tiene evidentes consecuencias para el nivel del valor social global (Kurz 2012a: 281 ss.). Tanto el plusvalor

relativo, como el plusvalor absoluto, son conceptos vinculados a los capitales individuales, mientras que la *masa de plusvalor absoluta* se vincula al *conjunto social global del plusvalor* (es decir, a nivel global, de la totalidad, que como recordemos, no se puede considerarse exclusivamente la suma de los capitales individuales). En lo que respecta a esta última, su tamaño —y por tanto, la posibilidad de poder obtener una fracción mayor o menor de la misma— no depende únicamente del aumento del plusvalor relativo de cada fuerza de trabajo individual. También depende de la cantidad *de fuerza de trabajo que puede utilizarse productivamente para el Capital dado un estándar de productividad determinado*.

Mostremos este hecho de manera esquemática. Tenemos aquí dos cantidades determinadas que se encuentran relacionadas. De un lado, i) el tamaño tanto del plusvalor relativo como del plusvalor absoluto (pues lo aquí dicho también aplica a este último) que se da en cada fuerza de trabajo individual. De otro ii) la cantidad de fuerza de trabajo que puede utilizarse según criterios capitalistas, es decir, relativos a la posibilidad de *valorización* del capitales dado un estándar de productividad. Tan solo estamos poniendo el foco de atención en qué consecuencias tiene esta relación a nivel del capital total, en el nivel de la masa de plusvalor absoluto que se produce en un ciclo de valorización del Capital. En este contexto, pueden ocurrir tres cosas:

- I) Si la cantidad de fuerzas productivas permanece inalterada, crece con el aumento del plusvalor relativo también la masa de plusvalor absoluto, único objetivo del fin en sí mismo capitalista.
- II) Si con el aumento del plusvalor relativo también crece la cantidad de fuerzas productivas que pueden ser utilizadas productivamente, crece la masa de plusvalor absoluto aún en mayor medida.
- Ahora bien, si III) decrece la cantidad de fuerzas productivas, entonces hay que considerar la relación en que se encuentra esta disminución de la fuerza de trabajo con el conjunto total del aumento de plusvalor relativo. Es posible que la masa de plusvalor absoluto aumente a pesar de este factor, si (y solo si) la mencionada disminución puede ser *compensada* por el plusvalor relativo. Pero también puede ocurrir lo contrario: acabamos de toparnos con el talón de Aquiles del mecanismo de compensación del plusvalor relativo. Es perfectamente posible que la *cantidad de fuerza de trabajo que se puede utilizar de manera productiva para el capital* disminuya tan intensamente que el aumento del plusvalor relativo no sea capaz de

compensarlo, puesto que “la masa global de plusvalor meng[üe] irreversiblemente a pesar de ello (límite interno absoluto)” (Kurz 2012a: 282).

Estas son las claves conceptuales que permiten a Kurz y a la crítica de la escisión del valor hablar de un límite interno del Capital. Ahora, ¿qué nuevo elemento existe en el capitalismo actual, que permite a Kurz hacer uso de dicho término?, es decir, ¿cuál aquel acontecimiento que permite concluir que nos encontramos ante el tercer caso? No es ninguna sorpresa: se trata de algo de lo que ya hablamos al principio, la *tercera revolución industrial* o microelectrónica. Esta posibilita una racionalización de los procesos productivos en tal medida, convierte en superfluo una cantidad de trabajo tal, que cualquier mecanismo de compensación se muestra inútil en evitar el masivo proceso de desvalorización que está teniendo lugar. Actualmente, la racionalización transita a una mayor velocidad que el abaratamiento de las mercancías y la expansión de los mercados, mecanismos que podrían permitir la pervivencia de este sistema de productivo. La tercera revolución industrial o microelectrónica se constata en la propia realidad capitalista del día a día. Kurz la ha expuesto de manera clara en uno de sus primeros grandes textos, “Die Krise des Tauschwerths”. Allí dice:

Ambas formas esenciales o momentos del proceso de extensión capitalistas comienzan hoy a chocar con límites absolutos materiales. [...] Al mismo tiempo, la confluencia en la microelectrónica de la tecnología científica y la ciencia del trabajo implica un nuevo nivel en general en la revolución del proceso de trabajo material. La “revolución microelectrónica” elimina no solo en esta u otra técnica de producción trabajo vivo en la producción inmediata, sino que abarca por primera vez de manera extensa y transversal todas las ramas de producción, incluso los mismos campos improductivos. [...] *Con ello se desmorona la anterior compensación histórica para el límite absoluto inmanente del sistema de producción capitalista, que se encuentra situado en el plusvalor relativo.* La eliminación masiva de trabajo vivo productivo como fuente de la creación de valor ya no puede ser amortiguada por los productos “mejorados” [verwohlfeilerte] que entran de inicio en la producción en masa, porque esta producción en masa no está gestionada ya por una reabsorción de población que ha sido “categorizada como superflua” anteriormente y en otros lugares [...] *...a partir de ahora se elimina de manera inexorable más trabajo del que se puede absorber.* (Kurz 1986, subrayado nuestro).

Con estas palabras y las anteriores explicaciones, creemos que este concepto ha

quedado suficientemente claro, cuanto menos, desde el punto de vista conceptual. A continuación tendremos ocasión de afinar su comprensión gracias a la figura de Ortlieb y, especialmente, la discusión crítica con Heinrich, que pasamos a considerar.

3.4.2. La tesis heinrichiana o “solo un dios puede salvarnos” (su nombre, plusvalor relativo)

Comencemos, sin mayores preámbulos, dando cuenta de la tesis heinrichiana. En *Die Wissenschaft vom Wert*, (Heinrich 1999b: 341-370) el autor de la *Nueva Lectura de Marx* realiza una visión general de los distintas reflexiones sobre la crisis que pueden encontrarse en la obra del filósofo alemán. De manera general, clasifica las reflexiones en tres grupos, que corresponden, correlativamente, a una etapa de reflexión más temprana o de juventud (hasta algo después de 1857-1858), una etapa intermedia (materializado en el borrador de 1861-1863, editado como *Teorías del plusvalor*) y finalmente, el grupo de escritos posteriormente reunidos en *El Capital*.

De acuerdo con los intereses de nuestra argumentación, vale con que nos centremos, de momento, solo en la primera etapa. En esta, se incluyen textos tales como *El Manifiesto Comunista* o los *Grundrisse*. Este tipo de textos, siempre según Heinrich, incluyen una noción meramente abstracta de crisis, que pronto fue abandonada por Marx (Heinrich 1999b: 351). Los motivos de dicho abandono fueron de carácter histórico⁷⁸. Tras comprobar cómo las consecuencias de la crisis de 1857-1858 fueron rápidamente solventadas, ayudando incluso a reforzar el capitalismo, Marx habría reflexionado y nunca más volvería a hablar de “teoría del colapso” [*Zusammenbruchstheorie*] o a vincular teóricamente los conceptos de crisis y revolución.

Precisamente, como hemos visto con Kurz, es en los *Grundrisse*, un texto perteneciente a esta primera etapa, donde encontramos el apoyo textual suficiente para poder hablar de una posible tesis del “colapso” en Marx. La opinión de Heinrich al respecto es muy contundente: el hecho de que el desarrollo técnico y organizativo del proceso del capital lleve

⁷⁸ Lo cierto es que no se siempre se tiene en cuenta en la medida en que se debiera la influencia que los diversos acontecimientos históricos ejercen en Marx. Por ejemplo, aunque es conocido que Marx ejerció la profesión de periodista durante largos períodos de su vida (sin duda, de dicha labor resultaron sus prestaciones económicas más duraderas), pocas veces se tiene en cuenta esta faceta para analizar su pensamiento. Que un pensamiento tan crítico como el suyo estuviera por profesión obligado a no perder detalle sobre los movimientos internacionales, tuvo consecuencias de calado, que le ayudaron entre otras cosas, a desplazar la mirada de Europa y deshacerse, así, de algunos de los prejuicios heredados de Hegel lo que con toda seguridad afectó al ejercicio de su teoría. (V. Espinoza 2014)

a la eliminación del fundamento del capital, el tiempo de trabajo, solo es un problema para el joven Marx. En *El Capital*, por el contrario, esta supuesta contradicción se diluye en la tendencia inmanente al capitalismo al aumento relativo del plusvalor relativo. Teniendo en cuenta estos factores, no conviene que tengamos en cuenta los argumentos más tempranos, si lo que buscamos es entender el verdadero rol de las crisis capitalistas. Heinrich se expresa de manera clara respecto a esto en su obra magna, así,

La “contradicción en proceso” (reducción del tiempo de trabajo a un mínimo aunque el tiempo de trabajo sea la medida del valor), de la que Marx estaba tan asustado en los *Grundrisse* que veía colapsar de manera inmediata la entera producción que estriba en el valor de cambio, ha encogido ahora [en *El Capital*, CNR] a una “adivinanza” que ya había aparecido en la historia de la teoría, con la que ya Quesnay molestó a sus oponentes[,] [...] [Esta “adivinanza”, CNR] no obstante es fácil de entender, cuando se toma en consideración que a los capitalistas no les importa la magnitud absoluta de valor de la mercancía, sino el plusvalor que se encuentra en ella. La tesis del colapso aducida estribaba en los *Grundrisse* en una concepción insuficiente de la forma de producción capitalista. El argumento de que el abaratamiento de las mercancías[,] a causa del desarrollo de las fuerzas productivas[,] llevaría al colapso del capitalismo no vuelve a aparecer nunca más en Marx (Heinrich 1999b: 350).

Por lo que nos dice Heinrich, tomar en consideración que lo único que importa a los capitalistas es el “plusvalor” expía la posibilidad de derrumbe del capitalismo. Al fin y al cabo, como hemos visto con el plusvalor relativo, dicho interés puede verse satisfecho al tiempo que, por los propios caminos utilizados para su aumento, se sobrecompensa aquella tendencia a la posibilidad de autodestrucción de la estructura fundamental capitalista. Todo el problema que antes había, con ello, ha quedado reducido al estatuto de una “adivinanza” ya presente en la tradición teórica, de la que Marx se hace eco, tal y como indica Heinrich, en el primer tomo de *El Capital*. Veamos el fragmento a que se refiere:

Al capitalista que la produce, le es indiferente en sí y para sí el *valor absoluto* de la mercancía. Solo le interesa el plusvalor que se encierra en aquella y que se puede realizar en la venta. La realización del plusvalor implica de suyo la reposición del valor adelantado. Ahora bien, como el plusvalor relativo aumenta en razón directa al desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, mientras que el valor de las mercancías disminuye en razón inversa a ese mismo desarrollo; como, por tanto, un mismo e idéntico proceso abarata las mercancías y

acrecienta el plusvalor contenido en ellas, queda resuelto el enigma consistente en que el capitalista, a quien solo le interesa la producción del valor de cambio, pugne constantemente por reducir el valor de cambio de las mercancías. Contradicción con la que uno de los fundadores de la economía política, el doctor Quesnay, atormentaba a sus adversarios sin que los mismos pudieran responderle[...]. (Marx, MEW 23: 338-339 [388-389]).

Estas palabras de Marx explican claramente las consecuencias que tiene para la dinámica capitalista la introducción de los mecanismos propios al plusvalor relativo. Volveremos más adelante a referirnos a este fragmento de Marx y su “adivinanza”, pero de momento, nos es suficiente con que apuntemos su reflexión acerca del plusvalor relativo como un factor que compensa y otorga equilibrio a la dinámica competitiva y sus consecuencias.

Volvamos, pues, a Heinrich. Para él, gracias al plusvalor relativo, no importa que haya cada vez menor contenido de valor en las mercancías individuales, puesto que la parte relativa proporcional de plusvalor aumenta y, gracias a ello, se eliminan las consecuencias negativas que Marx entrevió en los *Grundrisse*. De igual modo, tampoco resulta problemático que haya cada vez menos trabajo productivo, puesto que esto es algo que se puede compensar por el mismo procedimiento. En otro texto de Heinrich (1999c) se comenta, a este respecto, cómo “la productividad creciente se ocupa de que la masa de plusvalor producida por una fuerza de trabajo “productiva” crezca de manera continua” haciendo así que dicho aumento pueda ejercer su efecto compensatorio y propiciar que “pueda equilibrar una masa constantemente creciente de trabajo improductivo”. A pesar de que estas últimas afirmaciones de Heinrich parezcan plausibles, vamos a remitirnos a *Geld ohne Wert* para examinarlas con exactitud. Efectivamente, las afirmaciones heinrichianas implican para el crítico del valor-escisión (Kurz 2012a: 268) dos equivocaciones de fondo.

Por un lado, en estas, el crecimiento de la productividad se hace algo coextensivo y/o idéntico a la producción de plusvalor. Como sabemos, la primera noción, la productividad, se vincula con la eficiencia entre el uso de recursos y la cantidad de mercancías producida por un capital individual y/o capitales individuales en su conjunto. La producción de plusvalor, por su parte, tiene que ver con el proceso, más complejo, de la realización del plusvalor/plustrabajo y por ende, con el éxito en las relaciones de competencia entre capitales y su vinculación a nivel orgánico o de la totalidad capitalista. Ambas nociones deben ser cuidadosamente separadas, ya que se refieren a niveles de consideración completamente

diferentes. Heinrich, al presuponer que el crecimiento de la productividad de los capitales individuales equilibra, por sí misma, un menor contenido de valor en las mercancías o el aumento del trabajo improductivo, ignora el hecho fundamental para Kurz en el nivel de la totalidad capitalista, que antes explicamos: el hecho de que para considerar la capacidad de equilibrio del plusvalor relativo es necesario tener en cuenta, además del propio aumento del plusvalor relativo, la cantidad de fuerzas que pueden ser utilizadas productivamente para el conjunto global del capital.

En segundo lugar, se debe subrayar que en estas afirmaciones se confunde de igual modo el aumento de la *parte relativa del plusvalor* respecto de un valor total producido por una fuerza de trabajo en una jornada (es decir, aquel aumento de plusvalor relativo por jornada de trabajo que se daría en un capital individual tras la implementación de una mejora técnica respecto de un total diario x) con el aumento de la *masa absoluta de plusvalor* por jornada producida por esta misma fuerza de trabajo. Se confunden, por tanto, *un aumento de una parte relativa con un aumento de la masa absoluta*. Esta última, la masa absoluta de plusvalor, (teniendo en cuenta que la fuerza de trabajo tenga un valor, evidentemente) tiene que ser una magnitud más pequeña que *la energía total gastada en un día de trabajo*. Esto último no implica cálculo matemático alguno: sencillamente, una magnitud relativa a un todo, que conforma una parte integrante del mismo (la masa absoluta de plusvalor), no puede ser más grande que el todo del que forma parte. El plusvalor siempre es una parte determinada del valor total, por lo que su magnitud no puede excederlo.

Conviene detenerse todavía un poco más en esta argumentación, en mor de la claridad y algo que puede hacerse con la ayuda del texto de Ortlieb citado líneas más arriba (2009a: 31-32). En dicho escrito se nos dice que el argumento de Heinrich, a nivel de la *riqueza material*, podría ser correcto como posibilidad. En la esfera de la riqueza material, el único factor que hemos de tener en cuenta para considerar los aumentos o las disminuciones totales es la fuerza de trabajo productiva. Consecuentemente, efectivamente, si lo único que estuviera puesto en cuestión fuera el *output* de mercancías, una fuerza de trabajo suficientemente productiva podría ser capaz de compensar los lastres que conforman ciertos elementos.

Sin embargo, conviene no equivocarse: la *masa de plusvalor producida*, aquel elemento que Heinrich pretende introducir aquí, no es un concepto análogo. Esta se calcula en relación con el tiempo de trabajo gastado total. ¿Por qué? Hay que tomar en consideración

que la masa de plusvalor es una magnitud que se obtiene como resultado de una determinada tasa de explotación en un proceso de valorización determinado. A su vez, esta última, la *tasa de explotación*, es solo una noción relativa respecto a un todo (un proceso de valorización determinado). Lo único que hace es expresar el estado de las *relaciones determinantes para la valorización* y/o apropiación del plusvalor en una jornada y unidad productiva dada. Con ello, todo concepto o magnitud ínsito en estas relaciones, en tanto parte integrante, no puede exceder la propia realidad de la que parten, no pueden sobrepasarlo. La masa de plusvalor expresa el tiempo de *plustrabajo*, que no puede ser sino un tiempo inherente a la duración de la jornada de trabajo de la que parte el cálculo⁷⁹.

Tras esto, podemos pasar de nuevo al comentario, más amplio, del fragmento de Marx que hemos citado anteriormente, aquel que se refería a la “adivinanza” con que Quesnay habría molestado a sus contemporáneos. Ortlieb, en el texto anteriormente citado (Ortlieb 2009a: 33-34), comienza por asumir como algo indubitable que es evidente que con el aumento de la tasa de plusvalor (es decir, con la entrada a efecto del mecanismo del plusvalor relativo) incrementa la parte de plusvalor en el valor de una mercancía cuando se aumenta la productividad laboral. No obstante, el fragmento marxiano de *El Capital* referente al plusvalor relativo precisa una aclaración de importancia. Usualmente, se ha afirmado, en base a este texto, que el *plusvalor* incluido en una mercancía *crece* siempre, aunque *disminuya* su *valor global*. Esto, que parece probable, es posible. Pero, si así es, ¿es una relación que se da bajo cualquier circunstancia, de manera independiente a las magnitudes y correlaciones de los términos implicados?

79 En un texto algo posterior (Ortlieb 2009b) este autor decide eliminar toda sombra de duda a través de un argumento algo burlón y no carente de ironía, que no nos resistimos a reproducir. Aquí, se hace eco de una dificultad de un estudioso marxista, que parecería no haber captado correctamente el argumento. Ortlieb se lo explica del siguiente modo: “...al nivel del plusvalor (medido en tiempo de trabajo), está completamente claro que una fuerza de trabajo productiva individual no puede “mantener” a discreción muchas fuerzas de trabajo improductivas, es decir, producir su plusvalor. Donde subyacen los problemas de Exner, [autor del texto contra el que escribe Ortlieb, CNR] no puedo saberlo. Pero quizá le ayude

Un ejercicio equipado para alumnos de tercero de primaria críticos del valor (Cuidado: los valores numéricos son ficticios)

1. Hace 50 años las fuerzas productivas pasaban el 40% de su tiempo de trabajo con la producción de plusvalor. Desde entonces se han eliminado [*einsparen*] dos de cada tres fuerzas de trabajo.
2. Hace 30 años las fuerzas productivas pasaban el 60% de su tiempo de trabajo con la producción de plusvalor. Desde entonces se han eliminado una de cada dos fuerzas de trabajo.
3. Hace 10 años las fuerzas productivas pasaban el 80% de su tiempo de trabajo con la producción de plusvalor. Desde entonces se han eliminado una de cada tres fuerzas de trabajo. Preguntas: a) ¿Qué parte de su tiempo de trabajo (dada una longitud igual de la jornada de trabajo) llevar a cabo una fuerza de trabajo productiva de manera correspondiente para la producción de plusvalor, de manera que se cree la misma masa de plusvalor que antes? b) ¿Es posible? Para que no se vuelvan a torcer las cosas, también suministro inmediatamente la respuesta. Esta es en los tres casos a) ‘120%’, b) ‘No’” (Ortlieb 2009b).

Antes de comenzar con la respuesta a la pregunta, conviene tener muy presente la importancia de la solución que demos a la misma, puesto que una u otra alternativa determinará qué hipótesis de lectura es la correcta acerca de la “contradicción en movimiento” que expresa Marx en los *Grundrisse*.

Así, de una parte, si el proceso de aumento de plusvalor es un mecanismo que se da de manera independiente al valor global de la mercancía, estaríamos asumiendo que la postura de Michael Heinrich es la correcta: no importa que el valor global de la mercancía disminuya. Los capitalistas, estando únicamente interesados en el aumento del plusvalor, encuentran su tabla de salvación en el mecanismo del plusvalor relativo. De otro lado, si encontráramos que hubiera algún límite al funcionamiento del mecanismo del plusvalor relativo, tendríamos que asumir que la línea kurzeana es la adecuada para comprender la dinámica capitalista. Como ya se ha visto líneas más arriba, la tesis del “límite interno objetivo” del capital apunta precisamente a este asunto. El mecanismo del plusvalor relativo tiene su talón de Aquiles o punto flaco a nivel del capital social global, en el uso de fuerza productiva que puede utilizarse dado un estándar de productividad determinado. Esto significa que la masa de valor global precisa ser de una magnitud mínima⁸⁰ para que el mecanismo del plusvalor relativo pueda tener lugar: si la dilucidación que va a realizarse demuestra la necesidad de esta magnitud mínima, verificaremos, de manera adicional, la realidad de la contradicción entre materia y forma como conflicto fundamental del sistema de producción capitalista. Por último, no está de más recordar que el criterio que asume nuestro análisis utiliza como única herramienta el razonamiento inmanente, por lo que las referencias filológicas (que Marx utilizara más o menos uno u otro argumento, que desapareciera o no de su obra) resultan un criterio de segundo orden.

Solventadas estas cuestiones introductorias, en el texto de Ortlieb (2009a: 34-39) se realiza una argumentación fundamentada en un cálculo matemático de modelos. Cabe decir que los casos con los que trabaja no tienen una naturaleza empírica, aunque pudiera parecerlo, puesto que tan solo se busca dilucidar la dinámica de la producción del plusvalor relativo en una forma pura. Para ello, se hace necesario asumir como magnitudes constantes (i) la duración de la jornada laboral y (ii) la cuantía del salario real. Asimismo, se acepta como presuposición (iii) que las transformaciones de la productividad se dan con el mismo

⁸⁰ Como sabemos, la magnitud mínima no es ni determinable, ni cuantificable, de manera previa. Además, como ya vimos en la sección anterior, es una realidad que solo puede ser aprehensible de manera indirecta y retrospectiva, puesto que es resultado de la acción de la dinámica de competencia entre los capitales individuales.

grado de éxito en todas las ramas de la productividad. Esta última salvedad convierte al ejemplo matemático de Ortlieb en un experimento mental con apoyo matemático, puesto que prescinde de la competencia dinámica que es inherente al capitalismo. Con ello se aleja de posturas que, como la de Heinrich, fundamentan su línea de lectura en una concepción del capital basada en la perspectiva del capital individual, es decir, en el individualismo metodológico⁸¹. Ortlieb marca claramente cuáles son los límites de su argumentación.

En virtud de este experimento mental, Ortlieb examina varios casos posibles de diferentes composiciones de capital. Su intención es analizar las relaciones que se establecen entre la tasa de plusvalor y dos magnitudes analíticas: i) la magnitud de valor global de la mercancía y ii) la magnitud de la masa de plusvalor. Si se lograra demostrar que la magnitud de la masa de plusvalor es independiente funcionalmente de la magnitud global de la mercancía, otorgaríamos la razón a Heinrich. Si fuera el caso lo contrario, afirmaríamos que es Kurz quien ha llevado a cabo el análisis correcto: admitiríamos que existen límites al mecanismo del plusvalor relativo. ¿Cuál es, pues, el resultado?

Tras su análisis, Ortlieb afirma de entrada (Ortlieb 2009a: 36-37) que el aumento de la productividad (bajo condiciones iguales de salario real) conduce *en todo caso* a un aumento de la tasa de plusvalor y a la disminución del valor de la mercancía. Ahora bien, ha de tenerse en cuenta que la masa de plusvalor realizada en la unidad material mercantil también se encuentra sometida a dos efectos que la dirigen en direcciones opuestas.

Por un lado, la masa de plusvalor realizada *disminuye* como parte del valor global de la mercancía de manera proporcional a dicha disminución general —vale decir: hay una tarta más pequeña, por lo tanto las porciones son asimismo más pequeñas—. Por otro lado, no obstante, la masa de plusvalor realizada *aumenta*, siempre *en la medida* o magnitud en que *la parte del plusvalor* que se incluye en el valor de la mercancía *aumente* también, a causa del abaratamiento de la fuerza de trabajo —vale decir: de la tarta hay que repartir una menor porción a los trabajadores—. Siendo esto así, ¿aumenta o no de manera inexorable la masa plusvalor global? No hay una respuesta directa, dado que esto depende del tamaño de la fracción de trabajo necesario⁸² antes de la introducción a efecto del mecanismo del plusvalor relativo: solo a costa de esta fracción puede elevarse la masa de plusvalor. De este modo:

81 Tal y como Ortlieb dice, sí que es cierto que el ejercicio matemático realizado podría utilizarse como modelo para los capitales individuales, pero dado que la tendencia de desarrollo que busca expresar es de categoría general, también podría ser utilizado para “la riqueza material producida en un año por economías nacionales al completo”. (Ortlieb 2009a: 40).

82 “Trabajo necesario” puede ser sustituido por “trabajo pagado” o por “número de fuerzas de trabajo que pueden utilizarse de manera productiva para el capital”.

- i) Si la tasa de plusvalor es baja, o sea, que la fracción de trabajo necesario es grande, aumenta la masa de plusvalor.
- ii) si la tasa de plusvalor es alta, o lo que es lo mismo, la fracción de trabajo necesario es pequeña, disminuye igualmente la masa de plusvalor global.

Si todavía nos costara ver la necesidad de esta segunda consecuencia, vamos a detenernos un instante a aclarar ciertas cuestiones. En primer lugar, ha de asumirse como principio que el modo de producción capitalista tiene como fin en sí mismo la valorización del valor y, con este, la acumulación de plusvalía. La plusvalía, tal y como Marx nos hizo ver en el primer tomo de *El Capital*, no es resultado de un “engaño” en la esfera de la circulación (o sea, que los productores vendan sus mercancías “por encima de su valor”) puesto que tales argucias, si bien pueden darse de manera anecdótica e individual, se compensan en un sistema de intercambio generalizado. Así, la plusvalía solo puede darse bajo la forma de *plustrabajo*, esto es, en virtud de la explotación de la mercancía fuerza de trabajo en el proceso de producción/valorización por encima de sus costes de reproducción. Uno de los mecanismos a disposición del capital para una obtención más eficiente de plusvalía es el plusvalor relativo, que aumenta aquella fracción de trabajo no pagado en el proceso de valorización por medio de la transformación del proceso productivo: si los costes de reproducción de la fuerza de trabajo disminuyen, se obtiene un beneficio mayor.

Ahora bien, solo se puede obtener dicho beneficio en la medida en que se trabaje en general, un hecho evidente por sí mismo, y, asimismo, en la medida en que sea rentable o —dicho de manera pedestre— *salga a cuenta* realizar la transformación del proceso productivo vinculada al mecanismo del plusvalor relativo (aquella que aumentaría la productividad). Si partimos, de entrada, de una tasa de plusvalor muy alta, es decir, si el número de fuerzas empleadas de manera productiva es ya muy bajo, es perfectamente posible que la implementación de transformaciones productivas no compensen el ahorro producido. Desde luego, se aumentaría sin duda el *output* de mercancías producidas. Si solo se tratara de satisfacer necesidades materiales concretas, el mecanismo del plusvalor relativo podría funcionar, creemos, incluso bajo estas condiciones⁸³.

⁸³ Respecto a esta necesidad de que la satisfacción de necesidades se haga de manera *rentable para el capital*, Kurz, al final de *Geld ohne Wert*, realiza una distinción de importancia entre las sociedades pre- y capitalistas. Tal y como nos dice, la restricción de su satisfacción adquiere un carácter necesario solo en las últimas, donde todo sujeto se ve obligado a someterse a la dictadura del trabajo abstracto para poder acceder a la riqueza social. Así, “[e]n las sociedades religiosas premodernas las necesidades vitales estaban bien igualmente a expensas de los cumplimientos sagrados y las relaciones de representación personal, pero las restricciones que estaban unidas a estas era siempre parciales y se externalizaban [...]”. Bajo la dominación

No obstante, recordemos: aquí se trata exclusivamente de *riqueza abstracta, de valor*, cuya sustancia es el “trabajo abstracto”. Una alta tasa de plusvalor señala una masa global de valor en disminución, con ello, menos margen para hacerse con una fracción del mismo. La masa de plusvalor expresa la magnitud de trabajo no pagado dada en un ciclo de reproducción del valor, pero esta nunca puede ser mayor al valor global en sí: sabemos que expresa una parte dentro de la misma y, sea como fuere, la fuerza de trabajo no puede ser explotada más allá de la jornada de trabajo dada⁸⁴.

En conclusión, desde otra perspectiva diferente a la de Kurz, Ortlieb ha llegado a su misma conclusión (y también nosotros mismos), como es patente por lo argumentado. En definitiva,

...la masa de plusvalor nunca puede ser más grande que la masa de valor. Por otro lado, [también, CNR] está claro, que no puede lograrse ningún plusvalor (y con ello, tampoco [es, CNR] posible capitalismo alguno), en tanto [el aumento de, CNR] la productividad solo alcance para cubrir la reproducción de la fuerza de trabajo ($p[\text{plusvalor}]=0$). Que la masa de plusvalor que porta cada producto individual deba tener su máximo entre estos dos límites es [una asunción, CNR] plausible sin cálculo matemático de modelos. (Ortlieb 2009a: 40).

Hemos logrado demostrar que la tesis de Kurz y la contradicción fundamental entre materia y forma de la riqueza es correcta y válida⁸⁵. Por si todavía quedara alguna duda y,

del fetiche del capital[.] por el contrario[.] las necesidades vitales se establecen de manera absoluta a expensas del movimiento de la víctima totalitario [fenómeno que se da, CNR] como acumulación como fin en sí mismo de “trabajo abstracto”. (Kurz 2012a: 409-410).

84 Recordemos que el trabajo necesario se calcula teniendo en cuenta los costes de reproducción de la fuerza de trabajo, calculados por jornada laboral. No asumirlos sería contravenir la propia legaliformidad del sistema de producción capitalista (convirtiéndolo en un sistema esclavista). Esto es algo completamente diferente a las diferentes fenómenos que pueden observarse hoy día en la realidad capitalista contemporánea: la posibilidad de denuncia de los mismos es demostración de que no cumplen los requisitos legales para ser considerado “trabajo asalariado” bajo las condiciones necesarias para ello. Asimismo, esto es independiente de la larga tradición capitalista existente en torno al apoyo sobre el trabajo esclavo, algo que veremos en el siguiente bloque cuando nos ocupemos de la noción de “raza”.

85 La contradicción entre materia y forma, así como la inexorable desvalorización del valor, es el fundamento para la crisis del límite interno objetivo del sistema capitalista. Una vez se ha argumentado en favor de su corrección, conviene dar cuenta, aunque sea de manera rápida, de una teoría que, en el marco de la discusión de la crisis, ha dado mucho que hablar: la caída tendencial de la tasa de beneficio. Como ya adelantamos líneas más arriba, esta ley interna del capitalismo se encuentra subordinada para Kurz a la contradicción fundamental que existe entre materia y forma. No debe olvidarse que esta tasa solo representa la representación empírica de las relaciones y condiciones que determinan el plusvalor, pero no nos dicen nada de su verdadera causa y por ello, tampoco si está generado por una disminución de la masa absoluta de valor global, fundamento único del límite interno objetivo del sistema capitalista, si bien apunta en tal dirección. De esta manera: “La caída de la tasa de beneficio es expresión de la contradicción interna, también pone encima de la mesa el problema del aumento de los costes previos muertos [constantes, CNR] de la acumulación de capital; pero el capital real se puede seguir autovalorizando a pesar de ello, por tanto tiempo

particularmente, para comprender correctamente las consecuencias de la perspectiva heinrichiana, conviene que todavía insistamos algo más en su postura. Hasta ahora tan solo hemos observado el problema desde una perspectiva sumamente abstracta.

Para comenzar, veamos qué dice Heinrich en su libro de carácter divulgativo “Crítica de la economía política” acerca de este mismo asunto, la crisis por desvalorización del valor. Aquí utiliza nuevamente el argumento del aumento de plusvalor relativo y la referencia de Marx a Quesnay para fundamentar su postura pero, esta vez, la contrapone de manera explícita a la tesis del derrumbamiento y límite interno objetivo defendido por el grupo *EXIT!*. Aunque el lector encontrará algún argumento ligeramente repetido, resulta en cualquier caso interesante ver cuáles son sus exactas palabras. Así,

El hecho de que en este proceso que se acaba de señalar se gaste cada vez menos trabajo en el proceso de producción de la mercancía individual no es analizado en *El Capital* como tendencia al colapso [...]. La aparente contradicción que tanto sorprendía a Marx en los *Grundrisse* [...] se convierte para Kurz, Trenkle y otros representantes de “Krisis” en una “autocontradicción lógica del capital” por la cual el capitalismo tiene que perecer ineludiblemente. [...] El tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía individual puede reducirse y el valor de la mercancía disminuir, con tal de que el plusvalor o beneficio producido por su capital aumente. A este respecto, es irrelevante que el plusvalor/beneficio se distribuya entre un pequeño número de productos con un elevado valor o entre un gran número de productos con un valor reducido (Marx, MEW 23: 338-339 [387-388]) Prescindiendo de todas las objeciones puntuales que puedan hacer a las teorías del colapso, lo cierto es que se encuentra frente al problema fundamental de tener que indicar una tendencia inevitable de desarrollo, a la cual el capitalismo no puede sustraerse y que hace imposible su existencia ulterior, independientemente de lo que pueda pasar en el proceso

como la cantidad absoluta de la fuerza de trabajo social aplicada crezca, independientemente de que caiga en relación al aumento de capital físico” (Kurz 2012a: 310). Esto es algo muy diferente al límite interno, cuyas condiciones hemos oído expresar a Kurz en múltiples ocasiones. Este tiene lugar, según otra formulación de Kurz “[s]i el desarrollo irreversible sobrepasa un determinado límite de las fuerzas productivas, alcanza su clímax, [...] la eliminación por la racionalización de la fuerza de trabajo alcanza y adelanta la expansión del capital[...]. Entonces se transforma repentinamente la disminución relativa de la fuerza de trabajo frente al capital físico en una disminución absoluta de la fuerza de trabajo todavía aplicable ([de manera, CNR] productiva para el capital) en [este] estándar de productividad alcanzado, es decir, que la caída relativa de la tasa de beneficio se convierte repentinamente en la caída absoluta de la masa de beneficio (del capital global o en Marx, del “capital social”). La legaliformidad entonces consiste, que el capital pasa, a causa de su propia ley, a un estado en el que ya no puede cumplir su propia ley de acumulación de ‘trabajo abstracto’”. (Kurz 2012a: 311). También Heinrich ofrece una argumentación sistemática en contra de la posibilidad de establecer con seguridad la afirmación de que el capital, en un momento dado, podría encontrarse en una caída tendencial de la tasa de beneficio, a causa de los múltiples efectos contrarrestantes y multiplicidad de elementos que hay que tener presentes (Heinrich 1999b: 327-340). Se trata de una argumentación que, según Kurz, está fundamentada en motivos erróneos (v. Kurz 2012a: 307-320).

histórico. En la historia del marxismo, estas tendencias al colapso se fundamentaron a través de distintos factores. En [...] Kurz, este papel lo asume la “revolución microelectrónica”, es decir, una determinada fase de del desarrollo tecnológico que haría superfluo el trabajo en su mayor parte y conduciría a la “disolución de la sustancia de valor”. La teoría del colapso ha tenido históricamente una función exculpatoria para la izquierda: no importaba lo terribles que fueran las derrotas actuales, el fin del enemigo era seguro antes o después. (Heinrich 2008: 180-181).

Ya hemos comentado la incorrección de la práctica totalidad del argumento teórico desde un plano de reflexión abstracto, que no vamos a repetir. No obstante, sí que quisiéramos comentar una frase que sorprende por su valentía. Nos referimos al hecho de que sea, según Heinrich, “irrelevante que el plusvalor/beneficio se distribuya entre un pequeño número de productos con un elevado valor o entre un gran número de productos con un valor reducido”. Es suficiente con analizar rápidamente la realidad del día a día capitalista para comprobar que en absoluto es así. Ahora bien, es cierto que la relevancia de este factor se hace presente solo si vamos más allá del análisis del capitalismo a partir del puro plano conceptual —basándonos en su supuesta sola “media ideal”, como quiere este autor— y comprendemos, hasta sus últimas consecuencias, qué significa la realización del capital en un contexto de dinámica competitiva entre capitales individuales.

Desde este punto de vista (Ortlieb 2009a: 43 ss., Kurz 2012a: 285-286), vemos que la afirmación heinrichiana es válida exclusivamente para niveles relativamente bajos de utilización del mecanismo de plusvalor relativo. No, no es lo mismo tener que realizar 10 o 1000 mercancías en un contexto de una escasa producción de valor a nivel global. En un contexto de desvalorización de valor generalizado hay ciertos factores que dificultan enormemente la tarea de imponerse ante el resto de sujetos mercantiles, como mercados potencialmente saturados o un nivel de competencia extremadamente virulento.

En cierto modo, puede decirse que la contradicción entre riqueza concreta y abstracta se hace más aguda con el aumento de la productividad: cuanto más alta sea esta, menor será el plusvalor contenido en la mercancía, siendo con ello necesaria la realización de un *output* cada vez mayor de mercancías. Este objetivo, por su parte, intensifica la competencia entre capitalistas individuales, que tiene como resultado la necesidad una mejora adicional de la productividad para poder vencer en las relaciones de competencia. Este conjunto conforma una dinámica de retroalimentación que provoca su perpetuación una y otra vez... no *ad infinitum*, como sabemos, puesto que este conjunto estructural general acerca al capitalismo a

su límite interno. De hecho, si este proceso continuase de manera eterna, caería en el absurdo tras un lapso determinado de tiempo. Implicaría, entre otras cosas, “tener que rellenar con mercancías el espacio que hay de la tierra a la luna y más allá” (Kurz 2012a: 286), las cuales ya solo podrían representar plusvalor y valor en una dosis extremadamente baja.

Otro problema asociado a la perspectiva heinrichiana es su presentación explícita e el plano de la mercancía individual (Kurz 2012a: 276). Prescindiendo de los problemas vinculados al individualismo metodológico, hemos de recordar que en el sistema capitalista hay ciertas excepciones, como el hecho de que una mercancía para cuya producción no se ha gastado ninguna fuerza de trabajo también pueda adquirir una fracción de valor social global en el gracias a la realización de su precio ideal.

Por lo demás, merece mención aparte la consideración que Heinrich tiene de la concepción de la *Wertabspaltungskritik*. Como vemos, considera la teoría de la crítica del valor-escisión como una especie de “determinismo tecnológico”, según la cual estos autores defenderían algo así como una tendencia de desarrollo inexorable que culmina en su propia autodisolución. Aunque ya se han realizado ciertas consideraciones sobre la necesidad de introducir en sus justos quicios la lectura de la tercera revolución industrial y su eliminación del trabajo, merece la pena que insistamos de nuevo en este asunto.

Por mucho que Heinrich insista en este, “determinismo tecnológico” (Ortlieb 2009a: 47) no es un término excesivamente adecuado para describir las tesis de Robert Kurz, puesto que este no defiende de manera unilateral la necesidad de desarrollo vinculada a una determinada técnica. Lo que se explica gracias a las tesis de la crítica del valor-escisión es un proceso mucho más general, antes bien, la progresiva eliminación del trabajo humano a causa del desarrollo de la productividad y, por ende, la desvalorización masiva de las mercancías. Esta reflexión no incluye el hecho de que podamos deducir con seguridad (Ortlieb 2009b) a cuánta distancia nos encontramos de la crisis final del capitalismo o si, a pesar de que nos pareciera lo contrario, nos encontramos ya en ella. El colapso del capitalismo no es un acontecimiento súbito, como un ataque al corazón: se trata aquí del ocaso de un sistema civilizatorio (Kurz 2012c, 2013b, 2013c).

Lo que sí podemos garantizar teóricamente por medio de estas reflexiones es que las condiciones de valorización están determinadas por el desarrollo de las fuerzas productivas, algo que, a la luz de su argumentación, Heinrich parece haber olvidado (Kurz 2012a: 283-284). Esto no implica la asunción de un enfoque análogo al de ciertos marxismos

precedentes, que poseían una lectura determinista del desarrollo histórico fundamentada en una lectura economicista de las relaciones sociales. Aunque Heinrich quiere acercar a Kurz a esta perspectiva, para el autor de *Geld ohne Wert* la dialéctica existente entre las fuerzas productivas determina, únicamente, *el movimiento de valorización*. No hay aquí la asimilación e identidad de las leyes económicas y sociales propias del marxismo tradicional que vimos en nuestras notas preliminares.

Por último, otro problema que Heinrich localiza en Kurz es la adscripción de una tendencia de “desarrollo inevitable” inherente a la dinámica capitalista. Para nuestro autor, por el contrario, esta característica es más una virtud, antes que un defecto: gracias a ella se pueden entender fenómenos como la desconexión del dinero del patrón oro o la inflación secular, ambos asociados a la desvalorización generalizada localizada en la estructura fundamental del sistema capitalista. El hecho de que la perspectiva kurzeana desemboque en la determinación de un límite último interno al sistema capitalista, en una *crisis final* de la que reniega Heinrich, puede ser el motivo de su aversión. Sin embargo, esto no puede ser óbice para la negación de los efectos explicativos de la teoría kurzeana ni, mucho menos, su ridiculización.

Por otra parte, las fuertes críticas que Heinrich arroja contra la crítica de la escisión del valor —sean estas certeras o no— pueden llevarnos a creer que, en la teoría heinrichiana, las crisis y la teoría de la crisis son elementos insignificantes o minusvalorados. Por supuesto, esto no es cierto. Su hipótesis de lectura otorga un lugar y rol específico a las crisis, algo de lo que queremos dar cuenta en orden a realizar una exposición más o menos completa de su enfoque. Por tanto, vamos a explicar su postura, ocasión que utilizaremos para apuntar una última crítica de Kurz a Heinrich con la que concluiremos esta sección.

Para realizar tal objetivo, ha de partirse, de nuevo, de las consideraciones que Marx realizó sobre la crisis. Como indicábamos al comienzo de este apartado, las reflexiones del pensador pueden dividirse en tres etapas. La primera correspondería a su época juvenil, que ya hemos expuesto. La segunda corresponde, de manera general, a las reflexiones contenidas en el manuscrito realizado entre los años 1861 a 1863 y, por último, la tercera, a lo incluido en el tercer tomo de *El Capital*.

Bien, aunque el manuscrito de 1861-1863 tenga algunas consideraciones de importancia⁸⁶, vamos a ir directamente al tercer tomo de *El Capital*. Una vez que Heinrich se

⁸⁶ Heinrich indica (Heinrich 1999b: 355-357) que el problema central para Marx en este conjunto de textos es la diferencia entre la realidad y la potencialidad de la crisis. El pensador alemán, según Heinrich, identifica

ha deshecho de las nociones más molestas de la teoría de la crisis marxiana, cabe preguntarse cómo interpreta algunos de los fragmentos presentes en este tomo incompleto, que apuntan a una noción de límite interno en el sentido defendido por Kurz, como el siguiente:

El *verdadero límite* de la producción capitalista lo es *el propio capital*, es este: que el capital y su autovalorización aparece como punto de partida y punto terminal, como motivo y objetivo de la producción; que la producción solo es producción para el *capital*, y no a la inversa, que los medios de producción son meros medios para un desenvolvimiento constantemente ampliado del proceso vital, en beneficio de la *sociedad* de los productores. [...] El medio —desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales— entra en constante conflicto con el objetivo limitado, el de la valorización del capital existente. (Marx, MEW 25: 260 [321], MEGA II 4.2: 324).

Heinrich (1999b: 360) invita a pensar que la inclusión de este tipo de afirmaciones en el tercer tomo del *Capital* tiene que ver, más bien, con las decisiones editoriales de Engels,

diferentes ámbitos en los que descansa la posibilidad de un quiebre en la reproducción del sistema capitalista (separación entre el acto de venta y el acto de compra, función del dinero como medio de pago, etc.) pero reconoce que con ello no está dada su realidad, que, más bien se desarrolla en todos los niveles y que ha de concebirse en conjunto con el mercado mundial. Así, como dijo Marx “las crisis del mercado mundial tienen que aprehender como la unión [*Zusammenfassung*] real y la compensación violenta de todas las contradicciones de la economía burguesa” (Marx, MEGA II.3.3.: 1131, MEW 26.2: 510-511). A pesar de que en el fragmento de texto que se refiere Heinrich haya ciertas inconsistencias, parece que en este puede entresverse de manera clara que, en el nivel de exposición del “capital en general” tan solo podrían darse afirmaciones sobre la “posibilidad de la crisis”, mientras que “su realidad” habría de tratarse solo en el marco del “movimiento real del capital” o de la “competencia”. No obstante, tras la redacción de este escrito, Marx abandonaría la contraposición entre “capital general” (que excluye la vinculación directa a los diferentes capitales individuales) y la “competencia”. En su lugar entraría la dicotomía, más compleja y presente en diversos niveles de abstracción, del capital individual y la constitución del capital global social, llevándose por delante la diferencia, asimismo, entre potencia y realidad de la crisis. Cabe preguntarse, con Heinrich “en cuantos niveles de exposición habría de tratarse ahora la crisis y qué significado posee la crisis en el marco de la crítica de la economía política” (1999b: 357). Este autor está en lo correcto al hacer tal afirmación. Nos resulta sorprendente, no obstante, que no apele al párrafo inmediatamente posterior en el fragmento marxiano para iluminar alguna pista más concreta del planteamiento de la crítica de la Economía Política. Se trata de las siguientes palabras: “El mero proceso de producción (inmediato) del capital no puede añadir en sí aquí [en el asunto relacionado con la realidad de la crisis, CNR] nada nuevo. Se subordina a sus condiciones para en general [poder, CNR] existir. Por ello, en la primera sección sobre el capital —el proceso inmediato de producción— no se agrega ningún elemento nuevo de la crisis. En sí está contenido en él, porque el proceso de producción es apropiación [*Aneignung*] y con ello producción de plusvalor. Pero en el proceso de producción mismo no puede aparecer esto, porque en él no se habla de la realización del valor que no se reproducido todavía, sino del plusvalor. El asunto solo puede surgir en el proceso de circulación, que en sí y para sí es al mismo tiempo proceso de reproducción”. (Marx, MEGA II. 3.3.: 1133, MEW 26.2.: 513). Tomando en consideración la todavía en ciernes categorización marxiana, creemos aquí que este fragmento expresa de manera clara que Marx parece comprender que la realidad de la crisis capitalista se da únicamente al nivel del capital global social, algo que en nuestra opinión, podría ofrecer un fundamento textual a la línea interpretativa kurzeana. Volveremos de manera parcial a alguna de las cuestiones aquí planteadas en el próximo capítulo, donde hablaremos del cambio de terminología conceptual en Marx (paso a la dicotomía capital individual-capital social global) y la postura que Heinrich asume al respecto.

que con su selección ha podido inducir a una lectura que sobrevalora la importancia de este tipo de constataciones. De esta manera, el fragmento que acabamos de citar no trata de alegar un límite al desarrollo de la producción capitalista, “que llevaría a algún tipo de colapso catastrófico una vez alcanzado” (Heinrich 1999b: 360) sino que menciona, únicamente, que existe una limitación [*Begrenztheit*] inherente al capitalismo respecto a sus fines, la cual no depende de que haya una acumulación más o menos intensa. La limitación de la que habla Marx “se entiende aquí como estrechez de miras: el capital desarrolla las fuerzas productivas en mayor medida que cualquier otro modo de producción anterior, pero este desarrollo está al servicio únicamente de la valorización del capital” (Heinrich 2008: 179). Con esta lectura *sui generis* del concepto de límite, Heinrich ha convertido la objetividad del límite interno en una restricción que podríamos considerar, en cierto modo, civilizatoria. Esta condena los límites del sistema capitalista, pero en exclusivo sentido ético, sin vinculación a la legaliformidad interna del capital (Kurz 2012a: 350 ss.).

Por nuestra parte, nos resistimos a confiar en la hipótesis heinrichiana. Si este fragmento lo leemos junto a las reflexiones de los *Grundrisse* y lo acompañamos de una consideración del posible agotamiento de los mecanismos del plusvalor relativo, no parece que haya demasiado margen para una comprensión tan alejada de la estructura interna capitalista. Se comprende, en cualquier caso, que en el contexto de una teoría marxista que ha renunciado a toda concepción de sustancialidad en el plano de la teoría del valor y el dinero, posicionada firmemente en contra de cualquier noción de límite, se ofrezca esta interpretación.

Sea como fuere, las crisis tienen que explicarse de algún modo, también en la teoría heinrichiana. Para él, todas pueden remitirse a una especie particular de contradicción existente entre la producción y el consumo. El conflicto tiene su origen en que estas dos esferas están determinadas de manera distinta. Mientras que la producción se rige únicamente por la lógica de valorización alimentada por la competencia (que empuja al crecimiento y expansión continuos), el consumo se conduce por la demanda social solvente, determinada por la presión salarial y el mercado laboral.

La relación de ambos elementos (Heinrich 1999b: 369), condicionada por las contradicciones ínsitas al proceso de producción —ligados fundamentalmente a la necesidad de aumentar la tasa de beneficio— constituyen una forma tendente a la crisis [*krisenhaft*] que es inherente a la dinámica capitalista, cuya consecuencia general es

...la tendencia a la *sobreproducción* de mercancías (sobreproducción en relación a la demanda solvente) y a la *sobreacumulación* (capital acumulado que se valoriza mal o que no se valoriza en absoluto), lo que finalmente conduce a la crisis: la reproducción se paraliza, el capital invertido se desvaloriza o incluso se destruye por completo, las empresas menos rentables cierran, los capitales individuales menos rentables van a la quiebra, las fuerzas de trabajo son despedidas [...]. Por lo tanto, las crisis son procesos enormemente destructivos: se destruye la riqueza social y las condiciones de vida de gran número de personas empeoran considerablemente. Sin embargo, son precisamente estos momentos destructivos los que, por medio de un proceso violento, eliminan el desequilibrio entre la producción y el consumo social. (Heinrich 2008: 177).

La lectura de Heinrich, como vemos, pone de manifiesto las consecuencias destructivas que conllevan las crisis, pero a su vez, les otorga una cierta funcionalidad en tanto “eliminan el desequilibrio entre producción y consumo social”. Esto no ha de llevarnos a pensar que este autor, con esta aseveración, se está postulando como un posible aliado de los teóricos del equilibrio neoclásico. Su tesis, afirma él mismo, se contrapone de manera explícita a las teorías de estos autores. Desde su perspectiva, las crisis capitalistas no implican la vuelta al equilibrio originario propio del mercado —como buscan estos autores—. Antes bien, crean una nueva constelación de coherencia económica, que no se puede determinar de antemano y constituyendo al tiempo las condiciones de posibilidad de la siguiente crisis capitalista (Heinrich 1999b: 370).

Esta capacidad creativa de las crisis la dotan de un carácter que tiene efectos, según la propia denominación de Heinrich (2009b) “productivos para la economía capitalista”: con la bancarrota de muchas de las empresas se eliminan excesos de capacidad que permiten (dado un número mayor de desempleados), presionar a la baja los salarios, mejorando las posibilidades de beneficio. Además, la dinámica competencial lleva a la superación de estructuras ineficientes. Aunque el tono schumpeteriano de esta argumentación se hace patente de inmediato, la afinidad de Heinrich con el autor del término “destrucción creativa” queda definitivamente clara cuando afirma que las “grandes crisis económicas traen consigo por regla general un salto adelante [*Schub*] en la innovación y la modernización: el capitalismo genera con necesidad no solo crisis, sino que le son extremadamente necesarias para poder seguir desarrollándose” (Heinrich 2009b).

Habida cuenta del recorrido argumentativo que se ha realizado para llegar hasta este punto, puede que ya no sea necesario citar *in extenso* el texto de Kurz para comprobar la aversión de este contra la tesis de Heinrich expuesta. Para el crítico del valor-escisión, la causa última de todos sus errores argumentativos descansa en la falta de una noción sustancial del valor, como sabemos, así como en la pérdida de perspectiva de la contradicción fundamental entre materia y forma de la riqueza en el capital. Por otro lado, afirma que la contradicción entre producción y consumo no es verdaderamente una crisis capitalista, sino una crisis social. La única crisis capitalista que merece tal nombre, según él, es aquella que remite a las contradicciones inherentes a las diferentes figuras que adquiere el capital en su recorrido (Kurz 2012a: 268 ss.)

Kurz critica en términos igualmente duros la concepción productiva que las crisis adquieren en Heinrich, que considera errónea por varios motivos. En primer lugar, comenta que el autor de *Die Wissenschaft vom Wert* da a entender que los efectos del desarrollo de las fuerzas productivas pueden dejarse sin efecto a raíz de las crisis, puesto que el momento esencial de purificación crítica consiste, tal como afirma, en la “destrucción de sobrecapacidades” (Heinrich 2009b). Este argumento no es válido. Hemos insistido repetidamente que el capitalismo no puede retrotraerse a las condiciones de productividad que han pasado a formar parte del corpus del saber social general. El “trabajo socialmente necesario” se constituye globalmente, de manera progresiva y acumulativa, sin vuelta atrás.

El segundo problema asociado a la concepción heinrichiana es que el autor de *Die Wissenschaft vom Wert* asume una relación entre innovación y desarrollo simbiótica que no se fundamenta, sino que se da por hecho. Dicha presuposición, que a primera vista parece plausible, excluye la posibilidad (de plena vigencia con la tercera revolución industrial) de que las innovaciones técnicas eliminen trabajo en tal cantidad que hagan imposible la acumulación del capital.

Para completar los matices que asumen las críticas de Kurz a Heinrich y reconectar con el planteamiento del primero, bien nos pueden servir las palabras que citamos a continuación. Para Kurz, la teoría de la crisis heinrichiana,

...se reduce, desde un punto de vista objetivo, a una contradicción temporal entre diferentes momentos de la circulación del capital, donde el problema se limita no solo a los capitales individuales, sino que también (en cualquier caso, como de costumbre) se formula de modo ideológico, en términos de la esfera de circulación. [...] [P]ara Heinrich la crisis

también solo puede tener lugar como un “problema de realización” [pero, CNR] habiendo desgarrado la producción de valor y el mercado, [...] no puede partir de la relación interna de estas esferas, sino, por principio, solo del lado del mercado. Con ello, a pesar de la referencia a la “realización”, el mercado se percibe como mera circulación. [...] La crisis ya no se puede vincular a la producción sustancial de valor y plusvalor, y por ello, tampoco al “proceso global” o el *a priori* transcendental, que para Heinrich permanece de todas maneras [como, CNR] un misterio. Por suerte, además ha incorporado una protección extra en contra de la teoría del “límite interno”: la simple afirmación de que no hay una verdadera sustancia de valor o que (aun mejor), esta, por favor, no se entienda “de manera sustancialista”. (Kurz 2012a: 271).

Según Kurz, una vez se han eliminado los fundamentos del valor que vinculan el momento de producción, la dinámica competitiva capitalista y el momento de su realización, no puede sostenerse, de pleno derecho, noción alguna de la crisis. Lo que en realidad parece que tendría lugar son, antes bien (aunque Kurz no es muy específico al respecto) ciertos problemas provenientes exclusivamente de parte del mercado. Así, sin remitir las crisis a un proceso de carácter global, no podemos saber con exactitud qué naturaleza poseen estas.

Parece evidente que, es en la noción de crisis es donde, de manera más clara, se hace patente la necesidad de partir del punto de vista del capital global para analizar el capitalismo, algo que Kurz se ha esforzado en demostrar. La exposición que se ha realizado hasta el momento espera, del mismo modo, haber mostrado las virtudes de dicha perspectiva. Especialmente, que gracias a ella, podemos entender de manera fundada e integrada los conceptos de valor, dinero y crisis capitalista.

Por otro lado, con la finalización de esta subsección damos por finalizada la explicación de los aspectos abstractos de la discusión entre Heinrich y Kurz. Para concluir la descripción de sus características, queremos ahora abordar una última sección que, apelando a aspectos más concretos de la realidad empírica capitalista del pasado siglo XX, nos permita todavía realizar alguna consideración relevante.

3.4.3. Las imágenes en la pared. Origen y desarrollo de la crisis de valor en el siglo XX

En las secciones precedentes, hemos considerado la disputa de Heinrich y Kurz únicamente desde el punto de vista categorial y abstracto del análisis del capital, el nivel más esencial. De este tipo de aproximación se desprende una dicotomía entre esencia y apariencia

que, de manera contraria a lo que ocurría en Scholz, no se encuentran desvinculadas. Es sabido que la crítica de la economía política de Marx es un ejercicio teórico que implica, simultáneamente, la crítica de las categorías de una disciplina determinada y de la realidad en que se encuentran materializada. De este modo, puede decirse, con Kurz (2012a: 285), que en análisis marxista “la empiria es aquella de la relación categorial, del mismo modo como el momento categorial es aquel de la empiria”. De esta afirmación se sigue, de igual manera, que el proceso interno de desarrollo categorial capitalista y el proceso histórico de sus relaciones son también una y la misma cosa, observada desde dos perspectivas diferentes.

Tomando esto en consideración, en esta sección vamos a dar cuenta de algunos aspectos del desarrollo histórico del capital en el pasado siglo, donde ha tenido lugar su proceso de desvalorización masiva. Estas serán consideraciones de carácter general, a partir de las cuales, creemos, ambos autores podrían elaborar discursos críticos.

Ya se ha explicado cuál es el punto nodal de la tesis del límite interno objetivo del capital. Se trata de un específico contexto de las relaciones que determinan el proceso de acumulación y realización del capital (Kurz 2012a: 295-296), conformado, de entrada, por una enorme disminución del uso de trabajo vivo por unidad mercantil resultado del desarrollo de las fuerzas productivas. Este tiene como resultado una producción masiva, para el cual se necesita un grado determinado de uso de la fuerza de trabajo que es menor que en el anterior estándar de productividad. No obstante, este contexto no tiene por qué tener como resultado inmediato una crisis de sobreproducción: el bajo valor que porta cada mercancía puede ser compensado por el número de mercancías que entran en el mercado (y con ello, al consumo masivo), provocando una expansión mercantil que permita la efectiva realización del capital.

Ahora bien, se vio que para que dicho mecanismo de compensación pueda tener lugar y pueda igualmente realizarse el capital, es necesario atender al factor crucial de la cantidad de trabajo que puede ser utilizado para la producción de las mencionadas mercancías. Así, si para esa magnitud de mercancías adicional se necesita fuerza de trabajo en un grado suficiente, tal que sea capaz de compensar la disminución, no habrá desequilibrio alguno. Por el contrario, si la cantidad de trabajo vivo que puede utilizarse de manera productiva para el capital en el nuevo estándar de productividad disminuye muy fuertemente, el mecanismo de compensación del plusvalor relativo no puede tener lugar. Esta situación es indicio de que el capital ha alcanzado su límite interno objetivo.

Independientemente de cuál sea nuestra posición respecto a las tesis de la crítica del

valor-escisión, es evidente que este esquema categorial permite leer la realidad empírica del capitalismo de los siglos XX y XXI. El primero de ellos está marcado, fundamentalmente, por dos hitos de carácter histórico, político y económico muy generales: primero, el surgimiento de la hegemonía de EE.UU., que se vio acompañada por la recuperación de las economías del bloque europeo y la creación de los Estados de Bienestar tras la Segunda Guerra mundial, segundo, el surgimiento y consecuencias del fenómeno de la globalización.

El primer escenario mencionado —del que se ha dicho constituye los “años dorados” del capitalismo occidental, quizá algo exageradamente (Hobsbawm 1996: 257-286)— supuso la extensión masiva del modelo industrial fordista en los centros capitalistas occidentales. Con todos los matices que habría que tener en cuenta, la historiografía (Wallerstein 1993: 97 ss., Navarro Ruiz 2019d) parece estar de acuerdo en hacer coincidir la propagación del modelo fordista con el auge de Estados Unidos como país hegemónico dentro del orden mundial.

El poder americano se sustentó sobre cuatro pilares fundamentales, la mitad de carácter político, los otros, de carácter económico. En el ámbito político, se creó un sistema de alianzas con Europa Occidental y Japón, al tiempo que se sostuvo una relación de guerra fría con la Unión Soviética que dio lugar a la comúnmente llamada como “política de bloques”. Los ejemplos paradigmáticos de esta constelación son el Plan Marshall y la Conferencia de Yalta. Al mismo tiempo, se intentó una descolonización gradual y pacífica en África y Asia, de la que cabe preguntarse si únicamente lo fue en términos formales⁸⁷.

De otra parte, en lo económico se promovió la disminución del conflicto de clase a nivel nacional. En el territorio estadounidense, la estrategia seguida para ello fue la eliminación de las restricciones más escandalosas para la población no blanca y la concesión de prerrogativas a la clase obrera⁸⁸. Esto último fue lo que dio lugar al surgimiento del Estado de Bienestar, que se implementó en todos los centros capitalistas occidentales a diferentes ritmos y según las especificidades de cada población. El pacto social que lo hizo posible consistía en la introducción de una serie de mecanismos fiscales (progresividad, entre otros) que permitieron la redistribución de la riqueza, dando lugar a un tipo de “Estado benefactor” para ciertas mayorías (De Sousa Santos 2011: 211 ss.).

87 Un buen ejemplo de este tipo de descolonizaciones meramente formales puede verse en la política monetaria instituida en Bretton Woods respecto a ciertas ex-colonias francesas de África, con la creación del franco FCA.

88 Ninguna de las dos mejoras tuvieron lugar en ausencia de conflictividad por parte de la población, tal y como muestra, en el primer caso, la historia del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, y en el segundo, el papel de la organización de trabajadores en sindicatos. (V. Vela 2018: 219 ss.).

Si todo esto fue posible, fue en virtud del contexto capitalista, que se encontraba, como ya hemos dicho, en una fase expansiva. La extensión territorial de las empresas, la ampliación de los sectores productivos, así como la innovación y creación de nuevas mercancías, intensificó los efectos beneficiosos del mecanismo de plusvalor relativo. La política monetaria mundial reconocía de manera fáctica la hegemonía estadounidense, como demostró en la conexión del dólar al patrón oro tras los acuerdos de Bretton Woods (1944), que trajo consigo la fundación del Fondo Monetario Internacional (FMI) para garantizar y velar por una política monetaria mundial estable. La consolidación del sistema del trabajo abstracto se puede demostrar directamente por el dato desnudo de que en la Alemania Occidental (Kurz 1999a: 543) se crearon nueve millones de empleos, tan solo entre 1950 y 1973. El carácter industrializado de la economía mundial tampoco se puede poner en cuestión a la vista de los datos de empleo segregado por sectores⁸⁹.

Este escenario cambió radicalmente con el surgimiento de la globalización económica, que puede leerse como consecuencia directa de la tercera revolución industrial o microelectrónica. Como ya dijimos, este supuso una auténtica ruptura respecto a la situación anterior. Se originó un desarrollo de las fuerzas productivas de tal calibre que su implementación eliminó más trabajo del que podía ser compensado vía del abaratamiento de las mercancías y la expansión mercantil, conduciendo a una disminución de la masa social global de valor⁹⁰.

La respuesta de los Estados capitalistas ante tal situación indujo al desarrollo de la globalización económica (Navarro Ruiz 2016b, Maiso 2016). En lo fundamental, este vino a certificar la crisis de los espacios de influencia “nacionales” y supuso la puerta de entrada al comienzo de la predominancia en el panorama político de las empresas transnacionales. Por lo que respecta a los aspectos puramente económicos, (Kurz 2005b: 84 ss.) la globalización se caracteriza por una serie de medidas de racionalización orientadas a la obtención de

89 Los datos, ofrecidos por la OCDE (1995, v. Kurz 1999a: 539) indican que en 1968 en Inglaterra el 3,5% de la población se dedicaba a la agricultura, el 45,2% a la industria y el 51,3% al sector servicios, en Francia el 15,6%, 38,6% y 45,8% respectivamente; en EE.UU., el 5,1%, 35,4% y 59,4% para los mismos valores y, por último, en Alemania Occidental el 9,9%, 47,1% y 43,0% en cada uno de los sectores mencionados.

90 Aunque ya hemos citado *in extenso* diferentes fragmentos de Kurz en que se explica claramente qué supone la tercera revolución industrial, las siguientes palabras lo explican en términos muy concretos, por lo que pensamos que puede ser útil que las tengamos en cuenta. Con la tercera revolución industrial, dice Kurz, “[...] se manifestó, lo que lógicamente siempre había sido pensable: [...] la “racionalización”, por primera vez en la historia capitalista, avanza más rápidamente y adquiere una extensión mayor que el abaratamiento de las mercancías vinculado a este y la correspondiente extensión de los mercados. Los mercados de mercancías aumentan su volumen de manera dramática, los mercados de trabajo disminuyen, también de manera dramática. Es el exacto contrario a la expansión interna fordista. (Kurz 2012a: 296).

beneficios mediante la *reducción de costes*. Este enfoque empresarial incluye estrategias diferentes, entre las que la *deslocalización* y la *externalización* (o *outsourcing*) resultan paradigmáticas.

La primera estrategia consiste en el desplazamiento de los sectores productivos a enclaves geográficos donde los costes reproducción de la fuerza de trabajo son más bajos que en los centros occidentales. Por su parte, la *externalización* o *outsourcing* implica el abandono de la fabricación y/o responsabilidad empresarial sobre ciertos elementos, partes o procesos que forman parte del proceso de producción/elaboración/preparación de un cierto bien o servicio de una empresa determinada. Dichos elementos pasan a subcontratarse a empresas externas, que les ofrecen el mismo servicio y/o bien a un menor coste (Vela 2018: 63-64). De manera adicional, ha de tenerse muy presente que los dos ejemplos de táctica empresarial han de entenderse en un contexto de gran importancia de las telecomunicaciones a nivel mundial, cuyos costes se abarataron en el mismo grado en que aumentó su flujo cuantitativo.

Alguien podría decir que los elementos que se han nombrado hasta ahora no tienen por qué ser síntoma de un comportamiento capitalista fundamentado por una dinámica fuertemente tendente a la crisis. En otras palabras, que de las tácticas nombradas, no se infiere que el capitalismo se encuentre ante las señales de su inequívoco límite interno. Sin embargo, que estas estrategias empresariales tienen como fundamento un contexto generalizado de crisis de la valorización del valor, que puede ser leído como expresión de su límite final, lo demuestra el hecho que ninguna de las medidas mencionadas son de carácter expansivo. El éxito en las relaciones de competencia se da en virtud del adelgazamiento y destrucción de lastres para la productividad, el aumento de beneficios no se fundamenta en el aumento de la masa global del valor, sino únicamente en la eliminación sistemática de los potenciales aspirantes a una fracción del mismo.

En el plano político, esta serie de movimientos se materializaron en el surgimiento del enfoque neoliberal en la conducción de los estados. Del neoliberalismo, más allá de la leyenda acerca de su origen (promovida, sin intenciones espurias, por autores como David Harvey [2007] o Jamie Peck [2010]), que cuenta que habría nacido en la Escuela de Chicago y habría utilizado a Chile como conejillo de Indias de sus ideas; promueve (Navarro Ruiz 2016f: 29 ss.) “extender y diseminar los valores del mercado a todas las instituciones y la acción social, incluso cuando el mercado aparece como un actor distinto” (Brown 2005: 40).

La aproximación al mercado es de carácter *constructivista* (Foucault 2009: 135-162), algo que lo diferencia del liberalismo clásico, que lo asume como un objeto natural separado de la esfera política.

Partiendo de esta perspectiva (Brown 2006: 393-395) el neoliberalismo considera lo social y lo político determinados y organizados según la racionalidad mercantil, por lo que produce criterios de *gobernanza*⁹¹ que caminan en esa dirección. Esos criterios pueden resumirse en el paquete de recomendaciones expresadas en el llamado (Navarro Ruiz 2018e) “Consenso de Washington”, acuñado en 1989 por el economista John Williamson (Bidaurratzaga 2012: 70 ss.). Este consiste en un conjunto de medidas de corte neoliberal, que ciertas instituciones internacionales como el FMI y el Banco Mundial (BM) propusieron al Sur y Norte Global como condiciones necesarias para el desarrollo económico. Entre ellas podemos encontrar dogmas de nuestra economía: la disciplina presupuestaria y fiscal (reducciones, reformas), la liberalización comercial de las importaciones, la privatización de las empresas públicas y desregulación de los mecanismos de control de las empresas extranjeras, la apertura a la inversión extranjera, etc.

Solo se han dado algunas pinceladas de los procesos de desarrollo histórico que contextualizan el esquema categorial kurzeano que se ha ofrecido anteriormente. Dada su generalidad, es más que probable que Michael Heinrich afirmaría sin duda alguna que este despliegue de acontecimientos, de fuerte acento en aspectos económicos, es correcto. La clave de lectura es lo que diferencia a ambos autores.

Para Kurz todos estos eventos han de explicarse haciendo referencia al nivel del capital global social y su evolución interna, mientras que para Heinrich, todos los aspectos históricos del capital vienen a demostrar su carácter “intrínsecamente tendente a la crisis”. A raíz de este enfoque, se obtura la posibilidad de vincular de manera interna y fundante los distintos fenómenos, asumiendo afirmaciones que expresan una concepción del capitalismo apoyada en sus manifestaciones empíricas. Una buena muestra de su actitud teórica es la entradilla a un artículo de opinión de 2007 de este autor, donde afirma que “prosperidad y crisis se turnan de manera constante en el capitalismo [...] No obstante, tras este arriba y abajo, se encuentran tendencias tanto a la extensión como a la profundización del capitalismo, que ni mucho menos han llegado todavía a su fin” (Heinrich 2007, v. Kurz 2012a: 298 ss.). Si bien podría argumentarse que dicha opinión es completamente coherente con su concepción

91 Tal y como indican Laval y Dardot (2013: 278-291), esta palabra reúne en sí tres dimensiones del poder: la dirección de empresas, la dirección de Estados y la dirección del propio mundo.

productiva de las crisis, que se ha expuesto en la sección anterior, no quisiéramos extrapolar su opinión a partir de un artículo que, al fin y al cabo, fue escrito antes de la crisis de 2008.

Por este motivo, para no realizar un juicio excesivamente apresurado, es útil realizar una lectura de las afirmaciones que ha realizado en torno a la crisis del 2008 (2009b, 2010a, 2010b), que tampoco son muy numerosas. En estas intervenciones puede verse que en este autor la identificación de las causas concretas de la concatenación de crisis que vivimos es certera y adecuada (crisis inmobiliaria estadounidense, de raíces en el desplome de la *New Economy* en el año 2000, desregulación y crecimiento desmesurado de los mercados financieros, reestructuración fiscal en contra de la progresividad, etc.). No obstante, el fundamento de estos motivos sí resulta insuficiente. Heinrich apela al carácter estructural intrínseco al capitalismo⁹², tendente en sí a las crisis, y a la diferente correlación de fuerzas entre los diferentes participantes en el contexto político internacional. Esta segunda consideración que el autor realiza otorga carta de naturaleza al análisis que considera que el sistema capitalista agota su explicación en la mera suma de diferentes correlaciones de fuerzas, bien entre el par capital/trabajo, o bien entre los países entre sí: un tipo de explicación completamente inaceptable, según hemos contado, desde la perspectiva kurzeana.

Sea como fuere, Heinrich opta por acentuar fenómenos como la disminución de la influencia de Estados Unidos en la economía mundial, o bien, el surgimiento de China como un actor global a tener en cuenta (Heinrich 2010b). Desde luego, este no es un procedimiento incorrecto cuando únicamente buscamos analizar el plausible desarrollo de los acontecimientos histórico-políticos de la actualidad. De hecho, resulta un examen muy útil que puede servirnos para ser conscientes de las diferentes relaciones activas en nuestra contemporaneidad. No es esto, sin embargo, lo único que ha de buscar una teoría de análisis marxista. Ninguna, ni la de Kurz, ni la de Heinrich, han de tratar de demostrar nada (Kurz 2012a: 301 ss.), tampoco la teoría del límite interno, al modo de una ciencia social positivista.

92 De esta manera, en Heinrich 2010b, al ser preguntado por las causas de la crisis financiera de 2008: “En primer lugar. Seguimos viviendo bajo el capitalismo, da igual que ahora lo llamemos “nuestra economía”, “economía de mercado social”, o como sea. Y el capitalismo tiende a las crisis. Por un lado hay una presión sistémica para elevar la producción y la productividad y, por otro, para disminuir los costes. Los salarios, por ello, deben ser lo más bajo posible y las inversiones solo pueden realizarse en aquellas instalaciones [*Anlagen*] que prometan el beneficio más altos. Sin embargo, en el plano económico global, esto significa que, tarde o temprano, la demanda social ya no puede seguir el aumento de la oferta”. De nuevo, encontramos aquí un razonamiento idéntico al que se ha expuesto anteriormente, al explicar el carácter general de su concepción de la crisis: de hecho, uno de los textos utilizados en la sección anterior para dar cuenta de la tesis heinrichiana de la productividad inherente a las crisis es un escrito elaborado a propósito de la crisis de 2008. La excepción parcial la constituye el texto de 2010a, en que sí se acepta una posición algo diferente, puesto que se aceptan varios niveles de crisis).

Mas bien,

[I]o que importa no es la demostración positivista, que de todos modos es imposible, que podría ser suministrada solo más allá de las relaciones temporales dadas como una observación *ex post* (“así fue”), sino más bien, la actual capacidad explicativa de una teoría. El criterio [...] [ha de ser, CNR] qué posición analítico-conceptual está en condiciones de explicar mejor los fenómenos de una época. Es decir, no las fluctuaciones, acontecimientos, etc., a corto plazo, sino el proceso de desarrollo real, lo que incluye no solo una valoración y un pronóstico, sino también una explicación analítica del pasado. (Kurz 2012a: 302).

Estas palabras muestran con claridad que “la necesidad de una tendencia de desarrollo inevitable” (Heinrich 2008: 180) insito a la tesis del “límite interno” de la crítica del valor-escisión del valor no es ya —como antes la describimos— considerada por Kurz como un mero aspecto particular de su teoría. Se trata, sobre todo, de una característica necesaria para un diagnóstico del capitalismo certero y a largo plazo. Cuán útil sea este último no es una decisión que pueda dilucidarse en términos partidistas o de preferencias, es decir, eligiendo, por motivos ajenos a la teoría, uno u otro tipo de análisis: ha de demostrarse en el propio ejercicio de la crítica. Así, ha de tenerse presente cuál es capaz de considerar en perspectiva histórica y en correlación la implementación de tecnologías o el surgimiento de la “sociedad de servicios” y si, a pesar del tiempo transcurrido, las predicciones teóricas en su generalidad muestran líneas de lectura fructíferas para el presente.

A continuación, nos hemos propuesto realizar precisamente tal ejercicio de análisis teórico: vamos a comprobar cuán consistente resulta la teoría kurzeana y heinrichiana en torno a un fenómeno concreto, la desconexión del dinero del patrón oro. Dada la especificidad temática de este asunto, vamos a dedicarle un tratamiento diferenciado.

3.4.4. Un ejemplo concreto: la desconexión del dólar del patrón oro

La desconexión del dólar respecto del patrón oro es un asunto que ha sido poco tratado en los análisis marxistas. En líneas generales, parece que hay cierto consenso generalizado en asumirlo como un acontecimiento que supuso una auténtica ruptura epocal (Lohoff y Trenkle 2012). Sin embargo, exceptuando a Kurz, no hemos encontrado un análisis que intente examinar este hecho tan rigurosamente como él lo hace, estableciendo una relación entre el mencionado fenómeno y la crisis de la dinámica productivo-histórica del

capital. La lectura de Heinrich, como veremos, se centra en aspectos puramente instrumentales e intrasistémicos, desdeñando la posibilidad de que este acontecimiento suponga un cambio cualitativo. En esta sección nos haremos cargo de la explicación kurzeana y heinrichiana respecto a este asunto, analizando sus consecuencias. Por añadidura, en el transcurso de nuestra argumentación, tendremos ocasión de observar brevemente el papel de las finanzas en la economía capitalista.

Comencemos con el enfoque de Robert Kurz. Comprender este fenómeno desde la perspectiva kurzeana (Kurz 2012a: 321-323) implica partir, de entrada, de que la crisis de la dinámica capitalista no es un acontecimiento que ocurra de manera proporcionada, unitaria y definitiva. Adopta, antes bien, la forma de un proceso con diversas etapas y avatares. Esta peculiaridad tiene que ver con el hecho de que la crisis en el plano del capital global social no se manifiesta de manera directa, sino a través de sus consecuencias fenoménicas en el plano de los capitales individuales. Por ello han de tenerse presentes todas las características de la relación entre ambos niveles y las particularidades de su forma de mediación, que antes pudimos mostrar. No obstante, a pesar de estas dificultades, en este proceso se pueden describir una serie de fases de desarrollo.

La primera etapa de la crisis a nivel social global afecta a la producción capitalista y a sus elementos individuales. Esta se refleja, al principio, en la proliferación de recortes a nivel empresarial y estatal, así como en la generalización de los despidos en diversos sectores. A continuación, la contracción económica provocada por esta situación tiene como resultado la bancarrota de muchos capitales individuales, que se ven obligados a colgar el cartel que los condena “*out of business*”. Es entonces cuando, a raíz de este conjunto general (o bien, simultáneamente), tiene lugar la crisis manifiesta en los mercados de mercancías. Estas, incapaces de realizarse, comienzan a acumularse en baldas y *stocks*, generando su inevitable desvalorización. Solo en ese momento, cuando la desvalorización se ha extendido hasta cierto punto, se hace visible la ausencia de rentabilidad de las inversiones realizadas en el pasado. Sería cuando, en términos heinrichianos, se harían manifiestas las “sobrecapacidades” de la producción.

Dada esta situación, se inicia lo que podríamos considerar una segunda etapa, por cierto, plenamente vigente en la actualidad. Visto que la inversión de capital en las ramas productivas no conllevan el beneficio deseado por los capitalistas dinerarios, estos comienzan a acudir, cada vez en mayor grado, a los mercados financieros. En estos pueden valorizar su

capital sin que haya, de manera aparente, ningún proceso productivo respaldando el aumento de las cantidades invertidas. Esto último significa que no tiene por qué haber una efectiva valorización del valor tras las ganancias de nuestros capitalistas, que todo tiene, en parte, un carácter *ficticio*. A pesar de su carácter fraudulento, la falsa valorización provoca que, por un determinado tiempo, pueda generarse nuevamente el proceso productivo y la venta, gracias al aumento de las cantidades de dinero en circulación. Pero esta vez, como se ha dicho, los procesos productivos no tienen un fundamento de valor sustancial real que lo mantenga en pie. A causa de este motivo, tras un tiempo, las diferentes burbujas especulativas (financieras e inmobiliarias), generadas artificialmente, han de estallar. De este modo se conduce al sistema capitalista a una crisis de mayor profundidad que la originaria.

Dado su inestimable papel dentro de la economía capitalista y su particular relevancia en las crisis, es necesario que nos detengamos un instante a comprender más exactamente el papel del crédito y las finanzas. Desde luego (Navarro Ruiz 2016b: 11 ss.), ambos instrumentos han existido siempre en el capitalismo e, incluso, podemos encontrar ciertas formas fiduciarias ancladas a otros sistemas de reproducción social y político. Para comprender el carácter que asumen en la dinámica capitalista, debemos comenzar por recordar sus nociones básicas fundamentales.

La dinámica capitalista no es sino la metamorfosis reiterada del capital bajo distintas formas: dinerario, mercantil y dinerario (aumentado), D-M-D¹. Dentro de esta serie de transformaciones, el dinero juega un papel fundamental en tanto materialización abstracta y social del valor, siendo su sustancia trabajo abstracto. Esta última, el trabajo o, más bien, la fuerza de trabajo, es la única mercancía cuyo valor de uso consiste en *añadir* valor. Siendo esto así, D-M-D¹ y Dinero-(Trabajo)-Mercancía-Dinero (aumentado) son dos maneras idénticas de expresar el proceso de valorización. Los tres elementos son igualmente necesarios para la correcta reproducción del capital. Dentro de esta tríada, hemos mostrado ya cómo la ausencia de uno de los elementos, el trabajo (aquel que pueda ser utilizado de manera productiva para el capital) es el indicio determinante del límite interno objetivo de nuestro sistema socioeconómico.

Pues bien, aunque la correlación de las diferentes partes integrantes de este grupo tripartito es necesaria para el correcto funcionamiento del capitalismo, esto no quiere decir que su vinculación sea regular y lineal. De hecho, este conjunto puede sufrir ciertas desproporcionalidades y perturbaciones en su proceso de ejecución y realización. Como ya

indicamos al hablar del dinero, la necesidad de correspondencia entre la masa de mercancías y la masa de dinero no implica una correlatividad directa, es imposible. El dinero tiende por ello a autonomizarse del resto de elementos, haciendo así que, en el día a día capitalista, haya parte del mismo que no tenga una cobertura real de trabajo (valor) tras de sí. Este se denomina *dinero ficticio*. Sin embargo, esto no es suficiente para comprender rigurosamente el crédito y el sistema de finanzas.

En segundo lugar (Navarro Ruiz 2015a), asimismo, tenemos que entender la naturaleza específica de los productos que habitan los mercados financieros. Aquí moran, entre otros, acciones y títulos de propiedad. Todos ellos, que ha habido quien ha denominado como mercancías “de segundo orden” (Lohoff 2014: 34 ss.) son derivados de un hecho que resulta del propio desarrollo del capitalismo, esto es, que “el capital en cuanto capital se conviert[a] en mercancía” (Marx, MEW 25: 351 [434]). En los mercados financieros se compra un específico valor de uso del dinero: la capacidad del dinero de *ser capital*, medio para la producción de ganancia, proveniente de su naturaleza como “mercancía reina” y materialización objetiva y abstracta directa del valor. Pues bien, de manera distinta a lo que ocurre con el populacho de las mercancías, el valor de uso de estas mercancías tan especiales no se enajena con la venta. Aquí, es compartido por vendedor y comprador, dándose así un “capital para dos personas”⁹³. Para hacer esto posible y que ambos puedan disfrutar del mismo capital, la ganancia que arroje esta mercancía por su valor de uso ha de dividirse en *interés* (destinado al vendedor) y *ganancia* propiamente dicha, que se hará efectiva solo a partir de la realización de dicho capital.

Ahora bien, esto no significa en modo alguno que el capitalista dinerario haya regalado su dinero, que su contrapartida a cambio sea únicamente el interés que obtiene. En la transacción que ha dado lugar a la venta de la mercancía, el capitalista dinerario ha adquirido asimismo un título jurídico, que representa sus derechos sobre el dinero que ha puesto a disposición a la otra parte de la relación contractual. Dicha exigencia jurídica representa su capital inicial, al modo de un espejo fantasmagórico, que Marx denomina *capital ficticio*⁹⁴. Dicho espejo fantasmagórico desaparece una vez que dicha relación

93 V. Marx, MEW 25: 366 [471]: “Ambos desembolsan la misma suma de dinero como capital, tanto el prestamista como el prestatario. Pero solo en manos de éste último, la última funciona como capital. La ganancia no resulta duplicada por la doble existencia de la misma suma de dinero como capital para dos personas”.

94 En orden a entender esta cuestión en un contexto específico, véase la explicación que Marx da sobre los títulos de propiedad, en MEW 25: 494 [614 ss.]: “Los títulos de propiedad sobre obras públicas, ferrocarriles, mina, etc., son por cierto, como también acabamos de ver, efectivamente títulos sobre capital

contractual termina, en tanto el capitalista dinerario ha obtenido el reembolso de su dinero, más el interés. No obstante, conviene no equivocarse. El carácter ficticio de la réplica del capital real no nos debe hacer pasar por alto que se ha producido una *duplicación efectiva* del mismo. Tenemos, por un lado, el capital inicial, que pasa a manos de su comprador, permitiendo comenzar su proceso de valorización; y por otro, el espejo fantasmagórico anclado jurídicamente: ahora existen, por decirlo así, dos cuerpos para una y la misma mercancía.

Además, el capital adquirido por el comprador tiene una incidencia sobre el conjunto del proceso de la economía real, con el que siempre ha de mantener una conexión: con dicho capital se pueden iniciar procesos de producción, aun sin saber si este supondrá o no una efectiva creación de plusvalor. La consideración conjunta de estos elementos muestra que la instalación de una mercancía de segundo orden en los mercados financieros presenta un valor a realizar el *futuro* como efectivo capital en el presente. En el mercado financiero, por tanto, lo esencial es que la creación de capital no reposa en la realización de valor, sino en su *anticipación*. Solo su proceso de confirmación mediante su realización y la efectiva ganancia final del capitalista que actúa en la esfera de la economía real puede permitir que el juego de la acumulación del capital siga en pie⁹⁵.

real. Sin embargo, no otorgan el poder de disponer de tal capital. Ese capital no puede ser retirado, solo otorgan títulos jurídicos sobre una parte del plusvalor que el mismo ha de obtener. Pero estos títulos se convierten asimismo en réplicas de papel del capital real, como si el conocimiento de carga adquiriese un valor además de la propia carga y simultáneamente con ella. Se convierten en representantes nominales de capitales inexistentes. Pues el capital real coexiste con ellos y no cambia de manos en absoluto por el hecho de que lo hagan dichas réplicas. Se convierten en formas del capital que devenga interés porque no solo aseguran ciertos rendimientos, sino también porque mediante la venta puede obtenerse su reembolso como valores de capital”. (Subrayado nuestro).

- 95 La economía ortodoxa está completamente ciega al carácter potencialmente fantasmagórico de los mercados financieros. Esto es algo que se manifiesta muy nítidamente en el hecho de que no distingue, en su definición de capital, la crucial diferencia, aquí marcada, entre acumulación de valor (esto es, aquel aumento del capital (C') que proviene del efectivo movimiento D-M-D') y acumulación de capital. Este es definido meramente como “el *stock* de recursos disponibles en un momento determinado para la satisfacción de las necesidades futuras” (Sheldon y Pennance 1975: 74), desdibujando así el carácter fantasmagórico del capital duplicado en las mercancías de segundo orden, y con ello el creciente riesgo al que una economía financiarizada puede estar sometida. Para comprender más profundamente la conexión de las finanzas con la ausencia de valorización del valor y, por tanto, con la ausencia de rentabilidad de la economía real, también puede verse Vela 2018: “Las expectativas no cumplidas, a pesar de los subterfugios dialécticos de analistas, consultores, expertos y demás propagandistas de la economía política, siempre remiten al problema de fondo de la valorización del capital, que no se cifra en expectativas o elucubraciones, sino en la materialización concreta de la relación social productiva, esto es, en la explotación del trabajo y la extracción de plusvalía. Y es aquí, precisamente, donde realidades y expectativas chocan, debido a las limitaciones históricas concretas de esa forma de organización social encaminada a la producción de riqueza como acumulación de capital y que tiene su punto de apoyo en el sistema asalariado. [...] La pura especulación —los productos financieros, fondos de inversión, etc., que sacuden las bolsas— existe como fenómeno aparentemente dominante, pero en sus operaciones subyacen componentes de valor tangibles (materias primas, alimentos, agua, tierras, manufacturas y tecnologías), componentes de valor real que remiten a trabajo productivo. En última

Lo que se ha comentado no ha de hacernos inferir que la estructura de los títulos de propiedad y las acciones posea en sí un carácter problemático o que induzca a la crisis de manera necesaria. Que no ocurra, solo depende de que la anticipación de capital del capitalista dinerario dé lugar a un proceso productivo que posteriormente se realice; es decir, que al fin y al cabo, se verifique como una parte integrante de la serie de metamorfosis del capital cuyo esquema hemos recordado más arriba. Si atendemos a la historia se comprobará que el crédito, de hecho, ha funcionado como un dinamizador fundamental de las relaciones productivas en el sistema capitalista y ha sido un elemento prácticamente obligado en cierto tipo de inversiones a gran escala (ferrocarriles, carreteras, etc.)⁹⁶.

Sin embargo (Navarro Ruiz 2016b), desde hace ya bastante tiempo, el capital dinerario ha adquirido en el capitalismo un aparente movimiento propio autónomo, que ha tenido como resultado una desconexión estructural —que no funcional— de las finanzas y la economía real, algo que constituye una inequívoca señal de crisis. En *Das Weltkapital* Kurz (2005b: 266 ss.) nos ofrece una descripción del papel en las finanzas con una perspectiva de un mayor alcance de la que realiza en *Geld ohne Wert*, por lo que puede resultar útil para poner de manifiesto algunas de esas características, cuya especificación podremos realizar más adelante.

En primer lugar, ha de entenderse que, hasta no hace demasiado tiempo, las finanzas habían reposado de manera predominante sobre la acumulación real de capital, en el movimiento y resultado de sus réditos. Por contra, desde hace algunas décadas se observa que la atención está fijada únicamente en el movimiento autónomo y autorreferencial de los precios de las diferentes participaciones en Bolsa. Si antes la expectativa de ganancias provenía de la acumulación real de capital (provenientes de la realización del capital), ahora emana únicamente a partir de otras expectativas de ganancia de *segundo grado*, o sea, desde

instancia, son esas inversiones productivas las que sostienen los valores bursátiles del capital financiero, constituyen las referencias de valor que subyacen en los productos financieros. Si el capital fuera simplemente dinero que se produce a sí mismo, la acumulación de capital no requeriría de reformas laborales; ni de la expropiación de agua, tierra, minerales; ni de la aniquilación de comunidades indígenas para la construcción de embalses. [...] La contradicción entre la forma dineraria del valor (capital) y el valor real (que remite al tiempo de trabajo) se realiza en el plano de la reproducción social inmediata. Las consecuencias de esa desviación entre capital real, productivo de valor, y capital nominal financiero se hacen perceptibles en la falta de inversión, en el desempleo, el empobrecimiento, las reformas laborales para la explotación intensiva de la fuerza de trabajo y los recortes en el Estado de bienestar. En realidad, lo que refleja la esfera financiera mundial es una situación caótica, de suma confusión, con medidas contradictorias y con opiniones y propuestas dispares y disparatadas.” (Vela 2018: 45-47).

96 Este tipo de procesos productivos han sido llevados a cabo, en gran parte, por parte de los Estados, que se verificaban así como un actor macroeconómico esencial o, en términos marxianos, como un “capitalista ideal”. (V. Kurz 2005b; 39 ss., 2010, 2011).

las meras especulaciones sobre el futuro de las mercancías. Esta situación se materializa en el interés exclusivo en la sola circulación de los títulos de propiedad en el mercado de valores⁹⁷.

En segundo lugar, como efecto colateral de esta situación, puede observarse una mayor importancia del *consumo* a todos los niveles (empresarial, estatal, privado), en detrimento de la *inversión*. Esto se explica en virtud del hecho de que el movimiento de precios de las participaciones en Bolsa no es un juego de suma cero: al contrario, exige un permanente aumento de los valores en orden a la obtención de beneficios ficticios, tal y como se hace patente en cualquier movimiento especulativo. Además, en tercer lugar —en base a la exigencia de este permanente aumento de las ganancias— se advierte una recurrente necesidad de transformar y reducir cualquier actividad productiva y/o comercial a título financiero.

En definitiva, con la desconexión de la economía real respecto a la financiera nos encontramos ante un cambio de paradigma de la economía moderna (Kurz 2005b: 274 ss.), en el que se ha pasado del primado de la producción al de la *circulación*. Se ha creado la ilusión de que la “esfera de circulación de los mercados es también una especie de esfera de producción *sui generis*” (Kurz 2005b: 274). Como consecuencia, el centro de la economía se constituye hoy día por el mercado global de los títulos de propiedad, haciendo que el zoco de las mercancías devenga no más que un mero apéndice.

Pero puesto que la valorización del valor se da si y solo si atraviesa todas las etapas de su necesaria metamorfosis, es evidente que nos encontramos ante una huida hacia delante de un sistema que perdido su capacidad de reproducción y perpetuación. La autorreferencialidad de las finanzas puede crear la apariencia de generar trabajo, pues pone en marcha procesos productivos. No obstante, y utilizando una metáfora campestre, a todo cerdo le llega su San Martín: los procesos productivos han de verificar su rentabilidad mediante la realización de sus resultados en la esfera competitiva del mercado, lo que, como se ha indicado anteriormente, es *conditio sine qua non* para que la estructura de los instrumentos financieros no generen una crisis⁹⁸. Así, hoy en día es ostensiblemente patente que la posibilidad de crisis

97 Esta situación ha dado lugar que ciertos autores (Lohoff y Trenkle 2012) denominen el capitalismo actual como una suerte de “capitalismo inverso”. La imposibilidad de llevar a cabo procesos de valorización del valor con base real, junto con la masa de dinero en circulación en los mercados financieros, ha causado un hecho sorprendente. Ahora son los mercados financieros los que generan la producción material a través de la creación ficticia de demanda solvente. Esto conlleva la inevitable constitución de burbujas antes mencionadas.

98 Esto es algo que también ha subrayado intensamente Corsino Vela, en una argumentación que recuerda mucho a la kurzeana. También él recuerda la íntima conexión existente entre la rama financiera de la economía y la economía real que, nos guste más o menos, está basada en la producción de mercancías y cuya

no puede descartarse. Hay síntomas, como la alta volatilidad de los índices del mercado de valores, que evidencian que el sistema del dinero ha alcanzado problemas relacionados con la desvalorización masiva del valor (Kurz 2012a: 326 ss.). Por añadidura, en la actualidad la financiación es una exigencia ineludible para los costes previos de la producción, hecho que ha comenzado a significarse a comienzos del siglo XX. El salto cualitativo que esto ha supuesto, por desgracia, no ha sido suficientemente reflexionado por los teóricos ortodoxos. Alguna de las claves de lectura para su explicación se ha podido entrever ya al exponer la estructura del mercado financiero, cuando hablábamos de que la instalación de una participación o una acción en los mercados financieros representa un valor a realizar en el futuro como efectivo capital en el presente.

En estrecha vinculación con esto, ha de decirse que existe una diferencia esencial entre esta utilización sistemática de la financiación para la producción y la situación anterior, donde la puesta en marcha de procesos productivos dependía predominantemente de los beneficios de la realización. Esta consiste en el desplazamiento del eje temporal de la producción de plusvalor social del *pasado*, al *futuro*. Una vez la financiación se ha convertido en una exigencia del sistema, de obligado cumplimiento para participar en él, las dificultades van más allá de la presión para la realización del plusvalor. Con la utilización de este instrumento, se exige un crecimiento que ha de cubrir tanto la reproducción actual del capital *y su apropiación previa en el pasado*. En palabras de Kurz, utilizando la financiación de este modo,

crisis aparece fenoménicamente como una crisis de *sobreproducción de mercancías*: “Los límites del capital financiero y de la financiarización estriban en la naturaleza misma del capital; y en que la sobreproducción de dinero acaba por asfixiar a la producción de capital. A pesar de todo, y muy especialmente de la deslumbrante y avasalladora fenomenología financiera, el sistema capitalista es un modo de reproducción social basado en la producción de mercancías que encierran la doble naturaleza de su valor de uso y su valor de cambio. Ahora bien, aunque todas las mercancías tengan un precio, no todas tienen valor. Hay una jerarquía de valor en la producción capitalista que tiene que ver, en primera instancia, con el trabajo incorporado a la misma; y, en última instancia, con su carácter de valor de uso —capaz de satisfacer las necesidades de reproducción de la sociedad—, subsumido en el valor de cambio, en el precio. Incluso la producción de necesidades (publicidad, moda, actualizaciones de versiones de software...) es en sí mismo un sector de actividad dentro de la economía capitalista, y la noción de necesidad una categoría social e históricamente definida por el nivel de desarrollo del capital. Los artículos de primera necesidad evolucionan al ritmo que marca la producción de mercancías. No obstante, a pesar de que las categorías de la economía política definen una realidad muy desviada de las verdaderas condiciones materiales de existencia de la gente y, por tanto, de la noción de utilidad e incluso de valor de uso, aquellas no pueden sustraerse absolutamente de una realidad social atravesada por las carencias de hombres y mujeres. Al fin y al cabo, se produce para satisfacer necesidades de la gente —sin entrar aquí al tema de cómo son inducidas—; es en el acto de consumo donde se hace realidad el beneficio y esa es precisamente la clave de la crisis: la sobreproducción de mercancías que no tienen salida en el mercado. (Vela 2018: 49-50).

...[i]ncluso mientras el capital global se expande activamente y la masa absoluta de plusvalor crece, no obstante surge un desfase temporal creciente entre la producción de plusvalor anticipada y la que ha sucedido realmente. *El capitalismo ha comenzado a usar su propio futuro*. Aunque el plusvalor rebose por completo, las cadenas de crédito se alargan y son cada vez más finas. Pueden romperse en cualquier momento, y es algo que ocurre también en el caso individual del día a día en una medida cada vez mayor. Pero de esta manera, no solo aumenta el riesgo de la participación en el mercado —cada vez más financiado por el crédito— para el capital individual, sino que también aumenta el riesgo “sistémico” de un colapso global capitalista del sistema crediticio, al menos de manera temporal [...]. Esto significa, en general, que aquella potencia de crisis abstracta, ya mencionada por Marx en el primer tomo de *El Capital*, de las compras y ventas no coincidentes [*auseinanderfallen*] según lugar y tiempo, se potencia históricamente en el nivel del sistema de crédito; pues aquí tampoco coincide la recepción del crédito y su sucesivo saldo, en tiempo y estructuralmente, de manera clara y en aun mayor medida. (Kurz 2012a: 330, subrayado nuestro).

Como podemos ver, la utilización del crédito no solo hipoteca el futuro, sino que también hace a los actores económicos más dependientes de las decisiones y circunstancias del resto de sujetos mercantiles. Cada vez se hace más difícil seguir el rastro de las relaciones de deuda y comprender su vinculación efectiva con la valorización⁹⁹. Sea como fuere, ya hemos dicho que esta situación dista de ser actual, pues viene desarrollándose desde comienzos del siglo XX. Justamente, dentro del marco de esta situación podemos comenzar a comprender verdaderamente la desconexión del dólar respecto del patrón oro.

Precisamente, una de las consecuencias de esta generalización de las finanzas fue que forzó la pregunta por el papel del dinero como mercancía dineraria. Esto fue algo que ocurrió mucho antes de lo que imaginamos, de manera previa a la situación financiera que acabamos de relatar. De hecho, (Kurz 2012a: 331a) ya desde el siglo XIX, aunque todavía por aquel entonces la convertibilidad en oro de las divisas estaba asegurada por el estado en su rol de “deudor infalible”. No obstante, pronto se vio que este mecanismo era excesivamente rígido, que limitaba las posibilidades de expansión del crédito.

Una de las primeras ocasiones en que esta situación se hizo especialmente presente fue en la primera guerra mundial (1914-1918). Esta, a causa de sus enormes costes, hizo que

99 A día de hoy, esto es algo imposible en términos fácticos. Las infinitas combinaciones que permiten las carteras de valores o ciertos instrumentos financieros, como los *hedge funds*, diseñados específicamente para la especulación a corto plazo, son indicadores evidentes de dicha imposibilidad.

los bancos tomaran la decisión de dejar fuera de efecto el patrón oro, así como su convertibilidad, para facilitar el flujo de la financiación. Sus consecuencias fueron célebres, particularmente en el caso de Alemania: se indujo una desvalorización del dinero que nunca antes se había visto en la historia. Por otro lado, en el plano de la teoría, este tipo de acontecimientos terminaron de allanar el camino para certificar la defunción definitiva de las teorías sustancialistas del dinero, como la de Marx, que ante los hechos acaecidos, parecían poseer una nula capacidad explicativa.

A pesar de las decisiones tomadas tras la segunda guerra mundial (1939-1945) respecto a los mecanismos de control asociados a la mercancía áurea —con los ya mencionados acuerdos de Bretton Woods a la cabeza— las señales de agotamiento de la fase expansiva del periodo fordista precipitaron la cancelación del patrón oro en 1973, volviendo a traer el problema del carácter de mercancía del dinero al centro de la discusión. Para muchos análisis este acontecimiento marcó un antes y un después y, ciertamente, las condiciones en que fue anunciado exhiben con rotundidad de que no se trataba de una decisión menor¹⁰⁰. No obstante, para no llevarnos a engaño, es conveniente que marquemos distancias con las posturas más exageradas en torno a la capacidad disruptiva de este evento (Kurz 2012a: 333-334).

Al contrario de lo que algunos desearían, la cancelación de la convertibilidad del dólar al oro, (por ende, de los tratados de Bretton Woods) no puede ser leída como la señal definitiva de la pérdida de las antiguas garantías, las que hacían del capitalismo un sistema estable que, a pesar de sus inconvenientes, era capaz de llevar a parte de la Humanidad a un mayor progreso, justificándolo así moralmente. Y esto, no porque este tipo de argumento apologético del capitalismo no sea posible, sino porque las propias características de los acuerdos de Bretton Woods no permiten fundamentar las bases político-económicas de una vigorosa estabilidad capitalista. Entre otras cosas, porque la garantía de conversión dólar/oro que implicaba este tratado no era irrestricta y para cualquier transacción, sino que estaba limitada a instancias estatales e institucionales. Se trataba, entonces, de una convertibilidad más débil que otras anteriores. La historia de principios del siglo XX había mostrado ya a los diferentes políticos que ninguna garantía de conexión del efectivo intercambio de mercancías con la materialización objetiva de su valor, el dinero, se alargaría por demasiado tiempo. La convertibilidad del dólar en oro, en este sentido, había nacido ya en un contexto capitalista en

¹⁰⁰El anuncio fue realizado la noche del domingo del 15 de Agosto de 1971 y la palabra “oro” solo es mencionada una única vez. El discurso está disponible en Internet.

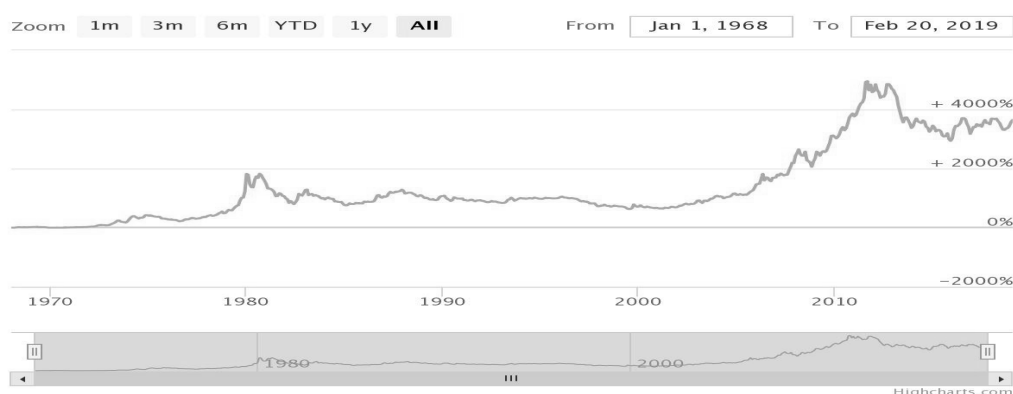
que la extensión de las cadenas de deuda se habían extendido mucho más allá de los costes militares, que durante gran parte de la historia del capitalismo habían sido el mayor motivo de gasto. Esto suponía un motivo de más para implementar una convertibilidad débil que, en caso de que hubiera algún problema, pudiera suspenderse sin generar un gran ruido.

Explicadas estas mínimas notas históricas, podemos pasar a la explicación del núcleo de la relación conceptual entre la financiación, la crisis y su relación con el patrón oro según la teoría kurzeana. Esta pasa por dilucidar las consecuencias de algo que ya se ha comentado: la correspondencia no directamente correlativa de la masa de mercancías y el dinero. Puede decirse que el patrón oro, hasta cierto punto, es un indicador inherente al sistema capitalista que garantiza la efectuada exitosa de dicha correlación. En otras palabras: el patrón oro señala que el efectivo intercambio de mercancías que está teniendo lugar *se corresponde con una materialización objetiva de valor*. El banco o país que, como persona jurídica, se instituye como garante de esta correlación, asegura poder reconvertir, a cada momento en que esto se hiciera necesario, cierta cantidad de dinero en oro, o sea, en la materialización cosificada directamente aprehensible del valor.

Se suele afirmar, tal como hace en cierto modo Heinrich (2008: 83-84) que jamás existieron en los bancos reservas suficientes de oro para cubrir todas las emisiones monetarias que realizaban, que alcanzaban a cubrir tan solo un porcentaje del mismo. Algo que, desde luego, es cierto. Aun así, en sintonía con la teoría de Kurz, creemos que la suspensión definitiva de su convertibilidad como garantía denota un punto argumentativamente importante. Significa que las instancias que velan por el correcto funcionamiento del sistema capitalista ya no son capaces de asegurar que este sea capaz, por sus propios medios —por la sola *lógica inherente a su dinámica*— de posibilitar su reproducción, o sea, la fáctica realización de cada una de sus etapas. Cuanto menos, quiere decir que no somos capaces de valorar cómo lo hace, dado que el sistema ha aumentado en complejidad: las cadenas de financiación, cada vez más extensas, el creciente número de transacciones hace de esta tarea algo sencillamente imposible. Si este contexto tiene o no una correlación directa con una masa decreciente de valor global, es algo que desde aquí no nos arriesgamos a afirmar categóricamente, al modo de una demostración científica. En cualquier caso, la pérdida del patrón oro, como decimos, sí es señal inequívoca de un aumento de la complejidad de las mediaciones del nivel del capital individual con el capital social global. Algo que en sí mismo, no es poco, y que resulta suficiente para fundamentar lo que Kurz se

ha propuesto desde el principio: la elaboración de un discurso crítico con capacidad explicativa suficiente para entender integrados los diferentes elementos de nuestro presente.

Tras esto todo esto, ¿en qué sentido puede decirse que la teoría kurzeana explica de manera satisfactoria las consecuencias de la pérdida del patrón oro? Dicho de otro modo, ¿de qué manera nos es útil para comprender este asunto y sus efectos concomitantes? Su teoría, con acento en el proceso de desarrollo del capital desde el punto de vista de su totalidad y particularmente atenta al hecho de que el sistema capitalista nunca actúa *ex novo*, sino solo sobre la base de acaecido, creemos ayuda a comprender (manteniendo la perspectiva en el proceso de su despliegue histórico) la conexión interna de los diferentes elementos bajo la consideración de su legaliformidad específica. Esto es algo particularmente útil para comprender la profundidad de sus manifestaciones presentes, como la pregunta por las consecuencias del patrón oro que estamos comentando. Un buen modo de abordar este asunto (Kurz 2012a: 352-354) es partir de la consideración kurzeana sobre la variación al alza del precio del oro a lo largo de los últimos 40 años, que, tal como indica el siguiente gráfico sobre su evolución, ha aumentado exponencialmente¹⁰¹:



El gráfico indica y corrobora la afirmación kurzeana, confirmando la espectacular subida del precio del oro a partir del año 2000 y, especialmente, tras la crisis financiera de 2008. Según él, dicho aumento de precio solo puede explicarse por la capacidad que tiene el oro de expresar el valor de todas las mercancías. El crecimiento de su significado macroeconómico está relacionado con el hecho de que las divisas han perdido valor de manera dramática, un indicio claro de la desvalorización absoluta del dinero. Los bancos,

¹⁰¹Fuente del gráfico: [<http://www.cotizacionrealoro.com/historicos-graficas-evolucion-precio-oro>].

ante tal situación, habrían vuelto de manera predominante a hacerse con reservas de oro. Ahora bien, su decisión no tiene nada que ver con el deseo de reinstalar el patrón oro o el ofrecimiento de garantías económicas generales, que busquen asegurar el bienestar de las mayorías sociales y sus depósitos. Antes bien, esta readquisición de dinero se utiliza como un medio para salvaguardar el valor de manera individual y únicamente para ciertos portadores: suponemos que los más privilegiados.

A pesar de que con este movimiento los bancos crean asegurarse las espaldas mediante este movimiento, según Kurz, se trata de algo ilusorio. Como consecuencia de la dinámica productiva del capital acaecida a lo largo del siglo XX, la masa de dinero se ha desconectado ya fácticamente respecto de su fundamento sustancial. El oro ha perdido su función de dinero al mismo tiempo y en la misma medida en que las mercancías han perdido la magnitud de valor necesaria para hacer posible el fin en sí mismo de la valorización del valor. Manteniendo esto presente, se hace aun más evidente que la posesión de oro, en el contexto de un sistema que lo convierte, cada vez más, en algo obsoleto, no implica una ventaja diferencial: es solo cuestión de tiempo que este también se desvalorice y pase a ser un mero metal que, ni mucho menos, es de los más resistentes.

Una vez esta situación se haya consolidado, nos encontraremos definitivamente, en opinión del editor de *EXIT*, ante un “dinero sin valor”, tal como ocurría en las sociedades precapitalistas. Pero con una crucial diferencia. En el caso de las sociedades precapitalistas, el dinero carecía de valor en sentido moderno, puesto que la reproducción social de las comunidades se realizaba mediante ciertas relaciones de obligatoriedad de carácter religioso. En nuestro caso, carece de valor a consecuencia del catastrófico éxito de la dinámica capitalista, que ha hecho obsoleta la sustancia del valor de trabajo abstracto. Y carecemos de otro sistema de vertebración de relaciones de poder que haga posible nuestra reproducción social, situación que hace más grave nuestro estado. Puede decirse que nos encontramos en el *impasse* hacia algo que todavía desconocemos.

Con la teoría de Kurz, hemos dejado resonando las señales que muestran el ocaso de nuestro sistema capitalista. Como sabemos, su análisis no indica la única posibilidad existente para el análisis del crédito y las finanzas en el sistema capitalista y, en este sentido, Heinrich supone un perfecto contrapunto. Dado que la argumentación presente en *Geld ohne Wert* (Kurz 2012a: 343-346) no resulta del todo satisfactoria por su brevedad¹⁰², para nuestra

¹⁰²Kurz se centra en una afirmación aislada que Heinrich realiza en *Die Wissenschaft vom Wert*, en la que este autor se muestra en contra de leer el sistema crediticio como un mero “apéndice” depredador que vendría a

explicación vamos a transcribir dos fragmentos que expresan bien algunos puntos de importancia de la teoría heinrichiana y, después, los comentaremos desde una perspectiva fundamentada en las tesis kurzeanas. Obviamos la explicación de elementos meramente formales del sistema crediticio, de los que ya se ha hablado. Dicho trabajo previo hace que sepamos ya que la eliminación del patrón oro no va a ser en sí mismo un asunto relevante en Heinrich: para él, el hecho de que Marx hable de una “mercancía dineraria” se trata tan solo de una presuposición. En consonancia con esta asunción, resulta lógico que la suspensión definitiva de las características que pudieran recordar ligeramente a dicha peculiaridad no constituyan hechos significativos para este autor, sino más bien, cambios que se pueden explicar en términos de eficacia¹⁰³.

Comencemos, pues, con unas palabras de Heinrich en torno al papel del crédito

influir negativamente en la marcha, por lo demás fluida, de la preciada “economía real”. El fragmento al que Kurz se refiere reza como sigue: “Tal y como se desprende de esta afirmación, el sistema crediticio para Marx no es un mero ingrediente de la producción capitalista, no es una superestructura, que sobre todo se hace valer como un factor de interferencia” (Heinrich 1999b: 299). El crítico del valor-escisión tiene razón en incidir que, en realidad, no hay tantas líneas de análisis marxista que analicen de este modo las finanzas, como si fueran un mero complemento de la economía productiva, real y por tanto, “verdadera”. Por decirlo de alguna manera, Heinrich se busca un contendiente excesivamente cómodo. Con su afirmación se contraponen a lecturas marxistas extremadamente superficiales (Silvio Gesell, Proudhon), que, por otro lado, carecen ya de importancia. Aunque Kurz pueda tener razón en reprochar a Heinrich este asunto, nos parece que obvia de manera clara otras reflexiones que este autor realiza a lo largo de la sección de *Die Wissenschaft vom Wert* de donde ha extraído la cita que comenta (Heinrich 1999b: 284-305). Asimismo, podría haberse hecho cargo de algunos fragmentos presentes en el texto de Heinrich de carácter más introductorio de 2008 (159-172). Hacerlo habría propiciado una discusión más interesante.

103Efectivamente, Heinrich se limita a explicar la suspensión del patrón oro en términos de eficacia. Explica que, dadas las constricciones inherentes a la convertibilidad, solucionar las crisis resultaba complicado, algo que los bancos descubrieron que podían solventar fácilmente. Vamos a verlo en sus propias palabras, pero antes, cabe advertir al lector de que la conversión a la que aquí se refiere Heinrich es la que tuvo lugar previamente a la instauración del sistema de Bretton Woods. Pues bien, estando así la conversión del oro íntimamente relacionada con el sistema crediticio, Heinrich nos explica que “[e]n la concesión de un crédito, los bancos no dependen solo de los depósitos de los poseedores de dinero, también se pueden endeudar con el banco central del Estado. El banco central es la única instancia que puede emitir billetes (dinero en metálico). En una economía cuyo dinero ya no está ligado a una mercancía dineraria, el banco central “crea” el dinero real (“real” a diferencia del dinero crediticio, que es solo una promesa de pagar dinero). El banco central no está sujeto a ningún límite formal en esta creación de dinero. Mientras el sistema monetario todavía estaba ligado a una mercancía dineraria (por ejemplo, el oro), los billetes de banco no eran dinero real, sino solamente su representante, de modo que la emisión de billetes que podía realizar el banco central estaba limitada por las correspondientes prescripciones de cobertura. La emisión de billetes tenía que estar cubierta en una determinada proporción por las reservas de oro del banco central. Si se solicitaba canjear los billetes por oro, se reducía su reserva de oro y solo podía emitir un número menor de billetes. Cuando se presentaban situaciones de crisis, por un lado, salía oro de las reservas del banco central y, por otro lado, aumentaba la necesidad de crédito y los bancos necesitaban más billetes. Pero a causa de la salida de oro, el banco central no podía aumentar la emisión de billetes sin suspender las prescripciones de cobertura, de modo que la mercancía dineraria se mostró como un obstáculo —evitable— para la reproducción capitalista. Actualmente, al no estar ya ligado el sistema monetario a una mercancía dineraria [...], este obstáculo ha quedado suprimido. Sin mercancía dineraria, el sistema bancario puede reaccionar a las crisis con mayor flexibilidad que antes, pero esto no significa que las crisis mismas se puedan evitar”. (Heinrich 2008: 164-165). Volveremos a tratar algunas de las cuestiones expresadas en este fragmento unas líneas más abajo en esta subsección.

respecto al capital social global:

La existencia del crédito también tiene consecuencias sobre el *capital social global*. [...] Un sistema crediticio desarrollado hace posible concentrar y desviar en poco tiempo enormes masas de capital. A menudo es eso precisamente lo que se necesita para el desarrollo acelerado de nuevas fuerzas productivas, pues la introducción de nuevas tecnologías requiere generalmente de inversiones iniciales considerables. [...] En este sentido, el sistema crediticio representa una *instancia directiva estructural* de la economía capitalista. [...] De una parte, el sistema crediticio le confiere a la acumulación su flexibilidad, por tanto “acelera el desarrollo material de las fuerzas productivas y la formación del mercado mundial”, y de otra parte el sistema crediticio es también “la principal palanca de la sobreproducción y del exceso de especulación en el comercio” (Marx, MEW 25: 457 [568]): el control de la acumulación por el sistema crediticio es un proceso con un enorme potencial para generar crisis. La concesión de crédito, sobre todo el comercio con títulos y acciones, “vive” de expectativas e incertidumbre. Aquí es necesario “especular”, y esta especulación también puede fracasar y conducir a la destrucción del capital invertido. [...]. Pero nunca se sabe con plena certeza antes de su estallido [de cualquier momento de especial actividad financiera-especulativa] si se trata realmente de una burbuja o de un aumento de la rentabilidad de los capitales que se está anticipando en la elevada cotización. [...] ...sería erróneo oponer a los mercados financieros “especulativos” una “sólida” producción capitalista. Toda producción capitalista contiene un elemento especulativo, ningún capitalista puede estar completamente seguro de que va a vender sus mercancías o del precio que obtendrá por ellas. [...] En ambos casos se parte de expectativas necesariamente inciertas y se intenta lo mismo a través del comercio con sus respectivos productos: maximizar el beneficio. (Heinrich 2008: 170-171).

Las diferentes explicaciones que se han ofrecido de Heinrich hacen que no nos sorprenda que, también en el sistema crediticio, este autor quiera resaltar los aspectos productivos para el desarrollo del sistema capitalista. Para el editor de los *MEGA*, el creciente aumento del crédito no es, ni mucho menos, un indicio de una masa de valor en posible decrecimiento¹⁰⁴ y, más bien al contrario, permite un mayor movimiento de los capitales,

¹⁰⁴Heinrich menciona explícitamente la postura de Kurz en el transcurso de su discusión. Heinrich se encuentra explicando un hecho del que ya hemos dado cuenta, el hecho de que la propia circulación del valor es la que da lugar a la necesidad de atesoramiento y demanda de crédito: tal y como nos dice, el capital adelantado es $c+v$, pero en un año el capital produce por valor de $c+v+p$. A causa de ello, es necesario que se cuente siempre con cierto crédito adicional para comprar productos por valor de p . Es te crédito adicional, por su parte, solo puede provenir de cierto atesoramiento, o bien, de pequeños créditos (v. Heinrich 2008: 168 ss). Es en este momento cuando Heinrich afirma: “Por lo tanto, es la circulación de capital la que da lugar, por una parte, a capital temporalmente desempleado y, por otra parte, a la demanda de crédito; de ahí que con el aumento del capital social global se incremente también el volumen de crédito. Así pues, la mera expansión de los negocios de crédito no es todavía un signo de crisis o de desarrollo inestable (como sugiere, por ejemplo, Robert Kurz 1995)”. (Heinrich 2008: 169). Como vemos, aquí Heinrich se posiciona de manera

facilitando, en términos generales, la realización del valor. Asimismo, resalta el carácter especulativo que *in abstracto*, tiene toda producción en el capitalismo. Como bien afirmara Marx —esto es algo que comentábamos con anterioridad— el momento de realización en el mercado constituye el *salto mortale* de la mercancía. ¿Por qué? Porque este es el espacio en que podrá verificarse el precio ideal que porta la mercancía consigo, pero ni la verificación, ni en qué medida (es decir, a qué precio exacto) es algo que pueda certificarse de antemano.

Todas estas características son sin duda, correctas y certeras si, como ya ha ocurrido en ocasiones anteriores con la argumentación heinrichiana, abstraemos todos estos elementos del sistema de cualquier contexto de capitalismo *realmente existente*. A la luz de los acontecimientos económicos actuales, sus afirmaciones, en apariencia tan sumamente sólidas, muestran evidentes limitaciones. De entrada, Heinrich está en lo correcto al afirmar que el aumento del crédito no ha por qué significar un indicio de una masa de valor global en decrecimiento. Es cierto, como antes hemos expresado, que tales cuestiones no se pueden demostrar con exactitud positivista. Eso sí, en el contexto de una economía mundial en que la deuda externa de los principales centros capitalistas sobrepasa en muchos casos el 100% del PIB¹⁰⁵, o en que, por poner el ejemplo del caso español, los gráficos sobre el número de horas trabajadas en España durante los últimos 10 años según el INE parecen mostrar una alta intermitencia del trabajo (síntoma de su precariedad) y una disminución general de su orden de magnitud¹⁰⁶ este tipo de indicaciones tan sumamente apegadas a la búsqueda del rigorismo en la coincidencia teoría-realidad parecen no resultar tan útiles. De hecho, resultan algo contraproducentes para la constitución de un correcto análisis crítico del presente, como creemos por dos motivos principales.

En primer lugar, por uno que ya hemos adelantado: hay que recordar que el carácter de la crítica de Marx es doble. Se trata, al mismo tiempo, de una crítica de la economía política y una crítica de la realidad que da cobijo y conforma dicha disciplina. Eso quiere decir que, en cierto modo, la crítica marxiana (que asume el punto de vista de su fundador) se

explícita en contra de la posición kurzeana de que la proliferación y predominancia de las finanzas podría indicar la existencia de una crisis.

105 Con datos de mediados de 2017, la deuda externa de EE.UU era de 98% de su PIB, del 533% en el caso de los Países Bajos y del 6307% en Luxemburgo, del 126% en Italia y del 97% en España. Consúltese, entre otros posibles lugares, [https://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Deuda_externa_por_pa%C3%ADs].

106 Los datos pueden ser consultados con facilidad en la página web del Instituto Nacional de Estadística (INE), que genera automáticamente gráficos a partir de la introducción de los valores que se desea consultar: es posible tanto consultar los datos en todos los sectores o únicamente en algunos de ellos, segregando o no por género, teniendo en cuenta la situación profesional de los trabajadores, etc. Véase la siguiente URL, correspondiente a la página oficial de este organismo: [<http://www.ine.es/jaxiT3/Tabla.htm?t=4335>].

da, hasta cierto punto, como una cierta ontología histórica del presente, sin que esto signifique necesariamente acercarla a la perspectiva foucaultiana. Lo único que nos exige es confrontar la explicación de la teoría con las manifestaciones empíricas de nuestra situación actual, con perspectiva crítica. Por supuesto, lo dicho tampoco implica que el enfoque marxista haya de ocuparse de cada acontecimiento político atómico e individual. El análisis a corto plazo implica permanecer excesivamente fijado a la contingencia de las relaciones de poder de los diferentes agentes y su resultado, algo cuyos problemas denunciemos al hablar de la teoría de la crisis. Lo que nos interesa en este tipo de análisis es corroborar tendencias generales de desarrollo global, subrayando sus peculiaridades. Esto, por su parte, no implica realizar un ejercicio de videncia o que, de manera arbitraria, seleccionemos aquellos datos que mejor encajen con nuestra concepción general. Como ya se ha dicho: se trata de realizar *crítica*.

El segundo motivo por el que el análisis de Heinrich es problemático está relacionado con uno de sus errores fundamentales, que hemos señalado repetidamente a lo largo de estas líneas: Heinrich olvida —sin duda a causa de su fijación en la perspectiva del análisis del capitalismo en su “media ideal”— el hecho de que el capitalismo siempre se desarrolla sobre lo anteriormente constituido, y por tanto, siempre sobre la base de los niveles alcanzados de productividad y composición orgánica, entre otros. Así pues, a pesar de que Heinrich constata correctamente que, ante un aumento de la actividad especulativa de los mercados financieros “nunca se sabe con plena certeza antes de su estallido si se trata realmente de una burbuja o de un aumento de la rentabilidad de los capitales que se está anticipando en la elevada cotización” (Heinrich 2008: 171), siempre podemos analizar la serie histórica en conexión a otros elementos¹⁰⁷ y realizar una valoración algo más fina. Incluso cuando los datos con los que trabajemos provengan de lo que Kurz denominaría despectivamente como “estadística burguesa”, cuyas categorías no discriminan los elementos esenciales para el análisis marxista, podemos hacernos una idea más o menos clara del *status quo* si partimos de un punto de vista a largo plazo.

Michael Heinrich, aunque no descarte la posibilidad de este tipo de ejercicios teóricos (cuanto menos, no de manera expresa) tiende, por su propia exposición, a desplazarlas del

¹⁰⁷Solo por nombrar algunos, dictados arbitrariamente: relación entre el volumen del comercio exterior y el PIB de ciertos países estratégicos, índices de ocupación por sectores, niveles de renta neta por población en proporción a bienes inmuebles, segregación de género, etc. Pueden consultarse fácilmente en páginas como <https://ec.europa.eu/eurostat> en el caso de la Unión Europea o, a nivel mundial, en <https://databank.bancomundial.org/data/home.aspx>, entre muchas otras.

foco de atención. La impresión que, finalmente, produce la lectura de sus reflexiones, sitúa el acento de manera algo exageradamente en la impredecibilidad de la dinámica capitalista, con una actitud algo rayana en el excesivo optimismo por lo que respecta a su capacidad de regeneración. Volveremos sobre estas consideraciones generales de Heinrich algo más abajo. Por el momento, en vistas a clausurar las indicaciones realizadas en los aspectos del crédito, nos gustaría comentar todavía otro fragmento relativo al dinero crediticio y su diferencia con el dinero “real” en el contexto de una fáctica suspensión del patrón oro. Se trata de una cita que, a pesar de su extensión, merece la pena exponer aquí:

El sistema del dinero actual se caracteriza en todo el mundo por una renuncia completa a una mercancía dineraria. Lo que funciona como oro es el dinero del banco central emitido por el correspondiente banco [...]. En el balance del banco central este dinero surge como exigencia al [mismo, CNR] banco central, por lo que, formalmente, se trata como dinero crediticio. Ahora bien, el dinero del banco central no es dinero crediticio. El dinero crediticio es un *promesa* de pago en dinero real y, tras el cumplimiento de esta promesa, se elimina [dicho, CNR] dinero crediticio. Por el contrario, frente al dinero del banco central no hay ningún dinero “real”, por el que se pudiera cambiar el dinero del banco central. Lo que emite el banco central es, en sí mismo, dinero “real”. Por ello, en primera línea, el banco central tampoco es un mediador entre acreedores y deudores. El dinero del banco central se introduce en la circulación principalmente a través de relaciones de crédito: los bancos comerciales se endeudan en el banco central, a través del cual se hacen, en parte, independientes de los poseedores de fortunas. Al mismo tiempo, en lo que respecta al establecimiento de las condiciones de este endeudamiento, el banco central tiene la posibilidad de influir en la cantidad de dinero en circulación y en las condiciones crediticias de los bancos comerciales y reaccionar de manera flexible a las crisis. Que el banco central pueda poner a disposición en la circulación el dinero necesario [...] no lo hace ni mucho menos omnipotente. Un aumento a discreción de la emisión de billetes, tal y como acentuó ya Marx en el caso del dinero estatal, conduciría a una pérdida de la confianza generalizada y en último término, al colapso de la divisa. El banco central puede mantener la aceptación de su dinero solo cuando garantiza su capacidad de compra (y con ello, también su función de ser contenedor de valores) tanto en el [comercio, CNR] interior como el exterior. Con ello, el banco central es dependiente tanto de las circunstancias internas como las externas, siendo especialmente las últimas las que se escapan de su influencia. El banco central no puede evitar, sobre todo, las crisis que resultan del propio sistema de producción capitalista, sino, en todo caso, influir en ellas para moderarlas. (Heinrich 1999b: 304-305).

Estas líneas resultan especialmente interesantes, dado que en ellas puede verse de manera clara qué diferencia existe entre mantener el oro como mercancía dineraria o suspenderlo como la garantía de la correcta conversión de la masa de mercancías a la masa dineraria, mostrar la efectiva valorización del valor. Esto es algo que se ha indicado de manera breve al hablar de la teoría kurzeana, pero en lo que no se ha ahondado suficientemente.

Comencemos por dar la razón a Heinrich: el dinero de los bancos centrales no es lo mismo que el dinero crediticio. El banco central es la entidad emisora única y originaria del dinero, por lo que no cabe entenderlo como un dinero “falso”. Ahora bien, este hecho, como nos ha comentado Heinrich, no significa que el banco central pueda evitar las crisis capitalistas, particularmente, aquellas provocadas por factores “externos”. No especifica de manera concreta qué entiende bajo estos factores, aunque sí subraya que el banco central ha de garantizar la “capacidad de compra” del dinero que emite. La necesidad de dicha garantía es congruente con el motivo principal de surgimiento de las crisis que Heinrich ya había aducido antes, que reposa en la falta de demanda efectiva en vinculación con una tendencia la producción al aumento de las tasas de beneficio de manera permanente (Heinrich 1999b: 341-370, así como la sección 3.4.2 de este escrito).

Ahora bien, ¿qué diferencia existe entre funcionar con el patrón del dinero real emitido por los bancos centrales, frente a la mercancía-dinero del oro? En líneas anteriores, hemos afirmado que la pérdida del patrón oro significaba que las instancias que velan por el correcto funcionamiento del sistema capitalista ya no son capaces de asegurar que dicho sistema sea capaz, por sus propios medios (por su propia lógica inherente) de posibilitar su reproducción, o, cuanto menos, que esta se había convertido en algo más complejo. Veamos por qué hemos realizado esta afirmación.

Cuando hablamos, en líneas anteriores, del papel del dinero y de la especificidad de la realización del plusvalor, mostramos cómo este consistía en la conversión, en términos no directamente correlativos, de las masas de mercancía y dinero. Ya ahí se alertó sobre la posibilidad de fricciones y, por ende, de la posibilidad de crisis. Posteriormente, vimos que esta posibilidad de crisis reposaba en la contradicción existente entre riqueza material y abstracta. De manera adicional, pudimos comprobar en qué medida el plusvalor relativo ayudaba, según las circunstancias, a aumentar y/o compensar la contradicción inherente fundamental al sistema capitalista, cuyo fundamento de valor (trabajo abstracto) disminuye

de manera irremediable a tenor del desarrollo de las fuerzas productivas, dinamizadas por la competencia. En última instancia, sabemos que el mecanismo del plusvalor relativo, en el contexto de una pérdida de valor generalizada, no funciona. Esto nos llevó a la determinación del límite interno del capital.

Pues bien, teniendo en cuenta la validez de este camino de razonamiento, creemos aquí que hay una diferencia fundamental entre el dinero “real” del banco central y el dinero “real” de la mercancía dineraria: este primero, en tanto representación objetiva de valor materializada, se encuentra vinculado de manera directa con la masa de mercancías, no siendo posible eludir la valoración, más o menos exacta, de su correspondencia no correlativa. Esto significa, dicho de otro modo, que la mercancía-dinero del oro está en conexión directa con la contradicción existente entre la masa de valor global y la masa de mercancías en que se ha de representar, por tanto, en conexión con la contradicción existente entre riqueza material y abstracta.

Por su parte, el dinero “real” del banco central puede jugar con los diferentes factores concomitantes a la necesidad de conversión de la masa de mercancías y la masa de valor que representa por medio del dinero que emite. Al influir en los tipos de interés, por ejemplo, incentiva la creación de relaciones crediticias entre diferentes bancos, favoreciendo así las inversiones. ¿Qué quiere decir esto? Que el banco central tiene poder para influir en aquellos elementos que condicionan la realización del plusvalor. Con sus políticas, lo único que busca lograr es el movimiento de capitales, es decir, incrementar el número de candidatos aspirantes a hacerse con una fracción de la masa de valor global social. Esto no elimina las crisis, pero sí tiene la capacidad de retrasarlas, pues fomenta el elemento especulativo inherente a la economía capitalista, en el sentido general expresado por Heinrich anteriormente. Esto es algo que el dinero “real” de la mercancía dinero, que es una mercancía “reina” pero, al fin y al cabo, mercancía como las demás, no puede hacer. En su caso, el dinero está vinculado de manera estricta a su sustancia de valor que fundamenta el conjunto del sistema.

A Heinrich no le falta razón en decir que, gracias a la suspensión del patrón oro, los bancos centrales como instancia directiva del capitalismo pueden reaccionar “de manera más flexible” a las crisis. No obstante, la coherencia de su razonamiento, que le lleva a afirmar que esta capacidad de los bancos para crear dinero no es capaz de eliminar completamente las perturbaciones del sistema capitalista, no parece inducirle a pensar que podría haber otros motivos subyacentes para estos, más allá de la falta de demanda efectiva.

Asimismo, una teoría tan omniabarcante y global como la que posee este autor, debería poder enfrentarse con fenómenos que impliquen, como ya hemos dicho, una perspectiva a largo plazo de la economía. En este sentido, resulta notorio que en sus apreciaciones no exista una reflexión dedicada al surgimiento de la *estanflación* (Lohoff y Trenkle 2012: 64-65), un término económico que hunde sus raíces en la crisis del petróleo de 1973. Con este vocablo se señala aquella situación en la que coexiste un aumento de la inflación de carácter persistente y continuo a lo largo del tiempo (inflación secular) con un estancamiento de la economía en términos generales (disminución de la expansión capitalista, aumento de los costes previos, bajas tasas de crecimiento, etc.). Dicha noción, que señala con claridad que podría estar sucediendo un proceso de desvalorización a gran escala, es tan solo un fenómeno de entre los muchos que podríamos nombrar. Existe toda una diversidad de conceptos y conjuntos de problemas que puede ser interesante analizar desde un punto de vista marxista, aunque provengan de la economía burguesa. Resulta algo injusto que, a causa de las constricciones de una teoría, este ejercicio no resulte posible.

Para finalizar esta sección y recapitular los problemas heinrichianos fundamentales, podemos volver rápidamente a las críticas de Kurz. Desde su perspectiva (Kurz 2012a: 390), todos los problemas de la teoría de Heinrich pueden ser reducidos a dos de los fundamentos de su teoría. En primer lugar, su concepción ciega a la sustancialidad del valor fundada en el trabajo abstracto, que es el fundamento último del sistema capitalista para Kurz y cuya dinámica vinculada a su materialización en el dinero dota a este último de una dirección inconsciente. A causa de esta ceguera, en segundo lugar, también se diluye la relación fetichista de la riqueza abstracta, que ahora se ve reducida a “una negociación de intereses de carácter inmediato y subjetivo y unas relaciones de dominación sin presupuesto [alguno, CNR]” (Kurz 2012a: 390). Sin duda alguna, esta reducción está muy en concordancia con su noción de “relación de validez”, que ya se ha comprobado cómo se aplica cual solución única para múltiples conceptos fundamentales relacionados con el valor.

Actuando de esta manera se elimina finalmente la diferencia crucial entre riqueza concreta abstracta, cuyas consecuencias hemos comprobado en la presente subsección. Justamente esto último trae consigo que el dinero se conciba como algo “tan evidente por sí mismo como la material natural de los artefactos” (Kurz 2012a: 390) que los bancos centrales del mundo pueden, hasta *cierto punto* —una pena que no se haya reflexionado suficientemente sobre lo que significa este matiz— tratar a su antojo.

Hemos tratado, de manera extensa, la discusión que puede establecerse entre Heinrich y Kurz, utilizando como guía *Geld ohne Wert* y haciendo referencia a los títulos heinrichianos más destacados. Nuestra intención ha sido, en la mayoría de casos, resaltar la profundidad y originalidad de la postura kurzeana, mostrando sus fortalezas. Que hayamos decidido actuar de este modo tiene que ver con el hecho de que la teoría de la crítica del valor-escisión no ha encontrado aún, al menos en lengua castellana, la oportunidad para ser mostrada rigurosamente en un formato de extensión amplia, mientras que la teoría heinrichiana sí está vigorosamente establecida. En el siguiente capítulo vamos a realizar un balance de ambas perspectivas. Aquí mostraremos una perspectiva algo más imparcial, esforzándonos por mostrar los límites de ambas teorías. En términos prácticos, esto significa que la postura kurzeana no va a ser considerada con tanta benevolencia como hasta ahora. Tal como debe ser.

Capítulo 4. Kurz y Heinrich: balance de dos perspectivas. Discurso marxista y el análisis de la Modernidad

4.1. Balance general sobre la perspectiva heinrichiana

Por medio de la perspectiva kurzeana, se ha venido insistiendo repetidamente en los fallos fundamentales del análisis de Heinrich. Como sabemos, estos consisten en una falsa concepción del trabajo abstracto, que se concibe como un mera relación de validez; así como un enfoque analítico que, utilizando como modelo al capital individual (frecuentemente de manera velada), se encuentra atrapado en la trampa teórica del individualismo metodológico.

Teniendo presente estas consideraciones, resulta extremadamente curioso comprobar qué asuntos considera Heinrich más problemáticos en aquellos artículos que ha dedicado a reflexionar sobre los asuntos más acuciantes a que nos conducen los MEGA, la nueva edición canónica de los textos de Marx (Heinrich 2004, 2009a). Entre estos se encuentran, precisamente, la noción de trabajo abstracto y la discusión sobre la transformación analítica que supone que el pensador de Tréveris, en *El Capital*, abandonara el concepto de “capital en general”, pasando a utilizar el concepto de “capital social global” o “capital social total”. Esta última cuestión, como vamos a ver, puede relacionarse fácilmente con el individualismo metodológico que Kurz denuncia en Heinrich.

Comencemos por la noción de trabajo abstracto y su relación con la forma de valor. Como ya comentamos a lo largo del tercer capítulo, Heinrich propone, frente a una “teoría sustancialista del valor” (falsamente atribuida a Kurz), que Marx habría defendido en realidad una noción no sustancialista del mismo, así como una determinación anti-naturalista del “trabajo abstracto”. Según él, los argumentos pueden encontrarse en diversos fragmentos de Marx, pero resulta especialmente significativo el manuscrito que proyectó este autor cuando se disponía a la preparación de la segunda edición de *El Capital*. Se trata de un texto que nunca fue editado hasta los MEGA, que no podemos encontrar ni en la primera, ni en las subsiguientes ediciones publicadas de la obra magna de Marx (1871/72, ahora MEGA II.6). Aunque hasta ahora no hubiera encontrado la oportunidad de ser editado, este fragmento constituye la razón fundamental y argumento central sobre el que Heinrich sostiene su postura. Por ello, vamos a dar cuenta de él detenidamente, si bien tengamos que realizar alguna repetición de lo anteriormente expuesto, para ser completamente justos con su

concepción.

En este manuscrito se hace evidente (Heinrich 2004, 2009a: 90 ss.) que tanto “valor” como “mercancía” son conceptos que existen como tal cuando hay una relación entre dos mercancías. Para justificar su afirmación, cita directamente el texto de Marx, refiriéndose a dos fragmentos. El contexto es como sigue: el autor de *El Capital* viene de advertir que, dados los términos con que se ha expresado con anterioridad, ha podido hacer ver que, en la teoría del valor, se puede hablar de la mercancía aislada y de un concepto, igualmente atómico, del valor de la misma. Es decir, que puede pensarse que hay una magnitud de valor individual de cada una de las mercancías. Con las palabras que vamos a citar a continuación, Marx intenta justo eliminar la posibilidad de realizar tal inferencia. Tal como indica este autor, en tal reducción argumentativa

[...] se ha olvidado que ninguna [mercancía, CNR] como tal es [una, CNR] objetividad de valor [*Wertgegenständlichkeit*], sino que son tales solo en tanto que se trata de una objetividad en común. Fuera de su relación con la otra —la relación en la que se igualan [*gleichgelten*— ni la chaqueta ni el lino son objetividades de valor, ni su objetividad se da como gelatina de trabajo humano (Marx, MEGA II. 6: 30, en Heinrich 2009a: 93).

De aquí, Marx deduce, a su vez, lo siguiente,

Un producto de trabajo, considerado en sí mismo, no posee valor, ni es una mercancía. Solo posee valor en su unidad con otro producto de trabajo. (Marx, MEGA II. 6: 31, en Heinrich 2009a: 93).

Para Heinrich, ambos textos muestran con claridad que el valor es una sustancia social que no puede determinarse únicamente en la producción y que no puede existir aisladamente en el objeto particular, considerado en sí mismo. Tal como se presenta en este manuscrito, la forma valor solo puede existir una vez tenemos una forma independiente de valor, el dinero. Este, igual que en la teoría heinrichiana, se convierte en un dispositivo esencial para la comprensión de la forma fundamental del capitalismo.

Aquí es donde entra la particular concepción de la noción de trabajo abstracto. Heinrich argumenta que, en ciertos pasajes, Marx deja muy claro que el trabajo abstracto solo se puede entender como una abstracción que se da en la relación mutua entre dos mercancías.

El valor, así, solo se presenta en el acto de intercambio y no puede existir sin el dinero, sin que esto signifique que el intercambio funde o sea la causa del valor.

Lo cierto es que si ambos fragmentos son, como decimos, justificación textual nuclear en torno al que se fundamenta la postura heinrichiana, no creemos que su postura se siga necesariamente por lo afirmado en las líneas citadas. Lo que se deduce inequívocamente de las afirmaciones marxianas es, antes bien, la necesidad de comprender las nociones fundamentales del capital como *formas sociales*, que remiten a la totalidad de la sociedad y a su específica dinámica socioprodutiva. Esto es algo que es también compatible con la postura kurzeana, incluso teniendo en cuenta su afirmación, aparentemente en completa contradicción con lo presentado aquí, de que la “objetividad de valor” sea un concepto que haya de tenerse en cuenta ya en la esfera de producción¹⁰⁸.

Tal y como dijimos anteriormente (es algo que Kurz también indica) Heinrich apunta correctamente al hecho fáctico histórico de que el dinero, en tanto mediador del intercambio, tuvo que ser necesario en el momento de génesis de capital para la constitución de valor. Las conclusiones y conceptos que desarrolla a partir de esta constatación, como tuvimos ocasión de ver, no lo son tanto. El problema, en cualquier caso, no está relacionado tanto con las propias nociones de partida de su teoría, sino con el hecho de que no se ocupa

108No queremos explicar esto en el cuerpo de texto, puesto que ya nos ocupamos de ello anteriormente, ni, en este caso, estamos tratando la postura de Kurz. En cualquier caso, para hacer compatibles las posturas de ambos autores, solo hemos de recordar, en primer lugar, la importancia de la dinámica de competencia capitalista en el argumento de Kurz como explicación teórico-genética del capital. La insistencia en el hecho de que sin invocar dicha dinámica, la interpretación de los conceptos fundamentales del capitalismo no es posible, apela, precisamente, al hecho de que este solo puede ser entendido como una *forma social, global, colectiva*, de la que se intenta iluminar su estructura interna. Asimismo, tenemos que recordar que Kurz se ocupa, de manera rigurosa, tanto de la específica dialéctica existente en el capitalismo entre presuposición y resultado como de su correlación con los planos histórico y conceptual de la constitución del capital. Esto último está dirigido de manera directa a esclarecer esta misma cuestión. Lo hemos argumentado repetidamente, pero cabe insistir una vez más en ello: Kurz no dice que el valor se determine únicamente en la esfera de la producción y que por tanto sea posible asignar una magnitud de valor individual a las mercancías —que entendemos sería la postura contra la que estaría argumentando ahí—, sino que la dinámica socio-económica global capitalista tiene consecuencias para la esfera de producción. Otro aspecto más problemático se ve representado por el segundo de los fragmentos, desde luego. Si “un producto de trabajo, considerado en sí mismo, no posee valor, ni es una mercancía”, tal como afirma Marx en las líneas citadas, ¿significaría esto que la postura de Kurz es equivocada? Creemos que no. “Trabajo”, aquí, se está considerando de manera general. Efectivamente, no podemos considerar un producto de trabajo cualquiera haya de ser considerado *per se* una mercancía. Por ejemplo, la fabricación de un enser cualquiera para el disfrute privado no puede considerarse como un proceso de producción de mercancías. Pero desde el momento en que la dinámica capitalista se ancla a la esfera de la producción, la fabricación de enseres destinada a la venta en el mercado sí ha de ser considerada como elaboración de mercancías. Que el capitalismo se haya instituido como forma socio-económica determinante para la reproducción social de una sociedad determinada no excluye que puedan darse otros modos de producción no capitalistas en su seno. Lo determinante es establecer cuál es el modo de producción *generalizado* en una sociedad y qué especificidades tiene este. Y ese, sí, es capitalista: aquel que convierte a todo producto de trabajo, en virtud del mismo proceso de producción, en una mercancía.

satisfactoriamente de los problemas inherentes a ella. En cierto modo, puede decirse que la postura de Heinrich, a pesar de ser diametralmente opuesta a la de Kurz, también tiene su parte de razón. Es cierto que cada acto de intercambio es necesario para la perpetuación de las formas fundamentales del valor y que por ello, en cierto modo, “valor” y “mercancía” solo son en este.

Ahora bien, para mantener la necesidad de dicha afirmación, ha de explicarse qué relaciones mantiene esta constatación tanto con el plano histórico-genético del capital como el conceptual-constitutivo y, de manera adicional, ha de verse qué vinculación tiene el plano individual de la mercancía con el plano de la totalidad capitalista, teniendo en cuenta la noción de “realización” y “competencia”. Es decir, ha de hacerse cargo de todas aquellas particularidades de las que Kurz sí se ha hecho cargo con su teoría. La teoría de Heinrich, que en torno a estos asuntos ofrece como toda respuesta el mero silencio, solo puede quedar, a este respecto, como una lectura sugerente sin un fundamento verdaderamente sólido.

Algo distinto ocurre con respecto al otro asunto que hemos mencionado, el cambio de “capital en general” a “capital social global”. Heinrich (2000b), en un texto dedicado a una intervención de Norbert Trenkle (2000) posicionada críticamente contra la tesis heinrichiana, explica dicha distinción por medio de la discusión con la crítica del valor [*Wertkritik*]. En el texto a que se refiere Heinrich, explicado a grandes rasgos, Norbert Trenkle muestra que el “diagnóstico del colapso” está relacionado de manera fundamental con la disminución de la masa de valor global, un argumento que ya hemos tenido ocasión de comentar con Kurz. En lo referente a su posición de partida, el autor de la *Wertkritik* afirma escribir desde una perspectiva que parte de la totalidad, esto es, que concibe el ejercicio del análisis crítico como análisis del conjunto capitalista global (Trenkle 2000: 19).

Por su parte, Heinrich, buscando rebatir a su adversario, afirma, tras un pequeño análisis del texto, que la distinción entre “capital global” y “capitales individuales” que fundamenta la posición trenkleliana sigue, de manera clara, una diferenciación de raigambre ortodoxa: la que existe entre micro- y macroeconomía. La diferencia entre ambas es conocida. La microeconomía está dedicada al estudio del agente económico concreto (sujeto o persona jurídica), mientras que la macroeconomía se dedica al estudio de los procesos económicos globales, adoptando un punto de vista general.

Pues bien, según el editor de los MEGA, la perspectiva de Trenkle asume inadvertidamente esta dicotomía, pues en su teoría, tanto el capital individual como el global

están pensados de manera empírica, es decir, tal y como se dan en la realidad de la economía del día a día. Le espeta que no es así como han de comprenderse en Marx, donde ambos se deben desarrollar categorialmente. En este punto comienza la explicación de su interpretación sobre la diferenciación marxiana del plano de los capitales individuales y el del capital global.

De esta manera, para Heinrich, lo que implica este despliegue de ambos planos es la realización de “no solo una descripción, sino [de, CNR] una *disolución de un círculo existente en la empiria*. El círculo real consiste en que, por un lado, el capital global se constituye a través de los capitales individuales, pero por otro, se fija en el marco de su movimiento” (Heinrich 2000b), con lo ambos términos actúan repetidamente de manera alternativa como “presuposición” y “resultado” de dicho movimiento constitutivo. En otras palabras, implica poner de manifiesto que ambos planos tienen una relación de estructura análoga a la que ya hemos visto en Kurz en torno a los resultados de la existencia de la dinámica capitalista y las condiciones de constitución de esta en la sociedad.

Bien, independientemente de lo que siga argumentando Heinrich en contra de Trenkle en su texto¹⁰⁹, es pertinente que nos detengamos aquí para tratar detenidamente lo que acabamos de exponer. En primer lugar, no podemos acusar a la interpretación de la crítica del valor-escisión de concebir de manera meramente empírica los planos del capital individual y global, tal como arguye Heinrich en contra de Trenkle. Dada la escisión del grupo original en dos grupos, las opiniones de este autor no se tienen que hacer extensivas al autor de *Geld ohne Wert*. Ni debemos hacerlo, ni en cualquier caso Kurz deja espacio para realizar tal aseveración sobre su teoría.

Como demostración, cabe destacar que este autor afirma explícitamente que “el verdadero movimiento del capital global real *solo es aprehensible de manera indirecta* en sus efectos sociales” (Kurz 2012a: 177, subrayado nuestro). Otro indicio claro es que, asimismo, Kurz exige pensar la correlación entre la masa global de mercancías y la masa global de dinero en relación con la energía de trabajo abstracto y de manera socialmente congruente, nunca de manera empírica (Kurz 2012a: 221). Independientemente de que las críticas de Heinrich puedan ser acertadas contra Trenkle, la afirmaciones realizadas exhiben que no

¹⁰⁹La argumentación pasa a centrarse entonces en el modo en que Trenkle utiliza dicha distinción para, sin fundamentación alguna, apuntar a la posibilidad de un límite interno objetivo. Heinrich acusa a Trenkle de convertir la mera expresión de una posibilidad en abstracto (el hecho de que a pesar del aumento de las tasas de plusvalor de los capitales individuales podría tener como resultado una masa global del valor en disminución, es decir, la exacta formulación del límite interno del capital) en una constatación en firme. (Heinrich 2000b).

deben aplicarse a Kurz. De hecho, hacerlo sería caer el individualismo metodológico que tanto ha criticado. Y es que, de entender el capital global de manera empírica, ¿acaso tendríamos una opción diferente a pensarlo como la mera suma de los capitales individuales? Desde aquí, no nos lo parece.

No obstante, sí que tenemos que otorgarle la razón a Heinrich en otro aspecto de este problema. Es cierto que, al menos tal como se presenta en *Geld ohne Wert*, el plano de los capitales individuales parece acercarse a una concepción netamente empírica, lo que indica que Kurz, verdaderamente, no ha tomado suficientemente en serio este asunto. Para comprender mejor esta cuestión, Heinrich nos invita a considerar las reflexiones que, en torno a este asunto, ha realizado en *Die Wissenschaft vom Wert* (1999b: 189-195). Empero, en el presente texto vamos a atenernos a otra intervención de Heinrich que puede sernos igualmente útil (Heinrich 2009a: 80 ss.).

En el artículo a que nos referimos se explica que la diferencia entre el plano global e individual del capitalismo se realiza en Marx bajo la forma de dos momentos de reflexión diferenciada. Una de estas líneas de pensamiento trabaja con la dicotomía conceptual que existe entre “capital general” y “competencia”, que se utiliza hasta el manuscrito redactado entre 1861 y 1863; la otra, que trabaja con la diferencia entre “capital social global” y “capitales individuales”, es la que se encuentra presente en las afirmaciones de *El Capital*.

La desaparición de la primera forma de pensar los diferentes planos de realidad del capital tiene que ver, según Heinrich, con el convencimiento de Marx de que esta había mostrado que no era factible (Heinrich 1999b: 192). Este no era capaz de dar cuenta de todas las determinaciones formales necesarias para realizar el paso de la consideración del plano “general” del capital a la comprensión de su movimiento real. En otras palabras, la primera de las conceptualizaciones que el discípulo de Hegel utiliza no era capaz de comprender suficientemente el movimiento de realización del capital y con ello, su movimiento global. El factor más probable que llevó a la conciencia de esta insuficiencia, tal como nos explica Heinrich, tiene que ver con que Marx habría advertido entonces el círculo existente entre ambos planos de la realidad antes mostrado: la incesante transformación de status de los principios de “presuposición” a “resultado” en el movimiento procesual que conforma a ambas. Este constante cambio de status impedía *de facto* la exigencia teórica que Marx estableció en el concepto de “capital en general”. Este concepto implicaba tratar determinados contenidos a un cierto nivel de generalidad, lo que pone a la discusión en un

nivel en el que los matices ahora descubiertos no son visibles.

La solución que Marx desarrolla en *El Capital* consiste en la exposición de lo que ocurre a ambos niveles de existencia (capital individual/capital global social) en los diferentes niveles de abstracción en los que va tomando forma su argumentación. De esta manera, “ni el capital individual, ni el capital global, que por primera vez Marx hace objeto de reflexión, son los fenómenos completamente determinados que aparentan empíricamente” (Heinrich 1999b: 193). Gracias a esta perspectiva, Marx es capaz de mostrar, en los diferentes tomos de *El Capital*, la mutua interrelación que existe entre ambos planos. Tiene diferentes virtudes: gracias a ello, ciertas nociones que podríamos pensar de manera exclusivamente vinculada al plano de los capitales individuales, como la transformación de plusvalor en beneficio, se muestra en *El Capital* en conexión con el capital global. Esta trasmutación únicamente puede ser un proceso mediado por la competencia “como un mecanismo específico de socialización, es decir, un proceso que convierte a los capitales individuales en partes integrantes iguales del capital global social” (Heinrich 1999b: 194). Esta última concepción de la competencia¹¹⁰ tiene como consecuencia añadida que el proceso de competencia empírico, como correlación de fuerzas temporal entre distintos capitales individuales, no encuentra explicación en *El Capital*. En su lugar, su tratamiento teórico se remite a un tratado sobre la competencia que jamás tuvo lugar (v. Marx. MEW 25: 207 [Heinrich 1999b: 195]).

Este tipo de consideraciones de Marx, desgraciadamente interrumpidas antes de poder ser finalizadas, nos remiten a preguntas que, como indica Heinrich (1999b: 195), van más allá de la sola interpretación filológica. Nos obliga a preguntarnos qué estatus concreto y en qué nivel ha de considerarse fenómenos como el crédito y la crisis. Ambos conceptos, a pesar de tener lugar en lo que en principio se refiere exclusivamente al plano social global del capital, están profundamente imbricadas en las diferentes modificaciones históricas e institucionales, conformándolas de manera muy relevante. Bien, sin duda alguna, Heinrich tiene razón al plantear estas últimas dudas y, en general, a presentar como un problema abierto la relación entre los diferentes planos de la realidad histórico-conceptual del capital.

Este tipo de ejercicio es algo que, podemos adelantar, Kurz no ha realizado suficientemente. Su argumentación resulta a veces demasiado maniquea en la contraposición de la dicotomía conceptual existente entre ambos planos y realiza determinaciones algo vagas

¹¹⁰Cabe preguntarse por qué Heinrich no invoca esta última concepción de la competencia en su propia teoría del valor. Le podría haber sido útil para pensar consecuentemente sus nociones de trabajo abstracto y objetividad de valor, con lo que el resultado de sus investigaciones podría haber tomado, tal vez, un camino diferente.

sobre cómo ha de entenderse la diferencia cualitativa que constituye la totalidad. La perspectiva de Heinrich, más centrada en el trabajo filológico, sirve mejor aquí al pensamiento crítico en tanto, cuanto menos, abre la posibilidad de *crear pensamiento* en lo que se refiere a este asunto¹¹¹.

Existe un último aspecto de la teoría heinrichiana que nos gustaría considerar aquí, puesto que creemos que desmiente, de manera parcial, la visión que Kurz sostiene, acercando sus posturas: una afinidad no querida por ninguna de las dos partes, pero existente, como sostuvimos al comienzo de este trabajo. El tema al que ahora nos referimos tiene que ver con la consideración de la “estructura trinitaria” de *El Capital*, una noción marxiana que —muy sorprendentemente— Kurz no menciona en sus escritos y que, Heinrich muestra, permiten leer al capitalismo como una forma social general anclada al proceso de reproducción social.

Esta noción (Heinrich 1999b: 306-310, 2008: 183-188), que se formula al comienzo de la última sección del tomo tercero de *El Capital*, manifiesta la totalidad de la forma fundamental del fetiche específico de la sociedad capitalista, aquella expresión “consumada y acabada de un *sistema de la ilusión*” (Ramas 2018: 255, subrayado de la autora). La fórmula trinitaria muestra cómo las determinaciones específicas sociales de la producción capitalista (el trabajo asalariado, el capital y la propiedad del suelo) se confunden con las *condiciones materiales de la producción* (trabajo, medios de producción y tierra), haciéndolas coextensivas. De esta manera, el proceso de trabajo es siempre ya un proceso de producción capitalista, invisibilizando que la forma en que se da en la sociedad burguesa es, no obstante, específicamente histórica.

Así, en este fetiche, como nos dice Marx, está “consumada la mistificación del modo de producción capitalista, la cosificación de las relaciones sociales, el entrelazamiento directo de las relaciones materiales de producción con su determinación histórico-social” (Marx, MEW 25: 838 [1036]). Como es evidente y, de manera idéntica a lo que ocurre con el concepto de fetichismo en general, esta forma aparente no es una “falsa consciencia”, sino que es generada a partir de la propia praxis social de la sociedad capitalista. Este constituye un trasfondo estructural de la sociedad que, según Heinrich “se puede abatir por medio de la experiencia y la reflexión” (Heinrich 2008: 188).

La atención que Heinrich otorga a este fragmento de Marx, así como el fragmento en

¹¹¹Desde nuestra humilde posición también hemos intentado, en cierto modo, contribuir a esta discusión, por la posición que hemos sostenido acerca del fetichismo como proceso iterativo: creemos que este está, sin duda alguna, también relacionado con esta cuestión. Nos ocuparemos de ello nuevamente en la siguiente sección.

sí mismo, es sistemáticamente obliterado por Kurz. De haberlo tenido en consideración, creemos que algunas de sus formulaciones acerca del carácter neoclásico de la teoría heinrichiana habrían de haber sido vistas nacidas fruto del error, más que de la intencionalidad de este autor. Sea como fuere, la fórmula trinitaria tampoco cambia en un ápice los posibles errores de la teoría heinrichiana, que sí —del mismo modo que Kurz— ve en el capitalismo una forma estructural social, pero cuyos conceptos fundamentales comprende erróneamente y, en ocasiones, no piensa con todas sus consecuencias.

Por último, la impetuosidad de la polémica entre Heinrich y Kurz, que hemos querido poner de manifiesto de manera entusiasta, muestra hasta qué punto sigue viva la teoría de Marx y, sobre todo, cómo sus conceptos siguen abiertos a la consideración. En este último sentido, también cabe compartir con Heinrich una actitud que, en nuestra opinión, le honra profundamente como teórico y de la que ya dimos cuenta brevemente en las notas preliminares de este trabajo (Heinrich 2009a: 96).

Heinrich considera, con razón y a fuerza de la fáctica evidencia, que el trabajo de Marx en ningún caso puede comprenderse como algo acabado o definitivo, puesto que solo disponemos de diferentes borradores de un trabajo que todavía se encontraba en fase de desarrollo conceptual. Esta situación provoca inevitablemente que haya una serie de nociones, problemas y asuntos para los que podamos encontrar diferentes interpretaciones, todas ellas sustentadas con apoyo textual suficiente. El trabajo de Marx, de este modo, se revela como una tarea en constante construcción sobre la que no se puede defender la imposición de una interpretación última y definitiva. Por ello, los pensadores que quieran seguir la estela de este pensador han de mostrarse atentos no solo a los nuevos fenómenos que pueden observarse en el capitalismo, sino además, a la posibilidad de desarrollar nuevas nociones conceptuales para su comprensión.

Heinrich nos recuerda que el proyecto de crítica de raigambre marxista tiene un objetivo al que está profundamente vinculado: la superación del capitalismo. Este objetivo, sin tener que prescribir direcciones necesarias para la teoría, sí que nos señala las direcciones en que debemos mirar para formular las preguntas que sirvan a nuestros intereses. Bien, precisamente en virtud de esta última reflexión, desde aquí creemos que la teoría de Heinrich, a pesar de sus inconsistencias, se muestra sin duda como una perspectiva aliada. No obstante, ante la actual situación catastrófica que genera el capitalismo actual, la clave epocal se marca de manera más nítida con la perspectiva kurzeana. Aunque se trate, sin duda, de una cuestión

de matiz, y sin que la perspectiva de la crítica del valor-escisión esté, por su parte, exenta de problemas, esperamos haber mostrado con lo argumentado la importancia de los detalles para un análisis crítico del presente.

4.2. Reconsideración de la teoría kurzeana: algunos aspectos problemáticos

En nuestra exposición, hemos realzado de manera explícita las virtudes de la perspectiva kurzeana. Como acabamos de decir, su enfoque analítico, fuertemente vertebrado en el convencimiento de que la teoría marxista constituye un instrumento privilegiado para el análisis crítico del presente, se encuentra en las mejores condiciones para convertirse en una voz muy relevante para la teoría filosófico-social de la actualidad. No obstante, su perspectiva no está exenta de problemas, todos ellos vinculables a dos cuestiones fundamentales.

La diferencia fundamental entre la postura de Kurz y Heinrich es la insistencia del primero en mostrar con rigor que el sistema de producción capitalista se constituye como una totalidad cuyas partes (producción, circulación) se encuentran integradas y condicionadas por su dinámica específica. La discusión entre ambos ha mostrado que, si bien Heinrich parte de una perspectiva análoga, no reflexiona suficientemente sobre las consecuencias de sus afirmaciones, ejercicio en el que el autor de *Geld ohne Wert* muestra una mayor determinación (sin ser por ello suficiente, pues como se ha mostrado, su postura también posee ciertas deficiencias).

Por lo tanto, la teoría de Kurz tiene su mayor virtud en la fundamentación teórica de la *vertebración de la estructura fetichista del capitalismo con el sistema de reproducción social*, característica que debiera haber abierto su teoría a la toma en consideración de diversos sistemas de poder. No obstante, su perspectiva se agota en ocasiones en la explicación de la estructura fundamental del capitalismo y su crisis; algo que, si tenemos en cuenta sus pretensiones, ha de calificarse como una explicación unilateral, cuanto menos, de carácter monológico. No olvidemos que Kurz eleva la estructura fetichista de la sociedad capitalista moderna a principio civilizatorio, aquel que organiza, vertebra y estructura las relaciones de poder en una sociedad. Aunque la especificidad histórica de esta sociedad tenga que ver, precisamente, con su estructura socio-económica, esto no quiere decir que la mencionada sociedad *se agote* en dicha estructura socio-económica.

Lo que es más: precisamente porque no se consume en dicha estructura socio-

económica, una de las tareas incluidas en la lista de ejercicios de aquellos (como Kurz) que se han propuesto explicar el sistema capitalista como un sistema civilizatorio, consiste en analizar de qué modo o manera *dicha especificidad histórica actúa sobre el resto de instancias y relaciones de poder* presentes en la sociedad, existan estas otras de manera previa o no al surgimiento del mismo. En cierto modo, Kurz adolece del mismo problema que ya habíamos visto en Scholz, pero en su caso, dicho problema adquiere un carácter más complejo, por los propios términos de su explicación.

Así es, además, porque en su teoría hay una dificultad adicional¹¹²: la fuerte insistencia de Kurz en el carácter *a priori* e inconsciente de la estructura social fetichista. Su manera de argumentar esta tesis que es, en cualquier caso, correcta, se hace de tal modo que induce a interpretarla como un fenómeno que *determina a los sujetos inexorablemente*, como una especie de automatismo. Esta hipótesis de lectura se ve fomentada por el gusto de Kurz en el uso de expresiones como “sujeto automático” y está coronada por su tesis del “límite interno objetivo” del capital, que, como vamos a ver, requiere una serie de precauciones de lectura.

Para explicar claramente ambos conjuntos de problemas, volvamos a la noción kurzeana de fetiche para recordar algunas de sus características. Tal como decíamos, con esta noción se trata de iluminar una metacualidad inherente a sociedades precapitalistas y capitalistas: la matriz *a priori* que estructura, vertebrada y organiza el modo de reproducción social, así como sus respectivas relaciones de poder y servidumbre de acuerdo a determinadas características. Estas peculiaridades, además, tienen una legaliformidad interna, una “metafísica” particular que tiene la apariencia de una *segunda naturaleza* que crea modelos de conducta ciega, ante los que los individuos se encuentran inermes.

Por añadidura, la especificidad de la forma fetichista capitalista moderna consiste en su carácter *inmanente y transcendental*. La esencia absoluta sobre la que se fundamenta su metafísica es la valorización del valor, una dinámica necesariamente anclada al mundo terrenal: la metafísica real de la modernidad, por ello, incluye la abstracción del valor y su sublimación filosófico-ética, así como las diversas formas sociales ancladas a ella. Una salvedad de importancia, a la que ya hicimos referencia, fue comprender que este principio no supone una mera “ocultación” de los intereses subjetivos de una clase dominante ávida de riqueza: el fin de la valorización del valor es el fin en sí mismo de la sociedad capitalista, su

¹¹² Problema que, por otro lado, no negamos que también pudiera sufrir la teoría de Scholz, pero que, dado los términos en que se mueve su teoría, mucho más lábiles, no se hace visible.

alfa y omega. Los gestores o ejecutores de dicho fin que se encuentren en una posición beneficiosa a nivel personal siempre habrán de mantener y legitimar su poder atendiendo a la estructura interna del capital, es decir, siguiendo sus principios.

Una vez hemos recordado brevemente los fundamentos de la concepción fetichista kurzeana, ha de tenerse en cuenta que estas no son los únicos asuntos que han de tenerse en cuenta para una comprensión completa de la matriz fetichista de la sociedad. Kurz nos ha mostrado, asimismo, de qué forma y modo se implementa la estructura fetichista: a través de la dinámica competitiva y “fiebre del oro” que tuvo lugar a comienzos de la Modernidad. Esta fue la que instauró esa dinámica socio-económica que, a través de su reiteración continuada, se convirtió en su forma de praxis social específica, su presuposición fundamental y *conditio essendi*. Esta, como ya tuvimos ocasión de explicar, contiene una relación muy particular entre los términos que dan cuenta de su procesualidad, esto es, su “precondición” y “resultado”. Hay ciertos fenómenos que, en primera instancia, son *resultado* de esta dinámica, por ejemplo, la creciente indiferencia hacia el contenido de lo producido o la preferencia por la mercancía dineraria. Sin embargo, dichos elementos, por medio de la reiteración de esta dinámica, se convierten en su *precondición constitutiva*. Así, siguiendo los ejemplos nombrados, la creciente indiferencia hacia los contenidos de la producción se va constituyendo como una esfera de producción autónoma, dirigida esencialmente a la rentabilidad de sus operaciones, mientras que el dinero se convierte en fin en sí mismo.

Teniendo en cuenta los diferentes factores sobre el tablero, es útil traer de nuevo a la esta discusión otra de las características ya nombrada acerca de la noción de fetiche, su *iterabilidad*. Esta es una característica que expresa que un proceso posee tres propiedades: i) es normado, regular y obligado de carácter colectivo, ii) que este, en su despliegue propio, constituye la *conditio essendi* y conforma a los sujetos y/o objetos inmersos en él y, iii) que pone en cuestión el estatus que tienen “sujeto” y “objeto” de las prácticas, impidiendo la delimitación nítida de los roles que “actividad” y “pasividad” juegan en este proceso.

Creemos, a la luz de lo explicado en esta y secciones anteriores, que ha quedado plenamente demostrado el carácter iterativo de la dinámica socio-económica de carácter fetichista de la sociedad capitalista, visto desde la perspectiva kurzeana. Cumple las tres condiciones que aquí enumeramos, pues se trata de un proceso colectivo, de carácter obligado y normado. También constituye una peculiar relación entre los términos “presuposición” y

“resultado” que hace que, en su repetición reiterada, los resultados de este proceso se transformen en la *condición de posibilidad y existencia* de los términos/sujetos/acciones inscritos en este. Por último, la dinámica capitalista, en tanto se instituye como una especie de *segunda naturaleza*, pone en cuestión los roles de la “actividad” y la “pasividad”, puesto que, como Kurz dice, se trata de un *a priori* de carácter inconsciente.

A lo largo de su producción teórica Kurz se ha esforzado en alejarse de las lecturas que han querido ver en su afirmación del carácter de *a priori* inconsciente de la forma fetichista de la sociedad una formulación determinista. Lo cierto es que, pesar de sus aclaraciones, es muy habitual que, al leer muchas de las intervenciones kurzeanas, no nos podamos deshacer de dicha sensación. ¿Por qué motivo ocurre esto? Nuestra tesis al respecto es que esta sensación no se despierta tanto por sus afirmaciones explícitas, sino más bien, por la serie de problemas de los que debería haberse hecho cargo, a la vista de la propia consideración del autor sobre su perspectiva y, particularmente, por los términos en que la desarrolla.

Kurz fundamenta su noción de la dinámica a partir de la constatación de la irrupción de un acontecimiento histórico de consecuencias metafísicas, la revolución militar dada a comienzos de la Modernidad. Este hallazgo teórico le permite, de manera simultánea, hacerse cargo de los planos realidad histórica y conceptual del capitalismo, con lo que puede mostrar la implementación de su estructura fundamental fetichista sin caer en análisis teoreticistas. Sin embargo, el trabajo de análisis no se acaba con el descubrimiento de este hallazgo. No podemos pasar sin más, como hace Kurz, a la explicación de la estructura fetichista consumada. Kurz ha deconstruido la estructura metafísica fetichista de la sociedad capitalista en una determinada praxis de carácter histórico que vertebra y estructura la reproducción social de un entero sistema civilizatorio. Tras esto, se imponen, al menos, dos tareas: i) la descripción clara de los conceptos propios en que se *materializa* en la sociedad en que influye y (he aquí el punto común con Scholz) ii) de qué modo o manera *modifica* o estructura al resto de relaciones de obligatoriedad, compromiso y vínculo existentes en la sociedad.

La primera de las tareas ha sido llevada a cabo parcialmente por Kurz y por otros teóricos de la crítica del valor-escisión a través de la puesta de manifiesto y denuncia de la “ontología negativa” de la Modernidad constituida por sus conceptos fundamentales, particularmente, el concepto de “trabajo”. Ya dijimos que la crítica del valor-escisión se esfuerza en mostrar que dicho término solo puede comprenderse en relación con la específica

dinámica capitalista. El trabajo es una noción que surge como algo aislado y desligado de otras formas fundamentales de obligatoriedad y vinculación de manera exclusiva en la época moderna. Es entonces cuando pasa a formar parte de una estructura que aísla las actividades ligadas a la producción-distribución de enseres y/o prestación de servicios respecto de cualesquiera otras funciones sociales que vayan más allá del solo interés crematístico, prescindiendo de la importancia de su contenido. El trabajo de esta corriente teórica en torno a este asunto ha sido particularmente intenso en la denuncia de perspectivas marxistas que, no habiendo visto el surgimiento y constitución de esta ontología específica, habrían convertido al trabajo en un concepto transhistórico, desarrollando una postura muy corta de miras que entiende que la solución a los problemas causados por el capitalismo puede resolverse con una mejor distribución. Puesto que hasta ahora no habíamos podido ver a Kurz explicando su postura de manera clara respecto a esta cuestión, aprovechamos aquí para introducir las siguientes palabras, referidas, obviamente, al marxismo tradicional:

El punto central de [esta perspectiva, CNR] acortada es precisamente la reducción del trabajo abstracto a la esfera de la circulación, pues solo así la distribución mediada por la circulación puede convertirse en el objeto principal de la crítica, mientras que la producción [...] solo es central en tanto constituye el punto de vista (en lugar del objeto) de la crítica [...]. Esto tiene como resultado, también bajo la forma de una perspectiva corta de miras, una supuesta superación del capitalismo bien bajo el paradigma de un “cambio justo” o bien bajo la forma de una “producción de mercancías planificada” por parte de un estado (o una mezcla de ambas) mientras que la producción como tal, [conformada, CNR] por la forma mercancía, se positiviza de modo ontológico, implícita o explícitamente. Si el marxismo tradicional interpreta su crítica como una [dirigida, CNR] a la “producción”, lo hace incorrectamente, consecuentemente, no se vincula en realidad en absoluto a la producción en el sentido de una forma social y una actividad de carácter real-abstracto, sino únicamente a la dominación —entendida incorrectamente de manera subjetivista-sociologista— “sobre” la producción *qua* determinación de propiedad de carácter jurídico; es decir, en el sentido de una determinada terminología marxiana meramente se refiere a la “superestructura jurídica” de la producción, que permanece como tal sin reflexionar en [lo que respecta a, CNR] su forma de actividad y sustancia social; [...] Si en general surge un momento de crítica a la forma de fetiche, se limita a la esfera de circulación. (Kurz 2004b: 69-70)

Partiendo de tal perspectiva, se explica que Kurz sea muy crítico con posturas como la

de Heinrich que, probablemente a raíz del descuido, parecen trabajar con nociones aparentemente neutras de “trabajo” o “producción” (en tanto estas se vinculan, por ejemplo, al epíteto “concreto”). Como ya explicamos, el desdoblamiento de los diferentes conceptos en el capitalismo (trabajo, valor, riqueza) no puede llevarnos a considerar uno de ellos como “positivo” o “menos malo”. Efectivamente, así es. Pero Kurz comete el error de no explicar suficientemente que dicho desdoblamiento en su versión aparentemente “positiva” o “menos mala” es la *materialización de la dinámica fundamental fetichista* en los objetos y actividades dirigidos a la satisfacción de diversas necesidades en las sociedades capitalistas que, por mediación de esta estructura se convierten, respectivamente, en “mercancías” (y/o “servicios”) y “trabajo”.

Es cierto que en Kurz encontramos, particularmente en ciertas partes de *Die Substanz des Kapitals* y *Geld ohne Wert*, aclaraciones que nos ayudan a comprender dicha diferencia. No obstante, por norma general, los términos en que se dan sus argumentaciones, realizados con la excusa de una crítica a cualesquiera otros autores, no siempre ayuda a captar correctamente este punto. ¿En qué sentido? Kurz, en tanto se ve en la obligación de denunciar el uso transhistórico que ciertos autores hacen de las categorías “trabajo” o “mercancía”, no desarrolla, en los términos en que sería necesario para una mejor comprensión, de qué modo estos términos constituyen una ontología negativa de la Modernidad. “Trabajo” y “mercancía” no son los únicos conceptos asociados a la ciencia del ente capitalista. También lo son nociones como “reproducción social” “población” o “gobierno”, como vamos a tener ocasión de explicar a continuación.

Aunque Kurz ancla sus conceptos a una específica forma social, su fundamentación se realiza a un nivel tan sumamente abstracto —el de la metafísica— que impide que se comprenda con claridad en qué consiste la forma de dominación abstracta y anónima que es fetiche del capital. En cierto modo, podemos acusarlo de algo parecido a lo que él le reprochaba a Heinrich: no se hace cargo de las mediaciones que son necesarias para comprender la relación entre la estructura social fetichista y su materialización en el plano empírico de los individuos. Esto puede parecer una tarea complicada, no obstante, esta tarea se hubiese desarrollado de manera mucho más fructífera si Kurz hubiera tenido en cuenta la novedad que representa en el capitalismo en el ámbito del pensamiento político: el desarrollo y constitución de una noción *específicamente histórica* de “*sociedad civil*”, ese estado intermedio entre la familia y el Estado, que conforma nuestra socialización, o, mejor dicho,

que comienza, por primera vez en la historia, a *socializar a los individuos*.

Para ayudar a entrever de qué manera podría haber ayudado a hacer la teoría de este autor más clara, conviene que nos detengamos en este concepto un poco más detenidamente (Navarro Ruiz 2013: 10-13).

4. 2. 1. Una solución *ad interim*. La noción de sociedad civil

El término “sociedad civil” nace de la recepción de la *Política* aristotélica y designa la esfera de actividades consideradas, en sentido propio, “políticas”. Estas son aquellas que no están ligadas a la necesidad animal de la reproducción de la existencia, es decir, aquellas destinadas al desarrollo y conformación de lo que, en términos generales, podemos denominar como “buen vivir”.

Aunque no puede afirmarse que este término ha gozado de una definición precisa y constante a lo largo de la historia de la teoría política, sí que ha mantenido un cierto aire de familia en el sentido de su uso, incluso cuando las condiciones que alentaban la elección de este término se alejaban de manera extrema de la concepción aristotélica original. En este sentido, podemos establecer un punto de inflexión en la filosofía moderna, más concretamente, en la tesis hobbesiana. Lo más útil es ver el cambio de vocabulario a través de la contraposición textual. Como representante de la visión clásica de la sociedad civil, pueden citarse las palabras de Aristóteles en el primer libro de la *Política*:

La familia es la comunidad constituida por naturaleza, para satisfacción de lo cotidiano [...] mientras la primera comunidad, que deriva de la unión de más familias desarrollada para satisfacer una necesidad no cotidiana, es la aldea [...] la comunidad de aldeas la constituye la polis. Por lo tanto, está claro que la polis es un producto natural y que el hombre es, por naturaleza un ser político (zoon politikón)” (Aristóteles, *Política*, I, 2: 1252b 13-28 y 1253a 1-3 [trad. Cast. De C. García Gual y A. Pérez, Madrid, Alianza Editorial, 1986], en Bechi 1993: 381-382).

Y lo comparamos con las palabras de Hobbes en *De Cive*:

La mayoría de los que escribieron sobre política suponen, afirman o postulan que el hombre es un animal nacido con disposiciones naturales para vivir en sociedad. El hombre es un animal político, *zoon politikon*, dicen los griegos. Sobre esta base construyen su teoría política, como si para mantener la paz y gobernar todo el género humano solo hiciera falta

que los hombres se pusieran de acuerdo sobre ciertos pactos y condiciones, a los cuales dan entonces el nombre de leyes. Este axioma no deja de ser falso [...]. (Hobbes, *De Cive*: 197-198 [trad. Cast. De André Catrysse, Barcelona, Península, 1997] en Becchi 1993: 382).

En este cambio de vocabulario son patentes, especialmente, dos cuestiones. En primer lugar, el punto de partida de la reflexión: en el caso aristotélico, estamos ante un sujeto de tipo orgánico. El elemento que se establece como ingrediente fundamental de la sociedad civil es la sociabilidad natural, cuyo elemento último es la familia. Por contra, en la perspectiva hobbesiana, el presupuesto del orden jurídico-político pasa a ser el individuo. Este, según la lectura de Kervégan (1999: 112), se concibe como “una entidad dotada por naturaleza de determinadas propiedades generadoras de derecho subjetivo”, es decir, un sujeto cuyas características solo pueden deducirse de manera causal (o sea, al modo de la nueva ciencia de la época) de la naturaleza física del hombre; así, solo a partir del juego de las pasiones entre sí en combinación con la razón. Los correspondientes órdenes políticos a estos sujetos son bien diferentes. En el caso de Aristóteles, nos encontramos en la constelación del *nómos* de la antigua filosofía griega, un término con el que se hace referencia a un tipo de ley que da forma a la humanidad, de manera independiente a la voluntad de los hombres. En el caso de Hobbes, por el contrario, la reflexión gira en torno al núcleo conceptual de la *igualdad* de los hombres en el libre uso de sus capacidades en beneficio de su autoconservación.

En segundo lugar, entre ambos enfoques también puede destacarse una gran diferencia en el modo en que se despliega y consolida el proceso de constitución política. Más allá de lo que comentan los textos en sí mismos, en el caso de Aristóteles, nos encontramos ante un desarrollo lineal, progresivo y de carácter cuantitativo. Por su parte, la perspectiva hobbesiana se caracteriza por un modo de constitución política caracterizada por un desarrollo discontinuo, en que se producen saltos *cualitativos*.

En el fondo de este cambio de vocabulario se dibuja el surgimiento de una sociedad que, en términos kurzeanos, está transformando los fundamentos estructurales de su modo de constitución política en relación con su reproducción social. El centro de la vida se está trasladando del *buen vivir* al *conatus sese conservandi*. La aparición de la disciplina de la Economía Política implica que el *dominium* abarca muchos más ámbitos que anteriormente. Esta circunstancia, en último término, desembocará en la abstracción, aislamiento y autonomización de las relaciones productivas respecto de las relaciones de cooperación,

obligatoriedad y servidumbre, sustentadas en la Antigüedad por el *nomos* y en las “sociedades precapitalistas” posteriores —nos remitimos aquí a la nomenclatura kurzeana, con cierto disgusto por su carácter equívoco— por principios de carácter trascendente.

A pesar de estos cambios en los espacios más cotidianos de la vida política, la tradición de pensamiento occidental mantuvo la consideración del Estado como un estadio supremo y definitivo de la vida del hombre. Esta consideración tiene, con los cambios que hemos expuesto, un elemento que hace más intrincado el análisis, “la existencia y del estatuto, en el seno de una comunidad que está, y debe estar, políticamente definida, de un conjunto de relaciones imposibles de pensar en términos meramente políticos, y al cual el derecho privado ofrece un marco formal” (Kervégan 1999: 112). En otros términos, ahora debe incluirse el estudio de esos otros diferentes ámbitos de consideración que tiene como objeto la disciplina de la Economía Política. Esta, según podemos recordar por las palabras de Doménech (2009) citadas en un capítulo anterior, implica, de manera general, leer en clave económica muchos de los conflictos que, anteriormente, se hubiesen visto como conflictos en el seno de relaciones de servidumbre específicas. De este modo, “Economía política” permite por primera vez conceptualizar políticamente a los *dominados*, es decir, a aquellos cuyo trabajo posibilita la reproducción social, así como sus relaciones con los propietarios. Los problemas que sufren y las diferentes soluciones que hubiesen podido darle de manera autónoma (apelando, por ejemplo, a formas alternativas de acceso a los recursos, como los *commons*) tampoco quedan exentos de esta consideración política.

Bien, este es el complejo conjunto el que va a dar carta de naturaleza al problema de la consideración de la sociedad civil como una especie de estatuto “intermedio” entre la familia y el Estado, tal y como ocurre en el autor que más intensamente ha reflexionado en torno a ello, Hegel. Precisamente, es este autor el que permite hacer de la sociedad civil un objeto de reflexión en sentido propio, puesto que antes no aparecía claramente formulado. Antes bien, como indica Riedel,

...la “sociedad civil” en el antiguo sentido europeo, es un concepto político en el que “Estado” y “sociedad” no están aún separados entre sí, sino que más bien forman estructuras homogéneas, de señorío de la sociedad cívico política que descansa o que emerge de la esfera “económica” del trabajo doméstico-servil, de la esclavitud o de la servidumbre y el asalariamiento. En esta tradición clásica de la política, en efecto, no todos los habitantes de la comunidad se distinguen por la *civilitas*; los no-libres de todo tipo que, por debajo de la

esfera de ciudadanía público-política deben realizar en el ámbito privado de la casa los trabajos necesarios para las elementales necesidades de la vida, que en parte son ellos los “económicamente” activos, los artesanos atados al taller doméstico y también las mujeres, todos ellos no pertenecen a la *societas civilis sive res publica*. [...] Su tarea se cumple por debajo de lo que es sociedad civil en sentido propio, la cual, como tal, se define desde ellos y se distingue de ellos (Riedel 1989: 203).

En estas palabras de Riedel puede verse de manera clara el estatuto elusivo que tiene el concepto de sociedad civil y, particularmente, las profundas diferencias que mantiene respecto a concepciones anteriores. Se trata de una esfera independiente que no pertenece *per se* al campo de la política, que está vinculada “hacia abajo” con la esfera de la reproducción social, la cual se encuentra en tránsito de denominarse definitivamente “económica”. Los sujetos que habitan este nuevo espacio político, son además, en cierto modo, *ciudadanos privados*. Con esta noción no solo se ha abandonado la clásica *civilitas* prescriptiva, sino que, por su parte, los sujetos pueden clasificarse precisamente sobre la base de la ostentación de dicha característica. Esto es algo que ocurría ya en la Antigüedad, pero ahora entran ambos en la consideración del espacio político, no obstante, careciendo de otras fuertes relaciones comunitarias que sí habrían existido, supuestamente,¹¹³ en conjuntos sociales anteriores. Así pues, los sujetos que habitan aquí están desvinculados, pasando a ser, en sentido propio, una sociedad. Esta, la “sociedad” acompañada con el epíteto civil (tal como nos dice Riedel un poco más adelante [1989: 205]) “significa solamente la posición “social” del ciudadano privado[,] en un Estado políticamente convertido en absoluto, el cual, por su parte, únicamente otorga así a la sociedad su peso propio y la libera como civil”.

Tras este largo rodeo, hemos de confesar que no está dentro de nuestras intenciones solucionar todos los problemas asociados a la reflexión kurzeana, que, como estamos comprobando, tiene un carácter incompleto. De entrada, la exposición del concepto de sociedad civil tan solo quiere indicar un concepto cuya ausencia sorprende en la constelación conceptual kurzeana y que, de manera adicional, puede servir para desplegar más extensamente el trabajo de este autor. En segunda instancia, la invocación de este concepto señala asimismo las dimensiones del horizonte de problemas al que tendría que haberse enfrentado nuestro pensador. Al fin y al cabo, esta noción nos remite a un estado de cosas que

¹¹³ Marcamos aquí el carácter “supuesto” de dichas sociedades anteriores para no caer inadvertidamente en la falsa romantización de las comunidades precapitalistas agrarias. No conocemos el asunto en profundidad como para aventurar ninguna conclusión respecto a la supuesta fortaleza de sus vínculos.

apela a i) una situación de tránsito en la concepción del individuo y la comunidad de carácter político que ii) comienza a entrelazarse con otra disciplina en surgimiento como saber autónomo, la *economía* practicada de cierta manera, de la que no están del todo claras las conexiones con el primero. De este modo, el concepto de sociedad civil abre la puerta a todo un campo nuevo de estudio, entre los que se encuentra, por descontado, la Economía Política como saber institucionalizado, pero también una nueva serie de tratados que tienen en el punto de mira la noción de “gobierno” o la “población”.

Una de las características de esta transición que más nos interesa por su relación con el discurso kurzeano son aquellas referencias que dejan traslucir que en esta época está surgiendo un nuevo concepto de sujeto político. Al repasar lo comentado anteriormente, encontramos características de este que pueden ser asignadas a diferentes áreas de consideración. Veamos de qué modo.

Hemos explicado en primer lugar la transformación de la *ratio politica* antigua a la moderna de manera general. Se vio ahí la concepción hobbesiana del sujeto, que tiene como concepto central la noción de igualdad y cuyas peculiaridades se deducen de manera causal a partir de las características físicas de la especie, condicionada, como el resto de seres vivos, por su deseo de autoconservación. Esta definición nos remite sin duda alguna a la noción de individualidad abstracta, que va a convertirse en el fundamento de las formas ético-jurídicas modernas. En segundo lugar, el sujeto ha sido mentado al constatar que en esta época hay una serie de transformaciones en los vínculos políticos, en varios sentidos. En esta época surge la dicotomía “dominado/propietario” como fuente de conflicto político y, con ella, la división correspondiente en grupos de individuos. Este germen de disputa resulta de interés, puesto que puede decirse que es aquí donde puede cifrarse el origen de la dialéctica de transformación de las condiciones políticas basada en la lucha de clases y el posterior reconocimiento de derechos civiles.

Por último, se ha podido ver que con la noción de “sociedad civil” surge la figura, algo más general, de “sujeto privado”, que puede entenderse como aquella consideración del individuo que abstrae de su estatuto en el ámbito político, considerándolo pues únicamente en relación a su posición respecto a las tareas y obligaciones propias de la reproducción social, sea en el ámbito individual-íntimo (ámbito doméstico) o bien en relación con otros sujetos privados (relaciones económicas). Esta última consideración nos redirige, sin duda alguna, a la dicotomía “ciudadano/burgués”, que también comienza a despuntar en esta época.

Si observamos atentamente las transformaciones que estamos nombrando, podremos darnos cuenta de que los ámbitos a los que apela su transformación son de tres naturalezas diferentes y, además, de carácter fundamental para la filosofía política moderna. Cada uno de los conceptos de sujeto que hemos explicado puede relacionarse, de manera correspondiente, a tres ámbitos fundamentales y funcionales de la modernidad: el *mercado*, la *política* y la *comunidad*. De esta manera, la noción de “sujeto privado” parece haberse concebido al calor de la reflexión de los nuevos principios mercantiles de un capitalismo que se encontraba en ciernes; mientras que, con Hobbes, vemos cómo se está intentando buscar una fundamentación, *more scientia nova*, del sujeto en la comunidad. Por último, con la noción de “Economía Política” parece que ciertos asuntos, otrora comunitarios, pasan a ser políticos.

En definitiva, con la noción de “sociedad civil” y “Economía Política” estamos haciendo referencia a un vasto conjunto de transformaciones que, más allá de lo que nos cuenta Kurz que pudiera ocurrir entre los Estados en el ámbito histórico, han tenido fuertes implicaciones para la constitución de las formas políticas, económicas, epistemológicas y comunitarias de la Modernidad capitalista, es decir: la modernidad como un específico sistema civilizatorio. Según Kurz, el principio vivificador de este conjunto, la específica dinámica capitalista, habría llegado, a la altura del siglo XXI, a su fin definitivo.

Como acabamos de ver, a pesar de los esfuerzos del autor alemán por concentrarse en elementos de carácter histórico y estructurales para dar cuenta de este proceso de declive, no logra desasirse de ciertos problemas. Lo cierto es que, más allá de las inconsistencias nombradas y de los posibles caminos de solución que hemos nombrado hasta aquí, no nos abandona la sensación de que el análisis kurzeano, a pesar de sus muchas virtudes, tiene todavía algún punto ciego que no hemos sido capaces de identificar de manera exacta. Lo que nos induce a pensar de esta manera es que, incluso cuando algún teórico avezado aceptara las sugerencias que hemos lanzado en estas líneas, desarrollando consecuentemente una teoría kurzeana en términos modificados, no conseguiría desplegar un análisis suficientemente satisfactorio. En la actualidad, el análisis de las relaciones de producción y creación de plusvalor ya no pueden ser abstraídas de sus determinaciones concomitantes (género/raza/relaciones coloniales, etc.) ni de la destrucción que genera en el entorno natural sin que nuestro punto de vista sea instantáneamente señalado por sus evidentes deficiencias.

Si bien hemos señalado la necesidad de que tanto Kurz como Scholz —pues esta discusión la mantuvimos ya en el primer capítulo— han de abrirse a la consideración de la relación de la dinámica fetichista del capital con cualesquiera otras formas de poder presentes en la sociedad, esta recomendación deja indeterminadas a qué otras esferas habrían de referirse, ni de qué manera el capitalismo se relaciona con ellas. Lo que es más, es altamente cuestionable que dicha relación pudiera establecerse satisfactoriamente desde la teoría kurzeana, incluso cuando hubieran aceptado nuestras críticas, si persistieran en explicar la diferencia específica de la modernidad capitalista únicamente en términos metafísicos. Su teoría, creemos, ha de hacerse necesariamente más compleja. Ahora bien, para saber qué contenido concreto implica esa mayor complejidad, necesitamos de una teoría que lea la Modernidad capitalista utilizando un instrumental conceptual mucho más rico, en otras palabras: necesitamos, verdaderamente, una explicación analítica constituida sobre otros fundamentos. No es suficiente con tener en cuenta la noción de “sociedad civil”, pues si esta no se analiza desde los parámetros adecuados, puede que no consigamos dilucidar sus novedades intrínsecas.

Por este motivo, insistimos, necesitamos una teoría constituida sobre otras bases. Una vez que hubiéramos explicado de manera diferente las peculiares características de la Modernidad, habríamos de volver a Kurz, para ver si dicho análisis permitiría entonces la identificación de los rasgos intrínsecamente problemáticos de su teoría. Si así fuera, podríamos realizar algo más que un diagnóstico adecuado de su teoría. La exposición de los aspectos más inconsistentes nos permitiría, asimismo, poder indicar de manera clara sus mejores herramientas analíticas, posibilitando así un diálogo fructífero que conecte la teoría kurzeana con la actividad intelectual que se está realizando actualmente.

Pues bien, precisamente esta es la tarea que proponemos realizar en la siguiente sección. En esta, partiremos del diagnóstico de la Modernidad capitalista de Boaventura de Sousa Santos, que, como esperamos hacer ver, resulta de especial utilidad para nuestros intereses.

4.3. La Modernidad reconsiderada (I): emancipación, regulación y formas estructurales del poder en el capitalismo

Hemos anunciado que en esta sección vamos a presentar un análisis de la Modernidad capitalista alternativo al kurzeano para identificar, de manera más concreta, tanto los aspectos

más problemáticos, así como los más sobresalientes, del autor alemán. Nuestro interés último es permitir el diálogo de algunas de las ideas de este autor con el resto de análisis teóricos practicados en la actualidad.

Para la consecución de nuestros objetivos, hemos elegido la teoría de Boaventura de Sousa Santos, presentada en diferentes sitios (Santos 1995, 2012) y cuya exposición más lograda se encuentra en *Crítica de la razón indolente* (Santos 2000), en la que nos basaremos para nuestra exposición. Indicaremos los rasgos más generales de su teoría, realzando aquellos aspectos especialmente significativos. Tras ello, volveremos a Kurz, centrándonos en su texto “Subjektlose Herrschaft” (Kurz 2004a: 153-221). Este escrito, por sus características, constituye un lugar privilegiado para poner de manifiesto aquellas particularidades de la teoría kurzeana que abocan, como veremos, a un irremediable callejón sin salida de carácter teórico.

La perspectiva de Boaventura de Sousa (Santos 2000: 51 ss.) parte de un fundamento que desmiente un punto central de la teoría kurzeana: este autor separa analíticamente el capitalismo y la Modernidad. Según él, esta última surgió con anterioridad a la instauración definitiva del capitalismo, en torno a los siglos XVI y XVIII, mientras que el primero solo pudo instalarse verdaderamente algo después. Una vez coincidieron, solo pueden entenderse de manera entrecruzada, si bien sus condiciones y dinámicas son autónomas.

Constituida pues sobre dicho axioma, la teoría del autor portugués presenta, en líneas generales, que el período moderno ha de considerarse sustentado sobre dos pilares fundamentales, el de la *regulación* y el de la *emancipación*. Ambos fundamentos han de considerarse como nociones generales que agrupan diferentes instituciones o, sencillamente, ámbitos de actuación y/o conocimiento. Así las cosas, el pilar de la regulación está compuesto, por su parte, de los principios del *Estado*, el *mercado* y la *comunidad*. Sus fundamentaciones filosóficas centrales pueden encontrarse en la obra de pensadores clásicos; de manera correlativa según el orden de nombramiento, en las obras de referencia de Hobbes, Locke y Rousseau. Cada una de estas instancias corresponde a un modo de vinculación que obliga de diferente modo a los individuos inmersos en cada una de estas esferas. De esta manera, el Estado es el lugar de la obligación de carácter político y vertical que se da entre los ciudadanos y el Estado, mientras que el mercado es el lugar de la obligación política horizontal de carácter individualista y antagónica, es decir, *competitiva*, entre los diferentes actores que se encuentran actuando allí. Por último, el principio de la *comunidad* o bien

instancia comunitaria está basada en una obligación política de carácter horizontal, solidaria, que tiene lugar entre los miembros de la misma y/o las diferentes asociaciones que puedan poner en marcha los individuos.

La sola caracterización del pilar de la regulación podría servirnos para un análisis más o menos certero de esta época. No obstante, esta era ha de analizarse teniendo asimismo en cuenta el pilar de la emancipación. Esta se compone de las tres formas de racionalidad que distinguió Max Weber en el transcurso de su obra. Como sabemos, estas son, por un parte, la racionalidad estético-expresiva, que se encuentra presente en las artes y en la literatura, la cognitivo-instrumental, que corresponde al paradigma de la ciencia, y la moral-práctica, que se relaciona con el campo de la ética y el derecho.

La idea que según Santos puede extraerse desde los diferentes pensadores de la Modernidad es el objetivo y deseo de que ambos pilares, en su interactuación, llevarían a una racionalización total de la vida colectiva. Aunque cada uno de los pilares tienda a la maximización de su propio potencial, puesto que se asientan sobre principios abstractos y en ocasiones potencialmente incompatibles (justicia/autonomía, solidaridad/identidad, igualdad/libertad) su relación mutua y con la praxis social de la civilización garantizaría, *per se*, su armonización. Además, los posibles problemas que pudieran surgir en su interrelación se leen desde una perspectiva constructiva: si hay conflictos, estos serían meramente temporales, a la espera de una mayor utilización de los diferentes recursos materiales, intelectuales e institucionales con que se había dotado la Modernidad.

Más allá del plano de los deseos y anhelos epocales, la gestión de los asuntos problemáticos de la realización esta estructura central fue confiada históricamente de manera predominante —casi exclusivamente a partir del siglo XIX— a la ciencia. De este modo, esta fue convertida muy pronto en la mayor fuerza productiva de la Modernidad (anclada, por tanto, al capitalismo, añadimos por nuestra parte), haciendo así que “los criterios científicos de la eficiencia y la eficacia se convirt[ieran] en hegemónicos, colonizando los criterios de otras lógicas” (Santos 2000: 53). De igual modo, la política, cada vez más, se convirtió en el campo social que había de ofrecer las soluciones provisionales para los posibles conflictos existentes, que para la mayoría de pensadores solo podrían ser resueltos de manera definitiva una vez que se convirtieran en problemas científico-técnicos. El derecho juega un importante papel en este encumbramiento de la ciencia como fuerza resolutive de aparente carácter *neutro*. Este, como veremos más abajo, protegió la gestión científica de cualquier

cuestionamiento y/u oposición gracias a la integración normativa de sus diferentes órdenes. En cualquier caso, la cooperación de la ciencia y el derecho fue un hito central en el desarrollo de la Modernidad¹¹⁴.

Tampoco puede olvidarse que el proceso mencionado, esta colonización, también encuentra un paralelo idéntico en las formas de conocimiento. Según Santos (2000: 87, 2006: 31 ss., 2011: 121), el paradigma moderno contiene dos formas de conocimiento, correlativos a los pilares fundamentales que antes hemos nombrado: así, puede hablarse de conocimiento-emancipación y de conocimiento-regulación. El conocimiento-emancipación describe una trayectoria que parte de la ignorancia, designada como *colonialismo*, a un estado de conocimiento que se describe con la noción de *solidaridad*. La línea epistemológica aquí no describe la adquisición de datos, sino que está relacionada con las relaciones intersubjetivas. De este modo (Santos 2000: 89-90), la ignorancia del colonialismo consiste en la “incapacidad de concebir al otro sino como objeto”, mientras que la solidaridad implica aquel proceso de conocimiento inacabable que nos convierte en sujetos “más capaces de reciprocidad a través de la construcción y del reconocimiento de la intersubjetividad” (Santos 2000: 89-90).

Por el contrario, el conocimiento-regulación, más relacionado con las implicaciones políticas del saber, implica la dirección del conocimiento desde un punto de partida que se denomina como *caos* hasta un estado de saber que se determina como *orden*. Como en el resto de ámbitos, la esperanza de los autores modernos era la complementación de ambos principios en un equilibrio dinámico que retroalimentara ambas fuerzas (Santos 2000: 86-87). Si bien esta realización se confiaba a los tres tipos de racionalidad que antes hemos mencionado, la racionalidad cognitivo-instrumental se fue imponiendo paulatinamente a las demás. Ocurrió así que el conocimiento-regulación alcanzó una primacía absoluta sobre el conocimiento-emancipación, haciendo que el orden se transformara “en la forma hegemónica de saber y el caos en la forma hegemónica de la ignorancia” (Santos 2000: 87). Con ello, se produjo una recodificación del conocimiento-emancipación en los términos del

¹¹⁴En esta sección, Boaventura de Sousa Santos (Santos 2000: 55 ss.) realiza una apreciación crítica de la obra de Michel Foucault, que también se ha ocupado de manera intensa sobre la relación entre poder y derecho en la Modernidad. Valora positivamente algunos de los rasgos de su teoría, como la clara acentuación de la creciente importancia del poder disciplinario con el transcurso de la época moderna. Ahora bien, no entiende, como sí hace el filósofo francés, que poder disciplinario y poder soberano sean incompatibles (algo que Foucault no expresa explícitamente, pero que se trasluce con claridad de su obra): antes bien, lo que indica la Modernidad es que se habría dado un proceso de asimilación de formas de la ciencia por parte del derecho que, en último término, habría desembocado en un isomorfismo, convirtiendo al derecho en el *alter ego* de la ciencia.

conocimiento-regulación. De esta manera, la *solidaridad* fue reescrita como *caos*, mientras que el *colonialismo* se recodificó como *orden*.

Una vez hemos aclarado el esquema básico de la teoría del autor portugués, resulta necesario que nos detengamos de manera más concreta en algunos de las áreas mencionadas, dando cuenta de las diferentes transformaciones que han producido su actual configuración a través del desarrollo de la Modernidad. En las siguientes líneas explicaremos las transformaciones que la ciencia y el derecho, así como la comunidad, tuvieron a lo largo de esta época¹¹⁵.

En primer lugar, por lo que respecta al orden de la emancipación, ha de marcarse que uno de los hitos fundacionales de la Modernidad fue el desarrollo e implementación de la ciencia moderna, correspondiente al tipo de racionalidad cognitivo-instrumental. El fundamento teórico central que posibilita su capacidad de progreso (y que lo hizo posible) es el avance a través de la formulación de leyes (Santos 2000: 70), principio que tiene como presupuesto metateórico una idea de orden y estabilidad. Este fundamento, tal como es conocido comúnmente, se encuentra detrás de la formulación de la mecánica newtoniana.

En esta, el mundo se entiende como una máquina, cuyo funcionamiento puede comprenderse a través del conocimiento de las leyes de su movimiento. Esta idea caló profundamente en la racionalidad de la modernidad, llegando, explica Santos, a convertirse en la gran hipótesis del mundo. Aunque el autor nos indica que tal vez pueda resultar chocante que la idea del determinismo mecanicista se convierta en una fuerza de progreso, lo cierto es que solo el orden, cierta estabilidad, puede ser precondition de una intervención tecnológico-operativa del mundo; solo así el conocimiento puede convertirse en algo funcional. Justo probablemente a causa de su funcionalidad, esta idea de estabilidad del orden se llevó rápidamente al plano social. A causa de ello, se comenzó a considerar la sociedad en ciernes como un estadio final de la evolución, algo que además, estaba en perfecta concordancia con los intereses particulares de una burguesía que ya entonces comenzaba a

¹¹⁵Si bien Boaventura de Sousa Santos también se ocupa de explicar las especificidades de otros de los factores presentes en su análisis, como la racionalidad estético-expresiva, hemos decidido dejar este asunto fuera de la discusión para no alargar de manera innecesaria nuestra exposición, puesto que dicho principio, al fin y al cabo, no es relevante para lo que aquí está en juego. Sea como fuere, su argumentación se centra en la exposición de las transformaciones de la ciencia y el derecho, asuntos que recogemos en estas líneas. Aprovechamos esta nota a pie para anunciar que, asimismo, tampoco vamos a dar cuenta de la concepción de este autor al completo, que incluye no solo un análisis conceptual de la transformación de la Modernidad, sino también un diagnóstico (que sí tendremos ocasión de mostrar brevemente) así como una propuesta de posible caminos para una posible salida a la situación diagnosticada. A pesar del interés que pudiera tener, es evidente que hacernos cargo de ella supondría ir mucho más allá de lo exigido por nuestro objeto de investigación.

despuntar.

Otra de las características fundamentales que hemos de tener en cuenta para comprender bien el papel de la ciencia fue la recientemente mencionada colonización del conocimiento-regulación sobre el conocimiento-emancipación de la racionalidad cognitivo-instrumental. Esto es algo que está íntimamente ligado con la creciente exclusividad de la agrupación de las fuerzas de emancipación en torno a la ciencia, algo grave si tenemos en cuenta, como mencionamos, que la ciencia se convirtió rápidamente en una fuerza productiva peligrosamente entreverada con las fuerzas productivas capitalistas.

A la luz de este proceso de colonización, la distinción entre sujeto y objeto, central en la caracterización de la *scientia nova*, se revela ahora como una intervención de implicaciones políticas, que juega con los términos de lo humano y lo no humano (Santos 2000: 91-92), haciendo que el fundamento del conocimiento pase por la *deshumanización del objeto*. Según Santos, la obra de Durkheim expone bien que lo no-humano, en términos epistemológicos, no es, de manera exclusiva, la naturaleza, sino que también puede serlo la sociedad: precisamente, esto lo que afirma cuando nos hace ver que los hechos sociales son “cosas” que pueden ser analizados como tal. La consolidación de esta deshumanización del objeto es un asunto central que permitió la implementación de una forma de conocimiento instrumental que pretendía imponer el orden sobre el caos¹¹⁶.

Por último, hemos de mencionar una característica de la concepción de Santos de la ciencia que va más allá de las características de su génesis histórica, pero que es necesario comentar igualmente. Boaventura de Sousa Santos asume las críticas que, desde el feminismo y las ciencias sociales¹¹⁷, han puesto de manifiesto el carácter sexista y falsamente

116Desde el punto de vista del otro polo epistemológico, no obstante, la separación entre sujeto y objeto no se trata de un punto de llegada, sino, por el contrario, el punto de partida que se corresponde con la ignorancia de la que hemos de deshacernos. El “colonialismo” del que hemos hablado no es otra que, precisamente, el momento de ignorancia del polo del conocimiento-emancipación, que busca sustituir la configuración de todo objeto como “objeto-para-el-sujeto” por la reciprocidad entre estos (Santos 2000: 92). Volveremos a mencionar algunos asuntos relacionados con la crítica epistemológica en la siguiente sección cuando nos ocupemos del colonialismo y la noción de “raza”.

117Esta afirmación requiere una explicación de las aportaciones fundamentales correspondientes a ambas corrientes, aunque esta se salga parcialmente de lo que se está discutiendo. Comencemos por el feminismo. Entre las múltiples críticas que se han hecho desde esta corriente a la ciencia, puede decirse que se han convertido en canónicas, entre otras, la perspectiva de Donna Haraway (1988) y Fausto-Sterling (1993), mientras que autoras como Sandra Harding habrían contribuido a su constitución a través de desarrollo de la teoría del punto de vista (Harding y Hintikka 1983). Explicado en términos muy generales, Donna Haraway (Navarro Ruiz 2017b) expone en su texto “Situated Knowledges” (1988) el sencillo hecho de que todo conocimiento se gana siempre desde un punto de vista determinado, contiene una perspectiva propia, lo que, en primer lugar, introduce a la epistemología en una marco de interrelaciones entre historia, poder y crítica. Su tesis, de manera ulterior, también multiplica las posibles posiciones y puntos desde los que se puede acceder al conocimiento. Se tambalea así el argumento que defiende la existencia de una aparente

objetivo de las ciencias “duras”, basadas en la fundamentación físico-matemática. Asimismo, en tanto ha caracterizado al conocimiento científico como fuerza productiva principal del sistema de producción capitalista, también comulga con aquellas críticas que se han hecho a este saber desde este punto de vista. Este conjunto de diversas influencias le permite asumir una concepción crítica de la racionalidad cognitivo-instrumental que tiene muy presentes sus raíces sociales, algo que resulta, por otro lado, completamente coherente con la postura que adopta al explicar la génesis de esta forma de conocimiento.

Si volvemos al plano de conformación histórica del saber de la ciencia, ha de concederse que estas transformaciones del conocimiento no fueron resultado de una decisión consciente de los diferentes actores intelectuales de la Modernidad. Las características de la

objetividad *neutral*, aquella que establece una posición determinada como exclusivo punto de partida válido para la adquisición del conocimiento. Esto, que pudiera parecer una pérdida para algunos, en realidad coadyuva a la democratización del conocimiento y a la autorresponsabilización de los sujetos respecto a su proceso de conocimiento y su exposición. Por otro lado (Navarro Ruiz 2019e), la intervención de Anne Fausto-Sterling en su texto “Los cinco sexos” pone de manifiesto como las asunciones sociales en torno al género han sido capaces de contaminar el análisis científico-biológico que estudia la diversidad de los cuerpos y sus sexos. En su pequeño escrito pone de manifiesto que el sexo, lejos de corresponder al esquema binario del género, en realidad comprende una diversidad mucho más amplia de lo imaginado. Propone, de hecho, una denominación mucho más específica para los diferentes cuerpos que habitualmente se han denominado como “intersexuales”, término médico que designa a los individuos que, en su aparato reproductivo, tienen alguna mezcla de características tradicionalmente entendidas como masculinas y femeninas. Fausto-Sterling sugiere que se hable de “herms”, en el caso de aquellos individuos que poseen un testículo y un ovario, los cuales podrían ser denominados hermafroditas en sentido estricto; de “merms”, si nos referimos a individuos que tienen testículos y determinados aspectos de los genitales femeninos, pero que carecen de ovarios; y por último, de “ferms”, cuando nos referimos a cuerpos que tienen ovarios y algunos aspectos de los genitales masculinos, careciendo de testículos. Ha de mencionarse aquí que también existen intervenciones críticas de epistemología feminista relacionadas con las características que caen bajo de lo que comúnmente se denomina “raza”, si bien no todas ellas están relacionadas con la ciencia, como es el caso de Patricia Hill Collins (2012). En segundo lugar, por lo que respecta a la crítica de la ciencia proveniente de las ciencias sociales (Santos 2000: 94-95), el autor portugués fija en este caso su atención en la distinción entre naturaleza y sociedad, que se estudia como una distinción de carácter ontológico pero que, sorprendentemente, tiene consecuencias epistemológicas. Como bien nos explica, en los últimos 100 años ha habido un desarrollo diferente de la distinción entre naturaleza y cultura, según lo contemplemos desde el punto de vista epistemológico u ontológico. De este modo, mientras que la diferencia entre ambos conceptos se ha mantenido incólume en el orden del conocimiento, en el orden del ser dicha diferencia se ha hecho cada vez más tenue; circunstancia relacionada con la creciente capacidad de intervención técnica que tenemos sobre la naturaleza, que ahora aparece como el “artefacto total”. Esta transformación de la visión de la naturaleza solo es posible si admitimos que, en realidad, la naturaleza, como objeto de conocimiento, ha sido desde el principio algo cultural, lo que convierte a las ciencias físico-naturales, en cierto modo, en ciencias sociales. De hecho, concluye Santos, que “[h]oy en día, la distinción entre naturaleza y cultura es ya el resultado de la inercia” (Santos 2000: 94), si bien la aceptación de dicha diferencia como algo cultural nos sitúa en una posición privilegiada para aprehender todos los procesos sociopolíticos que han acompañado a la formación y despliegue de dicha diferenciación. En otros términos, nos permite realizar una *genealogía crítica de la ciencia* que refleje su carácter occidental, machista y racista, tarea que podemos realizar por medio de algunas de las intervenciones desde el feminismo nombradas anteriormente. Asimismo, uno de los textos que de manera más canónica se ha ocupado de este asunto es “Tráfico de mujeres” de Gayle Rubin (1986), que supuso un punto de inflexión en los debates de la distinción sexo/género o, desde un punto de vista que tiene en cuenta las intervenciones artefactuales con el propio cuerpo, el testimonio de Paul B. Preciado en *Testo yonqui* (Preciado 2008).

ciencia moderna han de comprenderse en el contexto de la agria disputa de los pensadores modernos con las fuerzas que hasta entonces habían demostrado su poder en la sociedad europea, entre ellas, la religión. En otros términos, todas estas características han de ser aprehendidas en la discusión acerca del monopolio de interpretación, que ganaron las nuevas fuerzas, si bien al precio de convertir la ciencia moderna (Santos 2000: 132) en una forma de conocimiento-regulación en los términos que hemos explicado. El mayor problema asociado a dicho movimiento fue la imbricación de la ciencia moderna con el auge del capitalismo. Tal y como explica Santos:

Con la progresiva transformación de la ciencia moderna en conocimiento-regulación, la modernidad occidental desistió de proponer una idea de progreso sin capitalismo. Abandonado a sí mismo, el capitalismo, en cuanto modo hegemónico de producción, no admite otra transición que no sea aquella que conduce a más capitalismo. La invención social de un nuevo conocimiento emancipador es [...] una de las condiciones esenciales para romper con la auto-reproducción del capitalismo. Esa invención exige un largo proceso social ya en curso, siendo su indicio más evidente [...] la crítica epistemológica radical [...] de la ciencia moderna. Esta crítica nos permite ver cómo la ciencia moderna, antes vista como la solución para todos los problemas de las sociedades modernas, acabó por convertirse, ella misma, en un problema. La transformación gradual de la ciencia en una fuerza productiva neutralizó su potencial emancipador y la sometió al utopismo automático de la tecnología. Nuestros problemas sociales asumieron una dimensión epistemológica cuando la ciencia pasó a estar en el origen de los mismos. Los problemas no dejaron de ser sociales para pasar a ser epistemológicos. Son epistemológicos en la medida en que la ciencia moderna, no pudiendo resolverlos, dejó de pensarlos como problemas. (Santos 2000: 132).

Las palabras de Santos hablan por sí mismas y no necesitan ser explicadas. En el capítulo 6 tendremos ocasión, eso sí, de ver en qué se materializa esta concepción de la ciencia cuando se entremezcla con la noción de Naturaleza y en qué sentido una determinada noción del saber puede contribuir al desarrollo capitalista.

Por el momento, empero, hemos de seguir con la explicación de la teoría de Santos. Como adelantamos anteriormente, el derecho también cumplió un papel fundamental en el despliegue de la Modernidad, puesto que el orden de la naturaleza también había de tener su reflejo en la sociedad. El derecho (Santos 2000: 134 ss.), siempre en tensión con el principio de la solidaridad, impuso con la síntesis del “buen orden” una interpretación unificada, que en

su desarrollo, desembocaría en el deseo de orden sin más. Al derecho moderno se le asignó la tarea de asegurar el orden exigido por el capitalismo, transformándose de este modo en un principio de racionalización de la vida social.

Pues bien, para llevar a cabo tal papel, el derecho se científizó y estatalizó. Este último paso se hizo necesario porque el predominio del *orden* sobre el *caos* (términos que se han de entender en su específico sentido en Santos) fue una tarea asignada al Estado moderno, al menos allí donde esta no pudiera ser realizada por la ciencia y la tecnología. Sin menoscabo de este hecho, la transformación del derecho también se puede entender más allá de la lógica del poder, en virtud de las consecuencias de tres hitos de importancia de esta época histórica: la específica recepción del derecho romano, la nueva concepción del derecho natural, de carácter racionalista; y por último, las diferentes teorías del contrato social. Veámoslas más concretamente.

En cuanto al primer punto (Santos 2000: 136 ss.), debe destacarse que la recepción del derecho romano permitió la unificación de los códigos legislativos (y sus respectivos derechos asociados) que, de manera previa, se encontraban diversificados en múltiples instancias. En la modernidad temprana existía una gran heterogeneidad de regulaciones jurídicas pertenecientes a diferentes órdenes, lo que, de manera habitual, daba lugar a contradicciones y duplicidades muy molestas para los intereses de la burguesía *in nuce*. Esta situación, que vendría a resolverse definitivamente en torno al siglo XVI, tuvo como resultado la introducción del *ius commune*. Este favorecía claramente la unificación y centralización de los diferentes poderes en liza. De ese momento, las diferentes instituciones —primero exclusivamente universitarias, y después políticas, una vez que los estudiosos pasaran a convertirse en los consejeros de diversos gobernantes— se habían de atener a “un cuerpo único de leyes y textos jurídicos, un lenguaje jurídico común y un método común de enseñanza y erudición” (Merryman 1985: 70, en Santos 2000: 136-137). De este modo, el ideal de la cultura romana se puso al servicio del nuevo proyecto.

En segundo lugar, el derecho natural racionalista, si bien posteriormente ampliamente denostado, también supuso un importante avance para el nuevo derecho (Santos 2000: 139). Promovido por autores como Grotius, quería instaurar la fundación de un nuevo orden según la ley de la naturaleza, que se podía conocer a través de la razón. La sociedad, de este modo, comenzaba a constituirse sobre un orden completamente secular.

No obstante, por último, puede decirse con seguridad que el cambio intelectual que

mayores consecuencias tuvo fue el desarrollo de las teorías del contrato social. Los pensadores principales de este concepto son bien conocidos: Hobbes, Locke y Rousseau. Cada uno con sus peculiaridades, todos ellos llevan a cabo reflexiones de gran importancia, surgidas a partir de la discusión, precisamente, con el nuevo derecho natural racionalista. El objetivo es lograr fundamentar la universalidad de la obligación jurídico-política, lo que (Santos 2000: 145), de una manera u otra, está ligado de manera íntima a la ciencia moderna y su pretensión de verdad absoluta.

Según Santos, (2000: 144 ss.) la cuestión central que ha de comprenderse acerca de la reflexión sobre el contrato social es que manifiesta, de manera inequívoca, la distancia que existe entre los principios abstractos de la modernidad y su posible realización, circunstancia que lleva a todos los autores a caer en contradicciones teóricas. Las simetrías de sus proyectos (fundados en dicotomías tales como naturaleza/sociedad civil, soberano/ciudadanos, libertad/igualdad, consentimiento/coerción, etc.) fracasan sin remisión una vez se llevan a efecto. Conscientes de los riesgos, cada cual diseña sus teorías de modo que se minimicen las posibilidades de cumplimiento de estos peligros. De este modo, parece que todos ellos asumen la tarea de justificación de un nuevo orden social que, inconfesadamente, no pueden dejar de advertir preñado de una antinomia ínsita fundamental: la existente entre la universalidad del proyecto político y jurídico que pretenden defender y el particularismo del mundo en que ha de materializarse, cada vez más inundado por las relaciones capitalistas y las divisiones que estas establecen¹¹⁸.

Cada uno de ellos, además, funda su teoría en principios diferentes del proyecto global de la modernidad: Hobbes se basa fundamentalmente en el principio del *Estado*, Locke, en el *mercado*, mientras que el proyecto Rousseau, por último, está centrado en el principio de la *comunidad*. Como indicamos al comienzo de la explicación del autor portugués, estas instancias mencionadas son principios constitutivos del pilar de la regulación de la modernidad, por ello (Santos 2000: 154-155), estas teorías se comprenden mejor si las estudiamos contextualizados en el proceso de *racionalización* de la vida social que buscan llevar a efecto. En orden a cumplimentar esta tarea, cada autor preconiza tipo de racionalidad para hacer frente al oscurantismo del pasado. Mientras que Hobbes privilegia la razón cognitivo-instrumental, Rousseau eleva la racionalidad moral-práctica a principio rector. Por

¹¹⁸La posibilidad de fracaso se hace patente en el hecho de que, en el plano de los acontecimientos, el contrato social (un dispositivo de ciudadanía, por ende, inclusivo) ha estado siempre ligado a la lógica de la exclusión. Se trata de algo que explicaremos posteriormente en el capítulo 8 de este trabajo.

su parte, Locke apuesta por una combinación entre esta última y la utilización de un cierto sentido común.

Todos ellos, en previsión de la posible aparición de desequilibrios, también intentaron reequilibrar los posibles problemas de sus teorías. Enfrentados a la antinomia fundamental entre universalismo y particularidad antes mencionada, (Santos 2000: 156), cada cual la soluciona de manera diferente: Rousseau opta por enfrentarla de manera directa y, por ello, rechaza separar la libertad de la igualdad y critica las desigualdades sociales que tienen raíz en el concepto de propiedad. Hobbes, en casi estricta contraposición al pensador francés, elimina las dificultades haciendo que todos los individuos se encuentren en una idéntica situación de impotencia frente al poder soberano. Por último, Locke asume este problema y lo acoge dentro de su sistema, en tanto legitima una situación social en la que hay una universalidad de orden jurídico que coexiste con las desigualdades de la propiedad.

Una vez hemos dado cuenta de manera amplia de las transformaciones en el derecho y la ciencia, todavía tenemos que ocuparnos de uno de los principios fundamentales en el pilar basal de la *regulación* moderna: la *comunidad*. Dicho principio, según Santos (2000: 82 ss.), ha sido uno de los menos trabajados por los autores del nuevo pensamiento moderno, situación que propició su olvido y, finalmente, la asunción de sus características propias por los principios del Estado y del mercado. Por otro lado, su carácter inacabado también ha hecho que este principio se haya resistido siempre a la descripción exacta, es decir, que sea difícilmente representable. Las características negativas de esta situación, de difícil solución entonces, pueden suponer en la actualidad, para Santos, una inestimable ventaja. Por ejemplo, en tanto es capaz de acoger bajo su seno otros principios propios de la Modernidad que no hayan sido asimilados completamente por el paradigma de la regulación, como es el caso de la solidaridad y la participación. Efectivamente, ambos principios han sido subsumidos de manera muy parcial por el paradigma imperante de la Modernidad. La participación se ha restringido al pequeño hueco que ha definido para ella la teoría política, mientras que la solidaridad tan solo se ha visto implementada de manera muy tardía y parcial, materializada únicamente en algunas de las políticas propias del Estado de bienestar de los centros capitalistas. En la situación actual, según Santos, puede ser un ejercicio fructífero intentar hacer de la comunidad un principio desde que el desarrollar reflexiones.

Sin embargo, ¿qué es lo que ocurre en esta “situación actual”, en este presente en el que estamos? Tal y como de cierta manera se ha adelantado al hablar de lo acaecido con la

ciencia (Santos 2000: 62), a día de hoy se ha hecho patente el fuerte desequilibrio existente entre el pilar de la regulación y la emancipación. Las fuerzas regulatorias han cooptado, a través de la cientifización, la luz propia que podían tener los principios del pilar de la emancipación. La absorción de un principio por otro ha neutralizado la posibilidad de proponer horizontes diferentes a los del paradigma dominante de la racionalidad instrumental, con lo que cualquier alternativa deviene algo impensable. A esta cuestión hay que sumarle la imposibilidad, cada vez mayor, de prever con exactitud las consecuencias de nuestras acciones. La fuerza del conocimiento científico-técnico ha alcanzado una potencia que impide ser consciente de la magnitud de las consecuencias de nuestros actos, un auténtico *novum* en términos históricos que trae a la mesa la cuestión de la responsabilidad ética intergeneracional.

Por si esta situación no fuera suficientemente grave, estamos ante un grave desequilibrio dentro de los límites del propio pilar de la regulación. Si bien Boaventura de Sousa Santos comprende el capitalismo y la modernidad como dos procesos autónomos, su mutua coimplicación y vertebración es un hecho incontestable. El principio del mercado se extiende hoy con una enorme preponderancia, en detrimento del Estado y de la comunidad. Expliquemos su relación.

Este autor comprende la mutua imbricación de capitalismo y modernidad como un proceso acaecido de manera tardía, más bien a partir del siglo XIX. Asimismo, si bien no lo define de manera explícita, el sistema capitalista, como tal, parece reducirse a ser un mero sistema de producción económica, algo que contradice la visión kurzeana. Para Santos, el proceso de mutua vertebración del capitalismo se ha dado en tres etapas. La primera de ellas vio emerger al Estado liberal como instancia central de mando y actuación para el reequilibrio de los posibles problemas con los diferentes principios en acción; por ejemplo, el existente entre el principio de mercado y los principios abstractos de la solidaridad y/o la justicia. El segundo de los momentos correspondería, por su parte, a la época del capitalismo fordista, del que ya hablamos líneas más arriba. Según el autor portugués, la característica más notoria de esta época (en una línea de reflexión muy cercana a la de la primera escuela de Frankfurt) se materializa en “una nítida subordinación de los proyectos emancipadores a los proyectos reguladores” (Santos 2000: 185). Esta aseveración implica asumir que la conquista de derechos que tuvo lugar en aquella época estuvo siempre acompañada de la renuncia a otra emancipación posible, una más allá de los términos que el mercado nos

ofrecía¹¹⁹. La última de las etapas, la que más nos interesa aquí, sería la del aparente “capitalismo desorganizado” que rige en nuestra sociedad. La invocación de la palabra “desorganizado” (Santos 2000: 173 ss.) no implica que el sistema capitalista de la modernidad tardía esté sumido en el caos, sino, más bien, que las formas de organización que hasta ahora habían sido la moneda de uso común están comenzando a ser eliminadas o bien reconfiguradas en un umbral de reconocimiento de derechos mucho más laxo que el anterior. A causa de este acontecimiento, hoy día resulta evidente que estamos atravesando un momento de declive. Las dos promesas que habían constituido el pacto social para los países capitalistas situados en una posición ganadora en el orden mundial —la redistribución de los beneficios sociales y la estabilidad social dentro de un orden democrático relativamente avanzado— se han roto de manera definitiva. De manera adicional, los dos instrumentos de transformación política con que las sociedades occidentales se pertrecharon a comienzos del siglo XX, la reforma y la revolución, tampoco parecen capaces de ofrecer una alternativa viable¹²⁰.

119Decimos que esta reflexión se encuentra en línea de continuidad con la Escuela de Frankfurt puesto que, precisamente, entendemos que el estudio de las contradicciones de la mutua implicación de los términos asociados con la emancipación y el capitalismo constituye una de sus reflexiones más importantes. Al fin y al cabo, ¿de qué se está hablando en aforismos como “Sur l'eau” de *Minima Moralia*, si no es de otra posible alternativa emancipatoria, más allá de los términos a los que nos obliga el principio del mercado regulado por el Estado? Dejamos aquí un largo fragmento de este aforismo, que merece citarse exclusivamente por su belleza, para que juzgue quien pueda leer estas líneas: “En el ideal del hombre liberado, rebosante de energías y creador se ha infiltrado el fetichismo de la mercancía, que en la sociedad burguesa trae consigo la inhibición, la impotencia y la esterilidad de lo siempre igual. El concepto de la dinamicidad, complementario de la “ahistoricidad” burguesa, es llevado a lo absoluto cuando, como reflejo antropológico de las leyes de producción, tendría en la sociedad emancipada que confrontarse críticamente con las necesidades. La idea de la actividad sin trabas, del hacer ininterrumpido, de la basta insaciabilidad, de la libertad como efervescencia, se nutre del concepto burgués de naturaleza, que desde su origen solo ha servido para proclamar la violencia social como algo inmodificable, como un eterno estado de salud. [...]. Lo temible no es que la humanidad se relaje en la vida holgada, sino la salvaje prolongación de los social embozado en la madre naturaleza, la colectividad como el ciego furor por el hacer. La ingenuamente supuesta univocidad de la tendencia evolutiva al incremento de la producción es una muestra de ese rasgo burgués de permitir el desarrollo en una dirección por ser la burguesía, como totalidad cerrada dominada por la cuantificación, hostil a la diferencia cualitativa. *Si se concibe la sociedad emancipada justamente como la emancipación de dicha totalidad, se perciben unas líneas de fuga que poco tienen que ver con el incremento de la producción y su reflejo en los hombres.* [...] Quizá la verdadera sociedad llegue a hartarse del desarrollo y deje, por pura libertad, sin aprovechar algunas posibilidades en lugar de pretender alcanzar, con desvariado ímpetu, ignotas estrellas. Una humanidad que no conociera ya la necesidad aún dejaría traslucir algo de lo delirante e infructuoso de todas las organizaciones entonces concebidas para escapar de la necesidad y que reproducían, agrada, la necesidad junto a la riqueza. [...] *Rien faire comme une bête*, flotar en el agua y mirar pacíficamente al cielo [...] podría reemplazar al proceso, al hacer, al cumplir, haciendo así efectiva la promesa de la lógica dialéctica de desembocar en su origen.” (Adorno 2004: 162-163, subrayado nuestro).

120En este sentido, se comprende ahora que en el último siglo hayamos asistido a una verdadera crisis del contractualismo. Tal como explica Santos (2005), el trabajo y su conexión con el concepto de ciudadanía fue el pilar fundamental sobre el que se sustentaba el orden político de la Modernidad. Una vez rota esta vinculación, se ha eliminado la posibilidad de implementar mejoras para las mayorías sociales mediante los cauces tradicionales. De nuevo, volveremos sobre esta cuestión más adelante, en el capítulo 8.

Mientras tanto, la urgencia por la necesidad de cambio no cesa de aumentar, dadas las consecuencias, ya visibles, de los irreparables daños que la dinámica socio-productiva capitalista genera en el entorno natural (destrucción de ecosistemas, pérdida de especies) así como en los órdenes sociales (aumento de guerras y procesos de migración masivos, creciente dificultad para la realización de planes vitales ante el aumento del coste de la vida y la precariedad laboral, etc.). Efectivamente (Santos 2000: 319) una vez que la ciencia devino la fuerza productiva principal del sistema capitalista, la transformación de la naturaleza se convirtió en una condición indispensable para la producción, una *res natura* que ya solo se entiende como un “recurso natural” a explotar. Incluso bajo el prisma marxiano, según Santos, la destrucción de la naturaleza constituye una fuente de riqueza, algo que explica que el discurso sobre la protección del medio ambiente haya sido soslayado por esta tradición hasta hace poco, por motivos que detallaremos líneas más abajo.

Sea como fuere, en nuestra época, los cambios más ostensibles se han dado en el ámbito del mercado. Este, como ya se ha comentado, se presenta hoy como instancia capaz de otorgar un sentido total a la sociedad, invadiendo los principios del Estado y la comunidad, hoy influenciados por este más intensamente que nunca. Además (Santos 2000: 322-323), el espacio del mercado, jugando con las lógicas internas de producción del deseo, así como la creciente mercantilización de todo lo existente, es cada vez más hábil a la hora de eliminar en lo posible el espacio inconmensurable que hay entre las necesidades y los medios de satisfacción de los mismos, si bien se encuentre siempre de por medio la demanda solvente escondida en la capacidad de pago.

De igual modo, relacionado con este asunto, se encuentran ciertos fenómenos concomitantes ya mencionados aquí, como la globalización o la extensión de la cadena de producción de valor a escala mundial. Ambos han contribuido en idéntica medida a debilitar el papel de contrapeso que los estados nacionales podían ofrecer. Por si fuera poco, el empeoramiento generalizado de las condiciones de trabajo ha tenido como consecuencia el declive de los mecanismos corporativistas de clase, que, durante algún tiempo, dinamizaron la práctica de la contestación colectiva. Por supuesto, no son los únicos factores sobre el tablero. También han de tenerse en cuenta la creciente segmentación de los mercados de trabajo resultado de las prácticas de reducción de costes del capital, una diferenciación en aumento de la clase obrera industrial o la expansión del sector informal y de los servicios.

La situación general provocada por el retroceso, en definitiva, de todas aquellas

medidas que podemos considerar propias del “Estado providencia” (aquel Estado garante de los beneficios de redistribución de los derechos y beneficios sociales para las mayorías), ha desembocado en la reactivación de los principios de la solidaridad y la comunidad más allá de las fronteras del Estado, de manera autónoma, lo que en ningún caso garantiza que estos tengan un carácter inmediatamente progresista (Santos 2000: 176-177)¹²¹.

A pesar de que todavía podríamos seguir comentando algunas de las diferencias específicas de este último período capitalista, que corresponde al nuestro, creemos que con lo expuesto resulta suficiente para formarnos una idea clara de las nociones e ideas que Santos defiende. Como vemos, su idea de la Modernidad es mucho más compleja que la de Kurz, puesto que apela a diversas instancias que, además, se entienden como la imbricación de transformaciones históricas y de las pertenecientes al campo de las ideas. De este modo, alejándonos de cualesquiera connotaciones metafísicas, podemos comprender el proceso de modernización y sus diferentes elementos apelando a transformaciones que inciden, de manera directa, en el plano de lo concreto, ahorrándonos así la necesidad de mediar entre el plano de lo metafísico y lo real. La teoría de Santos, por todo ello, está en condiciones de partida mucho más ventajosas para ofrecer una explicación de la génesis de la modernidad capitalista más satisfactoria que la de Kurz. Tal vez pueda parecer que hemos perdido en

¹²¹Este proceso tiene dos vertientes, según la motivación ideológica de fondo por que se vea dinamizado. Del lado del pensamiento conservador, la constatación de la reducción del Estado se ha traducido, exclusivamente, en una privatización de las diferentes políticas sociales, práctica que ha permitido nuevas posibilidades para la valorización del capital (cuando no la simple y mera extracción de riqueza pública por parte de los sectores privados a partir de la asignación de ayudas y subvenciones, v. Vela 2018: 174 ss.) y es uno de los hábitos políticos más habituales entre las fuerzas conservadoras del territorio español. En el caso de la vertiente más progresista, parece que hay cierto consenso generalizado en afirmar que el Estado-providencia no puede asumir el monopolio del uso y gestión de las políticas asistencialistas para la población. A pesar de sus posibles diferencias internas, todos coinciden en la necesidad de crear e implementar un nuevo modelo, en el que a pesar de las buenas intenciones, no se termina de abandonar ciertos prejuicios de carácter conservador, incluso en aquellas manifestaciones aparentemente más progresistas (V. Santos 2000: 176-178). A pesar de que el discurso de Boaventura de Sousa Santos se encuentra situado en un nivel muy general, lo que puede dificultar su correcta comprensión, estas afirmaciones son fácilmente comprensibles una vez comenzamos a dar ejemplos de este tipo de situaciones. Es evidente que al Estado-Providencia corresponden todas aquellas medidas relacionadas para el bienestar y retribución económica de los ciudadanos/trabajadores en los casos (temporales o permanentes) en que no puedan, por diversos motivos, acceder al mercado de trabajo, así como en general, toda la prestación de lo que comúnmente se llama “servicios públicos” (sanidad, educación, dependencia, etc.). La influencia de las dinámicas conservadoras en los principios progresistas, en este sentido, es perfectamente visible en las reformas de las políticas asociadas al paro y las pensiones, en que, de manera cada vez menos sutil, la complicidad de los partidos de los más diversos espectros ideológicos se hace visible. Se debe subrayar que la profundización en la tendencia que marcan estos asuntos, habría de llevarnos, en un segundo término, al estudio del significado de la transformación de las sociedades *welfaristas* (centradas en la lógica del principio de Estado de Bienestar) a las *workfaristas* en que habitamos hoy (en las que las políticas públicas se fundamentan en principios de orientación mercantil y en que la obligación a la búsqueda activa de empleo y de su ejercicio se convierte en *conditio sine qua non* del disfrute de las retribuciones y/o beneficios), cuestión a la que, por su extensión, no podemos entrar aquí (V. Peck 2003).

rotundidad: Santos, al escindir analíticamente los fenómenos del capitalismo y la Modernidad, ya no ofrecen una imagen unitaria del capitalismo como “sistema civilizatorio”, como ofrece Kurz.

Este aparente defecto es, en realidad, una de las mejores virtudes del análisis de Santos. Efectivamente, al separar entre un proceso y otro, somos capaces de entender las modificaciones autónomas de cada uno de los ámbitos en liza, como el derecho o la ciencia, pero sin que eso signifique que cada una de ellas, por su parte, se vea modificada por su ulterior vertebración con el sistema capitalista. De hecho, comprendiendo su específica genealogía y características propias, la explicación de dicha imbricación resulta mucho más precisa. Ocurre así al contrario que en la crítica del valor-escisión, donde las afirmaciones sobre los diferentes instrumentos de la Modernidad, como vimos al principio, asumen a veces una consideración en términos excesivamente gruesos.

Otra de las virtudes del pluralismo de principios bajo consideración es que podemos solucionar, de manera definitiva, aquel problema que hermanaba a Kurz y Scholz: las dificultades que estos encontraban para poner en relación los diferentes principios capitalistas con otras instancias de poder, anteriores a la implantación del capitalismo. Esto es posible en tanto Boaventura de Sousa Santos acepta una pluralidad de pilares analíticos para la constitución de su análisis. Ya mostramos esto al exponer los diferentes elementos que produjeron la constitución de la Modernidad capitalista, pero es especialmente visible en su concepción del poder, que hasta ahora no hemos tenido ocasión de comentar.

En orden a solventar este vacío explicativo, ha de decirse que para Santos, (2000: 303) de manera general, el poder es “cualquier relación social regulada por un intercambio desigual”. Se trata de una relación social que reproduce desigualdad, cuya reiteración se hace posible por su propio dinamismo interno más que por una determinación externa a la misma. En nuestra sociedad capitalista, el rasgo peculiar del poder es que la desigualdad material y la no material están profundamente entrelazadas, particularmente, la desigualdad de oportunidades en educación y la participación autónoma en la toma de decisiones.

Asimismo, para una correcta caracterización del poder en las sociedades capitalistas en términos santinianos, se debe tener en cuenta que las diferentes relaciones de poder se dan en seis espacios estructurales diferentes. Un espacio estructural, para Santos, es un espacio de producción de práctica e interacción social, es decir, “un conjunto de relaciones sociales cuyas contradicciones internas le confieren una dinámica endógena específica” (Santos 2000:

315). Esta unidad contradictoria de praxis social se produce a partir de la interacción de seis dimensiones: i) la unidad de práctica social —es decir, las propias relaciones efectivas que se dan dentro de la estructura social—, ii) las instituciones, iii) la forma específica de la dinámica interna y el desarrollo de dicho espacio estructural, iv) su forma de poder, v) su forma de derecho y, por último, vi) su forma epistemológica. Las características y peculiaridades propias de cada uno de los espacios estructurales depende del tipo de intercambio desigual que produzcan las relaciones establecidas en este. Justamente, Santos, en una explicación que recuerda a la concepción bourdeana de los diferentes tipos de capitales —llega incluso a mencionar el nombre del sociólogo francés—, comenta cómo cada desigualdad relacional inherente a cada uno de los espacios estructurales produce un proceso con una lógica propia, cuya reproducción y reiteración les otorga su carácter específico.

Pues bien, una vez hemos sentado los fundamentos explicativos (Santos 2000: 324-328), para el autor portugués hay seis *formas de poder* en las sociedades capitalistas. Si bien todas ellas se encuentran presentes en todos y cada uno de los espacios estructurales, cada una de ellas tiene un espacio preferente de actuación. Pasamos a enunciarlas describiendo algunas de sus peculiaridades. Primeramente i) el *patriarcado* es la forma de poder principal en el *espacio doméstico*, y la ii) *explotación*, la manera predominante de ejercer el poder en el espacio de la *producción*. En este último ámbito, para poner de relieve la degradación de la naturaleza que provoca la dinámica de producción capitalista, ha de tenerse en cuenta que la explotación no es únicamente de los cuerpos de los trabajadores, tal como Marx hiciera ver en *El Capital*, sino también de la “naturaleza” o “medio ambiente” en su concepción recortada a medida de los intereses del sistema productor de mercancías. De manera adicional, la mutua correlación de los diferentes espacios de poder, según Santos, nos han de poner sobre alerta acerca de la interrelación entre la explotación y el patriarcado, es decir, en la capacidad de patriarcado y explotación para trabajar conjuntamente. Del mismo modo que la explotación capitalista provoca la degradación de la naturaleza, afecta de manera específica a la vida de las mujeres¹²².

Por su parte, iii) el *fetichismo de las mercancías*, del que nos ocuparemos de manera concreta más adelante, es la forma de poder propia del espacio estructural del *mercado*. Adelantamos que Santos lo usa de manera análoga a Marx, pero realiza una serie de

¹²²Ambos asuntos (destrucción medioambiental, relación de género) se tratan de manera pormenorizada en los siguientes capítulos. Se podrá comprobar que la posición de Santos es compartida por otros autores que, si bien trabajan desde otras perspectivas (Moore, Bhattacharya), llegan a conclusiones parecidas.

observaciones acerca de la expansión de los circuitos de consumo que resultan especialmente interesantes por su relación con Kurz. En cuarto lugar, llegamos a la forma más compleja de poder, la menos determinada y antigua: la iv) *diferenciación desigual*, que pertenece al ámbito estructural de la *comunidad*. Este opera mediante la creación de alteridad, agrupando identidades y ejerciendo la diferencia, siempre según criterios que difieren en su grado de determinación. En términos concretos, el espacio de la diferenciación desigual es el de la asignación de significado a las diferencias étnicas, así como la discriminación o valoración negativa a causa de características reales o imaginadas que se otorgan a diferentes grupos sociales, a los que se separa por ello del resto del conjunto social. Así pues, aquí se dan los fenómenos, tan presentes hoy en el espacio político, del racismo, el prejuicio, la xenofobia, la discriminación por diversidad funcional, etc. En penúltimo lugar ha de mencionarse la v) *dominación*, que es la forma de poder que se da en el espacio de la *ciudadanía*. Este es el único tipo de poder que tanto la teoría marxista clásica como la teoría política liberal consideran verdadero poder político, puesto que este es el espacio estructural propio del sistema político institucionalizado y el Estado.

De entre todas las formas que se han nombrado hasta ahora, la *dominación* es la concepción más institucionalizada y la que más se comprende a sí misma como tal forma de poder. Por todo ello, es también la que más difundida se encuentra en todas las sociedades. Dado su grado de difusión y la centralización de esta forma de poder por parte del Estado, Santos realiza una diferencia ulterior entre esta forma de poder y el resto que hemos visto ahora. La dominación, según él, es un poder *cósmico*, mientras que el resto son formas de poder *caósmico*, si bien todas los ejercicios de poder concreto tienen elementos de ambos órdenes. El poder cósmico es el poder ordenador y ordenado: centralizado en el Estado y limitado formalmente a través de instituciones de mediación burocratizadas. Por el contrario, el poder *caósmico* es el poder informal, ejercido a través de diferentes centros y que no tiene límites definidos de antemano. Para finalizar, no puede olvidarse la forma específica del poder en el *espacio mundial*, el vi) *intercambio desigual*, objeto de estudio principal de las diferentes teorías imperialistas, de la dependencia y poscoloniales. En el caso de Santos, esta expresión se usa en el sentido de I. Wallerstein, basándose en su teoría del sistema-mundo. Según el autor norteamericano, las diferencias existentes entre el centro y la periferia del mundo tienen que comprenderse en el marco de las relaciones comerciales, recortadas a la medida de los intereses de los países centrales y fundamentadas sobre herencias de carácter

colonial e imperialista. Estas relaciones se dan no únicamente a nivel de los diferentes capitalistas individuales, haciendo que las producciones con mayor valor añadido se concentren en los países centrales, sino que también se da a nivel de los salarios de los propios trabajadores, que son más altos en los países hegemónicos que en las periferias, incluso cuando los niveles de productividad resulten parecidos¹²³.

Como puede comprobarse, la caracterización del poder en Santos tiene en cuenta una mayor amplitud de elementos de análisis, algo que es útil para el estudio sincrónico del capitalismo, pero que también —cuestión que aquí nos resulta de particular interés aquí— ofrece rendimientos mucho más prometedores para la comparación diacrónica de la evolución de los diversos espacios estructurales, que, ahora pueden estudiarse, en sentido propio, de manera autónoma e interrelacionada.

Precisamente, la interrelación entre los diversos órdenes estructurales es un motivo de gran preocupación teórica para Santos (2000: 327-328). No tiene una opinión cerrada sobre el asunto, pero sí indica que la mutua implicación de unos órdenes con otros, particularmente la del espacio del poder de la *dominación* con los espacios de la *explotación* y el *patriarcado*, es objeto de constante discusión. El autor interpreta su viveza no como resultado del exclusivo choque de las interpretaciones entre sí, sino del carácter, relativamente nuevo, de todo el instrumental conceptual con que nos estamos enfrentando a estos problemas.

Al fin y al cabo, el análisis específico de la explotación con los ejes y/o espacios del género (patriarcado) y la raza (diferenciación-intercambio/desigual) son asuntos que únicamente de manera muy reciente se han convertido en tema de discusión académica, por efecto y obra tanto del impulso de los propios teóricos, como por las propias características del capitalismo actual. Su reestructuración se está realizando de manera ostensible mediante criterios de segregación etnográfica, así como “la sobre-explotación de los trabajadores emigrantes clandestinos; la distribución social de grupos minoritarios por mercados de trabajo especialmente degradados [...], [la] mercantilización de los recursos naturales de los pueblos indígenas[,] promovida por las empresas multinacionales que explotan la biodiversidad” (Santos 2000: 327-328), etc. Las dificultades de la relación entre los diversos órdenes, como se comprobará posteriormente, no dejan decidirse de manera sencilla, aunque, en cualquier caso, es evidente que cualquier análisis que quiera estar a la altura del presente

¹²³De nuevo, volveremos a algunas de estas cuestiones más adelante. En este caso, en el capítulo 7, cuando nos ocupemos de la relación entre el capitalismo y la “raza”.

ha de hacerse cargo de esta cuestión¹²⁴.

Antes de volver a Kurz, todavía nos gustaría comentar una cuestión más respecto del análisis de Santos: su comprensión específica del marxismo. Antes de comenzar con su caracterización, conviene estar al tanto del hecho de que el autor portugués no diferencia entre marxismo tradicional y otros tipos de marxismos más contemporáneos. Sus análisis parece que están dirigidos, más bien, a lo que en términos de Kurz podríamos considerar como marxismo tradicional, si bien hay ciertas afirmaciones que, como veremos, también podrían adscribirse al análisis kurzeano. Puesto que solo podremos tener clara la evaluación de la perspectiva de Kurz a partir de las herramientas analíticas de Santos una vez hayamos elaborado una reflexión comparativa de ambas perspectivas, lo que ahora va a exponerse ha de asumirse como una exposición con fines introductorios.

Según Santos (2000: 190-191), el problema general del marxismo es una cierta ceguera que le impide ver que, a la altura de comienzos del siglo XXI, nos encontramos en el proceso de una transición entre dos formas diferentes de *sociabilidad*, es decir, en todas las esferas de la vida social: económica, social, política y cultural. El discurso marxista cree erróneamente que la única transformación relevante es la que acaece entre diversos modos de producción. Esto está lejos de ser verdad. Debido al íntimo entrelazamiento de la dinámica económica capitalista y la modernidad, especialmente a partir del siglo XIX, el capitalismo ha adquirido una “densidad social y cultural” que va mucho más allá de la sola esfera de la economía. Justamente es este entrelazamiento lo que Marx no llegó a divisar, lo que tiene como consecuencia que este autor y toda la tradición marxista tengan en común una serie de presupuestos teóricos con la teoría liberal.

Dichos presupuestos son, en primer lugar i) una confianza ciega en el poder de la ciencia para liberar a los hombres, ii) un dualismo entre naturaleza y sociedad, que fundamenta, como ya se ha dicho, a la ciencia moderna y tiene como consecuencia teórica una serie de presupuestos epistemológicos; iii) la idea de un proceso evolutivo lineal, que ha de tener un fin o límite, ya “sea el de la sociedad industrial (Spencer), el estado positivo (Comte) o la solidaridad orgánica (Durkheim)” (Santos 2000: 191). De igual modo, relacionado con este último punto, el marxismo tiene ínsita iv) una cierta idea de progreso, que puede darse interrumpida o intermitentemente a través de diferentes revoluciones, v) la creencia en el desarrollo tecnológico y el crecimiento infinitos; y, por último, vi) una cierta

¹²⁴La específica discusión sobre la interseccionalidad (que nos ocupará en el capítulo 5) gira en derredor de estas cuestiones.

idea del capitalismo como potencial factor de progreso y mejora, aunque las consecuencias de la brutalidad colonial y la aniquilación de la naturaleza fueran fenómenos perfectamente visibles desde los albores del desarrollo de este modo de producción. Quizá estos dos últimos puntos son los que mejor expliquen por qué la cuestión de la naturaleza no ha sido un asunto primordial en el pensamiento marxista hasta bien entrado el siglo XX. Para Santos, como decimos, esta serie de motivos nombrados provoca que el marxismo sea incapaz de promover una verdadera transición radical, o, en sus propios términos, una transición *paradigmática*.

En la lectura del autor portugués, los presupuestos que el marxismo comparte con el liberalismo tienen como resultado adicional que el marxismo haya sido, de algún modo, la teoría socio-política que más sistemáticamente ha intentado poner de manifiesto las capacidades emancipadoras de la sociedad (Santos 2000: 59-60). En este sentido, incluso tesis posicionadas aparentemente al margen de los presupuestos marxistas ortodoxos, como la de Adorno y Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración* (Adorno y Horkheimer 2009), pueden ser leídas en la constelación de problemas y contradicciones de estos presupuestos no explícitos de esta tradición teórica. Adicionalmente, y en relación con la última idea mencionada, la interpretación de Santos nos permite leer más rigurosamente algunas de las peculiaridades del veteromarxismo examinadas en la introducción de este trabajo. El aparato conceptual santiniano nos habilita para comprender el origen e implicaciones de la utilización de la racionalidad cognitivo-instrumental de la ciencia como fuente de legitimación, principalmente en las corrientes que presentan a la teoría marxista como una ciencia, así como en el modelo de sociedad propuesto en líneas teóricas como el socialismo científico. Sorprendentemente, la contraparte utópica de este tipo de lecturas tampoco se libra de esta misma peculiaridad. Efectivamente, Santos comenta cómo el fourierismo debía mucho a la racionalidad científica, algo que indican con exactitud los diferentes cálculos y planes que llevó a cabo para la concepción de los edificios en que habrían de habitar los individuos de su sociedad utópica, los falansterios.

Por último (Santos 2000: 211), es importante dar cuenta de las complicidades contrapuestas de marxismo y liberalismo en lo referente a la concepción del derecho. En opinión del autor portugués, en ambas tradiciones se pierde la conexión, de carácter dialéctico, entre derecho y revolución. Y es que, en tanto ambos *reducen el derecho al orden político*, obvian la pluralidad de formas jurídicas y sus posibles vinculaciones con el pilar de la emancipación, para dirigirlo a su voluntad en una u otra dirección. De esta manera,

mientras que la teoría político-jurídica de carácter liberal oblitera la revolución de la constelación jurídica, el marxismo, en su versión marxista-leninista, suprime el derecho en el marco de la revolución; pero ambos movimientos son diferentes caras de la misma moneda. De este modo, hemos de comprender las teorías jurídicas leninistas como la perfecta contraparte de la concepción jurídica liberal. No se trata de que Lenin, o bien, el marxismo-leninismo, hicieran tabla rasa con toda forma de derecho: se trata de que el camino para dicha disolución había sido ya delimitado por la teoría liberal por cuanto había reducido el derecho a los límites estatales. Toda oposición a tal concepción, que se presentaba como algo evidente por sí misma, solo podía darse en los términos ofrecidos de antemano por las teorías en circulación. Así, en palabras de Santos,

Cuando Lenin y, más tarde, Wyschinsky, dicen que “el derecho es una categoría de la política”, están realmente llevando la concepción liberal del derecho hasta sus límites, ya que para cualquiera de ellos, tal como para la teoría liberal, la política (y, consiguientemente, el derecho) es el dominio del Estado. No es la Revolución Rusa, sino el Estado post-revolucionario del siglo XIX quien conduce la tradición jurídica occidental a un colapso: la Revolución Rusa es un síntoma o una consecuencia de ese colapso, no su causa. (Santos 2000: 211)

Conviene que retengamos esta crítica a la noción jurídica del marxismo, puesto que Kurz posee una crítica en términos análogos, ya vista aquí, que recordaremos posteriormente. Con la explicación de esta noción, por el momento, abandonamos la exposición de la posición de Boaventura de Sousa Santos. Cabe retener el pluralismo de causas que han originado la Modernidad, así como la diversidad de principios con que analiza el presente capitalista y sus formas de poder. Ambas características posibilitan una crítica que se encuentra mejor posicionada que la postura kurzeana para estudiar críticamente el presente, algo que podremos comprobar más adelante al tratar pormenorizadamente algunos de sus asuntos más acuciantes: las similitudes son múltiples.

Ahora bien, la superioridad de su teoría, en términos generales, no implica que la teoría kurzeana, que se reclama marxista, deba por ello ser asimilada de manera inmediata a la postura criticada por el autor portugués. De hecho, a pesar de las inconsistencias que ya hemos localizado en la postura del pensador alemán, nuestro objetivo es mostrar que todavía puede servirnos de ayuda como herramienta analítica. Tanto es así, que creemos que pueden asumirse las virtudes de su planteamiento en la concepción de un tipo de crítica que,

simultáneamente, también recoja lo mejor del pensador portugués.

En orden a materializar y hacer visible nuestro argumento, resulta pertinente que exponamos detenidamente el texto de Kurz en el que, de manera más clara, ha expresado la necesidad de formular una teoría marxista renovada a la altura de los tiempos presentes, poniendo de manifiesto los inconvenientes de la tradición crítica que le precede. Dicho texto, como anunciamos líneas más arriba, es “Dominación sin sujeto” [“Subjektlose Herrschaft”], cuya exposición, a causa de su extensión, pasamos a comentar en un subapartado diferenciado.

4.4. La Modernidad reconsiderada (II): la dominación de la alargada sombra del sujeto moderno

El texto “Subjektlose Herrschaft” tiene como objetivo realizar un análisis crítico del término “dominación” en la tradición crítica marxista y ortodoxa del pasado. Asimismo, a raíz de dicha crítica y sus resultados, ofrece una explicación de cómo la noción “sujeto” está fuertemente relacionada con la crítica del fetichismo y el capitalismo y, adicionalmente, de cómo una crítica radical de esta noción sienta las condiciones para una aproximación diferente a la tarea de disección del presente y la formulación de alternativas para el futuro. Como advertiremos todavía alguna vez más, ha de tenerse muy presente que este es un texto algo antiguo, que fue publicado (antes de ser reunido junto a otras intervenciones en *Blutige Vernunft*), en la revista *Krisis* en el año 1993. Esto hace inevitable que algunos de los planteamientos presentados aquí se encuentren menos desarrollados que en intervenciones posteriores, como *Geld ohne Wert*, así como que muchas de las cuestiones tentativas que Kurz presenta no puedan ser valoradas con justicia, puesto que nosotros mismos contamos con la ventaja crítica que otorga el mero transcurso del tiempo. Eso sí, las diferencias conceptuales no deben confundirnos sobre el acuerdo de fondo que hemos de dar por hecho, una vez que Kurz reedita este texto muchos años después y no se pronuncia en contra de su contenido en ningún otro texto al que hayamos tenido acceso.

Es pertinente que, asimismo, adelantemos que las tesis de Kurz resultan particularmente interesantes por su carácter, a medio camino, entre la antigua crítica marxista y la apertura a un nuevo análisis crítico fundamentado en múltiples factores, tal como hemos podido ver materializado en la teoría de Santos. Esta última cuestión es algo que podremos analizar con calma tras la explicación del cuerpo del texto, que pasamos a comentar de

manera exhaustiva inmediatamente.

El autor alemán abre el texto exponiendo cómo la noción de “dominación” en el capitalismo (Kurz 2004a: 153 ss.), entre los marxistas y anarquistas, se ha reducido de manera tradicional a términos subjetivos e individuales¹²⁵. Es decir, la apropiación del trabajo ajeno se habría explicado de manera preferente haciendo la pregunta por su *cui bono*, mientras que el poder de la dominación sería, en el mejor de los casos, domeñable gracias al aparato jurídico. Para este tipo de análisis, si en la sociedad capitalista existe la explotación y la dominación de unos hombres sobre otros, se debe a que los poderosos se encuentran beneficiados por esta situación, que intentan hacer eterna.

Esta posición, según Kurz, únicamente puede concebirse como posible en la época de ascenso del capital, en que sus diferentes posiciones estructurales se encontraban en proceso de gestación. Sin embargo, a la altura del colapso del sistema capitalista, “la coacción fáctica [*Sachzwang*] de la forma mercancía es objetiva” (Kurz 2004a: 160) en sentido histórico. Se puede superar, únicamente si con ella eliminamos, asimismo, la forma mercancía, conclusión que no es visible desde la perspectiva marxista reduccionista. El veteromarxismo sostiene que las diferentes contrariedades y consecuencias no deseadas de nuestra forma de socialización tienen siempre su origen último en la decisión voluntaria y subjetiva de los dirigentes. A raíz de esta presuposición, la completa superación de las posiciones estructurales —que es a lo que Kurz apunta— es una solución que ni siquiera puede aparecer en su horizonte teórico, pues esta se vincula a un nivel de reflexión más profundo que el que poseen estos autores. De este modo, sus limitaciones los hacen incapaces de comprender la falsedad de su perspectiva y el carácter específico del poder en el sistema capitalista, que genera posiciones estructurales de poder en virtud de su constitución fetichista. En palabras de Kurz, con este tipo de análisis,

...la base del sistema se entiende de manera errónea. Que los sujetos mercantiles “se utilicen de manera mutua para sus fines individuales” no es la esencia del asunto y por ello tampoco una explicación. Más bien se trata de la mera *forma de aparición* de “otra cosa”, —concretamente, del fetiche sin sujeto— *en los sujetos que actúan*. Sus “fines individuales” no son lo que aparentan ser; [pues, CNR] no son fines individuales y autoimpuestos *según su forma*, y por ello se pervierte su contenido y desembocan en la autodestrucción. La esencia

¹²⁵La propia elección del término “dominación” como noción central de crítica, asumido como un concepto que abarca todas las formas de poder, expresa con claridad que los universos conceptuales de Santos y Kurz se encuentran bien alejados. Como acabamos de explicar, “dominación” es en el pensador portugués un término reservado para el espacio estructural de la ciudadanía, siendo la única forma de poder que tanto la teoría marxista como la liberal asumen como poder político. (Santos 2000: 328).

no es que los individuos se utilicen de manera mutua para sus fines individuales, sino que, en tanto que aparentan hacer eso, ejecutan en sí mismos un *fin sin sujeto* completamente diferente, supraindividual: el automovimiento (valorización) del dinero. (Kurz 2004a: 164, subrayado nuestro).

Creemos que por lo explicado anteriormente, así como las pequeñas indicaciones que acabamos de dar, este fragmento resulta bastante claro. La “forma” de que habla Kurz hace referencia a la forma abstracta en que todo contenido concreto ha de vertebrarse en el capitalismo, par conceptual que hemos visto en acción en términos como *riqueza o trabajo* y que está a la base de la contradicción fundamental del capital.

Sin menoscabo de la influencia de la línea veteromarxista, este análisis no ha sido el único que ha producido la historia de las ideas. Kurz nos explica que las perspectivas críticas de la dominación y poder, en su rama ortodoxa, venían desde hace algún tiempo desarrollando teorías (estructuralismo, teoría de sistemas, teoría crítica) en que se puso de manifiesto el carácter anónimo del poder, es decir, en las que la dominación se da de manera *sistemática*, sin un sujeto al que apelar responsabilidades. Esta circunstancia se reflejó de modo especialmente nítido en las teorías de la burocratización de Weber y en la primera generación de la Escuela de Frankfurt. Este último discurso, si bien tiene la virtud de poner negro sobre blanco las deficiencias explicativas tanto del marxismo como de la teoría ilustrada, no alcanza a comprender la esencia del sistema capitalista, consistente para Kurz en su estructura fetichista. De esta manera, permanece como un discurso (Kurz 2004a: 169) “carente de concepto y descriptivo” cuyas fallas, sin embargo, no deben achacarse a la debilidad teórica de sus postulados, sino al propio límite de la racionalidad occidental, que ni siquiera en sus versiones críticas está en condiciones de realizar un proceso de autocritica en los términos necesarios¹²⁶.

126En este momento del texto, Kurz realiza una pequeña valoración de la perspectiva crítica de Foucault. Igual que Boaventura de Sousa Santos, el autor alemán reconoce al pensador francés como un punto de inflexión en la tradición teórica, si bien por diferentes motivos. Según Kurz, en este autor se defiende, simultáneamente, algunos de los postulados de la teoría estructuralista que dio forma a sus primeros escritos con un cierto nietzscheanismo de la voluntad. Esta mezcla da lugar a una postura internamente paradójica que lleva hasta sus últimas consecuencias la tesis de la dominación como un fenómeno anónimo. En palabras de Kurz: “Puesto que para Foucault el tema real, simultáneamente, es el “poder” en un sentido nietzscheano [...], con ello parece que el concepto de una dominación sin sujeto se lleva hasta el final, más allá de las viejas tesis de la burocratización. Allí donde todo es “poder” y en ningún sitio hay ya “sujeto”, las viejas teorías de la dominación subjetiva han dejado de servir de manera definitiva, [esas teorías, CNR] para las que el “poder” es impensable sin un poder-sujeto [*Macht-Subjekt*] en cuya voluntad el “poder” pueda descomponerse. Con ello, por supuesto Foucault no está tampoco contento, especialmente justo porque admira a Nietzsche y la “voluntad” permanece para él siempre como algo lleno de significado. Pero la voluntad es al mismo tiempo un tipo [*Geselle*] perdido, que, en tanto se exterioriza, a pesar de todo

La explicación de Kurz hace ver que ninguna de las alternativas teóricas presentes en el tablero crítico resultan satisfactorias para la conceptualización de la estructura fetichista de la sociedad capitalista. El motivo fundamental reside en que la racionalidad occidental se encuentra anclada al pensamiento ilustrado, que es incapaz de asumir fenómeno alguno sin concebir tras este un sujeto ejecutor o causa: la actividad sin sujeto es, simplemente, una imposibilidad lógica. Esta perspectiva choca de manera frontal con las características que arroja la constitución de la sociedad capitalista. Se hace necesario un cambio de perspectiva.

En base a este motivo, el resto de “Subjektlose Herrschaft” (Kurz 2004a: 175 ss.) está dedicado a la exposición de una posible salida a este dilema teórico. El interés principal es el desarrollo de una nueva teoría crítica que, con un pie en el análisis marxista, sea capaz de ir más allá de las deficiencias del antiguo pensamiento marxista de raíz en la Ilustración, así como del pensamiento, en última instancia afirmativo, de la teoría de sistemas y la tesis de la burocratización. Para ello, es necesario asumir la crítica del fetichismo como asunto nuclear de la investigación y observar desde esa posición si se “hace posible una metacrítica de la modernidad burguesa”, es decir, si puede surgir, de manera efectiva, “un concepto distinto de conciencia social” (Kurz 2004a: 180). Si se consiguiera este objetivo, sería posible fundamentar de nuevo la crítica de la dominación, situando este concepto históricamente.

Las pretensiones de Kurz solo pueden llevarse a cabo posicionando la reflexión en el nivel metacrítico que comentamos en líneas más arriba: aquel plano de alta abstracción en que las “sociedades premodernas” y la Modernidad comparten el hecho de encontrarse gobernadas por una *estructura metafísica* que rige el modo y la forma en que se hace posible su reproducción social. Como ya comentamos, esta característica en común permite leer a

únicamente puede ejecutar siempre “funciones” de la “estructura”, “quiera” o no. Puesto que la voluntad está en todas partes, que se exterioriza en el “deseo”, así el poder se encuentra por todas partes, particularmente en este momento, como una estructura sin sujeto, en cuyas formas la voluntad solo puede expresarse. Foucault intenta seguir esta constelación sin salida hasta en los poros más finos de la psique: la “Microfísica del poder” [...], justo así se llama también una de sus compilaciones de textos”. (Kurz 2004a: 170-171, subrayado nuestro). La lectura kurzeana de Foucault, en nuestra opinión, quiere ver una excesiva tensión interna en el autor francés entre el polo de la voluntad individual, libre, y la extensión de los mecanismos de poder a nivel social, sin tener en cuenta muchas de sus intervenciones posteriores en torno a la Ilustración y a la formación de un *ethos crítico*. Creemos que es en textos de este tipo (Foucault 1994, 1995) donde el pensador francés se esfuerza en mostrar que es en la capacidad ética de la percepción de lo intolerable y la posibilidad de confrontación crítica con los mandatos sociales donde ha de buscarse la solución a la aparente dicotomía irresoluble que parece desprenderse de sus primeras intervenciones. No podemos considerar, por tanto, que la opinión del fundador de la *Wertabspaltungskritik* se encuentre suficientemente fundamentada. A pesar de ello, su postura y, especialmente, el hecho de que ambos autores (Santos y Kurz) consideren a Michel Foucault como un autor central en los discursos del poder en el pasado siglo nos parece suficientemente significativo para dedicarle este pequeño espacio. Por otra parte, un acercamiento a la figura de este autor desde las transformaciones de la totalidad social, desde un punto de vista general que puede servir para comenzar a formarse una opinión más sopesada sobre esta cuestión, puede leerse en Fraser 2003.

ambas sociedades dentro de la historia de las relaciones fetichistas, todavía no superada. En el caso del texto que nos estamos ocupando en concreto, la explicación de este asunto se realiza por medio de la referencia a la diferencia entre primera y segunda naturaleza.

Ya hemos nombrado ambas nociones. La “primera naturaleza” es aquella que los seres humanos comparten con el resto de seres vivos, el reino del instinto y de las necesidades vitales de carácter corpóreo. En virtud de su capacidad de socialización y facultades intelectuales, el ser humano, tras un largo y penoso esfuerzo, ha sido capaz de sobreponerse a las exigencias más penosas de esta condición animal, elevándose por encima del resto de especies. Gracias a ello, no solo habría abierto posibilidades de acción inalcanzables para el resto de animales y seres vivos, sino que habría instituido la posibilidad de despliegue de un “reino de la libertad” en que las personas, en base a su capacidad de raciocinio, podrían decidir finalmente cómo desarrollar su vida en sociedad. Ahora bien, hemos hablado de la “posibilidad” de un reino de la libertad y utilizado el modo verbal condicional, precisamente, porque tal orden político no se ha llevado a cabo. Nuestra forma de sociedad como hombres sigue apareciendo como algo externo a nosotros, ajeno a nuestra capacidad de acción. Esta situación se expresa a través del término “segunda naturaleza”, que se trata, según reza el texto que estamos tratando, de “una constitución sin sujeto” formada “a través de la acción y obra de los seres humanos, pero que da la impresión [de ser, CNR] meramente una función de un proceso sin sujeto” (Kurz 2004a: 182), lo que le otorga su característico carácter fetichista.

Planteado esto, sabemos ya que para Kurz (2004a: 184-185), la forma mercancía y la forma de reproducción social basada en la estructura del capital es la forma más abstracta y desplegada de segunda naturaleza que ha existido hasta ahora. Esto explica la emergencia de conceptos como “sistema” o “estructura” dentro del discurso teórico y, al tiempo, permite conocer en profundidad la naturaleza del fetichismo. Gracias a la forma extraordinariamente desarrollada en que hoy día se hace presente la constitución fetichista, puede deducirse y reconstruirse el proceso por el cual los sujetos conforman estructuras sociales sobre las que aparentemente no poseen control alguno, dando lugar a códigos y estructuras de comportamiento que nadie parece haberse “inventado” (sic, Kurz 2004a: 185).

La mayor dificultad para pensar este fenómeno reside en la adscripción de agencia y responsabilidad de los diferentes procesos sociales¹²⁷. Si nos atenemos a los términos que la

¹²⁷Por nuestra parte, ya anteriormente hemos intentado dar solución a los problemas originados por la estructura subjetiva de la acción fetichista dando cuenta de su carácter iterativo. Si en este momento no

Modernidad ha ofrecido para analizar la acción subjetiva, parece que solo hay dos instancias a las que se puede vincular la adscripción de agencia: o bien a objetos sin conciencia, es decir, la pura naturaleza, o bien a otros sujetos. Siguiendo tal razonamiento, la forma que adopte la estructura fetichista solo puede darse entre estas dos posibilidades, pero esta alternativa no resulta congruente ni con la noción de segunda naturaleza ni con la de fetiche; puesto que ambas apuntan a que hay “algo más allá” de la estructura dualista de sujeto-objeto. Este *tercero incluso* no explicitado, según Kurz, se ha conceptualizado gracias a la noción de “inconsciente”, que fue desarrollada, en primer término, por Freud. Si bien el autor austriaco tiene algunas deudas con el pensamiento ilustrado¹²⁸, el concepto de inconsciente es una herramienta útil para los objetivos planteados por Kurz.

Asumiendo este concepto más allá de las características que Freud le asignara, es posible afirmar que no solo son inconscientes los posibles contenidos mentales de la conciencia del yo empírico, sino también *la forma de la conciencia en sí misma* (Kurz 2004: 193). Dicha afirmación no debe sorprender, según el argumento de Kurz, a ningún lector de Marx. El autor de *El Capital* apunta a esta misma cuestión cuando explica el fetichismo como una forma de conciencia “invertida” respecto de lo que ocurre realmente. Si no continuó con la tarea crítica, fue a causa de las limitaciones provenientes de su ontología del trabajo, en el sentido en que se indicó al comienzo de este texto en referencia a la tesis de la crítica de la escisión-valor del “doble Marx”.

Bien, las diferentes formas de conciencia fetichistas, a pesar de su carácter inconsciente, se tienen que entender como algo situado históricamente. Su conjunto constituye una trama [*Raster*] de diferentes formas de percibir el mundo y la naturaleza que lo conforma, una determinada forma de las relaciones sociales y entre géneros (Kurz 2004: 195 ss.). Esta aproximación resulta inmensamente fructífera para Kurz: gracias a ella se supera la perspectiva subjetivista y utilitarista de los análisis marxistas, algo que puede ser aprovechado para la sociedad presente y para las que nos han precedido en el tiempo. La pregunta decisiva, en el marco de esta nueva forma de análisis, ya no tiene que ver con la cuestión de la “injusticia” distributiva del plusproducto producido, trasponiendo sin más las

estamos haciendo referencia a tales soluciones, es porque pretendemos seguir, hasta sus últimas consecuencias, el argumento kurzeano presente en este texto.

¹²⁸Entre ellos, que haya asumido la estructura inconsciente como una noción ontológica, (en lugar de histórica), haber traspuesto algunos elementos de la primera naturaleza, como el impulso sexual, al terreno del inconsciente, así como la restricción del planteamiento al nivel de lo individual psíquico, hecho que genera una falla insuperable entre el plano del “yo” [*Ich*] y el “Ello” [*Es*] estructural o social. (V. Kurz 2004a: 190-191).

diferentes categorías. Más bien, ahora se busca observar las transformaciones de la constitución fetichista de la sociedad según se modifiquen las condiciones materiales a que determinada sociedad esté sometida. Por añadidura, la perspectiva kurzeana nos permite el estudio interno de cada tipo de sociedad. Gracias a que su posición se encuentra situada en un nivel muy general, puede dar cuenta de las diferentes fases de ascenso y caída de las sociedades desde un enfoque a largo plazo.

Una vez que nos encontramos situados en este nivel de análisis, ya puede comenzar a reconstruirse la relación entre la praxis y la historia, determinada *a priori* por el fetichismo. Dado que el texto de Kurz partió de la crítica de las posturas marxistas y su posición subjetivista, el autor alemán toma los conceptos centrales utilizados al comienzo, “sujeto” y “dominación”, para ahora estudiar sus concreciones específicas en la época moderna. Esto da lugar al enunciado de cuatro características generales del sujeto, que vamos a ir desgranando a continuación.

Tal y como hemos afirmado al explicar la diferencia existente entre primera y segunda naturaleza, la forma más abstracta y desarrollada de forma fetichista que se ha dado hasta el momento es la de la Modernidad. A esta pertenece, de manera necesaria, la forma sujeto, que, en correspondencia con la estructura que lo conforma, representa la “forma más elevada de la falta de conciencia [*Bewusstlosigkeit*] formal” (Kurz 2004a: 198). De este modo, puede decirse que el sujeto, en primer lugar, es “un actor consciente, que no es consciente de su propia forma” (Kurz 2004a: 198). En otras palabras, el sujeto no es consciente del marco de acción que le es presupuesto y en el que tiene que actuar. Esta característica es particularmente importante por cuanto nos permite explicar la separación ontológico-epistémica más famosa de la Modernidad, ya mencionada al explicar la teoría de Santos: la distinción sujeto-objeto.

En la explicación kurzeana, esta separación emerge de la falta de conciencia del sujeto sobre su propia forma estructural, que hace que experimente la naturaleza y al resto de sujetos como partes de un mundo externo. Las limitaciones estructurales que lo constriñen impiden que pueda autopercebirse como una forma limitada, algo de importantes consecuencias, pues nos permite enunciar la segunda característica estructural del sujeto. Por la significación posterior que adquirirá este argumento en nuestra explicación, es conveniente que demos cuenta de ellas a través de sus propias palabras. Así, y por causa de estas limitaciones,

...[l]a falta de conciencia formal del sujeto, que constituye una mera dicotomía entre sujeto y mundo externo, reduce [*herabsetzen*] con ello a los objetos de la percepción y la acción a *objetos*. El dualismo sujeto-objeto es consecuencia del hecho de que el meta-nivel desde el que el actor y sus objetos aparecen como un todo común, por decirlo de algún modo, “no está ocupado”; [por ello, CNR] este meta-nivel adopta precisamente la forma sin sujeto del sujeto, a través de la que se produce el dualismo, aparentemente inevitable e insuperable. De aquí sería posible [enunciar, CNR] una segunda determinación complementaria del sujeto: *un sujeto es un actor que ha de reducir sus objetos [Gegenstände] a cosas [Objekt] externas*. (Kurz 2004a: 198-199, subrayado nuestro).

Kurz advierte que esta división también tiene que leerse en clave histórica, con referencia a la historia de las relaciones fetichistas, con lo que quizá podría realizarse un estudio diacrónico. La consecuencia de mayor importancia de la comprensión crítica de esta separación está relacionada con las posibilidades que abre para la praxis transformadora (Kurz 2004a: 202). Una vez el sujeto comprende que la estructura de su acción está determinada por ciertas formas, se incluye como un sujeto activo dentro de esta relación, abandonando la posición de mero observador, haciéndolo consciente de las contradicciones del sistema en que está instalado. Entre estas últimas, hay una fundamental que ha de explicarse con claridad: hablamos de la contradicción de género.

En opinión de Kurz, casi puede establecerse una regla general en lo referente a su incidencia como factor social. Según esta, comenta cómo cuanto menos esté desarrollada la dicotomía entre sujeto-objeto, menos evidente es el reparto de género que se establece; mientras que cuanto más se despliegue esta dicotomía, más se hará evidente que se encuentra determinada “de manera masculina”. Teniendo esto en cuenta, y en tanto Kurz asume la teoría scholziana de la escisión de género, el autor alemán nos ofrece una tercera característica del sujeto, por la cual “un sujeto es un actor que está está determinado estructuralmente como masculino [*männlich*]” (Kurz 2004a: 204). Asimismo, se debe tener presente que la dicotomía sujeto-objeto no afecta únicamente a la relación del sujeto con otros y/o con las cosas, sino también consigo mismo. Por ello, como cuarta característica de la noción de sujeto está el hecho de que “un sujeto es un actor que se objetiva a sí mismo respecto al mundo exterior, y con ello, también a sí” (Kurz 2004a: 205).

Habida cuenta de estas consideraciones necesarias y, volviendo a las consecuencias

prácticas de esta nueva comprensión del sujeto y sus determinaciones, Kurz explica que gracias a ellas es posible formular un nuevo concepto de dominación. Esta es una tarea que, en el plano fenomenológico, ya han llevado a cabo las teorías marxistas y feministas. No obstante, estas no han alcanzado un concepto general en el que subsumir sus diferentes diatribas críticas; algo que se manifiesta claramente en el hecho de que sus propuestas acaban recurriendo a mecanismos de internalización psicológica de la subordinación como solución a los problemas analizados. Por el contrario, en opinión de Kurz, es necesario defender una noción de dominación estructural que nos permita eludir cualquier atisbo de psicologización.

En opinión del autor alemán, solo una vez el concepto de lo inconsciente se eleva a nota definitoria de la forma de la conciencia común de una sociedad y con ello, se convierte en parte integrante de la forma fetichista que determina toda praxis en la sociedad capitalista, puede hablarse plenamente de “dominación sin sujeto” sin temor al error. Esta noción pasa así a entenderse como la *constitución general* de una *forma de conciencia* que tiene lugar y se reproduce de *manera coactiva*, sin que haya, aparentemente, otra posibilidad. Todos los fenómenos de discriminación y dominación —la de carácter racista, la que el sujeto ejerce contra sí mismo, de género— son, para Kurz, “solo *formas de aparición* de una y la misma *constitución fetichista*, que pone sobre la sociedad una red de “poder” y con ello, de dominación” (Kurz 2004a: 206).

Con la caracterización precisa del término “dominación” y “poder” y su relación con las diferentes formas fenoménicas en que este se da, Kurz da la explicación terminológica por solventada, con lo que pasa en el resto del texto (Kurz 2004: 207 ss.) a explicar las consecuencias de su perspectiva.

Gracias al establecimiento de la constitución fetichista como objeto central de la reflexión crítica, desaparece el peligro de ontologizar las estructuras, posiciones y/o situaciones generadas en el marco de la sociedad capitalista. Es por ello que la perspectiva kurzeana se encuentra fuertemente entrelazada con la conciencia crítica respecto al presente, algo que ya subrayamos en anteriores partes de ese texto. De manera coherente con esta perspectiva, el autor alemán muestra cómo la Modernidad bajo su forma actual —en proceso de declive civilizatorio— ha generado potencias que lo convierten en aquello de lo que pretendía emanciparse, la barbarie. La monstruosidad generada se explica a través de la abstracción sin contenido que implica la forma mercancía. Esta produce un comportamiento de indiferencia respecto de todo contenido material de la reproducción social (tal y como

demuestra la contradicción fundamental entre materia y forma que se explicó anteriormente) y, asimismo, de los individuos entre sí. En torno a esto último, es patente cómo “llegado[s] al final del camino de desarrollo [de la sociedad de la forma mercancía] y la historia de su imposición, la forma mercancía total produce esencias abstractas inhumanas, que amenazan con quedar detrás del animal” (Kurz 2004a: 213).

Por todo ello, la crítica generada con estos materiales solo puede ser, en consonancia con el planteamiento teórico general de la crítica del valor-escisión, de carácter radical. Ha de advertirse que los planteamientos que Kurz explica en esta parte del texto tienen un carácter tentativo: se limita a mostrar algunas de los posibles caminos de acción que se dibujaban débilmente en la realidad en el momento en que redactó el escrito, hace ya más de veinte años. Sabe muy bien lo que no quiere. En contraposición a las teorías marxistas, considera que ya no se puede pretender implementar una solución parcial al problema civilizatorio existente, postura poco ambiciosa que no cambia, en sentido propio, nada.

La tarea era y es, pues, superar la forma social abstracta del capitalismo. Este objetivo no implica la destrucción de todos aquellos instrumentos e instituciones que faciliten el establecimiento del orden como tal —tal y como querrían hacernos creer posiciones conservadoras— sino, más bien, su determinación a partir de otros principios. El autor alemán (Kurz 2004a: 216) considera indispensable una medida: todos aquellos elementos subordinados al principio de racionalidad económica en sentido ortodoxo (es decir, subyugados a principios abstractos como “crecimiento”, “rentabilidad”, etc.) deben pasar a decidirse por criterios que tengan presentes los *contenidos concretos* de la forma de reproducción que la sociedad, *de manera consciente y democrática*, quiera llevar a cabo. Este deseo y objetivo no tiene que enfrentarse con el universo de todas las posibilidades pensables, algo potencialmente infinito. Es evidente, para Kurz, que había ya hace tiempo propuestas e ideas que, en las diferentes áreas de la vida social, mostraban qué aspectos habría que mejorar para satisfacer necesidades teniendo en cuenta demandas y condiciones del contexto. Todas ellas se desechaban, como ahora, por no ser posibles en el marco de las relaciones establecidas por la economía capitalista¹²⁹.

Asimismo, es posible poner de manifiesto algunos fenómenos que, ya en la sociedad

¹²⁹Kurz no se muestra demasiado concreto en torno a este punto, pero es posible hacerse una idea fácilmente de las cuestiones a las que se refiere. Al fin y al cabo, ¿no son muchos los estudios, informes y opiniones que expresan cómo podría darse una distribución de los alimentos más racional a escala mundial, o aquellos que, por su parte, explican qué pasos concretos podrían darse para una efectiva lucha contra el calentamiento global? Valgan estos dos ejemplos, pedestres pero evidentes por sí mismos, para dar cuenta del tipo de proposiciones que muy probablemente puede tener este autor en mente.

desde la que escribe Kurz, estaban haciendo ver las grietas de esa región inconsciente de carácter estructural del fetichismo. Como ejemplo, pone las diversas críticas que, desde puntos de vista feministas y antirracistas (Kurz 2004a: 219), mostraban los rasgos constitucionalmente varoniles y blancos de las palabras que utilizamos. Aunque había elementos y movimientos de contestación significativos, en opinión de Kurz, las fuerzas sociales de transformación no terminaban de encontrar entonces la oportunidad para su arranque definitivo. Las soluciones que se ofrecían a los problemas estaban todavía fuertemente arraigadas en la estructura del sistema estado-mercado.

Incluso cuando estas señales hablaban de posibilidades todavía poco definidas, Kurz concluye su texto comentando cómo cualquier transformación habría de fundamentarse en un sujeto activo que poco se parece al que se promocionaba desde la antigua cultura de la lucha de la clase obrera. La nueva crítica que propone —aquella que recorre lugares de ruptura del sistema productor de mercancías asumiendo como guía la crítica en contra del proceso de barbarización en que vivimos— solo puede apelar a la imposición de perspectivas “parciales, pero inevitables” (Kurz 2004a: 220-221) en las que “la conciencia dinamite su propio calabozo formal” (Kurz 2004a: 220). El sujeto que se desprende de estas no tiene un carácter a priori, sino que se constituye a sí mismo en todos aquellos ámbitos en que hasta ahora se había estructurado a partir de formas fetichistas. De este modo, concluye Kurz, la nueva forma de crítica radical que busca(ba) superar las formas capitalistas es, simultáneamente, la superación de la forma sujeto tal como se ha entendido.

Con esta unión de la crítica del sujeto y de la estructura fetichista, Kurz cierra “Subjektlose Herrschaft”. El espacio dedicado a su exposición puede resultar algo desproporcionado respecto a la importancia de este texto en su producción teórica. Hay una serie de motivos que, no obstante, nos han empujado a actuar de este modo. En primer lugar, el hecho, anteriormente comentado, de que Kurz no se desdijera explícitamente de ninguna de las afirmaciones aquí contenidas, lo que induce a pensar que el acuerdo con estas seguía siendo positivo, al menos en lo fundamental. En segundo lugar, sus posteriores intervenciones (2005a, 2006a, 2006b, 2007a, 2012) no son contradictorias con lo aquí expuesto, antes bien, especifican ciertas cuestiones (particularmente, la noción de “historia de las relaciones fetichistas” y sus conceptos asociados). Creemos, por todo ello, que los argumentos de fondo que aquí se defienden pueden considerarse en línea de continuidad con su planteamiento general y, lo que es más importante, como fundamento de algunas de sus

concepciones. Por último, el nivel de exhaustividad seleccionado tiene que ver con nuestro deseo de hacer ver el despliegue específico de la línea argumentativa de Kurz. Puesto que sus inferencias se realizan en ocasiones careciendo de la justificación teórica necesaria para ello, temíamos que al resumirlo pudiéramos ofrecer una perspectiva distorsionada de sus pensamientos y justificaciones.

Independientemente de los motivos internos, otra de las preguntas que es necesario que respondamos es por qué hemos elegido este texto. Es algo que adelantamos al comienzo. Este texto muestra con claridad en qué sentido la teoría kurzeana y el marxismo que representa ha de ser considerado como una *teoría bisagra* entre los anteriores planteamientos críticos, más propios de la tradición veteromarxista; y los nuevos planteamientos sociales, como el de Boaventura de Sousa Santos. Nuestro interés no se agota en la mera exposición de estas muestras textuales de ciertas aves de paso. Si quisiéramos explicarlo en términos kuhnianos, este tipo de textos tienen la virtud de mostrar, de manera concreta, las limitaciones de los antiguos paradigmas, al tiempo que muestra las líneas de ruptura fundamentales por las que emergerá el nuevo modo de saber. Es nuestro convencimiento que el texto de Kurz resulta ejemplar en este sentido. Por lo que respecta a nuestros intereses particulares, no olvidamos que todavía nos resta realizar un balance general de la perspectiva kurzeana. Gracias al ejercicio de comparación de ambos textos buscamos, asimismo, cumplir este objetivo, al que dedicamos la sección de conclusión de este apartado.

4.5. La Modernidad reconsiderada (III). Límites y virtudes del marxismo kurzeano: compendio general de críticas

Recapitulemos primeramente el camino de razonamiento que Kurz sigue en “Subjektlose Herrschaft”. Su texto, dedicado en principio al concepto de dominación, comienza por establecer quiénes son sus contendientes teóricos: una rama de las teorías marxistas y las teorías críticas de la dominación. Mientras que la primera reduce el problema de la subordinación de unos hombres bajo otros a términos subjetivistas, la segunda, aun reconociendo el carácter estructural de la dominación en la sociedad capitalista, no es capaz de conectar su crítica con la noción de fetichismo. Este último, el fetichismo en su forma estructural, ha de ser el objeto de estudio privilegiado si queremos comprender en sus justos quicios la forma de poder.

Al indagar en esta estructura, se hace patente que la sociedad capitalista posee un

núcleo interno, de carácter fetichista, que regula las relaciones de reproducción social y, asimismo, hace emerger a un específico tipo de sujeto. Este se impone de manera *inconsciente y coactiva* como forma de subjetivación predominante en la sociedad y su pilar fundamental se encuentra situado en la separación sujeto-objeto, característica central de la Modernidad. Al observar este sujeto desde el meta-nivel de la relación fetichista, se muestra que el núcleo central de esta separación consiste en la *abstracción sin sujeto* de la propia estructura fetichista, haciendo así que “no est[é] ocupado”; [por ello] este meta-nivel adopta precisamente la forma sin sujeto del sujeto, a través de la que se produce el dualismo, aparentemente inevitable e insuperable” (Kurz 2004a: 198-199).

Una vez que la perspectiva crítica se ha situado en el nivel, más general, de las relaciones fetichistas, es posible desontologizar al sujeto y la sociedad capitalista que lo acoge, en un doble sentido: en primer lugar, se sitúa históricamente la génesis de ambos —algo que, teóricamente, se explica en base a la distinción entre “primera” y “segunda” naturaleza— lo que, como consecuencia, conduce a la autopercepción histórica de esta sociedad y sus estructuras. Consideradas en su esencia íntima, dichas estructuras exhiben que son de carácter previo a la verdadera emancipación consciente del ser humano. En segundo lugar, se hacen patentes ciertas particularidades, anteriormente consideradas como *aparentemente neutras*, del sujeto, y así, se hace visible su carácter estructuralmente “varonil” y “blanco”.

Las consecuencias para la praxis crítica pasan, como en el resto de la teoría de la crítica del valor-escisión, por la constitución de una teoría de carácter radical que busque la superación de la forma de civilización occidental. En este ejercicio, ha de mostrarse muy atenta a las diferentes manifestaciones del presente, que indican con claridad el declive de las estructuras actualmente existentes.

Las señales de los diferentes movimientos sociales de la época en que escribía Kurz mostraban ya con claridad que el próximo sujeto de la lucha tendría un carácter fragmentario y autoconstituyente, puesto que se constituiría a través de las diversas perspectivas de ruptura (feminismo, racismo) que hacían y hacen invivible el capitalismo para una parte creciente de la población. Las diferentes propuestas a desarrollar habrían de constituirse en torno a contenidos concretos, dentro del marco de una decisión democrática, e ir más allá del sistema mercado-estado.

Tras esta pequeña recapitulación, podemos identificar tres focos de problemas en la

teoría de Kurz. Todos ellos, aunque referidos *in concreto* a la formulación en “Subjektlose Herrschaft” se encuentran de manera, más o menos velada, en todos los escritos del pensamiento de este autor. Pasamos, primero a enumerarlos. Los problemas de Kurz, provienen, en primer lugar, de la elección de los contrincantes. Otro foco de problemas, en segundo lugar, tiene que ver con la solución dada al problema de la exposición del fetichismo: el autor se sitúa en un plano de alta abstracción cuyas posibles concreciones no se especifican. En tercer lugar, íntimamente relacionado con el segundo punto, es evidente que en Kurz hay un inmenso déficit en la caracterización que realiza de la Modernidad.

Por lo que respecta al primer punto, ya señalamos en nuestra introducción general a la crítica del valor-escisión que nos parecía que Kurz había insistido en mantener una definición excesivamente general y tal vez, algo anticuada, de lo que él llama “marxismo tradicional”, a pesar de que en otros de sus textos, más allá de *Geld ohne Wert*, sí se haya ocupado de la crítica de posturas de raigambre marxiana más recientes. El caso ante al que nos encontramos no es una excepción a la regla general que mencionamos. Este texto toma como contendiente y contrapunto argumentativo teorías que, ya en la época de redacción del escrito (circunstancia que no olvidamos) se encontraban restringidas a los márgenes de la crítica social, por un lado, y del movimiento activista, por otro.

En el caso del primero, la academia y el panorama intelectual formado más allá de esta, ofrecía mucha más diversidad de la que da cuenta Kurz en el texto. Resulta muy sorprendente que en este texto tengan tanta centralidad argumentativa autores como Freud —no sus posteriores reelaboraciones, que, estas sí, le podrían haber sido de ayuda— o Luhmann. Bien es cierto que se ocupa de la teoría crítica, así como de Michel Foucault, cuya omnipresencia y hegemonía en la filosofía y teoría social debería haberle otorgado un papel mucho más protagonista. Sus afirmaciones en torno al pensador francés, no obstante, muestran que habría debido realizar un estudio algo más en profundidad antes de sentenciarlo. Asimismo, menciona al feminismo y al antirracismo. De ambos cabe preguntarse por qué no constituyen interlocutores válidos para la discusión del concepto de dominación: Kurz se limita a mencionar, de manera vaga, que habría caído en conceptos asimilables al proceso psicológico de “internalización” para explicar los mecanismos del poder, creyendo así resolver definitivamente su consideración. Lo cierto es que ya entonces había disponibles muchas intervenciones teóricas de diferente tipo, que podrían haber ayudado a construir una argumentación mucho más completa. Dada la referencia a la teoría

scholziana y, teniendo en cuenta que la corriente de la crítica del valor-escisión se daba bajo la forma, también, de grupo de debate, entendemos que habría tenido acceso a tales discursos sin mayor problema.

En lo referente al movimiento activista, hemos de recordar que ya los años 80, particularmente en Alemania, había tenido lugar la ola de nuevos movimientos sociales (feminismo, ecologismo, pacifismo) que dieron un vuelco a los antiguos planteamientos marxistas. Incluso si contamos con el carácter de vanguardia de estos movimientos y por tanto, la restricción de la difusión de sus avances a un pequeño grupo de población, el propio Robert Kurz, situado en dicho núcleo poblacional, tuvo con seguridad fácil acceso a sus propuestas. Asumiendo que la fuerza teórico-crítica de dichos movimientos no era en ningún caso comparable a la magnitud que han adquirido en la actualidad, resulta cuanto menos llamativo que ninguno de ellos le pareciera significativo a Kurz, por los motivos que considerara. Sin ser lícito realizar ejercicios retrospectivos que busquen entender los motivos internos que pudieron llevar al autor alemán a esta posición, solo cabe pensar que se trata de una decisión proveniente de la mera indiferencia.

Lo verdaderamente problemático de la asunción de la postura kurzeana no tiene que ver con el posible menosprecio de uno u otro autor y/o movimiento. Se trata, antes bien, de las consecuencias teóricas que tienen las elecciones que realiza. Puesto que Kurz no discute más que con posturas marxistas ancladas en presupuestos sociológicos desarrollados a principios del siglo XX y que abarcan hasta el período de conflictividad marcado por el hito de 1968, no es capaz de conceder importancia económico-política a ciertos aspectos que él considera alternativamente, como meramente “sociológicos” o bien “psicológicos”. Es decir, si bien asume la importancia de la relación de género y el hecho de que la hegemonía occidental en el capitalismo es relevante para las teorías dedicadas a la “raza”, estos factores no aparecen claramente posicionados como factores clave en el núcleo de la relación fetichista, cuando su importancia para la correcta reiteración del proceso de reproducción social es un factor a tener en consideración. No hacerse cargo de estas cuestiones implica que la aparente asunción teórica de la importancia de estos factores no lo compromete realmente más allá de la mera mención que realiza. A pesar de todo, Kurz no es consciente de sus carencias, por cuanto las orejeras de los contrincantes que combate son aun mayores que las suyas.

Las consecuencias negativas de este primer punto pueden leerse como origen del

carácter extremadamente lábil de la solución que Kurz ofrece al problema de la constitución fetichista. Aunque en secciones anteriores hayamos ofrecido una explicación más rica de la estructura fetichista partiendo de los análisis kurzeanos, el nivel de alta abstracción en que ofrece su solución es una constante en su pensamiento. Si bien su elección no es, en sí misma, un problema, parece que Kurz cree que es necesario acompañar la formulación de conceptos generales con falta de especificidad en sus características y concreciones. Expliquemos en qué sentido.

Si recordamos algunas de las cuestiones que planteábamos anteriormente, sabemos que esta, la constitución fetichista, tiene un carácter *a priori*, inconsciente, y que conforma una metafísica particular que, anclado inmanentemente en el plano de lo material, está regido por la máxima fundamental del sistema capitalista, “la valorización del valor”. En el caso de “Subjektlose Herrschaft” se nos muestra que esta estructura conforma, asimismo, un determinado modelo de sujeto cuya forma es correlativa a la fetichista y por tanto, entiende su relación consigo, con los demás y con las cosas, de manera cosificada. La separación sujeto-objeto de la que parte, tiene como origen el vacío, *la “no-ocupación” de una relación significativa que una, en un mismo común, al sujeto y a los objetos que conforman el mundo.*

Este último es el fragmento que, solo una vez hemos leído y explicado a Boaventura de Sousa Santos, hace surgir sospechas de inconsistencia teórica. Cabe preguntarse, muy razonablemente, qué significa esta “no-ocupación”. Si algo puede aprenderse de las perspectivas feministas y su incidencia en la *invisibilización* del rol de las mujeres, es que cuando se alude a un “vacío” o a un aparente “proceso sin sujeto”, lo más probable es que, en realidad, haya ciertos elementos concomitantes que no se estén teniendo en consideración: justo lo que aquí ocurre.

En la exposición de Santos acerca de las características propias de la ciencia moderna, vimos cómo esta es un saber de tipo cognitivo-instrumental dirigido a la intervención tecnológico-operativa en el mundo circundante. Para llevar a cabo tal tipo de intervención teórico-práctica, expusimos la necesidad de asumir como presupuesto metateórico una idea de orden y estabilidad. En este marco general es donde puede comprenderse la separación sujeto-objeto (Santos 2000: 90-92), que tenía como objetivo el establecimiento del hombre como sujeto epistémico, dejando a un lado su condición empírica, dado que “un conocimiento objetivo y riguroso no puede tolerar la interferencia de particularidad humanas y de percepciones axiológicas” (Santos 2000: 91). La separación entre ambos polos de la

relación epistémica buscaba garantizar, por tanto, la escisión entre las *condiciones* y el *objeto* de conocimiento, algo fundamental para la construcción de la noción de *objetividad*, necesaria para la evaluación de los resultados operativos de las intervenciones realizados por la ciencia.

Habida cuenta de esto, puede decirse con seguridad que Kurz está equivocado en su afirmación. El “meta-nivel” desde el que es posible observar la relación sujeto-objeto no se encuentra vacío, tal como afirma, sino que se encuentra ocupado por un proyecto de intervención cognitiva y práctica en el mundo: aquel que exige como condición de posibilidad ciertas asunciones ontológicas, como la mencionada escisión entre los dos polos de la relación epistémica. Este factor no resulta una mera apreciación teórica. Teniendo en cuenta la vertebración entre ciencia y sistema de producción capitalista, también explicada anteriormente gracias a la perspectiva de Santos, es un factor que sin duda apela directamente al discurso kurzeano. Aquel nivel meta-teórico en que hace reposar la estructura fetichista posee particularidades que habría de haber tenido en cuenta para explicar, de manera clara, en qué consiste el anclaje *inmanente y material* de las relaciones fetichistas de la modernidad.

Efectivamente, de haber asumido una visión de la ciencia como la que presenta Santos, se habría hecho posible vincular, bajo la forma de un verdadero proyecto civilizatorio, la interconexión entre esta, el capitalismo y la Modernidad. La ciencia moderna, convertida muy pronto en principal fuerza productiva del capitalismo, podría haberle ayudado a explicar la tendencia a la cosificación de las relaciones del ser humano con el mundo. Ha de tenerse en cuenta lo que estaba ocurriendo en el plano fenoménico: una relación entre un saber que tiene como principio la idea del orden y pretende una intervención teórico-operativa del mundo, por una parte; con la dinámica social de productividad febril capitalista (tal como la expuso Kurz en *Geld ohne Wert*), por otra. Aunque esta afirmación es algo que solo puede afirmarse como hipótesis, parece connatural a esta situación que el pensamiento tendiera a fundamentar ontológicamente esta nueva relación a través de principios que explicaran la relación entre ambos. Es decir, que la historia de las ideas diera lugar al desarrollo de teorías de los polos sujeto/objeto que, obliterando otros aspectos, realzara aquellos que se ponen en juego en las relaciones de transformación de la naturaleza, en términos objetivables y cuantificables¹³⁰. Esta hipótesis es aun más digna de ser seguida por cuanto las tensiones entre los pilares fundamentales de la Modernidad según el discurso

¹³⁰Se ha comentado que en el capítulo 7 tendremos ocasión de volver a este asunto gracias a la teoría de Jason W. Moore. Se comprobará que la teoría kurzeana gana enormemente en concreción con su perspectiva.

santiniano —regulación y emancipación— fueron confiados de manera predominante a la ciencia como saber técnico y a la esfera del Estado como esfera de resolución de conflictos provisional a la espera de una solución científica.

Otro aspecto gravemente problemático de la explicación kurzeana en “Subjektlose Herrschaft” es su concepción del sujeto como una entidad estructuralmente racista y patriarcal —por cuanto Kurz ha afirmado que el sujeto es per se “varonil y blanco”— apelando para ello a la sola imposición de la dicotomía sujeto-objeto como principio explicativo, describiendo las manifestaciones sociales racistas y machistas como la *apariencia fenoménica* de la constitución fetichista. Esto en ningún caso es así: lo más concreto que puede afirmarse teóricamente apelando exclusivamente a la separación sujeto-objeto de la Modernidad es la *tendencia* a una posible cosificación de las relaciones sociales.

Para constatar esta tendencia —la cual, de hecho, se da— habría de mostrarse una vinculación entre la relación entre la estructura fetichista del sujeto moderno (materializado en la dicotomía sujeto-objeto proveniente de la ciencia, pero aplicable a la dinámica capitalista) y otras formas de subordinación/ámbitos de relaciones de poder. Pero, haciendo eso, habríamos demostrado únicamente la *forma específica* de dicha vinculación, *no la existencia de una subordinación de dichas formas a la constitución fetichista*, convertidas así en su mera “apariencia fenoménica”. En otras palabras, habríamos constatado la efectiva existencia de dicha vinculación y mostrado su carácter particular, pero no habríamos demostrado la existencia de una relación de subordinación que pueda ser explicada a través de la dicotomía esencia-apariencia. Si nuestro deseo es explicar la vertebración de las diferentes relaciones sociales, ha de apelarse, como hace Santos, a la existencia de otros espacios estructurales (“patriarcado” y “diferenciación desigual”) es decir, a la existencia de diferentes órdenes de praxis social anclados a legaliformidades y relaciones de poder propias y autónomas, que por supuesto, pueden ulteriormente adoptar una forma específica bajo las relaciones fetichistas del capital¹³¹.

¹³¹Reconocemos que una de las tareas pendientes que se siguen como resultado de este trabajo es una profundización de la relación de los diversos órdenes de poder identificados en Santos con la dinámica socio-económica capitalista. Si bien es cierto que la segunda parte de este trabajo, por los contenidos que allí tratamos, puede ser considerado como una materialización, en términos concretos, de dicha vinculación, convendría repensar esos resultados en conversación con la teoría de Santos, que bien podría servirnos como estructura organizativa. Además, en esta segunda sección tratamos asimismo cuestiones como la *interseccionalidad*, que está directamente relacionada con este problema (es, de hecho, otra perspectiva posible para enfrentarse a este mismo asunto). Por todo ello, puede decirse que, aunque no abandonamos el argumento de fondo, sí que dejaremos algo de lado el vocabulario santiniano, algo que tal vez podamos recuperar en cierto momento.

Un problema análogo se da en el orden de las soluciones, cuando Kurz propone que los movimientos de la nueva praxis social renovada, surgida a partir de la crítica de la conciencia fetichista, se vincularán, necesariamente, a contenidos *concretos*. Si bien esta afirmación, en sí misma, no es incorrecta, “concreto” es una palabra que no viene a significar gran cosa si la teoría explicativa que fundamenta tal proposición no dice qué posibles “concreciones” o “peticiones concretas” están puestas encima del tablero. Lo correcto hubiese sido partir de una perspectiva que, insistimos, asuma la existencia de diferentes órdenes de legitimidad y orden en disputa —una pluralidad jurídica, de órdenes de conocimiento, de relaciones de poder, tal y como muestran los seis diferentes espacios estructurales de que nos habla Santos— que, en su relación, se impongan a los vigentes actualmente en el capitalismo. Estos últimos no son ningún “abstracto automatismo” sin contenido, sino los principios de acción propios de la racionalidad económica capitalista, que empujan al crecimiento de la “productividad”, la “eficiencia”, etc.

La constatación de estos tres problemas en el discurso kurzeano nos lleva ahora a preguntarnos si el origen de estas deficiencias podría encontrarse en un conjunto de asunciones no explícitas enraizadas en el discurso del pensador alemán. Puede ocurrir que, tal vez, Robert Kurz comparta ciertos presupuestos con el marxismo, entendido en sentido lato, que bloqueen, más que impulsen, el análisis teórico a la altura del tiempo presente. En las subsiguientes líneas nos ocuparemos de tal problema recordando los problemas que Santos había identificado en el marxismo. Para comprender correctamente este último punto, es necesario que recapitulemos cómo hemos llegado a este punto de la discusión y, particularmente, qué hemos aprendido hasta ahora.

Comenzamos la exposición de nuestro balance de Kurz exponiendo que, en este autor, la estructura fetichista de la sociedad capitalista constituía a la Modernidad como un sistema civilizatorio. Explicamos cómo la dinámica socio-productiva propia del capital es crucial para comprender la sociedad en que está situada, pero adelantamos que dicha centralidad no implicaba que esta agotara sus especificaciones en las solas características de lo que podríamos denominar como “relaciones de producción”. Nuestra primera crítica a la postura de Kurz, preliminar e introductoria, era precisamente que este autor no establece adecuadamente las relaciones una vinculación adecuada de las peculiaridades de la dinámica capitalista con el resto de órdenes de poder de la Modernidad.

Detectados estos primeros problemas y, en orden a mostrar cómo en la Modernidad

hay una diversidad de factores que han de asumirse para un estudio crítico riguroso, introdujimos la noción, ampliamente conocida, de la *sociedad civil* y recordamos algunas de los acontecimientos históricos que acompañaron al surgimiento de la Economía Política como disciplina. Una vez se hizo patente que esas especificaciones no resultaban suficientes para dar cuenta claramente del proceso de formación de la Modernidad, pasamos a explicar el proceso de modernización a través de la postura de Boaventura de Sousa Santos, cuya perspectiva nos ha ofrecido un instrumento teórico que, separando entre capitalismo y proceso de modernización, apela a multitud de dimensiones de poder y planos de análisis para la comprensión del capitalismo.

Ahora que nos encontramos definitivamente situados en la perspectiva santiniana, volver a la postura kurzeana hace evidentes sus deficiencias. Si bien Kurz está en lo correcto en la apelación a un meta-nivel de análisis para comprender la lógica específica de la dinámica de reproducción social propia del capitalismo, no hay modo alguno de captar esta especificidad si no hace referencia a los diferentes elementos que modifica con respecto a órdenes anteriores. Dicho de otro modo: si nuestra pretensión es afirmar que la Modernidad capitalista conforma una determinada forma de vida, es necesario que mostremos, en primer lugar, de qué manera dicho modo de producción, que apareció primero como impulso dinámico, forma parte de lo que consideramos una vida estructurada en sociedad, noción de la que deberíamos tener algún concepto. Partiendo de tal marco general, ha de pasarse, en segundo lugar, a estudiar las relaciones entre los diferentes elementos que conforman esa determinada forma de vida. Prescindiendo del hecho de que esta es una tarea que el autor de *Geld ohne Wert* no asume, en estas líneas hemos intentado sentar las bases para la posibilidad tal tarea desde una perspectiva kurzeana.

El principal resultado de este ejercicio, a nuestro parecer, es la constatación de que una vez que se comprueba que la Modernidad es un proceso complejo anclado en diversas y concretas estructuras de poder sometidas a legaliformidades autónomas y características, resulta muy difícil conciliar estos resultados, de nuevo, con una concepción que subraya con intensidad el carácter anónimo, inconsciente y *a priori* de la estructura social. De hecho, lo que se muestra con la teoría de Kurz, una vez se indaga de manera mínima en lo que, de manera aparente, resulta dotado de un cierto “automatismo” o bien, es de “carácter inconsciente”, es que tales *apariencias* son solo el resultado de un análisis deficiente. La metaestructura de la relación entre sujeto-objeto no está vacía, sino ocupada por una noción

ontológica determinada, proveniente de la interconexión entre la racionalidad cognitivo-instrumental de la ciencia y las instancias de regulación de la Modernidad (Estado, mercado y comunidad). Los rasgos y matices machistas y racistas del lenguaje no son una mera aparición fenoménica de una estructura fetichista, sino la señal en el habla de otras estructuras de poder que van más allá de la dominación que se da en el espacio estructural de la ciudadanía política: el patriarcado y la diferenciación desigual anclada en la raza. Las demandas *concretas* por las que se determinan los movimientos no estructurados bajo la forma de la antigua lucha obrerista se anclan, precisamente, a cada uno de estos espacios estructurales independientes, con todo las ventajas e inconvenientes que eso conlleva.

Por último, la estructura fetichista no es inconsciente, ni *a priori* ni automática, sino que se asume como un automatismo, un *a priori* de la praxis social siempre y cuando los aspectos intolerables de la Modernidad capitalista permanezcan invisibles porque no ha habido un análisis que los haya señalado de manera adecuada, como le sucede a Kurz. Del mismo modo que la racionalidad económica y su principio de crecimiento en productividad se asume como un bien en sí mismo si no se pone de manifiesto la destrucción ecológica que lleva consigo, tal como interpretó cierto marxismo.

Aprovechemos esta última afirmación para comprobar si los defectos de la argumentación de Kurz pudieran estar anclados en ciertos presupuestos problemáticos compartidos con el marxismo en su interpretación santiniana. Tal y como decíamos, estos presupuestos eran i) la confianza ciega en la capacidad de liberación de la ciencia, ii) el dualismo naturaleza/sociedad, iii) la idea de proceso lineal y una cierta noción de iv) progreso, v) la creencia en el desarrollo tecnológico y crecimiento infinitos y, por último, vi) una cierta idea del capitalismo como potencial factor progresista. Asimismo, identificamos una complicidad contrapuesta en la nociones de derecho marxistas y liberales, asunto en que aquí no vamos a entrar.

La enumeración confirma ya a primera vista el diagnóstico que realizamos al comienzo de esta subsección respecto del análisis kurzeano: que se trata de un discurso marxista de *transición* entre los planteamientos marxistas tradicionales y los nuevos análisis críticos que (sin menospreciar la especificidades del sistema de producción capitalista) asumen muchos más factores de análisis, conformando una noción más abarcante que permite leer la sociedad como sistema civilizatorio de manera rigurosa. Como se ha repetido numerosas veces en este trabajo, la perspectiva kurzeana se encuentra fijada en dos pilares,

una concepción de la sociedad capitalista que pone de relieve su estructura fetichista y una intensa conciencia de la importancia del análisis del presente para el desarrollo de la teoría —punto que, en último término, ayudaba a explicar su teoría del límite interno, su tesis más controvertida—. El primero de estos pilares, su concepción del carácter fetichista, ha sido ya fuertemente criticado. Por lo que respecta al segundo, no puede decirse que Kurz comparta el optimismo de sus predecesores en la línea de reflexión marxista. En lo que a esto se refiere, por tanto, no hay continuidad. En el autor de la crítica del valor-escisión, efectivamente, la conciencia de la destrucción capitalista se materializa ya en los conceptos más elementales de la teoría del valor y el capital. Esto es algo que pudimos comprobar fehacientemente en la crítica que Kurz lanza contra Heinrich en torno a la separación, impostada, entre “trabajo abstracto” y “trabajo concreto”; consideración que, adicionalmente, puede decirse que se encuentra detrás de su distinción entre “objetividad de valor” y “magnitud de valor”¹³². La ciencia, aunque es un aspecto que Kurz no ha tratado con excesiva profundidad, se asume vinculada (o cuanto menos, ajustada) a los intereses de productividad, y, asimismo, asume las críticas feministas de la ciencia, si bien sin sacar conclusiones de su aceptación¹³³. En todos estos aspectos, el autor de *Geld ohne Wert* es un verdadero visionario de lo que está por venir en el ámbito de la reflexión marxista.

Sin embargo, como venimos comentando, el de Kurz es un discurso situado a caballo entre dos épocas, por lo que hay ciertos elementos de continuidad con sus predecesores en el marxismo. Entre ellos, debe nombrarse una determinada distinción entre “naturaleza” y “sociedad” que opera en el discurso kurzeano, tal como lo hace un cierto concepto neutro o amplio de relaciones económicas, es decir, de relaciones de intercambio, de producción y distribución de energías con la naturaleza, cuyo estatuto no queda siempre del todo claro. Si bien en textos como *Geld ohne Wert* o “Die Substanz des Kapitals” parece más claro que Kurz concibe la autonomización de la esfera económica como un aspecto específico de la vertebración entre capitalismo y modernidad, la sola mención de la distinción entre “primera”

¹³²Recordamos que una de los rendimientos teóricos más importantes de esta distinción tiene que ver con la posibilidad de asignar una característica *cualitativa* a los objetos producidos bajo condiciones capitalistas incluso antes de la *determinación cuantitativa* de su magnitud gracias a las relaciones de intercambio y competencia en el mercado. La señal cualitativa viene a expresar que un enser/objeto ha sido producido bajo condiciones capitalistas y, por ende, sometido a los principios de racionalidad económica que implican tanto la indiferencia respecto del contenido de lo producido, como de los materiales utilizados para ello, que son concebidos como mero recurso. Quizá solo de manera secundaria, pero esta concepción da cuenta de que se asumen las consecuencias negativas de la dinámica de producción capitalista, concebida esta como un todo.

¹³³Se trata de una cuestión que ha mencionado en un pequeño texto (Kurz 2001) solo disponible en portugués, tratándose de un asunto sobre el que no hemos conseguido localizar un abordaje específico posterior por parte de este autor.

y “segunda” naturaleza como recurso explicativo nos aproxima a una concepción en que, cuanto menos, no queda clara la idea que este autor tiene, algo que conviene que examinemos un poco más detenidamente.

El status no excesivamente claro de la concepción de “naturaleza” y “sociedad” se refleja particularmente en la cuestión de la destrucción ecológica provocada por el capitalismo (Kurz 2002c, 2002d, 2004c). En el texto de mayor extensión que posee acerca de esta cuestión (Kurz 2002c), Kurz comenta cómo el ser humano se diferencia del resto de las especies por su capacidad de diferenciar entre sociedad y naturaleza y, lo que es más importante, por definir los límites que separan una de otra. Por ello, sigue comentando, existe una relación entre ambas entidades, que puede resultar problemática si, como ahora, se fomenta la rapiña y la apropiación de los frutos que nos ofrece nuestro medio. Para evitar los comportamientos destructivos propone establecer una relación más racional con el sistema de reproducción que sustenta nuestra vida. Teniendo presentes estas reflexiones, sorprende que el autor alemán no haya seguido todas las consecuencias de su afirmación. De haberlo hecho, en primer lugar, habría tenido que especificar de manera más clara en qué se concreta la capacidad humana de establecimiento de los límites entre naturaleza y sociedad, asunto para el que es necesario hacerse cargo no solo de los procesos de tecnificación de la naturaleza externa, sino su creciente artefactualidad, incluyendo aquellas cosas que nos afectan a los seres humanos en tanto que seres corpóreos¹³⁴.

En segundo lugar, el medio circundante o “naturaleza” habría de haber adquirido una mayor centralidad en las repetidas formulaciones que Kurz realiza sobre el colapso del capitalismo, puesto que la destrucción de la naturaleza también constituye un límite a la reproducción del capital: el de carácter *externo*¹³⁵. Sorprende que en un autor que en ocasiones parece disfrutar exponiendo las consecuencias más oscuras del periodo de colapso en el que nos encontramos, este asunto no se haga mucho más presente.

Por último, habría tenido que repensar y modificar ligeramente su concepto de “naturaleza” que, por las pocas formulaciones de que disponemos para analizar su postura,

¹³⁴Es decir, plantearse preguntas elementales como “¿Qué es la naturaleza?” “¿Qué significa lo *natural* en un contexto de creciente manipulación de los supuestos procesos naturales y la modificación constante de nuestras acepciones al respecto?” Ambas son preguntas para las que podríamos utilizar reflexiones provenientes de la crítica epistemológica y científica feminista antes mencionada, como Anne Fausto Sterlin o Beatriz Preciado.

¹³⁵Claus Peter Ortlieb desarrolla este concepto con cierta profusión en un texto dedicado a las consecuencias de la necesidad de creciente productividad del capitalismo (Ortlieb 2001), en una intervención que asume un tono que puede ser relacionado con aquellas perspectivas que, asumiendo la crisis ecológica como objeto de estudio, han venido hablando de la necesidad de “decrecimiento” (Taibo 2009).

parece que se considera como un principio claramente pasivo. Si bien es cierto —como dice Kurz que quisiera cierto ecologismo— que el “el ser humano no puede vivir en armonía con la naturaleza” (Kurz 2002c), puesto que es un sujeto agente que modifica constantemente las condiciones del entorno que lo rodea, no puede olvidarse que hay ciertas regularidades y legaliformidades, ciclos, procesos, etc. que son observables en nuestro entorno circundante y que debemos optar por respetar interviniendo lo mínimo posible en ellos. Esta salvedad convierte a la naturaleza en algo más que un “mero recurso”. Adicionalmente, también abre la puerta a la necesidad de introducir principios de saberes hasta ahora obliterados por la racionalidad cognitivo-instrumental de la ciencia, a la que se ha confiado por entero el establecimiento de las normas y límites de la conducta humana con respecto a esta.

Otro de los aspectos que Kurz parece compartir con el marxismo que pretende superar, no mencionado hasta ahora, es el carácter potencialmente emancipador del capitalismo. Este es un rasgo claro en los primeros textos de Kurz (“Postmarxismus und Arbeitsfetisch” [Kurz 1995a], “Auf der Suche nach dem verlorenen sozialistischen Ziel” [Kurz 1988], etc.). Tal como hemos tenido ocasión de indicar en estas páginas anteriormente, esta tesis suele aparecer vinculada al marxismo tradicional y se utiliza como un factor que explica el desarrollo de conceptos inmanentes a las formas estructurales del capitalismo (es decir, aquellos centrados en la noción de “plusvalor”). La presencia e importancia de este argumento parece ir disminuyendo conforme avanza la madurez del propio autor, tal como le ocurriera a Marx, cuyos textos más apologéticos pertenecen predominantemente a sus etapas más tempranas.

Mención aparte merecen el resto de características que Santos menciona: la idea de proceso lineal y la asunción del progreso, así como la creencia en el desarrollo tecnológico y crecimiento infinitos. Puede decirse que la teoría de Kurz está concebida, desde sus fundamentos, como sistemáticamente pensada en contra de la asunción positiva de estas características. La conciencia de la catástrofe, impulso fundamental que mueve el trabajo teórico de Kurz, implica un rechazo personal a los presupuestos que la sociedad a que se opone ha aceptado como dogmas. Los dos ejemplos más evidentes de este rechazo son sus dos tesis más repetidas: la crítica al marxismo tradicional y su noción ontológica de “trabajo” y su noción de límite interno del capital.

Ambos conceptos, en esencia, apelan al hecho de que el proceso de reproducción social, que para la sociedad capitalista aparece fenoménicamente como un procedimiento

neutral, evidente por sí mismo, está siempre vinculado a una dinámica socio-económica determinada. Esta dinámica, en su reiteración, lleva necesariamente al colapso, por cuanto a) destruye el entorno natural, al que solo entiende como recurso —*límite externo* del capital, no claramente explicitado por Kurz— y b) elimina sistemáticamente el número de fuerzas productivas que pueden ser utilizadas de manera rentable para el capital, tan intensamente que no puede ser compensado por los mecanismos internos de equilibrio que posee —*límite interno*—. Ambos límites hacen, pasado más o menos tiempo, que el sistema socio-productivo capitalista sea incompatible con la posibilidad de reproducir las condiciones de vida de las sociedades en que está instalado.

Hasta el momento la comparación de las teorías de Boaventura de Sousa y Robert Kurz ha sido utilizada de manera preferente para la crítica del autor alemán. No obstante, antes de cerrar esta sección, también nos gustaría realizar un apunte sobre una línea de reflexión que, uniendo a ambos autores, pueda mostrar ciertas virtudes del pensamiento kurzeano.

De nuevo, vamos a referirnos a la noción de fetichismo. Ya desde la primera sección, hemos tenido ocasión de ver cómo la teoría kurzeana y scholziana elevan erróneamente la noción de fetichismo a un plano excesivamente abstracto y general que confunde los espacios de actuación y poder de los diversos órdenes estructurales. En el caso de Scholz, la noción de fetichismo intentaba asumir todos los niveles, factores, ámbitos y áreas en que se produce algún tipo de desigualdad a través de una metafísica entendida en términos clásicos, si bien relativamente modificados a través de su noción de “dialéctica realista”. Ya entonces especificamos el contenido material y formal específico de la noción de fetiche.

Si no extendimos a Kurz la crítica aducida contra Scholz, fue porque en el autor alemán la explicación de dicha estructura se da en términos más complejos, lo que hemos podido comprobar a lo largo de este bloque. Kurz, al contrario que esta autora, se aleja de las concepciones tradicionales de “metafísica”, desarrollando una noción novedosa y personal de esta última. A pesar de estas diferencias, en esta última sección hemos podido identificar ciertas inconsistencias que resultan análogas en ambos autores, de raíz en esa excesiva generalidad antes mencionada. La estructura fetichista solo puede analizarse de manera concreta a través de una teoría que tenga en cuenta diversos factores concomitantes en el proceso de génesis del capitalismo, así como diferentes órdenes de praxis social en que rigen diversas lógicas.

Sin embargo, dada la persistencia de estos errores, cabe preguntarse si hay algún aspecto de la noción de fetichismo que pudiera ayudar a explicar el camino de razonamiento de otros autores. En otras palabras, con Adorno, puede resultar provechoso averiguar si hay algún “momento de verdad” en esta noción general de fetichismo. Como es natural, no habríamos tomado en consideración la posibilidad de tal ejercicio si no hubiéramos identificado un fragmento en Boaventura de Sousa Santos que nos invita a pensar esta posibilidad. Nos referimos a la consideración específica del fetichismo de la mercancía, relacionada en este autor con la estructura del mercado.

En cuanto al principio del mercado, conviene comenzar recordando el status fundamental que Santos le otorga como agente de transformación en la dinámica moderna. El desarrollo desigual del pilar de la regulación respecto a la emancipación, que culmina en su práctica cooptación, se debe a un despliegue excesivo de este principio. El Estado ha sido el encargado de establecer sus límites, tarea realizada con más o menos éxito. Igualmente notable resulta su influencia en la formación de los conceptos fundamentales de la Modernidad, particularmente en la concepción de sujeto autónomo, que se da, de manera doble, como ciudadano y como agente en el mercado (Santos 2000: 84).

Por otro lado, en el estadio actual de desarrollo del capitalismo (Santos 2000: 174-175), es evidente que el mercado es la sede de las transformaciones más decisivas. Los fenómenos del día a día —extensión globalizada de los mercados y cadena de valor establecida a nivel internacional, intensificación de la lógica de consumo, etc.— demuestran que su hegemonía ha alcanzado sus máximas cotas como principio rector de la *Realpolitik* en el espacio mundial.

Dentro de este marco, sabemos ya que el *fetichismo de las mercancías* es la forma de poder que se da en este espacio estructural. Más allá de las características propias de esta forma y su relación con la explotación, para Santos (2000: 326) esta ha de entenderse como algo que va más allá de esta correlación a causa de motivos enraizados, más bien, en lo cultural. En opinión del teórico portugués, el fetichismo de las mercancías se ha convertido en un sistema de significados simbólicos difundido a través de la cultura hegemónica y constituye, la mayoría de las veces, una *señal* del tipo de explotación que está por venir¹³⁶. La

¹³⁶Resulta sorprendente que otro de los signos o señales de los cambios en el poder venga de la mano de la muestra de la violencia sobre el cuerpo de los sujetos posicionados en posiciones menos privilegiadas. Efectivamente, tal como muestran los análisis de Rita Segato (2016) y las reflexiones de Amaia Pérez Orozco (2017: 69), el cuerpo de las mujeres suele actuar como espacio simbólico privilegiado para señalar a la sociedad los límites de la contestación que puede ser transigida, es decir, aquel punto de no retorno.

adquisición de este significado, unido a una creciente estetización del proceso de consumo, ha hecho que las mercancías se conviertan en “una configuración de mensajes expresivos que fomentan una concepción materialista de la vida”, llevando a los productos mucho más allá de su materialidad, haciendo así que “la marca, el logotipo [...] multipli[quen] los valores de uso y [...] prolong[uen] la eficacia de los productos más allá de la que surge del trabajo productivo” (Santos 2000: 326). Consumo y producción se entrelazan, un fenómeno antes reservado al objeto de arte. La consecuencia de mayor peso de este proceso (Santos 2000: 314-315) es la complejización de las sociedades capitalistas. El consumismo se ha convertido en un lugar autónomo de relaciones sociales, que hemos de tener presente a escala mundial, no únicamente en las sociedades de los centros capitalistas occidentales.

Aquí no estamos interesados en los aspectos estéticos y/o culturales específicos del fetichismo de la mercancía. Si bien este tipo de análisis merecen atención, suelen estar relacionados con aspectos vinculados a procesos de subjetivación social, que no se han abordado aquí. Sin embargo, este hecho no significa que los aspectos subrayados por Santos carezcan de interés para nosotros. Que el fetichismo de la mercancía tenga la capacidad de extenderse con tal fuerza, llegando a dominar aspectos antes considerados privados e incluso, íntimos, implica claramente que el espacio del mercado está comenzando a convertirse en el espacio de significación de las diferentes *formas de vida* que se dan bajo el capitalismo. Puede decirse que *es el principio que más coherencia y unidad establece entre los diversos espacios estructurales*.

En otras palabras, sí que es posible afirmar que, en cierto modo, las lógicas mercantiles conforman aquel *principio civilizador* capaz de vertebrar y estructurar bajo su forma y égida el resto de relaciones de poder: todo pasa por el mercado. Es en este único sentido en el que puede hablarse de un cierto concepto estructural de fetichismo, motivo por el que cabe reconocer que la insistencia de Kurz en la dinámica socio-productiva del capital como elemento dinamizador del sistema mundial. Ahora bien, hemos de tener claro que esta noción impropia de fetichismo y su capacidad de dinamización nos empuja, con aun mayor motivo, a realizar una profunda reestructuración del discurso crítico de raigambre marxista, asumiendo las críticas que hemos estado desgranando en estas líneas¹³⁷.

¹³⁷En virtud de esta noción de general de fetichismo y su capacidad para vertebrar el resto de instancias y espacios en que tienen lugar las diversas relaciones de poder, cabe pensar que Kurz podría haber tenido algo más de flexibilidad en la consideración de ciertos elementos que juegan un papel dentro de la economía capitalista, como es el dinero. Aunque, tal y como hemos indicado anteriormente, el autor alemán no yerra al establecer el sentido específico del dinero capitalista —su consideración como “mercancía expulsada” es la única concepción que hace posible la perpetuación sin fricciones del sistema capitalista, teniendo en cuenta

Precisamente, nuestro objetivo principal en estas secciones ha sido la demostración de la necesidad de complejizar los análisis centrados en aspectos macrosociales. La estrategia argumentativa seguida ha intentado mostrar, de manera inmanente, los límites de este tipo de discurso, centrándonos principalmente en el estudio de la génesis del capital y el análisis del poder en el presente. Hemos podido comprobar, así, que los orígenes de la Modernidad no se pueden buscar en exclusiva en la irrupción de la dinámica de la fiebre del oro, sino de una serie de importantes cambios en el espacio de la historia de las ideas y el derecho. Asimismo, se ha visto cómo el poder es mucho más que dominación y se da en más espacios que la sola política. Por último, hemos visto que la inclusión de estos otros espacios no puede subsumirse de manera general y abstracta bajo el principio de la dinámica socio-económica. Dicho procedimiento confunde el contenido específico autónomo de los diversos órdenes de poder con la *forma* que adoptan en su relación con el capitalismo. La conclusión que puede extraerse es la necesidad de pluralidad, tanto en nuestros principios analíticos como en espacios de problematización.

Cabe preguntarse si esa complejización puede afectar a la centralidad del carácter necesario de la dinámica histórica del capital, es decir, si puede afectar de cierto modo a la tesis del “límite interno”. Creemos que no, dada la hegemonía y capacidad del mercado y sus dinámicas para vincular y unificar los diversos órdenes de poder. El análisis, desde luego, se vuelve más rico. Una vez hemos aceptado que los diferentes órdenes e instrumentos del poder tienen una autonomía y legaliformidad propias, podemos estudiar su vinculación específica con el capital de manera más precisa, pudiendo distinguir diversas interrelaciones. Veamos un ejemplo. En el texto de “Subjektlose Herrschaft” hemos visto a Kurz afirmar que una de las señales de que el feminismo y antirracismo no habían encontrado el impulso decisivo para su constitución de fuerza crítica fundamental en contra del capitalismo, era que muchas de sus propuestas seguían dándose en términos internos de la relación estado-mercado (Kurz 2004a: 219-220). Recordemos que tal afirmación se realizaba teniendo presente la realidad de la sociedad a comienzos de los años 90, radicalmente diferente a la de hoy.

La actividad política actual le ha quitado la razón a Kurz, algo que se puede observar en los movimientos sociales, por ejemplo, feminista y en defensa de los animales. En ambos,

sus elementos estructurales internos— resulta interesante, (tal como hace Heinrich o nosotros mismos en Navarro Ruiz 2019c en base a Bellofiore) dejar espacio a otras concepciones más laxas. Estas ponen encima de la mesa funciones de los diversos elementos que, si bien no estrictamente coherentes con la legaliformidad interna, pueden resultar útiles para el funcionamiento fáctico del día a día de la realidad socioeconómica.

las formas de vinculación y compromiso van desde propuestas completamente ancladas en la lógica mercantil (en el caso del feminismo, por ejemplo, la lucha contra el llamado “techo de cristal”, en el caso de la defensa de los animales, el veganismo como estricta conducta alimentaria) a propuestas que buscan trascender la lógica capitalista (en el caso del feminismo, la economía feminista rupturista, en el caso de la defensa de los animales, aquellas propuestas que, enraizando antiespecismo y anticapitalismo, promueven la implementación de una forma de vida radicalmente opuesta a la lógica capitalista). A pesar de las diversas discusiones que tienen lugar en torno a qué forma de compromiso guarda de manera más fiel las esencias de uno y otro movimiento; se trata de un hecho indiscutible que la diversidad de formas de compromiso representa la tensión ínsita entre autonomía y unidad de los diversos espacios estructurales respecto de la dinámica socio-económica capitalista.

Habida cuenta de los límites del discurso marxista representado por Kurz, en el resto de nuestro trabajo nos gustaría ahondar en las posibilidades para la crítica que tiene la asunción de la pluralidad de principios y factores para un discurso de raigambre marxista. Este último lo queremos considerar como aquel discurso crítico que es i) consciente de la centralidad de la dinámica capitalista como principio organizador de las diferentes instancias de poder existentes; ii) que asume como uno de sus pilares fundamentales la conciencia crítica del presente y su transformación, y como tal, iii) asume, en la actualidad, la necesidad de considerar aspectos anteriormente obliterados por la tradición marxista, tarea que convierte al marxismo en una iv) perspectiva situada entre otras, no obstante abierta y consciente de la necesidad de interrelacionarse con otras miradas, sin pretender agotarlas ni reducirlas a su lógica interna.

Puesto que tales pretensiones podrían resultar en un ejercicio irrealizable, dada la multitud de factores a que podríamos apelar, vamos a restringir nuestro trabajo a tres aspectos que consideramos centrales: la importancia de la noción de género, el asunto de la así denominada “naturaleza” y el problema ecológico, y, por último, la cuestión de la raza. Nuestro interés es doble: queremos tanto examinar cómo todos estos factores se han visto modificados en relación con el capitalismo y, asimismo, observar las propuestas de transformación realizadas, investigando si tienen incidencia sobre la dinámica socio-económica del capital. Puesto que todo proceso de innovación teórica se sienta siempre a hombros de algún gigante, comenzaremos las secciones dando cuenta de algunas de las interpretaciones teóricas de los textos de Marx que están haciendo posible una lectura

diferente de este autor.

4.6. *Addenda*. Cantos de sirena. Cuarta revolución industrial, peligros de la tecnofilia y *lex mercatoria*

Como corolario de esta sección, juzgamos imprescindible mostrar la importancia del ejercicio teórico planteado a la luz del capitalismo actual. Dicho interés parte de la conciencia compartida con Kurz de la necesidad de realizar el discurso crítico con un pie en las transformaciones del presente. Es, además, inexcusable, teniendo en cuenta que algunos de los aspectos que Kurz pone de relieve en sus textos se han visto modificados por las últimas transformaciones del capitalismo. Un buen cartógrafo modifica sus mapas a medida que el terreno se altera, del mismo modo que el crítico social honesto transforma sus conceptos una vez estos dejan de imaginar la sociedad real, no la que desea ver.

Así pues, aunque la matriz tecnológica de la sociedad sigue siendo esencialmente la misma que analizó Kurz ya a mediados de los años 80 por medio del término “tercera revolución industrial” o “revolución microelectrónica”, el rápido desarrollo de la tecnología ha hecho que muchos autores convengan en que estamos inmersos en una nueva fase, denominada comúnmente como *cuarta revolución industrial* (Schwab 2016). Esta consistiría (Fernández Ortiz de Zárate 2018: 55-59) en la condensación de diferentes tecnologías que ya están en uso, como la economía digital y la gestión de datos —internet de las cosas—, la robotización —impresión 3D, drones, coches de conducción automática, o tecnologías científicas —biología sintética, secuenciación y edición genética—. El uso conjunto de estas técnicas y hallazgos científicos permitiría una enorme potencia en la gestión y uso del conocimiento o *big data*, tal como suele nombrarse. Todos ellos podrían tener importantes consecuencias en el funcionamiento y logística del proceso de reproducción social, puesto que permitirían replicar y materializar en el día a día del funcionamiento en red propio de Internet gracias al uso de diferentes algoritmos. No hace falta tener fuertes conocimientos en informática para ser consciente de la revolución en términos civilizatorios que puede generarse a partir de su implantación, por lo que no extraña la enorme atención que despiertan todos estos descubrimientos.

Considerar esta nueva situación como un inequívoco progreso de la humanidad o, más bien, como la posibilidad de agudizar las contradicciones y desigualdades sociales que ya sufrimos en el presente, depende mucho de a quién se pregunte. Para apologetas y guardianes

del sistema capitalista, como el Foro Económico de Davos, la cuarta revolución industrial permite avanzar en la desmaterialización de la economía y mejorar la eficiencia ambiental, gracias a la geoingeniería y los sistemas inteligentes. Por otro lado, las voces más críticas con el sistema asumen que este conjunto no tiene por qué llevar, ni mucho menos, a una mejora del bienestar social. Al contrario del luditismo del siglo XIX, la clave aquí no se encuentra en la tecnofobia, sino en la certeza del verdadero impacto que puede tener en la automatización de los trabajos. Los expertos no se ponen de acuerdo con las cifras¹³⁸ y ni tan siquiera las grandes empresas transnacionales dedicadas a los servicios de consumo, que están intentando sacar partido de estas nuevas tecnologías, han demostrado tener grandes avances en la productividad. En cualquier caso, aun cuando aceptáramos un gran impacto de estas tecnologías en la economía, lo cierto es que no puede confiarse en ciertas afirmaciones habituales al hablar de este asunto. Algunas de las aseveraciones que se lanzan con despreocupación son, por ejemplo, que la economía digital fomenta un menor uso de materiales en la economía o que el cambio climático puede ser abordado desde la manipulación e intervención científica. Ninguna de esas afirmaciones es evidente por sí misma ni posee una clara fundamentación.

Por supuesto, no todas las posturas se encuentran situadas en uno de estos dos extremos, aunque parece que la opinión general se inclina por la consideración de los aspectos más positivos de estas transformaciones tecnológicas. En orden a comprender mejor esta aproximación, podemos nombrar las contribuciones de dos autores no sospechosos de ser adalides del orden establecido, cuyas obras han gozado de gran notoriedad. Nos referimos a Jeremy Rifkin (2014) y Paul Mason (2016), cuyas obras pueden leerse como un buen termómetro de la situación general de los análisis centrados en el presente de la economía comprendida como algo más que un sistema económico¹³⁹. Vamos a ver sus propuestas más pormenorizadamente.

138El Foro Económico Mundial ha habilitado la plataforma “Strategic Intelligence”, donde se pueden explorar múltiples materiales de diferentes tipos (académicos, divulgativos) acerca de la Cuarta Revolución Industrial organizados por áreas de interés, que puede servir para explorar diferentes aportaciones sobre el tema. Véase [<https://intelligence.weforum.org/>].

139Ambos textos son de carácter divulgativo, no académico. Si bien hay quien pueda pensar que esto compromete su rigurosidad —algo que no es necesariamente cierto— esta característica garantiza que las ideas que vamos a abordar están gozando de una difusión que permite interpretarlas como una cierta *opinión generalizada* en la sociedad. Sí: somos conscientes de que una “opinión generalizada”, del mismo modo que el llamado “sentido común” no son sino *obra y efecto* de ciertos intereses o mecanismos. Eso no resta interés a su análisis. Su resultado nos ofrecerá entonces la imagen de *lo que se pretende* que comúnmente se opine, algo tanto más importante.

4.6.1. Jeremy Rifkin y Paul Mason, dos profetas de la era tecnológica

De manera general, Jeremy Rifkin y Paul Mason, impresionados por las posibilidades que abren las novedades de la cuarta revolución industrial, intentan hacer ver a sus lectores la capacidad que estos tienen para trascender las constricciones del sistema capitalista. Según ellos, nuestra actual dinámica socio-económica solo puede entenderse como un modelo basado en la escasez de recursos, característica que hace necesario que los bienes adquieran un valor de cambio en el mercado. No obstante, la economía a la que los dirigimos (mejor: a la que nos *podemos dirigir*) es una economía de *abundancia*, en que se haría posible superar muchos de los inconvenientes de nuestro sistema.

Los descubrimientos que están siendo realizados en el marco de esta nueva revolución tecnológica cumplen un papel decisivo en esa transición. En este sentido, los dos juzgan especialmente determinantes la nueva tecnología informática, (particularmente la impresión 3D); los bienes informacionales, *naturalmente* abundantes y que posibilitan mejoras logísticas a través del internet de las cosas, así como el aumento de la economía colaborativa, ya sea para la producción de conocimiento o *software* (*Wikileaks*, *Linux*) o la introducción de energías renovables por medio de cooperativas.

Por supuesto, ambos autores también tienen características que los diferencian. Rifkin, tal y como explica el propio Mason en su libro (2016: capítulo 5, 286¹⁴⁰), centra sus intereses demostrar que el sistema capitalista y la economía colaborativa abierta por la cuarta revolución industrial son dos procesos incompatibles que acabarán por hacer que superemos nuestro actual sistema socio-económico. El economista norteamericano (2014: capítulo 5, 157), que recurre a los estudios de Robert Solow, muestra que la productividad capitalista (motivo que alienta la dinámica productivista del capital) no se basa realmente en la introducción de maquinaria y el rendimiento del trabajo¹⁴¹. Con arreglo a sus explicaciones, la capacidad de aumento de la productividad reposa en la vinculación de estos dos elementos con uno más, que suele pasar desapercibido: la *eficiencia* en el uso de la energía, asunto en

140 Los libros de Paul Mason (2016) y Jeremy Rifkin (2014) utilizados para la confección de este trabajo se encuentran ambos en versión electrónica (.epub), cuya paginación depende del tamaño con que se lea el texto. Por ello, la numeración que aquí se ofrece, si bien coherente en términos internos —puesto que siempre se ha leído el texto usando el mismo tamaño— puede no coincidir con su versión impresa y/o otras ediciones electrónicas. Para evitar la confusión a que esta situación pudiera conducir, hemos optado por indicar, de manera excepcional, el capítulo en que se encuentran las diferentes citas a que hacemos referencia. Somos conscientes de que no se trata de un procedimiento ortodoxo. La necesidad nos ha empujado a esta solución ante la imposibilidad de hacernos con los libros en su versión canónica impresa.

141 De hecho, los análisis de Robert Solow acerca de la época industrial muestran que, *de facto*, solo un 14% de los aumentos de productividad son explicables únicamente en virtud de estos dos elementos (Rifkin 2014: capítulo 5, 157).

que es vital la posesión de una red de (tele)comunicaciones efectiva y rápida. Esta matriz de tres elementos, evidentemente, es extremadamente susceptible a las modificaciones que implementan las nuevas transformaciones tecnológicas. La cuarta revolución industrial incide extraordinariamente en esto último. De hecho, Rifkin afirma que hace posible que estemos alcanzando el sueño —anteriormente impensable— de hacer que ciertos bienes se conviertan en algo gratuito. Con ello, se modifica el estatus unívoco de los diferentes agentes mercantiles. Ya no somos, de manera alternativa excluyente productores o consumidores, sino que

...los consumidores se están convirtiendo en sus propios productores, eliminando la distinción. Los *prosumidores* [*prosumers*] podrán, cada vez más, consumir y compartir sus propios bienes y servicios con los demás en los comunes colaborativos, a un coste marginal que se aproxime a cero. (Rifkin 2014: capítulo 8, 278).

Basándose en esta explicación teórica, Rifkin pasa entonces a analizar ciertos fenómenos económicos que reposan sobre este cambio fundamental, haciendo patente la efectiva transformación sistémica que está sucediendo. Entre los fenómenos que nombra se encuentran los bienes informacionales de Internet (aquí tiene en cuenta la rápida transformación e implementación de *software* en carácter abierto), la introducción de las cooperativas en el espacio de las energías renovables, así como la impresión 3D y la educación gratuita, o a muy bajo coste, que están permitiendo algunos cursos universitarios impartidos por Internet. Todos ellos tienen características que indican, según Rifkin, que en un futuro no muy lejano “muchas —pero no todas— de nuestras necesidades materiales básicas serán satisfechas de manera casi gratuita en una sociedad prácticamente de coste marginal cero” (Rifkin 2014: capítulo 8, 279).

Por otro lado, el periodista británico Paul Mason, que se enmarca a sí mismo dentro de la tradición marxista, dice desarrollar una reflexión más atenta a los aspectos sociales, que Rifkin, según él (Mason 2016: capítulo 5, 286), no habría asumido adecuadamente en su aproximación. En su libro hay referencias a la teoría de ondas de Kondratieff y a la tesis, ya analizada brevemente, de la caída tendencial de la tasa de plusvalor. La asunción de dichos referentes teóricos, no obstante, no lo libra de ciertos argumentos excesivamente optimistas respecto a la posibilidad de que la cuarta revolución industrial pueda llevar a una superación de nuestro sistema. De hecho, su texto se dirige explícitamente a la formulación de los pasos

necesarios para tal meta, analizando los factores que podrían impedir su implementación y resaltando los elementos que podrían ayudar a tal transición. En términos concretos, para explicar las condiciones de posibilidad de su objetivo, Mason muestra cómo se relacionan (Mason 2016: capítulo 5, 287 ss.) la crisis económica de 2008, la teoría de las ondas económicas y las novedades de las nuevas tecnologías de la información.

De acuerdo a los planteamientos de este autor, las nuevas tecnologías han comenzado a erosionar las relaciones de propiedad tradicionales del capitalismo. Está comenzado a suspender, de entrada, el mecanismo de precios en el caso de los bienes digitales, reduciendo sus costes a cero. Asimismo, en tanto estas nuevas tecnologías añaden contenido de información a los bienes físicos, se está introduciendo paulatinamente a estos últimos en esta misma dinámica de reducción de costes e incluso “de manera frecuente, como en el caso de las zapatillas de deporte, haciendo que su valor dependa más bien en ideas socialmente creadas (la marca), antes que en el coste físico de producción” (Mason 2016: capítulo 5, 289). Esta situación financiariza la economía, lo que crea dos corrientes de beneficio para el capital: la proveniente del trabajo (que produce bienes, servicios y conocimiento) y la resultante de los créditos que los trabajadores asumen.

Puesto que la nueva tecnología de la información erosiona y disminuye el valor, las corporaciones están llevando a cabo una triple estrategia para su defensa. Esta incluye la creación de monopolios de información —pensemos aquí en las redes sociales o Google—, la defensa de los derechos de propiedad y, por último, la expansión cuantitativa de sus ventas. Asimismo, han comenzado a beneficiarse económicamente de la información producida socialmente, *monetizándola* gracias a la explotación de los datos de los consumidores.

No obstante, la táctica defensiva de las compañías, que expresan peligros reales que también Rifkin pone de manifiesto en su texto, tiene lugar junto a un fenómeno que para Mason puede servir para alimentar la esperanza: el aumento de la producción no mercantil. Esta, como se ha podido ver ya en anteriores líneas, se lleva a cabo a través de diferentes infraestructuras colaborativas, permitiendo la producción de ciertos bienes de manera completamente gratuita o bien con escaso valor comercial. Estas formas de producción que van más allá del mercado explotan la tendencia humana a la colaboración y, según Mason, están haciendo posible que una nueva sociedad se abra paso. La misma naturaleza del trabajo está cambiando, borrando la diferencia entre el empleo y el tiempo de ocio y requiriendo de los ciudadanos a la participación en la creación de valor en todos los aspectos de nuestra vida.

La principal contradicción a que hoy nos enfrentamos como sociedad, en las propias palabras del autor, es que

...[t]ecnológicamente, estamos encabezados a una situación de bienes a coste cero, un despegue exponencial en productividad y la automatización extensiva de procesos físicos. Socialmente, estamos atrapados en un mundo de monopolios, ineficiencia, las ruinas de un mercado libre dominado por las finanzas y la proliferación de “trabajos de mierda”. *Hoy, la contradicción principal en el capitalismo moderno se encuentra en la posibilidad de bienes gratis, abundantes, producidos socialmente, y un sistema de monopolios, bancos y gobiernos luchando por mantener el control sobre el poder y la información. Esto es, todo está invadido por una lucha entre la red [network] y la jerarquía* (Mason 2016: capítulo 5, 291, subrayado del autor).

Comprendido el marco general en que operan los argumentos de los dos autores, es momento de ver dónde se encuentran sus inconsistencias, centrándonos principalmente en Mason. Vaya por delante que ninguno de los dos teóricos presenta una situación de tránsito en términos idílicos. Los dos son conscientes de los problemas civilizatorios a que estamos enfrentados y marcan la destrucción ecológica como uno de los aspectos cruciales a que hemos de enfrentarnos (Mason 2016: capítulo 9, 474 ss., Rifkin 2014: capítulo 15, 592 ss.). Tampoco hacen oídos sordos a las diferentes estrategias empresariales que están teniendo lugar para contrarrestar los efectos emancipatorios de las nuevas tecnologías. Sea como fuere, ambos autores confían en la capacidad de la información de *generar valor*, un hecho que supone una verdad *solo a medias y de manera condicionada*, lo que olvidan sin remisión.

Para comprender el fundamento de los errores de la postura de Mason, puede ser útil hacer referencia a su reformulación de la teoría de valor marxiana. Para el periodista, la teoría del pensador alemán explica cómo el precio refleja la cantidad total de trabajo gastado para la producción de los diferentes enseres y/o servicios¹⁴². Los aumentos en productividad provienen a su vez de las transformaciones en el proceso productivo, algo que ya explicamos al referirnos al concepto de plusvalor relativo. Las nuevas tecnologías suponen tan solo el último paso en las mejoras dirigidas al aumento de la productividad, con la pequeña diferencia de que “con la tecnología de la información, puedes tener máquinas que no cuestan

¹⁴² Dada la diferencia entre magnitud de valor y precio realizado que hemos estado analizando en capítulos anteriores, esperamos que esta afirmación del periodista británico nos dé una ligera idea de cuán sólida es su fundamentación teórica.

nada, duran para siempre y no se rompen” (Mason 2016: capítulo 6, 330).

Con esta sorprendente y en apariencia imposible maquinaria, Mason se refiere al *software*, cuyos costes de actualización llevan mucho tiempo disminuyendo. Si bien acepta que el *hardware* que hace posible el funcionamiento de las diferentes tecnologías puede volverse obsoleto, llevándose con ello la ventaja que supone la posesión del *software*, no parece considerarlo un problema, puesto que “el mundo está lleno de viejo *software* que —si se pudiera encontrar el *hardware* correcto para hacerlo funcionar— podría funcionar para siempre” (Mason 2016: capítulo 6, 329). Aduce además que los costes de mantenimiento y actualización de los nuevos dispositivos tecnológicos lleva tiempo cayendo exponencialmente, tal como muestra el hecho, entre otros, de que en 10 años el coste de imprimir un millón de transistores en una pieza de silicona ha caído de un dólar a 6 céntimos (Mason 2016: capítulo 6, 330).

Ahora bien, ¿qué es lo que produce la nueva tecnología? Información, por supuesto. Esta ha de ser considerada como un producto que necesita energía para ser producido y que tiene una existencia material, porque consume electricidad y ha de ser almacenada en algún sitio. La mayor virtud de este bien y su gran potencia transformadora proviene de su similitud con la máquina: ambas tienen la capacidad de erradicar trabajo. La información sustituye trabajo barato por trabajo experto, elimina la necesidad de realizar ciertas operaciones, etcétera. Por todo ello, Mason afirma que tiene un valor, una utilidad determinada.

En este momento de la discusión, Mason acude al argumento marxiano, ya comentado, del fragmento de las máquinas. Siguiendo las palabras de Marx (Mason 2016: 336 ss.), comenta que podemos pensar en el *software* como una determinada máquina, mientras que la información producida por este puede ser conceptualizado bajo la forma de trabajo final. Esta analogía permite entender el mecanismo por el cual la información producida por nueva tecnología se transfiere al mundo de la economía de los objetos físicos. En términos clásicos, la nueva tecnología haría posible algo así como operar con *máquinas eternas*, lo que provoca que el valor añadido por estas al producto tienda a cero¹⁴³.

La propensión de la tecnología a la reducción total de sus costes de mantenimiento y reproducción puede parecernos algo positivo por sí mismo, pero Mason advierte de que pone

143Un corolario de su argumentación, teniendo en cuenta los argumentos expuestos en su texto, sería que, en virtud del mismo proceso, los bienes físicos también podrían ser potencialmente gratuitos. Tal como se ha comentado anteriormente, Mason afirma que la información se añade a estos, lo que está generando que se vean inmiscuidos en el mismo proceso de “paulatina gratuidad”, incluso llegando al punto en que su valor dependa en ideas socialmente creadas.

en peligro la capacidad del capital para la obtención del plusvalor. Esto desestabiliza el núcleo de nuestra base económica, lo que puede llevar a un cuestionamiento del sistema capitalista en términos generales.

No obstante, dicho peligro no significa que no sea posible la implantación de un capitalismo de la información. Llevarlo a la realidad (Mason 2016: 344), eso sí, exigiría la existencia de varios factores de difícil cumplimiento: a) practicar una intensa política de monopolio en los precios, b) extender de manera intensa los mercados más allá de la producción, introduciéndose en el plano de los servicios individuales y personalizados, y c) habría que encontrar una ocupación laboral para los millones de trabajadores cuyos puestos de empleo han sido automatizados, los cuales no podrían ser (al menos en el medio plazo, añadimos por nuestra parte) de baja cualificación, dado que el capitalismo necesita que los costes del empleo aumenten, tal y como muestra la teoría de las ondas de Kondratieff.

La dificultad para sentar las bases de realización de la situación que acabamos de describir tiene que ver, principalmente (Mason 2016: capítulo 6, 346), con el hecho de que la tecnología de la información no es, como la máquina de vapor, algo cuyo uso puede abandonarse. La tecnología de la información extiende su dinámica de reducción de costes en todos los ámbitos en que se inmiscuye. La segunda dificultad sería el rediseño del mercado de trabajo. No solo habría que mercantilizar esferas que hasta ahora se mantienen fuera del mercado (algo que en ciertos trabajos relacionados con el plano emocional, se está dando ya desde hace algún tiempo [Cederström y Fleming 2012]), sino que habría de hacerse a una escala de tal magnitud que chocaría con lo que André Gorz, según Mason, llamaba los “límites de la racionalidad económica”. De acuerdo con Mason siguiendo al autor francés, hay un cierto límite a partir del cual la vida humana resiste a la comercialización, siendo así que, aunque “se pudiera pagar un salario por el trabajo doméstico” o “convertir todas las relaciones sexuales en trabajo pagado” (Mason 2016: capítulo 6, 338), esta sería una economía en contra del progreso tecnológico en marcha. De esta manera, la nueva tecnología pone en peligro la propia capacidad del capitalismo para perpetuarse. Para Mason, queda claro: *“Una economía basada en información, con su tendencia a los productos a coste cero y unos derechos de propiedad débiles, no puede ser una economía capitalista”* (Mason 2016: capítulo 6, 350, subrayado del autor).

Podríamos entretenernos mucho en explicar los diferentes fallos de Mason de manera detallada, pero puesto que todos estos se reducen a un mismo error fundamental, de momento

vale con que, de entrada, los recapitulemos. Es evidente que este autor, a pesar de reclamarse marxista, tiene una comprensión insuficiente de la teoría del valor. En base a esta, tal y como la hemos explicado anteriormente, no es posible comprender la información como un tipo de trabajo finalizado ni el *software* como una máquina determinada. De haberla trabajado en profundidad, tampoco aduciría ninguno de los argumentos que se refieren a la redefinición del mercado de trabajo. Los puestos laborales, tal como en cierto modo puede deducirse de la teoría del límite interno del capital kurzeano, no son algo que pueda establecerse por la sola voluntad de los capitalistas individuales, sino que dependen esencialmente del plusvalor producido por un capital determinado y su capacidad para extender su producción, en el caso de que pudiera hacerlo. En último lugar, siendo quizá esto lo más fundamental, la información no es, por sí misma, *un valor*. Como hemos dicho antes, en un cierto sentido, puede ser capaz de aumentar el precio empírico de las mercancías, pero nunca *añadir valor*. La explicación de esta diferencia, que por nuestra argumentación anterior podemos adivinar a donde se dirige, es el que constituye el error fundamental de Mason en su argumentación.

En nuestra opinión, este autor realiza esta serie de afirmaciones erróneas y absolutamente inconsistentes en base a una hipóstasis de la tecnología de la información, cuya consideración se realiza de manera aislada respecto del marco económico que la posibilita y cuya contribución se valora como si esta pudiera tener lugar fuera de este. En otras palabras, la información puede, efectivamente, ser capaz de aumentar el precio empírico de los productos en el mercado (algo que Mason denomina “aumento del valor” de manera errónea), pero esto, solo y *únicamente* en el marco de una economía capitalista tradicional, *dependiente* en último término de la *realización de los productos en el mercado capitalista tradicional*.

Para comprender esto podemos hacer referencia al ejemplo de las zapatillas de deporte, que hemos visto utilizar al propio autor. Si bien es cierto que se podría argumentar que cierta “información” añadida a estas podría hacer aumentar su *precio empírico de mercado*, esto no quiere decir que haya de aumentar “su valor” o que “su valor” se tenga que ver modificado. El aumento empírico de la magnitud del precio, además, no es algo que ocurre en virtud de las propiedades únicas de la información, sino que solo se hace posible por el contexto de intensa competencia en que nos encontramos inmersos, que hoy más que nunca y especialmente en los centros capitalistas, es una competencia inducida por la necesidad de encontrar demanda solvente para la salida de los productos del mercado.

El olvido de esta necesaria interrelación existente entre las transformaciones tecnológicas y la matriz social capitalista en que son posibles es el factor que permite la entera argumentación de Mason. La posibilidad de una economía de “coste cero”, en el sentido como Mason (y, por supuesto, también Rifkin) argumentan, solo se puede asumir como algo verdadero si asumimos como algo natural e inamovible, como algo *dado por garantizado*, el espacio de la reproducción social capitalista, a pesar de sus posibles fallos e inconvenientes.

Honestamente, se nos hace muy difícil pensar un contexto económico global en que la tecnología de la información fuera posible, si esta comenzara a desestabilizar de manera seria los fundamentos capitalistas. No solo porque la economía se basa en algo más que “bienes informacionales” o “bienes inmateriales” —en cierto tono de humor, cabe preguntarse si estos autores comen chips para desayunar, por baratos que sean sus costes de producción— sino porque la matriz institucional que permite la estabilidad de la economía se da a través de unos Estados que están intensamente interrelacionados jurídica y financieramente con los poderes fácticos económicos. El olvido no solo alcanza, si se quiere, a las propias estructuras capitalistas. Ninguno de los dos autores dedica espacio a la interrelación entre la esfera interna de la reproducción capitalista (aquella que permite la reproducción de la fuerza de trabajo) y las nuevas tecnologías informacionales. Desde aquí nos gustaría saber si el internet de las cosas tiene la capacidad de facilitar el trabajo de cuidados y doméstico, o si eso, como la propia matriz capitalista, es también algo que “se da por garantizado” gracias al trabajo gratuito, tradicionalmente realizado por mujeres.

En definitiva, en ambos autores puede verse cómo hay un deleznable olvido del contexto socio-económico que hace posible la implementación de una determinada tecnología. Reiteremos el porqué: su argumentación y razonamiento se basa, de hecho, en la hipóstasis de algunas de las características fenoménicas que tiene esta nueva tecnología —en el *contexto condicionado económica y socialmente en que se encuentra actualmente vertebrado*— y su extrapolación a otros sectores y esferas, en nuestra opinión, exagerando enormemente sus consecuencias positivas.

En el caso de Paul Rifkin, este olvido se hace especialmente visible en su argumentación de la posibilidad de la “educación gratuita” que tendría lugar gracias a la interconectividad generada por las nuevas tecnologías (Rifkin 2014: capítulo 7, 242 ss.). Desde aquí, no vemos que haya “coste cero” alguno en la formación académica de una

persona. Incluso cuando no se tiene que pagar tasa alguna, se debe disponer de tiempo libre para la formación, lo que exige que una cierta parte de sus costes de reproducción estén cubiertos. Además, también hacen falta ciertas infraestructuras para poder conectarse a las clases (ordenador, conexión a Internet, etc.) que, a pesar de poder estar disponibles en instituciones públicas, en ningún caso se pueden considerar “gratuitas”. Del lado del/la docente tampoco hay “gratuidad” ninguna. El comportamiento del profesorado es solidario, puesto que, de manera altruista, deciden compartir su conocimiento y saber. No se trata en absoluto de un modelo generalizable: según tenemos entendido, la rama profesional de los/as docentes tienen, como el resto, la mala costumbre de comer y pagar las facturas, teniendo que restringir sus clases virtuales a una pequeña parte del tiempo de sus vidas.

A pesar de la sorna, entendemos el fondo de la argumentación de Rifkin: la suma de esos actos solidarios están creando una base de conocimiento gratuita en Internet que permiten la formación de manera autónoma. Pero en ningún caso llamaríamos a tal hecho “educación gratuita”, puesto que tal comportamiento solidario tiene como fundamento una educación institucional reglada de pago en la que sigue reposando el monopolio de la vigencia y prestigio de los títulos expedidos. Además, esta labor de aprendizaje y enseñanza tiene como condición de posibilidad de su difusión que los/las posibles receptores/as del saber posean ciertas infraestructuras materiales y tiempo libre, algo que a la sociedad, desde luego, tampoco le sale “a coste cero”.

Como hemos dicho al comienzo, no tenemos duda de la capacidad de transformación que posee la nueva tecnología de la información. Ahora bien, creemos que esta no tiene el impacto que profetizan estos autores y, lo más importante, ha de considerarse en su contexto de surgimiento. Solo de este modo podemos ser plenamente conscientes de lo que significa que la nueva economía de los “comunes colaborativos” (o, tal como se dice habitualmente en el entorno hispanohablante, *economía colaborativa*) sea capaz de dar lugar tanto a *Wikipedia* como a *Uber*, teniendo bien presente lo que esto significa¹⁴⁴. Ni debemos sobreestimar las

144 Fenómenos como *Uber* o *Glovo* muestran bien que el contexto social que permite la realización de una actividad de empleo se encuentra sistemáticamente obliterada en el marco de estas “nuevas economías”. Rifkin y Mason olvidan el entorno socio-económico que hace posible la tecnología de la información del mismo modo que algunas empresas (*Glovo*, *Deliveroo*) omiten que la relación laboral establecida con sus trabajadores no reúne las condiciones para su consideración como empleo autónomo: imposibilidad de los empleados de fijar tarifas, incapacidad fáctica de establecer de manera independiente sus horarios de trabajo, etc. No obstante, el estatuto de dichas compañías, su posible colisión con los derechos de los trabajadores y qué tratamiento han de tener, es algo que se encuentra actualmente en discusión. Que el debate sobre su consideración no es definitivo lo muestra la discusión judicial que está teniendo lugar a raíz de las dos sentencias emitidas hasta ahora como respuesta a las denuncias de los trabajadores de las empresas, precisamente, *Glovo* y *Deliveroo*, que, partiendo de aparentes similares hechos, llegan a diferentes

virtudes de la nueva economía, ni infravalorar los riesgos que arrostramos, hoy especialmente sombríos. Cerremos este capítulo analizando cuáles son. Por inquietantes que puedan resultar, el análisis teórico está siempre obligado a mirar al monstruo a los ojos.

4.6.2. Guía de supervivencia capitalista. *Lex mercatoria* y Tratados de Comercio e Inversión (TCI)

Al contrario de lo que Rifkin y Mason parecen creer, los problemas generados actualmente por el capitalismo van más allá de los retos, en absoluto insignificantes, de los peligros del monopolio de nuestros datos por parte de algunas empresas y el cambio climático. Antes bien, ambos desafíos deben ser abordados en el marco del intento de reestructuración de las bases económicas capitalistas, cuyas fuerzas dominantes buscan implementar una nueva constitución económica global. Para comprender la magnitud de esta ofensiva, ha de tenerse en consideración uno de los actores económicos actuales más importantes, las empresas transnacionales, comprendiendo bien lo que están intentando llevar a cabo en los pasos inmediatamente posteriores al proceso de globalización que ya explicamos.

De nuevo es Fernández Ortiz de Zárate (2018: 65 ss.) quien puede arrojar luz sobre este asunto. Dicho autor indica que la cuarta revolución industrial (2018: 58-59) es difícilmente conciliable con un sistema como el capitalista que, como recordaremos por Kurz, necesita crecer incesantemente. Ninguna mejora logística, o sea, una mayor eficiencia de utilización de los recursos, es capaz de sobrecompensar la destrucción y sobrecapacidad a que sometemos al entorno natural para la obtención de energía y materiales. Asimismo, la introducción de un supuesto capitalismo cognitivo (incapaz, como ya hemos mostrado, de generar *plusvalor*) podría coadyuvar aun más en el tránsito hacia su fracaso, al aumentar las esferas de la vida que todavía no se encuentran mercantilizadas, con todas las consecuencias negativas que esto podría tener en términos civilizatorios.

Fernández Ortiz de Zárate (2018: 65 ss.), en segundo lugar y bajo la conciencia de la constricción que implica el marco económico capitalista, nos explica cómo en la actualidad están teniendo lugar diversas tácticas que buscan afianzar la pervivencia del sistema

conclusiones —si bien ha de tenerse en cuenta que se habría podido probar en uno y otro caso—. Sea como fuere, habrá de esperarse a la decisión del Tribunal Supremo para sentar jurisprudencia definitiva (V. “Por qué la justicia ha fallado que los “riders” de Glovo son autónomos y los de Deliveroo son empleados”, noticia de Laura Olías publicada en *eldiario.es* el 19/09/2018, URL: [https://www.eldiario.es/economia/justicia-fallado-Glovo-autonomos-Deliveroo_0_816119148.html])

capitalista. Este, aunque esté obsoleto en términos estructurales —su éxito ha erosionado las condiciones de posibilidad internas que hacen posible su reproducción y perpetuación manteniendo ciertos niveles de inclusión laboral, paz social y bienestar para las poblaciones de los centros capitalistas situados en la cúspide— ha de intentar mantener el máximo tiempo posible su vigencia como sistema civilizatorio. Quiere buscar el mantenimiento del orden establecido, en términos económicos, institucionales y políticos, cuya interrelación ya hemos visto más arriba. Para tal fin, se sirve de diferentes estrategias, de las que vamos a nombrar las estrictamente económicas. En primer lugar, asistimos a la ampliación de la lógica mercantil, abriendo sectores antes reservados al dominio exclusivo del Estado y favoreciendo las relaciones de mutuo beneficio financiero en los sectores que intersectan la esfera pública y privada, dinámica en la que el sector de las energías renovables también está incluido.

Asimismo, el empuje de las multinacionales y su poder de influencia ha impuesto un nuevo derecho corporativo a escala global, una nueva *lex mercatoria* (Hernández y Ramiro 2015). Gracias a esta (Navarro Ruiz 2018f: 550 ss.) las grandes empresas son capaces de tutelar e imponer sus derechos, sin que existan a día de hoy los contrapesos o equilibrios necesarios que tengan una exigibilidad en términos de obligaciones lo suficientemente fuerte para compensarlos. En este contexto están surgiendo realidades jurídicas de uso habitual, tales como los códigos de conducta voluntarios, así como todo el discurso de la Responsabilidad Social Corporativa (Hernández Zubizarreta 2008, 2012). Por añadidura, la legislación mercantil, financiera y económica está teniendo lugar de manera preferente a través de acuerdos entre Estados y/o organismos supranacionales, como la Unión Europea. El mecanismo central de imposición de esta nueva constitución global son los Tratados de Comercio e Inversión (TCI) (Navarro Ruiz 2018f: 546-547), cuya proliferación ha sido exponencial a lo largo de los últimos años¹⁴⁵.

Estos tratados son convenios bi- o multilaterales que tienen un doble objetivo: por un lado, se busca facilitar el comercio entre los países firmantes a través de la homogeneización legislativa o la liberalización de mercados y diversos sectores, mientras que, por otro, se busca establecer garantías de las inversiones recíprocas en la posible relación financiera entre las partes. Aunque este doble objetivo se encontraba escindido en el pasado mediante acuerdos de comercio e inversión diferenciados, hoy se acuerdan todos los objetivos en

¹⁴⁵ La magnitud de este crecimiento se hace patente si tenemos en cuenta que a 15 de Diciembre de 2008 había 238 acuerdos de esta naturaleza notificados a la Organización Mundial del Comercio (OMC), vigentes o en vías de negociación. Según la OIT, hoy en día habría unos 2300 (Navarro Ruiz 2018f: 546).

conjunto. Por todo ello, puede decirse que en estos tratados se muestra claramente la nueva concepción de comercio internacional, una que ya no está regida por aranceles y que, incluso, va más allá de los bienes materiales, incluyendo los servicios. Asimismo, se verifica (Ortiz de Zárate 2018: 102 ss.) que la convergencia reguladora a escala global busca igualar, a la baja, los derechos de las personas, pueblos y la naturaleza, algo que se muestra bien en las características del la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión, más conocido por sus siglas en inglés como TTIP (*Transatlantic Trade and Investment Partnership*). Este es el gran acuerdo de comercio e inversión que ha de establecer las garantías legislativo-mercantiles entre EU y EE. UU.

Como bien es sabido por los periódicos, las negociaciones del TTIP están siendo llevadas a cabo con gran secretismo. Esto implica que todas las peculiaridades conocidas de este convenio provengan de las filtraciones de *Wikileaks* y *Greenpeace* Holanda que tuvieron lugar en 2014, algo que, en términos democráticos, resulta sencillamente intolerable. El trabajo activista, que en este asunto de cierta manera ha materializado lo mejor del famoso principio de la publicidad exigido a las leyes, ha ayudado a dilucidar los motivos de la discreción. Y es que el TTIP, con arreglo a los documentos filtrados, quiere implantar, entre otras cosas, una liberalización total de los servicios y la contratación pública, así como una eliminación de las barreras de acceso al mercado, lo que incluye todos aquellos límites no arancelarios de carácter administrativo.

No obstante, el punto más polémico hace referencia a la protección de las inversiones, para el que se propone un sistema de arbitraje privado. El *Investor-State-Dispute-Settlement* (ISDS) planteado en primer lugar ideó un sistema en que, sin pasar por las vías judiciales del país en cuestión, decidiera sobre el conflicto. Se trataba de un instrumento judicial al que tan solo tenía acceso las empresas extranjeras y que ofrecía escasas garantías de imparcialidad procesal dadas su características¹⁴⁶. El revuelo causado por la filtración de tal información llevó a la creación de otro instrumento (ICS), que a pesar de incluir algunas mejoras, no solventa todos los aspectos problemáticos.

Si todavía alguien se atreviera a afirmar que la situación ante la que nos encontramos no es lo suficientemente grave, debería atender a algunas de las características de otro gran acuerdo que están negociando 51 países, incluyendo a la UE: el Acuerdo sobre el Comercio de Servicios, conocido también por sus siglas en lengua franca, TiSA (*Trade in Services*

¹⁴⁶Los árbitros que habían de decidir sobre el posible conflicto de inversión empresa-Nación no eran jueces, sino abogados que ejercían de tales en tribunales constituidos *ex profeso*.

Agreement)¹⁴⁷. Por no extendernos más de lo necesario, no entraremos en sus detalles. Como única muestra (Sinclair 2017: 16-17), vale decir que gracias a las filtraciones de *Wikileaks* de 2015 se ha podido comprobar, de entrada, que el enfoque respecto a la cobertura de servicios se da desde un enfoque de listas negativas. Esto significa que el acuerdo incluye absolutamente *todos los servicios* y se ha de enumerar, *de forma concreta y explícita*, aquellos sectores que se desean excluir, lo que implica que el enfoque es, cuanto menos, extremadamente intrusivo. Igualmente grave es, adicionalmente, el principio del mantenimiento del *statu quo*, que implica la incapacidad de retroceder en la legislación asentada en los acuerdos. En otras palabras, no hay posibilidad alguna de revertir lo legislado si se viera que sus consecuencias están siendo dañinas para las poblaciones que las sufren.

Tras el breve análisis realizado, no resulta una exageración proveniente de un discurso radical decir que los tratados de comercio e inversión buscan imponer una asimetría legislativa de enormes dimensiones entre las empresas y los estados. Esta merma de manera considerable la capacidad de los últimos para proteger sus recursos, la vida y derechos de sus poblaciones, poniendo en peligro al —dicho groseramente— 99%. Los espíritus más optimistas podrían argumentar que este tipo de regulaciones vienen a mostrar la creciente debilidad en que se encuentra el poder empresarial y financiero global, que cada vez necesita de medidas de represión y control más intensas y coercitivas para el mantenimiento del *statu quo*. Desde luego, dicho argumento tiene una parte de razón que resulta levemente esperanzadora.

No obstante, teniendo en cuenta que los mecanismos de orden y control pasan hoy por las instituciones establecidas por los Estados, es evidente que la implementación, siquiera parcial, de cualesquiera de estos tratados, supondría una grave amenaza a nuestros derechos. Todavía habría quien podría decir que, precisamente por ello, lo que habría que hacer es instaurar espacios de poder alternativos a los estatales. Dicha opción, que sin duda resulta interesante para ciertos sectores y ámbitos de la reproducción social (producción y distribución de alimentos a pequeña escala, por ejemplo) no resulta una alternativa viable, bajo nuestro punto de vista, desde el punto de vista transnacional en que se constituyen estas legislaciones. A pesar de todo, lo que aquí se ha presentado no busca sumirnos en la desesperanza. Más bien, busca ser consciente de los peligros para poder articular respuestas a

147 Cabe decir que las negociaciones se encuentran actualmente suspendidas (Sinclair 2017: 41 ss.). Para el lector puede ser útil para adentrarse en este tratado la lectura de una versión más reducida y periodística, algo ofrecido en “Las diez amenazas del pacto secreto TiSA al sistema financiero mundial”, por Carlos Enrique Bayo, *Publico*, publicado el 02/07/2015.

la altura, en lugar de —como pretenden Mason y Rifkin— regalar la conciencia crítica a un análisis de futuro que no asume las zonas más oscuras de lo que parece que se avecina. Motivo de más, por tanto, para ahondar en sus bases fundamentales y en las propuestas que están trabajando por la transformación, tal y como nos hemos propuesto para el resto de este trabajo. Como ya hemos anunciado, en los siguientes capítulos estudiaremos, por orden de aparición, la relación del capital con el género, naturaleza y raza. Veamos qué posibilidades nos ofrecen tales asuntos.

PENSAR EL PRESENTE CON Y MÁS ALLÁ DE MARX

Algunas palabras introductorias

Como hemos anunciado, en esta sección vamos a dar cuenta de las áreas de pensamiento en que, desde hace ya bastante tiempo, se está realizando la reflexión más profunda sobre las características civilizatorias del sistema capitalista, es decir, el análisis del capitalismo como una determinada forma de vida que condiciona la reproducción social a escala global. Con esta sección pretendemos indicar aquellos aspectos de las propuestas que, más allá del planteamiento marxista de la *Wertabspaltungskritik* podrían posibilitar un reflexión sobre el presente más adecuada para la realidad actual. A lo largo de nuestras explicaciones, no dejaremos de subrayar aquellos aspectos o conceptos que podrían vincularse fácilmente con la línea de pensamiento encabezada por Robert Kurz, para seguir poniendo de manifiesto el carácter de transición de esta corriente. Sin menoscabo de estas consideraciones, nuestro objetivo principal, aquí, es exhibir las virtudes de las propuestas que vamos a considerar.

La estructura de esta sección sigue un esquema muy sencillo. En primer lugar, en el capítulo 5 vamos a exponer la vinculación entre el género y el sistema capitalista, es decir, siguiendo la terminología de Santos, aquellos puntos de conexión existentes entre este y el espacio social de la dominación del ámbito doméstico. En segundo lugar, trataremos la relación entre este y nuestro entorno natural, lo que habitualmente se denomina “naturaleza” o “medio ambiente”, argumento que vertebra nuestro sexto capítulo. Por último, trataremos la relación entre este y el concepto de “raza”, incluyendo el proceso histórico de la colonización, que explicaremos en el séptimo capítulo. En todos ellos, como vamos a comprobar, comenzaremos con un examen de la relación de los diferentes ámbitos con ciertos escritos y/o interpretaciones de Karl Marx. A continuación, presentaremos algunas líneas teóricas enraizadas en planteamientos marxistas que están intentando realizar una reflexión a la altura del tiempo histórico, atento a la diversidad de factores que hoy se imponen como parte necesaria del análisis filosófico, político y social.

Capítulo 5. Líneas de intersección entre género y capital: trabajo de reproducción, cuidados e interdependencia

La ampliación de la baja paternal les parece sin embargo “un poco chorra”: “¡Pero si la van a usar para irse a jugar al pádel!”. ¿Ellas tuvieron ayuda? “De la chica”, “de mi suegra”, contestan sin pensar siquiera en los maridos (aunque María defiende al suyo, que siempre volvía para el baño). ¿Y cómo hacen sus hijas y nueras? “También con chica... pero externa”. Imposible no preguntar por feminismo. “Se han pasado de frenada”, opinan ya en los postres. (Mujeres de clase social alta en conversación dos semanas antes de las elecciones generales celebradas en España el 28 de Abril de 2019. Disponible en “Fabada con señoras bien”, Patricia Gosálvez, *El País*, 14 de Abril de 2019).

5.1. Breves consideraciones sobre Marx y el papel de las mujeres en el capitalismo

Ya al comienzo de este trabajo habíamos advertido sobre la necesidad de separar nítidamente la figura de Karl Marx, como personaje histórico, de sus escritos de Economía Política. Realizamos esta observación teniendo en particular consideración los escritos marxianos acerca del papel de la mujer dentro del proceso de transformación de las estructuras familiares durante la implementación del capitalismo industrial, puesto que estos acarrearán algunas sorpresas.

De manera general, resulta certero afirmar que ciertas aseveraciones del filósofo de Tréveris, en estos asuntos, han de ser consideradas fruto de disposiciones mentales patriarcales y una moral burguesa intensamente interiorizada. A pesar que, desde nuestra perspectiva actual, algunas de sus declaraciones pudieran ser óbice para una valoración general negativa de sus escritos, lo cierto es que, considerando las circunstancias, no es del todo adecuado desdeñarlos.

En primer lugar, porque cada tiempo histórico carga a los individuos con sus lugares comunes y prejuicios, imposición de la que pueden zafarse únicamente por medio del ejercicio del pensamiento propio. Este suele encontrarse motivado por la constatación de

contradicciones y/o inconsistencias entre las ideas implantadas y las vivencias personales individuales. Por las características de su vida, es probable que Karl Marx, un varón educado en la tradición filosófica alemana, no tuviera muchas ocasiones para verse expuesto a cuestionarse sus propias posiciones. Esto, sin ser una circunstancia eximente, puede servir como factor explicativo.

Además, en segundo lugar, rechazar a Marx nos haría perder una teoría explicativa que, a diferencia de otras propuestas, no es constitutivamente ciega al género¹⁴⁸. Sus escritos de Economía Política, como veremos líneas más abajo con la teoría de la reproducción social, dejan espacio para una reflexión que pone en el centro la importancia del trabajo reproductivo realizado tradicionalmente por mujeres. Este ejercicio, que se puede realizar fácilmente sin tener que violentar la letra del pensador alemán, nos permite seguir utilizando uno de los análisis filosóficos más potentes del sistema económico-social del capitalismo completándolo con aquellas cuestiones que desgraciadamente, no pudo o no quiso ver.

Cabe decir que más allá de Marx, la ceguera del marxismo obrerista a aspectos de género ha sido analizada desde sus mismos comienzos. En esta labor encontramos nombres célebres como los de las políticas Alexandra Kollontai y Clara Zetkin, así como algunos menos conocidos, como Claudia Jones. Desde una perspectiva más propiamente teórica, deberíamos nombrar el trabajo de Raya Dunayevskaya¹⁴⁹. Sin menospreciar el justo reconocimiento que merecen estas mujeres, a continuación vamos a centrarnos únicamente en la figura de Marx a través del trabajo de Brown (2012) y Federici (2018).

¹⁴⁸Puede afirmarse, como explicaremos un poco más adelante, que la teoría económica ortodoxa centrada en el modelo explicativo del *homo oeconomicus* es en cierto sentido constitutivamente ciega al género o, cuanto menos, al trabajo de reproducción que ha sido tradicionalmente asignado a las mujeres, algo que ya vimos con la teoría de Roswitha Scholz.

¹⁴⁹Las figuras de Alexandra Kollontai y Clara Zetkin están fuertemente arraigadas en la tradición política del pensamiento socialista y comunista, por lo que consideramos que no necesitan ser presentadas en modo alguno. No es este el caso de Dunayevskaya o Jones. La primera de ellas fue un personaje muy activo en el comunismo americano de principios del siglo XX y llegó a trabajar como secretaria-traductora de Leon Trotsky durante el exilio de este último en México. Considerada fundadora del marxismo humanista, tiene como obras referentes *Marxismo y libertad. Desde 1776 hasta nuestros días* (Dunayevskaya 2007) o *Rosa Luxemburgo, la liberación femenina y la filosofía marxista de la revolución* (Dunayevskaya 2017). La figura de Claudia Jones es tal vez aún más ignota. Nacida en Trinidad en 1915, emigró joven a Estados Unidos junto a su familia, donde llegaría a presidir la comisión de mujeres del Partido Comunista Estadounidense. Gran oradora y de facilidad para la palabra escrita, se vio expulsada del país con la instauración de las políticas de McCarthy. Esto la condujo a terminar sus días en Londres, donde hoy su tumba está situada a no muchos metros de la de Marx. Entre sus escritos ha de nombrarse “An end to the Neglect of the Problems of the Negro Woman!” de 1949, donde realiza un fino análisis de las condiciones de los trabajos de las mujeres negras en EE.UU., poniendo de relieve cómo los factores raciales y de género son particularidades que se convierten en dificultades añadidas en la sociedad estadounidense de aquella época. Más adelante comentaremos cómo el trabajo doméstico se ha convertido hoy en un paradigma del trabajo migrante neoliberal. Leer a Claudia Jones muestra que esta ocupación no supone nada nuevo para los grupos sociales sujetos a múltiples ejes de opresión.

Estas dos pensadoras buscan contextualizar históricamente las afirmaciones de este autor. Brown, que parte de una posición más piadosa con el pensador alemán, subraya con intensidad lo novedoso de los apuntes de Marx acerca de las transformaciones de la estructura familiar a raíz de la imposición del sistema capitalista (Brown 2012: 97 ss.). Su misma consideración, algo que a nosotros puede parecernos una constatación baladí, ya convierte a Marx en uno de los pocos teóricos de su tiempo que admitían que la familia era una estructura histórica, incluida su materialización burguesa. Su posición ante tales transformaciones es ambigua—de una parte, acentúa la creciente independencia de las mujeres, de otra, las preocupantes dificultades para el cuidado infantil (una tarea que, por cierto, asigna de manera acrítica a las mujeres)— pero este autor asume que bajo una sociedad comunista, la estructura familiar podría renovarse, abriendo el espacio para una reflexión emancipadora. Como decimos, solo cabe considerarlo como una posibilidad, pues hay dos atributos formales de todos estos textos que dificultan interpretarlo como un aliado del discurso feminista: la parquedad en palabras y el carácter abstracto del discurso (Brown 2012: 210 ss.).

A pesar de las dificultades, pueden encontrarse ciertos elementos positivos en su teoría. Algunos de ellos tienen que ver con el desarrollo de su posición respecto a los derechos de las mujeres al calor de las propias luchas de las obreras¹⁵⁰ o la demostración de su comprensión de ciertos problemas específicos al género femenino, en el marco de su labor periodística. Esto es algo que mostró muy bien su artículo para el *New York Tribune* del 23 de Julio 1858 dedicado a Lady Bulwer Lytton (Marx, MEW 12: 527-532, Brown 2012: 216-217).

La protagonista de esta noticia, que publicaría varios libros a lo largo de su vida, fue esposa de un reputado político de la época, con quien no mantuvo una buena relación. Una vez su marido mostró sus ambiciones políticas, Bulwer Lytton lo denunció públicamente para que se supiera las verdaderas virtudes de su cónyuge, causando bastante revuelo. Como consecuencia de la denuncia, el político, buscando protegerse, hizo que se encarcelara a su mujer utilizando como excusa su supuesta demencia. Marx, en el escrito que comenta este acontecimiento, denuncia el alboroto público causado, el comportamiento hipócrita de algunos protagonistas y la mala praxis de muchos de los periódicos y profesionales de la época, incluidos los servicios médicos. Aunque Brown señala la simpatía con la que es

¹⁵⁰Marx, como secretario de la Primera Internacional (1864-1876), se opuso a la exclusión de las mujeres del trabajo fabril.

retratada la protagonista (algo que denotaría un interés de este autor por algunas de las estrategias para el disciplinamiento femenino) por nuestra parte nos parece que el texto en cuestión quiere señalar, más bien, la podredumbre de las posibles relaciones viciosas entre poder, dinero y ética profesional. En cualquier caso, resulta reconfortante encontrar este tipo de manifestaciones entre los pensamientos de este autor.

La compilación de textos de Federici resulta más claro en su posicionamiento. Para la autora italiana (Federici 2018: 48) el motivo de la ausencia del género en los escritos de Marx se explica por la importancia secundaria que estas cuestiones tenían en su obra y denuncia, como Brown, la naturalización del trabajo doméstico —o sea, su asignación automática a las mujeres— que tiene lugar en la obra del filósofo alemán. Con arreglo a lo expuesto en *El patriarcado del salario*, ambas características explican (Federici 2018: 52) que las referencias a la familia, la sexualidad o el trabajo de las mujeres sean inexistentes en aquellas secciones de *El Capital* donde, con mayor motivo, cabrían esperarse: en la explicación de la división social del trabajo o bien, en lo que compete a los salarios. En ambos ámbitos de problemas, el argumento central de Marx en lo concerniente a la relación familia-capitalismo es que el trabajo industrial tiene la capacidad de cambiar las estructuras familiares. Para la autora italiana, dicha afirmación denota que el discípulo de Hegel poseía una concepción que podemos tildar de *desarrollista*, que veía en dicha forma de trabajo un factor generador de progreso. Aunque tal afirmación no se expresa de manera explícita, según Federici,

...no cabe duda de que la hipótesis de Marx de que el desplazamiento de la industria doméstica provocado por la gran industria produciría una sociedad más humana se basa en la idea [...] de que el trabajo industrial es algo más que un multiplicador de la fuerza de producción y una (presunta) garantía de abundancia social. Constituye el creador —potencial— de un modo distinto de asociación cooperativa y un modo diferente de ser humano, liberado de la dependencia personal y no “limitado” a un conjunto determinado de habilidades, por lo que es capaz de participar en una amplia variedad de actividades y de tener el tipo de comportamientos necesarios para una organización “racional” del proceso de trabajo. (Federici 2018: 52).

Si bien es cierto que podríamos discutir en ciertos aspectos el peso a la concepción desarrollista de Marx¹⁵¹, Federici acierta al poner sobre la mesa la ausencia de la noción de

¹⁵¹El argumento de Federici adolece, tal vez, de una mirada que insiste tal vez poco sopesadamente sobre el juicio positivo que Marx tenía sobre la capacidad de generación de progreso y desarrollo del trabajo industrial. Como veremos más adelante, esta postura, si bien siendo completamente acertada, habría de ser

trabajo reproductivo, incluso cuando Marx argumenta explícitamente en *El Capital* sobre su relación con el consumo, quizá de manera inadvertida. La autora italiana (Federici 2018: 57 ss.) nos remite a una nota a pie del capítulo “Maquinaria y gran industria” donde el autor pone de manifiesto la imposibilidad de sustituir ciertas funciones familiares a través de sustitutos del mercado, lo que lleva a la necesidad de contratar los servicios. Esta cuestión, como se verá en relación a la cuestión del trabajo doméstico, no ha perdido vigencia¹⁵². En cualquier caso, es inexplicable que, incluso cuando se refiere a estas cuestiones de manera tan directa, Marx sea incapaz de hacer referencia a los trabajos asignados a las mujeres.

Aunque resulte difícil encontrar motivos a esta actitud teórica de Marx, Federici ensaya que podría haberse debido a que su propio horizonte histórico —o mejor, el paisaje histórico que utilizó para la descripción de la materialización del capital, la Inglaterra del siglo XIX— le mostraba a familias enteras encerradas en las fábricas, lo que impedía que nadie se hiciera cargo del trabajo en casa¹⁵³. A pesar del esfuerzo, dicho argumento no

ligeramente matizada teniendo en cuenta algunos de los textos de Marx respecto a la comuna rusa o su cambio de opinión respecto al proceso de colonización francesa e inglesa. Es cierto que en Marx hay espacio para realizar tal lectura ilustrada del desarrollo de las fuerzas productivas, y que peca de “estrabismo productivista”, un término que vamos a explicar un poco más abajo. No obstante, realizar este tipo de afirmaciones categóricamente no debe llevarnos a la afirmación de la estructura de un despliegue histórico unilineal y determinista propio, más bien, del marxismo obrerista soviético.

152El pasaje de la nota a pie al que se refiere Federici es el siguiente: “Como no es posible suprimir totalmente ciertas funciones de la familia, como por ejemplo las de cuidar a los niños, darles de mamar, etc., las madres de familia confiscadas por el capital tienen que contratar a quienes las remplace en mayor o menor medida. Es necesario sustituir por mercancías terminadas los trabajos que exige el consumo familiar, como coser, remendar, etc. El gasto menor de trabajo doméstico se ve acompañado por un mayor gasto de dinero. Crecen, por consiguiente, los costos de producción de la familia obrera y contrapesan el mayor ingreso. A esto se suma, que se vuelven imposibles la *economía* y el *uso adecuado* en el consumo y la preparación de los medios de subsistencia.” (Marx, MEW 23: 418 [482], subrayado del autor). Además de considerar la obra de Marx, en otro pasaje del libro, (Federici 2018: 95-96) la autora italiana indica que la obliteración del trabajo doméstico como un tipo de trabajo ha sido una constante en el discurso marxista. Se ha considerado de manera unilateral un vestigio de las formas precapitalistas de organización “al ser un trabajo que se desarrolla en casa, se organiza de forma no colectiva y no cooperativa y se realiza a un bajo nivel de desarrollo tecnológico” (Federici 2018: 95). Únicamente gracias a que las mujeres, a lo largo de los años 60 y 70 del pasado siglo, levantaron la voz acerca de la importancia de este trabajo (algo que por supuesto se materializó en la discusión teórica, algo que mencionaremos un poco más abajo) se pudo mostrar cuán “socialmente necesario” y productiva es este labor, aunque no se pueda mecanizar ni organizarse industrialmente.

153Para apoyar su argumento, la filósofa italiana utiliza otro célebre pasaje de Marx, en el que, de paso, se puede ver que Marx no asumía como algo problemático la asignación automática de los trabajos domésticos a las mujeres. Se trata de un pasaje algo anterior al que hemos citado anteriormente, presente también en el capítulo “Maquinaria y gran industria”: “Durante la crisis del algodón provocada por la guerra civil norteamericana, el gobierno inglés envió al doctor Edward Smith a Lancashire, Cheshire, etc., para que informara acerca de la situación sanitaria entre los obreros elaboradores de aquel textil. Smith informó, entre otras cosas, que desde el punto de vista de la higiene la crisis, aun dejando a un lado el hecho de que alejara de la atmósfera de la fábrica a los obreros, presentaba otras muchas ventajas. Las obreras disponían ahora de ratos libres para amamantar a sus pequeños, en vez de envenenarlos con *Godfrey's cordial* [un opiáceo, CNR]. Disponían de tiempo para aprender a *cocinar*. Este arte culinario, por desgracia, lo adquirían en momentos en que no tenían nada que comer. Pero puede verse cómo el capital, con vistas a su

soluciona la cuestión, pues la población femenina de las fábricas no sobrepasaba el 30% y, además, la actividad legislativa de la época —con la *Ten Hours Act* de 1847¹⁵⁴ como cristalización de los esfuerzos políticos— demuestra con claridad que las posibles dificultades en la relación entre trabajo doméstico/de cuidados-trabajo industrial-población obrera femenina era un asunto muy presente en la agenda política, un debate no exento del miedo de los hombres a la usurpación del privilegio masculino, a causa de la creciente independencia de las mujeres gracias al trabajo asalariado (Federici 2018: 72).

Es justo la actividad legislativa de la época lo que permite contextualizar históricamente todos estos asuntos, poniendo negro sobre blanco la capacidad de transformación del trabajo capitalista sobre las estructuras familiares. Poco después de la aprobación de la *Ten Hours Act* y especialmente hasta finales de siglo (Federici 2018: 74-76) se hicieron patentes las dificultades de la industria inglesa y estadounidense para la contratación del nuevo tipo de trabajador que necesitaban, más fuerte y productivo. El motivo subyacente fue el paso de la industria ligera a la pesada, que pusieron el acero, el hierro y carbón como materias primas y fuentes de energía fundamentales y que fomentó, entre otras cosas, la creación de la red de ferrocarril. En consonancia con los nuevos tiempos, la nueva teoría para el aumento de la productividad y explotación del trabajo imponía una jornada laboral menos extensa y la mejora de las condiciones de la clase obrera gracias a las labores y cuidados de las esposas, una concepción que expresó muy bien Marshall en sus *Principios de Economía* de 1890. Este autor relacionó la mortalidad infantil con la falta de cuidados maternos y dijo que esta figura, la materna, era “la primera y más poderosa influencia” sobre la “habilidad general” para trabajar (Marshall 1938: 195-196, 206-207, en Federici 2018 75-76).

Teniendo en cuenta las características de la nueva ideología empresarial, no sorprende que esta época viera, en estas regiones, la paulatina extensión del modelo familiar burgués que se consolidaría definitivamente algo más adelante con cierta ingeniería social implementada por personajes como Henry Ford. Sin embargo, para ver claro el despliegue de estas transformaciones, resulta necesario que pongamos en el centro de la discusión el trabajo de reproducción y su relación con el modelo capitalista. Incluso asumiendo las dificultades y

autovalorización, ha usurpado el trabajo familiar necesario para el consumo. La crisis, asimismo, fue aprovechada para enseñar a *coser* a las hijas de los obreros, en escuelas especiales. ¡Para que unas muchachas que hilan para el mundo entero aprendiesen a *coser*, hubo necesidad de una revolución en Norteamérica y de una crisis mundial!” (Marx, MEW 23: 417 [481]).

154Esta ley aprobada por el parlamento británico restringió el trabajo de mujeres y niños en la industria textil a un máximo de 10 horas al día.

notables ausencias señaladas en el discurso de Marx, ya hemos adelantado cómo su teoría deja espacio para tal ejercicio, algo que han mostrado de manera brillante las pensadoras de la teoría de la reproducción social (SRT). Pasemos, por ello, a mostrar en qué consiste su teoría.

5.2. Género y capital. Un camino para la teoría marxista: la teoría de la reproducción social (SRT)

Antes de introducirnos propiamente en la teoría de la reproducción social¹⁵⁵, quizá sea necesario dedicar unas pocas líneas a presentar algunas de las líneas generales de desarrollo que ha seguido la reflexión entre la relación entre género y capital a lo largo de los últimos años. Con ello buscamos contextualizar algo mejor la teoría de la que vamos a hablar, pero, como cabe esperar, la presentación que aquí vamos a realizar será comprimida, no pudiendo ser asumida como un mapa riguroso de este ámbito de pensamiento. Nuestra intención es mucho más modesta: resaltar algunos problemas discutidos en el pasado que, sin ser causa eficiente de los planteamientos de la teoría de la reproducción social, pueden ayudar a explicar sus preocupaciones.

De entrada, se han de realizar algunas advertencias. A causa de la humildad de nuestro interés, en esta sección no vamos a distinguir taxativamente la disciplina de la Economía Feminista, cuyo surgimiento puede situarse a partir de la década de los sesenta y setenta, del pensamiento crítico acerca de las relaciones entre género y economía. La última es una noción que hemos de considerar como algo más amplio, en la que habríamos de incluir corrientes más propiamente filosóficas, sea la tradición marxista de pensamiento en relación al género (Delphy) o el Ecofeminismo (Mies y Shiva 2014). Asimismo, hay que advertir que suprimimos la consideración de planteamientos económicos que asumen el marco económico neoclásico de carácter androcéntrico e intentan, sencillamente, introducir la variable de género en sus análisis. Este es el caso de la Nueva Economía de la Familia (NEF) desarrollada por Gary Becker, que, según la terminología de Pérez Orozco (2006a: 52-65) puede ser tildada como una forma de “Economía del Género”¹⁵⁶. No obstante, este hecho no

¹⁵⁵La presente y siguiente sección de este capítulo es una versión ligeramente modificada del manuscrito preparado para el volumen *Historia conceptual de la pobreza*, editado por Juan Manuel Forte Monge y Nuria Sánchez Madrid, que previsiblemente verá la luz entre finales del año 2019 o comienzo del 2020. Dado el estado en ciernes de su edición, todavía en una fase muy inicial, hemos optado por hacer la referencia mediante esta nota a pie de página.

¹⁵⁶Para una consideración más rigurosa de las diferencias entre las diferentes ramas de la Economía Feminista, puede consultarse, sin duda alguna, el ya mencionado Pérez Orozco 2006 y, por lo que respecta a los orígenes y pioneras del pensamiento económico, Carrasco 2006. Para una primera aproximación resultan muy útiles, asimismo, las introducciones realizadas en Alemany, Borderías, Carrasco 1994, en Carrasco

será óbice para obliterar la mención de ciertos instrumentos económicos y críticas que —sin cuestionar el fondo del sistema económico androcéntrico— coadyuvan en mostrar sus zonas de sombra, algo que veremos líneas más abajo. Por último, se ha de advertir que aquí también dejamos de lado la consideración de los aspectos historiográficos (Carrasco, Borderías, Torns 2011: 14-15, Humpries 1994). A pesar de su importancia para el desarrollo de la reflexión, no inciden de manera directa en nuestro objeto de estudio.

Asumido esto, puede decirse que el pensamiento crítico de la relación entre género y economía nació en el siglo XIX, en la época de la primera ola del feminismo, a partir de la constatación del sesgo androcéntrico de la teoría económica neoclásica y su contendiente marxista (Carrasco 1999: 12-13). Mientras que la teoría neoclásica naturalizaba las posiciones sociales de hombres y mujeres en el sistema económico, la teoría marxista operaba con categorías ciegas al género como “proletariado” o “explotación”. A raíz de sus presupuestos teóricos, ambas teorías eran incapaces de hacer visible el rol de las mujeres dentro del sistema económico y poner en valor su contribución al mismo.

En los años 60 y 70 del pasado siglo, esta corriente de pensamiento se impulsó de manera definitiva por medio de la discusión de dos conjuntos de problemas. El primero de ellos fue la introducción en el debate del problema del “trabajo doméstico”, que tuvo entre sus referentes a autoras marxistas como Delphy y a una de las teóricas del trabajo de reproducción social, Mariarosa Dalla Costa. El debate (Carrasco 2006: 12) jugaba en un plano de abstracción y concreción conceptual que lo hizo algo estéril en términos prácticos, si bien tuvo la virtud de poner en la agenda la noción de reproducción, ámbito que posteriormente, obligaría a autoras como Picchio desarrollar conceptos y teorías que fueran capaces de asumir la complejidad del trabajo asignado a las mujeres.

El segundo aspecto que jugó un papel catalizador en el desarrollo de la Economía Feminista y que resulta de importancia para comprender el contexto de surgimiento de la teoría de la reproducción social, fue el desarrollo de las teorías duales provenientes del feminismo socialista y marxista, ejemplificado en el célebre artículo de Hartmann “El infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo” (Hartmann 1979 [1987]). El surgimiento de estas teorías se explica por la influencia del feminismo radical, en aquel entonces muy en boga, que pusieron en circulación como categorías analíticas centrales el concepto de “género” y “patriarcado” (Vila 1999). El problema fundamental de este tipo de teorías (Carrasco 1999:

1999 y en Carrasco, Borderías, Torns 2011. Una panorámica general de la relación existente entre los términos “trabajo” y “mujer” desde un enfoque filosófico se encuentra en Ferguson, Hennesy y Nagel 2019.

27-29, Alemany, Borderías, Carrasco 1994: 50-54) consiste en la polarización de la dicotomía capitalismo-patriarcado, que, bajo el punto de vista de estas autoras, se comprendían como dos sistemas prácticamente autónomos. Esto dificultaba enormemente la tarea de integrar los análisis provenientes de cada una de estas lógicas funcionales y cristalizó en la diferente consideración del trabajo doméstico y asalariado en el caso específico de las mujeres, trasladando los problemas al análisis del mercado laboral.

A pesar de las dificultades, o mejor, precisamente a causa de ellas, el interés y los estudios enmarcados dentro de la disciplina de la Economía Feminista no han dejado de crecer desde entonces. Los temas de discusión, tal como propone Cristina Carrasco (2006) pueden dividirse en cuatro grupos generales.

Un primer aspecto sería la crítica metodológica y los fundamentos de la teoría económica ortodoxa, un ámbito en el que podríamos incluir la ya mencionada crítica filosófica del Ecofeminismo (Mies y Shiva 2014, Mies 1998), así como la Economía Feminista en su vertiente más rupturista (Pérez Orozco 2006a: 138) y la atención al problema del *homo oeconomicus*. Los últimos dos asuntos, por su importancia y relevancia en el campo de la reflexión crítica, los trataremos más tarde en nuestra argumentación. En segunda instancia, puede decirse que las especificidades del trabajo de las mujeres y las actividades asignadas a su género resultan de gran importancia. Aquí han de nombrarse asuntos tan dispares como el desarrollo de instrumentos conceptuales para la medición del trabajo doméstico (Carrasco y Mayordomo 1999) y usos del tiempo o, por otra parte, el análisis segregado por género de las condiciones del mercado de trabajo y la consideración específica del trabajo doméstico, que también trataremos posteriormente. También destaca la introducción del término del trabajo de “cuidados” gracias a teóricas como Himmelweit (Carrasco, Borderías, Torns 2011: 37-39)¹⁵⁷. En tercer lugar, es indispensable nombrar el interés por la realización de unos presupuestos y cuentas públicas que tengan presente el género como factor fundamental, algo a lo que muchas autoras han dedicado grandes

¹⁵⁷Este segundo aspecto de estudio ha tenido consecuencias en el plano teórico y en el institucional. Muestra de ello (Carrasco 2006: 17-18) es la introducción en 1993 de las llamadas “cuentas satélites” por parte de la Comisión Estadística de las Naciones Unidas, que ha hecho un asunto político oficial la valoración del trabajo. El fin de las cuentas satélites de la producción doméstica es informar del trabajo realizado en el hogar y los bienes de autoconsumo para realizar una valorización del mismo, lo que implica centrar la atención en el trabajo de cuidados y su reconocimiento, cuestión que hasta entonces había brillado por su ausencia en los análisis de la economía oficial. De manera ulterior, las cuentas satélite permiten cuestionar la noción de bienestar basado en el aumento de la demanda efectiva y el consumo de bienes y servicios, enfocando el uso del tiempo como factor a tener en cuenta. Esto permite cuestionar ciertos aspectos fundamentales del sistema capitalista, un ejercicio que ciertas áreas de la Economía Feminista están posibilitando.

esfuerzos. Esto, como ya mencionamos de pasada más arriba en relación al trabajo de Pazos (2016, 2018), puede materializarse en torno a todo tipo de política pública. En el caso de la fiscal, eliminando los sesgos de género presentes en nuestros impuestos, o, en el caso de las políticas sociales, eliminando los que posea el sistema de pensiones o igualando los permisos e incentivos para la realización de trabajo de cuidados fuera del mercado de empleo. Finalizamos nuestra enumeración con el último asunto de que está captando el interés de la Economía Feminista en los últimos años, centrado en la vinculación del género con el desarrollo económico en el marco de una economía globalizada. El ejercicio exigido por este interés teórico conlleva intersectar la categoría “género” con otros ejes de opresión y verlo en una dimensión geográfica múltiple. En cierto modo, dicho tema se trata de una perspectiva filosófica desde la teoría de la reproducción social, por lo que hablaremos de ello.

Tras la descripción de algunos elementos del contexto de la teoría de la reproducción social (SRT por su nombre en inglés, *Social Reproduction Theory*), podemos decir que esta es una corriente de origen estadounidense y canadiense (Battacharya 2017, Ferguson 2008) que busca renovar el pensamiento feminista de la economía de origen marxista. Esta perspectiva, que en concreto hay quien remite su origen a Rosa Luxemburgo (Čakardić 2017) forma parte de una tradición que había quedado algo olvidada tras la época de las teorías duales antes mencionadas por sus inconsistencias argumentativas. Asimismo, jugó un papel el descrédito, más general, del marxismo tras el declive de la Unión Soviética (si bien con notables excepciones, como puede ser la *Wertabspaltungskritik* y la figura de Scholz). Ha de hacerse notar que las y los teóricos de la teoría de la reproducción social son muy conscientes de la necesidad de no asumir acríticamente las herramientas marxistas de la tradición, particularmente por lo que respecta a su comprensión histórica. Para ellos, resulta evidente que

[c]ategorías conceptuales como “clase”, la “economía” o incluso la “clase trabajadora” ya no pueden ser completadas con los datos históricos que estaban disponibles para Marx. Esto no las invalida como categorías. Al contrario, nuestro propio momento histórico exige que nos comprometamos de manera rigurosa con estas categorías y que hagamos que representen nuestra propia totalidad político-histórica. (Battacharya 2017: 19).

Habida cuenta de estas salvedades, para explicar los fundamentos de esta teoría, podemos partir de un esquema muy general de la estructura social según nos ha llegado por la

lectura vulgar del marxismo tradicional, a pesar de que en la sección anterior hayamos combatido intensamente dicho enfoque. De manera muy laxa y general, sabemos que desde una perspectiva marxiana, la estructura prototípica mentada al hablar del capitalismo presenta una sociedad dividida por la dicotomía existente entre trabajo y capital. Esta división convierte a los individuos, alternativamente, en poseedores de los medios de producción (capitalistas), o bien en trabajadores asalariados, que no disponen más que de su sola fuerza de trabajo para procurarse los medios de su existencia.

La teoría de la reproducción social (Battarchatya 2017a: 2-3) no se conforma con esta simple dicotomía. El trabajador que aparece en la fábrica no puede ser considerado como una entidad perfecta y terminada, de la que no cabe realizar ningún cuestionamiento: hay que preguntarse por la compleja red de relaciones y procesos que son condición de posibilidad de su existencia, aquellas que, de manera ulterior, lo hacen aparecer descansado, limpio y dispuesto a llevar a cabo la jornada de trabajo. Esta afirmación no supone un desplazamiento general de la noción de “trabajo”: este sigue siendo la fuerza que permite la reproducción de la sociedad en su conjunto. No obstante, sí se disputa el reconocimiento de lo que haya de considerarse como tal.

Como afirman estos autores, el capitalismo ha reducido la noción de trabajo a lo que podríamos denominar como “empleo”, o sea, el trabajo asalariado de carácter productivo realizado para el mercado. No obstante, en el día a día de la reproducción de las sociedades capitalistas, se llevan a cabo muchas otras actividades o trabajos que resultan igualmente indispensables para el funcionamiento de nuestro sistema. Todos ellos, a pesar de su heterogeneidad, tienen en común posibilitar la reproducción y bienestar del trabajador, o mejor, de la fuerza de trabajo. La teoría de la reproducción social, de este modo, busca hacer visible la labor que está “analíticamente escondida por los economistas clásicos” y políticamente negada por los que se dedican a la *res publica* (Battacharya 2017a: 2).

Si tomáramos esta argumentación a la ligera, podríamos pensar que esta teoría intenta renovar el discurso marxista atendiendo, exclusivamente, a las relaciones sociales establecidas a través del mercado en vinculación con los diferentes procesos sociales: de esta manera, la teoría de la reproducción social se referiría a dos procesos diferentes de la producción (económico y social) entendidos, preliminarmente, como aquellos espacios materializados en la contraposición fábrica/hogar. Si incluso alguien fuera más allá, podría sostener que esta teoría ilumina la esfera de lo que viene a denominarse como ámbito “de los

cuidados”, que ya antes vimos representada en la teoría scholziana: aquel conjunto de actividades, disposiciones y relaciones que promueven y posibilitan la reproducción de la fuerza de trabajo, tradicionalmente asignados a las mujeres.

Aunque estas afirmaciones son parcialmente ciertas, la teoría de la reproducción social resulta mucho más rigurosa. En consonancia con su ascendencia marxista, intenta llevar la teoría del trabajo-valor de Marx en una dirección específica, y de hecho, muestra cómo ya el propio pensador alemán ya tenía una noción muy determinada de “reproducción social” (Battacharya 2017b: 75-76). Como ha podido comprobarse con el argumento de Federici, esta afirmación implica leer entre las líneas de la teoría marxista, una tarea a la que se encomiendan estos autores.

Así pues, según ellos, puede decirse que en Marx existe una noción de reproducción social. Sin embargo, no debemos buscarla en los lugares que Federici reclamaba para su tratamiento, como la división social del trabajo o el salario, donde se intenta explicar el coste de reproducción de los trabajadores. La teoría de la reproducción social afirma que este concepto tiene un significado mucho más general en la obra marxiana, entendiendo que está desarrollado para explicar la reproducción de la sociedad capitalista *en su totalidad* y no, únicamente, la regeneración de la fuerza de trabajo. Esto implica que aquello que ocurra en el plano del trabajo, es decir, en el trabajo que crea valor y por ende, *plusvalor*, conforma de manera determinante el proceso de producción capitalista y la sociedad que lo acoge. Aunque es cierto que este enfoque implica elevar esta noción a un plano más abstracto de la reflexión y teniendo en cuenta, asimismo, que el modo en que Marx se expresa acerca de los costes de reproducción de la fuerza de trabajo resulta algo ambiguo, aproximaciones como la de la *Wertabspaltungskritik*, que también se refiere al modo como el capitalismo condiciona y vertebrata la reproducción social, ya ha demostrado fehacientemente que la interpretación que pretenden realizar estos autores cabe sin excesiva violencia en el texto de Marx.

Por tanto, la reproducción social del sistema capitalista no incide en la separación de una esfera extra-económica, que estaría contrapuesta a una propiamente relacionada con lo pecuniario, “económico” en sentido ortodoxo. Antes bien, intenta iluminar cómo el “impulso de la producción capitalista condiciona lo que se llama comúnmente no económico” (Battacharya 2017: 75), esfera en la que se incluyen, entre otras cosas, el tipo de estado, las instituciones jurídicas y las formas de propiedad que tiene una sociedad, que se van a comenzar a ver condicionadas por la economía, en ningún caso de manera determinista o

unilateral. El plano al que se remiten, más bien, es al del movimiento global de reproducción del capital —el mismo en el que opera Kurz— y subrayan cómo el propio Marx, en el capítulo dedicado a la reproducción simple, afirmó que “considerado desde el punto de vista de una interdependencia continua y del flujo constante de su renovación, todo proceso social de producción es al propio tiempo *proceso de reproducción*” (Marx, MEW 23: 591 [695]).

A este objetivo de la teoría todavía hay que añadirle otro foco de interés, que parte de la asunción del hecho evidente de que la realidad social en la que se instaura la dinámica económica capitalista está habitada por muchas otras relaciones de poder diferenciadas —diferentes ejes de opresión— como género, raza o capacitismo. En base a ello, otro fin fundamental de esta teoría es mostrar (Battacharya 2017a: 14) cómo estas diferentes categorías adquieren diversas configuraciones en su relación con la producción de plusvalor, fin último de nuestro sistema socioeconómico. De esta forma, en otras palabras, buscan describir la forma específica que adquieren las diferentes instancias y relaciones de poder bajo la égida del capital, distinguiendo todas ellas de manera independiente en el plano analítico, pero comprendiéndolas en su mutua vertebración, exactamente tal como antes veíamos en la obra de Santos.

Establecidos sus pilares fundamentales, la aparente sencillez de esta perspectiva puede ocultar sus numerosos rendimientos en lo teórico. En primer lugar, gracias a esta diferente visión del proceso de producción, es posible salir de la estática noción de *clase* que el marxismo tradicional tenía como modelo (Battacharya 2017b: 87-89), pudiendo recuperar esta categoría para el discurso crítico. Veamos esto más concretamente. De manera general y abstracta, en el capitalismo, el trabajo asalariado es la forma a través de la cual se expropia a los productores directos de los medios que permiten su subsistencia. Consecuentemente, el capital, en y por principio, es indiferente a la raza, al género, o a las habilidades que puedan tener los diferentes productores, siempre y cuando su fuerza de trabajo se ponga al servicio de la valorización del valor. Sin menoscabo de la corrección de esta aproximación, esta es empero sumamente incompleta, defecto visible gracias a perspectivas como la que acabamos de exponer. Pues, gracias a la perspectiva de la teoría de la reproducción social, las relaciones de producción se muestran como un complejo conjunto de vínculos sociales conformados por la historia pasada, por la influencia de las instituciones y por las relaciones de conflictividad política que puedan tener lugar en cada momento. Esta constatación nos permite entender de manera adecuada la contingencia de ciertas nociones aparentemente estáticas, como el

conjunto de “necesidades”, que ya el propio Marx establecía como algo histórica y socialmente determinado¹⁵⁸. En virtud de esta reconceptualización de los fundamentos constituyentes de la noción “clase”, esta categoría puede comenzar a repensarse en correlación con la diversidad social a la que ha de apelar.

Adicionalmente, este enfoque, del que ya hemos dicho que su objetivo fundamental es comprender la influencia de la dinámica capitalista en todo lo que usualmente consideramos extraeconómico, nos obliga a observar con atención qué consecuencias tiene la vertebración de dos dinámicas diferentes (la económica, la social), comprendiendo cada cual en su especificidad. Se abre así la posibilidad a la leer de otro modo algunas peculiaridades de la abstracta lógica del capital. Por ejemplo, nos permite reconsiderar las implicaciones de una de las características de la dinámica del capitalismo en la que hemos insistido repetidamente en la sección anterior: su tendencia a la perpetuación y reiteración de las relaciones establecidas, del *statu quo*. Tal como recordamos, en capítulos anteriores, pudimos comprobar cómo uno de los errores fundamentales de la concepción heinrichiana de la crisis era su insistencia en partir de una comprensión de los fundamentos capitalistas a partir de su “media ideal”. Su presuposición teórica le impedía dilucidar correctamente que el capitalismo es un sistema económico que nunca puede reproducirse *ex novo*, sino siempre a la altura de la productividad y corpus de saber social establecido por las dinámicas competenciales del pasado.

Pues bien, esta misma tendencia a la reiteración y perpetuación de las dinámicas socio-históricas es también una constante de la disciplina sociológica y social, que se debe tener muy presente al estudiar su relación con la dinámica capitalista. Tal es la frecuencia de su aparición, que ha alcanzado una denominación específica, el “efecto Mateo”. El nombre se refiere, sí, al evangelista. Una de sus conocidas sentencias explican muy bien que en la vida social, así como en el capitalismo (en realidad: en la vida bajo el capitalismo), ocurre que

¹⁵⁸Ya vimos anteriormente que en la determinación de la jornada laboral (Marx, MEW 23: 245-315), Marx explica cómo hay ciertas fronteras corporales, sociales e históricas que determinan la duración de la jornada laboral, así como, incluso, ciertos límites morales. En el marco de esta discusión, se refiere explícitamente a la noción de “necesidad”. De esta manera: “Un hombre solo puede gastar un quantum de energía vital determinado a lo largo del día natural de 24 horas. [...] Una parte del día tiene que recuperar las fuerzas, dormir, mientras que otra parte [debe dedicarla, CNR] a la satisfacción de otras necesidades físicas, como alimentarse, lavarse, vestirse, etc. Obviando este límite puramente físico, el alargamiento de jornada laboral colisiona con límites morales. El trabajador necesita tiempo para satisfacer necesidades espirituales y sociales, cuya extensión y número se determinan por el estado cultural general. La variación de la jornada laboral se mueve por tanto dentro de límites sociales y físicos” (Marx, MEW 23: 246). Asimismo, en términos generales, el capítulo de la jornada laboral supone una consideración histórica sobre todas las implicaciones legislativas, políticas y sociales que conlleva su determinación, en una argumentación de extraordinaria concordancia con la perspectiva de la teoría de la reproducción social.

[...] “...a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado”. (Mateo 13:12). A tenor de este efecto, ha de considerarse que el principio de la valorización del valor juega en un espacio social que —por seguir con el tono distendido— tiene cartas marcadas¹⁵⁹, cuyas consecuencias para la dinámica económica cabría examinar.

Otro de los beneficios de la perspectiva de la teoría de la reproducción social es que nos permite cuestionar algunos lugares comunes de la historia de la clase obrera y analizar la génesis de ciertas estructuras sociales, como la familia burguesa y la heterosexualidad obligatoria asociada a ella. Tal y como han mostrado de manera rigurosa algunas contribuciones historiográficas de esta corriente y las realizadas desde la Economía Feminista (a la que podemos considerar como un aliado central de la SRT), las mujeres en el capitalismo no se han dedicado de manera exclusiva y excluyente a las labores domésticas y/o de cuidados. Antes bien, la prevalencia de dicha dedicación como ocupación femenina principal ha sido el resultado histórico de una serie de acontecimientos. Como ejemplo de esta situación, en este preciso sentido, en anteriores líneas se argumentó que el surgimiento histórico de la figura de la mujer como responsable de los cuidados, como “ama de casa” —y más en general, de la unidad familiar burguesa— ha de ser vinculado con el sistema capitalista y los cambios en las doctrinas económicas para el aumento la productividad. Allí comentamos de igual modo que el asentamiento de estas ideas tuvo lugar en la época del fordismo.

Pues bien, uno de los textos creados en el marco de la teoría de la reproducción social (Mohandesi y Teitelman 2017) está dedicado precisamente a esta cuestión. Los autores de este texto argumentan que la famosa racionalización de la producción fabril de Henry Ford (Mohandesi y Teitelman 2017: 49-50) pretendía cambios igualmente profundos en el sistema de reproducción. No en vano, entre sus estrategias empresariales se encontraba que sus contratados habían de mantenerse dentro de ciertos cánones morales, mientras que se esperaba de sus mujeres que tuvieran la casa siempre bien arreglada. Este proyecto tenía tal importancia para Ford que llegó a contratar cerca de 200 inspectores que habrían de comprobar en las casas hasta qué punto se estaban siguiendo las normas de comportamiento que proponía.

¹⁵⁹El “efecto” o “principio Mateo” se atribuye históricamente al sociólogo Robert K. Merton a causa de un artículo publicado en la revista *Science* en 1968. Su uso se ha extendido rápidamente a otras disciplinas, como la psicología o la economía (V. https://es.wikipedia.org/wiki/Efecto_Mateo). Asimismo, consideramos que las posibles influencias mutuas entre las dinámicas específicas de lo social y lo económico queda como un asunto *sugerido*, no solventado por este trabajo. Habrá de recuperarse en trabajos posteriores.

Los datos históricos que arrojan este tipo de contribuciones contribuyen, sin duda, a comprender que los intereses y esfuerzos del capitalismo por amoldar la realidad a sus exigencias han ido siempre allende sus espacios de jurisdicción propia, como la fábrica. Independientemente de la mera anécdota, estas enriquecen enormemente el análisis teórico, pues se introducen elementos no habituales en la tradición. A tenor de sus frutos se manifiesta hasta qué punto la economía e historiografía de los diversos feminismos son imprescindibles para una reflexión rigurosa: todos ellos señalan siempre aquellos *otros factores* concomitantes que, hasta hace poco, habían pasado desapercibidos. Entre ellos, por ejemplo, que el desarrollo histórico de dicha figura y la transformación general de las estructuras familiares no debe desvincularse de ciertos avances técnicos, como la generalización para las masas de trabajadores del uso de electrodomésticos (Carrasco, Borderías y Torns 2011) o que está directamente relacionado con la generalización de ciertas formas de pago, por sorprendente que resulte. Respecto a esto último ha de considerarse, por ejemplo, que el *salario familiar* tuvo una implementación no exenta de polémica o que, asimismo, la feminización de la mano de obra tiene, la mayoría de las veces, una historia de conflictividad tras de sí. En esta se mezclan habitualmente las razones sustentadas en el sistema de poder patriarcal con el miedo a la pérdida del puesto de trabajo, siendo estos motivos que pueden articularse en torno a diferentes ideas sexuadas de “trabajador”¹⁶⁰.

Otra circunstancia histórica que se hace visible desde esta teoría es que el trabajo asalariado ha sido un recurso constante del que muchas mujeres han hecho uso a lo largo de la historia para posibilitar la subsistencia de sus familias, algo que jamás nos enseñaron los estudios más difundidos. Esto, que puede parecer contradictorio con lo que acabamos de

160Tal como muestra un artículo dedicado al ejemplo de la lucha obrera en España a lo largo del siglo XIX (De Felipe 2017), la idea de “trabajador” se configuró en el territorio hispano en torno a diversas ideas acerca de lo que este debía ser. En los diferentes periodos de conflictividad que hubo en aquel tiempo (primero las luchas de los cigarreros sevillanos en 1830, después, las de los hiladores de algodón barceloneses del 1853-1855 y, por último, las de los tejedores de algodón, también barceloneses, del 1868-1871) se manifestaron diferentes fundamentos para la argumentación de la supuesta superioridad del trabajo masculino respecto al femenino, que los obreros adujeron para mantener su salario y puesto de trabajo. En el primer de los casos, se recurrió a la idea del “sexo fuerte”, en el segundo, a la figura del “padre de familia”, y en el último, a la idea del hombre como “ganapán” por excelencia. Cada una de estas ideas condicionaron las luchas y sus argumentos de diferentes modos, dando lugar a diversas estrategias de lucha y propuestas de solución. Por medio de la reflexión histórica, este trabajo, como dice el propio autor, nos invita a abandonar “la tesis de que el trabajador como hombre productivo constituyó un sujeto unitario y estático” (De Felipe 2015: 69). Esto último deberíamos tenerlo muy en cuenta desde el campo de la filosofía, especialmente al caracterizar al sujeto de la clase obrera del marxismo tradicional. En coherencia con ello, entonamos aquí la confesión de *mea culpa* y pedimos disculpas por aquellos lugares de esta argumentación en que no hayamos explicitado suficientemente que la visión marxista tradicional tiene más de símbolo ficticio que de imagen fiel de la realidad histórica empírica.

comentar, se muestra como un hecho histórico habitual solo si atendemos de manera preferente a los sectores de la población más pobres y en los que se da la concomitancia de la pertenencia a otros ejes de opresión, como la raza. Es decir: el trabajo asalariado ha sido un recurso que han utilizado las mujeres a lo largo de la historia, eso sí, mucho más común entre mujeres inmigrantes y no-blancas, tal como avalan los datos históricos. Como muestra vale decir que en EE.UU., ya hacia 1900, las mujeres negras casadas tenían cinco veces más posibilidades de trabajar de manera asalariada que las mujeres blancas en su misma situación (Mohandesi y Teitelman 2017: 44 ss.). Los sectores a los que las diferentes mujeres tenían más posibilidades de acceder se encontraban etnográficamente segmentados, incluso cuando todas ellas accedían únicamente a lo que podría denominarse como “trabajo de mujeres”. Mientras que la mayoría de mujeres blancas nacidas en EE.UU. podían encontrar con relativa facilidad una oportunidad laboral en la enseñanza o en la venta cara al público, las mujeres inmigrantes tenían mayores probabilidades de acabar en fábricas de vestimenta o como ayuda doméstica en hogares de clase media. Por su parte, las mujeres negras tenían como oportunidad laboral casi exclusiva el trabajo doméstico y el lavado de ropa. En algunas ciudades, el 90% de las mujeres negras que tenían un empleo asalariado eran empleadas domésticas (Mohandesi y Teitelman 2017: 45)¹⁶¹.

La teoría de la reproducción social permite, de manera ulterior, comprender de manera rigurosa que la desposesión de los medios de producción a los trabajadores no se produce de manera indiferenciada (Sears 2017: 176 ss.). Diferentes estudios feministas (Federici 2004) han mostrado de manera clara como la clase trabajadora está organizada por criterios de género y raza e influenciada por procesos de colonización, un proceso cuyos detalles analizaremos posteriormente. Raíz de esta diferenciación es asegurar que la mayoría de la población disponga únicamente de su fuerza de trabajo como instrumento para su supervivencia, para lo que no es suficiente con la expropiación de los medios de producción: también es preciso eliminar el control de las personas sobre su propio cuerpo. Este tipo de razonamientos, quizás aparentemente sencillos, resultan especialmente fructíferos para el análisis de ciertos fenómenos que tal vez puedan resultar ajenos a primera vista, como puede ser la creciente violencia sobre el cuerpo de las mujeres (Segato 2016) o la pregunta sobre el consentimiento en las relaciones sexuales (Sears 2017: 186-187).

Por supuesto, este universo de problemas implica una diferente conceptualización de

¹⁶¹Esta situación estadística constituye el motivo de la denuncia del panfleto de Claudia Jones “An end to the Neglect of the Problems of the Negro Woman!” que se ha nombrado en una nota a pie de página precedente.

todas las nociones en juego. Hemos mencionado que uno de los objetivos fundamentales de esta corriente es comprender la mutua vertebración de la dinámica socio-económica del capitalismo con los diferentes ejes de opresión. Se ha explicado que todos ellos deben ser distinguidos de manera analítica y que se encuentran condicionados por el capitalismo, pero no determinados de manera unilateral por el mismo. Esta explicación resulta insuficiente para dar por solucionado aquellos problemas a que debe atender una perspectiva atenta a la relación y explicación de diferentes ejes de opresión en el capitalismo, o sea, *interseccional*, entendida esta en su aspecto más puramente académico, conceptual. Aproximémonos algo más concretamente a esta cuestión.

Aunque el término “interseccional” o “interseccionalidad” parece estar asociado a arduas disquisiciones terminológicas propias de la profesión académica, Aguilar (2012) muestra que su introducción en el discurso teórico estuvo vinculado a diversos escritos de diferentes activistas que, ya en el Estados Unidos de la década de los 70, empezaron a poner sobre la mesa las inconsistencias teóricas del marxismo y feminismo en relación a sus estrechas concepciones del sujeto (Aguilar 2012: 204 ss.). Por tanto, la reflexión acerca de la interseccionalidad es antes una cuestión político-práctica que teórica, instituyéndose como un objeto de interés para el pensamiento solo de manera posterior¹⁶². Consecuentemente y de manera adicional, el tratamiento riguroso de esta noción implicaría un tratamiento extenso, de perspectiva histórico-conceptual, del que desgraciadamente no nos podemos hacer cargo aquí. No obstante, esperamos que algunas de las notas definitorias que serán mencionadas sean suficientes para hacerse una idea de los problemas que se iluminan con esta noción.

Bien, tras la irrupción del texto de Creenshaw (1989), que introdujo de manera definitiva la noción de interseccionalidad en la discusión teórica, hay tres características que resultan comunes a los escritos dedicados a esta corriente (Aguilar 2012: 210)¹⁶³. En primer

¹⁶²Como veremos, esta transición de lo político a lo teórico también ocurre con la reflexión en torno a la “raza”.

¹⁶³El texto de Creenshaw “Demarginalizing the Intersection of Race and Sex” se ha convertido en un hito teórico fundacional de los estudios interseccionales. Este escrito analiza dos sentencias judiciales en las que dos mujeres negras denunciaron a sus respectivas compañías a causa de un despido que remitían a un caso de discriminación. En cada uno de los casos, las demandantes apelaron, correlativamente, a su condición bien de mujer (discriminación por género) bien por su color de piel (discriminación racista) para dar cuenta de lo improcedente de su despido. Ambas demandas fueron desestimadas, puesto que las autoridades judiciales, al comparar los casos de cada una de las demandantes, compararon el número de despidos según los criterios que ellas mismas habían aducido. En el caso del pleito que había apelado a la condición de género, podía observarse que, estadísticamente, no había habido un despido significativo del resto de mujeres, mientras que el caso que apelaba a la discriminación racista, tampoco observaba un incremento significativo de los empleados racializados. El motivo que explica ambos casos y, al tiempo, lo que convirtió en célebre el texto de Creenshaw, fue la constatación de que la discriminación de estas mujeres no podía explicarse apelando de manera alternativa a uno u otro eje de discriminación posible, sino por la *confluencia simultánea de dos de*

lugar, todos ellos resultan incapaces de encontrar una manera adecuada de concebir los diferentes modos en que interactúan las categorías de género, raza y clase. El trabajo de MacNally ha mostrado bien que, a pesar de múltiples intentos, este sigue siendo un problema sin resolver. De acuerdo a las explicaciones de este autor, en los textos dedicados a la interseccionalidad asistimos a la coexistencia de dos factores explicativos mutuamente incompatibles. De un lado, en estos textos se afirma que (MacNally 2017: 96) las diferentes identidades o posiciones de los sujetos (género, raza, clase) se encuentran en contacto unas con otras, pero sin explicar de qué manera concreta. De otro lado, todos los autores dedicados a este asunto considera cada una de esas identidades, en sí mismas, como constituidas de manera independiente, autónoma, respecto de las demás. Como consecuencia, en todos ellos, no podemos sino constatar una vinculación fácticamente inexplicable. Si todas las condiciones se constituyen de manera separada, no se entiende cómo pueden ser capaces de relacionarse entre ellas.

Esto se enlaza con la segunda peculiaridad común a estos textos, que hace aun mayores las dificultades teóricas de los teóricos de la interseccionalidad: el firme objetivo de hacer que todas las categorías consideradas tengan una importancia equivalente. Puede resultar algo sorprendente, puesto que nos encontramos ante un tipo de teoría que intenta subrayar las vertebraciones específicas y particulares que tienen lugar por medio del entrecruce de diferentes relaciones sociales asociadas a diversos espacios estructurales.

ellos. La autora muestra que, en ambos casos, apelando de manera alternativa a un único factor, tiende a imponerse, en cada uno de ellos, la condición del grupo de sujetos más privilegiado incluido en el mismo. De este modo, la demandante que apeló a la discriminación por motivo de género no pudo demostrar la discriminación porque apelando a un factor monocausal, se imponía la estadística que incluía a las mujeres blancas, grupo más privilegiado; mientras que la demandante que lo hizo apelando a la discriminación racista se malogró porque se impuso un criterio que también incluía a los hombres racializados, que también disfrutaban de una posición más privilegiada que cualquiera de las demandantes. Un aspecto que Aguilar (2012: 207) señala de este texto y que suele pasarse por alto, es su intención y enfoque eminentemente práctico, sin aspiraciones totalizantes propias de la gran teoría, actitud que la propia autora corrobora en un a intervención posterior (Creenshaw 2011, 2011: 232). Ahí, lo asume como producto de una situación histórica determinada dentro del campo de estudios críticos legales estadounidense y aplicado, por tanto a determinado tipo de textos, los jurídicos (Creenshaw 2011: 228). La propia autora comenta que “‘Demarginalizing’ no era sencillamente una explicación descriptiva de ciertas demandas, sino un argumento normativo para revertir las concepciones dominantes de la discriminación —especialmente el paradigma de la igualdad y la diferencia— que las asegura”, lo que implica que su argumento “no era sencillamente que las mujeres negras resultaban perjudicadas cuando eran diferentes y la ley les exigía ser iguales” sino también “que resultaban perjudicadas cuando su experiencia se trataba como algo demasiado diferente para ser tratado como lo mismo” (Creenshaw 2011: 229). Su intención era cristalizar en una imagen determinada la dinámica, aparentemente contradictoria, de la discriminación. Con esta pequeña explicación, aunque resulte insuficiente, buscamos que el lector sea muy cauteloso con el carácter algo mítico que el texto de Creenshaw de 1989 ha adquirido. Con arreglo a lo que dijo la propia autora años más tarde, es más prudente leerlo como un instrumento, de determinada procedencia histórica y geográfica, que puede servirnos para reflexionar, antes que como el establecimiento oficial de una doctrina.

Considerarlas equivalentemente importantes o relevantes podría incluso convertirse, llegado el caso, en un factor que puede complicar, más que aligerar, el análisis¹⁶⁴. En último lugar, la tercera característica común a todas estas intervenciones es que en todas ellas —tal vez una peculiaridad fuertemente influenciada por el contexto histórico de su surgimiento— hay una gran aversión al marxismo.

Sin duda, estas tres peculiaridades hablan de una corriente de pensamiento cuya situación ofrece pocas perspectivas de producir beneficios para el pensamiento, si bien es cierto que hay ciertas razones históricas que permiten comprender la situación actual.

De entrada, ha de ponerse de manifiesto que durante demasiado tiempo (MacNally 2015: 139), ha sido hegemónico en el pensamiento crítico un cierto tipo de marxismo limitado, reacio a la introducción de ingredientes teóricos que fueran más allá de una abstracta noción de “clase”. Se trata de algo que ya vimos de cierta forma en nuestra exposición de la *Wertabspaltungskritik*, así que no resulta extraño que las teorías interseccionales tengan aversión hacia dicho abordaje. Como sabemos, cierto marxismo manejaba una noción indiferente a las diferentes vivencias en el capitalismo, que estaba concebida como una estructura que unificaba a la gente únicamente de manera externa. Esto hizo que este término apelara cada vez menos al conjunto de las personas trabajadoras.

A esto hay que añadir que la contestación del feminismo socialista, materializado en las teorías duales, no resultó tampoco satisfactoria. Como se ha comentado, estas teorías no consiguieron conceptualizar satisfactoriamente la relación entre patriarcado y capitalismo. Según Bannerji (Ferguson 2008: 45-46), el motivo fundamental de su error —por influencia althusseariana— reposaba en tratar a la economía como una estructura y no como un conjunto de relaciones sociales, tal como hace la teoría de la reproducción social. Así, la perspectiva estructural de las socialistas no deja espacio alguno para la problematización de la subjetividad y el plano de la experiencia, lo que, en última instancia, hace que el análisis se deshaga de todo rasgo histórico. Las relaciones sexistas, en este esquema, no se consideran más que un requerimiento funcional de la economía o, como mucho, un atributo cultural del modo de producción capitalista. Por añadidura, estas autoras no tienen en cuenta otros ejes de opresión: el racismo no resulta un factor relevante, lo que en conjunto, conforma una teoría

¹⁶⁴Rogamos que no se malinterprete nuestro argumento: la exigencia de equivalencia en importancia de las categorías en discusión ha de mantenerse en el plano general de reflexión. Es decir, no se puede partir, por principio, de que el eje más importante en la discusión interseccional sea uno u otro (no importa cuál elijamos). Donde nos parece algo más cuestionable la operatividad de tal principio es en el plano de lo concreto, pues creemos que depende fuertemente de cada caso individual. Sea como fuere, habría que examinar cada intervención teórica para ver en qué sentido se afirma este axioma.

en la que es imposible sentar las bases para explicar y desarrollar la acción revolucionaria. Tal como comenta la propia autora,

[n]o se puede encontrar ninguna base real y coherente en el trabajo de las feministas marxistas para construir una intervención [*agency*] directamente revolucionaria. Es únicamente en tanto que son feministas que pueden depender de manera legítima en una dimensión subjetiva (que, sin embargo, ellas hacen exclusivamente “idealista”). No es como “marxistas” (a saber, como analistas socio-científicas) como pueden recurrir a su experiencia en el mundo masculino o en las organizaciones políticas. Únicamente su mismo “sentimiento/experiencia” como feministas es el que dicta que deberían hacer directamente su propia política y destituir a los hombres (incluso a los grandes teóricos masculinos) del papel de la representación. Pero esta legitimación sobre la base del “sentimiento/experiencia” nunca acompaña a su análisis económico “científico” y objetivo. Sin una visión materialista e histórica de la conciencia, sin una teoría de la relación consciente transformadora entre el trabajo, el yo [*self*] y la sociedad, la noción del yo o la subjetividad permanece desconectada de la organización o historia social en cualquier sentimiento formativo o fundamental. El componente “feminista” del feminismo marxista es una adopción acrítica de una posición subjetivista esencialista o idealista, en la misma medida en que el componente “marxista” es un idealismo objetivo. En el feminismo socialista de hoy día este dilema se silencia más que se resuelve. (Bannerji 1995: 80).

Lejos de interpretar en las palabras de esta autora una defensa férrea y acrítica de una posición subjetivista, su afirmación ha de ser dilucidada dentro del marco de la noción de “clase” externa a la que antes hemos hecho referencia, que el análisis de las feministas marxistas aceptaban y acompañaban de una noción de “patriarcado” igualmente estática y cerrada. Como solución, Bannerji reivindica la noción de *experiencia*, si bien entendida como “el intento del sujeto de otorgar sentido” (Bannerji 1995: 88) y no como la sola valoración de ciertas vivencias en calidad de repositorio de una cierta *verdad* incuestionable. A partir de dicha experiencia propia, aquellos sujetos que no se sienten apelados por las diferentes nociones de sujeto propugnadas por las teorías marxistas y feministas, pueden empezar a identificar aquellos aspectos no resueltos de su vivencia social, esos que señalan los lugares silenciados e invisibilizados por los conceptos generales. Desde este punto de partida es como se puede empezar a construir un análisis que (por lo que sabemos ahora) no está exento de dificultades, pero que es mucho más cercano a la realidad.

Todo este conjunto de transformaciones y precedentes teóricos hacen que la teoría de la reproducción social desemboque, en último término, en la renovación de la teoría dialéctica, tal como ha defendido alguno de sus seguidores. Justamente, según MacNally (2017: 104-106), solo el organicismo dialéctico de raíces hegelianas es capaz de resolver el reto teórico que la teoría interseccional deja tras sí. La virtud que convierte a esta aproximación en la candidata preferente a resolver tales retos es su noción de la *totalidad*. El organicismo dialéctico la entiende como un conjunto complejo, en que cada una de las partes se encuentran relacionadas de manera interna, mediando a las demás y, en dicho ejercicio, constituyéndolas. Por supuesto, cada una de las partes no pueden considerarse como separadas ontológicamente, incluso si tienen propiedades que las diferencian, otorgándoles una peculiaridad distintiva. Por ejemplo, aunque racismo y sexismo sean, sin duda alguna, cosas diferentes, las dos han de ser comprendidas como *totalidades parciales* que solo pueden ser concebidas en relación con el resto, configurando una totalidad social siempre en movimiento. Dicha totalidad, por su parte, permanece siempre como algo cualitativamente diferente a la suma de sus partes, si bien constituida en y a través de estas.

Para comprender de manera gráfica esta mutua correlación de las partes, MacNally (2015: 143), haciendo referencia a un texto de Bannerji algo posterior (2005) y su perspectiva mediacional, explica que las diferentes formas sociales (raza, género, sexualidad) son algo que podemos distinguir analíticamente, del mismo modo que resultan perfectamente distinguibles en la propia vivencia individual. No obstante, esta capacidad de discriminación no puede llevarnos a creer que existen verdaderamente como “cosas” discretas y atómicas que, de manera posterior a su existencia plena y autónoma, entran en contacto unas con otras. De hecho, nos resultaría ridículo realizar tal inferencia desde el plano de la experiencia misma¹⁶⁵.

Si nos remitimos al texto de Bannerji (2005: 149), comprobamos que esta autora entiende cada uno de los espacios sociales como un conjunto de relaciones determinadas asociadas a ciertas prácticas, en una línea análoga a la que ya viéramos con Santos. Por ejemplo, desde su punto de vista, la concepción moderna de “raza” es una “colección de discursos del colonialismo y la esclavitud” que se encuentran anclados al capitalismo en diversos ámbitos, desde su misma génesis. Por este motivo “la “raza” no puede ser

¹⁶⁵Pongamos un ejemplo sencillo. Una mujer lesbiana anciana puede considerar, al examinar su vida cotidiana, que ha sido objeto de ciertos comportamientos discriminatorios en ocasiones a causa de su edad y, en otras, a causa de su género y/u orientación sexual. Pero esto no quiere decir que entienda su vivencia como lesbiana, como anciana o, por último, como mujer, como experiencias atómicas. Todo es una y la misma vivencia.

desarticulada de la clase, tal como la leche no puede ser separada del café una vez están mezclados” (2005: 149), del mismo modo como ambas formas no pueden separarse, por supuesto, de la división sexual del trabajo, tal como afirma la autora unas líneas más abajo. En una versión mejorada, este análisis recuerda mucho al de la crítica del valor-escisión, incluso en sus peculiaridades más específicas: en la SRT el capital se considera como una *práctica social*, algo que la propia Bannerji afirma explícitamente (2005: 153) y que, como recordaremos, es un argumento kurzeano presente ya en sus escritos más tempranos.

Volviendo a la noción de totalidad, se ve cómo, lejos de ser un mero constructo conceptual, está conformada por la realidad social que se constituye a través de los procesos y dinámica propios de la vida misma, que constituye un conjunto orgánico. Una realidad que los autores vinculados a la SRT analizan siendo conscientes de que los diferentes ejes de opresión únicamente se hacen comprensibles en relación con el capitalismo. Tanto es así, que (Aguilar 2012: 211-212) puede llegar a afirmarse que el modo de producción capitalista es el elemento que *de facto* ocasiona que género, raza y otros rasgos identitarios se conviertan en tales ejes de opresión: en definitiva, solo en el contexto de las relaciones capitalistas estas categorías se activan como mecanismos para facilitar la explotación¹⁶⁶.

Explicadas estas notas, que esperamos sean suficientes para tener una mínima idea de las nociones fundamentales en que se basa la teoría de la reproducción social, qué similitudes comparte con la crítica de la escisión-valor y en qué medida recoge los aspectos más interesantes del desarrollo teórico-social de los últimos años, quizá sea bueno referirnos a un ejemplo concreto para ver cómo esta teoría puede ofrecer buenos rendimientos en el análisis de un fenómeno particular. En coherencia con el asunto de esta sección, dedicada a la relación del capital y el género, hemos decidido analizar más detenidamente la cuestión del trabajo doméstico y de cuidados. Nuestro objetivo será mostrar cómo, en el estado actual del capitalismo, dicha actividad se puede analizar fácilmente como parte integrante de la totalidad tal como ha sido descrita por los teóricos de la reproducción social. Adicionalmente,

¹⁶⁶Ferguson (2008: 51-52) propone cómo los procesos de racialización se pueden pensar incluso más allá del solo color del piel —teniendo presente que esta tiene siempre el mayor de los pesos— considerándola en relación a la espacialización del trabajo. Una persona se racializa en tanto es asociada (por su color de piel, lenguaje, acento o identidad cultural) con otros espacios sociales y geográficos considerados de manera peyorativa y/o negativa. Por supuesto la conformación de dicha “otredad” está condicionada y determinada por diversos factores históricos, sociales y económicos de carácter estrictamente contingente. En cierto modo, su razonamiento resulta parecido a la argumentación que sigue Creenshaw (2011) en su reconsideración sobre el texto “Demarginalizing...” de 1989, en que comenta cómo este ha de ser considerado contextualmente. Es justo la atención al contexto, al marco concreto, a lo que está apelando aquí Ferguson.

comprobaremos cuán fácilmente esta teoría puede vincularse con perspectivas análogas a su enfoque, como ocurre en el caso de las aportaciones de la Economía Feminista.

5.3. Un ejemplo práctico: el trabajo doméstico y de cuidados en el contexto del capitalismo neoliberal

Para comprender la posición y características del trabajo doméstico y de cuidados, es necesario que comencemos describiendo algunas de sus notas definitorias básicas. Para ello, vamos a hacer uso de las aportaciones de la Economía Feminista en su corriente española, que por suerte, goza de una excelente salud que está provocando una cada vez más extensa difusión de sus planteamientos. En el territorio ibérico, la recepción de las discusiones del pensamiento económico del pasado siglo, que describimos líneas más atrás, ha dado lugar a una reflexión con carácter propio, caracterizado por pensar hasta sus últimas consecuencias la noción de cuidados y por encontrarse impulsada por el firme convencimiento de la crisis del actual modelo capitalista. Esa conciencia de crisis sistémica desemboca, en última instancia, en la exigencia de un cambio civilizatorio, algo que tendremos ocasión de examinar más adelante.

Según estas autoras (Pérez Orozco 2006b: 10-11, 2014: 37-38), bajo la noción “cuidados” ha de entenderse la gestión cotidiana de la vida que permite su sostenibilidad, una actividad que tiene una doble condición: material-corporal e inmaterial-afectiva, dualidad inexistente en el empleo capitalista. El trabajo de la tradición feminista ha mostrado, asimismo, que este tipo de actividades se encuentran distribuidos de manera extremadamente desigual en la sociedad, en virtud de un modelo de división del trabajo de carácter androcéntrico. Este, centrado en las necesidades del capital, posee una capacidad de perdurar inteligible en gran parte a través de la imposición de ciertos modelos aspiracionales de conducta femenina —“la buena madre/mujer/ama de casa”— que, convertidos en modelos de conducta obligatorio, han castigado con la culpabilidad y el juicio negativo de la sociedad a las disidentes del mandato; o sea, a todas aquellas que no han querido transigir con la injusticia de este reparto.

Apoyándose en estos fundamentos teóricos, las economistas feministas han expuesto cómo los cuidados rompen de manera radical las distinciones a que estamos acostumbrados por el empleo asalariado capitalista. Primeramente, sostienen que el trabajo doméstico y de cuidados (Pérez Orozco 2006b: 14-16) rompe radicalmente la distinción entre ocio, consumo

y trabajo. De hecho, afirman, esta actividad se capta mejor bajo la idea de *continuo*: entre la salud y la enfermedad, entre el auto-cuidado, el cuidado mutuo y la dependencia. De igual modo, comentan que en estas actividades se trastoca la idea de trabajo individual o autónomo, puesto que la necesidad de cuidados no se ve nunca cubierta por una sola persona, “sino por redes sociales con distintos ejes gravitatorios y grados de responsabilidad e implicación” (Pérez Orozco 2006b: 15-16). No necesitamos argumentos para demostrar que estas características se contraponen a las nociones habituales sobre el trabajo, cuestionando sus fronteras. Esa exploración en los límites conlleva, a su vez, que estas pensadoras desplacen su reflexión sobre los cuidados a las condiciones y las relaciones sociales que los anteceden, incluyendo las institucionales. El razonamiento, si bien parte de lo concreto, termina abarcando la sociedad en su conjunto.

A partir de estos mimbres, la propuesta de estas pensadoras es la revalorización del trabajo de cuidados. Eso sí, huyendo de las posibles imágenes reaccionarias de la maternidad y la “ética del cuidado” —que mistificando ciertas nociones de la “madre” y la “mujer”— pueden dar lugar a modelos sociales estrechos y opresores. El concepto central que permite la nueva conceptualización es el reconocimiento de la radical *interdependencia* de todas las personas, noción que muestra a estas en diversos grados de autonomía y dependencia a lo largo de sus vidas. Esto supone una diferencia radical en la concepción ontológica de sujeto que subyace al modelo capitalista, una transformación de profunda importancia que explicaremos posteriormente.

Bien, estas breves notas permiten constatar que la teoría de la reproducción social y la Economía Feminista pueden trabajar conjuntamente de manera muy sencilla, a pesar de que partan de vocabularios algo diferentes. Las dos corrientes asumen como principio la necesidad de comprender todo aquello que bajo el capitalismo se denomina “economía” como un proceso mucho más amplio, el cual, bajo la rúbrica de “reproducción social” o “sostenibilidad de la vida”, apela a una multitud de relaciones sociales y trabajos hasta ahora invisibilizados. Las dos teorías afirman que únicamente mediante su salida a la luz podemos comprender de manera clara las consecuencias de las transformaciones del capitalismo, al tiempo que puede cuestionarse la aparente necesidad de algunos de sus fenómenos. Entre ellos, que la exclusión y la precariedad se materializa de manera preferente en *ciertos cuerpos*: de mujer y racializados.

En consonancia con esta última conclusión, ha de recordarse brevemente el contexto

histórico-económico en el que se enmarca la realización de estos cuidados que pudimos explicar en un capítulo anterior. Ahí vimos que el presente capitalista arroja la imagen de una economía globalizada de carácter inestable, fuertemente financiarizada y especulativa. En la actualidad, las cifras de ocupación laboral de unos Estados inmensamente endeudados se hacen depender bien de sectores cuyo peligro fáctico para el entorno natural exige su inmediato cese de negocio, bien de empleos cuya calidad es cada vez más precaria. Mientras tanto, las estructuras regulatorias se homogeneizan a favor de las multinacionales, proclamando el imperio de la *lex mercatoria*. Los excluidos de este sistema son cada vez más, tanto en el Norte como en el Sur Global, lo que se materializa en los diversos procesos de privatización y desmantelamiento de los estados de Bienestar, así como en los cada vez mayores movimientos migratorios.

Las aportaciones de la teoría de la reproducción social nos han mostrado que el panorama mostrado, siendo absolutamente correcto, se encuentra incompleto (Ferguson y MacNally 2015: 2-3). La economía y política mundiales también se componen de las relaciones que tienen lugar en la casa y las pequeñas comunidades, así como las actividades del trabajo doméstico y de cuidados. De igual modo, ahora sabemos que la explotación está acompañada de la *desposesión*, dada siempre de manera diferenciada según los cuerpos a los que se dirija. Esto nos obliga a incorporar en nuestro análisis los diferentes ejes de opresión (“género”, “raza”, “capacitismo”, etc.) así como a asumir que el mercado de trabajo se encuentra jerárquicamente estructurado a través de pares dicotómicos (ciudadanía/exclusión, precariedad/seguridad).

Uniando las características del nuevo panorama económico con lo explicado en la subsección anterior, puede afirmarse que estamos ante un nuevo régimen de explotación y dominio en torno a la migración y desposesión, factores que han sido parte integrante del sistema capitalista desde sus comienzos. A la altura del siglo XXI, (Ferguson y MacNally 2015: 8-9) la estrategia principal es la extensión y propagación a escala mundial del trabajo migrante, extremadamente precario, en contraposición a la apropiación de trabajo racializado bajo formas esclavistas y/o coloniales que se daba en el pasado. Los datos hablan por sí solos: desde la firma del tratado de libre comercio entre México, Canada y EE. UU. (NAFTA) y hasta el 2015, el número de trabajadores ilegales en EE.UU. ha subido de 4 a 12 millones (Ferguson y MacNally 2015: 6). Asimismo, según la Organización Mundial del Trabajo (OIT), se estima que ya en 2017 cerca del 42% de la población trabajadora en el mundo se

encontraba en relaciones laborales precarias, y las expectativas son que el número haya aumentado desde entonces (Oxfam 2018: 12).

Esta estrategia de acumulación no es beneficiosa únicamente por la intensificación de la competencia entre los trabajadores. El incesante movimiento de los migrantes y el envío de divisas a sus países de origen también genera réditos para los Estados, algo visible si tenemos en cuenta la dimensión de la reproducción social: en el país de recepción, en tanto se les proporciona continuamente fuerza de trabajo *barata* y, en el país de salida, posibilitando la supervivencia de la siguiente generación de trabajadores, gracias a las aportaciones de los emigrados. Consecuentemente, puede sostenerse que hoy se busca crear y mantener una fuerza de trabajo migrante y temporal, diferenciada de aquella con condición de ciudadanía por nacimiento en el país receptor, cuyo día a día y expectativas estén tan sumamente despreciadas que sus vidas puedan considerarse como algo prescindible o *superfluo* (Ferguson y MacNally 2015: 15-16). Este cambio de perspectiva legitima la demolición y degradación de los sistemas de protección estatales, responsabilizando al individuo de las actividades asociadas a la reproducción en sentido amplio (sanidad, educación, etc.). A esto ha de añadirse, por último, que el discurso impuesto a la opinión pública de los países de recepción busca eliminar la conciencia de responsabilidad social acerca del bienestar de los migrantes. Se apela a la insostenibilidad del sistema económico para eludir nuestros deberes de refugio y acogida, llegando a justificar, en base a criterios económicos y de política de Estado, la flagrante vulneración de sus derechos más elementales.

Es importante que tengamos en cuenta que las principales protagonistas de estas nuevas condiciones transformadas son las mujeres, algo que puede demostrarse por los propios porcentajes numéricos y que ha llevado, desde hace ya bastante tiempo, a denominar las transformaciones de las que estamos hablando en términos de “feminización del trabajo”. Con este término (Morini 2014: 81-82) se señala el crecimiento del trabajo a bajo coste en los mercados globales, haciendo especial énfasis en la incorporación de las mujeres a sectores de servicios y/o cuidados y el desarrollo de formas de contratación individualizadas. Cabe preguntarse por qué las mujeres parecen estar convirtiéndose en el modelo paradigmático de trabajador en la época de la precariedad globalizada.

Los motivos son múltiples, pero algunos de ellos son, en primer lugar, la generalización y aumento en número de este tipo de empleos, que se encuentra actualmente en alza. En segundo lugar, la responsabilidad simbólica que los modelos y roles de

comportamiento asociados con las mujeres, aquellos “modelos de conducta obligatorios” que antes mencionamos. Según el prototipo simbólico todavía vigente, las mujeres son responsables de las actividades de reproducción y, por tanto, pueden sentirse empujadas, con mayor facilidad que los hombres, a la aceptación de los puestos laborales más precarios. En tercer lugar, hay una mayor concentración de mujeres en los sectores de peor remuneración —fundamentalmente, servicios y cuidados— que puede explicarse por lo que se denomina como “segregación ocupacional” (Oxfam 2018: 5). Este es aquel fenómeno por el cual mujeres y hombres se concentran en sectores tradicionalmente considerados como “femeninos” o “masculinos”. A raíz del carácter patriarcal del sistema en que vivimos, los primeros son los peor considerados: los datos muestran, a este respecto, que España no es una excepción, pues las mujeres se concentran en los ámbitos más precarios. Así, el 55,8% de trabajadores en el sector de hostelería son mujeres, porcentaje que se eleva al 87,9% en el caso de los cuidados.

Teniendo en cuenta estos factores, no resulta exagerado afirmar que las mujeres y, en especial, las mujeres migrantes, tienen menores probabilidades de prosperar socialmente, aumentando su vulnerabilidad. Si bien los datos podrían hablar por sí mismos¹⁶⁷, quizá sea conveniente que expliquemos de manera detallada de qué manera el trabajo doméstico y de cuidados se convierte en un empleo específicamente feminizado y migrante. Las economistas feministas españolas han explicado en numerosos estudios cómo se perpetúan las condiciones de precariedad en el sector de cuidados y la tendencia general a la feminización del trabajo (Pérez Orozco y Gil 2011, Precarias a la deriva 2004) en el contexto de la economía globalizada, que tiene que ver, afirman, con varios factores que operan en nuestra sociedad actual.

En primer lugar, la reorganización social de los cuidados. Hoy puede decirse que nos encontramos ante una verdadera “crisis de los cuidados”, noción con la que se hace referencia “a la puesta en evidencia y agudización de las dificultades de amplios sectores de la población para cuidarse y ser cuidados” (Ezquerro 2011: 176). Estas se han hecho visibles tras las transformaciones que han tenido lugar en el sistema socioeconómico y en el antiguo pacto social de reparto de responsabilidades sobre los cuidados. Estas modificaciones, si bien aparentemente rupturistas, no han sido capaces de modificar la tradicional división del trabajo, ni la segmentación de género en el mercado laboral que perjudica las posibilidades

167 En 2014, el 21,1% de las mujeres en EU adolecían de baja remuneración frente al 13,5% de los hombres. (Oxfam 2018: 16).

laborales de las mujeres. De este modo, lo más adecuado (Pérez Orozco y Gil 2011: 26) para categorizar nuestro actual sistema de organización social de los cuidados es calificarlo como un *modelo de transición*. En dicho arquetipo se combinan dos modelos diferentes de división sexual del trabajo. De un lado, el modelo clásico, con la figura del ama de casa-cuidadora y el cabeza de familia como “ganapán” asalariado. De otro, el modelo reformulado, que presenta un paradigma de mujer incorporada al mercado de trabajo asalariado pero que, simultáneamente, está sujeta a las expectativas culturales y sociales que la presentan como responsable de los cuidados en las unidades familiares. Se trata de un modelo que ya vimos referenciado, por ejemplo, en el trabajo de Roswitha Scholz. El modelo reformulado tiene como consecuencia que las mujeres estén sujetas a una doble “presencia/ausencia” en el trabajo y el hogar, modelo que, en su concepción ideal, se presenta bajo el ejemplo aspiracional de la *superwoman*. Por su parte, el hombre sigue teniendo presencia exclusiva en el ámbito del mercado de trabajo, con lo que se beneficia del trabajo de cuidados gratuito e invisibilizado que siguen efectuando las mujeres de manera mayoritaria.

Este modelo de organización, inestable y en constante cambio, unido a las cada vez mayores dificultades para la conciliación de la vida laboral y familiar, está fomentando que muchos hogares estén resolviendo su necesidad de cuidados a través de ayuda externa remunerada. La intensa segmentación etnográfica que tiene este sector en los países del Norte Global, incluido España, ha llevado a la globalización de los cuidados, dando lugar, en el caso de las actividades a que nos referimos, a la conformación de “cadenas globales de cuidados”, que son

...cadenas de dimensiones transnacionales que se conforman con el objetivo de sostener cotidianamente la vida, y en las que los hogares se transfieren trabajos de cuidados unos a otros en base a ejes de poder, en los que cabe destacar el género, la etnia, la clase social y el lugar de procedencia (Orozco, Paiewonsky y García 2008: 40, en Pérez Orozco y Gil 2011: 28).

Se ve que la actual situación de transición en el régimen de los cuidados, así como la privatización de las soluciones a las dificultades en la conciliación de la vida laboral y familiar, ayuda a explicar, en general, la creciente demanda de servicios de cuidados remunerados, al tiempo que la pervivencia de los modelos culturales tradicionales explican su segmentación de género. La novedad es su conexión con los procesos migratorios, fenómeno

que ha de verse en relación con el nuevo régimen de desposesión y explotación a escala global antes nombrado. No obstante, no hay necesidad de invocar procesos globales. En el caso español, es claro cómo el estatuto migratorio es un factor que empeora las condiciones en que tienen lugar las relaciones laborales en el sector de cuidados, situación que dificulta el efectivo cumplimiento de los derechos de estas trabajadoras. La vertebración que tiene lugar entre el Régimen Especial del Empleo de Hogar español y la Ley de Extranjería muestra claramente de qué modo las condiciones de estas trabajadoras se encuentran sumidas en un círculo vicioso que dificulta mucho su ascenso en la escala social.

El Régimen Especial de Empleo de Hogar (REEH), que regula las relaciones laborales del empleo doméstico y de cuidados, fue instituido en 1985 y se ha mantenido sin modificaciones sustanciales hasta la actualidad. Si bien este tipo de trabajos tiene algunas características que pueden justificar su tratamiento especializado, lo cierto es que algunas de sus diferencias con respecto al Régimen ordinario solo pueden ser entendidas como factores que facilitan la sistemática perpetuación de la vulnerabilidad de las trabajadoras (Pérez Orozco y Gil 2011: 172 ss., 176-177). Algunas de las más llamativas a este respecto son, por ejemplo, la figura de desestimiento, que permite el despido sin aducir motivos, lo que facilita la arbitrariedad de su ejecución. También es llamativa la ausencia de normativa en riesgos laborales, que no puede excusarse en base a la “falta de peligrosidad” de dicho trabajo: el trabajo doméstico y de cuidados implica, la mayoría de las veces, tener que manejar grandes cargas de peso y otras tareas que pueden causar lesiones graves, tal como podemos constatar a partir de la propia experiencia de un accidente doméstico que hayamos podido sufrir en nuestro ámbito privado. Hay, además, una ausencia de prestaciones por desempleo y maternidad y una por enfermedad muy condicionada —solo a partir del 29º día—. De manera adicional, ha de tenerse en cuenta que las relaciones laborales en este sector se suelen dar con un alto grado de informalidad, lo que acentúa las asimetrías en las relaciones de poder que pudieran tener lugar.

Como puede imaginarse, la vinculación de estos factores a la condición migratoria hace aún mayores las posibles dificultades que puedan tener las empleadas para el cumplimiento de sus derechos. Las trabajadoras pueden tener mayores miedos a denunciar los incumplimientos de lo pactado por temor a perder el empleo y su cotización —determinante para la obtención de permisos de trabajo y por ende, su regularización administrativa—; e igualmente, están sujetas a una legislación que no contempla las

especificidades propias de su empleo (alta tasa de informalidad, pluriempleo) y que impide, *de facto*, el acceso a oportunidades para su acceso a la plena ciudadanía a través del arraigo. La falta de prestación por desempleo, por ejemplo (Pérez Orozco y Gil 2011: 173) obliga a muchas mujeres a pagarse su propia cotización para poder renovar sus permisos, algo que las coloca en una situación de clara desprotección.

Si bien no hemos agotado las dificultades a que se enfrentan estas trabajadoras, creemos que las pocas pinceladas acerca del caso concreto del trabajo doméstico en el territorio español¹⁶⁸ han mostrado con claridad lo fructífero de la perspectiva de la teoría de la reproducción social y como, gracias a la aportación de la Economía Feminista, hace posible un análisis que vincule el caso concreto con la totalidad de nuestro sistema socioeconómico. Al mismo tiempo, hemos podido comprobar que las tesis de la SRT en torno a la noción de “interseccionalidad”, si bien aducidas desde el plano teórico, eran correctas: no es posible realizar un tratamiento separado o atómico de los diferentes ejes de opresión, estos se dan de manera conjunta en la realidad social, con las diferentes relaciones y vivencias de los que participan en ella.

Para terminar esta sección, nos gustaría volver de nuevo al ámbito de las ideas, pues hay ciertos conceptos, tal como se ha anunciado, que merecen ser explicados por su importancia y consecuencias en lo filosófico. Destaca de manera particular la noción de “interdependencia”, cuya presencia en el ámbito académico ha aumentado exponencialmente en los últimos años. Aunque tendremos que repetir algunas de las nociones que ya hemos considerado, su posicionamiento bajo diferentes términos hará ver su potencialidad explicativa más claramente.

5.4. La crítica de los fundamentos: autonomía, interdependencia, vulnerabilidad, precariedad

Tal como recordaremos, la presentación general de la disciplina de la economía feminista de Cristina Carrasco a la que hemos hecho referencia (2006) identificaba como uno de las áreas de interés de esta disciplina la crítica de los fundamentos y metodología de la economía ortodoxa. Este objetivo está particularmente presente en la Economía Feminista de

¹⁶⁸Las empleadas de hogar y de cuidados españolas se han constituido a finales de Marzo de 2019 en la Plataforma por un Empleo de Hogar y Cuidados dignos, lo que denota la necesidad de seguir reclamando sus justas reivindicaciones. Por otro lado, aprovechamos la nota a pie para reconocer todo lo aprendido y expresar nuestro agradecimiento a todas las integrantes del *Eje de Precariedad*, que pude conocer gracias a Sara Ferreiro. Están presentes en estas páginas, tanto entre líneas, como literalmente.

la ruptura, corriente en la que nos hemos apoyado para nuestra argumentación y a partir de la cual hemos establecido las líneas de conexión con la teoría de la reproducción social. Esta línea de reflexión se caracteriza por un uso de materiales provenientes de diversas disciplinas y el desarrollo de las ideas al ritmo de la discusión de la teoría feminista¹⁶⁹, configurándose, al igual que esta última, como un pensamiento encaminado a la transformación social.

En la presente sección vamos a comprobar cómo esta visión de la economía desemboca, en último término, en la exigencia y necesidad de una transformación civilizatoria, algo que puede relacionarse sin dificultad alguna con la visión del —e intenciones con— el capitalismo de la crítica del valor-escisión. Nuestra pretensión, ahora, es dar cuenta de la profundidad que alcanza tal objetivo. Para ello, vamos a mostrar algunos de sus argumentos fundamentales, muchos de los cuales hemos mencionado anteriormente, e iluminaremos algunas de las nociones filosóficas que la sustentan, por cierto, muy presentes hoy en la discusión académica.

Para comenzar del modo más sencillo posible, las siguientes palabras de Amaia Pérez Orozco nos pueden ayudar a delimitar los intereses más determinantes de este grupo de teóricas. Tal como dice, la economía feminista de la ruptura

...surge del intento de ir dando respuestas a los problemas aperecidos [...] y, así, trascender las dicotomías fundacionales del discurso androcéntrico e insertar una noción de las relaciones de género que no esté anclada en ese sujeto mítico de “la mujer”. [...] Otra idea de fondo [...] es la voluntad de cuestionar los términos normativos de las dicotomías que, hasta entonces, no habían sido problematizados. Se pone en cuestión la normatividad que encierran los términos androcéntricos de las dicotomías. La invisibilidad de los otros femeninos no es un mero sesgo u olvido [...] sino un elemento intrínseco [...] para que sea posible esa estructura mercantil masculinizada. En conjunto, se apuesta por no conceder el mismo valor analítico a esferas económicas escindidas (producción/reproducción), sino por *centrarse en el elemento que las trasciende y, a la par, las contiene: la sostenibilidad de la vida*. [...] La economía feminista de la ruptura propone partir de las experiencias de las mujeres —y de otros sujetos hasta ahora en la periferia de “lo económico”[...]

¹⁶⁹Ya se ha dicho que la terminología y consideración separada de esta corriente se debe a la propia Amaia Pérez Orozco. Más que como una línea de reflexión que contiene un grupo determinado de autoras, conviene comprenderlo como una dirección de análisis en el que se incluyen aportes filosóficos como el enfoque de las capacidades de Amartya Sen, la crítica epistemológica de Haraway, la noción de performatividad butleriana, el desarrollo de la noción de cuidados realizado por Himmelweit o las aportaciones de la economía ecológica, entre otras. Uno de los hitos en la difusión y asentamiento de esta perspectiva se encuentra en *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida* de Pérez Orozco (2014).

reconociéndolas diversas, [...]. [...]...no busca comprender la verdadera existencia de “la mujer”, sino avanzar, en lo posible, en la construcción de un sujeto político “las mujeres” basado en alianzas diversas [...]. (Pérez Orozco 2006: 138, subrayado nuestro).

Como puede comprobarse, este enfoque da un paso más allá de la teoría de la reproducción social y, bajo las premisas de las últimas cuestiones iluminadas por el feminismo, busca trascender totalmente la terminología, normatividad y estructura teórica de la economía ortodoxa, poniendo en el centro del discurso la noción de “sostenibilidad de la vida”. Entre los instrumentos que se utilizan para tal fin se encuentra la asunción como principio de la reflexión las experiencias de todos aquellos sujetos que quedan fuera del discurso económico hegemónico, así como el reconocimiento de su labor. Con todo ello se busca la obtención de una imagen de la realidad económica que vaya más allá de los estrechos límites impuestos por el androcentrismo.

Las implicaciones de esta perspectiva son múltiples, por lo que conviene ir paso a paso. Comencemos por la labor deconstructiva. Uno de los términos explicativos por excelencia de la teoría económica (Navarro Ruiz 2018a) es el de *homo oeconomicus*. Prototipo de la subjetividad normativa del capitalismo, es utilizado como paradigma para el estudio y comprensión de las relaciones económicas y de mercado. A lo largo de la segunda mitad del anterior siglo, adicionalmente, esta figura ha trasvasado a la disciplina filosófica y la teoría social. Ahora, la imagen del sujeto calculador y maximizador se usa igualmente para el planteamiento de dilemas éticos, como ocurre en la teoría de juegos. Para comprender su significa más concretamente, una de las mejores definiciones que podemos señalar de esta figura se encuentra en los escritos de juventud de J.S. Mill. El filósofo liberal, en un escrito dedicado a la definición de la Economía Política, nos dice que el *homo oeconomicus*

...estudia al hombre concentrado en la adquisición y consumo de riqueza, y procura demostrar cuál es el curso de acción al que el ser humano, al vivir en un estado de sociedad, se vería impelido si esa motivación [...] fuera la regla absoluta de todos sus actos. [...] Esto no quiere decir que algún economista político haya sido nunca tan absurdo como para suponer que la humanidad está realmente así constituida, sino que esta es la manera en que la ciencia debe necesariamente proceder. (Mill 1863 [1997]: 162-163)

Bien, aunque Mill es lo suficientemente hábil para conceder que la figura del *homo*

oeconomicus es un modelo operativo que no tiene correspondencia en la realidad, lo cierto es que este es el modelo antropológico utilizado para delimitar el campo de acción de la economía y explicar los diferentes comportamientos y dinámicas que tienen lugar en este. Dicho hecho, que no tendría por qué tener consecuencias más allá del ámbito de la economía en su consideración ortodoxa, se trata de un acontecimiento de gran repercusión para la sociedad en el momento en que el sistema económico pasa a vertebrar y condicionar su efectiva reproducción social, tal como ocurre en el sistema capitalista. A lo largo de este trabajo hemos argumentado cómo esta circunstancia transforma la economía capitalista, en conexión con la sociedad que la acoge, en un auténtico sistema civilizatorio. De esta forma, la figura del *homo oeconomicus* se convierte en la supuesta imagen especular de la esencia de la subjetividad humana y la definición del carácter concreto de su sociabilidad.

Se debe tener presente que esta concepción de sujeto tiene varios presupuestos de importancia como fundamento, con consecuencias políticas decisivas. Si atendemos a la definiciones del concepto de individuo que circulaban en el siglo XIX (Zaharijević 2017), se comprueba que esta noción se erigía sobre diversas exclusiones, lo que hacía que “ser un individuo se convirtió en un derecho para el cual uno tenía que cumplir con [ciertos, CNR] requisitos” (Zaharijević 2017).

Entre estas se encontraban que, el individuo, en primer lugar, había de ser *propietario* de su propia persona y sus asuntos, es decir, ser *soberano de sí mismo*. Además, en el marco de un espíritu fuertemente ilustrado, este tenía o había de tener la habilidad de perfeccionamiento: la posibilidad de tener tanto la ambición, como la capacidad de ser mejor, d e *progresar*. También debía poder actuar como valedor de sus intereses, lo que le posibilitaba para representarlos en el ámbito político, otorgándole el acceso al sufragio. Lo fundamental de todas estas características es que la *propiedad* es aquí condición de posibilidad de la individualidad. Consecuentemente, siguiendo a Zaharijević, se entiende que ningún caso debemos asignar individualidad a los trabajadores, aun cuando se les hubiera otorgado una igualdad jurídica formal. Su “libertad” real se basaba en la desposesión de los medios de producción y ni siquiera eran poseedores del producto de su propio trabajo, con lo que difícilmente hubiesen podido ser considerados como *soberanos de sí mismos* en tal momento de la historia. Las mujeres, que estaban consideradas jurídicamente como la propiedad de su cónyuge, al igual que los esclavos (que ni siquiera alcanzaban en ocasiones a la inclusión dentro del concepto “humano”) se encontraban por principio excluidos. De este

modo,

¿Quién pudo encarnarse [*embodied*] como individuo en el siglo XIX? Solo aquellos que pertenecían a clases propietarias fueron reconocidos como iguales propietarios de intereses, porque podían invertir lo que era suyo y promover su libre circulación [...]. Su propiedad *solo* estaba en una relación de dependencia con sus propietarios, lo que respaldaba su independencia y su exigencia política para auto-gobernarse o para ser, en términos de Foucault, menos gobernados. [...] Las representantes del “sexo débil”, [...] por su propia naturaleza, eran nítidamente distintas de los individuos, porque su auto-actualización había de ser lograda en dependencia, en su ser subsumidas bajo la persona del otro, en carecer de intereses y [siempre, CNR] figurando como una posesión, y no como propietarias. Entonces, si el *homo politicus* se define por la indivisibilidad de su posesión de sí, [*its ownership in itself*] tiene que ser entendido como profundamente exclusivista: no solo posee derechos, sino que revela a los excluidos como no-soberanos [...] y como profundamente vulnerables a diferentes niveles de exclusión (Zaharijević 2017, subrayado de la autora).

La concepción que acabamos de describir pone de relieve que, en el sistema capitalista, no solo ha de lucharse contra la pretensión de hacer de la economía competitiva de mercado la concepción exclusiva y excluyente de economía, sino que además, conforma su modelo político a partir de esta. Ante tal situación, la crítica de la Economía Feminista ha llevado a cabo un ejercicio de *visibilización y reconocimiento*. Ha preguntado por las condiciones de aparición del mercado y de los sujetos que operan en él, descubriendo a los economistas ortodoxos la esfera de reproducción y sus actividades inherentes, asignadas tradicionalmente a las mujeres: el trabajo doméstico y de cuidados. Además, han puesto de manifiesto que la invisibilización de estas labores puede dar lugar a la ficción de aceptar cuestiones tan absurdas como que los propietarios, al igual que los trabajadores, surgen cada día descansados, limpios y alimentados como por efecto de magia: cual “trabajadores champiñón” que salen de la tierra, sin saber muy bien cómo¹⁷⁰, como si fueran entidades supraterráneas que no necesitaran de *otros* para su subsistencia.

En el marco de este interés por la concreción de los abstractos, la Economía Feminista

¹⁷⁰La expresión, por cierto no es una ironía de las propuestas de la Economía Feminista. Proviene de Hobbes, quien, en la formulación de su teoría política, reconocía que el afecto paterno resultaba contradictorio con su imagen del *homo homini lupus*, y subrayó que su teoría se refería únicamente a los hombres adultos. En sus propias palabras, “los hombres brotaban de la tierra y de inmediato, como champiñones, alcanzaban la plena madurez, sin ningún tipo de compromiso mutuo” (La cita proviene del texto de Di Stefano, Christine, “In search of the missing mother: Maternal Subtexts in Political Theory”, p.6, ponencia presentada en *Eastern Division Fall Conference, Society for Women in Philosophy*, 3-4- Noviembre, 1984, recogida en Folbre y Hartmann 1999: 95).

también ha buscado poner rostro y figura a las entidades abstractas que son, en apariencia, los mercados. No hablamos aquí de un burdo ejercicio de señalamiento de individualidades —algo así como “los mercados son la familia Botín”—, sino de mostrar, en consonancia con la teoría de la reproducción social, que el capitalismo está compuesto por ciertas estructuras y determinado por acontecimientos históricos que privilegian a unos cuerpos sobre otros. Ello tiene como consecuencia que los mercados se conviertan en una institución que “jerarquizan las vidas concretas y establecen como referente [...] la vida del sujeto privilegiado de la modernidad [...] el BBVAh: el sujeto blanco, burgués, varón, adulto, con una funcionalidad normativa, heterosexual” (Pérez Orozco 2014: 25). Al contrario de lo que pueda pensarse, el BBVAh es un sujeto al que no se contrapone el tradicional sujeto revolucionario de la clase obrera, pues, por muy dinámicamente que este último sea concebido, comparte con su contraparte propietaria de los medios de producción un doble sesgo: androcéntrico y antropocéntrico. La postura que entiende que la dicotomía trabajador/propietario es suficiente para la comprensión de la historia capitalista (Pérez Orozco 2014: 37-38) ha sido denominada por Antonelle Picchio como “estrabismo productivista”, que consiste en aquella aproximación que comprende toda relación económica y social única y exclusivamente desde el conflicto capital/trabajo. Como consecuencia de la misma, el núcleo del conflicto social y el impulso de la lucha, así como la concepción de propuestas, se concentran en la sola relación salarial, que constituye una pequeñísima parte de “lo que está mal en el mundo”, chestertianamente hablando.

Por último, como ya dijimos más arriba, el análisis del trabajo de reproducción y cuidados ha provocado el trastocamiento de los límites tradicionales de las divisiones entre “trabajo” y “ocio”, “dependencia” y autonomía” e “individualidad” y “colectividad”, una circunstancia que dificulta la homogeneización de estas labores con el empleo asalariado inherente al capitalismo¹⁷¹.

¹⁷¹Las dificultades para pensar y conceptualizar el trabajo doméstico y de cuidados en los términos del empleo asalariado capitalista puede que sea uno de los múltiples motivos por los que la demanda de un salario para los mismos sigue resultando, a día de hoy, muy controvertida. El origen de esta propuesta se remonta ya a los años 70 del pasado siglo e, intelectuales de renombre como Federici (2013: 51-66) la llevan defendiendo desde entonces. Sin atrevernos a juzgar de manera definitiva sobre esta propuesta, dada su complejidad, cabe destacar algunas cuestiones. En primer lugar, creemos que la discusión sobre la salarización del trabajo doméstico puede llevarnos a terrenos de discusión poco fructíferos, como la diferenciación entre trabajo “productivo” e “improductivo”. Esta es una dicotomía terminológica que, como Kurz ya ha explicado (2008) no tiene ninguna relevancia desde el punto de vista del capital global, que la mayoría de las veces embrolla enormemente los análisis (porque, ¿en qué sentido un trabajo o no productivo? ¿Si aligera costes al capital y este se realiza de manera gratuita, como el trabajo de cuidados, acaso no ha de considerarse como un saldo positivo para el capital? ¿Qué hacemos con las empresas que, mediante mecanismos como el *outsourcing*, han convertido a trabajos anteriormente considerados como

A raíz de la reflexión colectiva, la economía feminista ha acabado en la formulación de un modelo de sujeto ontológicamente diferente al de *homo oeconomicus*: el sujeto interdependiente. Si, como afirma Mill, el *homo oeconomicus* es únicamente un modelo funcional, hay que mostrar de qué *otras maneras* somos también. Algo que sabemos con certeza, por mucho que el sistema capitalista haya impuesto (L. Gil 2014a: 51) un ideal de independencia basado en la autonomía del yo, en la privatización de la existencia y en la falta de necesidad de cuidados: los seres humanos somos seres profundamente *eco- e interdependientes*. “Ecodependientes”, esto es, que dependemos del medio que nos sustenta y da vida, por lo que no podemos rebasar sus límites ni violentar la repetición y legaliformidad de sus procesos estables¹⁷². E interdependientes, dado que nuestra supervivencia depende en amplios momentos de nuestra vida *exclusivamente* de los cuidados de los demás, siendo algo necesario a lo largo de toda ella. Al mismo tiempo, todos somos responsables de los cuidados

improductivos en fuente de beneficios?). En segundo lugar, la discusión sobre la monetización de ciertas actividades puede llevarnos al olvido de que, en el marco del capitalismo fundamentado en una división social del trabajo patriarcal, lo decisivo no es que cierto tipo de actividades, como el trabajo doméstico o de cuidados, sean asignados a las mujeres. Lo crucial es que, en una sociedad patriarcal, *el propio hecho de ser mujer está devaluado* y con ello, las actividades vinculadas a ellas “carecen de valor social” (Borderías, Carrasco y Torns, 2011: 72). De este modo, lo que determina qué sea un tipo de trabajo determinado son siempre “las relaciones bajo las cuales tiene lugar dicha actividad. Así, un plato de comida realizado por un ama de casa en el hogar será considerado trabajo doméstico, en cambio, el mismo plato de comida realizado en un restaurante será definido como trabajo de mercado”. (Borderías, Carrasco y Torns: 72-73). Por último, hemos de tener en cuenta que la Economía Feminista de la ruptura busca una transformación radical y fundamental de la sociedad capitalista, apunta a este en tanto sistema civilizatorio, con lo que la exigencia de un salario para el trabajo doméstico habría de considerarse una medida, en cierto modo, de *transición*. Amaia Pérez Orozco plantea muy bien de qué modo han de ser entendidas estas reivindicaciones, en el marco de una conversación. A pesar de su longitud, merece la pena reproducirlas aquí: “Al final es preguntarnos: ¿qué hacemos con todo el sistema económico? No se trata de preguntarnos qué hacemos con unas “tareitas”; sino de replantearlo todo. Es replantear la economía desde otro sitio, desde donde se está resolviendo la vida más directamente. *Luego entre esas medidas de transición, hay urgencias*. Por ejemplo, la autonomía financiera de un montón de mujeres del mundo. *Tener autonomía financiera y tener derechos sociales*. En un contexto donde los derechos se asocian al trabajo asalariado, habrá que pensar otras formas de empezar a remunerar estos trabajos, al mismo tiempo que actuemos en otros niveles. No se trata de meternos en una carrera loca de mercantilizar y de monetizar todas las tareas de nuestras vidas, sino de al mismo tiempo ir poniendo formas de resolución comunitaria [...]. También creo que es importante vincular esto a otras reivindicaciones fundamentales, como la reducción de la jornada laboral, acompañada de una exigencia de que los hombres hagan estos trabajos. Hemos perdido la dimensión de conflicto con los hombres. [...] En un contexto de aumento del empleo de hogar esto empieza a ser clave. Siempre ha habido desigualdades en la realización de estos trabajos, pero creo que ahora están creciendo. A veces entendemos como forma de liberación el dejar de hacer estos trabajos y que los haga otra gente, o sea otras mujeres más pobres, migradas... Eso me parece peligrosísimo. En esas medidas de transición, no sé cómo, pero que además de valorizar me parece importante meterle mano directamente a las dimensiones de privilegio que hay ahí”. (Roco 2018: 88, subrayado nuestro).

¹⁷² Este es un asunto que veremos con detenimiento en el siguiente capítulo gracias a la teoría de Jason W. Moore. De momento, baste con recordar junto con Yayo Herrero (2017: 124-125) que los seres humanos, más que depender de la naturaleza, *somos naturaleza*. Las sociedades occidentales son las únicas que comprenden al ser humano como algo superior y opuesto a esta, a la que convierte en un mero repositorio de materias primas para el inicio de procesos de producción capitalista, alterando las dinámicas naturales.

de otros, a no ser que nos hayamos desentendido de nuestra responsabilidad, bien a causa de nuestros privilegios en un capitalismo estructurado heteropatriarcalmente, bien por otros motivos¹⁷³.

Esta condición de interdependencia es precisamente la que, desde hace algún tiempo, se viene trabajando en la filosofía gracias a Judith Butler, que apunta a esta cuestión por medio de los conceptos *precariedad* y *vulnerabilidad*. Estos conceptos, a partir de los cuales está construyendo su concepción política y ética, se encuentran explicados en *Vida Precaria* (2006: 20) y, especialmente, en *Marcos de guerra* (2009). Es en este último texto donde se nos dice que la precariedad “implica vivir socialmente, es decir, el hecho de que nuestra vida está siempre, en cierto sentido, en manos de otro”, o sea, que nuestra propia subjetividad se ha de asumir condicionada y afectada por una cierta dependencia *a* y *de* los demás (2009: 30-31). Asimismo, esta descansa, más en general, sobre

...un cierto tipo de dependencia en [determinada, CNR] infraestructura, entendida de manera compleja como entorno, relaciones sociales y redes de apoyo y sustento por las cuales se prueba que lo humano en sí no está separado de lo animal o el mundo técnico, [así, CNR] ponemos en primer plano los modos en que somos vulnerables a estructuras diezmadas o en proceso de desaparición, los apoyos económicos y la labor predecible y bien compensada. (Butler, 2016: 21).

Quien mejor ha delimitado los diferentes sentidos de la precariedad ha sido Isabelle Lorey (2016: 27-28), quien en un libro dedicado de manera exclusiva a esta cuestión, ha

173Las palabras de Zaharijević nos han recordado que las mujeres no podían ser propietarias, entre otras cosas, porque su auto-actualización, es decir, la realización de su ser propio, había de ser alcanzada en dependencia, en su subsunción en la figura del otro. Esta situación ha provocado (Salobral 2018: 105-106) que, tal como expone la teoría de Carol Gilligan, la estructura ética de las mujeres se base en un modelo centrado en las relaciones de interdependencia, desplegando un modelo de conocimiento en que priman los sentimientos de empatía y compasión. En base a esto, puede decirse que este modelo ético favorece que la posición social de la mujer favorecerá una mayor inclinación hacia la comprensión de la interdependencia. Este tipo de cuestiones son las que sirven de fundamento para el desarrollo de la *ética del cuidado* (Gilligan, Chorodow, Ruddick) conformada a lo largo del último siglo (Beltrán, Maqueira 2008: 247 ss.). Sin menoscabo de las aportaciones de esta corriente, como ya se vio de cierto modo en el cuerpo de texto y como muy bien señala Salobral, hay que tener en cuenta que este modelo ético posee ciertos peligros si se interpreta de manera reaccionaria, tal como ocurrió en el siglo XIX y sigue pasando a día de hoy. Puede provocar que los trabajos domésticos y de cuidados se conviertan en una tarea obligatoria, al comprenderse “no como trabajo [,] sino realizados “por amor” y para demostrar amor” (Salobral 2018: 105), llevando a estas actividades al terreno de lo no politizado. Un riesgo que, en la peor de sus versiones, naturaliza la asignación de los trabajos domésticos y de cuidados a las mujeres, que “realizarán ese despliegue de trabajos de cuidados por amor y de manera abnegada, atomizada y somatizada, haciendo identidad de su deseo de agradar a la familia y por contagio al resto” (Salobral 2018: 105), favoreciendo las estructuras patriarcales de la sociedad.

explicado que la condición precaria¹⁷⁴ implica una dimensión socio-ontológica de la vida y de los cuerpos, o sea, se trata de una condición relacional que designa “la dimensión de vulnerabilidad de los cuerpos compartida existencialmente” (2016: 27). En virtud de la reinterpretación ontológica en términos de precariedad o vulnerabilidad, el ser se concibe como algo imposible en su plenitud y mismidad; ha de ser considerado como extático, “que ha sido expulsado de sí al afuera” (L. Gil 2014b: 292, 2018). Todo esto significa, en definitiva, que desde esta perspectiva, el ser es inacabado y dependiente de otro de manera previa, como única forma de llegar a ser (L. Gil 2018: 46). De esta forma, el punto de partida para la reflexión ontológica de la existencia ya es el individuo o sujeto, sino la *relación*.

Esta condición precaria ha de distinguirse, por su parte, de la “precariedad” que es una categoría que diseña los efectos políticos de la condición precaria que nos reúne a todos. En este último sentido, ya se ha constatado que desde la Economía Feminista de la ruptura los mercados se transforman en estructuras que, por medio sus dinámicas propias, jerarquizan a los cuerpos y privilegian las vidas de unos sobre otros. La “precariedad” incide en este espacio, pues acoge como concepto todas las relaciones de dominio naturalizadas que dan lugar a las diferentes posiciones sociales.

Teniendo en cuenta estas dos diferentes acepciones de lo precario, es necesario preguntarse por el potencial analítico y transformador de esta noción en lo referente a la intersección entre ontología, ética y política. Silvia L. Gil afirma que esta se manifiesta (L. Gil 2014b: 290) desde el momento en que, haciéndonos cargo de nuestra condición existencial relacional, nos cuestionamos sobre cómo queremos vivir; cuando, en lugar de asumir esta condición como una carga o lastre que conviene invisibilizar —no otra es la estrategia capitalista— buscamos convertirla en una fortaleza. Tal ejercicio, que ha de ser realizado desde la conciencia de que la igualdad comienza con el derecho a ser diferentes, partiendo de la pluralidad, está todavía en ciernes y, además, solo puede ser resultado de la deliberación política democrática. No obstante, existen ya ciertas aproximaciones teóricas

¹⁷⁴“Precariedad”, “vulnerabilidad” y “condición precaria” pueden considerarse términos análogos. “Precariedad” y “condición precaria” traducen el término inglés *precariousness*, y si bien es cierto que Butler también utiliza “vulnerabilidad” [*vulnerability*], la utilización de este término no implica una diferencia conceptual diferente: Silvia L. Gil (2018) lo utiliza denotando una concepción idéntica. En cualquier caso, un aspecto interesante de este término es su progresiva propagación y presencia en los informes que analizan la situación de las poblaciones desfavorecidas. Madrid Pérez (2018) ha explicado la historia de su surgimiento y el modo en que es utilizado en dichos informes, llegando a la conclusión de que (2018: 56) su implementación en el discurso sirve a la naturalización de la “vulnerabilización” de las personas, al tiempo que maquilla y oculta las características y funcionamiento de las estructuras que la provocan. Resulta algo inquietante que, desde el pensamiento crítico, se haya asumido con naturalidad su uso, pero no cabe darle demasiadas vueltas. Esos informes crean *el* discurso oficial.

que nos pueden ayudar a pensar desde la interdependencia, así como ciertos ejemplos que nos ayudan a visualizar qué acciones se están realizando. Ambas son cuestiones que nos disponemos a examinar de manera sucinta.

En el plano teórico, Butler viene desde hace algún tiempo trabajando (Navarro Ruiz 2016c: 88-94) sobre las diferentes formas de resistencia política que se están produciendo como protesta en contra de las políticas neoliberales. Esto se plasma particularmente en su última aportación, *Notes toward a performative theory of assembly* (Butler 2015). En este libro se reflexiona sobre ciertas formas de resistencia política, atendiendo de manera preferente la conformación de asambleas populares que han ocupado algunas de las plazas principales de las ciudades de Madrid o Nueva York. Su tesis es que (Butler 2015: 9-10) actuar de manera concertada puede ser una forma corpórea [*embodied*] de cuestionamiento de las dimensiones de lo político y apuntar a la necesidad de su transformación. Para la filósofa estadounidense

...cuando los cuerpos se reúnen en la calle, o en otra forma de espacio público [...] están ejerciendo un derecho a aparecer plural y performativo, uno que reivindica y coloca el cuerpo en medio del campo político, y el que, en su función expresiva y significativa, da lugar a una exigencia corporal de un conjunto de condiciones económicas, sociales y políticas más vivibles que no estén ya aquejadas por formas inducidas de precariedad. (Butler 2015: 11).

Para Butler, por tanto, ciertas formas corpóreas de resistencia política son capaces de tener efectos transformadores sobre nuestras estructuras políticas, porque la aparición del propio cuerpo en su materialidad expone aquellas nociones de las que venimos hablando: su condición vulnerable y precaria, su interdependencia ínsita. De esta manera, la protesta corporal, en el contexto del aumento de la vulnerabilidad de ciertas poblaciones —más bien, de *vulneración* de sus derechos— tiene que ser entendida como una forma de crítica hacia la falta de protección institucional que es *conditio sine qua non* de nuestro bienestar. Esta incide en tres planos diferentes. En primer lugar, Butler nos dice que la reunión de los cuerpos (tanto en espacios físicos como virtuales) puede tener efectos disruptores en la “organización espacial del poder” (Butler 2015: 86). Además, en segundo lugar, pueden modificar las nociones a través de las que concebimos la partición del espacio en público y privado y, por último, cuestionar las condiciones del derecho a comparecer en el espacio de lo político. Estas dos últimas dimensiones se encuentran interrelacionadas en su argumentación y son

tratadas a través de la discusión con la filósofa Hannah Arendt. Por su interés, vamos a explicarla brevemente.

Para la autora de *El género en disputa* el problema que se manifiesta con la aparición de los cuerpos en el espacio público es, justamente, el de las condiciones de posibilidad de que un/unos individuos emerjan como agentes activos en el espacio de la acción. Dicho espacio, en términos arendtianos, es el campo de la política. Aunque Butler le reconoce a Arendt una posición de relevancia en materia de pensamiento político, considera que su concepción del espacio político invisibiliza fácticamente las condiciones de acceso al mismo, lo que limita su potencialidad reflexiva. Para la filósofa de la performatividad, las asambleas en la calle que son objeto de reflexión en su último texto tienen la capacidad de incidir sobre este preciso asunto, dado que gracias a ellas

...la política no se define como tomando lugar exclusivamente en la esfera pública, distinta de la privada, sino que cruza esas líneas una y otra vez [...]. [C]uando pensamos acerca de lo que significa moverse a través del espacio público de una manera que impugna la distinción entre público y privado, vemos algunas formas en que los cuerpos en su pluralidad reclaman lo público, encuentran y producen lo público aprovechando y reconfigurando la cuestión de los entornos materiales, al mismo tiempo, estos entornos materiales son parte de la acción, y ellos mismos actúan cuando se convierten en apoyo para la acción (Butler 2015: 71).

En contraposición a esta capacidad productiva de la presencia corporal en las calles y sus implicaciones materiales, en la obra de Hannah Arendt (2003: 37-59), la esfera pública o política —esfera de la libertad, la pluralidad, la acción propiamente humana— se contrapone a la esfera de lo *social*, aquella que engloba todas aquellas actividades que compartimos con el resto de los seres vivos, las necesarias para la supervivencia y reproducción corporal. Esta última esfera no tiene, para Arendt, carácter político. Ahí, los sujetos actúan desde la *necesidad* proveniente de sus requerimientos corpóreos y, en base a dicha necesidad, no pueden ser considerados libres. Solo aquellos que no están sometidos a las vicisitudes corporales pueden serlo en sentido propio. En este punto, muy pertinentemente, podemos preguntarnos con Butler: “¿[...] qué decir acerca de la posibilidad de que uno esté hambriento, enfadado, sea libre y tenga capacidad de raciocinio y que un movimiento político para superar la desigualdad en la distribución de alimentos es un movimiento político legítimo y

justo?” (Butler 2015, p. 47). En otras palabras y contexto: teniendo en cuenta que las relaciones de acumulación de capital determinan y estructura la posibilidad y características de nuestro sistema de reproducción social, ¿podemos negar el carácter político de lo relacionado con la corporalidad? Lo que es más, dado que nos vivimos en el sistema civilizatorio organizado por la disciplina “Economía política”, ¿acaso no se configura ya todo lo corpóreo como político?

Que los cuerpos objeto de necesidades no sean todavía el cuerpo político para Arendt, constituye para Butler un grave error argumentativo que niega la dependencia y las condiciones políticas anteriores a toda autonomía. En contra de estas concepciones, Butler quiere intentar analizar los modos en que la esfera política puede pensarse a partir de la eco- e interdependencia que constituye la ontología corpórea de nuestro ser social. Uno de esos intentos lo realiza en la reflexión sobre las asambleas callejeras, abriendo un espacio para seguir desarrollando el ejercicio filosófico.

Por fortuna, todavía podemos mencionar alguna cuestión más que arroje luz sobre cómo podemos practicar una política centrada en la interdependencia. Queremos mencionar dos ejemplos provenientes del activismo y la resistencia política ya en marcha: hablamos de la propuesta de las Mesoamericanas en Resistencia por una Vida Digna (Torres 2018) y la de ciertos colectivos activistas situados en la ciudad de Madrid que han sido analizados recientemente (Crespo 2018). Ambas propuestas están en el marco del *Buen Vivir*¹⁷⁵ (Crespo 2018: 20-21), cosmovisión de los pueblos indígenas de Latinoamérica que quiere hacer posible una vida que, abandonando la obsesión por la acumulación del capital, camine a la consonancia con la Naturaleza, lo que la acerca a la concepción de la sostenibilidad de la vida propia de la Economía Feminista de la ruptura. Dada su multidimensionalidad y arraigo en el contexto en que se desarrolla, ha de pensarse como algo plural. Procedente de posturas decoloniales, permite la generación de saberes descolonizados y críticos con la institucionalización en sus corrientes más críticas.

Las Mesoamericanas en Resistencia por una Vida Digna (Torres 2018: 32) se constituyeron como red política en la mesa “Mujeres Frente al Modelo Neoliberal” que tuvo lugar en el IV Foro Mesoamericano de los Pueblos celebrado en Tegucigalpa en 2003. Su objetivo era plantarse ante el recrudecimiento de las condiciones de precariedad inducida por la imposición de los acuerdos de libre comercio y la globalización económica.

¹⁷⁵Volveremos a la noción de Buen Vivir o *Sumak Kawsay* en el capítulo 6.

Desde entonces, están actuando en su día a día por reducir las dependencias que las atan al consumo mediado por el mercado capitalista, implementando medidas que pongan el cuidado de la vida en el centro. Parten de que la resistencia es afirmación, “hacer fuerza en la oposición para resguardar lo que se tiene” (Torres 2018: 35) y que es posible de manera inmediata en el presente, entendiendo de este modo que su existencia es una forma de *re-existencia*. Puesto que no podemos entrar en el detalle de sus propuestas, tan solo mencionaremos lo que ellas mismas denominan (Torres 2018: 45) como “caminos”, que tienen como objetivo concretar las formas de resistencia. Estos se expresan en “señales”, que son los que van a mostrar si las prácticas que se están realizando se encaminan efectivamente a la reducción de la dependencia de los mercados y Estado que rechazan. Estos son: i) el fortalecimiento de la organización y consolidación de las relaciones políticas en las mujeres, ii) la recuperación y uso de las prácticas y saberes ancestrales, iii) el cuidado de la vida, iv) el efectivo desarrollo de los proyectos de las mujeres y, por último, v) el cuidado mutuo y el autocuidado. Estas señales y caminos, lejos de haber sido concebidas desde el pensamiento abstracto, han sido identificados en las diferentes experiencias concretas de las mujeres que forman parte de la red. Las Mesoamericanas en Resistencia por una Vida Digna muestran fehacientemente que poner en el centro la sostenibilidad de la vida puede ser un proyecto práctico que puede ser realizado en cualquier momento, sin necesidad de complicados planes ni estrategias de intervención¹⁷⁶.

Esta misma perspectiva la comparte Crespo tras realizar su análisis en diversos colectivos activistas feministas de Madrid (2018: 22 ss.), en los que observa que se otorga mucha más importancia al *cómo* construir los buenos vivires, más que a pensar el *qué* de esas prácticas, su contenido. Todas ellas comparten, según nos dice, tres claves metodológicas para realizar tal proceso de transformación. En primer lugar, la incidencia en las dimensiones culturales y la subjetividad, partiendo de que la mayoría de la perpetuación de las dinámicas comportamentales de las que nos queremos deshacer se establecen de manera inconsciente. También resulta central la perspectiva feminista, y, por descontado y en último lugar, la construcción de espacios comunes. Si es la práctica lo que resulta verdaderamente transformador y su ejercicio común lo que se busca cambiar, esto último se impone sin

¹⁷⁶En esta misma línea propositiva, Pérez Orozco (2017b) nos propone diversas propuestas de subversión de la economía desde una perspectiva a nivel macro-, meso- y microeconómico, que van desde la lucha contra los tratados de comercio e inversión y auditorías de deuda pública a la reducción de la jornada laboral o la eliminación de la división sexual del trabajo en el día a día de las prácticas cotidianas. La transformación, por tanto, se encuentra al alcance de la mano.

violencia de manera natural.

Con estos dos últimos ejemplos podemos considerar por concluida la breve explicación de algunas de las transformaciones que la reflexión de género es capaz de provocar en el pensamiento sobre Marx, el marxismo y, particularmente, el sistema capitalista. Como se ha podido comprobar, esta afecta a todos los ámbitos de la existencia (ontología) y pensamiento (epistemología). Asimismo, en virtud de nuestro recorrido hemos podido poner de manifiesto la existencia de perspectivas que, sin perder pie en la tradición marxista e incluso compartiendo un enfoque parecido al de la *Wertabspaltungskritik*; son capaces de dialogar con otras perspectivas críticas que poseen propuestas de transformación efectiva y que, además, beben de los análisis provenientes de muchas disciplinas, incluida la filosófica. Lo que todas estas propuestas tienen en común es la conciencia de una radical necesidad de cambio del ordenamiento civilizatorio del presente que, sin excepción, todas consideran abocado a la mayor de las catástrofes: incluida, entre ellas, la medioambiental, objeto de estudio que vamos a tratar a continuación en nuestro siguiente capítulo. Allí buscamos analizar la otra cara de la dependencia humana, la *ecodependencia*.

Capítulo 6. Respuesta a Parménides: pensar el deshecho. El capital ante la destrucción medioambiental

(Parménides) -Y en lo que concierne a estas cosas que podrían parecer ridículas, tales como pelo, barro y basura, y cualquier otra de lo más despreciable y sin ninguna importancia, ¿también dudas si debe admitirse, de cada una de ellas, una Forma separada y que sea diferente de esas cosas que están ahí, al alcance de la mano? ¿O no?

(Sócrates) -¡De ningún modo!, repuso Sócrates. Estas cosas que vemos, sin duda también son. Pero figurarse que hay de ellas una Forma sería en extremo absurdo.

(Platón, *Parménides*: 130c-130d)

Las siguientes líneas las dedicamos a acercarnos brevemente a la cuestión de la ecodependencia del sistema productivo capitalista y la especie humana. Del mismo modo que en el anterior capítulo, comenzaremos por hacer un breve balance de la posición de Marx en torno a la cuestión ecológica y a continuación desarrollaremos una perspectiva que, sin abandonar la afinidad con el análisis marxista, asuma la centralidad de la ecodependencia en el despliegue de su análisis crítico. Terminaremos con un breve comentario de algunas de las propuestas de transformación política que han sido realizadas o bien proyectadas, explicando las dificultades contextuales que impiden una mayor proliferación de las mismas.

Cabe decir que, tal como pudimos comprobar anteriormente, el discurso de la *Wertabspaltungskritik* no se muestra reticente a la asunción de parámetros de análisis atentos a la crisis ecológica y medioambiental a que nos enfrentamos. Más bien, es una cuestión que no ha protagonizado el espacio que debiera, pues su tratamiento explícito ha sido relegado a textos de Kurz relativamente marginales y de breve extensión. No obstante, la teoría del valor kurzeana puede considerarse una interpretación especialmente afin a las preocupaciones que aquí nos van a ocupar.

Tal como vimos, en Kurz el proceso de producción capitalista es considerado como eminentemente destructivo, algo que, en términos conceptuales, se tradujo en una extensión del ámbito de vigencia de la noción de objetividad de valor [*Wertgegenständlichkeit*] más allá de los límites de la esfera de la circulación, por contraposición a la teoría heinrichiana. Esta aproximación analítica demuestra que este autor ha comprendido bien el fundamento y consecuencias de la dinámica capitalista en términos medioambientales y de biodiversidad

—si queremos, *naturales*, aunque pronto discutiremos sobre la pertinencia de este término—. Ahora bien, esto la posición kurzeana resulta insuficiente desde el momento que comprendemos cuál es el alcance real de dichas consecuencias y, más allá del autor de *Geld ohne Wert*, una vez que tenemos presente el proyecto histórico y civilizador que desplegó el capital para conseguir y mantener su posición hegemónica. Algo que tal vez Kurz tuvo en cuenta, pero no de manera tan profunda como para que estas alcanzaran una posición claramente nuclear en su análisis. En este capítulo procuraremos hacer ver cómo ciertas tesis kurzeanas ya expuestas pueden ser fácilmente vinculadas con las tesis que aquí presentaremos, un ejercicio que, esperamos demostrar, beneficia enormemente al autor de la *Wertabspaltungskritik*.

6.1. ¿Marx como “estrábico productivista”? Kohei Saito y el ecosocialismo marxista

Uno de los argumentos que suelen aducirse para explicar la falta de atención a la cuestión medioambiental por el marxismo es la posición, netamente productivista, del padre de la teoría, Karl Marx. Es bien conocida la existencia de una línea de interpretación, que previamente hemos visto representada por algunas autoras de la Economía Feminista, que afirma vehementemente que en el pensador alemán existe un fuerte vínculo entre el desarrollo de las fuerzas productivas en sentido capitalista y el progreso y bienestar de las sociedades. Partiendo de una postura profundamente antropocéntrica y prometeica (Saito 2017), Marx, según dicha lectura, consideraría la implementación de la dinámica de producción capitalista como algo positivo, amén de la *conditio sine qua non* para la posterior revolución comunista. Dos fragmentos muy próximos del *Manifiesto del Partido Comunista* pueden ayudarnos a comprender qué tipo de apoyo bibliográfico suele poseer este enfoque:

Mediante el rápido mejoramiento de todos los instrumentos de producción, mediante el constante progreso de unas comunicaciones cada vez más fáciles, la burguesía arrastra hacia la civilización a todas las naciones, incluidas las más bárbaras. Los aquilatados precios de sus mercancías son la artillería pesada con la que bombardean los cimientos de todas las murallas chinas, con las que obliga a capitular a la más obcecada xenofobia de los bárbaros. Obliga a todas las naciones que no quieren sucumbir a apropiarse del modo de producción de la burguesía, las obliga a introducir en su seno la llamada civilización, esto es, las obliga a convertirse en burguesas. En una palabra, se forja un mundo a su propia imagen y semejanza. (Marx y Engels, MEW 4: 466 [52]).

En su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, la burguesía ha creado fuerzas productivas más masivas y colosales que todas las generaciones pasadas juntas. Sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, la maquinaria, aplicación de la química a la industria y a la agricultura, navegación a vapor, ferrocarriles, telégrafos eléctricos, roturación de continentes enteros, apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras como surgidas de la tierra —¿qué siglo anterior pudo sospechar siquiera que tales fuerzas productivas dormitaran en el seno del trabajo social? (Marx y Engels, MEW 4: 467 [53]).

En ambos fragmentos resulta evidente que la interpretación mencionada no reposa sobre el vacío. No obstante, que estas fueran algunas de las palabras escritas por Marx, en este caso acompañado por Engels, no quiere decir, ni mucho menos, que fueran las únicas. A este respecto, hemos tenido ocasión de mencionar repetidamente la importancia de los textos de Marx incluidos en la edición crítica de los MEGA, pues posibilitan una lectura muy diferente del autor de *El Capital*. Kohei Saito (2017)¹⁷⁷ ha dedicado su tesis doctoral a estudiar esta cuestión en lo relacionado al ámbito de las ciencias naturales y el medioambiente, lo que le ha permitido defender una tesis muy diferente a la acostumbrada.

Según el autor japonés, la crítica ecológica de Marx es esencial para la comprensión de su teoría de la economía política, tanto, que no es posible comprenderla enteramente si se ignora dicha dimensión (Saito 2017: introducción, 19-20). No obstante, esta dimensión no estaba presente desde el principio de su obra y es un hecho incontestable que, en sus textos de juventud, es posible encontrar fragmentos que pueden fundamentar una lectura productivista (el *Manifiesto Comunista*, por ejemplo, fue redactado en 1847). Fue a raíz del desarrollo de su teoría de la economía política, que incluyó un riguroso estudio de varias disciplinas de la ciencia natural, como se hizo posible la evolución de su pensamiento, en un proceso de evolución al que también ha de añadirse la influencia de ciertas decepciones políticas (Coronel 2019). Partiendo de estos fundamentos, la lectura de Saito construye una respuesta contundente a las interpretaciones marxistas más anticuadas que, desgraciadamente, siguen teniendo demasiada influencia.

En lo que respecta a las tradiciones de lectura marxista que trabaja este investigador,

¹⁷⁷Como ha ocurrido con otros textos en secciones previas, también este título ha sido analizado en una versión electrónica, por lo que no es posible indicar la paginación del impreso. De nuevo, indicaremos el capítulo para posibilitar al lector una consulta más sencilla si deseara realizarla. El libro de Jason W. Moore y Raj Patel (Moore y Patel 2017) que citaremos líneas más abajo, por los mismos motivos, será asimismo citado incluyendo el número de capítulo.

encontramos viejos conocidos, como la Nueva Lectura de Marx, que el autor japonés se ve obligado a poner en sus justos quicios. Saito, desde una posición afín a la kurzeana, (2017: introducción, 22-23) afirma que esta corriente asume que la crítica de Marx a la Economía Política es una respuesta a la comprensión fetichista de las categorías económicas, aquella que identifica la apariencia de la sociedad capitalista con las leyes aparentemente “naturales”, universales y transhistóricas de la economía. Según la *Neue Marx-Lektüre*, Marx habría propuesto más bien una comprensión de dichas categorías como “formas sociales” específicas a dicha sociedad; y, así, el grueso de la teoría del pensador de Tréveris estaría dedicado a poner de manifiesto las relaciones sociales subyacentes que otorgan validez objetiva al reino de las apariencias, fetiche y mistificación.

Por fecundo que pueda resultar este enfoque, para Saito, “la crítica de Marx no puede ser reducida a una simple reconstrucción categórica de la totalidad históricamente constituida de la sociedad capitalista” (Saito 2017: introducción, 23). Una visión tal no puede explicar, entre otras cosas, por qué entonces Marx habría tenido que estudiar ciencias naturales del modo tan intenso como hizo. Explicar ese hecho es posible únicamente desde una posición que, yendo más allá del análisis formal, se inmiscuya y haga cargo de la interrelación entre las formas económicas y el *mundo material* concreto. Como consecuencia, ha de concederse una importancia mucho más decisiva a los aspectos materiales, convirtiendo a la materia [*Stoff*] en una categoría analítica nuclear. Es el único modo en que sus observaciones sobre la naturaleza, repartidas a lo largo de su obra, devienen elementos significativos dentro una comprensión de carácter sistemático, antes que que meros comentarios de carácter esporádico. En las siguientes líneas vamos a ver algunos de los argumentos esenciales de Saito, organizados según la obra en que se lleven a cabo.

Comencemos diciendo que el interés de Marx por el entorno natural puede ser rastreado ya en sus escritos de juventud sobre la alienación (Saito, capítulo 1: 37 ss.), donde se entreve que este autor concebía que la sociedad futura solo podría descansar en una unidad entre naturaleza y humanidad. Marx afirma en estos textos que el trabajo asalariado capitalista separa, de manera más intensa que en la época feudal, la separación del hombre respecto a la naturaleza. En el feudalismo los vasallos todavía mantenían cierta autonomía en el proceso productivo que les permitía un arraigo más intenso (Saito, capítulo 1: 65-67) y la tierra cultivable no se había convertido todavía en una mercancía. No obstante, la aproximación de nuestro filósofo a la naturaleza escapa pronto de esta interpretación algo

idealista, influenciada por la filosofía de la izquierda hegeliana (Saito, capítulo 1: 104-105). Saito sostiene que la visión marxiana va a adquirir en seguida una orientación materialista que marcará el resto de su producción teórica, vertebrada por una preocupación fundamental: la específica mediación capitalista entre naturaleza y cultura. El esfuerzo se concentra entonces en comprender por qué, bajo el modo de producción capitalista, se da una separación antagónica entre ambos elementos. En lo concerniente a este problema hay una palabra, de origen en la fisiología y ya mencionada aquí repetidamente, que adquiere un papel central. Nos referimos a la noción de *metabolismo*, que Marx tomó del químico Justus von Liebig (Saito 2017: capítulo 2, 119 ss.).

Este término, de carácter algo elusivo, se encuentra ya plenamente instaurado en los *Grundrisse*, donde ya contaba con tres significados diferentes (Saito 2017: capítulo 2, 136-137). Se refería tanto a la interacción metabólica entre los seres humanos y la naturaleza, al metabolismo de la sociedad y, por último, al metabolismo de la naturaleza. Asimismo, como sabemos, en este libro aparece una de las tesis que más nos han interesado en la sección anterior, la tendencia al colapso del sistema productivo a causa del desarrollo de las fuerzas productivas. En *Karl Marx's Ecosocialism* se nos ofrece a este respecto una interpretación que recuerda con intensidad a la teoría del valor kurzeana, dada su fundamentación en la contradicción fundamental entre las partes *materiales* y *formales* del capital.

El autor japonés nos explica que (Saito 2017: capítulo 2, 170-172), entre las contradicciones internas del capitalismo de las que Marx habla, ha de considerarse la de una cierta “limitación material” que el capitalismo no es capaz de superar. Sin embargo, esa demarcación no puede ser fijada de antemano y, además, posee un ámbito de influencia que puede ser modificado parcialmente gracias a la tecnología (bien porque esta descubra nuevos repositorios de recursos, bien porque encuentre sustitutos o un modo para una utilización más eficiente de los mismos). En cualquier caso, ambas circunstancias no restan inexorabilidad a este proceso que hace del capitalismo una “contradicción viva”. El despliegue de la misma se produce por el intento del capital de superar constantemente sus limitaciones a través del desarrollo de las fuerzas productivas, lo que tiene como resultado la tendencia a explotar las fuerzas naturales, incluida la energía y trabajo humanos.

El capital, de este modo, dificulta y crea cada vez mayores trastornos en la interacción metabólica seres humanos-naturaleza, impidiendo cualquier intento de desarrollo consciente de las fuerzas humanas y creando las condiciones para una cada vez más próxima crisis

ecológica. Aun a pesar de las posibles regularidades que pudiéramos identificar en este proceso, carece de automatismo y, en realidad, lo más probable es que mucho antes de que la acumulación de capital se haga fácticamente imposible, la civilización humana encontrará problemas para su supervivencia. A tenor de esta interpretación con apoyo en los *Grundrisse*, Saito propone que abandonemos cualquier intento de crítica del capitalismo fundamentada en la crítica de sus contradicciones objetivas internas. Nos invita a juzgar al capitalismo como un sistema irracional e insostenible, pero desde el punto de vista de “un desarrollo humano sostenible” (Saito 2017: capítulo 2, 172).

La importancia de estos momentos de la obra de Marx se consolida en su obra magna, *El Capital*. Aquí se hace presente un último significado de “metabolismo”, que ahora también se refiere al proceso de reproducción y acumulación de capital en sentido *global*. Con esta última acepción, viene a subrayarse de qué modo (Saito 2017, capítulo 3, 193-195) las relaciones sociales capitalistas modifican la interacción metabólica transhistórica¹⁷⁸ entre los seres humanos y la naturaleza, es decir, de qué manera las relaciones capitalistas vertebran el proceso de intercambio de energías con la naturaleza. Esto es lo que hemos venido denominando como proceso de reproducción social, si bien en un sentido más restringido, puesto que “reproducción social” incluye también el conjunto de actividades invisibilizadas por las relaciones capitalistas. El interés analítico aquí está centrado únicamente en los procesos económicos en su interpretación ortodoxa (por tanto, androcéntrica) y el objetivo es, como decimos, el estudio de sus modificaciones metabólicas.

Aparentemente, este objetivo y su fundamentación teórica no nos aleja demasiado de la interpretación tradicional de la obra magna de Marx. Saito concuerda con el análisis que entiende que *El capital* está dedicado a mostrar las transformaciones que el modo de producción capitalista inflige sobre las relaciones de producción y cómo estas modifican, a su

¹⁷⁸El uso de una noción transhistórica de “metabolismo” puede resultar problemática. Podría argumentarse que el uso de dicho concepto respecto a sociedades no capitalistas es únicamente una ficción teórica, dado que en las comunidades cuyas relaciones sociales y de poder no están organizadas por medio del sistema capitalista, habría otro tipo de mediaciones específicas que otorgarían una forma concreta al metabolismo. Es decir, en tanto en otras sociedades las relaciones de metabolismo entre el ser humano y la naturaleza están integradas en diversas funciones sociales de cada uno de los individuos de la comunidad, la abstracción que representa la noción “metabolismo” no existe como tal, o, por lo menos, *no se hace visible*. Tal visibilidad es solo posible en virtud del extrañamiento producido por el capitalismo en las anteriormente existentes estructuras comunitarias, provocando así que la noción transhistórica de “metabolismo” sea un concepto estrictamente moderno. Ahora bien, mostrar la génesis histórica de dicho concepto no invalida su uso ni, por suerte, su utilidad para la explicación. De no contar con esta noción se complicaría enormemente describir de qué modo se transforman las relaciones metabólicas bajo el signo del capital. Por todo ello, creemos que hay que considerar esta noción de metabolismo como una noción meramente analítica y conceptual, cuyo interés consiste en mentar el proceso del “metabolismo” de manera abstracta, sin vinculación alguna con cualesquiera sistemas y/o jerarquías sociales que lo vertebran.

vez, las relaciones sociales en que se incardinan. Pero da un paso más allá (Saito 2017, capítulo 3, 208 ss.): sostiene que en esta obra se demuestra cómo el modo de producción capitalista transforma de manera fundamental *las dimensiones materiales y objetos de la sociedad en que se impone*. Según él, el proceso de cosificación [*Verdinglichung*] expresa el modo en que el desarrollo de la producción capitalista altera las *dimensiones materiales del objeto* para lograr su perfecta adecuación a los patrones de la lógica del capital, de modo que se facilite el proceso de su acumulación.

A primera vista, la formulación de Saito resulta algo contrafáctica e induce a la confusión, puesto que no es dilucidable inmediatamente de qué modo una dinámica económica puede tener consecuencias para el aspecto material de los objetos del mundo. Una sensación, además, acrecentada dado que el argumento tiene lugar en un plano abstracto. A pesar de las dificultades, en virtud de la explicación precedente de la teoría kurzeana, creemos estar en condiciones de comprender en qué sentido se produce dicha influencia.

Tal como se demostró en la discusión entre Heinrich y Kurz, la dinámica productiva del capital ha de considerarse desde un punto de vista global, aceptando que el capital conforma una totalidad de carácter orgánico, en que cada una de las partes modifica y transmuta el conjunto por su mutua coimplicación. Por añadidura, en el sistema capitalista, las relaciones de producción material (las que trabajan y modifican la naturaleza) tienen lugar bajo el influjo del único criterio de valor —fin último de la sociedad, una vez que este se convierte definitivamente en capital (Saito 2017: capítulo 3, 214 ss.)—. De esta manera, aunque en cierto modo puede decirse que en este “el proceso de producción todavía depend[e] de los valores de uso en tanto que son portadores de capital”, todo componente material se encuentra siempre subordinado al “movimiento de capital, puramente cuantitativo” (Saito 2017: capítulo 3, 219)¹⁷⁹. Es así como todo el proceso de trabajo se reorganiza como un proceso de acumulación de capital.

Saito ejemplifica su argumento a través del breve análisis de dos capítulos de *El Capital*, los que están dedicados a la jornada laboral (Marx, MEW 23: VIII, 245-320 [277-366]) y la maquinaria y gran industria (Marx, MEW 23: XIII, 391-530 [451-614]). Según él, resultan especialmente interesantes puesto que no abordan únicamente la destrucción del

¹⁷⁹Podría discutirse que la tesis de Saito no va tan lejos como la de Kurz en la consideración de la influencia de la dinámica del valor en el proceso de producción, puesto que otorga cierta capacidad de influencia al valor de uso contenido en la mercancía, del que nos dice todavía depende. No obstante, conviene atender en qué sentido afirma tal cosa: “en tanto que son *portadores de capital*”. Saito, por tanto, se encuentra perfectamente alineado con la tesis kurzeana. En el sistema de producción capitalista los valores de uso tienen una importancia subsidiaria respecto del valor de cambio.

mundo material, sino que revelan de igual modo los límites del capital, o sea, la manera en que la conformación social del mundo bajo criterios capitalistas crea una serie de contradicciones. Porque, a pesar de sus esfuerzos, el capital no puede dominar a la naturaleza más que a costa de devastar el metabolismo natural y social, lo que, en última instancia, genera movimientos de resistencia y oposición al régimen capitalista (Saito 2017: capítulo 3, 221-222).

Tras su análisis, que hemos resumido en lo esencial, Saito concluye que ni *El Capital* de Marx, ni en general, su obra, puede ser leída con las gafas del productivismo que le han asignado desde la tradición interpretativa. Las referencias de Marx a las cuestiones ecológicas y/o medioambientales no son numerosas ni evidentemente explícitas, pero, para sostener una postura productivista, tendríamos que señalar que en él hay una conexión necesaria entre el progreso de las fuerzas productivas y la resolución de problemas metabólicos. Esto sería tanto como tener que demostrar que Marx cree que, con el progreso del capitalismo, hay una menor incidencia de catástrofes y contradicciones a nivel natural y social, en definitiva, un mayor progreso. Por el contrario, con una lectura como la de Saito (añadimos por nuestra parte, también como la de Kurz) se hace evidente que

...[l]a crítica ecológica de Marx muestra que un cierto valor de uso de la naturaleza se modifica de manera profunda bajo el capitalismo en favor de la valorización, y que esta elasticidad de la naturaleza es la razón para la explotación intensiva y extensiva del capital. [...] La causa de las crisis ecológicas modernas no es el insuficiente nivel de desarrollo tecnológico, sino *las determinaciones de forma económica del proceso transhistórico de intercambio metabólico entre los seres humanos y la naturaleza*. El problema de la perturbación capitalista respecto al metabolismo natural, entonces, no puede ser resuelto a través de un aumento de las fuerzas productivas. [...]. El impulso del capital a la explotación de fuerzas naturales no tiene límites porque estas fuerzas funcionan en la producción como factores gratuitos o que minimizan los costes. Sin embargo, las fuerzas naturales y los recursos son “limitados”, así que la perturbación del ecosistema hace surgir la contradicción entre naturaleza y capital. En este contexto, Marx no afirma sencillamente que la humanidad destruya el medio ambiente. Más bien, su “método materialista” investiga cómo el movimiento cosificado del capital reorganiza el metabolismo transhistórico entre los seres humanos y la naturaleza y niega la condición material fundamental para el desarrollo humano sostenible. (Saito 2017: capítulo 3, 239-240, subrayado del autor).

Saito dedica el resto de su texto a explicar algunos de los elementos que conforman el subtexto que fundamenta su posición de lectura de *El Capital*. Este ejercicio lo realiza en base a los textos de los MEGA que Marx dedica al estudio y comentario de diversos autores dedicados a cuestiones de ciencias naturales (Liebig, Fraas, Roscher), mostrando que la evolución de la posición de Marx se correspondió con un estudio, cada vez más profundo, de las diferentes implicaciones para con la naturaleza que tenía el modo de producción capitalista. Este ejercicio lo llevó a lugares que habitualmente no vinculamos con este autor, como la influencia de los diferentes fertilizantes en los cultivos o las consecuencias de su uso a largo plazo, pero también incluye interlocutores habituales, como Malthus o Ricardo. Por interesante que pueda resultar este conjunto de problemas, es evidente que sobrepasa, con mucho, el objeto de estudio de este trabajo. En cualquier caso, puede decirse que Saito ha mostrado de manera exitosa que la imagen estereotípica de Marx respecto al medioambiente es absolutamente falsa. En Marx no existe lugar para la indiferencia respecto al uso y abuso de los recursos naturales y la destrucción medioambiental, ni tampoco es deudor de una superstición prometeica por la cual el desarrollo económico y tecnológico se consideraba como algo infinito (Saito 2017: conclusión, 467 ss.). Más bien al contrario, es consciente de la transformación y deformación que el capitalismo opera en la relación metabólica entre el hombre y la naturaleza, acontecimiento que no solo causa deterioro material, sino que impide el libre desarrollo humano (Saito 2017: conclusión, 469-470).

La gran aportación de Saito, sin duda elogiada, contiene ciertos problemas que no deben ser pasados por alto. Aunque anteriormente hemos comentado que su concepción transhistórica del metabolismo había de ser defendido en su rol de instrumento teórico, no debemos dejar de lado el hecho de que el surgimiento mismo de esta noción parte de una intervención teórico-práctica que en ningún caso es neutra. Efectivamente, la noción “metabolismo” presupone una separación entre “ser humano” y “naturaleza” muy cuestionable. Y es que, ¿hasta qué punto una noción externa de “naturaleza” no implica ya una perspectiva que favorece su uso como un mero repositorio de recursos, concepción enteramente afín al capitalismo? Y, en este sentido, ¿acaso no habríamos de replantearnos el papel de las ciencias naturales? ¿Son estas un mero instrumento de conocimiento del mundo o implican ya una intervención en el mismo dirigido a ciertos fines?

Este tipo de cuestiones no nos sorprenden, puesto que las hemos abordado de manera parcial en la explicación de la teoría de Boaventura de Sousa Santos. Allí explicamos cómo la

ciencia se había aliado fatalmente con el modo de producción capitalista, circunstancia que ha llevado a la actual situación de parálisis política y civilizatoria en que estamos inmersos. Para seguir ahondando en ellas e investigar las relaciones de poder-saber que dirigen al sistema capitalista en relación con la naturaleza —si es que tal concepto, como veremos a continuación, puede tenerse en pie— es necesario que abordemos de otro modo el análisis de la mutua coimplicación existente entre relaciones económicas capitalistas, naturaleza/mundo entorno y saber científico. En otras palabras: es necesario que abordemos de manera seria la influencia del modo de producción capitalista en nuestra concepción y tratamiento de lo que hemos convenido en llamar “naturaleza”. Leff ha explicado magistralmente el núcleo de esta maraña. Según él, la Modernidad se subyugó al capitalismo desde el momento en que

...[l]a visión mecanicista del mundo que produjo la razón cartesiana y la dinámica newtoniana se convirtió en el principio constitutivo de la teoría económica, predominando sobre los paradigmas organicistas de los procesos de la vida y orientando el desarrollo antinatura de la civilización moderna. De esta forma, la racionalidad económica desterró a la naturaleza de la esfera de la producción, generando procesos de destrucción ecológica y degradación ambiental que fueron apareciendo como externalidades del sistema económico. (Leff 2004: 99).

Analizar esta conexión es un ejercicio que se encuentra a medio camino en el plano histórico y lógico, por lo que solo puede ser llevado a cabo a través de un estudio de su génesis histórica. Por suerte, esta labor ya ha sido realizada y solo debemos difundirla. Jason W. Moore, a quien pasamos a explicar a continuación, ya nos ha abierto el camino.

6.2. “Naturaleza” y capital. (Otras) estructuras trinitarias: relaciones de producción, colonialismo y ciencia

En la presente sección, presentaremos brevemente la teoría de Jason W. Moore¹⁸⁰, un historiador que ha atendido de manera preferente a la correlación entre el capitalismo y los asuntos relacionados con el medioambiente y la destrucción de la biodiversidad. A partir de una crítica a la concepción moderna de Naturaleza, este autor despliega una teoría del

¹⁸⁰En la presente explicación de Moore, nos basamos en los materiales que redactamos para el libro “El eterno retorno de la economía política: valor, abstracción real y método” editado por Roberto Vargas y Pablo Pulgar, para el cual hemos contribuido con el texto “La metafísica y lo frugal. Algunas notas sobre Robert Kurz y Jason W. Moore”. Dado que los trabajos de edición se encuentran todavía en sus primeras fases, hemos optado, como ya hicimos en un anterior caso análogo, por indicar esta circunstancia a pie de página.

desarrollo del capital que incide de manera especial en las condiciones materiales necesarias para los procesos de acumulación de capital, unas “condiciones materiales” que, como vamos a ver a continuación, también incluyen cuerpos y vidas humanas. En la sucinta presentación que vamos a realizar de su trabajo intentaremos poner de manifiesto los posibles puntos de vinculación con la teoría de la *Wertabsplaltungskritik* y añadiremos luz a su explicación gracias a las aportaciones de otras perspectivas críticas afines. Por último, mostraremos algunos de los posibles beneficios que su teoría podría tener para la línea kurzeana¹⁸¹.

Comencemos *ex abrupto* diciendo que la perspectiva de Jason Moore parte de una crítica de lo que él denomina como pensamiento “verde” o medioambiental, aquella tradición reflexiva dedicada al estudio de la “Naturaleza” en el par dicotómico que conforma con la “Sociedad” (Moore 2015a: 17). Él considera que esta escisión es falsa y está basada en los presupuestos epistemológicos que fundaron a la sociedad moderna. Entre las características de esta corriente de pensamiento, en plena coherencia con dichos fundamentos y sus consecuencias, destacan la reducción de la humanidad a un actor unitario, así como una reducción del mercado, la producción, la política y las relaciones culturales a relaciones de tipo “social” y, por último, una conceptualización de la Naturaleza como una entidad independiente de los seres humanos.

Frente a esta perspectiva dualista y reduccionista, el historiador propone conformar una reflexión que tenga en cuenta el entorno en que tiene lugar la acción del ser humano —por ende, las relaciones sociales y elementos que conforman lo que hemos venido a llamar “naturaleza”— de manera holística. Su propuesta es pues, la de la “ecología-mundo”, que, considerando la ecología como el *oikos*, la casa, “permite pensar como un todo las especies y su entorno, como una relación multiforme en que las especies producen el entorno, y el entorno produce las especies, simultáneamente” (Moore 2015b). Como vemos, se trata de una relación que cabría considerarse como dialéctica.

El término *oikos*, por descontado, adquiere un significado específico que lo aleja

¹⁸¹No nos gustaría dejar pasar la oportunidad de comentar que quien lea estas líneas encontrará que ciertas implicaciones de la teoría de Moore se relacionan con asuntos que podríamos haber tratado en el capítulo anterior, dedicado a la relación entre el capital y el género, o bien en el capítulo siguiente, que dedicaremos a lo relacionado con el colonialismo y la “raza”. Estas pequeñas repeticiones son inevitables en la medida en que el sistema capitalista es un sistema civilizatorio de carácter orgánico, mientras que el lenguaje discursivo solo nos permite contar las cosas una a una —cuanto menos, en castellano, puesto que no entramos a discutir aquí las potencialidades de otras cualesquiera posibles estructuras lingüísticas y gramaticales—. En cualquier caso, esperamos que estas repeticiones no sean consideradas un demérito explicativo. Sea como fuere, no conviene llevarse a engaño: los defectos que aquí se encuentren no reposan en el carácter del objeto que estudiamos, sino en los propios errores de quien escribe. Ojalá que estos últimos no sean muy numerosos.

ligeramente de su origen griego: dicho término ha de comprenderse (Moore 2015a: 19) como aquella relación que, incluyendo al ser humano en su relación con el medio, pretende subrayar las transformaciones y la evolución que ambos sufren a lo largo del tiempo y su mutua correlación. Frente a los conceptos de “Naturaleza” que manejamos, en el pensamiento de Moore (2015a: 46-47) dicho término ha de comprenderse como aquella matriz en que se desarrolla la actividad humana y en que opera la agencia histórica. No se trata de algo menor, pues se trata de una noción que va mucho más allá de la habitual concepción de la Naturaleza como mero repositorio de recursos de una civilización determinada. Desde luego, ya resulta bastante más concreto que en Saito o Kurz, pues ninguno de los dos incide de manera clara en el carácter histórico que ha de ser otorgado a nuestro entorno. Los dos prestan mucha atención a lo que los seres humanos hacemos *con* nuestro entorno y de qué modo las actividades que hacemos cambian por el transcurso del tiempo, pero dedican poco a incidir cómo cambia *el medio mismo*.

Puestas así las cosas, puede decirse que, de manera general, para Moore la Naturaleza se compone de tres grandes formas: la organización humana, las formas extra-humanas y las sustancias, y lo que denomina como “red” (o bien, “tejido”) “de la vida” [*web of Life*].

A pesar de su generalidad, este esquema conceptual básico permite leer rigurosamente las características del capitalismo relacionadas con el entorno circundante, o, dicho en otros términos, su específico metabolismo. El término marxiano, desde la perspectiva del historiador (Moore 2015a: 92 ss.), comprende las relaciones entre naturaleza, capital y poder como un todo orgánico, haciendo que los dos últimos términos mencionados hayan de analizarse en su interpenetración con la “red de la vida” y cuyas características concretas dependerán de las diferentes configuraciones de las relaciones civilizatorias en cada momento de la historia. Para el autor inglés parece que, en principio, no cabe un uso transhistórico de este término.

Sea como fuere, sin menoscabo de las diferencias existentes entre las etapas de la historia del capitalismo, puede decirse que este posee una específica dinámica histórica, pues sus mecanismos de desarrollo permanecen siempre los mismos: la *capitalización* y la *apropiación*, que son los que llevan adelante la materialización en la realidad de la ley del valor. Ambos instrumentos emergieron a raíz de una concepción de la naturaleza surgida en la época de la Modernidad, que comparte muchos rasgos con la noción kurzeana y que, para Moore, constituye el núcleo fundamental del proyecto capitalista. Dicha concepción de la

naturaleza, que apareció entre los siglos XV y XVI, entiende a esta como “algo que podía ser cartografiado, abstraído, cuantificado y sujeto de otros modos al control lineal” (Moore 2015a: 94). En otras palabras, tenemos aquí una naturaleza conceptualizada como una entidad externa y ajena al ser humano constituido en Sociedad, lo que alimenta su sola concepción como mero recurso y refuerza la falsa dicotomía que ya hemos denunciado.

Esta concepción moderna de la naturaleza ha sido un asunto de reflexión en numerosos autores que merece una breve explicación adicional. En principio, a Santos hay que concederle la razón al distinguir cuidadosamente entre el proyecto civilizador de la Modernidad, las relaciones capitalistas y el saber científico, como ya se explicó en la sección anterior. Al fin y al cabo, las alianzas de los tres elementos no se han producido unilateralmente a favor del capitalismo y la relativa autonomía de cada uno de ellos desmiente que haya una vinculación esencial. No obstante, ciertos testimonios dan cuenta de que su unión ha sido deseada por muchos, incluso cuando la máquina de vapor todavía estaba muy lejos de ser inventada. Es el caso, por ejemplo, de Francis Bacon, moderno que abogaba de manera clara por la subyugación de la naturaleza a través de la ciencia y la tecnología (Polo y Piñero 2019: 200). En su célebre *Novum Organum* de 1620, el filósofo inglés defiende el saber como intervención, frente a la discusión terminológica propia de los escolásticos. Sostiene que el conocimiento de las leyes eternas de la naturaleza permite a los seres humanos su *control*, por lo que en pro de dicho poder, estamos justificados a torturar a la naturaleza hasta llegar a su núcleo más íntimo.

Por otra parte, Leff (2004) ha incidido de qué manera la racionalidad científica, que efectivamente parte de un concepto de naturaleza “ya prefijado e inteligible desde la escena primaria del ordenamiento de un mundo sujeto a leyes causales” (2004: 98) se relaciona con una cierta metafísica. Según este autor (Leff 2004: 112, 95-96), la disyunción entre *ser* y *ente* que opera en la reflexión metafísica occidental ha sido uno de los caminos que han producido la objetivación del mundo. En su transcurso y decantación histórica, esta cosificación y objetivación del mundo —es decir, el dominio de la ciencia en el plano de lo real— ha llegado a tal punto de hegemonía que ha creado un Objeto cuya complejidad sobrepasa todo proyecto de conocimiento del mundo, haciendo imposible que los saberes científicos puedan hoy reintegrarse en un proyecto civilizatorio global. Mientras tanto, la economía solo es capaz de afirmar el sentido del mundo en la producción, donde la naturaleza se desprende de su complejidad orgánica para convertirse en la sola materia prima de una mercancía que,

como sabemos, solo es importante en tanto sirve al fin último de la valorización del capital.

Tras pequeño excurso, en el que esperamos haber hecho ver algunas de las implicaciones de la noción mooriana de la naturaleza, es pertinente regresar a la capitalización y apropiación capitalistas que Moore identifica como instrumentos de desarrollo específicamente capitalistas. En orden a ahondar un poco más en sus características como mecanismos, es necesario que nos detengamos brevemente en una teoría de Marx frecuentemente poco explicada, la ley de la subproducción de los elementos materiales de la producción, al que el autor alemán dedicó unas reflexiones que Engels reunió en el sexto capítulo del tercer tomo de *El Capital* (Marx, MEW 25: 115-146 [129-172]) .

Según Moore (2015a: 99 ss.), esta ley, que expresa cómo la tasa de beneficio es inversamente proporcional al valor de los recursos materiales que entran al circuito productivo, identifica el proceso del capital como una relación de carácter socio-ecológico. La razón de esta afirmación se comprende fácilmente si recordamos brevemente cómo en Marx el capital constante —opuesto al principio vivificador del capital variable compuesto por la fuerza de trabajo— tiene que comprenderse desdoblado en un par ulterior, el capital *fijo y circulante*. El capital fijo se refiere a ciertos elementos como maquinaria y otras fuerzas de producción extra-humanas, cuya aportación al proceso de valorización va más allá de un solo ciclo de reproducción del capital. Por su parte, el capital circulante remite a la energía y los elementos materiales que son gastados dentro de un solo ciclo de reproducción del capital y su valorización.

Teniendo presentes estos factores, Marx subraya que la propia dinámica capitalista hace que la fracción de capital fijo (que corresponde aquí al capital constante de las máquinas) implica un ritmo productivo tal, que sobrepasa a la capacidad de reposición de la fracción del capital circulante consistente en elementos materiales. Esto hace que la demanda para los mismos sea mucho más alta que su suministración y oferta.

Para comprender mejor esta explicación de Moore, es conveniente que nos remitamos al texto de Marx, del que vamos a citar dos fragmentos próximos. En primer lugar, vamos a ver de qué modo el precio y disponibilidad de las mercancías incluidas en el capital fijo y circulante afecta a la tasa de ganancia. Resulta relevante en nuestra argumentación, pues, como vamos a ver, el capital circulante afecta mucho más al precio de la mercancía individual que el fijo, lo que, en una inferencia ulterior, significa que el sistema capitalista es bastante más sensible de lo que creemos a las modificaciones en el entorno natural. Tal como

explica Marx,

...[e]l valor de las materias primas y auxiliares entra por completo y de una sola vez en el valor del producto para el cual se las consume, mientras que el valor de los elementos del capital fijo solo entra en la medida de su desgaste, es decir, solo paulatinamente, en el producto. De allí se desprende que el precio del producto resulta afectado en grado mucho más elevado por el precio de la materia prima que por el del capital fijo, pese a que la tasa de ganancia se determina por la suma del valor global del capital empleado, sin que importe cuánto de él se ha consumido o no. Pero está claro [...] que la expansión o restricción del mercado depende del precio de la mercancía individual [final, producto de ambos componentes de capital fijo y capital circulante, CNR], y que se halla en relación inversa con el ascenso o descenso de dicho precio [el precio de la materia prima que forma parte del capital circulante, CNR]. Por eso, en la realidad también resulta que al aumentar el precio de la materia prima, el precio del producto elaborado no aumenta en la misma proporción que aquel, y que al descender el precio de la materia prima tampoco disminuye en la misma proporción. Por eso, en un caso la tasa de ganancia cae por debajo, mientras que que en el otro asciende por encima de lo que ocurriría en la venta de las mercancías a su valor. (Marx, MEW 25: 118 [133]).

En el presente fragmento, podemos obviar sin preocupación alguna lo referente a las diferencias entre tasa de ganancia y la venta de las mercancías a su valor, puesto que no se trata de nuestro objeto de estudio. Únicamente nos interesa esa diferente incidencia de capital fijo y circulante en la tasa de ganancia. Veamos ahora el fragmento específico al que se refiere Moore en su argumentación, que explica cómo la intensidad del ritmo de producción capitalista excede la capacidad de regeneración de los elementos que conforman el capital circulante. Marx dice:

...está fundado en la naturaleza de las cosas el hecho de que las sustancias vegetales y animales cuyo crecimiento y producción se hallan sometidos a determinadas leyes orgánicas, ligadas a ciertos lapsos naturales, no pueden aumentarse súbitamente en la misma medida que se aumenta, por ejemplo, las máquinas y otro capital fijo, como carbón, minerales, etc., cuyo incremento, presuponiendo la existencia de las restantes condiciones naturales, puede ocurrir en el menor plazo posible en un país industrialmente desarrollado. De ahí que sea posible —y en la producción capitalista desarrollada hasta *inevitable*— que la producción y aumento de la parte del capital constante que consta de capital fijo, maquinaria,

etc., logre una significativa ventaja sobre la parte del mismo que consta de materias primas orgánicas, de modo que la demanda de esas materias primas crece más rápidamente que su oferta, por lo cual aumenta su precio. [...] *...cuanto más desarrollada esté la producción capitalista, y cuanto mayores sean, por ende, los medios para un aumento súbito y sostenido de la parte del capital constante integrada por maquinaria, etc., cuanto más rápida sea la acumulación [...] tanto mayor será la sobreproducción relativa de maquinaria y del restante capital fijo, y tanto más frecuente será la subproducción relativa de las materias primas vegetales y animales, tanto más intenso será el [...] ascenso de su precio y la reacción correspondiente a dicho aumento.* Tanto más frecuentes son, por lo tanto, las revulsiones que se fundan en esta violenta oscilación de los precios como uno de los elementos principales del proceso de reproducción. (Marx, MEW 25: 128-129 [146-147], subrayado nuestro).

Cabe decir que hemos citado *in extenso* a Marx para facilitar la comprensión, mientras que las citas del autor inglés son tan sucintas que, en realidad, podrían estar extraídas de otras partes de *El Capital*. A pesar de que el pensador alemán se expresa con cierta claridad, si uno se atiene a la argumentación marxiana general del capítulo, no sorprende que, tal como denuncia Moore, esta ley de la subproducción haya sido “la menos apreciada” (Moore 2015a: 99) de todas, puesto que la vinculación socio-ecológica que defiende existe en Marx no se presenta de manera explícita —lo más evidente son las palabras citadas—, sino que, en realidad, puede ser deducida a través de los diferentes elementos que Marx menciona. Por ejemplo, inmediatamente después del primer fragmento que hemos citado, Marx hace referencia a la circunstancia de que, por la mejora y desarrollo de las fuerzas productivas, cada vez se utilice una mayor fracción de capital circulante en ciertos procesos de producción. Se trata de algo que ya se vio anteriormente: la mejora de los procesos productivos implica una mayor eficiencia que posibilita un mayor *output* de mercancías en menor tiempo, lo que exige, por supuesto, una mayor cantidad de materias primas. Dicha cuestión, unido al factor concomitante que acabamos de citar con las palabras de Marx, puede dar sin duda a una comprensión socioecológica de estos fragmentos, tal como aboga Moore en su texto.

Debe tenerse presente que el capítulo en que se encuentra esta argumentación de Marx está claramente en una fase de borrador y, de haberse completado, tal vez podría haber ido en la dirección que estamos viendo aquí. Empero, el manuscrito que ha llegado a nuestras manos está dedicado, más bien, a estudiar la variación de los precios de las materias primas en relación a diversos elementos. En relación, por ejemplo, a la tasa de ganancia, como hemos

visto, pero también en conexión con las otras mercancías ya dispuestas en el mercado (Marx, MEW 25: 120-124 [138-141] o con el capital variable (Marx, MEW 25: 124-127 [141-144]). El capítulo, que se cierra con una ilustración de cómo el precio de la materia prima puede afectar al proceso productivo —para lo que Marx menciona la crisis del algodón que afectó a Inglaterra a causa de la guerra civil norteamericana entre 1861 y 1865— parece querer demostrar una conclusión de carácter más general¹⁸²: que el sistema capitalista hace imposible una planificación del reparto y consumo de los recursos y materias primas *conforme a criterios racionales*, dado su exclusivo interés por la ganancia.

Por diferentes que pudieran ser las disquisiciones de Marx en torno a la subproducción en comparación con la lectura que Moore realiza, es claro que las reflexiones de este capítulo, de aparente simplicidad, señalan —de nuevo en consonancia con el discurso kurzeano— que la dinámica de producción capitalista es una práctica de destrucción y rapiña de los elementos extra-humanos que circundan al ser humano. Al mismo tiempo, dada la amenaza para las ganancias que implica la tendencia a la subproducción de elementos del capital circulante, se hacen visibles otros límites del sistema productivo capitalista como dinámica económica.

De manera ulterior, en coherencia con este desarrollo y apoyándose en Marx, Moore da aún un paso más en la argumentación. Nos hace ver que la expansión capitalista, a causa de la ley de la subproducción y el fin último de su producción (la acumulación de capital, el mero valor), solo puede ser llevada a cabo fundamentándose en una Naturaleza “barata”. Este último adjetivo nos lleva a una cuestión central en el pensamiento de Moore: según este autor, la ley del valor solo puede funcionar y resolver sus crisis endógenas infravalorando de manera sistemática los elementos que lo componen. Dicho de otro modo, solo puede seguir en marcha si hay disponible “trabajo barato”, “energía barata” o “naturaleza barata”. En palabras del autor junto con R. Patel,

...[b]arato es una estrategia, una práctica, una violencia que moviliza todas las clases de trabajo —humano y animal, botánico y geológico— con la compensación más pequeña posible. Usamos barato para hablar acerca del proceso a través del cual el capitalismo

¹⁸²Marx lo expresa del siguiente modo justo antes de comenzar con la exposición de los hechos históricos que ejemplifican sus tesis teóricas: “La moraleja de la historia, que también puede extraerse de la precedente consideración acerca de la agricultura, es que el sistema capitalista se opone a una agricultura racional, o que la agricultura racional es incompatible con el sistema capitalista (pese a que éste promueve su desarrollo técnico), y que necesita la mano de los pequeños campesinos que trabajan personalmente, o bien el control de los productores asociados.” (Marx, MEW 25: 131 [150]).

transmuta estas relaciones indeterminadas [*undenominated*] del proceso vital [*life-making*] en circuitos de producción y consumo, en los que estas relaciones vienen a adquirir un precio lo más bajo posible. (Moore y Patel 2017: introducción, 48-49).

De esta manera, a tenor de la ley de la subproducción, Moore nos hace ver cómo la extensión del trabajo asalariado, o sea, el mecanismo de la *capitalización*, es siempre inseparable del fenómeno de la *apropiación*, posibilitando el pleno desarrollo de la relación de valor. Una apropiación cuya génesis conceptual incluye, en primer lugar, el concepto de Naturaleza, pero que no se agota en esta; ni que tampoco, en segundo lugar, se agota en el fenómeno de la acumulación originaria de la que Marx diera cuenta en *El Capital* (Marx, MEW 23: 741-791 [891-954]).

Más allá de los acontecimientos que la tradición (de manera discutible) ha convertido en inaugurales, el proceso de apropiación se ha materializado a través de dos procesos históricos. De entrada, en la expansión geográfica del capital, acompañada del fenómeno de colonialismo, que llevó a los países europeos a la competición por la extensión de sus fronteras a partir del siglo XV y cuya primera representación puede verse en el régimen instalado en la isla de Madeira a partir del año 1425. Este tuvo como consecuencia directa la expropiación de tierras del anterior uso común y la introducción de un sistema de jerarquías que estableció a los cuerpos en determinadas posiciones, que determinaron en qué grado merecían bien ser considerados como sujetos de derechos, bien utilizados hasta la extenuación como mano de obra gratuita para el capital. Asimismo, el colonialismo también tuvo consecuencias en lo material, de efecto inmediato para la construcción de los roles de cada uno de los países en el proceso de reproducción de capital a escala global (Acosta 2014: 107). Nos referimos al interés por la apropiación de los materiales naturales al menor precio posible, que fue el punto de inicio de la llamada *acumulación extractiva*. Este tipo de acumulación, ya muy pronto, separó a los países en dos grandes grupos. Ciertos países o regiones tuvieron que concentrarse en la extracción de materias primas (países colonizados, como podemos imaginar) mientras que otros (los colonizadores) adoptaron la producción de manufacturas a partir de los elementos apropiados. El extractivismo¹⁸³ se ha convertido desde

¹⁸³Este término no se refiere simplemente a la extracción de recursos, dirigida más o menos coaccionadamente. Según Gudynas (2013), este se define como “un tipo particular de extracción de recursos naturales, en gran volumen o alta intensidad, de los cuales el 50% o más, es destinado a la exportación, como materias primas sin procesar o con un procesamiento mínimo. Incluye tanto las fases de explotación, como las previas de exploración, descubrimiento, etc., y también las fases posteriores, como cierre y abandono de los sitios de apropiación.” (Gudynas 2013: 15). Como vemos, no es suficiente con extraer, sino que hay que hacerlo con

entonces en un factor determinante en la mayoría de países del Sur Global, hasta el punto que se encuentra en el centro del discurso político tanto de las naciones que se adscriben a los postulados neoliberales, como de las que se encuentran distanciados del mismo.

El segundo factor histórico a considerar, según el historiador inglés, es la infravaloración sistemática e invisibilización de los trabajos de reproducción —en términos de Moore: su conversión en “barato”, en este caso, gratis— que se han asignado, mediante criterios ligados al patriarcado, a las mujeres. No es necesario que los comentemos nuevamente, en tanto que su reflexión ha conformado el objeto de estudio de nuestro capítulo precedente.

Habida cuenta de estos dos factores, resulta patente que el elemento sustancial del valor, “el trabajo abstracto”, tiene su contracara necesaria en la gratuidad del trabajo de reproducción y esclavo, así como una actitud de la rapiña en la naturaleza. En Moore, todos estos elementos funcionan como instrumentos de reestructuración capitalista, no como meros momentos de apropiación históricamente situada y/o exclusiva consecuencia de la pervivencia de las estructuras racistas y patriarcales —si bien las dos han de tenerse muy presentes—¹⁸⁴.

Por todo lo comentado, se explica la importancia que para este autor adquieren las fronteras. Moore nos explica (Moore 2015a: 148 ss.) que la capitalización, que conlleva el aumento en valor de los elementos que componen la producción, se hace patente mucho más rápidamente en los sectores primarios de la producción —agricultura, minería— pues el resto (industria y servicios) están, *per se*, fuertemente capitalizados. De este modo, para comprender el grado de capitalización a que está sometida la “red de la vida”, resulta útil fijar nuestra atención en los elementos y sitios fronterizos. El historiador inglés asevera que representan “fajos de energía/trabajo sin capitalizar que pueden ser movilizados, con

cierto grado de intensidad y con el objetivo principal de dedicar la extracción al mercado. Este último factor es interesante, puesto que muestra con claridad que es el valor de cambio lo que prevalece sobre el valor de uso de esos recursos. No otra cosa implica la dinámica de producción capitalista.

¹⁸⁴Las resonancias de esta tesis con la teoría de la reproducción social presentada en la anterior sección son evidentes. Ambas teorías apuntan a la necesidad de que explicar cómo el capital, para asegurar las condiciones de su acumulación, precisa asimilar sistemática y gratuitamente ciertos elementos en orden a maximizar sus ganancias. En el caso de la teoría de la reproducción social el acento está en los trabajos de reproducción invisibilizados, pero también se tienen en cuenta, como ya vimos, elementos de otra índole como la “raza”. En cualquier caso, la interconexión entre el pensamiento ecológico y el feminista es algo que viene trabajándose desde hace tiempo. Autoras que hemos citado en la sección anterior, Yayo Herrero o Pérez Orozco, integran ambos discursos. Se trata de una preocupación presente en la mayoría de autoras que, si no se menciona explícitamente, es sencillamente porque no se puede nombrar todo al mismo tiempo. Sea como fuere, para ver algunas de las intersecciones de ambos pensamientos puede consultarse Bosch, Carrasco y Grau 2006.

desembolsos de capital mínimo, al servicio de una productividad del trabajo en alza en la esfera de las mercancías” (Moore 2015a: 149). Dado que la dinámica capitalista se desarrolla precisamente a medida en que realiza dicha movilización, puede decirse, como corolario, que el capitalismo *existe a través de las fronteras* (Moore y Patel 2017: introducción, 43-44). Gracias a ellas, los Estados pueden utilizar la violencia, la cultura y el conocimiento para usar en su beneficio trabajo, naturaleza y vidas que se han calificado como insignificantes, o bien “baratas”, controlando el balance de pérdidas y réditos en el proceso de capitalización del mundo de la vida¹⁸⁵.

Hay otro factor histórico que, si bien no se menciona en el texto de Moore a que estamos haciendo referencia, resulta relevante por mostrar un interesante paralelo con la teoría kurzeana. Hablamos del crecimiento exponencial que tuvieron los ejércitos durante el siglo XV, que antes, con Kurz, denominamos como revolución militar de la Modernidad. Tal como vimos, el autor de *Geld ohne Wert* localizó en tal acontecimiento histórico el pistoletazo de salida para la imposición de la dinámica socio-económica capitalista, pues sentó las bases para la construcción de un régimen del trabajo abstracto, incentivó la predominancia del uso de la moneda como forma de pago y tuvo a los soldados como primeros trabajadores asalariados. Sin que esto sea muy sorprendente, tampoco a Moore se le escapa la importancia histórica de este acontecimiento, que conecta con la creciente importancia de las relaciones crediticias para la nueva forma de hacer política¹⁸⁶. Junto a Patel

185 Este tipo de argumentación puede ser leída como una concreción del argumento que Kurz realizó en *Das Weltkapital* (Kurz 2005: 56-57), donde se explica, precisamente, que la expansión del capital más allá de las fronteras de la economía nacional fue el mecanismo más efectivo del plusvalor relativo. Es el que con mayor fuerza ha contrarrestado los efectos de la desvalorización provocada por el desarrollo de las fuerzas productivas, contradicción fundamental de la dinámica socioeconómica capitalista.

186 Los datos históricos ayudan a comprender por qué hablar de “revolución” no resulta exagerado, mientras que las conexiones con el poder económico son fácilmente deducibles. Moore y Patel lo presentan muy claramente: “A finales del siglo XV, la guerra en Europa experimentó una transición fundamental: “la revolución militar”. El tamaño de los ejércitos creció —mucho, y muy rápido—. En 1470, España contaba tal vez con veinte mil soldados en armas; un siglo después, tenía diez veces más. Si España fue precoz, no fue por mucho. Los ejércitos europeos crecieron diez veces en tamaño entre 1530 y 1710. Los costes de la guerra aumentaron aún más rápido. Era muy caro fabricar los nuevos cañones, y mucho más caro usarlos. [...] Las fortificaciones y defensas de las ciudades se renovaron por un precio enorme [...]. Puesto que la guerra moderna depende en la capacidad de un estado para endeudarse, la cuenta de crédito de un imperio determina con mucho su habilidad para ganar en el campo de batalla. [...] En el siglo XVI, la tradición de que los reyes se endeudaran para pagar los costes de guerra estaba bien establecida, pero la escala de la nueva deuda bélica tuvo consecuencias novedosas. De nuevo, la conexión española es importante. Fue Carlos V —[...] el rey de España [...] desde 1516— quien abrió camino. En 1519 también era [...] emperador, gobernando sobre un reino pan-europeo que se extendía desde el Mar del Norte hasta el Caribe, y el suyo fue un reinado lleno de conflicto. Para financiar sus guerras, cambió a los centroeuropeos Fuggers y Welsers por los genoveses. Extendiendo los préstamos a Carlos, los genoveses exigieron como aval el primer derecho [*first claim*] —no siempre respetado— sobre la plata americana. *Este acuerdo, basado en el genocidio y la brutalidad colonial, estableció una relación larga y muy moderna: crédito como manera de organizar la naturaleza global, el poder mundial y el trabajo planetario*. Durante casi dos siglos, las familias de banqueros genovesas [...] estuvieron implicadas de manera

(Moore y Patel 2017: capítulo 2, 135), indica que el nuevo arte bélico de la Modernidad hizo que el oro y la sangre pudieran transformarse en capital, dado el encarecimiento de la guerra. Los Estados se endeudaron más intensamente, convirtiendo a la guerra en un succulento negocio para los prestamistas fuera cual fuera el resultado final.

Por último, conviene insistir sobre la importancia del papel del conocimiento y la ciencia en el marco de desarrollo del capitalismo, es decir, el rol que las diferentes representaciones de los elementos en liza juegan para hacer posible la pervivencia de la dinámica capitalista. Al comienzo de esta subsección hemos tenido ocasión de mencionar escuetamente algunas notas de importancia en torno a la concepción de la naturaleza en la Modernidad, pero podemos preguntarnos, de manera adicional, sobre si las características mencionadas exigen el desarrollo de nueva terminología para el estudio de las relaciones de valor en relación con el entorno natural. Lo más útil es acercarse al creador de la mayor parte de la terminología de la teoría del valor, Karl Marx.

Para comprender a qué nos referimos, veamos la diferencia existente entre la noción de “trabajo” y la de “trabajo abstracto”. Ha de subrayarse cómo ya Marx se hizo eco en *El Capital* de que su concepto de trabajo abstracto era la clave de bóveda que permitía comprender su crítica a la disciplina de la Economía Política y la sociedad burguesa (Marx, MEW 23: 52 ss. [46]). Como sabemos, el elemento diferencial que introdujo dicha noción fue la atención a las relaciones de competencia como elemento fundamental para su determinación, para su emergencia: mostrando que son, de hecho, su condición de posibilidad. A su vez, conocemos asimismo que esta constatación ligó al trabajo, de manera inherente, a la estructura fetichista de la sociedad capitalista, aquella que causa su cosificación.

Con este término, en definitiva, se menta la *abstracción real* que tiene lugar en el trabajo bajo el capitalismo. La pregunta se impone: ¿podemos extender esta concepción a la noción de naturaleza? Es decir, ¿la sociedad del “trabajo abstracto” es también la de la “naturaleza abstracta”? Según Moore, sí. La noción de “trabajo abstracto” tiene para Moore su paralelo para Moore en el concepto de “naturaleza abstracta”.

El núcleo de este concepto se conforma a través de una triple intervención conceptual

íntima en “las decisiones políticas y militares más importantes de los reyes españoles”, tocando virtualmente “todos los aspectos de la vida económica española” (Dauverd 2014: 61). De hecho, fue Francisco Pinelo [perteneciente a una familia genovesa de prestamistas, CNR] quien organizó, en 1503, y dirigió la Casa de Contratación —el ministerio de economía exterior de España—. (Moore y Patel 2017: capítulo 2, 132-134, subrayado nuestro).

en tiempo, espacio y entorno natural, que pasan, correlativamente, a comprenderse como algo lineal, plano y externo (Moore 2015a: 197, Moore y Patel 2017: capítulo 1, 86-87). De manera coherente con esta conceptualización, las representaciones burguesas de la naturaleza han de entenderse como *fetiché* y simultáneo *proceso histórico*. En este último, se puede comprobar que las diferentes fases de desarrollo del capital se entrecruzan con determinadas concepciones de la naturaleza que se modifican de manera mutua, desmintiendo así su aparente carácter estático y ahistórico. La naturaleza abstracta es histórica y está íntimamente ligada con la dinámica capitalista. Favorece los mecanismos que extienden el mecanismo de apropiación, haciendo que

...pued[a] ser entendida como directamente constitutiva de las relaciones de valor en la creación de las condiciones para la generación de la producción de mercancías y el intercambio. [...] [Su surgimiento, CNR] ...ha sido un asunto coyuntural, en el que diferentes procesos precipitados de mercantilización, acumulación de capital e innovación simbólica han constituido un círculo virtuoso de desarrollo mundial moderno. (Moore 2015a: 206).

Parece claro que la tesis de Moore en torno a la “naturaleza abstracta” puede interpretarse en vinculación directa con las tesis de Saito, que defendía que la dinámica productiva del capital tenía una conexión directa con los elementos materiales y objetos del mundo. La afirmación del japonés, que dejaba ligeramente en el aire explicar de manera concreta cómo se producía tal transformación por operar en un plano de alta abstracción, se ve ahora confirmada¹⁸⁷.

Asimismo, esta tesis también puede ser útil para especificar la noción kurzeana de “metafísica de la Modernidad” que este autor explicó en lugares como *Die Substanz des*

187Otra cuestión algo diferente es dilucidar la posible conjugación del argumento de Moore con la tesis de la relativa autonomía de la ciencia y dinámica económica capitalista de Boaventura de Sousa Santos. Aquí partimos de la base de que ambas teorías son correctas, aunque parezcan incompatibles. La clave para comprender su interrelación está en dilucidar la noción de “naturaleza abstracta” tal como propone Moore, como resultado de una “situación coyuntural”, en otras palabras, *como resultado de un determinado decantamiento histórico* de las diferentes influencias mutuas entre capital, poder(-saber) y naturaleza. Estas, si bien han sido capaces de conformar conceptos como “naturaleza abstracta” —que operan como instrumentos funcionales para la ciencia, dirigiéndola en una dirección determinada en su ejercicio de conocer el mundo— se mantienen siempre como el resultado de una determinada correlación de fuerzas. Esto quiere decir que, según las circunstancias, la ciencia y el saber pueden reclamar para sí un espacio de relativa autonomía. Desde luego, esto es mucho más difícil desde el momento en que la ciencia se ha convertido en un saber reglado e institucionalizado, como es hoy en día. Pero, si no tuviera ese pequeño espacio de margen, ¿cómo podríamos explicar las posibles desavenencias y contradicciones entre cada uno de los elementos? De manera ulterior, cabe preguntarse si, la ciencia, en tanto saber occidental situado en la cúspide de la jerarquía de los saberes puede jugar un papel emancipador. Esto es algo a lo que volveremos en la sección posterior gracias a la teoría, nuevamente, de Boaventura de Sousa Santos.

Kapitals (Kurz 2004a: 52). Hemos explicado que en ese texto se muestra en qué sentido la Modernidad posee una metafísica —es decir, una estructura determinada de las relaciones de reproducción social, del proceso de metabolismo— que organiza sus respectivas relaciones fetichistas en base a un principio de carácter inmanente y material, la valorización del valor. A pesar de la novedad que esto significa (puesto que las sociedades anteriores se habían fundamentado sobre principios trascendentes de carácter extramundano) no se abandona el componente trascendente: el valor, al fin y al cabo no es un elemento ni directamente físico ni social, sino una determinada “abstracción social”. Resulta evidente que el argumento kurzeano resulta sugerente, pero posee el mismo problema que la tesis de Saito: operar en un plano excesivamente abstracto.

Ciertamente, no habría por qué considerar esto como un problema, pero si una teoría —como hace la kurzeana— se constituye como una contribución al análisis crítico del presente, ha de estar en condiciones de analizar concretamente las interrelaciones de los diferentes elementos en juego, que, en un conjunto más o menos armonioso, dan lugar al sistema general al que apunta el análisis filosófico. Justamente eso es lo que hace Moore. Su noción de “naturaleza abstracta” nos permite analizar, en procesos históricos concretos, la interrelación entre la dinámica capitalista implementada por los intereses del capital junto con las transformaciones simbólicas en el plano del saber y las revoluciones científicas. Se mantienen con ello todos los elementos del concepto kurzeano, dado que “metafísica real de la Modernidad” era un concepto que incluía, como dijimos, no solo el momento de la valorización del valor, sino también su sublimación filosófica y los elementos simbólico-culturales asociados a ella. Todo ello haciendo que tales conceptos interaccionen con la realidad que buscan describir, garantizando así su veracidad.

Volviendo propiamente al argumento mooriano, ha de tenerse en cuenta que las transformaciones en el plano conceptual no deben conducirnos a pensar que con esta tesis de la “naturaleza abstracta” se esté corrigiendo en modo alguno la teoría de Marx. El autor inglés afirma claramente que su propuesta no implica una reconsideración de la validez de la ley del valor marxiana, puesto que el trabajo abstracto sigue siendo sustancia del valor. Más bien (Moore 2015a: 303), su intervención busca hacer ver que las relaciones y condiciones que hacen posible la reproducción y pervivencia del sistema capitalista van mucho más allá de lo meramente económico —concepto que, en su consideración ortodoxa, también ha de ser denunciado como un fetiche, tal como vimos gracias a la economía feminista—. Estas han de

ser analizadas en base a *otra* estructura trinitaria, la tríada capital/poder/naturaleza, así como sus correspondientes mecanismos de apropiación y acumulación, conformando naturalezas históricas. Siendo esto así, las relaciones de valor incluyen, entre otros fenómenos, el establecimiento de ciertas nociones epistemológicas que, hasta el día de hoy, siguen haciendo que veamos la relación entre el sistema capitalista y el entorno circundante como una cuestión de mero “límite externo” o “contradicción secundaria”¹⁸⁸.

Lo último que hemos mencionado es especialmente grave si ponemos sobre la mesa la grave situación en que nos encontramos en la actualidad. Moore va más allá de los lugares comunes de la discusión, mostrando de manera rigurosa lo urgente de nuestro *statu quo*. Comenta cómo el capitalismo ha utilizado como instrumento de reproducción, desde su nacimiento, la extensión de la apropiación de la naturaleza y el trabajo de mujeres y esclavos por encima de la capitalización del trabajo, en orden a hacer posible la acumulación de capital. Tanto es así, que si no se produce esta circunstancia, se da un aumento los costes de los cuatro grandes fuentes del capital (la fuerza de trabajo, la comida, la energía y los elementos materiales), dificultando enormemente la valorización del valor (Moore 2015a: 238). Esto es precisamente lo que está ocurriendo hoy. La concepción abstracta de la naturaleza con que opera el capitalismo, a la que trata como eterno repositorio de recursos y como vertedero de deshechos del proceso productivo, ha llegado a un nivel que imposibilita la puesta en marcha de nuevos procesos de acumulación en condiciones que no pongan en peligro la regeneración del entorno, haciéndolo tóxico (Moore 2015a: 270). Este es el marco de aparición del llamado “valor-negativo”, término con el que se menta el aumento de costes de la producción capitalista, así como sus dificultades para reproducirse habida cuenta de los

188No quisiéramos dejar de hacer notar cómo el esquema explicativo de Moore resulta especialmente beneficioso para comprender y completar una de las tesis kurzeanas más importantes: la de la contradicción entre la forma y materia que compone el proceso de producción, que antes vimos como fundamento del “límite interno”. Esta puede leerse gracias a Moore como la abstracción conceptual de la interrelación entre los mecanismos de la apropiación y la capitalización, materializada en diversos procesos históricos y cuyo acontecimiento inaugural puede ser cifrado en el comienzo de la expansión colonialista europea, así como en la jerarquización e invisibilización de cuerpos y trabajos al servicio del capital. Además, puesto que la postura de Jason Moore muestra explícitamente la importancia y falsa exterioridad asumida de la noción de “Naturaleza”, el proceso de capitalización de la biosfera puede verse como un proceso progresivo, íntimamente ligado a la dinámica capitalista y su suerte. De esta manera, ampliamos considerablemente la noción de contradicción que explica Kurz, que se limitaba, como vimos, a poner de manifiesto la restricción que impone la demanda solvente, únicamente comprensible en dinero. Un trabajo conjunto de ambos autores en este aspecto, además, permite especificar en qué sentido un estándar de productividad determinado, en tanto aumenta el *output* de mercancías producidas por fracción de tiempo, afecta a lo que la Modernidad llama “Naturaleza”. Con ello, se demostraría con mayor claridad en qué sentido el proceso de apropiación y capitalización están fuertemente unidos: los elementos materiales de la producción tienen que crecer al ritmo del desarrollo de las fuerzas productivas, que se desarrollan como si la sola capacidad de consumo material de la población constituyera su límite.

bruscos cambios y modificaciones de los procesos de la biosfera y sus procesos biológicos.

El “valor-negativo” se hace visible en los fenómenos del cambio climático y la aparición de las especies resistentes a los pesticidas. El primero, bien conocido, está causando problemas que cada vez tienen una menor posibilidad de ser resueltos de modo gradual: al aumento de la sequía, fenómeno ya preocupante en la década de los noventa, se une ahora el aumento de la temperatura a nivel global y la creciente dificultad para el cultivo de cereales. Mientras tanto, nuestro sistema de agricultura y prácticas forestales siguen causando aproximadamente entre un cuarto y un tercio de las emisiones de gases a nivel mundial. Por otro lado, asistimos al surgimiento de las especies resistentes a los pesticidas —que lejos de ser anecdótico— marca el punto en que las especies, evolucionando más rápidamente que los instrumentos capitalistas de intervención en el entorno, hacen presagiar un panorama cuyo control no puede garantizarse. Evidentemente, esto último es un problema exclusivamente para el capitalismo, no para la “Naturaleza” a que considera como algo externo. No obstante, mientras el capitalismo siga siendo el sistema de reproducción con que se satisfacen las necesidades a nivel mundial, no podemos obliterar su trascendencia.

El cambio climático y la destrucción de la biodiversidad es uno de los mayores retos a los que nos enfrentamos en el presente, que, con Leff (2004: 102), ha de leerse como “síntoma de una crisis de civilización”, el de la modernidad, regido por “el predominio del conocimiento científico y la razón tecnológica sobre la naturaleza”. Es vital que las propuestas de transformación, muchas de las cuales llevan un tiempo desarrollándose, ocupen más espacio en la discusión pública, que sigue anclada en medidas de corto alcance que no son suficientes siquiera para alcanzar los propios objetivos que los países se han impuesto a sí mismos. Por ello, hemos creído necesario realizar una pequeña y última sección que muestre las líneas fundamentales de aquellos modelos, como la perspectiva del *Buen Vivir*, que están intentando pensar más allá de las coordenadas prefijadas.

6.3. Riesgos del presente y algunas propuestas de transformación. La perspectiva del *Sumak Kawsay*

Las evidencias son aplastantes: llegamos muy tarde a la puesta en marcha de medidas serias para el establecimiento de un comportamiento diferente respecto al medio que nos sustenta y da vida. En principio, las nociones básicas sobre cómo debería ser nuestro sistema productivo vienen dadas por la observación de la Naturaleza (Herrero 2012: 36-37), cuya

imitación puede ayudarnos a formular de manera sencilla en qué podría consistir una economía sostenible: cíclica, renovable y sin residuos, basada en la energía solar y sin residuos. Hoy, sin embargo, nos encontramos muy lejos de tal objetivo. Hace poco que el Instituto del Medio Ambiente de Estocolmo, junto a un grupo de expertos, identificó los problemas ambientales más acuciantes (Carlos Larrea 2014: 29). Ninguno de los que fueron identificados nos son ajenos, como se comprueba al enumerarlos. Son el i) cambio climático, ii) la adificación de los océanos, iii) el debilitamiento de la capa de ozono, iv) la contaminación con fertilizantes, v) la pérdida de la biodiversidad, vi) las dificultades en el acceso al agua dulce, vii) la deforestación y viii) la contaminación atmosférica y química.

Si alguien tuviera alguna duda, una buena muestra de la actualidad y urgencia de estos asuntos es que, poco antes de escribir estas líneas, fue noticia que se había alcanzado un nuevo registro en la concentración de partículas de dióxido de carbono en la atmósfera¹⁸⁹; principal gas de efecto invernadero y por tanto uno de los factores más determinantes para la subida de las temperaturas a nivel global. La temperatura (Ecologistas en Acción 2018: 5), según el Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (IPCC)¹⁹⁰, no debería subir más allá de un grado y medio (1,5° C) respecto a los niveles preindustriales si queremos evitar los riesgos asociados al cambio climático (riesgo de inundaciones, aumento de los fenómenos meteorológicos extremos, etc.). De otra parte, hace ya tiempo que el petróleo, que sigue siendo la base de nuestra organización productiva, ha dado muestras de estar agotándose, causando cada vez mayores problemas en los lugares de extracción de los mismos¹⁹¹. Por si fuera poco, en España la situación no resulta tampoco excesivamente

189Durante el mes de Abril de 2019 se registró por primera vez en la historia de la humanidad una concentración de estas partículas en una proporción de 415 partes por millón. En [<https://es.co2.earth/daily-co2>] pueden consultarse las mediciones del observatorio de Manua Loa, en Hawai.

190Se trata de un panel de científicos y expertos reunidos al amparo de la ONU, con sede en Ginebra. Realizan periódicamente una serie de informes que explican la situación sobre el riesgo de cambio climático provocado por la acción humana.

191Precisamente para dar cuenta de las condiciones de violencia en que se realizan muchas de los procesos de extracción de recursos, Gudynas (2013) ha desarrollado la noción de “extrahección”. La palabra es un neologismo creado a partir del vocablo latino “extrahere”, donde “ex” es el sufijo que indica la dirección del movimiento hacia fuera y “trahere” significa quitar y arrastrar hacia sí (Gudynas 2013: 11 ss.). La extrahección tiene lugar cuando un proceso de extracción conlleva una violación tanto de los derechos de las personas en los territorios donde se practica así como de los de la propia naturaleza, un procedimiento que puede seguir tanto vías legales como ilegales. Así pues, este término ha de definirse como “el caso más agudo de apropiación de recursos materiales, donde estos son extraídos por medio de violencia y se incumplen los derechos humanos y de la Naturaleza. No es una consecuencia de un tipo de extracción[,] sino que es una condición necesaria para poder llevar a cabo la apropiación de recursos naturales” (Gudynas 2013: 15). Este fenómeno, en que la legalidad parece quedar suspendida o supeditada a los procesos de acumulación de capital sean cuales sean las consecuencias que puede tener, es parte de la materialización de lo que antes hemos denominado como *lex mercatoria* al referirnos a las empresas multinacionales y los tratados de comercio e inversión (TCI).

halagüeña (Ecologistas en Acción 2018: 13). En el territorio desde el que escribimos existe, entre otras cosas, un déficit ecológico que hace que requiramos 2,5 veces la superficie de nuestro territorio para compensar la huella ecológica¹⁹² que producimos, así como un modelo productivo basado en sectores de alto impacto ecológico, una fuerte vulnerabilidad a los efectos del cambio climático y una intensa dependencia externa para la provisión de recursos básicos como combustibles fósiles.

Es cierto que se han desarrollado algunas políticas para revertir la situación, pero las medidas que se han tomado hasta ahora no son suficientes, ni efectivas (Ecologistas en Acción 2018: 38, Leff 2004: 118-124). Los mercados de carbono —que capacitan a los poseedores de bonos de carbono a emitir una cierta cantidad de gases de efecto invernadero (GEI)— o los mecanismos de desarrollo limpio (MDL) —que permiten a los países industrializados comprar reducciones de emisiones de GEI en países empobrecidos, en lugar de reducir su contribución a las mismas— parecen en cierta medida incluso contraproducentes. Ambas son medidas que mercantilizan el clima y abren la puerta a la perpetuación de la desigualdad entre los países, fomentando la especulación financiera. De hecho, hasta ahora han ejercido como la oportunidad perfecta para hacer negocio: los datos de la Convención Marco de la ONU para el Cambio Climático indican que hasta 2012 se habían movilizado 315.000 millones de dólares a través de los MDL (Ecologistas en Acción 2018: 38).

La breve imagen que hemos proyectado de nuestra actualidad exhibe con claridad que las transformaciones han de ser bastante más profundas y, tal como propone la economía feminista de carácter rupturista, han de apuntar a la exigencia de un cambio civilizatorio. La perspectiva del *Buen Vivir* o *sumak kawsay*¹⁹³, ya integrada en las constituciones de Ecuador y Bolivia, no resulta una respuesta exenta de problemas de implementación, pero, a pesar de ello, es conveniente que le dediquemos unas líneas para intentar otear dónde se encuentra el horizonte asintótico al que debemos apuntar al realizar nuestras críticas.

El *Buen Vivir* o *sumak kawsay* es una cosmovisión que surge como cuestionamiento al

¹⁹²Bajo huella ecológica se entiende “el área de territorio productivo o ecosistema acuático necesario para producir los recursos utilizados y para asimilar los residuos producidos por una población definida con un nivel de vida específico donde sea que se encuentre esta área” (Rees 1996: 34, en Bosch, Carrasco y Grau 2006: 14). Para calcularla se suma la biocapacidad necesaria para los cultivos, ganadería y suelo urbanizado, las zonas pesqueras y los bosques, así como el área de bosque que se necesita para absorber las emisiones de CO₂ que se generan. Su unidad de medida son las hectáreas globales (hag). (V. https://www.wwf.es/nuestro_trabajo/_informe_planeta_vivo/huella_ecologica/)

¹⁹³*Sumak Kawsay* es un término en lengua quechua que se ha traducido como “Buen Vivir”, si bien una traducción más exacta apuntaría a “vida en plenitud” como significado.

modelo dominante de desarrollo y progreso y ofrece un marco alternativo a la episteme dominante en la economía, sustentado en un modelo de racionalidad occidental (Dávalos 2011: 23). Con él se pretende “construir una sociedad solidaria y sustentable, en el marco de instituciones que aseguren la vida” donde “lo individual y lo colectivo coexistan en armonía con la Naturaleza” (Acosta 2013: 66, en Unceta 2014: 71). No se trata por ello de algo nuevo. Tal como explica Larrea (Ana María Larrea 2014: 238-239) esta perspectiva ha estado presente en la humanidad desde hace mucho tiempo, pues muchos pueblos indígenas tienen una concepción parecida a la del *Buen Vivir*. Entre ellos, el aymara *suma qamaña* o el guaraní *teko porã*.

Así, la premisa básica de esta cosmovisión es la búsqueda del bienestar colectivo por medio de una visión holística que tiene en cuenta la vida en su totalidad. Incluye cuatro principios fundamentales (Walsh 2009: 217 ss.). El primero de ellos es el principio de la *relacionalidad*, que está vinculado a la visión holística que hemos mencionado. Este principio afirma la interconexión de todos los elementos de la tierra y afirma una convivencia integrada en el cosmos. El segundo de los principios es el de la *correspondencia*, que apunta a la correlación de todos los aspectos de la realidad, que conforman un conjunto armonioso. El tercero es el de la *complementariedad*, que viene a especificar a los principios anteriores. Este implica que no hay ningún ser, acción o acontecimiento que exista de manera atómica, sino que todos ellos siempre coexisten con su complemento específico. Este principio, aparentemente sencillo, viene a desmentir, como la noción de *interdependencia*, el concepto occidental moderno del Ser, que declara su autonomía y autosuficiencia. Además, “la complementariedad apuntala la presencia del otro, de opuestos que pueden ser al mismo tiempo complementarios y no necesariamente irreconciliables” (Walsh 2009: 218), lo que también pone en cuestión la lógica occidental excluyente del principio de no contradicción. Por último, el cuarto principio es el de la *reciprocidad*, que es la expresión práctica de los dos anteriores principios. Por medio de la reciprocidad, se asigna a toda acción un cariz ético que nos responsabiliza de las mismas, cariz que ha de estar presente en todo tipo de interacción: intrahumana o ser humano-naturaleza, siendo esto último algo impensable desde la racionalidad occidental.

Estos cuatro principios, en su conjunto, se expresan en el *kawsay*, la vida. El *sumak kawsay*, de este modo, se constituye como una categoría central en la conformación de la teoría y práctica de la forma andina de vida.

Uno de los aspectos que hace del *sumak kawsay* especialmente relevante para nuestro trabajo es que sus propuestas han sido utilizadas para orientar los principios y fundamentos de las sociedades boliviana y ecuatoriana, que han incorporado esta cosmovisión a sus constituciones. La propuesta de estos gobiernos (Walsh 2009: 216) se ha dado como resultado de la necesidad de construcción de un nuevo pacto social, diferente al camino neoliberal, que nunca los ha conducido a niveles de bienestar aceptables. Con este planteamiento buscan transformar las bases que atan a ambos países a la perpetuación de un modelo de desarrollo dependiente que los condena a la inferioridad económica respecto de los países del Norte global. De esta forma, la nueva aproximación ha supuesto novedades legislativas, como el reconocimiento de los derechos de la naturaleza. En la Constitución de Ecuador, tras la Asamblea Constituyente de 2008, (Larrea 2014: 249) ha pasado a comprenderse como “el espacio donde se reproduce y da vida”, noción que nos remite de manera inmediata al concepto de *ecodependencia*. Desde este enfoque, se reconoce el derecho de la naturaleza al mantenimiento y regeneración de sus ciclos vitales, así como su restauración (Artículos 71 y 72) y se contempla que los servicios ambientales no son susceptibles de ser apropiados (Artículo 74).

No debemos negar que existen problemas para llevar a la realidad el cumplimiento de estos principios, especialmente por lo que concierne a la extracción de recursos naturales para su venta en el mercado, lo que se refleja en el fenómeno del neoextractivismo¹⁹⁴. Los gobiernos, enfrentados a la disyuntiva de perpetuar las relaciones mercantiles que los subordinan o bien mejorar el bienestar de sus poblaciones, suelen optar por lo último, algo que sorprende. A pesar de tales críticas y las dificultades que tiene transformar las estructuras económicas dentro de un contexto de fuerte interdependencia global, es posible encontrar algunas reflexiones que, basadas en el marco y contexto del *Buen Vivir*, pueden servir como ideas-fuerza para la necesaria transición hacia una economía sostenible (Unceta 2014: 65-69). Esta, enfrentada frontalmente a la idea de “crecimiento” occidental, podría producir el paso a

¹⁹⁴Su definición es la siguiente: “El neoextractivismo es un modelo de desarrollo económico adoptado por algunos gobiernos de América del Sur a principios del siglo XXI y cuyos antecedentes se ubicarían en el extractivismo convencional. Al igual que este, el neoextractivismo orienta la economía hacia actividades de explotación de la naturaleza para la obtención de recursos no procesados dirigidos de forma prioritaria a la exportación, pero difiere de aquel en el papel protagónico que adquiere el Estado en el proceso productivo. Esta participación puede adoptar una forma directa, a través de empresas estatales, o indirecta, a través de tributaciones y otros mecanismos de regulación, y permite la obtención de un porcentaje mayor de ingresos para las arcas estatales. Parte de estos recursos sirven para la puesta en marcha de programas sociales y otras iniciativas públicas que dotan a los gobiernos de cierto grado de legitimidad.” (Carrasco y del Hoyo 2012: 167).

una época de “post-crecimiento”¹⁹⁵.

Por lo que se desprende de las iniciativas, tres son las dimensiones fundamentales sobre las que deben reposar las propuestas del *Buen Vivir* en lo económico: la *desmaterialización*, la *desmercantilización* y la *descentralización*. La primera de las dimensiones alude a una organización de la vida económica fundamentada sobre un menor flujo de energía y materiales, que se constituye a partir de las “tres erres” de la reducción, la reutilización y el reciclaje. La clave no está situada del lado de la disminución del PIB, sino en la cantidad de los recursos utilizados en la producción. La segunda de las dimensiones, la desmercantilización, está muy relacionada con el interés de la economía feminista por poner en valor índices de bienestar y medida diferentes a los ofrecidos por la economía ortodoxa. Se ha de cortocircuitar la vigencia de la referencia del PIB por habitante y poner nuestra atención en lo que algunas autoras han definido como “bienes relacionales” (atenciones, cuidados, conocimientos, participación, nuevos espacios de libertad y espiritualidad, etc.), que pueden hacer a nuestra economía no solo más eficiente social y ecológicamente, sino más efectiva en su contribución a la felicidad humana. Por último, el abandono de la lógica del crecimiento ha de ser vinculado a la pérdida de centralidad y concentración de las actividades económicas. Se ha de disminuir de manera considerable la escala y magnitud de la producción e intercambio y volver a ligar los procesos productivos a los diferentes territorios. Este último problema exige ser resuelto de manera urgente, dado su agravamiento a partir de la globalización, que ha desterritorializado muchas actividades y tendido a concentrar el poder económico.

Estas dimensiones pueden servirnos para darnos una pequeña idea de cuáles pueden ser las propuestas que materialicen una transformación económica a partir de las nociones del *Buen Vivir*. Las estrategias de su implementación (Unceta 2014: 81) vienen en cierto modo dadas por los principios de la cosmovisión que vimos al comienzo de esta subsección: la reciprocidad, la redistribución —ambos axiomas directamente deducibles de los principios mencionados— y el redimensionamiento del mercado —que se desprende como algo

¹⁹⁵En el artículo que está sirviendo como base de esta última argumentación, también se analiza de manera crítica la propuesta de una línea mencionada anteriormente, el “decrecimiento”, que se distingue de la propuesta del post-crecimiento. Si bien pudiera considerarse que la diferencia entre ambas es tenue, es importante poner de manifiesto que no son lo mismo. Mientras que en el decrecimiento el acento está puesto en la disminución respecto a una magnitud dada (una exigencia intolerable para aquellos países cuyas economías no les han permitido alcanzar niveles de bienestar compatibles con la dignidad humana), con post-crecimiento el interés está puesto en la alternativa económica (que sirve, como tal, a cualquier economía, sea cual sea su posición en la actual jerarquía de poder mundial).

evidente por sí mismo si nuestro objetivo es confrontarnos con la lógica de crecimiento y desarrollo occidentales—.

Con esta humilde propuesta clausuramos la breve exposición de los aspectos a tener en cuenta para la reconsideración de la dinámica capitalista en relación con el entorno que nos rodea, aquella “Naturaleza” que la Modernidad nos ha impuesto pensar como algo ajeno y externo a nosotros. Tras ver someramente algunos de los estragos causados con el modelo de producción y estilo de vida que ostentamos, solo nos queda concluir respondiendo a la pregunta que Parménides nos lanzaba en el fragmento citado al comienzo de este capítulo.

A tenor de lo expuesto, ha de afirmarse que sí, existen ideas de “basura” y otros elementos de deshecho. Han sido generadas por un sistema civilizatorio que produce basura sistemáticamente, y en tal cantidad, que resulta inasumible reintegrarla al ciclo natural. De esta manera, este resto queda como permanente “residuo” que, en cierto modo, viene a convertir estos desperdicios en la materialización más perfecta de “deshecho”, cual idea platónica: si se reintegraran, abandonarían su condición eterno de elemento externo y desechable, pasando a convertirse en principio y nutriente de un nuevo ciclo de reproducción biológica. La circularidad les permitiría ser algo más que el resto expulsado del sistema socio-económico. Mientras no cambien las cosas, seguirá imponiéndose un platonismo de la basura.

Estas consideraciones, cuya importancia esperamos haber dejado clara, han de dejar espacio ahora al tratamiento de un último asunto igualmente imprescindible para la comprensión de muchos de los elementos que hemos comentado en este y el anterior capítulo: nos referimos a la cuestión de la “raza” y las relaciones coloniales, que examinaremos en sus aspectos más relacionados con la noción de historia.

Capítulo 7. Vidas paralelas, pertenencias entrecruzadas. “Raza”, capital y relato

histórico

-¿Qué vivís a diario las personas no blancas que no vivamos las blancas?

-El racismo [ríe con sorna]. Te pongo un ejemplo. Volviendo de La Coruña, en el aeropuerto, cuando me acerco al control de seguridad el personal en vez de hablarme me hacen señas porque creen que si me hablan en castellano no les voy a entender. [...] También en los aeropuertos siempre me toca el control de seguridad aleatorio. Sigo, paseando por la calle la policía me para y no me pide el DNI, sino los papeles. Al ser negra no piensan que tengo un DNI, en todo caso el NIE (Número de Identidad de Extranjero) o que soy una indocumentada. ¿Una persona blanca tiene que preocuparse de llevar o no el DNI? ¿A una persona blanca que no lleva el DNI consigo la meten en el calabozo? Por no hablar del tema laboral, los alquileres de un piso, etc.

(Entrevista a Desirée Bela-Lobedde, *El Salto*, 23/11/2018).

Ya hemos anunciado que esta sección está dedicada a tratar la intersección existente entre la noción de “raza”¹⁹⁶ y la dinámica socio-económica del capital. Puesto que es un tema

196A lo largo de este trabajo, hemos entrecomillado la palabra raza para no inducir a la deducción de que se piensa aquí como una noción biológica y/o basada en características “naturales”: no existen una serie de conjuntos de variables genéticas homogéneas que permitan sostener este concepto (V. Juan Ignacio Pérez Iglesias, “Las razas humanas no existen”, *El Diario*, 23/05/2019, disponible en URL [https://www.eldiario.es/sociedad/razas-humanas-existen_0_902210052.html]). A pesar de ello, el racismo y la raza tiene plena vigencia, pero como concepto cultural, tal como ha sostenido Grosfoguel y Mielant (2006). Estos definen al “racismo cultural” como “una forma de racismo que ni menciona la palabra ‘raza’”. Se concentra en la inferioridad cultural de un grupo de gente. Normalmente se enmarca en señalar las costumbres, creencias, comportamientos o valores inferiores de un grupo de gente. Está muy próximo al racismo biológico en el sentido de que el racismo cultural naturaliza/esencializa la cultura de las personas racializadas/inferiorizadas. Estas últimas se representan de manera habitual como si hubieran quedado en una espacio ajeno al paso del tiempo. En los nuevos discursos racistas culturales, la religión tiene un papel dominante. Los tropos contemporáneos acerca de la gente inferior “incivilizada”, “bárbara”, “salvaje”, “primitiva”, “infradesarrollada”, “autoritaria” y “terrorista” se concentran otra en las prácticas y creencias religiosas de los “otros”. Concentrándose en la religión de los “otros”, los europeos, euro-americanos y euro-israíes consiguen evitar ser acusados de racismo. Sin embargo, cuando examinamos cuidadosamente la retórica hegemónica que está sobre la mesa, los tropos son una repetición de los viejos discursos racistas de base biológica y la gente que son el objetivo de los discursos islamófobos son los sujetos colonizados tradicionales de los imperios occidentales, es decir, los ‘sospechosos habituales’” (Grosfoguel y Mielant 2006: 4). Aquí nos vamos a concentrar en el análisis del origen del racismo en una noción algo más general, que cabría definir como sociológica e institucional. La noción de raza a que nos referimos se puede explicar fácilmente gracias a Chimamanda Ngozi Adichie en su novela *Americanah*: “Mucha gente —sobre todo no negros— dice que Obama no es negro, que es birracial, multirracial, blanco y negro, cualquier cosa menos negro. Porque su madre era blanca. Pero la raza no es biología, la raza es sociología. La raza no es genotipo; la raza es fenotipo. La raza importa debido al racismo. Y el racismo es absurdo porque tiene que ver con el aspecto de uno. [...] Imaginad a Obama, con la piel del color de una almendra tostada, el pelo crespo,

que, en cierto modo, ya ha sido parcialmente expuesto en algunos de sus aspectos en las dos capítulos anteriores, en las siguientes líneas nos vamos a ocupar de un aspecto algo más concreto: la relación existente entre el trinomio conceptual de la historicidad, la teoría poscolonial y el capitalismo. Nuestro objetivo es que dicha interconexión pueda servir de hilo rojo para una caracterización concisa de los aspectos que aquí consideramos más relevantes. En cuanto a la estructura de esta sección, replicamos aquí el esquema que hemos llevado a cabo en las dos precedentes. Comenzaremos con una consideración referente a cierta lectura de Marx en torno a la cuestión de la historia, el progreso y su relación con los diferentes tipos de sociedades, pasando más tarde su análisis de manera algo más general, a través del examen de la teoría poscolonial y los Estudios de la Subalternidad. Por último, formularemos algunas otras cuestiones en torno a la reflexión histórica gracias al trabajo de Goodoy en *El robo de la historia* (Goodoy 2010).

7.1. *Vulgata* M-L: el departamento de “Asuntos Espirituales” de la Unión Soviética y el modo de producción asiático

Ha de admitirse que sería ridículo intentar defender que Marx tenía una fuerte perspectiva antirracista, entre otras cosas, porque la teoría poscolonial, por ejemplo, ni siquiera existía en la época en que el filósofo alemán realizó sus análisis. A pesar de ello, entre sus consideraciones podemos encontrar algunos apuntes sobre las sociedades precapitalistas y ajenas al capital, *algunas* de las cuales, como veremos, resultan sorprendentes. Sin menoscabo de dichas afirmaciones, en el presente trabajo ya hemos explicado la influencia que han tenido en la historia del pensamiento otras reflexiones de Marx sobre la relación entre el progreso de la historia y el capitalismo, que no se han interpretado de la mejor de las maneras. Estas (más bien, una parte de estas y su interpretación) han dado lugar a la imposición, durante mucho tiempo, de una corriente de reflexión que puede denominarse como “marxismo tradicional” o “marxismo vulgar”. Ya hemos hablado en varias ocasiones de ella. Ahora, vamos a exponerla en su particular vertiente histórica.

El famoso historiador Hobsbawm (1998: 152-153), ha realizado una descripción muy minuciosa de esta concepción en un texto dedicado a la figura de Karl Marx. Según él, la

diciendo a su empleada del censo: “Soy más o menos blanco”. Sí, ya, dirá ella. Muchos negros estadounidenses tienen un antepasado blanco, porque a los blancos dueños de esclavos les gustaba andar violando en los barracones de los esclavos por la noche. Pero si sales con la piel oscura, no hay más que hablar.” (Adichie 2017: 441).

lectura marxista vulgar de la historia puede resumirse en siete puntos.

En primer lugar i), en la concepción marxista de la historia se parte de la creencia de que el elemento económico es el factor fundamental, del cual dependen todos los demás. A causa de este motivo se sostienen tesis como que el “desarrollo de las fuerzas productivas” es el motor de la historia. En segundo lugar ii), en este tipo de lectura se utiliza como herramienta analítica una particular dicotomía: la existente entre “base” y “superestructura”. Tal como comenta Hobsbawn, este esquema se interpreta la mayoría de las veces como una relación “de dominio y dependencia entre la “base económica” y la ‘superestructura’” (1998: 152), vertebrada —en el mejor de los casos— por el tercero de los elementos que tenemos que tener en cuenta en esta concepción de la historia; que es iii) el uso de los conceptos de “interés” y “lucha de clases” como principios explicativos. Ninguna de las caricaturas del marxismo que se encuentran en circulación se resiste a enunciar que esta corriente habría establecido, de manera clara y unilateral, que *toda la historia es la historia de la lucha de clases*. Es cierto que tal afirmación aparece en la primera línea del *Manifiesto Comunista* (Marx y Engels, MEW 4: 462 [47]), pero no es menos verdadero que este es tan solo uno de los textos que Marx dedicó a esta cuestión y que dicho escrito es, en sentido propio, un panfleto y no un ensayo teórico.

En cualquier caso, y volviendo a esta relación de características, también es parte de esta interpretación errónea una iv) cierta concepción sobre la necesidad histórica. Parecería, siempre según esta lectura, que Marx habría abogado por la existencia de una dinámica de desarrollo histórico inevitable en que no había espacio para la contingencia; es decir, un cierto determinismo o mecanicismo histórico, que ayuda a explicar de manera retrospectiva la preocupación de los primeros marxistas por el papel del individuo y la causalidad. También eran propios de esta concepción la preferencia por ciertos temas de investigación histórica, como v) la industrialización y el desarrollo capitalista, que se habrían favorecido frente a otros a causa de la exposición que Marx realiza en *El Capital*. A estos asuntos, por otra parte, se unen otros temas vi) cuyo interés habría despertado en el seno de los propios movimientos sociales asociados al marxismo, como pueden ser las revueltas y agitaciones de jornaleros, campesinos y obreros y, más en general, todos los procesos revolucionarios.

Por último, vii) los presupuestos ontológicos y epistemológicos de esta corriente (basados, como ya indicamos [Ruiz Sanjuán 2014, Elbe 2008] en una cierta identificación de los procesos mecánicos naturales con los históricos, y con ello, una asimilación de las leyes

naturales y sociales, teniendo estas últimas un núcleo económico) hacían que la actitud de los historiadores fuera de todo menos crítica. Estos afirmaban no ser otra cosa que “buscadores de la verdad” que, entendemos, se limitarían a exponer por escrito los hechos objetivos del pasado. Tal actitud poco podía ayudar a la necesaria autocrítica que todo ejercicio de escritura de la historia exige para avanzar en la búsqueda de la heterogeneidad y riqueza de sus aportaciones.

Afortunadamente, esta lectura ha sido hace mucho tiempo superada en los círculos académicos, y quien siga defendiendo que el marxismo se parece en algo a lo que se acaba de exponer es, sencillamente, bien por puro desconocimiento, bien por meros intereses propagandísticos. Quizá pueda parecer algo baladí, pero es interesante tener en cuenta las condiciones que hicieron posible la emergencia de tal lectura. El interés que ello tiene no está basado en la mera recolección de casuística, más bien, nos ayuda a entender las peculiaridades de la figura de Marx y la corriente marxista. Se trata de una tradición en que lo teórico y lo político está fuertemente relacionado, lo que tiene consecuencias para nuestro objeto de estudio y los asuntos aquí tratados.

Son dos las causas que han llevado a esta interpretación. En primer lugar, el desconocimiento de la existencia de muchos textos del Marx maduro que, de haber sido tenidos en cuenta, habrían arrojado una imagen muy diferente del pensador alemán, algo que advertimos ya en las notas preliminares de este escrito.

Así, tal como ha expuesto Anderson (2010) en un libro dedicado al pensamiento de Marx en torno a las sociedades precapitalistas y ajenas al mismo —es decir, sociedades que, si bien coetáneas al capitalismo funcionan por principios de organización social diferentes— se arroja una imagen muy diferente de Marx si tenemos en cuenta los escritos que realizó durante sus últimos años de vida. Estos fueron mucho más allá de las reflexiones que realizó sobre la comuna rural rusa e incluyeron también escritos y reconsideraciones sobre Irlanda e India. Incluso pocos años después de la publicación en 1853 de sus conocidos textos sobre India (Anderson 2010: 19 ss., 35 ss.), donde aparenta asumir un cierto desarrollo progresivo de las sociedades capitalistas y parece conforme con los supuestos efectos beneficiosos de la dominación inglesa sobre la India, ya pueden encontrarse, en torno al período de 1857 a 1859, afirmaciones que sentencian duramente el papel de las potencias colonizadoras (Inglaterra, Francia) en países como China. Es más: incluso textos que se utilizan como fundamento canónico para apoyar bibliográficamente la interpretación vulgar de la historia en

Marx, como los *Grundrisse*, dejan espacio, sin demasiada violencia, para una lectura menos lineal (Anderson 2010: 155 ss.)¹⁹⁷.

Por especificar un poco más qué perspectiva tenía Marx, vamos a detenernos en uno de estos asuntos: el tratamiento de la comuna rural rusa. Aun cuando sea célebre, su explicación nos servirá de utilidad. En un escrito de carácter divulgativo, Ariel Mayo (2011) nos explica que la reflexión sobre la comuna rural rusa (*mir*) tuvo lugar a consecuencia de una carta que una revolucionaria rusa exiliada en Suiza, Vera Zasúlich, escribió a Marx en 1881 para preguntarle su opinión sobre esta forma de estructura social. El contexto del activismo político existente desde algo antes de esa fecha ayuda a explicar el motivo y la urgencia de esta misiva. Por aquella época, estaba teniendo lugar una fuerte discusión sobre si Rusia podía pasar directamente a la práctica del socialismo, como algunos afirmaban, o si más bien, como afirmaban otros, debía pasar por la etapa de desarrollo capitalista. La disyuntiva y dudas eran comprensibles, porque en Rusia existía una comunidad campesina que, sin pasar por el proceso de industrialización que parecía *conditio sine qua non* para la sociedad comunista, quizá podría sentar las bases para una diferente comunidad política.

La respuesta de Marx, fechada el 8 de Marzo de 1881, da cuenta de cómo este autor sostenía que la necesidad de industrialización se restringía a los países europeos que *ya estaban inmersos en ese proceso*. En principio, Marx afirma que “el análisis presentado en *El Capital* no da [...] razones, en pro ni en contra de la vitalidad de la comuna rural”. No obstante, asume que tras estudiarla, ha comprendido cómo “esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia” si bien comenta que “para que pueda funcionar como tal

¹⁹⁷Efectivamente, tal y como afirma Anderson en el texto que ya citado: “De esta manera, el propósito principal de Marx parecía ser la elucidación de la estructura de la sociedad capitalista moderna, a través de un contraste tanto con sus predecesores en Europa y las trayectorias históricas alternativas de Asia. Mientras que Marx presenta estas sociedades precapitalistas en los *Grundrisse* en términos más neutrales que en sus escritos tempranos, y ocasionalmente incluso en términos cautelosamente positivos, no las idealiza. Argumenta que los “elevados” fines de estas sociedades, que denigraban el comercio, también las confinó a un restringido nivel de desarrollo económico y social. En este punto, pregunta, refiriéndose al capitalismo moderno y a su posible negación por una forma social más nueva, superior: “Una vez que la estrecha forma burguesa se ha retirado, ¿qué es la riqueza, sino la universalidad de las necesidades individuales, las capacidades, los placeres, las fuerzas productivas, etc., creadas a través del intercambio universal?” Estas conquistas de la modernidad contrastan con la “vara de medir predeterminista” de las sociedades precapitalistas, con sus [principios, CNR] absolutos fijados en el pasado. Al contrario que el ser humano moderno, orientado al futuro, que tal y como escribe, está comprometido con “el movimiento absoluto de la transformación [*becoming*]”. No obstante, este proceso de transformación era solo uno de carácter potencial en medio del mundo real capitalista como una ‘objetivación universal bajo la forma de una alienación total’” (*Grundrisse*, 488 [Marx 1973], citado en Anderson 2010). (Anderson 2010: 159). Como puede comprobarse, sin haber pasado aun por el largo proceso de estudio que culminaría en la redacción de los diversos manuscritos de *El Capital*, encontramos ya aquí una posición de Marx alejada de los clichés que hemos criticado anteriormente.

será preciso eliminar primeramente las influencias deletéreas que la acosa por todas partes y a continuación asegurarle las condiciones normales para un desarrollo espontáneo” (Marx, MEW 19: 243 [61]). Qué signifique asegurar unas condiciones “normales” para el desarrollo “espontáneo” (dos adjetivos extremadamente unívocos) de la comuna rural rusa escapa a nuestra habilidad para la suposición, lo que nos introduciría en el terreno de la inventiva. Ello nos impide poder afirmar cuáles debieran haber sido los acontecimientos necesarios para la pervivencia de esta comunidad. Sea como fuere, la carta de Marx desmiente la supuesta linealidad y determinismo que la lectura vulgar del marxismo había asignado al padre de la teoría.

Lo que muestra este ejemplo es que, si bien en ningún caso podemos juzgar a Marx como un pensador poscolonial, ha de considerarse que su teoría sobre el desarrollo social evolucionó hacia una perspectiva consciente de la coexistencia de multitud de factores para el análisis; incluyendo una noción de revolución que tenía presente la intersección o entreveramiento existente de la clase con la raza, los factores etnográficos y el nacionalismo. Las siguientes palabras de Anderson exponen claramente su perspectiva, sin querer otorgar a Marx más profundidad de la que muestran sus escritos y las limitaciones tanto individuales como propias de su periodo histórico. Así,

...[d]e una parte, Marx analizó como el poder del capital dominaba el mundo. Se introducía en cada sociedad y, por primera vez, creaba una sistema mundial universalizante de industria y comercio y con ello, una nueva clase universal de la clase obrera industrial, oprimida. Pero de otra parte, en el desarrollo de la esta teoría universalizante de la historia y la sociedad, Marx [...] se esforzó en evitar los universales formales y abstractos. Una y otra vez intentó resolver las diferentes maneras en las que los poderes universalizantes del capital y la clase se estaban manifestando en sociedades particulares o grupos sociales, ya fuera en las sociedades no occidentales que todavía no habían sido completamente penetradas por el capital, como Rusia e India, o en las interacciones específicas de la conciencia de clase con la etnicidad, la raza y el nacionalismo en los países más desarrollados industrialmente. (Anderson 2010: 244).

Las palabras citadas nos indican cómo la lectura de Marx jugó permanentemente con los puntos de vista de la totalidad del tipo de sociedad que se abría ante sus ojos y las diferentes particularidades y concreciones sociales que, paso a paso, comenzó a considerar como algo cada vez más relevante. Aun antes de llegar a las conclusiones de este trabajo,

puede afirmarse ya que este problema no ha sido resuelto: tal vez porque ni siquiera sea posible ni, especialmente, *deseable* hacerlo.

Volviendo a la exposición de las causas de la imposición de la lectura vulgar del marxismo, el otro motivo que hemos de tener presente es que el marxismo ha sido siempre más que una mera teoría filosófico-social, dadas las implicaciones políticas que tuvo desde muy pronto. Buena muestra de ello (Elbe 2008: 3-6) es el enfoque, ya expuesto, del materialismo dialéctico, que convirtió al marxismo en parte de una misión civilizatoria. Tal como dijimos, este análisis se convirtió muy pronto en un “departamento de Historia” de un sistema de cosmovisión social anclado en presupuestos socio-históricos erróneamente fundamentados. En un paso ulterior, incluso en algo más que eso, pues se entremezcló a la teoría marxista con las decisiones particulares y contingentes de la praxis estatal del día a día de la Unión Soviética, con todas las consecuencias que ello tiene. La mejor cristalización de estas puede leerse en un tema de discusión que fue frecuente durante los años 70 entre los estudiosos del marxismo: la cuestión del “modo de producción asiático” (Navarro Ruiz 2018c, Galcerán 2016: 132-148).

Este problema parte de las reflexiones tempranas de Marx sobre la India ya mencionadas, que gran cantidad de estudiosos consideran como parte de su concepción, más general, de la formación y desarrollo de las sociedades capitalistas. Tales trabajos, dedicados al estudio de la genealogía y desarrollo de *El Capital*, sostienen que Marx tenía una noción específica para el estudio de las sociedades asiáticas. Parecería que estas, por sus características propias —entre las que se incluyen las climatológicas— favorecerían de manera necesaria un sistema político despótico, así como la agrupación de los habitantes en pequeños núcleos de población relativamente aislados, en que se mantendrían ciertas formas comunales. Partiendo de estas consideraciones y por extensión, el concepto “modo de producción asiático” marxiano implicaría la asignación de un concepto específico a todas aquellas formas de sociedad en que había una serie de peculiaridades: propiedad común de la tierra, comunidades relativamente aisladas y cierto uso ocasional del trabajo esclavo.

A principios del siglo XX hubo una fuerte discusión en torno a este término, que culminó en la eliminación de la noción del debate teórico. Dicho acontecimiento alimentó la confusión hasta que, pasado el tiempo, se pudo recuperar la pregunta por las peculiaridades de la producción en Asia gracias al descubrimiento, muy posterior, de los *Grundrisse*. Veamos qué ocurrió más concretamente. Todo tuvo lugar en el marco de un Congreso

celebrado en 1931 en Leningrado. Allí, ciertos críticos del concepto “modo de producción asiático” asumían que este tenía una fuerte presencia en los escritos tempranos de Marx, pero, dado este no aparecía en los últimos de los que se disponía, creían que se debía rechazar el concepto en su totalidad, sintiéndose autorizados por el propio corpus. Esta aproximación fue tomada en cuenta por otros ponentes, que comenzaron a plantearse en qué términos habría entonces que calificar a las sociedades orientales (oscilando entre los que las consideraban “feudales” y los convencidos de que era mejor considerarlas “esclavistas”). Finalmente, la eliminación del concepto “modo de producción asiático”, que era defendida por Stalin, se impuso tras algunas discusiones, algo que tuvo como consecuencia que mermara considerablemente la capacidad analítica retrospectiva del marxismo¹⁹⁸.

Por supuesto, si tenemos noticia de una disputa teórica tan específica, únicamente puede ser porque tenía consecuencias políticas de cierta magnitud (Galcerán 2016: 140 ss.). No nos equivocamos: este era un debate que también se estaba teniendo en la *Komitern*, donde también se replicaban dos posturas, a favor y en contra del término. Como ya hemos dicho, Stalin rechazaba el concepto, mientras que, por otro lado, gente como Trotsky y Varga defendían bien esta noción, bien alguna versión del mismo. La decisión que se tomara era importante, dado que esta tendría efectos directos sobre la estrategia que habría de seguir la Internacional Comunista en China, que en aquel momento se encontraba en plena efervescencia revolucionaria. Además, las desavenencias políticas que existían con anterioridad entre Stalin y sus críticos hizo las posiciones tendieran a homogeneizarse en dos bandos enfrentados (pro Trotsky/pro Stalin), simplificando enormemente la diversidad de las posturas y asimilando erróneamente la opinión sobre un aspecto concreto de la estrategia política con el parecer acerca de la dirección general de la *Komitern*. En definitiva, nada que no siga ocurriendo hoy a uno y otro lado del espectro político.

Este rodeo, más de carácter histórico que teórico, resulta útil para poner de manifiesto el contexto a tener presente al abordar la lectura de los textos de Marx relacionados con la historia, así como al realizar un balance de las diversas influencias de las presuposiciones que

¹⁹⁸En orden a analizar las graves consecuencias que tuvieron la toma de postura del dirigente soviético, no hay más que constatar cuál fue el destino del término “modo de producción asiático” en aquellos años: “...en el texto de éste último [Stalin, CNR] *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*, que se usaba como material escolar en las escuelas de los partidos comunistas, se suprimió toda mención del mismo. Se afirmaba: “La historia conoce cinco tipos fundamentales de relaciones de producción: el comunismo primitivo, la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo y el socialismo” [*Obras de Stalin*, Tomo I, p. 280, en Galcerán 2016: 140] No solo esos van a ser los únicos cinco tipos reconocidos de sistemas productivos, sino que además deberán seguirse en este mismo orden, lo que impone una absoluta camisa de fuerza a la hora de encajar en él la evolución de las diversas sociedades”. (Galcerán 2016: 140).

podamos arrastrar inadvertidamente. En la siguiente sección, que vamos a dedicar a la teoría poscolonial, tendremos la oportunidad de analizar una de las teorías que con mayor firmeza se ha enfrentado a la noción vulgar marxista de la historia, haciendo posible una lectura crítica que ya no esté esclerotizada en asuntos del pasado.

Puesto que esta teoría tiene una amplitud cuya riqueza hace de su conocimiento completo la tarea de una vida, nuestra exposición se restringe a un pequeño número de autores, fundamentalmente latinoamericanos, con especial atención a la teoría de Aníbal Quijano. Empero, más adelante, y para mostrar también algunos aspectos problemáticos, nos adentraremos en la corriente de los Estudios de la Subalternidad. Esta línea, como veremos, nos remite a latitudes con las que los hispanohablantes no compartimos lengua, aunque sí muchos de los problemas que afectan a los que están desposeídos de los medios de producción.

7. 2. Colonialidad del poder o la íntima relación entre beneficio, violencia y raza

Bien, aunque el origen de la crítica poscolonial (Polo Blanco 2018: 213, Polo Blanco 2016: 9) pueda ser cifrado académicamente en el texto de Edward Said *Orientalism* de 1978, hemos de reconocer que las primeras aportaciones que pusieron sobre la mesa la ínsita relación de la raza con los mecanismos del poder capitalista en sus múltiples dimensiones fueron los escritos de Aimé Césaire y Frantz Fanon¹⁹⁹. Estos escritos, desde un punto de vista más centrado en aspectos subjetivos que institucionales, mostraron a comienzos del siglo XX algunas de las manifestaciones sociales del colonialismo. Solo de manera algo más tardía vendría la recepción teórica y universitaria de las reflexiones allí contenidas.

A nuestro juicio, una de las aportaciones más interesantes en este sentido ha sido la expuesta por algunos teóricos latinoamericanos que, en la estela de Dussel, han conformado un foco de reflexión consciente de las implicaciones sistémicas que tiene la noción de raza y su radical importancia para el análisis del fenómeno capitalista. Esta línea tiene la virtud de

¹⁹⁹Nos referimos a los célebres textos como *Discurso sobre la negritud* (Césaire 2006) o *Piel Negra, Máscaras Blancas* (Fanon 2009). Esta ha sido una línea de reflexión fuertemente fecunda, que posibilitó el desarrollo de análisis enmarcados en lo que podríamos denominar como estudios de análisis socio-cultural, como el de Gilroy en *The Black Atlantic* (Gilroy 1993) o planteamientos más en nombre propio de carácter literario (Anzaldúa 1987) o activista (Lorde 2007), así como más cercanos a la crítica filosófica (como el ya nombrado texto Hill Collins [2012] o los textos de bell hooks). La clasificación que acabamos de realizar no tiene pretensión alguna de resultar definitiva, por supuesto. Todos los textos nombrados se caracterizan por un carácter híbrido que hace difícil su clasificación en los compartimentos estanco que suele utilizar la reflexión académica. Son imprescindibles, asimismo, para la consideración de la interseccionalidad que vimos en una sección anterior. Hemos tratado las peculiaridades de algunas de estas obras en Navarro Ruiz 2019e.

recoger críticamente las aportaciones realizadas anteriormente tanto por teóricos marxistas, como por los teóricos de la teoría de la dependencia. En ambos casos se contribuyó, de manera previa al surgimiento de la teoría poscolonial, a manifestar ciertos aspectos problemáticos existentes en la teoría crítica y social. Especifiquemos brevemente de qué manera.

En el primero de los casos, ha de destacarse la labor de marxistas divergentes respecto a la línea oficial de interpretación, que se agruparon en ciertas corrientes de reflexión, como por ejemplo, la llamada “Historia desde abajo”. Aunque en ningún caso estamos pretendiendo defender que sea posible una reconstrucción teórica de la genealogía de la perspectiva poscolonial apelando a una progresión por etapas —siendo la primera la “historia desde abajo” y la segunda, como consecuencia, la línea poscolonial, pues las líneas de reflexión son notablemente diferentes—, es cierto que este criticismo hubo de ser útil. El cuestionamiento de la lectura única pudo favorecer un clima en que ciertos discursos tenían más posibilidades de ser escuchados y reconocidos. Además, esta forma de reflexión histórica, la “historia desde abajo”, no es una simple postura académica. Signo de ello es que una de sus mejores expresiones se encuentra en un texto poético, “Preguntas de un obrero que lee” de Bertolt Brecht²⁰⁰.

Al examinar sus fundamentos, comprobamos que el enfoque de la “historia desde abajo” implica un enriquecimiento del enfoque histórico a través de la introducción de los problemas de la “gente corriente” en los estudios históricos, que hasta entonces se habían centrado en el estudio de las grandes figuras y/o las estructuras suprapersonales (Sharpe 1993: 50 ss.). El convencimiento (Port 2015: 109 ss.) de la utilidad de sus análisis se ve reforzado por la crítica a la lectura marxista vulgar. Así, de manera coherente con ambas peculiaridades, la crítica de estos autores se centra en los problemas de la relación entre

200El poema de 1935 pertenece a la poesía que el autor escribió durante su exilio en Svenborg (Dinamarca), está disponible en múltiples páginas online, tanto en castellano como en su lengua original. Reza como sigue: “¿Quién construyó Tebas, la de las siete Puertas?/ En los libros aparecen los nombres de los reyes./ ¿Arrastraron los reyes los bloques de piedra?/ Y Babilonia, destruida tantas veces, ¿quién la volvió siempre a construir?/ ¿En qué casas de la dorada Lima vivían los constructores?/ ¿A dónde fueron los albañiles la noche en que fue terminada la Muralla China?/ La gran Roma está llena de arcos de triunfo./ ¿Quién los erigió?/ ¿Sobre quiénes triunfaron los Césares?/ ¿Es que Bizancio, la tan cantada, solo tenía palacios para sus habitantes?/ Hasta en la legendaria Atlántida, la noche en que el mar se la tragaba, los que se hundían, gritaban llamando a sus esclavos./ El joven Alejandro conquistó la India./ ¿Él solo?/ César derrotó a los galos./ ¿No llevaba siquiera cocinero?/ Felipe de España lloró cuando su flota Fue hundida./ ¿No lloró nadie más?/ Federico II venció en la Guerra de los Siete Años./ ¿Quién venció además de él? Cada página una victoria./ ¿Quién cocinó el banquete de la victoria?/ Cada diez años un gran hombre./ ¿Quién pagó los gastos?/ Tantas historias./ Tantas preguntas.”. Aprovechamos la nota a pie referida a este tema para agradecer a Anxo Garrido su contribución al desarrollo de la argumentación referente a la corriente de la “Historia desde abajo”, sin cuyos consejos y referencias bibliográficas no habría sido posible.

capacidad de agencia-estructura en el marco de los discursos que asumen el determinismo de la dicotomía estructura/superestructura. Dos de los historiadores más importantes del pasado siglo, E. Hobsbawm (1998: 204 ss.) y E. P. Thompson (2002: 554 ss.) se han referido a esta corriente de reflexión histórica, en la que han puesto de manifiesto su relación con el desarrollo del movimiento obrero y alertado de algunas de sus posibles problemas metodológicos, provenientes de la posible falta de acceso a recursos de investigación fiables.

Por lo que respecta a la segunda de las influencias nombradas, ha de decirse que las aportaciones de los teóricos de la dependencia —cuyo origen podría remitirse a la teoría del desarrollo capitalista basado en la colonización de Rosa Luxemburgo— son muy importantes. Desde algo antes que los marxistas críticos, ya habían puesto negro sobre blanco algunas de las manifestaciones estructurales del periodo colonial en el análisis estatal, que, incluso con ciertos inconvenientes, tuvo sin duda efectos beneficiosos. Los comienzos de esta aproximación (Polo Blanco 2016: 9) se localizan en los estudios del economista Raúl Prebisch, que en 1950 empezó a desarrollar un modelo teórico basado en la distinción Centro-Periferia. Este modelo quería abordar las asimetrías de la división social del trabajo mundial y señalar los factores que ponen a los países latinoamericanos en una posición de dependencia respecto de las potencias centrales. Los primeros, careciendo de un desarrollo tecnológico propio, estaban condenados a cumplir el papel de países exportadores de materias primas, circunstancia que ya comentamos con Acosta (2013) refiriéndonos a la diferencia entre países extractivistas y productores de mercancías elaboradas.

Es importante advertir que, la tesis Centro-Periferia, a pesar de su utilidad, ha de ser salvaguardada de la tentación de ser mezclada con los tropos discursivos del “desarrollo” y subdesarrollo”. Estos pueden llevar a un esquema lineal y evolutivo, que quisiera leer la posición de dichos países como síntoma de una posición “atrasada” en algún sentido o, como ha hecho ver Mohanty (2008, Navarro Ruiz 2019e) en relación a algunos discursos feministas, puede conducir a que los sujetos de un supuesto *Primer Mundo* conviertan a las mujeres de un *Tercer(o)* en un sujeto homogéneo e infantil, incapaz de resistir a sus propias condiciones de opresión.

Explicados algunos de los factores genéticos de la línea de estudios poscoloniales y decoloniales, puede afirmarse de manera general (Navarro Ruiz 2018c), que su característica común es ser producto del análisis y reflexión acerca de la “diferencia colonial”. Esta, en palabras de Walsh, es aquella diferencia originada como “consecuencia de la presente y

pasada subalternización de pueblos, lenguajes y conocimientos” (Castro Gómez y Grosfoguel 2007, en Galcerán 2016: 22). Esta subordinación coadyuva a construir un determinado discurso e imagen de los nativos “originarios”²⁰¹, irremediablemente atrapados en estructuras institucionalizadas de dependencia, que se contraponen al modelo pretendidamente universal de las poblaciones europeas. Sobre la base de esta premisa, esta corriente teórica confecciona un pensamiento que gira en torno a la cuestión crítica de la “raza” y la problematización de la supuesta inferioridad de los sistemas culturales, epistemológicos y simbólicos de los pueblos colonizados por los Europeos a lo largo de la Modernidad. Destaca que este enfoque se ha realizado desde múltiples enclaves geográficos y realidades culturales (Latinoamérica, África, Asia), adquiriendo un carácter propio en cada uno de estos lugares.

Aníbal Quijano (2000, 2014a, 2014b), plenamente consciente de que el sistema capitalista que analiza es incomprensible sin tener en cuenta los diferentes ejes de opresión que se intersectan en su materialización, afirma que vivimos en un patrón de poder de carácter global, algo que supone una auténtica novedad histórica. En la actualidad, todos y “cada uno de los ámbitos de la existencia social tiene articuladas todas las formas históricamente conocidas de control de las relaciones sociales correspondientes” (Quijano 2000: 214), organizadas sistemáticamente en una totalidad que cabe tildar de dialéctica. El mundo, de este modo, se encuentra gobernado por las instituciones correspondientes a este patrón, centrados en tres ámbitos de actuación: el trabajo, que se está estructurado hoy en día por la empresa capitalista, la autoridad, que se da bajo la forma del Estado-nación, y la intersubjetividad o formación de la subjetividad, conformada por el eurocentrismo. Por descontado, las instituciones mencionadas se encuentran relacionadas y tienen un carácter específicamente histórico que puede iluminarse a través de la *colonialidad* del poder, el eurocentrismo y el capitalismo como el sistema económico. Si bien los dos últimos términos son conocidos, la noción “colonialidad del poder” es propia del autor y por tanto, es conveniente que nos detengamos a comprender qué significa.

La colonialidad del poder es un término cuyo origen se cifra en la necesidad teórica de manifestar la novedad que supuso tanto el “descubrimiento” como la “conquista” —ambos términos se encuentran entrecomillados para indicar un uso irónico— de América Latina en relación con el ejercicio del poder (2014b). La gran novedad de esta nueva forma consiste en la

²⁰¹Evidentemente, no cabe apelar a una “originalidad” esencial de ningún pueblo *sensu stricto* (Polo Blanco 2016, 2018). Tal afirmación conlleva la afirmación de un esencialismo inaceptable.

...codificación de las diferencias entre conquistadores y conquistados en la idea de raza, es decir, una supuesta diferente estructura biológica que ubicaba a los unos en situación natural de inferioridad [...] términos como *español* y *portugués*, más tarde *europeo*, que hasta entonces indicaban solamente procedencia geográfica [...] cobraron también [...] una connotación racial [...]. [E]so significó una nueva manera de legitimar las ya antiguas ideas y prácticas de relaciones de superioridad/inferioridad entre dominados y dominantes. [...] ...raza se convirtió [...] en el modo básico de clasificación social universal de la población mundial. (Quijano, 2014b: 202-203).

Por tanto, con la “colonialidad del poder” nos encontramos ante una nueva fundamentación de las relaciones de poder basada en la noción de “raza”. No pensemos que tal *novum* estuvo exento de consecuencias concretas para la vida diaria. La primera que aparece en nuestra mente es, probablemente, el fenómeno de la esclavitud, que (Nimako 2015: 189) era una institución legal respaldada y apoyada por los estados y gobiernos que en ningún caso puede ser reducida a la explotación laboral, —tal como se ha hecho en muchas narraciones posteriores—. No ha de obliterarse, en este sentido, que ninguna persona a la que se forzaba a ser esclavizada se inmiscuía en tales relaciones de manera voluntaria, o sea, que esta institución estaba basada en el secuestro sistemático y planificado. Pero las consecuencias de este nuevo patrón de poder iban más allá de esto. Para ejemplificarlo, resulta de ayuda atender a las palabras de Moore y Patel (2017) en un texto que ya se ha utilizado aquí. A pesar de su longitud, expresa con claridad qué enorme impacto debió causar esta metamorfosis del poder. En las siguientes líneas, los autores se refieren al sistema de castas implementado en el “Nuevo Mundo”:

En Nueva España, el sistema de castas emergió como una manera de controlar a los ciudadanos, los impuestos y los requerimientos del trabajo, así como la proximidad a Dios. Clasificaba a la gente de acuerdo a su sangre, haciendo que emergieran categorías como respuesta a un problema de matemáticas de combinaciones. A partir de los esclavos africanos originarios, los indígenas y los españoles, surgieron categorías como “españoles” (españoles de nacimiento), “peninsulares” (españoles y otros europeos nacidos en Europa), “criollos” (españoles y otros europeos nacidos en las Américas), “indios” (nativos americanos), “mestizos” (gente de ascendencia nativa americana y europea desconocida), “castizos” (gente con ascendencia europea al 75 por ciento y al 25 por ciento indígena), “cholos” (gente con ascendencia nativa americana y algo de mestizo), “pardos” (gente de ascendencia europea, africana y nativa americana), “mulatos” (gente de ascendencia africana y europea), “zambos”

(gente de ascendencia nativa americana y africana) y “negros” (africanos). De hecho, las complejidades de género, sexo e historia exigían su propio vocabulario y aritmética: 1: español+negra= *mulato*, 2: mulato + española = *testerón* o *tercerón* 3: testerón + española = *quarterón*; 4: quarterón + española = *quinterón*; 5: quinterón + española = *blanco o español común*; 6: negro + mulata = *sambo*; 7: sambo + mulata = *sambohigo*; 8: sambohigo + mulata = *tente en el aire*; 9: tente en el aire + mulata = *salta atrás*; 10: español + india = *mestizo real*; 11: mestizo + india = *cholo*; 12. cholo + india = *tente en el aire*; 13. tente en el aire + india = *salta atrás*; 14: india + negra = *chino*; 15: chino + negra = *rechino o criollo*; 16: criollo + negra = *torna atrás*. Esta es una potente mezcla de gramática, genética, matemáticas y teleología [...]. Una vez que se asignaban, estas categorías eran impuestas. Lo que quiere decir que los cuerpos de las mujeres, los trabajadores, los impuestos, la religión y los derechos de propiedad eran controlados de manera simultánea. El estado colonial produjo nuevas categorías, nuevas naturalezas para satisfacer las necesidades de los trabajadores, primero de la especie argéntea y luego de la producción agrícola destinada para la venta y el beneficio en Europa. *Cada una de estas categorías gubernamentales venía con obligaciones específicas, privilegios y papeleos, incluyendo certificados de pureza de sangre y tramos de impuestos*. Algunas vidas eran entonces, de manera literal, más baratas que otras. (Moore y Patel 2017: 291-293, subrayado nuestro).

Del mismo modo como existían diferentes obligaciones institucionales y económicas según la casta a la que se pertenecía, como nos han mostrado las palabras citadas, tampoco todos los sujetos susceptibles de ser esclavizados cumplían las características de lo que, al menos bajo el Imperio Hispano, se consideraba óptimo en términos de un sujeto esclavo. Este se denominaba como “pieza de India” y era varón, de treinta a treinta y cinco años de edad y de una altura entre 150 y 180 cms (Moore 2015: 212-213, en otros aspectos, también Nimako 2015: 183 184). El hecho de que la “pieza de India”, de hecho, se convirtiera en una medida de tasación muy utilizada en el mercado de esclavos del siglo XVII y que fuera utilizada para la fuerza de trabajo y no para los individuos da cuenta de hasta qué punto se había cosificado a estas personas²⁰².

A la vista de la concreción de las consecuencias que la introducción del eje de raza tuvo en el Nuevo Mundo, y de manera algo posterior, en el mercado de esclavos, no cabe

²⁰² Siguiendo el hilo rojo de esta argumentación y, a tenor de lo que se ha comentado anteriormente respecto a Jason W. Moore y la concepción de la naturaleza implementada por la Modernidad, podemos cerrar el círculo de la racionalidad moderna con un argumento de Dussel, que ha explicado que, tras el *ego cogito* cartesiano, ha de admitirse que se esconde el *ego conquiro* colonial. Efectivamente, la concepción y surgimiento de la noción de sujeto moderno no puede ser despegado del proceso histórico en que se encontraba materializado. (V. Dussel 2008).

ninguna duda de que “raza” es un concepto crucial para comprender el desarrollo de la sociedad capitalista. Además, se deduce con facilidad que esta, según el esquema de la colonialidad del poder, es un *modo de clasificación social y cultural* (Quijano 2014b: 67), que opera en todos los ámbitos de la existencia, tanto los materiales, como los subjetivos. Expliquemos algunas características más de este abordaje teórico.

La estructura formal de la colonialidad del poder ha sido explicada por Ramón Grosfoguel, en consonancia con Quijano. El profesor de Berkeley indica cómo la matriz del poder capitalista ha de entenderse como una trama de jerarquías múltiples, heterogéneas, que tienen un carácter global y que están compuestas por diversas formas de dominación y explotación —incluyendo el sexual, el político, el epistémico, el económico, etc.—. De manera adicional, en un movimiento teórico que vincula las nociones del pensamiento poscolonial con la teoría de la dependencia, este autor explica asimismo que esta trama articula las diversas formas de trabajo que tienen lugar en el proceso de acumulación capitalista a escala mundial. Así, “el trabajo coercitivo (o trabajo barato) es realizado por las poblaciones no Europeas de la periferia y el “trabajo libre asalariado” en el centro” (Grosfoguel 2008)²⁰³.

La nueva configuración cultural que supuso la imposición de esta nueva forma de poder no es algo que se ligue únicamente a las costumbres y modos de vivir de colonizados y colonizadores. Va un paso más allá, pues Europa subsumió bajo su dominio el control de las formas de subjetividad, la cultura, el conocimiento y sus centros de producción. En muchos casos, se expropió a las poblaciones no occidentales de los descubrimientos culturales que podían resultar útiles a sus fines y, asimismo, se forzó a los colonizados a asumir la cultura invasora en términos religiosos y tecnológicos²⁰⁴. La fuerte represión de toda forma de

203 Las características formales de esta teoría no nos son ajenas, pues se trata de una concepción que es fácilmente vinculable con la teoría de Santos acerca de la pluralidad de los espacios sociales. La heterogeneidad e interrelaciones son peculiaridades comunes a ambos discursos, algo que nos remite igualmente a la noción de interseccionalidad.

204 Esto tuvo enormes consecuencias en el orden del saber. Respecto a ellas, Boaventura de Sousa Santos ha desarrollado tanto una crítica al orden de saber moderno, como una propuesta de transformación para el orden epistemológico. Su crítica general parte de la vinculación existente en el binomio saber-poder. Según este autor (2014) la Modernidad instituye un pensamiento abismal que, basado en la separación entre Sociedad Civil y Estado de Naturaleza, incluye a Occidente en el radio de acción del primer concepto, mientras que en el se encontraría el resto de territorios. En virtud de esta diferente concepción, Occidente se gobierna basándose en la estructura doble de la regulación/emancipación —cuyas especificidades hemos explicado anteriormente— mientras que el resto de regiones se constituyen como territorios cuyas poblaciones pueden ser apropiadas y/o explotadas, regidas, pues, por el principio de la exclusión/eliminación, en una argumentación que recuerda mucho a lo expuesto en Moore. Revertir esta situación es una tarea común de la práctica y la teoría, de la política y el saber. En lo que concierne a este quehacer, Santos ha desarrollado una teoría, la *sociología de las ausencias y las emergencias* (2006: 67 ss.)

producción de conocimiento y sentido que podían tener los pueblos afectados por la colonización servía, sin duda alguna, a la búsqueda de una mayor docilidad de los subyugados. Aquí hubo diferencias entre países, pues se dio de manera extrema en África y Abya Yala, si bien no tanto en Asia. Las dos primeras regiones fueron *asimiladas culturalmente*.

Esta última expresión, la asimilación cultural, es el elemento que nos permite definir de manera concreta el fenómeno del *eurocentrismo*, que Quijano (2000: 221-222) define como una articulación compleja de tres elementos: dos de carácter epistemológico —el dualismo y el evolucionismo de carácter lineal— y otro de carácter ontológico —la naturalización de las diferencias por medio de la codificación del elemento “raza”—. A esto se añade, además, una reubicación temporal errónea de las diferencias, en la que lo no-europeo se concibe como algo “pasado”, es decir, asumiendo que formaría parte de una historia de progreso respecto de la cual los pueblos colonizados se encontrarían en una etapa “anterior de desarrollo” respecto de los europeos, de igual modo a como vimos al hablar de la teoría de la dependencia.

Por último, hemos de mencionar las modificaciones que sufrieron las nociones de género imperantes en los diversos países colonizados, asunto para el que tenemos que ir más allá de la teoría de Quijano. Rita Segato (2010), que ya ha sido mencionada, realiza en una intervención algo antigua algunos apuntes de mucho interés para comprender la transformación que supuso para las comunidades colonizadas el proceso de colonización, que conviene que detallemos. Su teoría parte de la afirmación de que, en el mundo andino, las relaciones de género, si bien jerárquicas, eran de carácter dual —peculiaridad en sintonía con

que, ligando el principio dinamizador del interés por la transformación política, la inclusión de una axiología del cuidado y la atención a los fenómenos del presente, haga posible que el saber se acerque de otro modo a la realidad. Por otro lado es importante, asimismo, que no olvidemos que la epistemología feminista mencionada en secciones anteriores es susceptible de una crítica en términos decoloniales y poscoloniales, pues, tal como se dice de manera coloquial, *lo feminista* no ha porqué *quitar lo racista*. De este modo, en términos más serios y específicos, el objetivo de la epistemología feminista decolonial es mostrar los sesgos de clase y “raza” que tienen gran parte de los discursos clásicos de la epistemología feminista, en tanto sigan fundamentando sus teorías en el género como categoría fundamental para explicar la subordinación de las mujeres (Espinosa 2014: 9). Aunque hay a quien esta estrategia, a primera vista, podría parecerle legítima, la epistemología feminista decolonial subraya con razón que convertir al resto de ejes de opresión (raza, clase, etc.) en subsidiarios respecto a otro hegemónico (género) tiene grave consecuencias: “el tratamiento de raza y clase como diferencias menores entre las mujeres, o sea entre un grupo específico, tiende a naturalizar estas categorías como si ellas no fueran producidas por sistemas estructurales de dominación que han terminado definiendo y organizando el mundo y la vida social dentro de la cual están las mujeres”. (Espinosa 2014: 12). Tal como sigue contando esta autora, la crítica ha de dirigirse, por tanto, no a la subsunción de la diferencia en el orden existente, sino a una crítica radical de la episteme moderna, que muestre con claridad su asentamiento en los fundamentos del racismo y el colonialismo.

la cosmovisión del *Sumak Kawsakay* que se explicó en la sección precedente— y no binaria, como sí lo eran en Occidente. La diferencia entre ambas concepciones (Segato 2010: 20) tiene que ver con la relación existente entre los términos. Mientras que la dualidad implica la plenitud ontológica de los dos términos, que, en su relación, se *complementan*, el binarismo implica una relación de *suplementación*, lo que indica que uno de los dos términos ha devenido *universal*, arrogándose la representatividad general²⁰⁵.

Así, el género existía en las sociedades andinas, si bien de modo diferente que en la sociedad occidental moderna. Los datos documentales (Segato 2010: 14) corroboran que había, como hemos indicado, ciertas estructuras de diferenciación, jerarquías de prestigio entre la masculinidad y la feminidad; también, cierta concepción de la masculinidad como *status* que ha de alcanzarse mediante pruebas. No obstante, resultaban más habituales asimismo ciertas transiciones y cambio de posiciones que en el mundo de Occidente estarían completamente prohibidos²⁰⁶ —prácticas transgénero, o casamientos entre personas del mismo sexo—. Tal como se supondrá, las transformaciones impuestas por la entrada de la modernidad colonial en las concepciones de género de las sociedades andinas fueron de gran magnitud. Modificaron en profundidad la estructura de las relaciones anteriores y las reorganizó, lo que hizo que, aquello aparentemente seguía igual (las relaciones de género previas a la proceso de colonización), en realidad había cambiado de sentido.

La dirección de esa transformación no fue, desde luego, la emancipación. Como comenta Rita Segato, la mezcla de ambos lenguajes hizo que “un idioma que era jerárquico, en contacto con el discurso igualitario de la modernidad, se transform[ara] en un orden superjerárquico” (Segato 2010: 15), a raíz de diferentes motivos. Entre ellos, se encuentra la imposición del espacio público como único ámbito posible de interacción política y la subsiguiente cooptación de los hombres colonizados para el ejercicio de dicha

205De este modo, “[d]e acuerdo con el patrón colonial moderno y binario, cualquier elemento, para alcanzar plenitud ontológica, plenitud de ser, deberá ser ecualizado, es decir, conmensurabilizado a partir de una grilla de referencia o equivalente universal. Esto produce el efecto de que cualquier manifestación de la otredad constituirá un problema, y solo dejará de hacerlo cuando tamizado por la grilla ecualizadora, neutralizadora de particularidades, de idiosincrasias. *El otro-indio, el otro-no-blanco, la mujer, a menos que depurados de su diferencia o exhibiendo una diferencia conmensurabilizada en términos de identidad reconocible dentro del patrón global, no se adaptan con precisión a este ambiente neutro, aséptico, del equivalente universal*, es decir, de lo que puede ser generalizado y atribuido de valor e interés universal. Solo adquieren politicidad y son dotados de capacidad política, en el mundo de la modernidad, los sujetos —individuales y colectivos— y cuestiones que puedan, de alguna forma, procesarse, reconvertirse, transportarse y reformular sus problemas de forma en que puedan ser enunciados en términos universales, en el espacio “neutro” del sujeto republicano, donde supuestamente habla el sujeto ciudadano universal.” (Segato 2010: 20, subrayado nuestro).

206Rita Segato menciona aquí a pueblos indígenas como los Warao de Venezuela, los Cuna de Panamá, los Guayaquíes de Paraguay o los Javaés de Brasil (Segato 2010: 14).

responsabilidad de interacción con el Estado colonizador. Este axioma de la política occidental, por su parte, provocó el declive y privatización de la importancia de la esfera doméstica, puesto que la expurgó de todo elemento político, condenando a las mujeres a un confinamiento de carácter obligatorio.

Ambos elementos condujeron, según esta autora, a una mayor exposición de las mujeres al ejercicio de la violencia. En primer lugar, porque la imposición colonial favorece, sí, un aumento de la importancia del papel del hombre dentro de las estructuras de los pueblos indígenas; pero *al mismo tiempo* provoca una mayor conciencia de la inestabilidad de su posición de poder, en tanto están sujetos al dominio del colonizador (Segato 2010: 18). De igual modo, la privatización de la esfera doméstica y su consiguiente despolitización, privó a las mujeres de su capacidad de participación en las decisiones de la colectividad, o sea, de su voz como sujetos políticos. Este hecho impedía, a su vez, la creación de alianzas políticas entre las mujeres, haciéndose así más vulnerables a la violencia masculina²⁰⁷.

Tras este pequeño recorrido, aunque en ningún caso hemos agotado la teoría de Quijano ni la de los pensadores expuestos a propósito de nuestro razonamiento, creemos que es suficiente para entender algunas de las modificaciones en la concepción de la historia proveniente del marxismo vulgar que produce la teoría poscolonial. Como bien nos explica Grosfoguel (2014: 382 ss.), la perspectiva poscolonial implica dos rupturas respecto a la lectura de la historia del marxismo tradicional.

En primer lugar, se rompe definitivamente el paradigma marxista de la infraestructura y superestructura, que, ya se ha visto, se reemplaza por una estructura heterogénea o “heterarquía”, es decir, una articulación de diversas jerarquías. En segundo lugar, se supera la vetusta división existente entre “cultura” y “economía política”. No podemos mostrar a la colonialidad como algo equivalente al colonialismo, sino como la otra cara de la medalla de la Modernidad, imprescindible sin ella. Sencillamente, el patrón del poder en que estamos situados, que puede ser descrito como “sistema capitalista” únicamente por economía de lenguaje, no se reduce a lo económico: es un auténtico sistema civilizatorio (Grosfoguel 2014: 383-384) que posee formas específicas de pensamiento y acción, un “proyecto de muerte” según los indígenas de las Américas, porque conlleva la muerte de toda forma de vida. La última afirmación nos remite a la crítica de la *Wertabspaltungskritik*, que se expresa

²⁰⁷Tal y como hemos explicado la concepción de Segato, pareciera que la concepción de género andina fuera idílica y no causara ningún tipo de malestar. Silvia Andina (2014), en un texto dedicado a la relación entre feminismos y *Sumak Kawsay*, dedica algo de espacio a explicar algunas de las fricciones.

en términos idénticos. Ahora bien, la línea kurzeana, que no presta tanta atención a los fenómenos históricos como los estudios poscoloniales, se mantuvo en un plano abstracto que otorgó a su teoría un cariz determinista, sensación que no tenemos con autores como Quijano o Grosfoguel. Por tanto, quizás sea aquí donde tengamos que buscar los motivos de tales sensaciones.

Nuestra consideración de los estudios poscoloniales y decoloniales, muy restringida, no ha incidido hasta ahora en ninguno de sus posibles aspectos problemáticos, si bien los tiene. Para subsanar este defecto argumentativo, vamos a dedicar la siguiente sección a tratar este asunto. Aquí, nuestro objeto de estudio va a virar desde la consideración de los estudios latinoamericanos poscoloniales a los *Estudios de la Subalternidad*, configurados a partir del estudio de la India. Comprobaremos que no toda crítica, por bienintencionada que sea, apunta siempre de manera certera a la consecución de sus objetivos.

7.3. Peligros de la exotización de la diferencia. Vivek Chibber y los *Estudios de la Subalternidad*

Las modificaciones que la lectura latinoamericana poscolonial ha introducido en el concepto de historia del marxismo vulgar han permitido, como hemos defendido, avances que hacen posible realizar un análisis crítico mucho más riguroso. No obstante, no todas las propuestas teóricas que provienen de la raíz común de los estudios poscoloniales han tenido el mismo éxito y, adolecen, por desgracia, de algunos defectos argumentativos. Es el caso de los *Estudios de la Subalternidad*, cuya crítica ha realizado Chibber en el célebre texto *Postcolonial Theory and the Specter of Capitalism* (Chibber 2013).

Los *Estudios de la Subalternidad* son una rama específica de los estudios poscoloniales surgida en Inglaterra a finales de los años 70 (Cabrera: 339). Estos, centrados en la historia y estudio de India, se difundieron principalmente a través de la revista *Subaltern Studies: Writings on South Asian History and Society*. Entre sus representantes principales ha de nombrarse a Ranajit Guha y Dipesh Chakrabarty. Este último ha continuado la tradición teórica de la publicación originaria gracias a su actual docencia e investigación en EE. UU. Antes de introducirnos en materia, conviene tener muy presente dos características fundamentales de esta rama de estudios: de entrada, un rechazo de las teorías occidentales de la historia, a las que rehúsan por obliterar aspectos culturales y étnicos en sus análisis, así como una impugnación, igualmente, de las explicaciones basadas en los motivos materiales

y/o económicos.

Contextualizada mínimamente esta línea de estudios, lo más sensato es abordar una de las aportaciones que más caracteriza el tono teórico de esta corriente, aunque no se trate, ni mucho menos, de la más antigua. Nos referimos al argumento de Dipesh Chakrabarty en su libro *Provincializing Europe* (Chakrabarty 2000). En este libro, el autor ha abogado por la necesidad de analizar el capitalismo en un esquema que distingue dos tipos de historia (Chakrabarty 2000: 47-51, Galcerán 2016: 107-109). La primera de ellas es la *historia 1*, que podríamos denominar “la del capital”. Esta sería, por decirlo de algún modo, la cristalización del proceso de reproducción cíclico del sistema capitalista, la historia de los “grandes nombres”, propietarios y magnates que —por decirlo en términos pedestres— juegan al Monopoly con el mapa del mundo. Por otra parte encontraríamos, opuesta a la historia 1, la *historia 2*, que es la historia de aquellas sociedades en que se vertebra el sistema capitalista. Resulta relevante que con esta distinción no se busca únicamente subrayar la existencia una dicotomía entre ambas historias, que contrapondría un elemento “neutro” o “universal” —el de la historia del capital— a otro “particular” —las diferentes historias de cada sociedad concreta—. Intenta manifestar, asimismo, que el sistema capitalista no está exento de sus propias particularidades culturales, noción coherente con las teorías de Quijano y Grosfoguel. Teniendo en cuenta la teoría de Chakrabarty, parece fácil asumir que la “historia 1” es en realidad la historia europea. No obstante, Galcerán nos advierte que

...si bien la “historia 1” no se corresponde con la historia europea desde la perspectiva intraeuropea, pues los poderes capitalistas están desigualmente repartidos en la región y compiten entre sí, y además el ejercicio de su poder está enfrentado a resistencias locales y de clase, en cuanto a su poder colonial, o sea visto desde las colonias, la “historia 1” o “historia del capital” se corresponde con el proceso de expansión de la economía europea, de la constitución del sistema-mundo centrado en las potencias imperiales europeas y sustentado en la cultura universalista de matriz europea (Galcerán 2016: 108).

En virtud de lo que hemos ido explicando, parece claro que, a pesar de que no podamos confundir la “historia 1” con la historia de Europa de manera inmediata, sí que cabe asignarle al viejo continente un papel crucial en el proceso de expansión económica capitalista, y por tanto, que —en consonancia con algunos discursos provenientes de la Economía Feminista— hay que conceder que las posiciones más privilegiadas en nuestro

patrón de poder están ocupadas por sujetos concretos, que ya pudimos encarnar gracias a la economía feminista (Pérez Orozco 2014: 25) en la figura del BBVAh.

Sin embargo, comprender la diversidad de las jerarquías que conforman nuestro presente, así como la centralidad de los ejes de opresión de género, raza, conocimiento, sexo, etc., para un correcto análisis de la historia, es una cuestión que, por otra parte, no nos debe hacer perder de vista la necesidad de conservar en nuestros análisis la atención a ciertos procesos de carácter universal en el capitalismo. Además, tampoco podemos, en virtud de este mismo camino de razonamiento, exotizar las formas de oposición al capital que encontramos en los países y regiones que no pertenecen al norte global, ni abandonar conceptos fundamentales del análisis económico-social marxiano, como “trabajo abstracto”. Este tipo de peligros no meras posibilidades dentro del mundo de la teoría: antes bien, indican tendencias que se han dado en el propio discurso poscolonial, incluidos los *Estudios de la Subalternidad* y el propio Chakrabarty. Es Vivek Chibber quien ha puesto de manifiesto la existencia de este tipo de problemas, precisamente, en la diferenciación existente entre “historia 1” e “historia 2” que acabamos de explicar.

Siempre según Chibber, Chakrabarty se basa en una interpretación de los textos que exagera el peso de las citas de Marx que utiliza, en ocasiones descontextualizándolas ampliamente (Chibber 2013: 213-219). De manera adicional, el autor de la noción de las dos historias maneja una noción muy lábil de “historicidad”. En último término, Chakrabarty quiere hacer ver con la diferenciación que suministra una cuestión algo controvertida: que las dinámicas sociales y comunitarias no occidentales, por sus propias características, son en último término *distintas e incompatibles* con la lógica del capital, pudiendo llegar a *quebrar su dinámica específica* (Chibber 2013: 126). Para demostrar su argumento, Chakrabarty apela a ciertos ejemplos históricos, como el hecho de que ciertos capitalismos no europeos no hayan dado lugar a la instauración del liberalismo en la esfera política o que ciertas formas de oposición de los trabajadores indios se articularan, nos dice, de manera diferente a como lo hicieron en Europa²⁰⁸.

208Este segundo ejemplo es algo que desmiente explícitamente Chibber (2013: 182 ss.) en su texto, algo que por su interés conviene examinar con cierto detenimiento (Navarro Ruiz 2018c). Acabamos de mencionar cómo los autores de la corriente de los estudios de la Subalternidad rechazan las explicaciones basadas en asuntos materiales y/o económicos, creyendo así ir más allá del *homo oeconomicus* dedicado al exclusivo cálculo utilitario que, para ellos, estaría debajo de las explicaciones históricas occidentales. No obstante, el propio Chakrabarty, en una de sus grandes contribuciones a la teoría, *Rethinking Working-Class History*, señala inadvertidamente la relevancia de estas últimas. Chibber nos muestra que esta obra, que versa sobre los movimientos de los trabajadores en las minas bengalíes, indica de manera clara cómo son las motivaciones materiales las que hacen surgir la movilización. A pesar de la evidencias que muestra en su

Pues bien, la crítica de Chibber se basa en la noción de “trabajo abstracto”, la sustancia social que hace funcionar al sistema capitalista. Este autor analiza si este concepto hace depender su vigencia del sistema político en que se encuentre estructurado, o bien si se ve modificado, *per se*, según sea el género o raza de la persona que lleve a cabo determinado trabajo. El análisis de Chibber no deja espacio a la duda. Demuestra fehacientemente que, en esencia, lo único que interesa a los capitalistas es el grado de productividad de sus trabajadores, en que lo único determinante es un grado mínimo de eficiencia en el trabajo. La última está vinculada con el número de mercancías con el tiempo de realización de las mismas, una medición que se busca optimizar constantemente, coaccionados como están por las relaciones de competencia. Por tanto, para Chibber, no importan ni la raza, el género y/o el origen de los trabajadores: de hecho, si cualquiera de estas características puede utilizarse para exigir a los trabajadores un mayor grado de explotación o crear un ambiente competitivo, tanto mejor.

Gracias a este razonamiento, el autor de *Postcolonial Theory and the Specter of Capitalism* demuestra con rotundidad que la dinámica económica capitalista se acomoda a distintos órdenes políticos y que, por supuesto, no tiene ningún problema en vertebrarse a las diferencias raciales y orígenes étnicos de los trabajadores (Chibber 2013: 136-145). Esto último significa, de manera simultánea, que pese a las reticencias de los teóricos de la Subalternidad, es posible hablar —sin miedo a realizar una falsa generalización homogenizadora— de ciertos fenómenos de carácter universal, como la dicotomía trabajo/capital. Esta todavía puede ofrecer muchos beneficios para el análisis teórico, pues se trata de la contradicción en movimiento que ha dinamizado la historia del capital. Tal como dice el propio Chibber,

texto, es curioso como, en las conclusiones del texto, intenta apelar al carácter cultural y étnico de los trabajadores como único motivo catalizador de la propuesta. Chibber nos dice que la justificación teórica de esta última asunción no puede encontrarse en su texto, se trata de un presupuesto metateórico. En este punto es necesario establecer un axioma de mínimos: es evidente que la movilización política se puede tener que explicar en términos de autoconservación, o si se prefiere, de supervivencia. En otras palabras, es casi imposible encontrar un movimiento que no defienda o intente resguardar el propio bienestar físico, mental y vital de sus participantes. Algo distinto es que estos intereses materiales se codifiquen de modo diferente a como se hace en Occidente. Que un sistema religioso y/o cultural sea preponderante en una determinada sociedad, y que este no tenga una relación directa con el sistema capitalista o que incluso se le pueda oponer dado el caso, no quiere decir que no sea capaz de administrar y favorecer relaciones materiales o políticas. Tampoco implica necesariamente que los individuos de dichas sociedades no utilicen estas para sus propios fines de interés y bienestar material, aún cuando la misión principal de dichas instituciones sea de carácter espiritual. Un ejemplo sencillo puede ser el hecho de que las familias occidentales de mayor poder hayan colocado a sus distintos hijos en diversos órganos de poder a lo largo de la historia, incluyendo la Iglesia, para asegurar su dominio. Las diferencias culturales entre distintos sistemas de sentido no supone una razón para suponer que los individuos se rigen por otra cosa que no sea su bienestar.

...[e]ntonces tenemos la defensa de dos universalismos, uno que pertenece al capital y otro que pertenece al trabajo. La época moderna está dirigida por las fuerzas gemelas de, por un lado, el interés imparable del capital por expandirse, conquistar nuevos mercados, e imponer su dominación en las clases subalternas; y por el otro lado, la lucha incesante de las clases trabajadoras para defenderse, algo que pasa en Oriente y Occidente. (Chibber 2013: 208).

Cabe preguntarse si esta consideración de Chibber es compatible con las tesis de Quijano, Grosfoguel y Segato anteriormente explicados. Creemos que sí, dado que Chibber está hablando desde un plano de abstracción conceptual que no tiene en cuenta las especificidades que anteriormente hemos indicado. Esta es la virtud y defecto de su argumentación.

Y es que, el discurso chibberiano, a pesar de su pertinencia, no tiene suficientemente en cuenta el peso de las dinámicas históricas en el presente, que tienden a reiterarse en virtud del “Efecto Mateo” que antes vimos. Creemos que tampoco considera con la atención debida la importancia que tuvo para Europa el proceso de colonización, no simplemente en términos de mano de obra barata, sino respecto a las posibilidades de explotación de la Naturaleza sin contraprestación ninguna. Así pues, en general, deja algo de lado la cristalización estructural de la dinámica económica capitalista, que, adicionalmente, posee consecuencias políticas de importancia, por ejemplo, en la conformación un modelo de Estado-nación (Quijano 2014a: 807-808). Ha de admitirse que el interés de este autor no es la construcción de una teoría omnicomprendiva. Empero, a fin de no volver a caer en errores, estas salvedades se han de tener presente por aquel que sí quisiera construir a partir de los materiales chibberianos.

La labor destructiva de Chibber no termina con lo que se ha dicho hasta ahora. Otra de las críticas más interesantes que se encuentran en su texto es la que tiene que ver con la supuesta misión “civilizadora” de la burguesía y el carácter “universalizador” del capital. Ambas consideraciones se encuentran en los textos de Ranajit Guha, quien como dijimos, ha pasado a la posteridad como autor más representativo de la corriente a que nos estamos refiriendo.

En orden a comprender correctamente la tesis de Guha y, también, la anterior crítica a Chakrabarty, es necesario tener presente que, en términos de la valoración de la historia, uno de los errores fundamentales de los estudios de la Subalternidad es la consideración de que la

burguesía india existente en el periodo colonial no estuvo en condiciones, o bien no quiso, liderar la lucha en contra del *Ancien Régime* bajo el que se encontraba la India (Chibber 2013: 44-50). Según creen, las fuerzas representantes del Capital, en su estancia por la India, habrían abandonado su ínsita “misión civilizatoria”. Esto, defienden estos autores, es contradictorio con el papel que anteriormente había jugado este grupo social. Sostienen que la historia occidental europea demostró que la burguesía es capaz de elevarse sobre los intereses particulares de los diferentes actores en juego, pudiendo liderar una causa común y provocar de este modo profundas transformaciones. Ello hizo que cumpliera un papel civilizatorio en lo político, pues, al tiempo que se expandía, implantó simultáneamente las instituciones políticas liberales: la igualdad formal de los individuos o la secularización.

Habida cuenta de esta consideración, se impone que, para estos autores, capitalismo y liberalismo se suponen elementos que, más que formar un matrimonio bien avenido —algo que podríamos argumentar con cierta sencillez— se encuentran *necesariamente unidos*. Esta tesis es fácilmente desmontada por Chibber. Según nos comenta este autor, Guha parece que, al escribir y defender este camino argumentativo, tuviera en mente los ejemplos de las Revoluciones Inglesa y Francesa. No cabe duda de que ambas (incluso a día de hoy) se proponen como un punto de inflexión fundamental en la implementación e introducción de las ideas ilustradas en la praxis política, algo que es, cuanto menos, parcialmente cierto.

Ahora bien, resulta mucho más cuestionable que fuera la burguesía el actor que más coadyuvó en esa tarea de liberación. Chibber nos ofrece una mirada somera pero certera a la bibliografía más reciente sobre ambos sucesos (Chibber 2013: 54-79), que, de manera clara, desmiente una vinculación entre revolución y burguesía. Lo que los historiadores muestran, más bien, es que la burguesía se vio bien obligada —por la falta de alianzas con otros sectores— o bien coaccionada —por la propia presión de las clases populares— a aceptar, aún sin quererlo, los avances democráticos. En realidad, quien luchó más fieramente para conseguir la expansión de las libertades políticas fue la clase popular (Chibber 2013: 147).

La defensa de esta tesis vincula a Guha con una tradición con la que, creemos, no le hubiese gustado compartir posición teórica. Al fin y al cabo, la vinculación entre burguesía u democratización (Chibber 2013: 51 ss.) tiene una raigambre conservadora, habiendo sido desarrollada en el siglo XIX. Su intención, apologética, quería defender a las fuerzas del Capital. Puede que el uso ocasional y aislado de Marx y otros autores críticos de ciertas de estas interpretaciones (ya anteriormente hablamos del carácter civilizador que Marx otorga a

las fuerzas británicas en su viaje en la India en los textos periodísticos, tempranos, de 1853) explique su transmisión al acervo de las interpretaciones históricas. No obstante, si esto fue así, tan solo pudo ocurrir en un tiempo anterior al desarrollo de Guha como teórico.

Después de la exposición de esta segunda crítica de Chibber, puede ser un buen momento para recapitular las cuestiones que hemos puesto encima de la mesa en este capítulo, en orden a introducir el tema que nos ocupará las siguientes líneas. En primer lugar, hemos mostrado una cierta lectura vulgar del marxismo, indicando tanto el origen de sus presupuestos filosóficos fundamentales y algunas de las circunstancias históricas y políticas que han de sopesarse en su valoración. A continuación, hemos presentado algunas de las tesis vinculadas a la corriente poscolonial latinoamericana, manifestando algunas de las formas en que estas afectan a la consideración histórica, que, esperamos haber hecho ver, están directamente relacionadas con la concepción marxista que presentamos en primer lugar. Por último, hemos señalado algunas de las inconsistencias presentes en ciertos discursos poscoloniales que, queriendo privilegiar y considerar en su justa medida los aspectos culturales y étnicos de la historia, descuidan ciertos aspectos abstractos y universales que también son necesarios en el análisis historiográfico del capital. Lo último que hemos tenido ocasión de presentar son los extraños compañeros de cama que son, a pesar de todo, Guha y los conservadores del siglo XIX. Les guste o no, ambos comparten una misma concepción del papel de la burguesía en el proceso de implantación del capital.

Presentadas todas estas cuestiones, parece claro que los peligros de inconsistencia acechan allá donde nos acerquemos a estudiar con algo de profundidad el desarrollo histórico del proceso capitalista. Es evidente por sí mismo que este tiene una serie de características generales y cumple una cierta legaliformidad que su estudio en procesos de largo alcance, pero no resulta fácil elaborar este ejercicio asumiendo la diversidad y especificidad histórica propia de cada uno de los lugares en que se implanta. En cierto modo, volvemos al problema de la historia desde abajo, uno de cuyos asuntos de reflexión se centró en la relación entre las estructuras sistemáticas e institucionales y el individuo común y corriente. Desde estas líneas, desde luego, no tenemos una respuesta capaz de zanjar definitivamente los problemas asociados a esta cuestión²⁰⁹.

²⁰⁹La única observación que nos atrevemos a formular como indicio para otorgar una posible salida a esta situación es que, dado que el sistema capitalista (en tanto sistema civilizatorio en que se entrecruzan multitud de ejes de opresión) tiene de ser considerado como una totalidad dialéctica, es bastante congruente que esta, o sea, dicha condición dialéctica, se replique en su implantación en cada país concreto en su proceso de despliegue global.

Es seguro, hasta el momento, que el proceso de despliegue del capitalismo comenzó en la Europa Occidental. Al menos, eso es lo que parece, según la historia que hemos aprendido desde muy pronto y también, si queremos, por la historia de las Ideas por filósofos como Hegel, muchas de cuyos pasajes pueden leerse como la mistificación filosófica de la dinámica socio-económica del capital²¹⁰. La leve certeza que este convencimiento podía ofrecernos, afortunada o desgraciadamente, tampoco resiste a la lectura de ciertos historiadores. Nos referimos al texto de Goodoy, *El robo de la historia*, cuyas aportaciones más relevantes comentamos en la siguiente y última subsección.

7.4. Historia teleológica y genealogía del Capital. Desmentir la excepcionalidad de Occidente

El texto de Goodoy está a medio camino entre la reflexión historiográfica y el análisis crítico del presente inmediato. Aunque este segundo aspecto del texto ha quedado a día de hoy algo desfasado, su contribución sigue siendo de gran utilidad. En este escrito se nos presenta una contestación a cualquier intento de demostrar, en el marco de la historia teleológica²¹¹ practicada por los historiadores del Norte Global, la supuesta superioridad de Occidente respecto al resto de regiones. Si bien, de entrada, el autor asume (Goodoy 2011: 19) que cualquier intento de describir el mundo (sea el de hoy o ayer) posee un cierto carácter etnocéntrico, cree que hay modos de aumentar la perspectiva crítica ante la historia. Para ello, nos dice, se necesita practicar cierta filosofía de la sospecha respecto de cualquier supuesta novedad de origen en lo Occidental y estudiar más a fondo las historias no-europeas, precisamente, para ver si la excepcionalidad occidental es tal cual se nos presenta en apariencia.

Precisamente a esa cuestión dedica el grueso de sus líneas. Entre otras cuestiones, deja claro que Grecia no puede ser considerada una *rara avis*, una sociedad especial dentro de las

210Esta es la tesis de José María Ripalda en el libro *La nación dividida* (Ripalda 1978).

211El autor no propone una definición exacta de este término, pero algunas de sus reflexiones en la introducción y conclusión de su libro permiten inducir que la historia teleológica es aquella que, ante la posición hegemónica del Norte Global en la situación geopolítica actual, asume como *factum* la superioridad de Occidente respecto del resto del mundo. Esta asunción implica la imposición de ciertas nociones, periodizaciones y afirmaciones que se convierten en lugares comunes y se proyectan hacia atrás en la historia, por lo que “el pasado se conceptualiza y presenta según lo que ocurrió a escala provincial en Europa, casi siempre en la Europa occidental, y que luego se impuso al resto del mundo” (Goodoy 2011: 7). Esto, que podría ser un mero problema teórico (partiendo de tal concepción, la historia reposa sobre un falso fundamento que da lugar, cuanto menos, a inconsistencias) se convierte en un verdadero problema práctico en tanto “dichas ideas se utilizan para justificar la forma en que se trata a “los otros”, a los que se considera estáticos, incapaces de cambiar por sí mismos sin contar con ayuda externa”. (Goodoy 2011: 303). El verdadero problema de la historia teleológica, por tanto, es su potencial riesgo de convertirse en apologética.

sociedades mediterráneas de la Edad de Bronce o, por ejemplo, que los conceptos de espacio y tiempo que impuso Occidente fueran los únicos que se habían conceptualizado para medir la duración y extensión de la existencia humana. Tampoco es cierto que la presencia de derechos de propiedad privada sea una exclusiva occidental, si bien hay que estudiar los diferentes lenguajes jurídicos de cada lugar (Goodoy 2011: 75-76; 20 ss., 121) para comprender su estructura específica, realizando las analogías posteriormente.

Para nuestros intereses, es especialmente importante su consideración sobre dos cuestiones que frecuentemente se aducen como posible inicio del capitalismo: la revolución militar y la subsiguiente competencia entre Estados para la consecución de un ejército mayor en número; así como la existencia de un comercio a gran escala, mecanizado y de perspectiva mundial, que, según muchos, habría nacido en Occidente. Goodoy indica que existen datos históricos que merman la validez argumentativa de ambas afirmaciones.

Para analizar en sus justos quicios la primera de las aseveraciones, el historiador estadounidense advierte que el uso de la pólvora tiene origen chino, lo que desmiente una posible exclusividad europea en el desarrollo militar y, de paso, muestra una incipiente tradición científica que no se ha valorado suficientemente. De manera adicional, nos muestra algunos datos de interés de las prácticas bélicas de Turquía. Ese país euroasiático también tenía, como Europa occidental, el uso de los mercenarios como una práctica habitual (Goodoy 2011: 116-118)²¹². Es cierto que Goodoy utiliza este último dato histórico con otros

212La cuestión de la tradición científica no europea es un aspecto que Goodoy trabaja utilizando para su análisis el estudio de Needham sobre el conocimiento científico chino. Se demuestra ahí que la superioridad del sistema de conocimiento europeo en términos prácticos fue algo que sucedió mucho más tarde de lo que se piensa y, además, se manifiesta que la ciencia europea no estaba en ningún caso sola en el espacio mundial. La conclusión de nuestro autor es que han de utilizarse criterios más específicos, menos categóricos, a la hora de explicar la hegemonía del saber científico europeo, que ha sido especialmente patente en los tres últimos siglos. Explicar las diferencias exige, por ello, una perspectiva a largo plazo que no convierte las diferencias en esencialistas y/o categóricas. Su postura queda bien reflejada en sus palabras en torno a los descubrimientos científicos ligados a la nueva *ars bellica* nacida en la Edad Media: “El “descubrimiento” de la pólvora, la aparición de las armas de fuego y, en concreto, su empleo para la guerra” (Ágoston 2005:1) fueron acontecimientos de la Edad Media tardía. La pólvora se desarrolló en China en los siglos VII y VIII d.C. y según Needham, “el cañón “auténtico”, el cañón de mano o bombard... apareció... hacia 1280” (Needham 1986: 10). Al cabo de unas décadas, estas armas ya se habían introducido en el Islam y en la Europa cristiana. No se sabe con precisión cómo llegaron a Turquía las armas de fuego y la pólvora. Existen documentos sobre la utilización de artefactos que funcionaban con pólvora entre los mongoles a partir de la década de 1230 y, desde mediados de siglo, estos desempeñaron un papel fundamental en su introducción en Irán, Irak y Siria; las armas de fuego propiamente dichas se introdujeron a finales del siglo XIV. Por lo que se ve, Europa no tardó en reconocer el valor de las nuevas armas y la desarrolló en forma de cañones (los chinos por su parte emplearon el primer tipo de cañón en el siglo XII según Needham).” (Goodoy 2011:116). Por lo que respecta al uso de mercenarios, Goodoy afirma: “Sin embargo, eso no constituye ninguna prueba de la arbitrariedad o incapacidad turca, pues [la contratación de soldados extranjeros, CNR] era una práctica generalizada en el resto de potencias [...]. En cuanto a los miembros extranjeros de las fuerzas armadas, pensemos en Oteló, el moro de Venecia, que comandaba el ejército de Chipre, o en el almirante británico Slade de la armada turca. De modo que los “préstamos” no eran un privilegio turco, y los europeos también

finés. En nuestro caso, sin embargo, resulta relevante como crítica, pues debe tenerse en cuenta que tal acontecimiento, el uso de extranjeros en los ejércitos, fue utilizado por Kurz como *novum* histórico que, posteriormente, permitiría explicar en cierto sentido el surgimiento de la población asalariada y por ende, el concepto de trabajo abstracto. De esta forma, la aparente novedad que Kurz defiende, en realidad, no es tal. O cuanto menos, no una novedad exclusivamente europea.

Los acontecimientos históricos desmienten, pues, el desarrollo militar como una prerrogativa occidental, de la misma manera que exhiben que Europa no estaba, ni muchos menos, sola en el interés por el desarrollo de las relaciones mercantiles. El comercio de productos como la seda a lo largo del siglo XIV demuestra claramente “los estrechos lazos existentes entre los manufactureros y los mercaderes de Europa y de Oriente Próximo, en particular de Turquía” (Goodoy 2011: 125), es decir, la fuerte vinculación entre regiones. De esta forma, en lugar de intentar ver en Eurasia un lugar de despotismo político que impedía el correcto flujo del comercio, Goodoy nos invita a ver esta región “no tanto desde una perspectiva de dicotomías y obstáculos entre los sistemas asiáticos y europeos [...] sino más bien desde la perspectiva del flujo gradual de productos e información a través de la extensión continental” (Goodoy 2011: 126). Se subraya, con igual importancia, el comercio de las especies, nombrando el especial estatus del azúcar en este proceso (Goodoy 2011: 128-129): las características que adquirió la producción de este bien a partir del siglo XV permiten calificarlo, para algunos autores, como “capitalista”. Entre esas peculiaridades, se encuentra la necesidad de grandes sumas de dinero para ponerlo en marcha, la orientación hacia el mercado de la producción, la combinación de trabajo asalariado y esclavo para su puesta en marcha²¹³.

tomaban “prestada” mano de obra.” (Goodoy 2011: 118).

213 Goodoy lo explica del siguiente modo: “El azúcar supuso un arquetipo de ese giro en la producción y el comercio. Se trataba de una de las “especies” más importantes, cuya producción se había traído desde el sur de Asia hasta Persia y luego había llegado a manos de los árabes hasta la cuenca oriental del Mediterráneo. Los otomanos participaron en su producción, al igual que los reinos cristianos durante la época de las Cruzadas. [...] En el siglo XV se importaban esclavos desde el África negra, donde en aquella época los portugueses llevaron a cabo exploraciones muy activas. La producción del azúcar y su organización se trasladaría del Algarve a Madeira y a otras islas atlánticas y, con el tiempo, a la América colonial. [...] La industria se mecanizó con el paso del tiempo. [...] *Sería en las islas Canarias donde se desarrollaría una compleja industria del azúcar que se ha calificado de “capitalista” [...]; sin duda, se requería un capital sustancioso para los ingenhos, los “ingenios azucareros” que se utilizaban para prensar la caña.* Los comerciantes se convirtieron en productores, invirtiendo capital y empleando maquinaria, cada vez más compleja. El conjunto de la industria estuvo, desde un principio, orientado hacia el mercado [...]. En Sudamérica, estas empresas emplearon a una cantidad considerable de artesanos europeos, así como a esclavos indios y negros. En consecuencia, la estructura de la sociedad basada desde un principio en la agricultura comercial era mixta tanto étnica como profesionalmente, lo que propició un modelo de empresa

Sin menospreciar su dedicación a los asuntos económico-políticos, Goodoy también está interesado en hacer una panorámica general de la tradición histórica occidental e incluye, por ello, los aspectos sociales y culturales con que historiadores como Norbert Elias han intentado señalar ciertas características del Norte Global (Goodoy 2011: 170-194). Nuestros fines argumentativos hacen mucho más interesante, sin embargo, la discusión que mantiene con Braudel. El autor norteamericano sostiene que (Goodoy 2011: 195) la tesis histórica que afirma la privilegiada posición de Europa en la Revolución Industrial —una afirmación cuya veracidad no puede negarse— no se ha explicado, hasta ahora, de manera satisfactoria. La raíz de las inconsistencias explicativas se encuentra en el uso de la noción “capitalismo”, que conduce al análisis histórico en una dirección eurocéntrica. Como ocurre en la obra de Braudel, el trabajo vertebrado por este término hace que el análisis tienda a la utilización del modelo de Europa, con su periodización de etapas específica y obligando al historiador a buscar, retrospectivamente, el origen de las causas que permitieron su superioridad posteriormente. Este enfoque habría sido alimentado por Marx, que en opinión de este autor, habría aceptado la genealogía eurocéntrica referente al desarrollo del capitalismo, materializado en la secuencia Antigüedad-Feudalismo-Modernidad. Además, sus definiciones de “trabajo” y “capital” excluirían de entrada otros tipos de sociedades, impidiendo así otro tipo de explicaciones (Goodoy 2011: 233).

En contraposición a esta postura, Goodoy aboga por prescindir de dicho concepto. Es mejor reconocer las semejanzas en el mercado y en las actividades de la burguesía mundial (Goodoy 2011: 227). De hecho, su tesis respecto a Braudel es, precisamente, que este historiador muestra con claridad la continuidad de los aspectos económicos a escala global, es decir, en lo relativo a las condiciones de posibilidad preexistentes conducentes al capitalismo decimonónico desarrollado. Los problemas de este autor surgen, justamente, cuando “siente la necesidad de expresar el dominio de Europa en el siglo XIX en términos de la calidad de su capitalismo, o sea, del *capitalismo real*, y luego busca ideológicamente los factores distintivos de su formación” (Goodoy 2011: 211, subrayado nuestro). Es entonces cuando la investigación braudeliana arroja señales de indecisión en la secuencia temporal del capitalismo, en sus necesidades de financiación y estructuras políticas desarrolladas para ello,

mecanizada capitalista en otras zonas. Entre tanto, Turquía se vio incapaz de competir con Occidente en la producción de una gama de productos baratos: algodón, lanas, acero y minería; con el traslado de la caña de azúcar a las Canarias y Brasil, se puso fin a su dominio previo en la preparación del azúcar, con lo cual las refinerías de Chipre y Egipto se vieron obligadas a cerrar, pues la tecnología se trasladó al Atlántico, produciendo en consecuencia lo que Mintza y Wolf llamaron ‘capitalismo previo al capitalismo’”. (Goodoy 2011: 128-129, subrayado nuestro).

en la producción requerida para el intercambio de mercancías o en la relevancia de los diferentes núcleos urbanos; es decir, que su interés por diferenciar Europa se dificulta. Goodoy cree que las dudas del historiador denotan, más bien, que lo que en realidad ha habido en la historia es una *constante elaboración* de la cultura urbana y mercantil y transiciones menos rupturistas de lo que invita a pensar conceptos como “capitalismo”, tanto en Asia, como en Europa, sin exclusividades. Para Goodoy, ante esta situación, lo que la historia ha de hacer resulta meridianamente claro:

¿Por qué no exponemos el debate sobre la ventaja de Occidente en tiempos modernos centrándonos en la intensificación de la economía y de otras actividades dentro del marco a largo plazo de los progresos urbanos y mercantiles, un marco en el que quepan periodos de actividad más o menos intensa y que abarque los aspectos negativos y positivos del “proceso civilizador”? Naturalmente, esta secuencia requiere divisiones y periodizaciones, pero podemos hablar del creciente alcance de la industrialización, incluso de una Revolución industrial, sin negar los orígenes de dicho proceso en Asia o en otras sociedades, sin considerarlo un logro exclusivamente europeo. (Goodoy 2011: 322).

Bien, pensemos lo que pensemos sobre las palabras de Goodoy (cuya claridad es tal que no creemos que sea necesario explicarlas), no existe la menor duda de que su propuesta merece ser juzgada como una aportación muy valiosa al conjunto de los estudios históricos. Entre sus virtudes se encuentra la defensa férrea del análisis histórico comparativo, un ejercicio que, tal como defiende, ha de ser realizado partiendo de términos concretos, rechazando los esencialismos y términos categoriales. Asimismo, resulta útil y eficaz su crítica a la historia teleológica, que además de débil en sus fundamentos, corre el riesgo de resultar apologética. No obstante, *ad* Goodoy, el peligro de la historia teleológica no puede llevarnos a perpetuar un error: creer que la actual hegemonía de Occidente en el orden mundial es inexplicable históricamente, pues no habría habido en el pasado ningún elemento particular que permitiera explicar su actual posición. Acerquémonos algo más a esta cuestión.

Al contrario de lo que parece creer el autor de *El robo de la historia*, que no podamos hacer historia teleológica no quiere decir que no sea posible elaborar una genealogía histórica del capitalismo. Para ello, han de buscarse, en el ejercicio comparativo que es tan del gusto de Goodoy, dos cuestiones. En primer lugar, aquellos aspectos en que Occidente haya resultado vencedora respecto de cualesquiera otras potencias en un proceso de competición

directa sobre el comercio y/o explotación de algún territorio o ámbito comercial. En segundo lugar, algún/os aspecto/s concreto/s que, sin negar la existencia de manifestaciones análogas en sociedades no occidentales, hayan sido un factor diferenciador que haya podido inducir, por su despliegue considerado *ex post*, a su actual posición hegemónica. Existen ejemplos para ambas cosas nombradas.

En el primer caso, el paradigma es el del comercio del azúcar, que ya hemos explicado que se convirtió una prerrogativa Occidental a partir del XV, con la implementación del sistema basado en trabajo esclavo africano en la Isla de Madeira. Resulta esencial que el factor que permitió dicha diferenciación fue la colonización, algo que Goodoy no subraya con demasiada intensidad. De haberlo hecho así, es probable que hubiera tenido que modificar su defensa de las continuidades, porque, como se ha demostrado en estas líneas gracias a la teoría poscolonial, esta ha de considerarse un punto de inflexión en la historia mundial. De esta forma, el eje “raza” deviene nuevamente un elemento analítico crucial.

En el segundo de los casos, habríamos de hablar de la peculiar noción de Naturaleza perteneciente a la ciencia moderna, ya discutida en un capítulo anterior a través de Jason W. Moore. Ya vimos que esta noción científica puede considerarse cómplice del proceso de colonización, pues dicha consideración de la Naturaleza no puede desligarse de la concepción del tiempo y espacio abstractos que están detrás de mucha de la tecnología que permitió la época de los grandes viajes. Si bien dicha tecnología estaba también al alcance de otras sociedades, fue la Occidental la que la utilizó de manera sistemática en sus expediciones, fenómeno en el que sí puede decirse que, de igual manera, destacó sobre el resto. Por las consecuencias que tuvieron estos “Grandes Viajes” —la implementación del sistema de poder colonial, que incluyó el genocidio de muchas poblaciones— queda a juicio de cada cual cómo haya de valorarse moralmente dicha diferencia, como algo loable o, más bien, deleznable. El nuestro, por cierto, queda indicado por el uso de la palabra “genocidio”.

A pesar de lo breve de la explicación, esperamos haber mostrado que los estudios poscoloniales son una aportación fundamental en los campos filosófico e histórico. Algunos aspectos señalados por la misma *Wertabspaltungskritik*, como la importancia de la revolución militar de la Modernidad, ganan gracias a sus observaciones en concreción y especificidad histórica. Independientemente de que queramos o no ensayar un ejercicio de reconstrucción de dicha perspectiva por medio de sus contribuciones (algo que exigiría un abordaje específico), su toma en consideración es *per se* beneficiosa para el estudio de la

configuración contemporánea del sistema capitalista, así como para el análisis de su génesis histórica. Comprendemos más claramente por qué medios se perpetúan las relaciones de poder y en qué sentido se han anclado estructuralmente. De igual modo, la lectura poscolonial nos permite valorar informadamente dónde realizar las periodizaciones históricas. Goodoy nos ha señalado que para hacerlo no podemos conformarnos con mirar a Europa. La teoría poscolonial y decolonial ofrece los faros desde los que puede comenzarse a ver de otro modo.

Así, lejos de lo que pudiéramos pensar, es posible hacerse cargo de una perspectiva histórica que, sin privilegiar el punto de vista occidental, ni una visión teórica productivista que hace tiempo fue superada, sea capaz de asumir como propia una perspectiva crítica con el sistema de producción que, hoy por hoy, regula la reproducción social a escala mundial: el capitalismo. Para realizar tal ejercicio, como hemos tenido ocasión de ver brevemente, es necesario un trabajo que se ocupe de la concreción de sus diferentes materializaciones en la realidad, un trabajo comparativo que solo puede ser *interdisciplinar* y, dada la magnitud de la tarea, colectivo, vivificado constantemente por la discusión del mayor número de voces posible.

Por último, nos gustaría exponer que hemos titulado este capítulo “vidas paralelas, pertenencias entrecruzadas” para indicar lo que, según la expresión y argumentos de Nimako (2015: 189-190) ocurre con la memoria de los individuos en sociedades que, sin haberse sometido a la crítica sobre su propio pasado, siguen perpetuando lo que Benjamin tal vez llamaría “historia de los vencedores”: el relato de una única voz impuesta. Con esta locución, Nimako se refiere a las sociedades cuyos habitantes comparten el mismo espacio, pero tienen diferentes experiencias y recuerdos. Dada esta situación, si una interpretación —siempre *parcial*— se convierte en oficial —es decir, pretendidamente *universal*— no habiendo cuestionado suficientemente su construcción, compartir el espacio común de un territorio convierte la posible convivencia entre ciudadanos en mera coexistencia. Porque la historia, en tanto generadora de relato, cohesiona a un grupo determinado. Cuando los recuerdos sobre el pasado son múltiples, solo cabe el diálogo entre todos ellos. De lo contrario se silencian las voces de los que guardan el recuerdo de algo diferente y, de permanecer callados, lo más cercano (su espacio, hogar, sociedad) deviene lo más lejano, aun cuando no deje de pertenecerles.

Por todo ello, si solo existe lo que se nombra, que se hace visible por la palabra, la teoría que se arroga vocación transformadora tiene que evitar fomentar la repetición de lo

siempre igual replicado en los discursos que se pretenden únicos. Como único, curiosamente, se creyó cierto marxismo.

Post Scriptum. Cuando caer es un lugar desde el que mirar

En la sección que reúne a los tres últimos capítulos, nos habíamos propuesto explorar las posibilidades que tiene para la crítica de raigambre marxista ampliar el horizonte teórico a partir de una comprensión de la estructura comunitaria más compleja, basada en la coexistencia de múltiples espacios sociales regidos por diferentes lógicas y dinámicas de poder. Esta perspectiva implicaba, tal como anunciamos al final de la consideración de los límites de la teoría kurzeana, convertir al marxismo en una perspectiva situada entre otras, que fuera consciente de su necesidad de relacionarse con otras miradas, sin agotarlas ni reducirlas a su legaliformidad propia, al corsé de sus conceptos propios. Esta actitud, empero, no significaba que fuera a abandonarse la consideración de la importancia de la dinámica capitalista como principio rector de las diferentes instancias de poder.

Nuestro recorrido, según creemos, ha mostrado exactamente eso, en un ejercicio que se ha realizado en tres planos distintos. En primer lugar, hemos actuado en el plano de la tradición de lectura del marxismo. Al mostrar la existencia de textos de Marx que posibilitan una lectura diferente de los lugares comunes de su interpretación y de sus propios intereses como autor, se ha contribuido a seguir abriendo el camino hacia una exégesis marxiana liberada de sus anteriores lastres.

En segundo lugar, se han explicado algunas de las manifestaciones en que se hace presente la fuerte interrelación entre la dinámica capitalista y la sociedad en la que se instala —que ocupa hoy el mundo entero—. Se ha mostrado su vinculación con la realidad “natural”, así como con dos ejes de opresión fundamentales, “género” y “raza”, que conforman sendos espacios estructurales de carácter social. Como consecuencia, la explicación realizada ha iluminado asimismo las sombras existentes en dos ámbitos cuya legitimidad dábamos por sentado: el de los conceptos manejados y la historia recibida. Así, de un lado, “Naturaleza”, “Saber científico”, “Trabajo”, “Productividad”, “Desarrollo”, “Individuo”, etc. ya no pueden considerarse inocentemente. Sabemos ahora que todos ellos dependen de factores que escapan a la supuesta esfera “autónoma” (otro término puesto en cuestión) de la economía. De otra parte, hemos descubierto cuán distinta resulta la aparente historia del matrimonio entre “progreso” y “desarrollo de las fuerzas productivas” si miramos en los espacios, saberes, historias y labores hasta hace muy poco invisibilizadas tanto por el discurso ortodoxo

como heterodoxo de la economía.

En tercer lugar, hemos querido mostrar algunas afinidades entre las propuestas presentadas y algunas de las reflexiones de la crítica del valor-escisión de Kurz. Nuestro interés era seguir concretando en qué sentido esta corriente ha de considerarse una aproximación marxista de transición, dada su posición ambivalente: en ocasiones es suficiente alguna aportación para introducir algún aspecto crítico que lo pondría con facilidad a la altura del presente (en el tratamiento de la destrucción medioambiental con claridad, parcialmente en lo relacionado al género), mientras que, en otras, sus silencios son lo suficientemente elocuentes para saber que, sencillamente, era una perspectiva ciega a ciertos asuntos (algo que se vio en la consideración de la estructuración racial del capitalismo, en que no identificamos aspectos fácilmente asimilables, aunque aquí también es posible realizar un trabajo reconstructivo, que no obstante sería algo más dificultoso).

Por lo que respecta a las motivaciones para el ejercicio llevado a cabo, confesamos que quizás haya sido el carácter fuertemente abstracto de la teoría de la crítica del valor-escisión el que nos ha empujado a ahondar en las concreciones de la relación de la dinámica socio-productiva capitalista y las estructuras sociales. Precisamente, fue nuestro deseo de escapar de la abstracción lo que nos llevó a introducir, en una sección anterior, la explicación de la teoría santiniana de la estructura social. Aunque no hayamos mencionado prolijamente a Santos en esta última parte, esperamos, asimismo, que lo explicado constate fehacientemente que su perspectiva permite otorgar una sistematicidad general al conjunto de diversos factores aquí mencionados. Sin duda alguna, el debate sobre la interseccionalidad, las modificaciones en la noción de empleo debido a la consideración del trabajo doméstico y de cuidados, las transformaciones en el concepto de “naturaleza”, la radical transformación que supuso para la consideración de la historia el desarrollo de la teoría poscolonial, etc., son todas ellas cuestiones que podrían ser integradas en su marco explicativo. Se advierte, eso sí, de que la realización de esta integración no podría ser llevada al modo de una mera transposición, buscando encajar todos y cada uno de los elementos analíticos de Santos en los elementos nombrados; actuando, por tanto, bajo la imposición de la dinámica de una “grilla de referencia o equivalente universal” que Segato mencionó (2010: 20) al comentar las transformaciones del género en las regiones andinas tras el proceso de colonización. Al hablar de la integración, queremos decir que la teoría de Santos está posicionada de manera preferente para ser utilizada como *caja de herramientas* para el análisis de las cuestiones que

se han expuesto.

Advertimos aquí sobre este último asunto porque está muy lejos de nuestras intenciones el deseo de fundamentar una teoría omniabarcante y, ciertamente, es cuestionable que tal cosa haya existido alguna vez sin que por el camino se pierda en contenido de verdad. No es necesario que haya una teoría capaz de explicar todo, sea un hecho histórico, una relación social o la economía de un país. Se trata, más bien, de que los fundamentos de las teorías que apuntan al plano más general de la existencia social (el capitalismo como sistema civilizatorio, en el caso de Kurz, la época Moderna y el capitalismo, en el caso de Santos) sean *lo suficientemente abiertos para acoger la diversidad* de las relaciones de poder existentes y sus materializaciones en la realidad —estructuras, instituciones, dinámicas, relaciones, etc.—. La verdadera consecuencia que esto tiene posee carácter negativo, pues conduce a la conclusión de la conveniencia de evitar aquellas teorías que, creyendo ser generales, *invisibilizan sistemáticamente* los elementos que deben explicar, dados sus propios presupuestos y nociones²¹⁴ o bien, porque no han pensado consecuentemente la relación de los elementos que ponen en juego, como ocurre en Kurz.

En cualquier caso, la obra de Santos no queda por ello exenta de toda posibilidad de crítica. Así, por ejemplo, si hemos convenido que la Modernidad está inextricablemente unida al colonialismo y esta, por su parte, con el proceso capitalista y su noción de “Naturaleza” y saber científico, habría de valorarse un poco más si, como afirma Santos, esta y el sistema capitalista no estuvieron vinculados fuertemente *algo antes* de lo que él afirma, el siglo XIX. Ya explicamos en el sexto capítulo que tiene razón al sostener la relativa autonomía de saber científico y capitalismo, pero todavía habría que ahondar algo más en esta cuestión. Que nombrarlo aquí sea excusa para retomarlo posteriormente.

Relacionado con la teoría de Santos, pues es él quien desarrolla estas nociones, podemos convenir, como corolario, que los problemas expuestos han mostrado dos rasgos formales del funcionamiento del capitalismo como sistema civilizatorio: *la bivalencia del contrato social y el vínculo entre empleo asalariado y ciudadanía*, que explicamos a continuación.

El contrato social es la metáfora fundadora de la racionalidad político-social de la época Moderna (Santos 2006: 244). Como todo contrato, posee mecanismos de inclusión y

214Ya Kant, a quien nos permitimos usar de manera impropia, dijo que las “intuiciones sin conceptos son ciegas” (Kant, *KrV*: A 51). Esto puede ayudar a explicar retrospectivamente que ciertos asuntos hayan tardado en debatirse mucho más de lo deseado desde enfoques aparentemente encaminados a la transformación social.

exclusión, los cuales fundamentan la legitimidad de las interacciones económicas, políticas, sociales y culturales que tienen cabida en nuestra sociedad; y determinan qué elementos se incluyen y cuáles quedan fuera. Sus tres criterios de inclusión más importantes están relacionados en gran medida con lo que aquí hemos estado tratado. En primer lugar, el contrato social incluye únicamente a los individuos y sus asociaciones, lo que quiere decir que la naturaleza queda excluida. Esta última, como vimos en Santos y tal como ocurre en Moore, va a considerarse, alternativamente, como un recurso material o bien como una amenaza a nuestra capacidad de su control. El segundo de los criterios de inclusión del contrato social moderno tiene que ver con la ciudadanía “territorialmente fundada” (Santos 2006: 244). Solo los ciudadanos son parte del contrato social y, como ya vimos con Zaharijević (2017), a quien puede asignarse la etiqueta “individuo” y por tanto, “ciudadano”, ha sido un asunto de enorme debate. Mujeres, extranjeros, minorías e inmigrantes quedan de lado de la Naturaleza. El último de los criterios a destacar tiene que ver con los intereses que pueden ser parte del contrato, que son únicamente aquellos que “puedan expresarse en la sociedad civil” (Santos 2006: 244). Esta última condición contractual explica que las necesidades que tenemos como seres interdependientes —cuidados, afecto, etc.— hayan quedado fuera de la consideración en el espacio público, considerándose propio del ámbito privado y responsabilizando a las mujeres de su cumplimiento y realización.

La grave contradicción que implica que nuestra principal metáfora fundacional como sistema civilizatorio excluya tan gravemente a la mayoría de los seres vivos, —humanos y no-humanos— así como las necesidades esenciales para su bienestar, hace que su funcionamiento se encuentre en “permanente tensión con su lógica de legitimación” (Santos 2006: 244). Consecuentemente, el contrato social es algo frágil y cambiante, convirtiendo a la contratualización en un proceso sisífico allí donde son posibles las pequeñas victorias en pro de la extensión de derecho²¹⁵. Los excluidos de una época puede ser incluidos en la siguiente, si bien a costa de probables nuevas exclusiones.

La segunda particularidad formal de nuestro sistema civilizatorio está relacionada con la noción de empleo asalariado y su conexión con el concepto de ciudadanía. Este ha sido el pilar fundamental sobre el que se ha basado el orden político, particularmente en el último

215En el capítulo 7, al hablar de la transformación epistemológica moderna según Santos en una nota a pie de página, se ha mencionado la *línea abismal* que producido en esta época entre aquellos sectores del mundo regidos por la lógica de la emancipación/regulación y aquellos que están gobernados por el principio de exclusión/eliminación. El contrato social, como imaginamos, funciona únicamente en la primera dinámica mencionada.

siglo. Santos (2005: 352-353) indica que tal conexión se reforzó mediante dos vías, bien “por la extensión a los trabajadores de los derechos civiles y políticos” (Santos 2005: 352) o como una conquista propia del colectivo de los trabajadores, fruto de su lucha colectiva. La creciente competencia entre países y la escasez misma de los puestos de trabajo (fenómenos vinculados con las dificultades del capital para la acumulación, *more* Kurz), están llevando a una desintegración de este vínculo, desembocando en una creciente rescisión de los derechos en general. La “lumpen-ciudadanía” que ostentan(mos) cada vez más sectores de la población hace imposible la proyección de un futuro estable y la formación de un proyecto vital deseable, motivo por el cual siguen aumentando las migraciones²¹⁶. Tal como ejemplifica la reciente tensión entre México y EE.UU., que han acordado establecer las mismas condiciones para la circulación de mercancías que regían hasta ahora a cambio de endurecer las existentes para el movimiento de las personas²¹⁷,

[c]uando el consenso neoliberal habla de estabilidad se refiere a la estabilidad de las expectativas de los mercados y de las inversiones, nunca a la de las expectativas de las personas. De hecho, la estabilidad de los primeros solo se consigue a costa de la inestabilidad de las segundas. Por todas estas razones, *el trabajo sustenta cada vez menos a la ciudadanía y esta cada vez menos al trabajo*. Al perder su estatuto político de producto y productor de ciudadanía, el trabajo, tanto si se tiene como cuando falta, se reduce a la laboriosidad de la existencia. De ahí que el trabajo, aunque domine cada vez más las vidas de las personas, esté desapareciendo de las referencias éticas sobre las que se asientan la autonomía y la autoestima de los individuos. (Santos 2005: 353, subrayado nuestro).

Considerar el alcance de esta transformación es algo que nos llevaría excesivamente lejos de nuestro objeto de investigación (tal vez incluso hasta Hegel²¹⁸), e injustificable abordarla ahora cuando ya hay quien se está ocupando de ello (Bologna 2012, Morini 2014). En cualquier caso, resultaba pertinente mencionarlo, y, de nuevo, constituye otro posible eje de reflexión que debe abordarse próximamente.

216Según Naciones Unidas, en 2017 el número de migrantes internacionales llegó a 258 millones a nivel mundial, cuando solo dos años antes ascendía a 244. [Véase <https://migrationdataportal.org>].

217Véase “México deja de lado prioridades nacionales para cumplir con Estados Unidos”, en *The New York Times* (edición en español), el 09/06/2019, artículo escrito por Azam Ahmed. Disponible en URL: [<https://www.nytimes.com/es/2019/06/09/mexico-aranceles-trump-guardia-nacional/>].

218Efectivamente, podríamos pensar si, en cierto modo, las dos características formales que hemos descrito aquí no son únicamente una especificación, a la altura de los tiempos, de la dicotomía ciudadano/burgués que ya identificó este pensador en su *Filosofía del Derecho*.

Tras esta breve síntesis de los aspectos recogidos gracias a la exposición realizada, cabe realizar aun otra pregunta: la del *hilo rojo* que ha permitido vincular las diferentes reflexiones que hemos ido hilvanando a lo largo de este trabajo. En realidad, se trata de algo que ya hemos anunciado, de manera algo velada.

Se ha subrayado con cierta en que una de las peculiaridades más interesantes de la crítica de la escisión-valor es su fuerte conciencia crítica con el presente. Esta característica ha inclinado a esta corriente a un abordaje analítico del sistema capitalista muy atento a sus vinculaciones con el sistema de reproducción social que lo sustenta, motivo por el cual lo considera un “sistema civilizatorio”. Esta actitud, como fundamento de su disposición teórica, es uno de los rasgos que diferencia a Kurz de Heinrich, quien ha desarrollado su teoría impulsándose sobre una pulsión, tal vez, más genuinamente exegético-analítica. Los resultados de las investigaciones ambos autores, con sus virtudes y defectos, son una buena muestra de lo que significa la adopción de cada uno de esos modos de hacer.

Es, asimismo, una cierta conciencia crítica ante la realidad de la actualidad político-económica, la que ha guiado nuestra exposición en la segunda parte. No hemos dudado en remitirnos al pasado, al concepto o la historia cuando lo hemos considerado necesario. La iniciativa, empero, partía de la percepción de lo intolerable, algo que esperamos haber hecho ver.

El *leitmotiv* subterráneo ha sido, por tanto, la conciencia de que nuestro sistema civilizatorio se encuentra en una profunda crisis de carácter terminal. Este motivo, que por su importancia hemos elevado al título del presente trabajo, no conduce, en nuestro caso, a la inacción o a la sonrisa irónica. Aquellos que creen poder regodearse legítimamente en la autocomplacencia de haber sido los primeros en señalar el camino a la catástrofe, vanagloriándose por ello, tal vez puedan permitirse observar el espectáculo desde la barrera. Sin embargo, para quien, por los más diversos motivos o causas, no quisiera adherirse al “Après moi, le déluge”, la conciencia del ocaso no es conclusión, sino punto de partida: una perspectiva desde la que mirar al mundo.

Desde ahí, dos son los hechos que más rápidamente se convierten en certezas. En primer lugar, que las exclusiones que se han permitido hasta ahora, no son únicamente “socialmente intolerables”, sino también éticamente inadmisibles y (con)vivencialmente devastadoras. La necesidad de transformaciones no es un asunto que pueda obviarse una vez

más a cambio de pequeñas medidas compensatorias, puesto que —dicho en palabras muy sencillas—, la manta que se nos ofrece corre el riesgo de ser demasiado pequeña para un cuerpo que no cesa de crecer. A cada vez más personas nos va, literalmente, la vida en ello. La segunda de las certezas tiene un carácter algo más optimista: se trata de la constatación de las diferentes propuestas alternativas que, ya desde hace mucho, vienen construyendo mimbres de una transformación posible. Estos nos permiten vislumbrar los diferentes horizontes a los que poder dedicar nuestras reflexiones. En las páginas anteriores vimos ya algunas de las transformaciones fácticas que la crítica ha generado (por ejemplo, la introducción de las cuentas satélite gracias a la economía feminista), así como los aspectos positivos de la recuperación de ciertos saberes que, desde cada tradición, pueden ayudar a construir nuevos imaginarios (como el caso del *Sumak Kawsakay*); y, por añadidura, algunas de las herramientas útiles para la indagación (como la utilización de la perspectiva analítica de la colonialidad del poder quijaniana).

Desde luego, el abordaje aquí presentado no ha de conducir a pensar que defendemos la restauración de algún tipo de relación unidireccional, de orden y mando, entre la teoría y la praxis. En el primer capítulo de este trabajo se comentó, gracias a la teoría kurzeana, que explorar los caminos ya recorridos por la tradición marxista respecto a esto no es la mejor de las ideas. La teoría no puede subordinarse a los aspectos de la praxis, ni viceversa. Como decimos, aquí solo hemos propuesto posicionarnos de otra manera en el mundo, “ponernos las gafas”, que se dice coloquialmente. Un ejercicio que se puede realizar proyectándose al futuro, por ejemplo, en el análisis y valoración de los instrumentos medioambientales para constatar cuáles pueden ser más útiles; pero también al pasado, rebuscando en los archivos para rescatar otras voces de la historia que cuestionen un relato común crecientemente excluyente. Es un ejercicio que, por supuesto, aboca también al cuestionamiento en lo individual: a las condiciones de posibilidad de nuestro modo de vida y sus privilegios y/o opresiones inherentes, al impulso de reducir la distancia entre nuestras consideraciones éticas y el grado de cinismo necesario para la *Realpolitik* de lo cotidiano.

En realidad, no decimos nada que no sepamos de antemano, o sea, que no haya sido ya dicho de algún modo desde muchos lugares. En ningún caso creemos que lo que comentamos pueda realizarse únicamente desde la disciplina de la filosofía. Nuestro deseo es únicamente haber contribuido a esclarecer que ninguna teoría, por profunda y transformadora que sea y/o haya sido en el pasado, puede arrogarse la exclusividad de apuntar a la

generalidad de nuestros males como sistema civilizatorio. Siempre ha sido un esfuerzo colectivo, y la aportación de cada uno de nosotros, —la mía, aquí, es consciente de sus infinitas limitaciones— *parcial*²¹⁹, restringida y condicionada por múltiples factores, pero no por ello insignificante. Merece la pena. Que continúe la discusión.

²¹⁹La posición epistemológica subyacente a nuestro planteamiento está tomada de las propuestas de Donna Haraway, ya mencionada en este trabajo (Haraway 1988).

Conclusiones

El presente trabajo se ha desarrollado sobre el objetivo explícito de abordar las posibilidades y fundamentos de la crítica de raigambre marxista en la actualidad. Este fin se encontraba, tal como hemos expresado en nuestra introducción, dinamizado por una conciencia crítica del presente, que consideramos pertinente leer en clave de crisis civilizatoria.

La materialización de este impulso teórico únicamente podía llevarse por medio de una teoría organizada, como todo marxismo, en torno a la consideración central de la dinámica socio-económica del capitalismo. Es decir, a través de una teoría que considere la “valorización del valor” el fin más importante de la sociedad capitalista. Sin embargo, no podíamos conformarnos únicamente con esto. En consonancia con la crisis sistémica que identificamos como clave de lectura de nuestro presente, habíamos de escoger una aproximación que comprendiera el capitalismo, más que como un sistema socio-económico, como una forma de vida. O sea, como un modo de civilización. La *Wertabspaltungskritik* cumplía todas esas condiciones, motivo por el que ha protagonizado nuestras reflexiones. Nuestra exposición ha comenzado realizando una explicación de esta corriente que, paso a paso, hemos ido convirtiendo en una crítica inmanente de sus tesis para, finalmente, rebasar sus límites. Por ello este trabajo ha desembocado en la presentación de otras propuestas, como la de Boaventura de Sousa Santos, la teoría de la reproducción social (SRT) o el poscolonialismo. Cada uno de los movimientos realizados ha arrojado diferentes conclusiones que vamos a exponer de manera concisa en las siguientes líneas.

Nuestro primer capítulo ha pretendido en exclusiva describir de manera sistemática algunas de las peculiaridades más características de la *Wertabspaltungskritik*. El escaso grado de difusión de sus teorías y el pequeño número de traducciones al castellano de sus textos convierte a dicha exposición en un ejercicio valioso por sí mismo. Como ya hemos comentado, esta es la primera disertación doctoral en castellano sistemáticamente organizada en torno a esta corriente.

Siendo conscientes de lo que implica la labor pionera, hemos intentando fundamentar rigurosamente toda afirmación atribuida a esta línea interpretativa. Por esta razón, hemos incluido una extensa cantidad de citas, incluso donde, argumentativamente, no era estrictamente necesario. Asimismo, hemos procurado que la extensión de las mismas fuera

suficiente para reflejar que nuestras aseveraciones eran, también, afirmaciones del/la autor/a en cuestión. No hemos pretendido, en cualquier caso, sentar un canon interpretativo. Nuestros intereses en este trabajo, tal como manifestamos en sus primeras páginas, iban más allá de lo expositivo. Por todo ello, la labor de difusión realizada se entiende a sí misma como una aportación entre otras. Con ello queremos unirnos a la discusión que, usando total o parcialmente a la crítica del valor-escisión, está teniendo lugar gracias a teóricos consolidados (Jappe 2015, Maiso 2016, 2018a, 2019, Ramas 2018, Vargas 2018, Zamora 2011) como a jóvenes investigadores (Acosta 2019, Del Arco 2018, Jáuregui 2019, Vega 2019).

Volviendo ahora al primero de los capítulos, cabe decir que su tarea esencial era mostrar la aportación esencial de esta corriente: la comprensión del sistema capitalista y sus categorías fundamentales como el *principio estructurante* de las relaciones de poder a partir de la época moderna. Este es el argumento fundamental que explica los dos elementos por los que la *Wertabspaltungskritik* es una perspectiva sumamente original en el conjunto de los marxismos. En primer lugar, porque permite concebir al sistema capitalista como sistema civilizatorio, como una *forma de vida*. Esta consideración permite a la *Wertabspaltungskritik* dialogar con diversas disciplinas, así como con algunas propuestas filosóficas contemporáneas que están pensando la economía como un conjunto de prácticas sociales (Jaeggi 2018). En segundo lugar, porque de ahí se deduce una vinculación esencial, la existente entre el *modo de producción capitalista* y la forma de reproducción social de una comunidad determinada. El conjunto de este trabajo ha buscado manifestar las múltiples posibilidades teóricas de esta aproximación.

El otro aspecto de importancia del primer capítulo ha sido la exposición de las tesis de Roswitha Scholz. Se ha elaborado una exposición omniabarcante de su teoría, agregando una nueva aproximación al trabajo realizado por algunos investigadores de habla hispana, centradas únicamente en la escisión de género (Briales 2014, Martínez 2016). De manera ulterior, el examen de esta autora ha dado como resultado una aportación significativa para los estudios marxistas, relacionada con la noción de fetichismo. Probamos fehacientemente la posibilidad de especificar la dinámica social del fetichismo partiendo del concepto “iterabilidad”, noción tomada de la teoría butleriana de la performatividad. Esta demostración se desprendió de la crítica de los fundamentos teóricos scholzianos, que revelamos basados en una noción de dialéctica de principios metafísicos de inspiración adorniana. Por ello

concluimos, adicionalmente, que su perspectiva teórica no podría servir a los objetivos que ostentábamos en este trabajo. Sin ser una intención explícita de este trabajo, los estudios dedicados a las relaciones entre la primera generación de la teoría crítica y Marx también se benefician de esta crítica. La identificación de las propuestas menos fructíferas permite que los esfuerzos se dirijan exclusivamente a lo verdaderamente prometedor.

El segundo capítulo ha explicado algunas de las categorías fundamentales de la argumentación kurzeana en *Geld ohne Wert*. Se ha descrito cómo esta obra expone los fundamentos de la teoría del valor kurzeana partiendo de un diálogo crítico con los marxismos más importantes de su área filosófica, la *Nueva Ortodoxia* y la *Nueva Lectura de Marx*. Mostrar las interrelaciones de Kurz con su ambiente intelectual impugna la imagen de marginalidad impuesta a la *Wertabspaltungskritik* por sus contendientes (Stützle 2001). Este ejercicio es particularmente importante en una teoría que no ha ocupado espacios de discusión teórica institucionalizada, como los universitarios. Asimismo, se ha mostrado lo novedoso de su proposición, caracterizada por cuatro elementos. En primer lugar, la toma en consideración de la génesis del capitalismo y su comprensión en términos híbridos, o sea, lógico-históricos. En segundo lugar, la importancia del punto de vista de la totalidad social, acompañada consecuentemente por la crítica al individualismo metodológico. En tercer lugar, la asunción de una posibilidad: que la reiteración de ciertas lógicas de comportamiento puedan generar efectos transformadores de carácter cualitativo. Esta asunción se ha materializado en la dinámica específica *resultado/condición constituyente*, localizada en la esfera productiva capitalista tras la introducción del dinero *moderno*. Por último, hemos explicado algunas de las peculiaridades de la concepción específica del poder en Kurz. Aunque centrado únicamente en aspectos expositivos, este segundo capítulo ha contribuido a otorgar cierta sistematicidad a la presentación habitual de la teoría de Kurz. El carácter algo desigual de sus múltiples intervenciones convierte a esta labor en una tarea muy útil para fomentar su discusión. Por tanto, podemos afirmar que la descripción sistemática de los elementos fundamentales de la teoría kurzeana es un resultado adicional de este trabajo.

El tercer capítulo, núcleo de esta tesis doctoral, se ha volcado en discutir comparativamente las teorías del valor de Heinrich y Kurz. Hemos realzado las virtudes de la teoría kurzeana, mostrando su capacidad de interlocución con la lectura heinrichiana, que está desarrollada sobre la base de un aparato textual más extenso. Asimismo, nos hemos detenido en los términos cuyas interpretaciones divergen de manera fundamental: “trabajo abstracto”,

“objetividad de valor” [*Wertgegenständlichkeit*] y “magnitud de valor” [*Wertgröße*]. En términos generales, de nuestra argumentación se desprende que hay dos grandes aportaciones de Kurz capaces de desafiar teóricamente la validez de la teoría heinrichiana.

En primer lugar, la demostración teórica de que el capitalismo es un sistema cuyas dinámicas afectan a la globalidad de sus elementos. Dicha conclusión se sigue de la discusión acerca del carácter cualitativo de toda mercancía, su *objetividad de valor*. Kurz ha razonado, a nuestro juicio de manera convincente, que esta es una característica adquirida por las mercancías en el proceso de producción.

En segundo lugar, se ha comprobado que el capitalismo no debe ser analizado en términos conceptualistas, partiendo de la consideración de su dinámica en su “media ideal”, como pretende Heinrich. Esta resolución se infiere de la explicación de las teorías de la crisis de Heinrich y Kurz. Como vimos, ambos autores parten de que el capitalismo es un sistema basado en la reiteración de la dinámica de la valorización del valor, que se presenta como lo *siempre igual*. No obstante, la teoría del límite interno incorpora la constatación de que este sistema está sometido, de igual modo, a la progresión lineal. Por esta razón, el desarrollo de las fuerzas productivas impide la vuelta atrás en el *corpus* de saber social constituido competitivamente. Adicionalmente, Kurz muestra que la competencia otorga a esta progresión un desarrollo material en términos exponenciales.

Estos dos factores, unidos a los límites del plusvalor relativo explicados por Kurz y Ortlieb, nos llevaron a concluir que el límite interno del capital existe como tal. Tal como vimos, esta tesis está relacionada con los mecanismos de plusvalía existentes. Se explicó que los límites del plusvalor relativo están basados en el número de fuerzas que pueden utilizarse de manera productiva para el capital. Si estas son muy escasas, el mecanismo de compensación de este tipo de plusvalor puede no inducir ningún beneficio adicional. Desde nuestra posición actual, vemos que Kurz busca realzar un hecho muy sencillo. La tesis del límite interno se basa en el principio que afirma que el único elemento *creador de valor* en el capitalismo es la fuerza de trabajo. Si, a causa de su propia dinámica interna, el capitalismo erosiona inexorablemente su propio fundamento, dicha erosión ha de tener algún límite, pues, en definitiva, la valorización del valor exige su creación.

Sin menoscabo de lo explicado, otro posible camino a explorar a partir de la teoría del límite interno está relacionado con la consideración de su significado en el plano fenoménico y social. Como vimos, Kurz señala que el límite interno del capital está relacionado con la

eliminación del trabajo humano por efecto de la tercera revolución industrial. Señala, de igual modo, que esta es la otra cara de una desvalorización generalizada. Siendo ambas cosas correctas, excluye de su planteamiento una consideración básica. El trabajo asalariado bajo el capitalismo es el único modo de acceder a la *riqueza social*. Así, si la sociedad capitalista está condenada a la eliminación del trabajo, está destinada igualmente a excluir de la riqueza social a un número creciente de personas, haciendo sus vidas *desechables*. Por todo ello, puede decirse que el límite interno del capital está precedido por otro límite, la restricción de la *inclusión social* de la mayoría de la población a la demanda efectiva (monetaria). Somos conscientes de que este es un tema que Kurz aborda en otros lugares. En este trabajo hemos dado cuenta de sus consideraciones acerca de la creciente *superfluidad* de muchos seres humanos. No obstante, creemos que esta tesis podría relacionarse más intensamente con la dinámica del capital, algo que lanzamos desde estas líneas para que sirva como tema de la discusión por venir.

Desde una perspectiva global de nuestra labor, la explicación rigurosa y detallada de la teoría del límite interno han ampliado los resultados que ya habíamos obtenido en un período anterior de nuestra investigación doctoral (Navarro Ruiz 2016b). Por añadidura, contribuyen a situar en perspectiva las consideraciones de este argumento que posee Michael Heinrich (1999c, 2000a, 2000b) en virtud de dos importantes demostraciones efectuadas a lo largo de estas líneas. De una parte, probamos que la tesis kurzeana no es asimilable con la postura de la *Wertkritik* de Lohoff y Trenkle, con quienes el autor de *Geld ohne Wert* mantiene notables diferencias. Es algo que explicamos en nuestro primer capítulo y que también puede comprobarse en las intervenciones kurzeanas dedicadas a esta corriente (Kurz 2008). De otra parte, refutamos fundadamente la consideración que afirma que esta teoría se constituye sobre una forma de determinismo (tecnológico y/o histórico). A tal respecto, se expuso la argumentación de Ortlieb (2009a), construida de manera explícita en contra de dicha postura y, además, se mencionaron textos específicos de Kurz (2012b, 2013b) dedicados a la reflexión de este asunto. La explicación de esta tesis kurzeana, una de las más controvertidas y peor explicadas de esta corriente, es otra de las contribuciones significativas de este trabajo.

Para cerrar la consideración en lo referente a la discusión Kurz/Heinrich sobre los límites del sistema capitalista, ha de mencionarse una posibilidad de crítica adicional que Kurz no tiene en cuenta. En virtud del estudio realizado, creemos perfectamente posible

criticar el conceptualismo heinrichiano a través de la contradicción fundamental del capitalismo identificada por Kurz: la que existe entre materia y forma. Este abordaje implicaría introducir en el argumento la consideración de un posible *límite externo* al capital, que hace imposible fácticamente siquiera pensar la posibilidad su reiteración *ad infinitum*. Como hemos dicho, esta es una opción que Kurz no explora como tal, pero perfectamente deducible de los elementos de su teoría.

Por último, en el tercer capítulo hemos expuesto los beneficios concretos de la teoría de Kurz a partir del análisis de un fenómeno particular: la desconexión del dólar del patrón oro. La manera en que el autor de *Geld ohne Wert* explica este fenómeno condensa los elementos más relevantes de su teoría del dinero y del valor, por lo que nos gustaría recordarla aquí más detalladamente. En primer lugar, se vio que en este fenómeno se hace patente el carácter doble del dinero (oro). Este es tanto *elemento funcional* del acto de intercambio como *fetiché*, representación directa de riqueza abstracta. Si no fuera un mero elemento funcional, no habría sido posible la fáctica desconexión del dólar respecto al patrón oro. A su vez, la exponencial subida del precio del oro a partir del año 2008 sería un fenómeno inexplicable si fuera, únicamente, *un mero instrumento*. Eso último indica que el oro es, asimismo, “riqueza abstracta” que podemos coger con la mano, un elemento fetichista ligado de manera fundamental a la metafísica inmanente específica de la Modernidad.

Partiendo de esa base, la argumentación kurzeana ha mostrado de igual modo que cada crisis capitalista trae a la superficie ese aspecto primordial del oro. Esto tiene dos consecuencias. Por un lado, con la desconexión dólar/patrón oro asistimos un fenómeno que, en realidad, solo puede explicarse a partir de la denostada concepción marxiana del dinero como “mercancía expulsada”. Con el mismo movimiento, las teorías funcionalistas del dinero se demuestran erróneas, mientras que la teoría kurzeana de la progresiva desvalorización de las mercancías se ve confirmada. De otro lado, se reitera el carácter fetichista de este fenómeno, manifiesto en el hecho de que la obsesión por el oro sigue actuando allí donde el dinero, como en la época contemporánea, es ya *un dinero sin valor*. Es decir, ya no vale nada, pero conserva, no obstante, su carácter fetichista. Por ello es asociado de manera inmediata como *signo de valor*, como representante de riqueza abstracta.

Por añadidura, la discusión con Heinrich en lo referido a este asunto ha resultado particularmente fecunda. Apoyados en la teoría de Kurz, hemos mostrado que la última transformación fundamental en las estructuras monetarias, el dinero crediticio expedido por

los bancos centrales, manifiesta un cambio fundamental: indica que el sistema capitalista es hoy mucho más inestable. Ya no puede distinguir qué porcentaje del dinero en circulación es *real* y cuál únicamente *crediticio*. Es decir, cuál está fundamentado en procesos de valorización pasados y cuál reposa en la promesa de valorización futuros. El capitalismo contemporáneo ha invisibilizado sistemáticamente la diferencia entre ambos, un indicio de que su funcionamiento se fiscaliza a partir de una perspectiva cada vez más cortoplacista. O, lo que es lo mismo, la búsqueda del mantenimiento de su vigencia se lleva a partir de mecanismos cada vez desesperados.

Ambos fenómenos son las dos caras de una misma moneda que verifica dos aspectos esenciales de la *Wertabspaltungskrtik*. En primer lugar, la validez de una de sus tesis fundamentales, el capitalismo como instancia que *determina, condiciona y estructura* las relaciones de poder. Seguidamente, que el signo desde el que se lee al capitalismo, la imagen que determina qué aspectos resultan significativos para su caracterización en el presente, es asimismo correcta: la imagen de la crisis. Como dijimos en nuestra introducción, la crítica del valor-escisión demuestra razonadamente el secreto a voces de nuestra época. El capitalismo *ya no da para más*.

Hemos dedicado las últimas líneas a recordar algunos de los aspectos más interesantes de la explicación de la desconexión del dólar del patrón oro por dos motivos. En primer lugar, porque, en el conjunto de los escritos marxistas, no es habitual encontrar explicaciones de este fenómeno que tengan la profundidad de la kurzeana. Tal como se vio en el capítulo tercero, esta explicación está conectada de manera fundamental con su perspectiva, macroeconómica, macrosocial y de carácter dinámico. Se trata, sin duda, de otro elemento que señala la originalidad de esta corriente. En segundo lugar, porque esta muestra de manera cristalina uno de los elementos fundamentales del procedimiento kurzeano. Nos referimos a la constante interacción entre el plano más abstracto de consideración posible de las estructuras capitalistas y su manifestación del mismo en los fenómenos más cotidianos del día a día. Dado el carácter asistemático de los escritos de Kurz, —y, en general, de toda la corriente de la *Wertabspaltungskritik*— no es posible afirmar que esta sea una metodología específica, pero sí, cuanto menos, un modo habitual de argumentar. En nuestro trabajo, en consonancia con ese modo de proceder, hemos añadido numerosas notas a pie de página que han buscado, precisamente, mostrar que las diversas consideraciones realizadas son inteligibles en la realidad cotidiana. Esperamos haber hecho entender que no son

consideraciones accesorias. Si la condición para superar el sufrimiento es conocer sus nombres, causas y condiciones históricas, la obligación del trabajo teórico de perspectiva emancipadora es recordar, a cada momento, el destinatario de sus esfuerzos.

Tras esta consideración general relativa al conjunto de esta tesis doctoral, volvemos a la exposición ordenada de sus conclusiones. El cuarto capítulo de este trabajo tenía como objetivo realizar un balance de las aportaciones de Heinrich y Kurz. Abrimos nuestra explicación manifestando las virtudes de la teoría heinrichiana, ampliando algunos de los elementos explicados en el capítulo anterior. Nos orientó la motivación de elaborar una semblanza más equilibrada de los trabajos de este autor. La causa se explica fácilmente.

En estas líneas, se ha hecho evidente la intensa influencia que hemos recibido de la *Wertabspaltungskritik*, particularmente, de Robert Kurz. Uno de sus defectos como teórico —simultánea virtud como escritor y polemista— es la actitud que mantiene con sus contendientes, ácida y ocasionalmente gamberra. Una tesis doctoral puede apoyarse en dichos argumentos, pero no puede justificar su tono si está utilizado en contra de investigadores con una trayectoria de estudio ampliamente consolidada. Otro aspecto significativo de esta cuestión es que la actitud de Robert Kurz contribuye a veces a la proyección de una imagen algo tosca de las argumentaciones de los pensadores con que polemiza. En estas líneas, hemos intentado solventar esa dificultad acudiendo a las fuentes originales a que se refería Kurz. En más de una ocasión hemos ampliado sus críticas, afianzando más fuertemente su validez gracias a una mejor justificación.

Tras considerar a Heinrich, nos condujimos a la figura de Robert Kurz. Después de reiterar sus bondades, presentamos algunos de los defectos que posee su enfoque. El problema nuclear que identificamos es lo excesivamente abstractas que son sus herramientas teóricas. Indicamos que su aproximación, que busca hacer ver cómo el sistema capitalista condiciona la estructura social de las comunidades donde se instala, debía señalar de manera clara en qué términos concretos se producía tal condicionamiento y sobre qué estructuras específicas. Observamos, pues, un error análogo al identificado en la teoría scholziana en nuestro primer capítulo, una similitud que subrayamos.

Posteriormente, investigamos si, a partir de la introducción de ciertos elementos históricos, tales errores podrían ser subsanados. Para ello, expusimos algunas de las novedades histórico-conceptuales que supuso la formación de la sociedad civil en los albores de la Modernidad. Nuestros esfuerzos, si bien arrojaron luz sobre algunos de los elementos a

tener en cuenta desde el análisis marxista, se concluyeron ineficaces. Fue entonces cuando comprendimos que lo verdaderamente necesario era la constitución de una estructura teórica diferente. Por ello, pasamos a considerar la teoría de Boaventura de Sousa Santos (2000), de la que destacamos la consideración compleja en torno a la génesis de la Modernidad y su comprensión del poder, organizado en diversos espacios estructurales. Nuestra finalidad era realizar una crítica de Kurz a partir de los materiales santinianos. Utilizamos para ello el texto kurzeano “Subjektlose Herrschaft” (Kurz 2004a), cuya exposición detallada manifestó su error central. Reparamos en que su consideración de la relación sujeto/objeto, a la que desde la Modernidad le era inherente una separación inevitable, se sostenía, casi literalmente, sobre el vacío (Kurz afirmaba que tal estructura “no estaba ocupada” [*nicht besetzt*]). Ante lo confuso de su afirmación, explicamos que dicho vacío estructural desaparecía de la relación sujeto/objeto si comprendíamos su emergencia gracias a la teoría de Santos. Es decir, apelando a la interrelación moderna de las estructuras de poder (Estado), saber (conocimiento científico) y economía (sistema capitalista). De esta manera, comprendimos que la separación sujeto/objeto de la Modernidad es realmente un fenómeno histórico y conceptual a dilucidar en el marco de una red de factores.

Esta crítica, lanzada en contra de un elemento concreto, trajo a la luz el error fundamental de la *Wertabspaltungskritik*, formulada ahora en términos específicos: *la invocación de términos excesivamente generales para la explicación de hechos y vinculaciones que, para ser plenamente comprendidos, deberían ser aclarados a través de diversas estructuras sociales y relaciones de poder diferenciadas, en una consideración histórica diacrónica*. Esta formulación, en sí misma sumamente abstracta, posee ciertas condiciones que aclaran su dilucidación.

En primer lugar, se aplica únicamente a un conjunto de teorías particulares. Aquellas que, como la crítica del valor-escisión, se proponen como objetivo fundamental la crítica del sistema capitalista como instancia central y estructurante de las comunidades donde funciona. En segundo lugar, implica aceptar que la génesis del capitalismo estuvo condicionada por multitud de factores y transformaciones, que podemos organizar en torno al trinomio foucaultiano poder-saber-sujeto. Por último, implica que el poder sea asumido como un término complejo. Si es ejercido “de manera vertical” u “horizontal” no agota su significado. El poder es un término que, como el ser aristotélico, “se dice de muchas maneras”, pues está condicionado por el espacio estructural en que sea ejercido. Según el espacio estructural que

habite, cada poder adquiere unas peculiaridades y una legaliformidad específicas. Esta crítica fundamental al conjunto de la *Wertabspaltungskritik* es otro de los resultados de esta investigación.

La crítica es uno de los ejercicios básicos de la disciplina filosófica, puesto que permite determinar con exactitud las bases y fundamentos de un autor/a, teoría y/o corriente determinada. Su práctica es aun más interesante por las posibilidades que abre. Ejercer críticas nos ayuda a desasirnos de los problemas heredados, en realidad ya fútiles, abriendo nuevos horizontes. Separando el grano de la paja —la metáfora de la agricultura no puede ser más pertinente, considerando el origen etimológico de “crítica” en el verbo griego *krinein*— podemos reconstruir los términos de nuestra reflexión y posibilitar la emergencia de nuevos pensamientos. Este es el espíritu que ha animado a la segunda sección de este trabajo.

En consonancia con esta actitud, hemos querido señalar algunas de las propuestas de aquellas teorías que son conscientes de la estructura teórica que exige el análisis del capitalismo en la actualidad. Así, no es sorprendente que todos los enfoques mencionados asuman que su labor analítica ha de ser realizada considerando diversas causas, organizadas en jerarquías múltiples, interrelacionadas, cambiantes según la correlación de fuerzas. Por lo demás, nuestro examen abarcó tres asuntos de importancia: la relación entre el género, la Naturaleza y la “raza” con el capital. Cada uno de ellos arrojó conclusiones relevantes. Estas han sido indicadas ordenadamente en anteriores páginas, por lo que ahora podemos, simplemente, recordar algunas de ellas.

De una parte, en el caso de la relación entre género y sistema capitalista (capítulo 5), se ha demostrado que la economía ortodoxa posee sesgos androcéntricos y patriarcales. Estos se manifiestan, por ejemplo, en la falta de consideración del espacio de reproducción y en los estrechos límites de nociones como “empleo” o “necesidad”. Se ha indicado, de igual modo, que las relaciones de desigualdad se encuentran jerárquicamente distribuidas a escala mundial. El breve tratamiento del trabajo doméstico, donde se distinguió qué significa el término “cadenas globales de cuidados”, buscaba reflejarlo en términos concretos. Por último, se ha comprobado que las reflexiones en el plano de lo social han tenido consecuencias en lo filosófico: la crítica al sujeto autónomo moderno y el estudio de las nociones “interdependencia” y “precariedad” son buenas muestras de ello.

De otra parte, la consideración de las consecuencias negativas del modo de vida generalizado por el capitalismo fueron analizadas en el capítulo 6. Se reflejó fehacientemente

la importancia de los conceptos teóricos en la legitimación e implementación de un curso de acción determinado. De esta forma, se pudo comprobar cuán sencillo resultaba anclar el concepto de “Naturaleza” proveniente de la Modernidad a su consideración como mera fuente de recursos, tal como hace el capitalismo. Una buena parte de este capítulo se ocupó en indicar algunas de las emergencias medioambientales que afrontamos como civilización, si bien señalamos, del mismo modo, determinados caminos para revertir y transformar nuestra situación. Respecto a lo último, la perspectiva del *Sumak Kawsay* nos ofreció una cosmovisión que ha generado propuestas concretas (Unceta 2014) para la constitución de una economía radicalmente diferente.

Por último, en el capítulo 7, abordamos la relación entre la “raza” y el capitalismo. Como consecuencia, tratamos una de las teorías más prolíficas de la actualidad: el poscolonialismo. Constatamos sus beneficios en el ejercicio de una concepción más compleja de las jerarquías de poder (Grosfoguel 2008), asimismo, señalamos que la “raza” es un elemento fundamental del sistema moderno (Quijano 2000, 2014a, 2014b). Tuvimos ocasión de mostrar ciertas críticas realizadas a algunas de sus corrientes (Chibber 2013), que nos alertaron de los peligros de dotar de excepcionalidad a lo que en realidad es corriente: la dominación que implica la dicotomía capital/trabajo. Este contrapunto nos permitió entonces calibrar en qué sentidos habíamos de entender el uso de nociones generales en la argumentación filosófica y crítica dedicada a la dinámica social capitalista.

Una singularidad del capítulo 7 es que estuvo atravesado en su totalidad por la consideración de la historia capitalista y la historia en el capitalismo. Nuestra pretensión era, en general, hacer ver que son posibles *otros* relatos de la Modernidad y de la tradición teórico-histórica que nos precede. Nos interesaba de igual forma demostrar que la selección de elementos históricos considerados en un estudio influye fuertemente en la forja de una imagen global que representa a una época. Formuladas así, son dos cuestiones que quizá parecen banales. No obstante, en nuestro trabajo adquirieron un hondo significado por dos razones.

En primer lugar, porque estos tres capítulos compartieron una labor: la construcción de un *relato diferente* del fundador de la teoría a la que esta tesis se siente perteneciente, Karl Marx. Nuestro deseo es haber mostrado las luces y sombras de este pensador, basándonos en las aportaciones más informadas y completas (Anderson 2010, Brown 2012, Federici 2018, Saito 2017). En esta tarea, se ha hecho frecuente referencia a la última edición de las obras

completas de Marx y Engels, MEGA, cuya relevancia se señaló ya en nuestras notas preliminares. En lo referente al pensador de Tréveris, también hemos buscado impugnar —ojalá definitivamente— una línea de interpretación que aún se acepta como canónica, el “marxismo tradicional” o “marxismo vulgar”. Esta ha sido una faena transversal a este trabajo, por lo que ha aparecido en diversos lugares, pero su consideración más prolija se ha realizado en el capítulo 7. Por descontado, somos conscientes de que la labor realizada no generará una refutación definitiva de esta aproximación. Sobre la base de diferentes motivos, hay defensores y detractores interesados en la misma medida en que se siga perpetuando esta imagen del marxismo. En cualquier caso, esperamos haber contribuido al trabajo realizado en la academia española desde un punto de vista sumamente similar al aquí defendido (Ruiz Sanjuán 2011b).

En segundo lugar, desde aquí sostenemos que la selección de elementos para la construcción de una imagen que represente una determinada época es *conditio sine qua non* del análisis. Una vez se ha rebatido de modo absoluto la existencia de un relato histórico objetivo, la honestidad teórica reposa en la aceptación de la parcialidad propia (Haraway 1988). Para ello, se han de indicar con claridad los límites e intereses de un abordaje determinado. Igualmente crucial es manifestar las motivaciones que han impulsado su trabajo. De cumplir estas características, todos los análisis poseerán momentos de verdad y falsedad, aunque su calificación debería ser realizada, más bien, en términos de “fructuoso” o “infructuoso”. Este conjunto de factores son los que fundamentan lo que, en el post-scriptum, hemos sostenido que era el hilo rojo de esta tesis. En lugar de exponerlo directamente, creemos que una explicación rigurosa implica que nos retraigamos a un momento algo anterior.

En contra de la excesiva continuidad histórica que, ciertamente, parecía proponer Goodoy (2011), la segunda sección de este trabajo ha buscado mostrar lo que consideramos un hecho: la interrelación de diferentes elementos en determinados acontecimientos históricos es capaz de crear rupturas cualitativas. Su importancia es tal, que, desde nuestro punto de vista, exigen que el análisis teórico se organice en torno a dichos quiebres. Es algo evidente, dado que la teoría busca explicar, hacernos comprender el pasado para entender el presente. Por tanto, habrá de fijarse en aquellos momentos que mejor permitan generar líneas de continuidad hacia lo que somos o, en otros casos, lo que nos quieren hacer ser.

Esto es algo cuyas bases explicamos en el corolario de la segunda sección. Este se

dedicó, en su mayor parte, a resumir algunos de los resultados obtenidos. Pudimos por ello formular aspectos generales, como la vinculación esencial existente entre trabajo asalariado y ciudadanía. Pero no es esto lo que aquí nos interesa. Lo verdaderamente importante para nuestra explicación actual fue lo que expresamos a continuación de dicho resumen. Ahí manifestamos las condiciones de nuestra propia parcialidad, la que constituye esta investigación. Dijimos que nuestros intereses y límites están conformados por una conciencia crítica del presente que entiende que el sistema capitalista ha llegado a sus límites como sistema civilizatorio. Dicha conciencia, asumida como principio impulsor del análisis, nos señala qué acontecimientos históricos son pertinentes para la generación de relaciones significativas de acuerdo a nuestros criterios. Aquellos en torno a los que podemos organizar nuestro estudio.

Volvemos, por tanto, al prefacio que inauguró este trabajo y a la Wertabspaltungskritik: a la conciencia de crisis como clave de lectura. Tras el recorrido realizado sería inútil sentenciar si hay más motivos para la esperanza o más, tal vez, para la desesperación. En el sistema capitalista (aunque no es eterno, creemos seguro que quien escribe y leerá estas líneas habrá de vivir enteramente bajo su signo) todo depende de la correlación de fuerzas. Consecuentemente, el mejor camino para la teoría de interés emancipador es, sin duda, continuar.

Conclusions

Our academic research has been put into practice based on the explicit aim of tackling the possibilities and fundamentals of the contemporary marxist critique. This aim, as we stated in our introduction, was invigorated by a critic consciousness of our present, which we considered appropriately grasped through the interpretive key of the crisis of civilization.

The materialization of this theoretical thrust could be only carried through a theory which focuses, like every Marxism, on the capitalist social-economical dynamic. That is to say, through a theory which considers the “valorization of value” as the most important purpose of the capitalist society. Nevertheless, we could not acquiesce to a random choice. In accordance with the systemic crisis we identified, we had to pick a perspective that could understand capitalism as a form of life, rather than a mere social-economical system. That is, as a mode of civilization. The critic of splitting-value (*Wertabspaltungskritik*) complied with these conditions, reason why it has had the leading role in our reflections. Our exposition has begun through a explanation of this line of thought. Step by step, this account has become also its immanent critique, which has finally led to overflow its limits as a theory. Therefore, this doctoral thesis has also exposed some other theoretical approaches, such as the Social Reproduction Theory (SRT), Postcolonialism, or Boaventura de Sousa Santos's. Each one of our decisions and arguments have yielded different conclusions, which we are to explain briefly in the following lines.

The first chapter pretended exclusively to describe, in a systematic manner, some of the most characteristic peculiarities of the approach of the critique of splitting-value. The low dissemination of its propositions and, almost complete lack of Spanish translations of their texts, made our modest exercise something valuable. As commented before in this work, this is the first doctoral thesis systematically focused upon this stream of thought.

We were well aware of what it means to conduct innovating research. Consequently, we have rigorously justified every claim we have attributed to this line of interpretation. In the same spirit, we have also quoted these authors extensively, even where it was not completely necessary for our argumentation. We ensured that the quotations were adequately long to reflect that our own asseverations were also the author's in question. We did not want to fix a reading canon. Our personal interests in this work, as we voiced in the beginning pages, where beyond the expositive.

Considering all of these, our dissemination labor is understood as a contribution among others. We want thus to join the on-going discussion, led both by consolidated theorists (Jappe 2015, Maiso 2016, 2018a, 2019, Ramas 2018, Vargas 2018, Zamora 2011) and young researchers (Acosta 2019, Del Arco 2018, Jáuregui 2019, Vega 2019).

Back to our first chapter, the essential task was to evince the principle contribution of the critique of the splitting-value. It is the conception of the capitalist system and fundamental categories as the structural principle of the relations of power, in the modern era and thereafter. That is the crucial point that explains why the *Wertabspaltungskritik* conforms a highly original scope among the diverse streams of Marxisms. Firstly, because it leads us to comprehend the capitalist system as a mode of civilization, as a *form of life*. This consideration nurtures the dialog between the *Wertabspaltungskritik* and diverse disciplines, as well as with some contemporary philosophical approaches which are working on the topic of Economy as a social practice (Jaeggi 2018). Likewise and in the second place, given this considerations, we can deduce a essential link: that which exists between the capitalist mode of production and the social reproduction form of a certain community. Our whole work has sought to reveal clearly the multiple theoretical possibilities of this scope.

Another important aspect in the first chapter was the description of the main thesis of Roswitha Scholz. We developed an all-encompassing account of her theory. Thus, we added a new approach to the existing research carried through in the Spanish language, wholly concentrated on gender issues (Briales 2014, Martínez 2016). Subsequently, our study has had some significant results for the Marxian studies in what concerns the notion of fetishism. We reliably proved the possibility to specify the social dynamic of fetishism using the concept of “iterability”, a notion we took from the Butlerian theory of performativity. This evidence emerged from a penetrating critique of the Scholzman theoretical principles. These were revealed constitutively based on a notion of dialectics with metaphysic core, slightly inspired on Adornian premises.

By virtue of our scrutiny, we concluded, additionally, that her theoretical approach could not help us meet the objectives set in our academic research. Without being an explicit intention of our work, research dedicated to the existing connections between the first generation of the Frankfurt School and Marx can further benefit from our criticism. Accurate identification of the least fruitful proposals concentrates efforts entirely on what is truly promising.

In the the second chapter we have explained some of the fundamental categories of the Kurzean reasoning presented in *Geld ohne Wert*. We have described how this work exposes the fundamentals of the Kurzean value theory thanks to a critical dialogue with the most important Marxian interpretations of this philosophical area, the New Orthodoxy [*Neue Orthodoxie*] and the New Marx Reading [*Neue Marx-Lektüre*]. Pointing out Kurz's interrelations with his intellectual background challenges effectively the image of marginalization imposed to the *Wertabspaltungskritik* by its contenders (Stützle 2001). This exercise is so much so important in this theory, as it has not occupied spaces of institutionalized theoretical discussion, such as universities. Moreover, we have evinced the elements of originality of his thesis, which we can concretize in four basic proposals.

First and foremost, the attention devoted to the origins of capitalism and understanding in hybrid terms, that is, logical-historical. In the second place, the importance attached to the global-social point of view as analytical key, which goes with a thorough critique to methodological individualism. In the third place, the assumption of a certain possibility: that the repeated reiteration of particular logics of social behavior might generate transformative effects of qualitative character. This assumption has been materialized in the specific dynamic *result/constituting condition*, which we localized in the capitalist sphere of production after the introduction of *modern* money. Lastly, we have enlightened some of peculiarities of the specific conception of power in Kurz. Hence, although centered solely in expositive aspects, this second chapter has contributed to add a certain systematicity to the usual account of Kurz's theory. The character—somewhat irregular— of his multiple interventions, turns this exercise in a very useful asset in promoting his discussion. It follows that the systematic description of the essential fundamentals of the Kurzean theory is an additional result of this academic research.

The third chapter, heart of this doctoral thesis, has been dedicated to discuss in a comparative manner Heinrich's and Kurz's value theories. We have highlighted the virtues of the Kurzean theory, evincing that it can debate fiercely with the Heinrichian interpretation, grounded on a solid and more extensive textual apparatus. Correspondingly, we have taken enough time to consider those terms whose interpretations diverge in a fundamental manner: “abstract labor”, “value objectivity” [*Wertgegenständlichkeit*] and “magnitude of value” [*Wertgröße*]. In general terms, our reasoning brought us to the idea that there are two important contributions of the Kurzean theory which comply the conditions to defy

theoretically the Heinrichian's.

Firstly, the theoretical evidence that capitalism is a system whose dynamics globally affect its components. Such conclusion can be deduced from the discussion about the qualitative character of the commodity, its objectivity of value. Kurz has reasoned, by our understanding in a highly convincing manner, that this peculiarity is acquired already in the process of production.

In the second place, it has been evinced that capitalism must not be analyzed in conceptualist terms, hence from a consideration of its dynamics in its “ideal average”, just like Heinrich pretends. This resolution is inferred from the account of the Heinrichian and Kurzean crisis theory. As we saw, both authors accept that capitalism is a system based on the reiteration of the dynamics of valorization of value, pictured as the process of the ever-same. Nevertheless, the theory of the inner limit incorporates another element of consideration: that this unchanging system is subject, by the same token, to lineal progression. Correspondingly, the development of the productive forces prevents from going back in the *corpus* of social knowledge, constituted by means of competition. Additionally, Kurz explains that this progression is complemented with a material development of exponential growth, due, precisely, to competitive mechanisms.

Both factors, put together with the limits of relative surplus value —as explained by Kurz and Ortlieb— led us to the conclusion that the inner limit of capital exists as such. Just as we observed, this thesis is intimately linked with the existing surplus mechanisms. We examined that the limits of relative surplus value are based on the quantity of labor power which can be productively used for the capital. If scarce, the mechanism of compensation of this type of surplus value might not yield an additional benefit.

From our present position, we see that Kurz seeks to enhance a very simple fact. The thesis of the inner limit is based on the assertion that the only element that *can create new value* in capitalism is labor power. If capitalism, due its own inner dynamics, inexorably erodes its own fundament, this must have some kind of limit. Ultimately, the valorization of value demands its creation.

Notwithstanding this account, another road to explore from the theory of inner limit on is related to the consideration of its particular meaning in the social and phenomenal levels. As we observed, Kurz points out that the inner limit of capital is linked to the progressive elimination of human labor, a side effect of the third industrial revolution. He

notes, in like manner, that this is the flip side of a general devaluation. Although both things are correct, Kurz excludes a basic consideration in his approach. Under capitalist conditions, wage labor is the only mean to access to *social wealth*. Then, if capitalist society is doomed to eliminate human labor, is condemned as well to exclude from social wealth an increasing number of people, making their lives *disposable*. Thereupon, we may conclude that the inner limit of capital is preceded by another limit, the restriction of *social inclusion* of a growing part of the population to effective (monetary) demand. We assume that this is an issue Kurz tackles in different parts of his production. For example, in these lines we have taken into consideration his reflections on the rising *superfluous* character of many human beings. However, we believe that thesis could be connected more intensively with the dynamics of capitals, something we propose as a matter of discussion in the dialog to come.

From a global scope of our overarching research labor, the rigorous and detailed explanation of the theory of the inner limit has widened the results we had already obtained in a previous period of our doctoral study (Navarro Ruiz 2016b). In addition to this, it contributes to put in another perspective Michael Heinrich's (1999c, 2000a, 2000b) considerations on this matter, by virtue of important evidence proved in these lines.

On the one hand, we proved that the Kurzean cannot be integrated with Lohoff and Trenkle *Wertkritik*'s position. The author of *Geld ohne Wert* has serious differences with this line of interpretation. That is something we presented in our first chapter and that can as well be confirmed in some Kurzean texts dedicated to this stream of thought (Kurz 2008). On the other hand, we rejected emphatically the approach that upholds that the thesis of the inner limit is grounded on a certain form of (technological and/or historical) determinism. In this regard, we presented Ortlieb's (2009a) argument, built explicitly upon against this mentioned approach. Moreover, we referenced some Kurzean texts (2012b, 2013b) focused on this matter of consideration. The explanation of this Kurzean thesis, one of the most controversial and least understood, is another significant contribution of this research work.

To conclude our consideration in what concerns Kurz/Heinrich discussion of the limits of the capitalist system, we must mention an additional possibility of critique, which Kurz does not take into consideration. By virtue of our examination, we believe perfectly possible to refute the Heinrichian conceptualism through the fundamental contradiction of capitalism, as identified by Kurz: the contradiction between form and matter. This approach would imply introducing in our argument the consideration of a possible *external limit* to

capital, which makes *per se* factually impossible to consider that it can reproduce itself *ad infinitum*. As we say, this is an option Kurz does not explore, but perfectly inferable from the elements of his theory.

Finally, in the third chapter we have provided account in the concrete benefits of the Kurzean theory given the analysis of a particular phenomenon: the cancellation of the direct convertibility of the dollar to gold. The way the author of *Geld ohne Wert* enlightens this phenomenon gathers the most relevant elements of this money and value theory, something we would like to recall in more detail. In the first place, we saw that in this phenomenon becomes clear the double character of money (gold). This is both a *functional element* of the act of exchange and a *fetish*, direct representation of abstract wealth. If it were not a functional element, it would not have been possible to cancel the convertibility of the dollar to gold. At the same time, the exponential rise of the price of gold since 2008 would be inexplicable if it were, solely, a *mere instrument*. The latter signals that gold is likewise “abstract wealth” we can grab with our hands, a fetishist element connected in a fundamental way to the specific immanent metaphysics of Modernity.

On that basis, the Kurzean argument has correspondingly clarified that each capitalist crisis brings up to the surface of society this primary aspect of gold. This has two consequences. On the one hand, the cancellation of the direct dollar convertibility to gold is something we can analyze only by means of the —bitterly vilified— Marxian conception of money as a “segregated commodity” [*ausgesonderte Ware*]. In a single movement, the functionalist approaches to money are proved mistaken, whereas the Kurzean theory of the progressive devaluation of commodities is confirmed. On the other hand, we highlight the fetishist character of this phenomenon, glaringly manifest in the fact that the gold obsession keeps acting even where, like in our present, money is, already, *money without value*. In other words, it is worth nothing, but in retains, however, its fetishist character. It is somehow associated to the ability to signify value, as a form of representation of abstract wealth.

Furthermore, the discussion with Heinrich in what refers to this matter has resulted particularly fruitful. Assuming the Kurzean theory, we have proved that the last fundamental transformation in the monetary structures, credit money issued by central banks, signals a crucial change. It denotes that the capitalist system is nowadays much more unstable. It cannot distinguish which percentage of the circulating money is *real*, and which is not. That means knowing which is grounded on past valorization processes, which in the promises of

valorizations to come. Contemporary capitalism has systematically concealed the difference between both circumstances, which makes evident that its functioning is audited on the basis of a short-term perspective. In other words, its validity is sought by virtue of more desperate mechanisms.

Both phenomena are the two sides of the same coin, which further verify two essential aspects of the *Wertabspaltungskritik*. In the first place, the accuracy of one of its elemental thesis, capitalism as social-economical agency that *determines, conditions and structures* relations of power. Afterwards, that the sign through which capitalism is understood, that is, the image that conditions which aspects are significant for its characterization, is also accurate: the crisis. As stated in our introduction, the critique of splitting-value justifiably demonstrates the open secret of our time. Capitalism *is not working*.

We have spent the last lines of our text recalling some of the most interesting aspects of the Kurzean account of the cancellation of the convertibility of dollar to gold for two main reasons. First, because accounts like the Kurzean, deep and rich in detail, are seldom found in Marxian approaches. As we saw in the third chapter, this explanation is fundamentally connected with his own macrosocial, macro-economical and dynamic perspective. It is without a doubt another facet of originality of this stream of thought. In the second place, because that account reveals one of the crucial components in Kurz's argumentative procedure. We speak of the constant interaction between the most abstract level of consideration of the capitalist structures and their manifestation in the quotidian phenomena. Given the non-systematical character of Kurzean pieces of writing—moreover, a general characteristic of the *Wertabspaltungskritik*—we may not confirm that this is a specific methodology. It is, nevertheless, a standard in their texts. In this work, in accordance with that procedure, we have added numerous footnotes which sought to indicate that our abstract considerations are, though, intelligible in our daily life. We hope to have made clear that these are not secondary reflections. Is the condition to overcome suffering detecting its names, causes and historical conditions, so is the duty of transformative theoretical work remembering, at each moment, who is the recipient of its efforts.

After this overarching revision of our work, we may go back to the exposition of conclusions. The fourth chapter of this work aimed to assess both Heinrichian and Kurzean contributions. We begun by illustrating the virtues of the Heinrichian theory, broadening some of the features seen in past chapters. We were motivated by the incentive of presenting a

more balanced characterization of Heinrich. The reason why is easily explained.

In the past pages, it has been evident how deeply influenced we are by the *Wertabspaltungskritik*, particularly by Robert Kurz. One of his flaws as theorist—simultaneously a virtue, as writer and polemicist—is the attitude he adopts against his contenders, always acid and, occasionally, somewhat mischievous. A doctoral thesis can use those arguments, but it cannot justify their tone if used against researchers who own a fully consolidated study trajectory. Another significant facet of this matter is that Robert Kurz's attitude, sometimes, contributes to project a partially rough image of the reasonings he discusses. In our text, we have attempted to overcome that difficulty by recurring to the original sources. In more than one occasion, we have broaden his own remarks, and so strengthened their validity thanks to a more solid justification.

After considering Heinrich, we went back to Robert Kurz. We first reaffirmed his positive aspects, a consideration followed by an account of some of his defects. The central problem we identified is the excessive abstraction of his theoretical tools. We pointed out that his perspective, that attempts to prove how the capitalist system conditions the social structure of the communities in which is implemented, had to specify clearly under what concrete conditions was such conditioning produced, and which structures were affected. We observed, then, an error analogous to that of Roswitha Scholz, already seen in our first chapter.

Afterwards, we investigated whether those errors could be rectified through the introduction of certain historical elements. In order to do that, we mentioned some of the historical-conceptual novelties brought by the constitution of civil society at the beginning of the modern era. Our efforts, even though they cast light on some of the elements to consider from a Marxian perspective, were in vain. We understood then that the theoretical structure had to be transformed and, as a result, we considered Boaventura de Sousa Santos's approach. We highlighted his complex conception of the origin of Modernity and his understanding of power, organized in diverse structural spaces. Our aim was to elaborate a far-reaching critique of the Kurzean theory, using Santos's tools. This was carried through a detailed exposition of Kurz's "Subjektlose Herrschaft", (Kurz 2004a) whose central problem was soon found. We noticed that his consideration of the subject/object relation and its inherent separation since the modern era was leant, almost literally, against a void (Kurz mentioned that this structure "was not occupied" [*nicht besetzt*]). Faced with the confusing character of

the Kurzean asseveration, we opposed the existence of such structural void in the subject/object relation. It disappeared when its emergency was understood by means of Santos's theory. That is, recurring to the modern interrelation between power structures (State), knowledge (scientific knowledge) and economy (capitalist system). In this manner, we came to the conclusion that the modern subject/object relation and its inherent separation is a historical-conceptual fact, which is to enlighten within a frame of diverse factors.

Our critique, limited by its scope, nevertheless brought to light the most fundamental error of the *Wertabspaltungskritik*, which we can now formulate in specific terms. That is *the invocation of excessively general notions to explain facts and relations which, to be fully understood, should be clarified by virtue of diverse social structures and differentiated relations of power, in a historical-diachronic account of events*. Our highly abstract formulation has certain conditions, that might help resolve its elucidation.

First, it is applied only to a group of particular theories. Those which, like the critique of the splitting-value, have as fundamental aim the critique of the capitalist system as a central, structuring social-economical agency in the communities dominated by its principles. In the second place, it implies accepting that the emergency of capitalism was conditioned by a myriad of factors and transformations that can be organized around the Foucauldian power-knowledge-subject trinomial. Finally, it implies that “power” is assumed as a complex notion. Whether “vertically” or “horizontally” exercised, does not exhaust its meaning. Power, like the Aristotelian being, “is said in many ways”, as it is conditioned by the structural space where it is wielded. Depending on which structural space it inhabits, each form of power possesses specific peculiarities and legality forms. This fundamental criticism against the *Wertabspaltungskritik* is another result of our academic research as a whole.

Critique is one basic exercise in the discipline of philosophy, because it allows to determine precisely the fundamentals of a certain author, theory or stream of thought. Its practice is so much so interesting regarding the possibilities it opens up. Criticism help us let go inherited problems, which are actually futile, thus broadening our horizon. To separate the wheat from the chaff—the agricultural metaphor is extremely pertinent, given the etymological origin of “critique” in the greek verb *krinein*— leads us to the reconstruction of our reflection and its terms, making space for new ideas. That is the spirit that led us in the second section of this work.

In accordance with this attitude, we have pointed out some of the proposals coming

from theories which are perfectly aware of the theoretical structure demanded to analyze contemporary capitalism. Therefore, it is not surprising that, all mentioned approaches, accept that their analytical labor must be put into practice taking into consideration different factors, organized in multiple, interrelated and changing hierarchies that depend on power correlations. Otherwise, our exam encompassed three equally important subjects: the relation between gender, nature, and “race” with capital. Each one made emerge relevant conclusions, that we have correspondingly addressed before. Now we may simply recall some of them.

On the one hand, with respect to the relation between gender and capitalist system (chapter 5), it has been proved that the orthodox economy is biased by androcentric and patriarchal patterns. These are manifest, for instance, in the lack of consideration of the spaces of reproduction, and the narrow limits of concepts such as “employment” or “necessity”. We indicated likewise that inequality is hierarchically distributed at a global scale. The brief analysis of domestic work, which presented the meaning of “global chains of care”, sought to reflect the existence of this hierarchy in concrete terms. Finally, we evidenced that reflections on social matters have also had philosophical consequences: the critique of the autonomous modern subject and, also, the study of concepts like “interdependence” and “precarity”.

On the other hand, the negative consequences of the lifestyle generalized by capitalism were addressed in chapter 6. We evinced the importance of theoretical concepts in the process of legitimation and implementation of a determinate course of action. Thus, we saw how easily the modern concept of “Nature” can be intertwined with its conception as mere source of resources, just like capitalism does. A good portion of this chapter was dedicated to show some of the environmental emergencies we face as civilization, although we indicated as well some ways to reverse and transform our situation. In respect to this, the *Sumak Kawsay*’s perspective offered us a new world view that has already generated some concrete suggestions (Unceta 2014) for the constitution of a radically different economy.

Lastly, in chapter 7, we tackled the relation between “race” and capitalism. Accordingly, we dealt with one of the most prolific theories in our present: Postcolonialism. We verified its benefits in the exercise of a more complex conception of power hierarchies (Grosfoguel 2008), moreover, we revealed that “race” is an essential element in the modern system (Quijano 2000, 2014a, 2014b). We also had the opportunity to refer some of the critiques received by some postcolonial approaches (Chibber 2013). These warned us about

the risks of bestowing the condition of exceptionality to which, actually, is quite ordinary: the domination implied by the capital/work dichotomy. This counterpoint led us to meditate upon the senses in which we must comprehend the use of general notions in philosophical arguments and the critique of the capitalist social dynamics.

A singularity in chapter 7 was its reflection on capitalist history, and history in capitalism. Our overarching ambition was to make visible that *other* stories of Modernity and our preceding historic-theoretical tradition are possible. Also, we wanted to clarify that the selection of historical elements considered in a study strongly conditions the forge of a global image that represents an era. Formulated in this manner, these can appear to be banal issues. However, they gained importance in our second section for two different reasons.

To begin with, because these three last chapters shared a common task: the construction of a *different story* of the founder of the theory to which this doctoral thesis feels belonging, Karl Marx. We hope to have shown how he had lights and shades, given that our account was based on the latest, most informed and complete contributions on the matter (Anderson 2010, Federici 2018, Saito 2017). We have frequently made reference to the last edition of the complete works of Marx and Engels, MEGA, whose relevance was already expressed in our preliminary notes. In what concerns our philosopher, we have also sought to contest —be it definitive— a line of interpretation that is still accepted as canonical, the “traditional” or “vulgar Marxism”. This has been transversal task to this work, reason why it has appeared in different moments of our argument. Nevertheless, the most detailed explanation was provided in chapter 7. It goes without saying that our labor will not generate a definitive refutation. On the basis of different reasons, there are as many advocates as there are detractors interested in perpetuating this image of Marxism. In any case, we hope to have contributed to the research conducted in the Spanish academic spheres from a remarkably similar point of view to the here defended (Ruiz Sanjuán 2011b).

In the second place, we uphold that the selection of certain elements to construct a image that represents a determinate era is, actually, a *conditio sine qua non* of the analysis. Once the existence of a objective historic narrative has been rejected, theoretical integrity rests on the acceptance of the own partiality (Haraway 1988). In order to do so, we must publicly announce the limits and interests of a certain approach. In full compliance of these conditions, all analyses will have moments of truth and falseness, although its classification should be conducted rather in terms of “fruitfulness” or “unfruitfulness”. These factors as a

whole are what fundamentals that which, in our post-scriptum, we have confirmed as the *leitmotiv* of this doctoral thesis. Instead of exposing it directly, we believe a convincing explanation demands that we go back to a preceding moment.

Against the excessive historic continuity that, certainly, seemed to propose Goodoy (2011), the second section of this work has sought to evince what we consider a sheer fact: the interrelation of different elements in determine historic events can create *qualitative ruptures*. From our point of view, they are so important, that require that the theoretical analysis is organized around those fractures. It is self-evident, for theory seeks to explain, make us understand our past to comprehend our present. So, it will have to pay attention to those moments which best allow to generate lines of continuity to what we are, or, in other cases, to what is pretended that we become.

This is something whose bases we described in corollary of the second section. This was dedicated, for the most part, to summarizing some of results demonstrated. We could formulate some general aspects, such as the essential relation that exists between wage labor and citizenship. That is not what interests us here. What is truly relevant for our present account, is what we expressed next to that summary.

We manifested then the conditions of our own partiality, the one which constitutes this academic research. We affirmed that our interests and limits are conformed by a critical consciousness of the present, that understands that the capitalist system has reached its limits as a mode of civilization. This consciousness, accepted as the triggering principle of our analysis, distinguishes which historic events are pertinent for the generation of significant relations according to our own criteria. Those upon which we focus our study.

We go back, then, to the preface that opened up this work, also back to the *Wertabspaltungskritik*: crisis as a interpretive key. Considering our reflections, it is useless to determine wether there are more reasons for hope or, rather, despair. In the capitalist system (although not everlasting, we believe that, who writes these words, and those who will read them, will have to live entirely under its sign) everything depends on the correlation of forces. Consequently, the best way to go for the theory of transformative interest is, without a doubt, to *continue*.

Bibliografía

Nota previa: hemos decidido incluir las referencias completas de todos aquellos textos que se citaran en el texto para facilitar su búsqueda al posible lector. No se incluyen las referencias a los textos periodísticos, correctamente citados a pie de página allí donde se han utilizado. Por lo que respecta a las obras extranjeras, a no ser que se indique lo contrario, las traducciones son propias.

Por otra parte, de manera diferente a como se suele hacer habitualmente, hemos citado los textos de Marx por orden de edición editorial, indicando entre corchetes su año de edición original. La única excepción a esta regla son las obras editadas en los MEGA, citadas directamente por su año de edición original. A pesar de esta pequeña diferencia, en cualquier caso, se trata de una decisión que influye únicamente al orden de aparición en la bibliografía. En el cuerpo de texto las obras de Marx se citan aludiendo únicamente a su denominación canónica (MEW o MEGA, respectivamente) y no al año de su publicación.

ACOSTA, Alberto, *El Buen Vivir, Sumak Kawsay, una oportunidad para imaginar otros mundos*, Icaria-Antrazyt, Barcelona, 2013 (Citado en UNCETA, Koldo, *op. Cit.*).

(2014) “Post-crecimiento y post-extractivismo: dos caras de la misma transformación cultural”, en ENDARA, Gustavo (coord.), *op. Cit.*: 93-122.

ACOSTA IGLESIAS, Lorena, “The time(s) of capital: *Marx reloaded* desde Moishe Postone”, en SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, (Coord.) *Marx y la crítica de la economía política. Contribuciones a una tradición*, Pamplona, Pamiela Editorial, 2019 [En prensa].

ADICHIE, Chimamanda Ngozi, *Americanah*. Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial, 2017.

ADORNO, Theodor Wiesengrund, *Obras Completas*, Tomo 4, *Minima Moralia. Reflexiones sobre la vida dañada*. Madrid, Akal, 2004.

(2009) *Obras Completas*, Tomo 10, nº2 *Crítica de la cultura y la Sociedad II. Intervenciones*, entradas. Madrid, Akal.

y HORKHEIMER, Max, *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid, Trotta, 1998 [1994].

ÁGOSTON, Gábor, *Guns for the Sultan: Military Power and the weapons industry in*

- the Ottoman Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005. (Citado en GOODOY, Jack, *op. Cit.*).
- AGUILAR, Delia D., “Intersectionality”, en MOJAB, Shahrzad, *Marxism and Feminism*. Londres, Zed Books, 2015: 203-220.
- ANDERSON, Kevin B., *Marx at the margins. On Nationalism, Ethnicity, and Non-Western Societies*. Chicago, The University Chicago Press, 2010.
- ANDERSON, Perry, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1987.
- ANZALDÚA, Gloria, *Borderlands/La frontera. The New Mestiza*. San Francisco, Aunt Lute Books, 1987.
- ARAÚJO, Marta y RODRÍGUEZ, Silvia, *Eurocentrism, Racism and Knowledge. Debates on History and Power in Europe and the Americas*, Nueva York, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2015.
- ARENDT, Hannah, *La condición humana*. Barcelona, Paidós, 2003.
- BANNERJI, Himani, *Thinking through. Essays on Feminism, Marxism and Anti-racism*. Toronto, Women's Press, 1995.
- (2005) “Building from Marx: Reflections on Class and Race” *Social Justice*, nº 32, 4: 144-160.
- BAUER, Bruno y MARX, Karl, *La cuestión judía*. Barcelona, Anthropos, 2009.
- BELTRÁN, Elena y MAQUEIRA, Virginia (Eds.), ÁLVAREZ, Silvina y SÁNCHEZ, Cristina, *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*. Madrid, Alianza Editorial, 2008.
- BHATTACHARYA, Tithi, (Ed.) *Social reproduction theory. Remapping class, Recentering oppression*. Londres, Pluto Press, 2017.
- (2017a) “Introduction”, en Battacharya, Tithi, *op. Cit.*: 1-20.
- (2017b) “How not to skip class”, en Battacharya, Tithi, *op. Cit.*: 68-93.
- BECCHI, Paolo, “Distinciones acerca del concepto hegeliano de sociedad civil”, *Doxa*, 14, (1993): 379-149.
- BECKER, Theodora, FRANZE, Andreas, HAYNER, Jakob y KELLERMANN, Arne, *Grenzsteine. Beiträge zur Kritik der Gewalt*. Múnich, Edition text+kritik, 2016.
- BELLOFIORE, Riccardo, “A Ghost turning into a Vampire. The concept of Capital and Living Labour”, en BELLOFIORE, Riccardo y FINESCHI, Roberto (Eds.): *Re-reading Marx: new perspectives after the critical edition*. New York, Palgrave

- MacMillan, 2009: 178-194.
- (2010) “Sraffa and Marx: a reopening of the debate”, artículo presentado en la conferencia internacional “Sraffa's Production of Commodities by Means of Commodities 1960-2011”, celebrado entre el 2 y el 4 de Diciembre de 2010, en la Facultad de Economía de la Universidad Roma Tre. Disponible en [http://host.uniroma3.it/eventi/sraffaconference2010/abstracts/pp_bellofiore.pdf].
- (2016a) “Marx after Hegel: Capital as Totality and the centrality of Production”, en *Crisis and Critique*, Vol. 3, I.3: 31-63.
- (2016b) “Chrysallis and Butterfly, Ghost and Vampire. Marx's Capital as the “Gothic critical political economy of zombie capitalism”. En FARRIS, Sara R. (Ed.): *Returns of Marxism. Marxist Theory in a Time of Crisis*. Chicago, Haymarket: 41-62.
- BIDAURRATZAGA, Eduardo, “Consenso de Washington”. Definición en HERNÁNDEZ ZUBIZARRETA, Juan, GONZÁLEZ, Erika y RAMIRO, Pedro (Eds.), *Diccionario crítico de empresas transnacionales. Claves para enfrentar el poder de las grandes corporaciones*. Barcelona, Icaria, 2012: 70-74.
- BOLOGNA, Sergio, *Crisis de la clase media y posfordismo*. Madrid, Akal, 2006.
- BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Eve, *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid, Akal, 2002.
- BOSCH, Anna, CARRASCO, Cristina y GRAU, Elena, “Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre ecologismo y feminismo”. Texto escrito en 2003, disponible en la web de *Fuhem* tecleando la dirección URL: [https://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Boletin_ECOS/10/verde_que_te_quiero_violeta.pdf]
- BRAUNSTEIN, Dick, *Adornos Kritik der politischen Ökonomie*. Bielefeld, Transcript, 2011.
- BRIALES, Álvaro, “Para una crítica de todos los Trabajos: la teoría de la escisión del valor entre las críticas feministas del capitalismo”, *Encrucijadas*, nº7 (2014): 153-179.
- BROWN, Heather, *Marx on Gender and the Family. A critical study*. Leiden y Boston, Brill, 2012.
- BROWN, Wendy, *Edgework. Critical Essays on Knowledge and Politics*. Princeton y

- Oxford, Princeton University Press, 2005.
- (2006) “American Nightmare: Neoliberalism, Neoconservatism, and De-Democratization”, *Political Theory*, Vol. 34, nº 6: 690-714 [Disponible en la siguiente URL: <http://www.jstor.org/stable/20452506>]
- BUTLER, Judith, *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires, Paidós, 2006.
- (2009) *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires, Paidós.
- (2015) *Notes toward a performative theory of assembly*. Cambrigde, Londres, Harvard University Press. (Hay traducción al castellano: *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Barcelona, Paidós, 2017).
- (2016) “Rethinking Vulnerability and Resistance”, en BUTLER, Judith, GAMBETTI, Zeynep y SABSAY, Leticia (Eds), *Vulnerability in Resistance*. Durham y Londres, Duke Press, 2016 : 12-27.
- y FRASER, Nancy, *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate entre marxismo y feminismo*. Prólogo de Montserrat Galcerán. Madrid, Traficantes de Sueños/New Left Review en Español, 2017.
- CABRERA, Mar, “Estudios de la subalternidad, teoría poscolonial e historia cultural”, origen no nombrado por la autora: 335-345. Disponible online, obtenido en su página personal de Academia, en la siguiente dirección URL: [https://www.academia.edu/15905663/Estudios_de_la_subalternidad_teor%C3%ADa_poscolonial_e_historia_cultural]
- ČAKARDIĆ, Ankica, “From Theory of Accumulation to Social-Reproduction Theory. A Case for Luxemburgian Feminism”, *Historical Material*, nº25, 4 (2017): 37-64.
- CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón. Guerra, Estado y ciencia en los tratados militares del Renacimiento, de Maquiavelo a Galileo*. Murcia, Universidad de Murcia, 1986.
- CARRASCO, Cristina (Ed.), *Mujeres y economía. Nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*, Barcelona, Icaria, 1999.
- CARRASCO, Cristina, BORDERÍAS, Cristina y TORNOS, Teresa (Eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid, Los libros de la catarata, 2011.

- CARRASCO, Cristina y DÍAZ, Carmen, (Eds.), *Economía feminista. Desafíos, propuestas, alianzas*. Barcelona, Entrepueblos, 2017.
- CARRASCO, Cristina y MAYORDOMO, Isabel, “Tiempos, trabajos y organización social: Reflexiones en torno al mercado laboral femenino”, en CARRASCO, Cristina (Ed.), *op. Cit.*: 125-172.
- CARRASCO, Inés y DEL HOYO ARCE, Jokin, “Neoextractivismo”. Definición en HERNÁNDEZ ZUBIZARRETA, Juan, GONZÁLEZ, Erika y RAMIRO, Pedro (Eds.), *op. Cit.*: 167-170.
- CASTRO GÓMEZ, Santiago y GROSGOUEL, Ramón (Eds.), *El giro descolonial*. Bogotá, El Siglo del Hombre Editores, 2007. (Citado en GALCERÁN, Montserrat, *op. Cit.*)
- CEDERSTRÖM, Carl & FLEMING, Peter, *Dead man working*. Winchester, Washington, Zero Books, 2012.
- CÉSAIRE, Aimé, *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid, Akal, 2006.
- CHAKRABARTY, Dipesh, *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2000.
- CHIBBER, Vivek, *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*. Londres, Verso Books, 2013.
- CORIAT, Benjamin, *El taller y el robot. Ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era electrónica*. Madrid, Siglo XXI, 2000.
- CORONEL TARANCÓN, Alberto, “La biopolítica olvidada de Marx” (manuscrito). Obtenido gracias al autor y mencionado con su permiso, 2019.
- CREENSHAW, Kimberley, “Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics”, *University of Chicago Legal Forum*, nº 1, 8 (1989): 139-167. Disponible en URL: [<https://chicagounbound.uchicago.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1052&context=uclf>]
- (2011) “Postscript”, en LUTZ, Helma, HERRERA VIVAR, María Teresa y SUPIK, Linda (Eds.) *Framing Intersectionality: Debates on a Multi-faceted Concept in Gender Studies*, Surrey, Ashgate: 221–233.
- CRESPO ORDÓÑEZ, Carmen, “Aportes para la construcción de buenos vivires/horizontes emancipatorios ante la crisis civilizatoria”, en VV.AA., *op.*

Cit.: 9-28.

- DAUVERD, Céline, *Imperial Ambition in the Early Modern Mediterranean: Genoese Merchants and the Spanish Crown*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014. (Citado en PATEL, Raj y MOORE, Jason W., *op. Cit.*).
- DÁVALOS, Pablo, “El Sumak Kawsay (Buen Vivir) y la crítica a la teoría económica como ideología”, *Polémika*, nº 7, 3 (2011): 17-31.
- DE FELIPE REDONDO, Jesús, “Masculinidad y movimiento obrero español: las identidades masculinas obreras y el trabajo femenino, 1830-1870”, *Historia, Trabajo y Sociedad*, nº 8 (2017): 65-85.
- DEL ARCO ORTIZ, Jorge, Prólogo al texto del Colectivo Aufheben, *El retorno de la crisis: la crisis financiera de 2007 y su paso por Europa*, Madrid, Dado Ediciones, 2018.
- DOMÈNECH, Antoni, “Dominación, derecho, propiedad y economía política popular. (Un ejercicio de historia de los conceptos)”. Coloquio *Miradas sobre la Historia*, organizado en homenaje académico al historiador Adolfo Gilly por la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM y el Colegio de México el 17 de Noviembre de 2009. Disponible en URL : [http://old.sinpermiso.info/articulos/ficheros/dominacion.pdf]
- DUNAYEVSKAYA, Raya, *Marxismo y libertad. Desde 1776 hasta nuestros días*. México D.F., Fontamara, 2007.
- (2017) Rosa Luxemburgo, *la liberación femenina y la filosofía marxista de la revolución*. La Habana, filosofi@.cu, 2017. Disponible en URL: [http://rosalux.org.mx/sites/default/files/node_gallery/rosa_luxemburgo_por_dunayevskaya.pdf]
- DUSSEL, Enrique, “Meditaciones anti-cartesianas: sobre el origen del anti-discurso filosófico de la Modernidad”, *Tabula Rasa*, nº9, julio-diciembre (2008): 153-197.
- ECOLOGISTAS EN ACCIÓN, *Transformar el mundo, no el clima. 20 propuestas y 20 medidas para frenar el cambio climático*. Coordinación de Javier Andaluz Prieto. Madrid, Ecologistas en Acción, 2018.
- ELBE, Ingo, “Zwischen Marx, Marxismus und Marxismen. Lesarten der Marxschen Theorie”, versión ampliada de 2008 del texto presente en HOFF, Jan, PETRIOLI, Alexis, STÜTZLE, Ingo y WOLF, Frieder Otto (Eds.) *Das Kapital neu lesen*,

- Münster, Westfälisches Dampfboot, 2006: 52-72. Disponible en URL: [<http://www.oekonomiekritik.de/ElbeLesarten.pdf>].
- ENDARA, Gustavo (coord.), *Post-crecimiento y Buen Vivir. Propuestas globales para la construcción de sociedades equitativas y sustentables*. Quito, Friedrich-Ebert Stiftung (FES-ILDIS) Ecuador, 2014.
- ESPINOSA MIÑOSO, Yuderlys, “Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica”, *El Cotidiano*, n° 184, marzo-abril (2014): 7-12.
- ESPINOZA PINO, Mario, “Karl Marx, un periodista en la Era del Capital. Apuntes para una investigación”, *Isegoría*, n° 50 (2014): 107-122, doi: [<http://dx.doi.org/10.3989/isegoria.2014.050.06>]
- EZQUERRA, Sandra, “Crisis de los cuidados y crisis sistémica: la reproducción como pilar de la economía llamada real” *Investigaciones Feministas*, v. 2 (2011): 175-194.
- FANON, Frantz, *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid, Akal, 2009.
- FAUSTO-STERLING, Anne, “The five sexes. Why male and female are not enough”, *The Sciences*, Marzo-Abril (1993): 20-25.
- FEDERICI, Silvia, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2004.
- (2013) *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- (2018) *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- FERGUSON, Ann, HENNESSY, Rosemary y NAGEL, Mechthild, “Feminist Perspectives on Class and Work”, *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Edición de Primavera de 2019), ZALTA, Edward N. (Ed.) Disponible en URL : [<https://plato.stanford.edu/archives/spr2019/entries/feminism-class/>]
- FERGUSON, Sue, “Canadian contributions to Social Reproduction Feminism, Race and Embodied Labor”, *Race, Gender & Class*, v. 15, 1-2, (2008): 42-57.
- (2015) con MACNALLY, David, “Precarious migrants. Gender, race, and the social reproduction of a global working class”, *Socialist Register 2015*. Chicago, Merlin Press: 1-23.
- FERNÁNDEZ ORTIZ DE ZÁRATE, Gonzalo, *Mercado o democracia. Los tratados*

- comerciales en el capitalismo del siglo XXI*. Barcelona, Icaria, 2018.
- FERREIRO LAGO, Sara, “Postestructuralismo y feminismo: devenires y experiencias contemporáneas del sujeto”, en FERNÁNDEZ LIRIA, Carlos y PLANES, Ignacio (Eds.), *La querella del humanismo en el siglo XX. Elementos para una tónica*. Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2018: 299-311.
- FOLBRE, Nancy y HARTMANN, Heidi, “La retórica del interés personal: ideología y género en la teoría económica”, en CARRASCO, Cristina (Ed.), *op. Cit.*: 91-124.
- FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1979.
- (1994) “¿Qué es la Ilustración?”, *Actual*, nº 28 (1994): 1-18.
- (1995) “¿Qué es la crítica? [Crítica y Aufklärung]”, *Daimon*, nº 11 (1995): 5-25.
- (2008) *Seguridad, Territorio, Población*. Madrid: Akal.
- (2009) *Nacimiento de la biopolítica*. Madrid: Akal.
- FRASER, Nancy, “¿De la disciplina a la flexibilización? Releyendo a Foucault desde la perspectiva de la globalización”, *Revista mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. XLVI, nº 187, enero-abril, (2003): 15-33.
- GALCERÁN, Montserrat, *La bárbara Europa. Una mirada desde el postcolonialismo y la descolonialidad*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2016.
- GILROY, Paul, *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*. Londres, Nueva York, Verso Books, 1993.
- GOODOY, Jack, *El robo de la historia*. Madrid, Akal, 2011.
- GROSFUGUEL, Ramón, “Transmodernity, border thinking, and global coloniality. Decolonizing political economy and postcolonial studies”. Publicado en portugués en *Revista Critica de Ciências Sociais*, 80 (2008): 115-147. Disponible y consultado en [<http://www.eurozine.com/transmodernity-border-thinking-and-global-coloniality/>].
- (2014) “La descolonización de la economía política y los estudios poscoloniales: transmodernidad, pensamiento descolonial y colonialidad global”, en SANTOS, Boaventura de Sousa y MENESES, Maria Paula, (Eds.), *op. Cit.*: 373-405.
- y MIELANTS, Eric, “The Long-Durée Entanglement Between Islamophobia and Racism in the Modern/Colonial Capitalist/Patriarchal World-System. An Introduction.”, *Human Architecture: Journal of the Sociology of Self-Knowledge*, nº5, 1 (2006): 1-12.

- GUDYNAS, Eduardo, “Extracciones, extractivismos y extrahecciones. Un marco conceptual sobre la apropiación de recursos naturales”, *Observatorio del desarrollo*, nº 18, febrero (2013): 1-18.
- HAMZA, Agon & RUDA, Frank, “An Interview with Moishe Postone: That Capital has limits it does not mean it will collapse”, en *Crisis and Critique*, vol. 3, nº3, junio (2016): 501-517.
- HARAWAY, Donna, “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective” in *Feminist Studies*, Vol. 14, No. 3. Otoño (1988): 575-599.
- HARDING, Sandra y HINTIKKA, Merrill B., (Eds.), *Discovering realities. Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology, and Philosophy of Science*, Nueva York, Kluwer Academic Publishers, 1983.
- HARDT, Michael y NEGRI, Toni, *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2005.
- HARTMANN, Heidi, “The Unhappy Marriage between Feminism and Marxism: towards a more progressive union”, *Capital and Class*, v. 3, 2, julio (1979): 1-33. [Hay traducción al castellano, disponible en internet en una versión ligeramente incompleta: “El infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo: hacia una unión más progresista”, *Cuadernos del Sur*, nº5, Marzo-Mayo (1987): 113-157].
- HARVEY, David, *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid, Akal, 2007.
- HEINRICH, Michael, “Kommentierte Literaturliste zur Kritik der politischen Ökonomie” en ALTVATER, Elmar, HECKER, Rolf, HEINRICH, Michael, SCHAPER-RINKEL, Petra, *Kapital.doc*, Münster, Westfälisches Dampfboot:188-220. (1999a)
- (1999b) *Die Wissenschaft vom Wert. Die Marxsche Kritik der politischen Ökonomie zwischen wissenschaftlicher Revolution und klassischer Tradition*. Münster, Verlag Westfälisches Dampfboot, 1999 [2017].
- (1999c) “Untergang des Kapitalismus? Die “Krisis” und die Krise”, ponencia reelaborada a partir de la ofrecida en la Universidad de Viena el 24 de Junio de 1998 en el evento “Was ist der Wert? Was soll die Krise?”, aparecido también en *Streifzüge*, 1/1999. Texto disponible en la página web del autor: [<http://www.oekonomiekritik.de/>]
- (2000a) “Blase im Blindflug. Hält das “Schwarzbuch Kapitalismus” von Robert Kurz, was der Titel verspricht?”, *Konkret*, Marzo: 40-41.

- (2000b) “Neues vom Weltuntergang? Replik zu Norbert Trenkle ‘Weil nicht sein kann, was nicht sein darf... Über Michael Heinrichs Versuch, die Marxsche Krisentheorie unschädlich zu machen’”, *Streifzüge* 1/2000: 4-8.
- (2004) “Ambivalences of Marx’s Critique of Political Economy as Obstacles for the Analysis of Contemporary Capitalism”, conferencia revisada respecto a la impartida en Londres, el 10/10/2004 en el congreso “Historical Materialism”. Disponible en URL: [<http://www.oekonomiekritik.de/310Ambivalences.htm>]
- (2007) “Profit without end. Capitalism is just getting started” publicado el 18/07/2007 en *MROnline*. Disponible en URL: [<https://mronline.org/2007/07/28/profit-without-end-capitalism-is-just-getting-started/>]
- (2008) *Crítica de la economía política. Una introducción a El capital de Marx*. Madrid, Escolar y Mayo. [También se ha utilizado la edición alemana del texto *Kritik der politischen Ökonomie. Eine Einführung*. Stuttgart, Schmetterling Verlag, 2018 [2004]].
- (2009a) “Reconstruction or Deconstruction? Methodological Controversies about Value and Capital, and New Insights from the Critical Edition”, en BELLOFIORE, Riccardo y FINESCHI, Roberto (Eds.), *op. Cit.*: 71-88.
- (2009b) “Die Notwendigkeit der Krise”, *Neues Deutschland*, 13/03/2009. Disponible en: [<https://www.neues-deutschland.de/artikel/145439.die-notwendigkeit-der-krise.html>]
- (2010a) “Kapitalismus, Krise und Kritik. Zum analytischen Potential der Marxschen Theorie angesichts der gegenwärtigen Krise”, en ASSOCIAZIONE DELLE TALPE y ROSA LUXEMBURG INITIATIVE BREMEN (Eds.), *Maulwurfsarbeit. Aufklärung und Debatte, Kritik und Subversion*. Berlín, Rosa Luxemburg Stiftung: 8-16.
- (2010b) “Nach der Krise ist vor der Krise. Michael Heinrich zum bisherigen Verlauf der Krise und ihren strukturellen Ursachen”, entrevista realizada por la publicación *ak - zeitung für linke debatte und praxis*, nº 551, 18/06/2010.
- (2016) “‘Capital’ after MEGA: Discontinuities, Interruptions and New Beginnings”, *Crisis and Critique*, V. 3/3: 93-138.
- (2018) “Marx’s ‘Capital’ of the 1860s and its continuation in the 1870s. New insights by new texts published in MEGA”. Ponencia presentada en la “Jornada

- Marx en el Bicentenario de su nacimiento: un balance de perspectivas”, celebrada en la Universidad Carlos III de Madrid, el 16 de Octubre de 2018. Organizada por Grupo de Investigación sobre el Derecho y la Justicia (GIDYJ), perteneciente a la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas de la Universidad Carlos III de Madrid.
- HERNÁNDEZ ZUBIZARRETA, Juan, “La responsabilidad social corporativa y las empresas transnacionales: de la ética de empresa a las relaciones de poder”, *Lan Harremanak*, 19, II, (2008): 17-49
- (2012) “El Tratado Internacional de los Pueblos para el control de las empresas transnacionales”, *Lan Harremanak*, 33, II: 209-226.
- y RAMIRO, Pedro, *Contra la lex mercatoria. Propuestas y alternativas para dismantelar el poder de las empresas transnacionales*. Barcelona, Icaria, 2015.
- HERRERO, Yayo, “El movimiento ecologista ante la Crisis Global”, en VV.AA., *No dejes el futuro en sus manos. Cooperación solidaria ante la crisis del capitalismo global*, Barcelona, Entrepueblos, 2012: 27-44.
- (2017) “Economía Ecológica y economía feminista: un diálogo necesario”, en CARRASCO, Cristina y DÍAZ, Carmen (Eds.), *op. Cit.*: 121-142.
- HILL-COLLINS, Patricia, “Rasgos distintivos del pensamiento negro”, en JABARDO, Mercedes, (Ed.) *Feminismos negros. Una antología*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2012: 99-134.
- HOBBSBAWM, Eric, *The age of Extremes. A history of the world, 1914-1991*, Nueva York, Vintage Books, 1996.
- (1998) *Sobre la historia*. Barcelona, Crítica.
- JAEGGI, Rahel, “Economy as social practice”, *Journal for Cultural Research*, nº 22, 2, (2018): 122-125, doi: [<http://dx.doi.org/10.1080/14797585.2018.1461355>]
- JAGOSE, Annamarie, *Queer theory. An introduction*, Nueva York, New York University Press, 1996.
- JAPPE, Anselm, “Eine Frage des Standpunkts. Anmerkungen zur Aufklärungskritik”, en *Krisis*, 26., 2003. Disponible en URL: [<https://www.exit-online.org/textanz1.php?table=autoren&index=1&posnr=322&backtext1=text1.php>]
- (2005) *Die Abenteuer der Ware. Für eine neue Wertkritik*. Münster, Unrast Verlag, 2005. (Hay traducción al castellano: *Las aventuras de la mercancía*. Logroño,

- Pepitas de Calabaza, 2016).
- (2006) *Guy Debord*, Barcelona, Anagrama, 2006.
- (2011) *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*. Logroño, Pepitas de Calabaza.
- (2014) “Kurz, a Journey into Capitalism's Heart of Darkness”, *Historical Materialism*, nº 22, 3-4 (2014): 395-407.
- (2019) *La sociedad autófaga. Capitalismo, desmesura y autodestrucción*, Logroño, Pepitas de Calabaza.
- con KURZ, Robert, *Les habits neufs de l'Empire. Remarques sur Negri, Hardt et Ruffin*, Fécamp, Lignes-Léo Scheer, 2003.
- con KURZ, Robert y ORTLIEB, Claus Peter, *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades. Ensayos sobre el fetichismo de la mercancía*. Logroño, Pepitas de Calabaza, 2014.
- (2015) con MAISO, Jordi y ROJO, José Manuel, *Criticar el valor, superar el capitalismo*. Madrid, Enclave de Libros.
- JÁUREGUI GIRÁLDEZ, Iker, “Variaciones neoliberales en la reproducción de los cuerpos: mercado, trabajo y cuidados”, *Oxímora. Revista Internacional de Filosofía Política*, n ° 14, (2019): 22-40. doi: [http://dx.doi.org/10.1344/oxi.2019.i14.26504]
- JONES, Claudia, “An end to the Neglect of the Problems of the Negro Woman!”, Nueva York, National Women's Commission, 1949. Disponible en: [http://purl.flvc.org/FCLA/DT/1927554]
- KERVÉGAN, Jean François, “Sociedad civil y derecho privado. Entre Hobbes y Hegel”, *Res Publica*, nº 3 (1999): 107-126.
- KONICZ, Tomasz, “Mitgefangen, mitgehangen. Von wegen neuer Kalter Krieg: Russland und China sind Bestandteil des Weltkapitals”, publicado en *Konkret*, nº5, 2014. Disponible en URL: [https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=35&posnr=527&backtext1=text1.php] (2014a)
- (2014b) “Globalisierte Barbarei. Ein Versuch, das Phänomen “Islamischer Staat” zu begreifen”, publicado en www.exit-online.org el 01/10/2014. (2014a). Disponible en URL: [https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=35&posnr=535&backtext1=text1.php]

- (2015) “Auf ein Neues. Wann platz die große Liquiditätsblase, in der Weltfinanzsystem verfangen ist?”, publicado en *Konkret*, nº6, 2015. Disponible en URL: [<https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=35&posnr=541&backtext1=text1.php>]
- (2016) “Kapitalismus mit menschlicher Fratzte”. Publicado de manera ligeramente acortada en *Konkret*, nº 7, 2016, respecto a la versión disponible en www.exit-online.org. Disponible en URL: [<https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=35&posnr=548&backtext1=text1.php>]
- (2017a) *EXIT. Ideologías de la crisis*. Madrid, Enclave de Libros.
- (2017b) “Vom Aberglauben zum Wissenschaftsglauben. Wie weit die gesellschaftliche Regression im Spätkapitalismus vorangeschritten ist, offenbart auch die neue “Wissenschaftsbewegung” . En *Telepolis*, el 07/05/2017. Disponible en URL: [<https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=35&posnr=575&backtext1=text1.php>]
- KURZ, Robert, “Die Krise des Tauscherts. Produktivkraft, Wissenschaft, produktive Arbeit und kapitalistische Reproduktion”, en *Marxistische Kritik*, 1, 1986. Disponible en: [<https://www.exit-online.org/link.php?tabelle=autoren&posnr=98>].
- (1987) “Abstrakte Arbeit und Sozialismus. Zur Marx'schen Werttheorie und ihrer Geschichte”. En: *Marxistische Kritik*, Nr. 4, Dez. 1987, pp. 57-108. Disponible en: [<http://www.exit-online.org/druck.php?tabelle=autoren&posnr=8&PHPSESSID=5ac6edf2e45c63749cff29458a13175f>]
- (1988) “Auf der Suche nach dem verlorenen sozialistischen Ziel. Manifest für die Erneuerung revolutionärer Theorie” Erlangen, Verlag Marxistische Kritik. Disponisble en: [<https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=29&posnr=103&backtext1=text1.php>].
- (1991) *Der Kollaps der Modernisierung, Vom Zusammenbruch der Kasernensozialismus zur Krise der Weltökonomie*. Reclam: Leipzig, 1991. (Hay disponible una traducción al castellano, *El colapso de la modernización. Del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial*. Prólogo de Anselm Jappe. Buenos Aires, Marat, 2016).
- (1995a) “Postmarxismus und Arbeitsfetisch. Zum historischen Widerspruch in der

- Marxschen Theorie". Disponible en: [<http://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=schwerpunkte&index=1&posnr=92&backtext1=text1.php>]
- (1995b) "Die Himmelfahrt des Geldes", en *Krisis* 16/17, Bad Honnef. Disponible en: [<http://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=schwerpunkte&index=6&posnr=71&backtext1=text1.php>]
- (1997) "Kanonen und Kapitalismus. Die militärische Revolution als Ursprung der Moderne", publicado en www.exit-online.org con fecha de 1997. Disponible en URL: [<https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=schwerpunkte&index=4&posnr=80&backtext1=text1.php>]
- (1998a) "Der doppelte Marx", publicado primero en *Folha de Sao Paulo*, disponible en la siguiente URL: [<https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=schwerpunkte&index=1&posnr=42&backtext1=text1.php>]
- (1998b) "Weinkenner aller Länder, vereinigt euch! Postmodernismus, Lifestyle-Linke und die Ästhetisierung der Krise", publicado en *Krisis*, 20, disponible en URL: [<http://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=schwerpunkte&index=13&posnr=122&backtext1=text1.php>]
- (1999a) *Schwarzbuch Kapitalismus. Ein Abgesang auf die Marktwirtschaft*. Frankfurt am Main, Eichhorn.
- (1999b) "Marx 2000". *Weg und Ziel*, 2. Disponible en URL: [<http://www.exit-online.org/link.php?tab=autoren&kat=Robert%20Kurz&ktext=Marx%202000>]. Existe una traducción española a cargo de Jordi Maiso, "Marx 2000. La importancia de una teoría dada por muerta para el siglo XXI", en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 8-9, "Karl Marx, Teoría Crítica y el presente: legados, actualizaciones, reappropriaciones" (2017): 28-45.
- (2000a) "Wir haben ihn so geliebt, den Klassenkampf. Teil 1: Das letzte Gefecht des Marxismus", *Konkret*, 5. Disponible en: [<http://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=schwerpunkte&index=1&posnr=31&backtext1=text1.php>]
- (2000b) *Marx Lesen! Die wichtigsten Texte von Karl Marx für das 21. Jahrhundert*. Frankfurt am Main, Eichhorn.
- (2001) "Natureza em ruínas", texto presentado en Sao Paulo el 17/06/2001.

- Disponible en URL: [<http://www.obeco-online.org/rkurz81.htm>] (Texto no localizado en el alemán original).
- (2002a) “Der Todestrieb der Konkurrenz. Amokläufer und Selbstmordattentäter als Subjekte der Krise”. Disponible en URL: [<https://www.exit-online.org/link.php?tabelle=autoren&posnr=136>]
- (2002b) “Der Knall der Moderne. Innovation durch Feuerwaffen, Expansion durch Krieg: Ein Blick in die Urgeschichte der abstrakten Arbeit”, en *JungleWorld*, 09/01/2002. Disponible en URL: [<https://www.exit-online.org/link.php?tabelle=autoren&posnr=93>]
- (2002c) “Gesellschaftliche Naturkatastrophen. Die synchronen Überschwemmungen und Dürren in der ganzen Welt kündigen eine neue Qualität der ökologischen Krise an”, *Krisis*, nº 26 (2002), disponible en URL: [http://www.aurora-magazin.at/gesellschaft/global_kurz_frm.htm]
- (2002d) “Der Sieg der Ökonomie über das Leben. Wie die Welt durch betriebswirtschaftliche Effizienz zerstört wird”. Publicado en www.exit-online.org en 2002. Disponible en la siguiente URL : [<https://www.exit-online.org/link.php?tabelle=autoren&posnr=130>]
- (2003) “Jenseits des Klassenkampfs”. En *Neues Deutschland*, 6. Disponible en: [<http://www.exit-online.org/link.php?tabelle=autoren&posnr=88>]
- (2003b) *Weltordnungskrieg. Das Ende der Souveränität und die Wandlungen des Imperialismus im Zeitalter der Globalisierung*. Bad Honnef, Horlemann.
- (2004a) *Blutige Vernunft. Essays zur emanzipatorischen Kritik der kapitalistischen Moderne und ihrer westlichen Werte*, Bad Honnef, Horlemann.
- (2004b) “Die Substanz des Kapitals. Abstrakte Arbeit als gesellschaftliche Realmetaphysik und die absolute innere Schranke der Verwertung”. Primera parte: "Die negative historisch-gesellschaftliche Qualität der Abstraktion "Arbeit"". En *EXIT!. Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 1: 44-129. Bad Honnef, Horlemann.
- (2004c) “Die Ökonomie des Bodens”, *Neues Deutschland*, 06/02/2004. [Disponible traducción al portugués en la siguiente URL : [<http://obeco.planetaclix.pt/rkurz156.htm>]
- (2005a) Segunda parte de “Die Substanz des Kapitals”: “Das Scheitern der

- arbeitsontologischen marxistischen Krisentheorie und die ideologischen Barrieren gegen die Weiterentwicklung radikaler Kapitalismuskritik". En *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 2: 162-235. Bad Honnef, Horlemann, 2005.
- (2005b) *Das Weltkapital. Globalisierung und innere Schranken des modernen warenproduzierendes Systems*. Berlín, Tiamat.
- (2005c) "Der ontologische Bruch. Vor dem Beginn einer anderen Weltgeschichte", publicado en www.exit-online.org en 2005. Disponible en URL: [\[https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=29&posnr=188&backtext1=text1.php\]](https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=29&posnr=188&backtext1=text1.php)
- (2006a) "Geschichte als Aporie. Vorläufige Thesen zur Auseinandersetzung um die Historizität von Fetischverhältnissen. Erste Folge". Primera parte, disponible en URL: [\[https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=29&posnr=276&backtext1=text1.php\]](https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=29&posnr=276&backtext1=text1.php)
- (2006b) "Geschichte als Aporie. Vorläufige Thesen zur Auseinandersetzung um die Historizität von Fetischverhältnissen. Zweite Folge". Segunda parte, disponible en URL: [\[https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=29&posnr=280&backtext1=text1.php\]](https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=29&posnr=280&backtext1=text1.php)
- (2006c) "Unrentable Menschen. Ein Essay über den Zusammenhang von Modernisierungsgeschichte, Krise und neoliberalen Sozialdarwinismus", transcripción de la ponencia ofrecida el 15 de Noviembre de 2005 en Brunnen/Suiza en el encuentro anual de INTEGRAS (Asociación suiza de especialistas en pedagogía social y educación inclusiva). Disponible en URL: [\[https://www.exit-online.org/link.php?tabelle=autoren&posnr=237\]](https://www.exit-online.org/link.php?tabelle=autoren&posnr=237)
- (2007a) "Geschichte als Aporie. Vorläufige Thesen zur Auseinandersetzung um die Historizität von Fetischverhältnissen. Dritte Folge". Tercera parte, disponible en URL: [\[https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=29&posnr=309&backtext1=text1.php\]](https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=29&posnr=309&backtext1=text1.php).
- (2007b) "Grau ist des Lebens goldner Baum und grün die Theorie. Das Praxis-Problem als Evergreen verkürzter Kapitalismuskritik und die Geschichte der Linken", en *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 4. Berlín, Horlemann: 15-106.
- (2008) "Der Unwert des Unwissens. Verkürzte "Wertkritik" als

- Legitimationsideologie eines digitalen Neo-Kleinbürgertums”, *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 5, Berlin, Horlemann, 2008. Disponible en: [<http://www.exit-online.org/link.php?tabelle=autoren&posnr=321>].
- (2010) “Es rettet euch kein Leviathan. Thesen zu einer kritischen Staatstheorie”. Primera parte en *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 7. Berlin: Horlemann: 26-74.
- (2011) “Es rettet euch kein Leviathan. Thesen zu einer kritischen Staatstheorie”. Segunda parte, *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 8. Berlin: Horlemann: 109-162.
- (2012a) *Geld ohne Wert. Grundrisse zu einer Transformation der Kritik der politischen Ökonomie*. Berlin, Horlemann, 2012.
- (2012b) “Kulturindustrie im 21. Jahrhundert. Zur Aktualität des Konzepts bei Adorno und Horkheimer”, *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, nº 9: 59-100.
- (2012c) “Krise und Kritik. Die innere Schranke des Kapitals und die Schwundstufen des Marxismus. Ein Fragment”. Primera parte, *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, nº10: 26-61.
- (2013a) *Weltkrise und Ignoranz. Kapitalismus im Niedergang*. Berlin, Tiamat.
- (2013b) “Krise und Kritik. Die innere Schranke des Kapitals und die Schwundstufen des Marxismus. Ein Fragment”. Segunda parte, *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, nº11: 64-111.
- (2013c) *Der Tod des Kapitalismus. Marxsche Theorie, Krise und Überwindung des Kapitalismus*, Hamburgo: LAIKA-Verlag, 2013.
- (2017) “Faule Dissidenz. Merkmale eines Syndroms destruktiver Opposition in der kritischen Theorie, *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, nº14: 70-94. Berlin, Horlemann.
- (2018) “Nullidentität”, *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, nº15: 157-172.
- con LOHOFF, Ernst y TRENKLE, Norbert, *Feierabend! Elf Attacken gegen die Arbeit*. Hamburgo, Konkret Literatur Verlag, 1999.
- KRAHL, Hans-Jürgen, *Konstitution und Klassenkampf. Schriften, Reden und Entwürfe aus den Jahren 1966-1970*. Frankfurt, Verlag Neue Kritik, 2008.

- KRISIS (colectivo), *Manifiesto contra el trabajo*, 1999, disponible en la URL: [http://www.krisis.org/1999/manifiesto-contra-el-trabajo/].
- LARREA, Ana María, “El buen vivir como alternativa civilizatoria”, en ENDARA, Gustavo (coord.), *op. Cit.*: 237-254.
- LARREA, Carlos, “Límites de crecimiento y línea de codicia: un camino hacia la equidad y la sustentabilidad”, en ENDARA, Gustavo (coord.), *op. Cit.*: 19-58.
- LAVAL, Christian & DARDOT, Pierre, *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona, Gedisa, 2013.
- LEICHT, Ulrich, “Kleine Geschichte des wertkritischen Theoriebildungsprozesses” (5 partes). Todas ellas publicadas en 2005 en www.exit-online.org y disponibles en la URL: [https://www.exit-online.org/text1.php?tabelle=autoren&index=37]
- LESLIE, Esther, “Satanic mills: On Robert Kurz”, *Historical Materialism*, nº 22, 3-4 (2014): 408-423.
- LEWED, Karl-Heinz, LOHOFF, Ernst, TRENKLE, Norbert, WÖFLINGSSEDER, Maria (Eds.), *Dead man working. Gebrauchsanweisungen zur Arbeits- und Sozialkritik in Zeiten kapitalistischen Amoklaufs*. Münster, UNRAST-Verlag, 2004.
- L. GIL, Silvia, “Debates en la teoría feminista contemporánea: sujeto, ética y vida común”, *Quaderns de Psicologia*, 16, nº 1 (2014): 45-53 doi: [http://dx.doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1224] (2014a)
- (2014b) “Ontología de la precariedad en Judith Butler. Repensar la vida en común” *Endoxa. Series Filosóficas*, nº 34: 287-302.
- (2018) “Vidas vulnerables, feminismo y crisis civilizatoria”, en SOLÉ BLANCH, Jordi y PIÉ BALAGUER, Asun (Coords.), *Políticas del sufrimiento y la vulnerabilidad*. Barcelona, Icaria, 2018: 39-54.
- L. LÓPEZ, Silvia, “Para una teoría crítica del presente: en conversación con Moishe Postone sobre las Nuevas Lecturas de Marx, la crisis y el antisemitismo”, *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 4, diciembre (2012): 376-403.
- LOHOFF, Ernst, “Kapitalakkumulation ohne Wertakkumulation. Der Fetischcharakter der Kapitalmarktwaren und sein Geheimnis”, *Krisis-Kritik der Warengesellschaft*, 1 (2014): 3-45.
- c o n TRENKLE, Norbert, *Die große Entwertung. Warum Spekulation und Staatsverschuldung nicht die Ursache der Krise sind*. Münster, UNRAST-Verlag,

2012.

- LORDE, Audre, *Sister Outsider*. Nueva York, Random House, 2007 [1984].
- LOREY, Isabell, *Estado de Inseguridad. Gobernar la precariedad*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2016.
- MACNALLY, David, "The dialectics of unity and difference in the constitution of wagelabour: On internal relations and workingclass formation" *Capital & Class* 2015, v. 39, 1 (2015): 131-146.
- (2017) "Intersections and Dialectics: Critical Reconstructions in Social Reproduction Theory" en BHATTACHARYA, Tithi (Ed.), *op. Cit.*: 94-111.
- MADRID PÉREZ, Antonio, "Vulneración y vulnerabilidad: dos términos para pensar hoy la gestión socio-política del sufrimiento", en SOLÉ BLANCH, Jordi y PIÉ BALAGUER, Asun (Coords.), *op. Cit.*: 55-72.
- MAISO, Jordi, "El nuevo rostro del capital mundial. El análisis del capitalismo mundializado en la crítica del valor de Robert Kurz", en *Nombres. Revista de Filosofía*, año XXV, nº 30 (2016): 123-156.
- (2018a) "Industria cultural: génesis y actualidad de un concepto crítico", *Escritura e imagen*, nº 14: 133-149, doi: <http://dx.doi.org/10.5209/ESIM.62767>
- (2018b) "'Anticapitalismo' autoritario: nostalgia de soberanía y autoafirmación populista", ponencia presentada en el Seminario Internacional de la Sociedad de Estudios de Teoría Crítica "Violencia Socializadora y Dinámicas Autoritarias en el Horizonte de la Crisis" en la mesa de debate "Populismos autoritarios en el horizonte de la crisis". Seminario realizado el 30 de Noviembre de 2018 en el CSIC de Ciencias Humanas y Sociales, Madrid.
- (2019) "Ascenso y caída del movimiento antiautoritario alemán. En torno a la figura de Hans-Jürgen Krahl", en CHAMORRO, Emmanuel y GARRIDO, Anxo, *Fue solo un comienzo. Pensar el 68 hoy*. Madrid, Dado ediciones: pp. 215-240.
- con MAURA, Eduardo, "Crítica de la economía política, más allá del marxismo tradicional: Moishe Postone y Robert Kurz", *Isegoria*, nº 50 (2014): 269-284. doi: [<http://dx.doi.org/10.3989/isegoria.2014.050.15>.]
- MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ, Irene, "La fuerza política de la teoría del valor-escisión de Roswitha Scholz", *Daimon*, Suplemento 5 (2016) : 699-704. doi: [<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/272591>]

- MARX, Karl, *Zur Kritik der politischen Ökonomie. Manuskript 1861–1863*, en *Marx Engels-Gesamtausgabe*, [MEGA] II. 3.3. (Citado en HEINRICH, Michael 1999b, *op. Cit.*).
- (1863-1867) *Ökonomische Manuskripte 1863–1867. Teil 2*. [Manuscrito de 1863/65 en torno al Tercer Tomo de *El Capital*], en *Marx-Engels-Gesamtausgabe*, [MEGA] II 4.2. (Citado en HEINRICH, Michael 1999b, *op. Cit.*).
- (1872) *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Dritter Band: Der Produktionsprozess des Kapital*, Hamburgo, 1872 (2. Auflage). En *Marx-Engels-Gesamtausgabe*, [MEGA] II/6 (Citado en HEINRICH, Michael 1999b y 2009a, *op. Cit.*)
- (1872-1875) *Le Capital. Critique de l'economie politique*, París, 1872-1875, en *Marx-Engels Gesamtausgabe* [MEGA] II/7. (Citado en HEINRICH, Michael 1999b, *op. Cit.*)
- (1961) “Die Einkerkung der Lady Bulwer-Lytton”. En *Karl Marx-Friedrich Engels Werke* [MEW] B. 13. Berlín, Dietz, 1961 [1858]: 527-532.
- (1962) “Randglossen zu Adolph Wagners „Lehrbuch der politischen Ökonomie“ [1870-1880], *Karl Marx-Friedrich Engels Werke* [MEW] B. 19, Berlín, Dietz: 355-383.
- “Brief an V.I. Sassulitsch“ [1881], *Karl Marx-Friedrich Engels Werke* [MEW] B. 19, Berlín, Dietz: 242-243. (Traducción al castellano utilizada y citada: MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *Escritos sobre Rusia II. El porvenir de la comuna rusa*, México D.F., Siglo XXI, Cuadernos Pasado y presente, 1980).
- (1967) *Theorien über den Mehrwert (Vierter Band des “Kapitals”). Zweiter Teil. Achtes bis achtzehntes Kapitel*. En *Karl Marx-Friedrich Engels Werke* [MEW] B.26.2. Berlín, Dietz.
- (1973 [1890]) *Das Kapital. Kritik der Politischen Ökonomie*. En *Karl Marx-Friedrich Engels Werke* [MEW] B. 23, Berlín, Dietz. Traducción al castellano utilizada y citada: (2008) [1974]. *El Capital. Crítica de la economía política*, Primer tomo. Traducción de Pedro Scaron. Madrid, Siglo XXI Editores.
- (1973 [1857–58]) *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy (Rough Draft)*. Traducción de Martin Nicolaus, con notas e índice por Ben Fowkes. Nueva York, Penguin. (Citado en ANDERSON, Kevin B., *op. Cit.*)

- (1977 [1848]) “Manifest der Kommunistischen Partei” en *Karl Marx-Friedrich Engels Werke* [MEW] B.4: 459-493. Traducción al castellano utilizada y citada: (2007) *Manifiesto del partido comunista*. Edición de Jacobo Muñoz. Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2005 [1857/58]) *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*. En *Karl Marx-Friedrich Engels Werke* [MEW] B. 42. Berlín, Dietz. Traducción al castellano utilizada y citada: (2007) [1971] *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política. Borrador 1857-1858*. (Dos volúmenes). Traducción de Pedro Scaron. Madrid, Siglo XXI Editores.
- (2008 [1894]) *Das Kapital. Kritik der Politischen Ökonomie*. Tercer tomo. En *Karl Marx-Friedrich Engels Werke* [MEW] B. 25, Berlín, Dietz. Traducción al castellano utilizada y citada: (2009) [1981]. *El Capital. Crítica de la economía política*, Tomo III. Traducción de Pedro Scaron. Madrid: Siglo XXI Editores.
- MASON, Paul, *Postcapitalism. A Guide to our Future*. Londres, Penguin Books, 2016.
- MAYO, Ariel, “La concepción marxista del proceso histórico. La cuestión de la comuna rural rusa” entrada escrita en su blog personal “Miseria de la sociología” el 25 de Diciembre de 2011. Disponible en la siguiente URL: [<http://miseriadelasociologia.blogspot.com/2011/12/marx-y-la-comuna-rural-rusa.html>].
- MERRYMAN, John, *The Civil Law Tradition: An Introduction to the Legal Systems of Western Europe and Latin America*. Stanford: Stanford University Press, 1985. (Citado en SANTOS, Boaventura de Sousa 2000, *op. Cit.*).
- MIES, Maria, *Patriarchy & Accumulation on a World Scale. Women in the International Division of Labour*. Londres, Zed Books, 1998 [1986].
- y SHIVA, Vandana, *Ecofeminism*. Londres, Zed Books, 2014 [1993].
- MILL, John Stuart, *Ensayos sobre algunas cuestiones disputadas en Economía Política*. Madrid, Alianza, 1997.
- MOHANDESI, Salar y TEITELMAN, Emma, “Without reserves”, en BHATTACHARYA, Thiti (Ed.), *op. Cit.*: 37-67.
- MOHANTY, Chandra Talpade, “Bajo los ojos de Occidente. Saber académico y discursos coloniales”, en MEZZADRA, Sandro (Ed.) *Estudios poscoloniales*.

- Ensayos fundamentales*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008 [1984]: 69-102.
- MOORE, Jason W., *Capitalism in the web of life: ecology and the accumulation of capital*. Londres, Brooklyn, Verso Books, 2015 (2015a)
- (2015b) “¿Vivimos el derrumbe del capitalismo? Entrevista al autor realizada por Joseph Confavreux y Jade Lindgaard en Médiapart el 13 de Octubre de 2015.
- (2017) con PATEL, Raj, *A History of the World in Seven Cheap Things*. Brooklyn, Londres, Verso Books, 2017.
- MORINI, Cristina, *Por amor o a la fuerza. Feminización del trabajo y biopolítica del cuerpo*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2014.
- NAVARRO RUIZ, Clara, “Sociedad civil y gubernamentalidad. Hegel y Foucault”, trabajo final del Máster de Estudios Avanzados en Filosofía de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Dirigido por Pablo López Álvarez y defendido en la convocatoria de Septiembre de 2013.
- (2015a) “Morir de éxito. Notas para un análisis de la crisis del capitalismo desde la crítica de la escisión del valor”. Ponencia presentada en el 52º Congreso de Filosofía Joven: “Filosofía y presente: Pensar la crisis”, el 17 de Abril de 2015 en la Universidad de Zaragoza.
- (2015b) “Totalidad negativa y sujeto automático: Robert Kurz y la crítica radical de la Modernidad”. Intervención oral en el panel de discusión de publicaciones del seminario anual de la Sociedad de Estudios de Teoría Crítica (SETC) “Teoría Crítica y Política: contradicciones sistémicas, antagonismos sociales y perspectivas de acción política”, celebrado el 12-13 de Noviembre de 2015.
- (2015c) “La totalidad quebrada: Roswitha Scholz y la crítica de la escisión del valor”. Ponencia presentada en el Congreso Tales de Filosofía “Los límites de lo humano”, celebrado en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid entre el 2-4 de Noviembre de 2015. (Publicación en actas, modificada y ampliada: “Totalidad quebrada, espacio social y campo de poder moderno. Una lectura conjunta de Scholz y Bourdieu”, en *Revista Tales*, nº6, “Los límites de lo humano” (2016): 119-128).
- (2016a) “Teoría y praxis en la sociedad capitalista: Robert Kurz y la crítica categorial al marxismo tradicional”. Ponencia presentada el 9 de Mayo de 2016 en el 53º Congreso de Filosofía Joven “Lógicas del presente”, celebrado en la

Universidad de Salamanca del 9 al 13 de Mayo de 2016.

- (2016b) “Fin de partida. Acerca del “límite interno” del capitalismo según la crítica de la escisión de valor”, *Oxímora. Revista Internacional de Filosofía Política*, nº 9, “Crítica inmanente del capitalismo” (2016): 1-25.
- (2016c) “Analogías. Apuntes para una performatividad del cuerpo político en Judith Butler”, *Análisis*, nº1 (2016): 81-110.
- (2016d) “Cuerpo, discurso, contexto. La performatividad del cuerpo político en Judith Butler”, en BLANCO, Marian, SAN SEGUNDO MANUEL, Rosa (Eds.), *Investigación joven con perspectiva de género*. Getafe, Universidad Carlos III de Madrid, Instituto Universitario de Estudios de Género: 153-176.
- (2016e) “Globalización, economía política y universalidad abstracta: Pierre Bourdieu ante la descomposición del Estado”, *Lecturas de Nuestro Tiempo. Revista de Filosofía*, 1 (2016): 123-136.
- (2016f) “Prolegómenos a una economía política alternativa: el neoliberalismo como racionalidad política”, *Pensamiento al margen*, nº4, “Políticas económicas alternativas al neoliberalismo” (2016): 25-52.
- (2017a) “El tablero áureo. Consideraciones sobre la teoría del valor en Robert Kurz”, *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 8-9, “Karl Marx, Teoría Crítica y el presente: legados, actualizaciones, reapropiaciones” (2017): 256-284.
- (2017b) “Subject and research in global capitalism: Some notes on the fundaments of feminist and Marxist theories in the frame of intersectionality”, ponencia presentada en el primer encuentro hispano-serbio sobre Filosofía y Teoría Social “Engaging Vulnerability and Exclusion: Rethinking the Subject in the XXIth Century”, celebrado el 7-8 de Noviembre de 2017 en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid.
- (2018a) “La crítica al sujeto liberal desde la Economía Feminista: el “trabajador champiñón”, ponencia presentada el 19 de Febrero de 2018 en el marco del Seminario “Feminismo y Hegemonía”, impartido por Clara Serra y coordinado por José Luis Villacañas y Nuria Sánchez Madrid.
- (2018b) “Robinsona y Stájanov. Sobre el trabajo abstracto como categoría performativa”, en Reelaboración de la ponencia presentada en el marco del Congreso “Karl Marx. Crítica de la Economía Política. En el 200 aniversario del

- nacimiento de Karl Marx”, celebrado en la Universidad del País Vasco del 1 al 3 de Marzo de 2018. (Publicación en SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, [Coord.], *op. Cit.* [En prensa]).
- (2018c) “Capitalismo, poscolonialismo y poder: apuntes para una crítica inmanente radical”. Reelaboración de la comunicación presentada en el Encuentro Internacional “Crítica Inmanente de la Sociedad”, celebrado en el CSIC de CC.HH., y CC. SS. en Madrid, 24-25 de Mayo de 2018 (Publicación prevista en ROMERO, José Manuel y ZAMORA, José Antonio [Eds.], *Crítica Inmanente de la Sociedad*, Barcelona, Anthropos).
- (2018d) “Tres notas sobre la performatividad como categoría analítica del capitalismo”, ponencia presentada en la “Jornada Marx en el Bicentenario de su nacimiento: un balance de perspectivas”, celebrada en la Universidad Carlos III de Madrid, el 16 de Octubre de 2018. Organizada por Grupo de Investigación sobre el Derecho y la Justicia (GIDYJ), perteneciente a la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas de la Universidad Carlos III de Madrid.
- (2018e) “Algunas respuestas ante el ocaso del vínculo entre ciudadanía y trabajo asalariado. La perspectiva de la Economía Feminista”, ponencia presentada en la XIX Semana de Ética y Filosofía Política: Congreso Internacional AEEFP-SIEU, “Nuevas Narrativas éticas y políticas”. Facultad de Humanidades y Documentación, Campus Industrial de Ferrol, Universidad de A Coruña, 3-5 Octubre 2018.
- (2018f) “Aprender desde las resistencias feministas en Latinoamérica: la lucha contra el capitalismo globalizado”, *Res Publica*, vol. 21, nº 3 (2018): 545-557.
- (2019a) “El todo es lo falso. Un recorrido por la relación entre (y más allá de) la Teoría Crítica y la Crítica de la Economía Política”, *Bajo Palabra*, nº21 (2019): 330-349. [En prensa].
- (2019b) “Introducción a *Der Wert ist der Mann*, Roswitha Scholz”, *Sociología Histórica*, nº9. [En prensa].
- (2019c) “(How) money makes the world go ‘round. Notas sobre la crítica de la escisión del valor y la teoría monetaria del circuito capitalista: Robert Kurz y Riccardo Bellofiore”, *Sociología Histórica*, 9. [En prensa]
- (2019d) “Dominación formal del capital y vínculo ciudadanía/trabajo. Notas para la

(2019e) “Géneros”, en ALEGRE ZAHONERO, Luis y SÁNCHEZ MADRID, Nuria, *Territorios por pensar. Un mapa conceptual para la sociedad del siglo XXI*, Madrid, Akal, 2019 [En prensas].

NEEDHAM, Joseph, (Ed.) *Military technology; The Gunpowder Epic, pt. 7: Chemistry and Chemical Technology*, vol. V de *Science and Civilization in China*. Cambridge, Cambridge University Press, 1986. (Citado en GOODOY, Jack, *op. Cit.*).

NIMAKO, Kwame, “Conceptual clarity, please! On the Uses and Abuses of the Concepts of “Slave” and “Trade” in the Study of the Transatlantic Slave Trade and Slavery”, en ARAÚJO, Marta y RODRÍGUEZ, Silvia, *op. Cit.*: 178-191.

ORTLIEB, Claus Peter, “Die Aufklärung und ihre Kehrseite. Zur Rettung einer “banalen Einsicht”, en *Krisis*, nº25, (2002). Bad Honnef: 21-38.

(2006) “Die Zahlen als Medium und Fetisch”, en SCHRÖTER, Jens., SCHWERING, Gregor y STÄHELI, Urs, *Media Marx. Ein Handbuch*, Bielefeld, transcript Verlag.

(2008) “Absturz einer Debatte. Zu Andreas Exners Versuch einer Auseinandersetzung mit der Krisentheorie”, publicado en la web de EXIT!, en 2008, disponible en URL: [<https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=5&posnr=387&backtext1=text1.php>]

(2009) “Ein Widerspruch von Stoff und Form. Zur Bedeutung der Produktion des relativen Mehrwerts für die Finalekrisendynamik”, en *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 6, 2009: 23-54.

(2010) “Die verlorene Unschuld der Produktivität”, publicado con ligeras modificaciones respecto de la versión aquí utilizada en DENKNETZ SCHWEIZ (Ed.), *J a h r b u c h D e n k n e t z 2 0 1 0 . Zu gut für den Kapitalismus. Blockierte Potenziale in einer überforderten Wirtschaft*. Edición 8, Zürich, 2010: 12-19. Disponible en URL: [<https://www.exit-online.org/link.php?tabelle=autoren&posnr=470>]

(2012) “Arbeitszwang und Arbeitsethos”, publicado en una versión ligeramente acortada en *konkret*, nº 5, 2012, respecto a la versión disponible en www.exit-online.org

- online.org. Disponible en URL: [<https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=5&posnr=506&backtext1=text1.php>]
- OXFAM INTERMÓN, *Voces de la precariedad. Mujeres y pobreza laboral en Europa*. Informe nº 47 Oxfam Intermón, redactado por Ana María Claver Muñoz y Cristina Rovira Izquierdo. Barcelona, 2018.
- PAZOS MORÁN, María, *Desiguales por ley. Las políticas públicas contra la igualdad de género*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2013.
- (2018) *Contra el patriarcado. Economía feminista para una sociedad justa y sostenible*. Pamplona, Katakarak Luburuak.
- PECK, Jamie, “The rise of the workfare state”, *Kurswechsel: Zeitschrift für gesellschafts-, wirtschafts- und umweltpolitischen Alternativen*, 3, (2003): 75-87.
- (2010) *Constructions of neoliberal reason*. Oxford, Oxford University Press.
- PÉREZ OROZCO, Amaia, *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Madrid, Consejo Económico y Social, 2006. (2006a).
- (2006b) “Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema”, *Revista de Economía Crítica*, nº5, Marzo (2006): 7-37.
- (2014) *Subversión feminista de la economía. Apuntes para el conflicto capital-vida*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- (2017a) *Aprendizajes de las resistencias feministas latinoamericanas a los tratados de comercio e inversión. Del no al ALCA al cuestionamiento del capitalismo patriarcal*. Paz con Dignidad, OMAL, 2017.
- (2017b) “¿Espacios económicos de subversión feminista?”, *Viento Sur*, nº 150 (2017): 111-119.
- con L. GIL, Silvia, *Desigualdades a flor de piel: cadenas globales de cuidados. Concreciones en el empleo de hogar y articulaciones políticas*. ONU Mujeres, 2011.
- con PAIEWONSKI, Denise y GARCÍA, Mar, *Cruzando Fronteras II: Migraciones y desarrollo desde una perspectiva de género*. Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación de las Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer (UN-INSTRAW), Instituto de la Mujer (Ministerio de Igualdad), Madrid, 2008 (Citado en PÉREZ OROZCO, Amaia y L. GIL, Silvia, *op. Cit.*).
- POLO BLANCO, Jorge “Teoría de la dependencia y colonialidad del poder. Dos

- ángulos de una misma dominación”, *Revista San Gregorio*, 11, 1, Enero-Junio (2016): 6-17.
- (2018) “Colonialidad múltiple en América Latina: Estructuras de dependencia, relatos de subalternidad”, *Latin American Research Review* 53,1: 111–125. DOI: [https://doi.org/10.25222/larr.243].
- y PIÑEIRO, Eleder “Ciencia moderna, planeta torturado. Una reflexión crítica sobre el modo eurocéntrico de conocer la naturaleza e intervenir en el medio ambiente”, *Izquierdas*, 46, mayo (2019): 194-217.
- PORT, Andrew I., “History from Below, the History of Everyday Life, and Microhistory”, *International Encyclopedia of the Sciences and Behavioral Science*, (Segunda Edición), Ámsterdam, Elsevier, 2015: 108-113. DOI: [https://doi.org/10.1016/B978-0-08-097086-8.62156-6].
- POSTONE, Moishe, “Anti-Semitism and National Socialism: Notes on the German Reaction to “Holocaust”, en RABINBACH, Anson y ZIPES, Jack (Eds.), *German and Jews Since the Holocaust*. Nueva York, Holmes and Meier. (Varias ediciones, disponible en U R L : [https://warwick.ac.uk/fac/soc/philosophy/news/seminars/reading-groups/poetry-and-philosophy/postone_as__ns.pdf]).
- (2003) *Time, labour, and social domination. A reinterpretation of Marx’s critical theory*. Cambridge, Cambridge University Press.
- (2007) *Marx reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- PRECARIAS A LA DERIVA, *Por los circuitos de la precariedad femenina*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2004.
- PRECIADO, Paul B., *Testo yonqui*. Madrid, Espasa Calpe, 2008.
- QUIJANO, Aníbal, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en LANDER, Edgardo (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*: 201-246. Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), 2000.
- (2014a) *Antología esencial. Cuestiones y horizontes : de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*, Buenos Aires, CLACSO.
- (2014b) “Colonialidad del poder y clasificación social”, en SANTOS, Boaventura de

- Sousa, y MENESES, María Paula, (Eds.), *op. Cit.*: 67-106.
- RAMAS SAN MIGUEL, Clara, *Fetichismo y mistificación capitalistas. La crítica de la economía política de Marx*. Madrid, Siglo XXI Editores, 2018.
- REES, William, “Indicadores territoriales de sustentabilidad”, *Ecología Política*, nº 12 (1996): 27-41 (Citado en BOSCH, Anna, CARRASCO, Cristina y GRAU, Elena, *op. Cit.*)
- REICHEL, Helmut, *Zur logischen Struktur des Kapitalbegriffs bei Karl Marx*. Friburgo, ça Ira, 2001.
- RIEDEL, Manfred, “El concepto de sociedad civil y su origen histórico”, en AMENGUAL COLL, Gabriel, (Ed.), *Estudios sobre la Filosofía del Derecho de Hegel*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989: 195-222.
- RIFKIN, Jeremy, *The Zero Marginal Cost Society: The Internet of Things, The Collaborative Commons, and the Eclipse of Capitalism*. Nueva York, Palgrave MacMillan, 2014.
- RIPALDA, José María, *La nación dividida. Raíces de un pensador burgués: G.W.F. Hegel*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- ROCO SANFILIPPO, Josefina (Txefi), “Economía feminista y vida cotidiana. Una conversación con Amaia Pérez Orozco y Silvia Federici”, en VV.AA., *op. Cit.*: 79-94.
- RUBIN, Gayle, “El tráfico de mujeres. Notas sobre la “economía política” del sexo”, *Revista Nueva Antropología*, noviembre, año/vol VIII, nº 30 (1986): 95-145.
- RUIZ SANJUÁN, César, “El fetichismo y la cosificación de las relaciones sociales en el sistema capitalista”, *Praxis Filosófica*, nº33, agosto-diciembre (2011): 191-206. (2011a)
- (2011b) “Marx y el marxismo”, *Thémata. Revista de Filosofía*, nº44 (2011): 485-504
- (2014) “La evolución teórica del marxismo: del materialismo histórico a la crítica de la conciencia fetichista”, *Isegoría*, nº 50: 143-165, doi: 10.3989/isegoria.2014.050.08
- SAITO, Kohei, *Karl Marx's Ecosocialism: Capital, Nature, and the Unfinished Critique of Political Economy*, Nueva York, Monthly Review Press, 2017.
- SALOBRAL MARTÍN, Nieves, “Transformaciones del trabajo desde una perspectiva

- feminista”, en VV.AA., *op. Cit.*: 95-110.
- SÁNCHEZ PERERA, Paula, “Un debate adulterado: distribución del poder simbólico en las disputas feministas en torno a la prostitución”, *Mediterránea*, nº10, 1 (2019): 131-146. (2019a)
- (2019b) “Sobre la libertad de ejercicio en la prostitución: tres argumentos y una estrategia abolicionistas a debate”, *Encrucijadas*, vol. 17 (2019) [En prensa].
- SANTOS, Boaventura de Sousa, *Toward a new common sense: law, science and politics in the paradigmatic transition*. Nueva York, Routledge, 1995.
- (2000) *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia*. Bilbao, Desclée de Brouwer.
- (2006) *Conocer desde el Sur. Para una cultura política emancipatoria*. Lima, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales. Unidad de Post Grado.
- (2011) *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Madrid, Akal.
- (2012) *Derecho y emancipación*. Quito, Corte Constitucional para el Periodo de Transición, Centro de Estudios y Difusión del Derecho Constitucional (CEDEC).
- (2014) “Más allá del pensamiento abismal: de las líneas globales a una ecología de saberes”, en SANTOS, Boaventura de Sousa y MENESES, María Paula (Eds.), *op. Cit.*: 21-66.
- con MENESES, María Paula, (Eds.) *Epistemologías del sur. (Perspectivas)*. Madrid, Akal, 2014.
- SCHOLZ, Roswitha, “Der Wert ist der Mann. Thesen zur Wertgesellschaftung und Geschlechterverhältnis”, publicado en 1992, disponible en URL: [<https://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=schwerpunkte&index=3&posnr=20&backtext1=text1.php>]. (Hay traducción al castellano disponible: “El valor es el hombre. Tesis sobre socialización del valor y relación de género”, por Clara Navarro Ruiz. En *Sociología Histórica*, nº9 [en prensa]).
- (2000) *Das Geschlecht des Kapitalismus. Feministische Theorien und die post-moderne Metamorphose des Kapitals*. Bad Honnef, Horlemann.
- (2004) “Neue Gesellschaftskritik und das Problem der Differenzen”. En: EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft, 1, 2004, pp. 15-43.
- (2005) *Differenzen der Krise-Krise der Differenzen. Die neue Gesellschaftskritik im*

globalen Zeitalter und der Zusammenhang von "Rasse", Klasse, Geschlecht und postmoderner Individualisierung, Bad Honnef, Horlemann.

- (2006) "Die Rückkehr des Jorge. Anmerkungen zur "Christianisierung" des postmodernen Zeitgeistes und dessen dezisionistisch-autoritärer Wende". En *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 3, 2006, pp. 157-175.
- (2007) "Homo Sacer und "Die Zigeuner". Antiziganismus-Überlegungen zu einer wesentlichen und deshalb "vergessenen" Variante des modernen Rassismus". En *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 4, 2007, pp. 177-227.
- (2009) "Gesellschaftliche Form und konkrete Totalität. Zur Dringlichkeit eines dialektischen Realismus heute". En *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 6, 2009, pp. 55-100.
- (2010) "Ohne meinen Alltours sag ich nichts. Postmodern(-männliche) Identität zwischen Differenzierungswahn und vulgärmarxistischer Theorie-Versicherung. Eine Replik auf Kritiken der Wert-Abspaltungstheorie". En *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 7, 2010, pp. 201-250.
- (2011) "Das Abstraktionstabu im Feminismus", *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 8, 2011, pp. 23-44.
- (2012) "Die Bedeutung Adornos für den Feminismus heute". En *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 10, 2012, pp. 190-207.
- (2013a) "Feminismus-Kapitalismus-Ökonomie-Krise". En *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 11, 2013, pp. 15-63.
- (2013b) "El patriarcado productor de mercancías". Constelaciones. Revista de Teoría Crítica, 5, 2013, pp. 44-60, traducción de Jordi Maiso.
- (2013c) "Nach Postone. Zur Notwendigkeit einer Transformation der fundamentalen Wertkritik. Moishe Postone und Robert Kurz im Vergleich -und die Wert-Abspaltungs-Kritik.", *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 12 (2013): 142-165.
- (2013d) "Fetisch Alaaf! Zur Dialektik der Fetichismuskritik im heutigen Prozess des "Kollaps der Modernisierung" Oder: Wieviel Establishment kann radikale Gesellschaftskritik ertragen?", *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 12, (2013): 77-117.
- (2016) "Christoph Kolumbus forever? Zur Kritik heutiger Landnahme-Theorien vor

- dem Hintergrund des "Kollaps der Modernisierung", *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft*, 13 (2016): 46-100.
- (2017a) Anotación previa de Roswitha Scholz al texto “El valor es el hombre” con motivo de su traducción al castellano por la revista *Sociología Histórica*, nº9 [en prensas]. Nota añadida, asimismo, al texto original alemán (V. Scholz 1992) en la página web www.exit-online.org.
- (2017b) “Escisión del valor, género y crisis del capitalismo. Entrevista con Roswitha Scholz”, realizada por Clara Navarro Ruiz, *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 8-9, “Karl Marx, Teoría Crítica y el presente: legados, actualizaciones, reappropriaciones” (2017): 475-502.
- SCHWAB, Charles, *The fourth industrial revolution*. Colonia, World Economic Forum, 2016.
- SEARS, Alan, “Body politics. The social reproduction of sexuality”, en BHATTACHARYA, Tithi (Ed.), *op. Cit.*: 171-191.
- SEGATO, Rita Laura, “Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial”, disponible en URL: [http://nigs.paginas.ufsc.br/files/2012/09/genero_y_colonialidad_en_busca_de_claves_de_lectura_y_de_un_vocabulario_estrategico_descolonial__ritasegato.pdf]. Ha sido publicado en BIDASECA, Karina y VÁZQUEZ LABA, Vanesa (Comps.), *Feminisimos y Poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina*, Buenos Aires, Ed. Godot, 2011; así como en QUIJANO, Aníbal y MEJÍA NAVARRETE, Julio (Eds.), *La cuestión descolonial*, Lima, Universidad Ricardo Palma - Cátedra América Latina y la Colonialidad del Poder. Una versión algo modificada se encuentra en “Colonialidad y patriarcado moderno”, publicado en *La guerra contra las mujeres*, *op. Cit.*: 109-126.
- (2016) *La guerra contra las mujeres*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- SHARPE, Jim, “Historia desde abajo”, en BURKE, Peter (Ed.), *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza Universidad, 1993.
- SHELDON, Arthur, y PENNANCE F.G.: *Diccionario de economía. Una explicación alfabética de conceptos económicos y su aplicación*. Barcelona, Oikos-tau, 1975.
- SINCLAIR, Scott, *Los problemas del TiSA. Servicios, democracia y poder en la era de Trump*. Bruselas, Rosa-Luxemburg-Stiftung, Oficina de Bruselas, 2017.
- STALIN, Iósif, *Obras*, 15 volúmenes. Moscú, ed. en lenguas extranjeras, 1953.

- (Citado en GALCERÁN, Montserrat, *op. Cit.*).
- STÜTZLE, Ingo, “Marxismus im Kurzschluss. Das neue Marx-Buch des Krisenpropheten Robert Kurz ist ein Ärgernis”, *ak-analyse und kritik* n° 449, 12.4.2001, disponible en URL: [<http://stuetzle.cc/2006/02/marxismus-im-kurzschluss-das-neue-marx-buch-des-krisenpropheten-robert-kurz-ist-ein-argernis/>]
- TAIBO, Carlos, *En defensa del decrecimiento*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2009.
- THOMPSON, Edward Palmer, *Obra esencial*. Editado por Dorothy Thompson. Barcelona, Crítica, 2002.
- TORRES R., Ana Felicia, “Las mujeres mesoamericanas resistiendo a la crisis”, en VV.AA., *op. Cit.*: 29-46.
- TRENKLE, Norbert, “Weil nicht sein kann, was nicht sein darf...Über Michael Heinrichs Versuch, die Marxsche Krisentheorie unschädlich zu machen”, *Streifzüge*, 1 (2000). Disponible en URL: [<https://www.streifzuege.org/2000/weil-nicht-sein-kann-was-nicht-sein-darf/>]
- TÜRCKE, Cristoph, *Mehr! Philosophie des Geldes*. Múnich, C.H. Beck, 2015
- UNCETA, Koldo, “Post-crecimiento y desmercantilización: propuestas para el Buen Vivir”, en ENDARA, Gustavo (coord.), *op. Cit.*: 59-92.
- VARGAS, Roberto, “Posneoliberalismo: ¿en un horizonte anticapitalista?”, *Rosa. Una Revista de Izquierda* (2018). Disponible en URL: [<http://www.revistarosa.cl/2018/12/19/posneoliberalismo-en-un-horizonte-anticapitalista/>]
- VEGA JIMÉNEZ, Sergio, reseña a Dejours, Christophe, Deranty, Jean-Philippe, Renault, Emmanuel, Smith, Nicholas H., “The return of work in critical theory: Self, society and politics”, New York, Columbia University Press, 2018, *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, n° 10, “Violencia socializadora y dinámicas autoritarias en el horizonte de la crisis” (2018): 462-471.
- VEIGA, Silvia, “Sumak Kawsay, feminismos y post-crecimiento: articulaciones para imaginar nuevas utopías”, en ENDARA, Gustavo (coord.), *op. Cit.*: 353-371.
- VELA, Corsino, *La sociedad implosiva*. Bilbao, Murturreko Burutazioak, 2015. (2018) *Capitalismo terminal. Anotaciones a la sociedad implosiva*. Madrid,

Traficantes de Sueños.

VILA NÚÑEZ, Fefa, “Genealogías feministas. Contribuciones de la perspectiva radical a los estudios de las mujeres”, *Política y Sociedad*, nº 32 (1999): 43-51.

VV.AA. *Economía feminista. Una Alternativa al capitalismo*. Bilbao, Mundubat, 2018.

WALLERSTEIN, Immanuel, “1968: revolución en el sistema/mundo”, *Viento Sur*, nº9, Junio (1993): 97-110.

WALSH, Catherine, *Interculturalidad, Estado, Sociedad. Luchas (de)coloniales de nuestra época*. Quito, Ediciones Abya Yala y Universidad Andina Simón Bolívar, 2009.

ZAHARIJEVIĆ, Adriana “Against the Individual: Who qualifies as ‘One’?”, ponencia presentada en el marco del Primer Encuentro Hispano-Serbio sobre Filosofía y Teoría Social, *Engaging Vulnerability and Exclusion. Rethinking the Subject in the XXIth Century*, celebrado en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid el 7 y 8 de Noviembre de 2017. Disponible en vídeo en la siguiente URL: [<https://www.youtube.com/watch?v=IRg5Es19aDo>].

ZAMORA ZARAGOZA, José Antonio, “Th. W. Adorno y la crítica inmanente del capitalismo”, en MUÑOZ, Jacobo (Ed.), *Melancolía y verdad. Invitación a la lectura de Th. W. Adorno*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011: 70-94.

ZUR LIPPE, Rudolf, *Von Leib zum Körper. Naturbeherrschung am Menschen in der Renaissance*. Reinbeck en Hamburgo, Rowohlt, 1988 [1974]. (Citado en KURZ, Robert 2002b, *op. Cit.*)